

TODOS MIS

desastres

Marta Lobo



Marta Lobo

Todos
mis desastres

#BiologíaMisdesastresI

Primera edición: Vitoria, 22 de abril de 2019

© 2019, Marta Lobo

All rights reserved

Diseño de portada, contraportada y maquetación: Marta Lobo

Corrección: Marta Diego

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por *e-mail* o préstamos públicos.

Impreso en España – Printed in Spain

MARTA LOBO
autora de romántica

Para Andrea.

Nos has enseñado que la vida
es mucho más fuerte que el miedo.

Que el miedo no nos impida ***vivir***.

Te quiero.

«Quise ahogar mis penas en licor,
pero las condenadas aprendieron a nadar».

Frida Kahlo

[Ponle sonido a la novela](#)



Esta es una en la que la música acompaña a los personajes por las calles de Madrid en la búsqueda del amor y de sí mismos.

También es una novela interactiva.

Cada canción nombrada tiene un hipervínculo que os llevará a vivir cada escena, con la banda sonora que suena en cada momento. Opción solo válida en dispositivos que dispongan de audio.

Dejaos llevar, poneos cómodas y disfrutad de esta nueva experiencia.

¿Te atreves a vivir la novela como si estuvieses dentro de ella?

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

Top desastres: 5

8

9

10

11

12

13

14

15

Top desastres: 4.

16

17

18

19

20

21

22

23

24

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Top desastres: 3](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[34](#)

[35](#)

[Top desastres: 2](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Top desastres: 1](#)

[Gracias](#)

Prólogo

Si mi vida fuese una película romántica americana de gran presupuesto, probablemente la canción que sonaría nada más ver un precioso plano de Nueva York al amanecer o al atardecer –tampoco me voy a poner exquisita con estos detalles–, sería *Love Song* de Sara Bareilles, siempre me ha parecido perfecta para abrir la primera escena en una superproducción. Yo saldría de la boca de metro para dirigirme a mi despacho en el mejor bufete de abogados de la ciudad, donde mi apellido estaría en la pared junto a los de mis otros dos socios.

Si mi vida fuese una película romántica americana de gran presupuesto protagonizada por Emma Stone, por supuesto, me tropezaría por la calle con un tipo terriblemente atractivo, que me sonreiría como si la vida le fuese en ello. Yo me bajaría las gafas y negaría con la cabeza con una gran sonrisa.

Si mi vida fuese una película romántica americana de gran presupuesto, al entrar en mi despacho –tras saludar a todos y cada uno de mis compañeros por su nombre y preguntarles por niños, perros, gatos y demás fauna familiar– encontraría un gran ramo de rosas rojas, pero sin nota. Sí, serían de un novio guapo, con ojos azules, atlético, pero no en exceso y muy enamorado de mí. Se escucharía un «*Te quiero, nena*» con una voz profunda y varonil. Me daría la vuelta y ahí estaría él –sería Ryan Gosling, por supuesto– con una rosa en la mano y la nota con un «*Ven a vivir conmigo*». Nos fundiríamos en un beso tierno, pero apasionado, que haría a todas mis compañeras girar la cabeza y suspirar. Después de trabajar quedaría con mis amigas en una preciosa terraza desde donde vería el atardecer más bonito de la ciudad y, *Cosmopolitan* en mano, disfrutaríamos de la noche neoyorkina, le sonreiríamos a la luna y terminaría la noche disfrutando en brazos de mi más que apuesto novio, en su precioso *loft* con vistas a Central Park.

Pero no, mi vida no es una película romántica americana de gran presupuesto. No salgo de ninguna boca de metro cada mañana y veo el Empire State, pero sí la Gran Vía madrileña; cuando me choco con un tío por la calle suelo tirarme el café encima y como mucho suelen soltar un piropo a

destiempo –algo así como: con esa mancha de café y tus tetas, desayunaría cada día (esto suele sonar en mi cabeza como el Gordo Cabrón de *Austin Powers*)–; en el bufete de abogados en el que trabajo, mi nombre no aparece en el despacho donde me recluyo cada día; no hay rastro de ningún Ryan Gosling en mi vida. Eso sí: tengo las mejores amigas del mundo con las que siempre sonreímos a la luna –a veces le enseñamos el culo, que en algún sitio escuchamos que esto atraía la buena suerte–, bebemos *Dry Martini*^[1] (o cualquier vermut que caiga en nuestras manos y quien dice vermut dice cervezas y/o *gin-tonics*) y superamos todos los baches de nuestras vidas, desde separaciones, embarazos sorpresa, depresiones y ellas son las primeras que disfrutan de mis desastres. Es más, en nuestras reuniones de los domingos en la Finca para comer la estupenda paella de mi padre, esperan el parte semanal con pelos y señales para hacer su fin de semana mucho más divertido.

En mi vida hay más desastres que en un programa de cotilleos de media tarde. Los tíos con los que me acuesto –o trato de mantener una relación medianamente sana y estable– o me salen renacuajos, dejan manchurriones o, lo peor de todo, son los mayores gilipollas del universo. Mis amores, si puedo catalogarlos de esta manera, son un desastre total, pero os voy a explicar poco a poco, todo de golpe no, que puede que os haga creer que el amor se ríe de mí y... Bueno, más bien suele descojonarse mano a mano con el destino, mientras beben absenta negra.

Mis amigas son maravillosas: Susana, Raquel, Elisa, mi hermana Zoe y yo somos lo más parecido a las *Spice Girls* cuberas. A cuberas me refiero de Cubas de la Sagra, un pequeño pueblo al sur de Madrid. Formo parte de una familia que ha sido capaz de superar los suficientes baches como para no dejar que nada nos destroce; tengo unos sobrinos casi normales en la edad del *pavazo*, una hermana a la que adoro y por la que mataría. Y hablo muy en serio: por Zoe mato y paro cuchillos con los dientes si hace falta.

Así que no, mi vida no es una gran producción americana. Yo no soy Emma Stone; si encuentro a un Ryan Gosling en Madrid o alrededores, lo secuestraré para hacerle mío para siempre; mi trabajo no es tan reconocido, pero soy una abogada cojonuda; mis amigas son las mejores y mi familia es espectacular. Aunque, pensándolo bien, mi vida sí que es una comedia, no una romántica como las que vemos en el cine, pero te ríes un buen rato con todas

mis historias y anécdotas.

Acomódate que te voy a contar todos mis desastres –sí, a ti también, con pelos y señales– y a lo mejor...

hasta nos enamoramos.

1

Cuando digo desastres...

Si por cada una de mis citas de internet que me ha salido rana me hubiesen dado diez euros, ahora mismo estaría metiendo todas mis cosas que están tiradas en el suelo del baño de este bar en un bonito bolso de marca. No sé en qué momento de mi vida he creído que tener una media de tres citas a la semana es una buena idea. Estoy escondida en el baño de este restaurante cutre, en el que mi cita del miércoles por la noche ha decidido quedar –del que voy a salir oliendo a fritanga de la mala–. Estoy escondida de él, de sus chistes machistas y de sus comentarios del tamaño de mi culo. *¿Te he dicho yo algo acaso sobre el escaso bulto que veo en tus pantalones, gilipollas?*

Me miro en el espejo y trato de recuperar mi compostura. Me recoloco los tirantes de este vestido tan bonito que he elegido para, más que probablemente, volver a casa sola. Si es que su nombre tenía que haberme dado algún tipo de pista: *MrBigMan69*. ¿Cuántas veces más me voy a dejar engañar por unas frases rebuscadas en alguna página de internet para ligar? *Te lo tienes merecido, Aura, por ingenua.*

Perdí el miedo a equivocarme con todos los desastres que he tenido durante el año pasado y parte de este. Lo he perdido junto con la poca vergüenza que me quedaba, con la fe en los hombres y con un par de los kilos que pillé en navidades. Perdí la esperanza de encontrar un hombre. A ver, no hablo de EL HOMBRE, pero sí de uno perfecto para mí, con sus pequeños defectos que acabaría adorando, que aceptase los míos –casi insignificantes, todo hay que decirlo– y que me amase tal y como soy. *Joder, Aura, si es que sigues creyendo en cuentos de hadas y en finales felices después de todo.* Sí, me niego a dejar de creer que en alguna parte de este mundo hay alguien perfectamente imperfecto para mí. No quiero decir que necesite un hombre para vivir, pero recuerdo los buenos momentos que viví con Mario, mi primer novio y con el que pensé que llegaría a mucho más. Nos conocimos cuando ambos teníamos veintidós años y durante cuatro fuimos muy felices. Pero el

destino y, una oferta de trabajo demasiado buena como para rechazar, decidimos poner punto final a nuestra relación. Ahora él vive en Canadá, es un gran abogado y tiene una carrera muy prometedora, defendiendo causas muy importantes. Sigue intentando hacer de este un mundo mejor. Mario, pudimos ser muy felices, pero le obligué a escoger su carrera.

Mientras me retoco el maquillaje sin saber muy bien para qué, sigo pensando en mi trayectoria ‘amorosa’ –no sé cómo puedo mantenerme sería cada vez que pienso o digo esta frase–. Después de Mario, más o menos un año después, llegó a mi vida Joaquín: el perfecto capullo que me dejó por *Skype*. Aquí está uno de los paralelismos con una película o serie americana: a Carrie la dejaron con un *post-it*^[2], a mí por *Skype* con la excusa de que no teníamos nada en común, después de una relación de siete años. La cuestión es que tenía más en común con la profesora de yoga que venía a casa dos veces por semana para sus clases particulares. *Fuera, fuera... no permitas que ese recuerdo te eche a perder esta noche.*

¿Qué noche va a echar a perder?

Esta cita ha sido muy mala idea.

Aunque no es la peor idea de todas las que he tenido en mi vida. Si tuviese que hacer algún ranking de mis peores ideas, sería el siguiente:

3. El verano que dejé que Eli hiciese prácticas con mi pelo y me puso mechadas platino por toda la cabeza.

2. Apuntarme a *Tinder*. Gracias, Su, por esta gran idea. Y gracias también, Raquel, por apuntarme sin avisar a *Adopta un tío*.

1. Esta la dejó libre porque seguro que mi peor idea está al caer.

El pelo crece y existen los buenos tintes –muchas gracias, señor *L'Oréal*–, pero lo de las redes sociales para buscar pareja... Como si estar en un supermercado de tíos catalogados por cachas, hijos de papá, *Blackcard* incluida –mejor no opino de esta sección porque cuando lo vi solté un discurso de empoderamiento de la mujer que me quedé sola–, tatuados –esta sección me gustó mucho mucho–, o barbudos... fuera a ayudarme en mi historial de parejas. Sí, me iba a ayudar a seguir teniendo experiencias tan paranormales, que estoy a punto de llamar a Iker Jiménez para que estudie los efectos –y defectos– de mis desastres. Algo me tenían que haber avisado las frases que leía en la *web* tipo: *ellas están en la tienda o en este momento en el almacén o nueva colección...* Joder, si es que cada vez que entro parece que estoy eligiendo en el súper *online* entre pedir plátanos de Canarias o

bananas. No, me parece que esta no es la mejor comparación que podía haber encontrado. Me he topado con tantas decepciones que estoy a un solo hombre-sapo-desastre de perder la fe en eso que dicen de que todos tenemos nuestra media naranja en alguna parte. La mía parece que se la ha comido alguien o ha hecho un mimosa^[3] con ella y la cáscara la ha usado para hacer un jugoso bizcocho que otra se ha debido de zampar. Yo lo único que quiero es perder la cabeza, enamorarme y sentir, volver a sentir que, a parte de un buen polvo, el amor está a la vuelta de la esquina.

Cojo el teléfono y llamo a Zoe, mi hermana mayor, la que me acaba sacando de todos estos líos en los que me meto o me meten.

—Sácame de aquí, Zoe, por favor.

—¿Qué tiene de malo este?

—Pues que el muy imbécil dice que el tamaño de mi culo no se veía en mi foto de perfil. —Me paso los dedos por la comisura de los labios para quitarme los restos del pintalabios rojo—. Él tampoco avisa de que es un subnormal profundo.

—Parecía otra cosa.

—Todos mienten, debería saberlo y tú también. ¿Cómo puedo tener tan poca vista para estas cosas?

—Porque has perdido ya el horizonte y estás rebajando tanto tu listón que vas a terminar quedando un día con el hijo de Chari, la amiga de mamá.

Mi hermana se refiere a Koldo, el hijo de una amiga de nuestra madre que se pasa el día entero metido en su burbuja de marihuana y cervezas caseras.

—Pues un par de caladas de un canuto de los que fuma me ayudaría a sobrevivir a esta noche.

—Pues si quieres le digo que me pase un poco para este domingo.

—Lo único que te va a apetecer es meterte en la cama hasta el miércoles. —Sonrío al pensar en todo lo que hemos organizado.

—¿Crees que es una buena idea?

Escucho una puerta que se cierra y los pasos de mi hermana por el camino de piedra de la Finca.

—¿Separarte de ese cabrón, tener por fin el divorcio o celebrar que mi hermana ya es legítimamente una mujer soltera de nuevo?

La historia de mi hermana con David, su ya exmarido, ha sido dura. Después de demasiados años de matrimonio, dos hijos, cinco años de maltrato psicológico del que ninguno nos dimos cuenta, un maltrato físico... Solo fue uno porque cuando vi a mi hermana con aquellos moratones juré que ni ella ni

mis sobrinos pasarían ni un segundo más en aquella casa. Ha sido un año de denuncias, varios juicios, dos órdenes de alejamiento, quebrantamientos y demasiadas noches durmiendo al lado de Zoe mientras lloraba y se culpaba por haber aguantado tanto. Parece que por fin ha dado paso a su recuperación. Ha vuelto a sonreír, vuelve a tener ganas de vivir, de recuperar el tiempo que David le robó, aunque sé que ni está lista para enamorarse ni quiere hacerlo.

—¿Te llamo en unos minutos y te hago la del incendio?

—No, que creo que este tío es bombero o al menos en su foto de *Adopta* aparece con un traje y una manguera. Tiraré de sinceridad, será lo mejor.

—¿Para qué me llamas entonces?

—Para confirmarte que el viernes te recojo y que todo está listo para un fin de semana emocionante.

—Me das mucho miedo, Aura, de verdad.

—Prepárate porque a partir de ahora no habrá ningún miedo y todo serán nuevas aventuras.

Siento un dolor inmenso en mi pecho cada vez que de su boca sale la palabra miedo. Hubiese dado mi alma para que ella no hubiese sufrido así. Me mata no haberme dado cuenta de lo que estaba sucediendo y haber permitido que el gilipollas —por no decir hijo de puta— de mi excuñado maltratase de aquella manera a mi hermana mayor.

Ella siempre me ha cuidado, me limpiaba las rodillas cuando me caía, es la que me consolaba cuando en verano los rayos caían cerca de mi habitación y aquel árbol se convertía en un gran monstruo en las tormentas.

Ella me regaló noches trepando por aquel mismo árbol para comprobar que los miedos solo están en nuestro interior, que no había ningún monstruo. No me di cuenta de que el suyo estaba a su lado día a día.

—Aura, ¿sigues ahí?

—Sí, Zoe, perdona, se me ha ido la cabeza. —Mentir no es una opción para nosotras y sé que aun estando al teléfono, mi hermana va a saber que sigo sintiéndome culpable.

—Aura, por favor, deja de pensarlo. Me protegiste, te pusiste en medio y... —Su respiración se hace evidente al otro lado del teléfono—. Se acabó, tú misma lo dijiste cuando firmé aquellos papeles. Está fuera de nuestras vidas para siempre.

—Se supone que soy yo la que te tiene que...

—Has hecho mucho por mí, Aura, a veces pienso que demasiado. Has dejado tu vida muchas veces en *standby*^[4] por mí y no quiero que sigas

pensando que pudiste hacer algo más. —Se queda unos segundos en silencio.

—Zoe, no es necesario...

—Tú fuiste mi fuerza cuando yo ni siquiera me podía sostener, así que no pienses ni por un segundo que era tu deber darte cuenta.

¿Sabes por qué no lo hiciste? —Escucho cómo suelta aire por la nariz—. Porque no os dejé, no quise darme cuenta de que todo aquello eran los indicios de que mi relación había pasado a ser tóxica y peligrosa. Cada día, cada grito y cada abuso estaban convirtiendo mi matrimonio en una pesadilla de la que esperaba despertarme antes o después.

A cada palabra de mi hermana mi corazón siente un pinchazo de dolor. Por mucho que ella me repita que yo no he tenido la culpa, sigo sintiéndome responsable de no haber llamado más, de no haber estado más atenta a lo que pasaba y de haber permitido que David acabase con una parte de la vida de mi hermana y de mis sobrinos.

—Lo siento, tata.

—Aura, eres mi persona y sé que haga lo que haga, nunca me vas a abandonar. Si un día te digo que he matado a alguien, sé que nada más recibir la llamada vas a coger la pala y un mapa para deshacernos del cuerpo.

—Lo sabes, siempre estaré a tu lado y cubriré tus huellas si es necesario.

—Qué suerte tuve aquel día que papá te cambió en el mercadillo por aquella calabaza.

Sé que lo hace para que sonría.

—Yo también te quiero. Voy a despedirme de este idiota y me voy a casa. Mañana tengo una reunión con uno de los abogados que peor me caen. Pensé que un buen polvo me haría ir más relajada, pero veo que me toca tirar de trabajos manuales. Buenas noches, hermanita.

—Te quiero, Aura. Nos vemos el viernes.

Me miro en el espejo, me paso las manos por el pelo y salgo decidida a la mesa donde mi cita sigue esperando. Le observo un par de segundos y si le pusiese una mordaza en la boca... *No, Aura, ni se te ocurra, no le añadas a tu lista de desastres.*

—Ángel, me ha encantado la cena, pero tengo que marcharme. Sabes perfectamente que ni hemos encajado ni lo vamos a hacer. —Sonrío para suavizar mis palabras.

—¿Me estás plantando? —Se levanta de la mesa indignado—. ¿Tú me estás plantando a mí? —Eleva el tono de voz y el resto de los comensales nos miran intrigados—. Pero ¿te has visto?

—Vale, iba a ser educada y me iba a marchar con una clara intención de no decirte lo gilipollas que eres, pero veo que te mola la sinceridad. A ti no te gusta el tamaño de mi culo y a mí no me motiva tu estupidez. Así que, Ángel, buenas noches y buena suerte, la vas a necesitar. —Saco de la cartera un billete de cincuenta euros y lo dejo en la mesa.

Salgo del restaurante de La Latina y camino hasta mi piso situado en pleno centro de Madrid. Era el piso de nuestros abuelos, que cuando se mudaron a vivir a Lanzarote, me lo cedieron. Tras una gran reforma y mucho trabajo de carpintería de mi padre —que es un manitas con la madera y hace auténticas maravillas—, he conseguido tener ese rinconcito con el que siempre había soñado.

Al llegar a casa me deshago de los tacones, del vestido, de mi ropa interior y me meto en la ducha para quitarme este olor. Al salir, me enfundo en una camiseta lo suficientemente larga como para no enseñarle el culo a ningún vecino y cojo la carpeta que tengo preparada para la reunión de mañana a primera hora. La tengo con el abogado de la empresa contra la que hemos interpuesto una demanda por despido improcedente y preferiría comerme un escorpión vivo antes que pasar más de diez minutos dentro de un juzgado con Santi Gallardo. Lo nuestro es una relación de amor odio en toda regla. Cada vez que nos vemos las caras en un juicio me acaba saliendo una úlcera por su culpa. Fuera del juzgado nos arrancamos la ropa y perdemos la noción del tiempo. La última vez me prometí que iba a ser eso, la última. Pero ya han sido demasiadas últimas veces con él.

—Aura, en tema de citas, tienes que empezar a pensar más con la cabeza y dejar de actuar tantísimo por impulsos —se lo digo a mi reflejo en el espejo del baño mientras me embadurno la cara con las cremas que mi tía me da.

Me tumbo en la cama con los papeles y sé que antes de llegar al punto tres del acuerdo me voy a quedar dormida. Mañana me tocará repasarlo todo mientras aguardo los quince minutos de rigor que Santi siempre usa para tratar de demostrar su superioridad.

Se lo permito porque me gusta cómo me pide perdón después: la tarta *Red Velvet*^[5] —que es mi favorita— de la *patisserie* francesa de al lado de su despacho, hace que merezca la pena aguantarle y esperar unos minutos.

Pierde el miedo

Cuando eres pequeña y te preguntan qué quieres ser de mayor, las respuestas son muy variadas: desde astronauta hasta médica, pasando por futbolista, veterinaria y un sinfín de respuestas que di en aquel papel que nos entregaron. Volvieron a hacerme la misma pregunta con quince años, cuando se supone que ya tienes en mente qué quieres ser de mayor, cuando ya has imaginado tu vida adulta, pero yo me quedé en blanco. No fueron unos años demasiado buenos los del instituto. Mi hermana Zoe dejó el listón demasiado alto. Yo era demasiado alta, no entraba en unos vaqueros de la treinta y seis, llevaba gafas y aparato dental. Era la perfecta diana de burlas y comentarios malintencionados por parte de mis compañeros. Fueron dos años bastante complicados, pero siempre dicen que después del instituto es cuando realmente tu vida comienza. ¡Y vamos si lo hizo! Todo siempre mejora después del instituto. Que te discriminen por ser demasiado alta o demasiado baja; por no ser el canon de belleza de adolescentes híper hormonados; por sacar buenas notas; por no querer emborracharte los fines de semana y desperdiciarlos –según ellos– trabajando en la finca de tus padres; por tener acné; por ser una apasionada de los libros y ser un ratón de biblioteca que se escondía a la hora del recreo en una esquina del patio para leer a Jane Austen; por no llevar los vaqueros que salen en las revistas y que tu culo sea más grande que el de esas modelos que aparecen en las portadas. Sí, sufrí *bullying* en el instituto y sobreviví a ello, soy una superviviente, como otros tantos que hemos crecido, pero no nos hemos olvidado de aquellas cicatrices que nos marcaron y que nos hicieron ser quienes somos ahora mismo. Con dieciocho años, justo antes de hacer la Selectividad, decidí que estudiaría Derecho, que ayudaría a las personas sin voz o que habían olvidado que la tenían. Quería ser la que luchase por ellos, pero jamás me imaginé que mi trabajo me traería tantas recompensas. Da igual las noches sin dormir preparando los casos, las reuniones en las que he escuchado, he sentido y me ha dolido lo mismo que a mis clientes. Quería hacer un mundo mejor y estoy en el camino para conseguirlo. La vida adulta se parece demasiadas veces al instituto. Seguimos

siendo discriminados por demasiadas gilipolleces: por nuestro peso, por no llevar el último modelito o por no ir con la corriente del momento; por no publicar toda tu vida en las redes sociales, por seguir siendo demasiado alta, por decir lo que piensas en cada momento, aunque duela; y por saber lo que quieres y luchar por conseguirlo. Sí, la vida adulta es igual de jodida que la del instituto, pero ahora sé que se supera, que todo pasa.

A mi yo de dieciséis años:

Aura, tranquila, las heridas se curan, las cicatrices de vez en cuando pican, pero la vida es una gran aventura y hay que exprimir cada minuto que pasa porque no volverán. Te equivocarás, tropezarás, caerás al suelo, perderás muchas veces, ganarás otras pocas, pero no temas vivir: sé valiente, pierde el miedo y vive, joder.

3

Despedida de casada

No tengo ni idea de cómo ha podido pasar la semana tan rápido. Es viernes, en dos horas tengo que recoger a mi hermana en la finca de mis padres. No es que seamos los Carrington^[6] de Cubas de la Sagra, que yo digo finca y la gente piensa en miles de hectáreas con caballos, mayordomos, a mi hermana y a mí bajando por unas escaleras de mármol con una copa en la mano. Es una finca para bodas y eventos, con cabañas de madera que son habitaciones, zonas ajardinadas, una preciosa piscina, uno de los mejores restaurantes de la zona y la casa de mis abuelos donde viven mis padres junto con mi hermana y mis sobrinos.

Estoy preparando la maleta en el piso y acabo de acordarme de que aún tengo que pasar a recoger las pelucas, porque a Raquel se le ha olvidado. Deja de sonar mi música en el teléfono y recibo una llamada. Veo que es ella.

—Dime que no se te ha olvidado nada más porque no me da tiempo a terminar de depilarme.

—Te llamo para decirte que no pierdas la calma, que yo voy a por Zoe y aparcamos en casa de mis padres en Ópera. Quedamos en tu piso, nos preparamos y ya vamos a La Latina juntas. Su y Eli irán más tarde.

—¿Cómo que más tarde?

Mientras hablo con Raquel termino de recoger unos papeles que están desperdigados en la mesa del salón.

—Susana seguramente se está peleando con sus hijos o su marido sobre lo que deja preparado para que coman estos dos días. Eli sale de trabajar a las diez.

Susana está casada con Javi y tiene dos preciosos niños de once y doce años —de vez en cuando son como dos demonios rubios que hacen con nosotras lo que quieren—. Su marido es el hombre de nuestros sueños: la adora, la consiente, la mimar y quiere lo mejor siempre para ella. Solemos suspirar mucho cada domingo que hace bueno y Javi nos alegra la vista con esos bañadores tan cortitos, mostrándonos ese cuerpo que Dios le ha dado. Ella es

el cerebro del grupo.

Raquel se divorció hace tres años de Marco, un idiota al que estuvo manteniendo durante su matrimonio y el imbécil que la engañó durante demasiado tiempo. Ya no tiene ni tiempo ni ganas de mantener a ningún otro tío. Es psicóloga y nuestra terapeuta emocional privada. Ella es la mente maquiavélica del grupo.

Elisa es madre soltera, con más trabajos de los que le gustaría tener, pero la que está sacando adelante sola a su hija, ya que el padre desapareció. Esta historia es sencilla: él dijo que no era suyo al cabo de unos minutos de discusión y nosotras le dijimos a Elisa que no le necesitaba, que nos tenía a nosotras y que siempre seríamos su familia para todo. Sigue creyendo que hay amor en el mundo para nosotras, pero que cuesta encontrarlo. Ella es la dulzura del grupo.

—Sí o no, Aura.

—Perdón, me he ido a otro mundo.

—¿Llevo algo o no?

—No, bajo ahora mismo a recoger lo que falta y os espero en casa.

—¿Va todo bien? Tuviste cita y no nos has contado nada en el grupo.

—Me marché del restaurante. El domingo ya le diseccionáis y le ponéis en el ranking.

—Aura, corazón, ¿no sería mejor dejar de intentarlo con tanto empeño y esperar a que suceda?

—Raquel, no me psicoanalices, por favor. Al menos no sin llevar un par de copas encima. —Cojo las llaves y bajo por las escaleras—. Ahora nos vemos.

—Esta noche pienso sacarte todo de la cabeza.

—¿Y no sería posible que alguno me lo metiese todo? Quiero un polvo sin complicaciones. Ya no busco más. ¿Es mucho pedir, universo?

—¿Crees que vas a encontrar el amor en esas páginas?

—Eso pensaba. —Camino rápido entre las personas que se amontonan en mi calle huyendo de Gran Vía.

—Aura...

—Raquel, ¿lo dejamos para el domingo? Paella, cervezas fresquitas, Javi en bañador y mis aventuras de internet de primera mano.

—Te lo compro. Nos vemos en un rato. ¡Que sí, gilipollas de los cojones, que salgo ahora! —Un grito sale de su garganta.

—Veo que tu autocontrol va mejorando.

—Sí, dentro de poco ya me darán el título.

Dos horas más tarde, tres tiendas de disfraces, dos de comida y una de maquillaje, suelto en el sofá las bolsas. Pongo música y [*El roce de tu cuerpo*](#) de Platero y Tú suena en todo el piso. Me deshago de las zapatillas y piso el suelo de madera descalza. Me encanta esta sensación, si por mí fuera, iría sin zapatos el resto de mi vida. Pero Madrid no es que esté demasiado limpia como para hacerlo, la verdad.

—«*Y creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí, recuerdo tus labios...*»

Suenan unos nudillos en la puerta y al abrir la puerta veo a mi hermana que niega constantemente con la cabeza.

—Quita esa cara, que no te vamos a dejar que hagas el ridículo. No te vamos a poner una polla en la cabeza.

—Seguro que es algo peor. —Zoe entra en el piso y va directa a la nevera a por una cerveza.

—Casi les da un ataque a vuestros padres cuando he llegado a la Finca. —Raquel sonríe.

—Es que llevabas música clásica a todo volumen y parecía que venías a hacer un exorcismo, Raquel. —Mi hermana saca tres cervezas y las deja en la mesa—. Bueno, venga, dadme lo que me tengo que poner y que esta noche pase rapidita.

—No, Zoe, no va a ser rápido. Quiero que la disfrutes, que la vivas y que la recuerdes durante mucho tiempo. Se acabó de una vez por todas, así que ahora —lo digo mientras saco una botella de vodka del congelador y tres vasos— vamos a tomarnos uno a la salud de Nikolay, aquel ruso que tan buenas noches me dio en invierno. —Los sirvo con una sonrisa en la boca y les entrego un vaso a cada una—. Para que esta noche sea inolvidable y pongas a cero el contador, Zoe. Todo empieza hoy.

Y como si fuese un deseo pedido a una estrella fugaz —y que el destino está dispuesto a concederme— nos ponemos las pelucas de corte *bob* con flequillo y colores neón, las medias, los bodis y las faldas de tul con las que recorreremos La Latina cerrando bares y nos dejaremos llevar hasta que salga el sol. Mañana ya nos preocuparemos de la resaca, de las emociones y de los

secretos que nos contemos.

Tres botellas de sidra encima de la mesa, un paquete de tabaco a medias y dos platos de *patatinas* con cabrales y unas croquetas más tarde, estamos en la terraza de La Bobia riéndonos de la última foto que nos ha sacado un grupo de chicos. Podría decirse que somos lo menos sexy y sugerente del mundo en este momento.

—¿Puedo enseñar más dientes al sonreír? —Zoe me arranca el móvil de la mano—. ¿Cómo es posible que ya no sepa sonreír con naturalidad? Ese cabrón se llevó mis ganas de todo.

—Camarero. —Levanto la mano—. ¿Puedes traernos una botella de, no sé, tequila?

—Yo no bebo tequila, Aura. —Mi hermana trata de parar mi pedido.

—Lo sé, pero cada vez que le menciones, que pienses en él o que digas la primera letra de su nombre, beberás un chupito. Así, cuando mañana le cojas asco al tequila, recordarás que ese cabrón no tiene más cabida en tu vida y él también te dará asco. —Hago un gesto de satisfacción con mi cara mientras coloco mi vaso de sidra en el escanciador y le doy al botón.

—¿Esta es una terapia de choque de Raquel?

—A mí no me mires, aunque me parece una forma estupenda. —Raquel me roba mi vaso de sidra—. Asco por asociación.

—Me da miedo cómo puede acabar esta noche. —Su nos mira sonriendo.

—Tendrás que esperarte para echarle un polvo al buenorro de tu marido. ¿Es tan perfecto siempre? Porque dais un asco tremendo. —Raquel le pide algo al camarero con la mano en alto.

—Yo solo quiero alguien que se preocupe de mí. Llevo sin ligar tanto tiempo que creo que no recuerdo ni cómo se hace. Quiero dejar entrar a alguien en mi vida, que me la ponga patas arriba, pero que no rompa nada. —Eli apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Cómo puede ser que de las cinco solo Su haya tenido suerte en el amor?

—Porque encontré a Javi hace tantos años que... —Suspira y niega con la cabeza—. Chicas, no todo lo que brilla es bonito. Tenemos nuestros malos momentos. Mis hijos me vuelven loca, hay días qué... Joder, hay días que quiero matarlos porque son una versión de Javi, pero en pequeña. Tienen manías, se olvidan de que yo antes de ser madre soy una mujer que tiene necesidades y no se dan cuenta.

Todas nos quedamos unos segundos en silencio mirándonos. No nos había dicho nada de sus problemas con Javi. Ella dejó su trabajo hace varios años para centrarse en ser madre y disfrutar de sus hijos.

—Su, ¿todo está bien?

—Supongo que será la crisis de los cuarenta. —Levanta la cabeza y me mira.

—Tenemos treinta y seis. No me jodas y no adelantes nuestras crisis. —Niego con la cabeza.

—Los cuarenta son los nuevos treinta. —Zoe lo dice ocultando una gran carcajada.

—¡Y una polla!

Raquel, la que se gasta al mes mucho —demasiado— dinero en cremas rejuvenecedoras, y el mes pasado nos anunció que se estaba planteando hacerse una vaginoplastia, pega tal grito que todos nos miran.

—Los cuarenta son los cuarenta. Que no nos intenten engañar. Somos más sabias por todos los golpes que nos hemos llevado, pero también somos más viejas. Hay que asumirlo con integridad, dignidad y la cabeza bien alta.

—Pero con el *parrús* de una de veinte —lo suelto mientras me llevo a la boca el chupito de tequila.

—Dignidad en todas las partes de mi cuerpo. —Raquel se pasa las manos por delante de todo su cuerpo y hace especial inciso en su entrepierna.

—La cuenta, por favor.

Su, Eli, Zoe y yo lo decimos a coro, mientras Raquel graba un audio en su móvil para un post en ese libro que lleva años escribiendo, pero para el que nunca encuentra tiempo. Próximamente en sus pantallas: «*La vaginoplastia, el botox de los nuevos treinta*».

—Vamos a movernos, que me duelen tanto las piernas, que como siga aquí sentada me tendréis que despegar. —Eli se queja al levantarse. Ha llegado tarde a la cena al salir tarde de su tercer trabajo del día—. Esto de ser pobre es una putada.

—El día que me toque el *Euromillón*... —Mi hermana cierra los ojos y suspira con fuerza

El cabrón de David —*Aura, te toca chupito de tequila*— nos endeudó a toda la familia. Para un negocio bastante turbio puso la Finca de nuestros abuelos como aval, pero bueno, eso es un tema para el domingo, hoy vamos a divertirnos y a sacar por fin de nuestra vida a ese mamón.

Picoteamos en otro par de bares a los que solemos venir a menudo y en el

que ya nos conocen. No se oponen a que entremos así vestidas, pero en algún otro bar nos niegan la entrada. Ya no sé si es por nuestras pintas o por la botella de tequila que mi hermana no suelta y agita sin parar en su mano.

—Vamos al de las cervezas. No habrá más que niños sin pelos en los huevos, pero seguro que a Aura le viene bien para completar la categoría de imberbes. —Raquel me guiña un ojo.

—Como tenga que ir rellenando cada categoría que tengo, me tendría que seguir citando con la mitad de Madrid y parte del extrarradio. —Voy a la barra y pido un cubo de *Mahou*.

—Será mejor que nos dejes algo a las demás, llevo en dique seco demasiado tiempo. —Raquel le paga al camarero y aprovecha para ponerle ojitos.

—Apúntate a mis redes, verás lo rápido que echas un polvo. Aunque no busques mucho más.

—A falta de rabos, buenas son esas páginas. —Raquel me guiña un ojo.

Nos metemos entre dos grupos de jóvenes y lozanos borrachos, que golpean los cuellos de las botellas de los demás con el culo de las suyas, por el simple hecho de ver cómo sale disparada la cerveza.

—Si lo que quiero es un rabo que se menee contento al verme, adopto un perro en la protectora.

Le doy un trago a la cerveza y observo el local. Está lleno de borrachos, universitarios, púberes que seguramente no tengan los dieciocho, algunos maduros en busca de su cena de esta noche y nosotras. No, no ha sido una gran idea venir aquí. Pero cuando vuelvo la vista sobre mis amigas, al fondo del local, justo entre dos grupos de chicas que les observan como si fuesen los únicos hombres decentes del local —sí, estos sí son hombres— veo un chico moreno alto —al menos eso parece desde mi posición—, con barba y con cara de no saber qué hace aquí. Se lleva la cerveza a la boca y por unos microsegundos, nuestras miradas se cruzan y agacho la mirada sorprendida. Cierro los ojos, sonrío y vuelvo a levantar la vista y ahí está la suya.

No ha sido buena idea

No sé en qué momento me ha parecido buena idea hacerle caso a Juanjo y a Bosco para salir a tomar algo por Madrid. Nuestro primer fin de semana de permiso en varios meses y, en vez de aprovechar para salir de la ciudad, nos metemos en un bar en el que no hay nada más que borrachos y niños. Pero lo peor de todo es que parece que estamos esperando órdenes de un superior para atacar. Bosco está pegado a la pared observando el local, Juanjo está haciendo lo mismo y yo, por mucho que lo intente negar, también lo hago. Lo peor de todo es que nos hemos tenido que traer al imbécil de Estévez. Este sí que se ha olvidado que, aunque no estemos en la Academia, seguimos siendo cuatro agentes que deben mantener un poco la compostura. Pero él está hablando con una chica que no creo que tenga la mayoría de edad. Por mi cabeza pasan dos opciones: la primera es decirle a la chica que me enseñe su DNI, comprobar que es menor de edad y pedirle que salga del local; la segunda es dejar en evidencia a Estévez, pero sé que esto —tarde o temprano— acabará haciéndolo él. Es un cretino que ha escalado puestos por ser el hijo del Teniente. Solo espero no tener que sacarle de ninguna pelea como la última vez.

Se nos nota a la legua lo que somos y se supone que somos los especialistas en infiltrarnos. Observo de nuevo el local y me encuentro una chica mirándome fijamente, parece que sonríe, agacha la cabeza y vuelve a mirar. Le doy un trago a la cerveza y con disimulo miro a mi lado, no vaya a ser que Juanjo o Bosco estén en su campo de visión. Sonríe, lo hace de una manera que ilumina su rostro. Se aparta el pelo de la cara, pasa una mano por el cuello y levanta un hombro mientras su lengua se desliza por sus labios. Creo que no se da cuenta de que realiza este gesto.

—¿Cambiamos de garito? —Juanjo recoge las cervezas vacías para meterlas al cubo.

—Sí.

Apuro mi cerveza sin dejar de mirarla. Lleva una peluca rosa corta y con flequillo, al igual que sus amigas. Así que supongo que son una

despedida de soltera y que se casará en unos días.

—Vamos, la noche es joven. —Bosco lo dice imitando a Estévez que sale del bar con el grupo de chicas.

—Tan joven que seguro que es delito. Hay que asegurarse de que ese imbécil no nos mete en más problemas. —Juanjo niega con la cabeza mientras camina hacia las chicas neón—. Parece que no solo hay jovencitas por aquí y sé que tú también te has fijado.

Al pasar por su lado, neón rosa me mira ladeando la cabeza, parece que está comprobando la mercancía y, a través de un espejo que está a mi lado, veo cómo levanta una ceja, se muerde el labio inferior y sonrío.

El juego del gato y el ratón continúa durante buena parte de la noche. Ellas entran en los mismos locales a los que entramos nosotros. Parece que llevamos todos la misma ruta esta noche.

No digo nada, pero creo que no soy la única que se ha fijado que esos tres tíos están siempre en los mismos sitios que nosotras. En este bar varias chicas a nuestro alrededor susurran —o lo que ellas creen que es susurrar— sobre los chicos que están frente a nosotras, a escasos metros y que seguro que están escuchando su conversación.

—Pero ¿tú estás viendo al de la barba? Madre de mi vida, te juro que mis bragas se han mojado cuando nuestras miradas se han cruzado.

—A mí me da igual cuál de ellos, pero necesito que esta noche me hagan cantar ópera. —Una de las chicas se toca las tetas con muy poco disimulo y suelta un gemido que hace que medio bar se dé la vuelta para mirarnos, ya que estamos justo detrás de ellas.

—A mí no me miréis. —Raquel señala a la chica en cuestión con sus dos manos.

—¿Tan básicas somos las mujeres? —Su niega con la cabeza.

—No todas tenemos la suerte de que tu marido nos haga el amor cada noche, mínimo dos veces. —Eli levanta dos dedos en el aire con una sonrisa.

—Aura. —Su me echa la bronca por el comentario ya que Eli lo sabe por mí.

—Lo siento, pero te aseguro que cuando me lo contaste tuve una fantasía con tu marido. ¿Qué quieres que haga? Los que me tocan a mí a veces no saben ni cómo hacerlo, como para repetir dos en una misma noche. —Echo la cabeza para atrás—. Joder, que el último se corrió cuando me la metió. Ni si quiera

me moví y puso esa cara de: *oh, nena, sí, me corro, me corro, me co...* — Abro la boca y le imito.

Escucho los susurros de mis amigas, pero ni un solo comentario. En estos casos suelen reírse de mí en primer lugar, decirme que yo me lo busco al tirarme a los imbéciles que conozco y después me imitan. Pero esta vez nada.

—Ni siquiera fue capaz de hacer nada para que yo me corriese después. Se levantó, se fumó el cigarro de la victoria y me dio mi ropa para que me fuese a mi casa.

Nada, ni con este comentario escucho la voz de mis amigas. Sigo con los ojos cerrados maldiciéndome por mis malas decisiones en cuestión de sexo y al abrirlos, me encuentro con los de él. Me mira sin pestañear, abre la boca, se lame los labios y hace un gesto con la cabeza. Está a menos de un metro pidiendo en la barra y creo que ha sido testigo de mi imitación de hombre corriéndose.

—Ese creo que te haría gritar y correrte hasta que no pudieses más, hasta que tus piernas temblasen de tal manera que pedirías entre gritos de placer que no parase, te agarrarías a los bordes del colchón y gritarías como nunca. Tiene cara de preocuparse por tu placer. —Zoe, que sigue pegándole tragos a su botella de tequila anti ex, parece que se ha desinhibido por completo.

Todas la miramos con la boca abierta, mientras ella mira a uno de los chicos con cara de salida.

—A ese otro le dejaría darme placer esta noche. —Señala a uno de los chicos que está hablando con una chica—. Aunque seguramente ese piensa primero en su propio placer, usa a las mujeres y no será lo que necesito en mi vida, pero una alegría para el cuerpo...

—Es *Jose Cuervo*^[7] el que habla, no mi hermana. —Trato de quitarle la botella de las manos, pero Zoe se bebe lo que queda—. Voy a pedir. ¿Qué queréis?

—Ron con cola *zero zero*.

Todas giramos la cabeza para mirar a Eli.

—Mañana tengo que ir a trabajar una hora a casa de doña Carmen y si llevo taquicárdica por la cafeína, lo notará.

—La cafeína será el menor de tus problemas mañana.

—Solo me quedaré una hora más. ¿Qué puede salir mal?

Nunca digas: «*Nunca jamás*»

La frase maldita. ¿Qué puede salir mal? Eli dice la frase que siempre desencadena algún desastre. Y esta vez no va a ser diferente. No sé qué nos dan en el último bar —seguramente garrafón del peor posible— porque mientras me bebo el cubata sé que voy a tener resaca y de las guarras.

—¿Podéis decirme cómo hemos acabado aquí? —Raquel mira todo a nuestro alrededor.

—¿Dónde está Zoe?

Busco a mi hermana y la encuentro *perreando* sola como si no hubiese mañana en medio de la pista de baile, cerca del chico al que le ha echado el ojo en el último bar. Instintivamente busco al chico con el que he tenido una mirada de unos segundos, pero no le veo. Ni a él ni a ninguno de sus otros dos amigos que estaban vigilando en el último bar.

—Déjalo, Aura. Ve a por una copa y sigue la noche.

—¿Hablando de nuevo sola? Serías un cerebro estupendo para psicoanalizar. —Raquel me agarra del brazo.

—Lo haces cada domingo.

—Bueno, pero tu cerebro me atrae mucho. Además, ya te dije que, si a los cuarenta seguías soltera, iba a pedirles tu mano a tus padres. Te quedan cuatro años. —Me acerca a la barra para pedir otra ronda.

—Señor, en cuatro años cumplo cuarenta y... —Cierro los ojos y niego con la cabeza—. Sigo jugando a encontrar un tío decente. Ya no pido un príncipe azul ni un amor de película, solo quiero alguien con quien compartir una cerveza en la terraza. Dos *gin-tonics* con limón exprimido y sin ensalada de frutas, por favor. —Se lo pido con una sonrisa a la camarera que me mira con desdén—. Parece que no les pagan demasiado bien por aquí como para sonreír a los clientes.

—¿Solo quieres tomarte una cerveza? A mí me pones un par de ellas con un poco de ese jamón de tu padre y soy tuya para el resto de tu vida. —Raquel me da un beso.

—Una cerveza, ver una serie un domingo por la tarde desnudos en el sofá,

despertarme el lunes con olor a café recién hecho, una sonrisa al acostarme — al decirlo se me dibuja una en los labios—, un fin de semana en una cala de Almería, un viaje exprés por sorpresa a Roma, que me besen como si fuese la única persona del planeta, que me hagan el amor y me susurren al oído que todo saldrá bien, que los problemas se acaban solucionando y que la vida puede ser como nos imaginábamos cuando éramos pequeñas. —Pago las copas que la camarera nos deja en la barra—. Que estamos predestinados y hay lazos que nos atan a personas que nos merecemos.

—Aura, creo que has bebido demasiado. —Raquel niega con la cabeza—. Pero te entiendo. Yo pensé que había encontrado eso con el imbécil, pero ya no espero mucho más. Seré la tía encantadora y que mimas a sus sobrinos. No tengo ni tiempo ni ganas de buscar lo que no voy a encontrar.

Me doy la vuelta y veo cómo mi hermana baila desinhibida mientras meneas el culo demasiado cerca del paquete al tío con cara de asqueroso que tiene al lado. No, no es buena idea. Zoe creo que no está lista para echarse en brazos...

—Del primer imbécil que quiera meterla esta noche en caliente. —Esta parte parece que la digo en alto por la cara de las chicas que tengo delante.

—Siento decirte que estás en lo correcto. Ese tío es un imbécil y no le conviene... a nadie.

No quería meterme en su conversación, pero me gusta cuando sus ojos me miran. No, no soy el típico tío que se acerca a una chica y empieza una conversación estúpida para ligar. Yo soy más de coger mi cámara, un petate y perderme en el bosque los días libres. No me gusta Madrid, no me gusta la noche, no me gustan las discotecas y las aglomeraciones me parecen peligrosas. Según hemos entrado en la discoteca he visualizado la sala, las salidas de emergencia y he contabilizado a demasiada gente aquí metida, superando con creces el aforo permitido. La seguridad parece que no es el fuerte de este local.

—¿No es tu amigo? —La chica con los ojos más bonitos que he visto en mucho tiempo, vuelve la cabeza para mirarme.

—Es un compañero y por eso sé que no le conviene a nadie.

—¿Te rodeas de malas compañías? —Le da un sorbo a su copa—. ¿O la mala compañía eres tú?

—No tienes pinta de que te vayan los malotes. Aunque con esta peluca no tengo muy claro qué quieres esconder. —Agarro las puntas rosas.

Sin ningún disimulo mis ojos recorren su cuerpo. Tiene unas curvas muy sugerentes. Lleva un disfraz horroroso. Espero que sea eso y no su forma habitual de vestir.

—Será mejor que tu amiga no se acerque más a él.

—No te preocupes, mi hermana es bastante lista. No se va a tirar encima de un tío que no conoce.

—Pues creo que no la conoces demasiado bien. —Señalo la pista con la cabeza.

—Joder, Zoe.

Pasa a mi lado para llegar a la pista donde su hermana está bailando de una forma muy extraña y las que creo que son sus amigas, con las que comparte vestuario y pelucas, la miran negando con la cabeza, como si estuviesen sorprendidas, pero para mal. Su aroma se mete en mi nariz y hace que cierre los ojos unos segundos para disfrutarlo. Al abrirlos disfruto del contoneo de sus caderas al caminar.

—¿Qué haces? —Bosco aparece a mi lado con un par de cervezas.

—Nada.

—¿Has visto a Estévez? Esa chica no sabe dónde se está metiendo. No tiene pinta de ser la típica chica con las que se acuesta. No debería acostarse con nadie. No debería tener la posibilidad de reproducirse. —Bosco no se lleva demasiado bien con Estévez. Se ha tenido que comer muchos marrones por su culpa.

—Están de despedida y será su última locura.

—Será mejor que no lo haga o se arrepentirá el resto de su vida.

Nos fijamos en Estévez y ¿Zoe ha dicho la chica neón? Él se acerca demasiado a ella, la agarra de la cintura y la pega a él con bastante brusquedad. Ella parece removerse y querer separarse de él, pero no se lo permite. Lleva demasiadas copas encima. Veo cómo la chica neón —sin saber su nombre se quedará con este— se acerca a ellos y comienza a tirar del brazo de su hermana con una sonrisa. Leo en sus labios la conversación que mantienen.

—Vamos, Zoe, da las gracias por el baile que ya nos vamos. —No desaparece su sonrisa de la cara, pero compruebo que es falsa.

—Tengo para las dos. —La sujeta también de la cintura y veo que se le instala en la cara algo que no me gusta.

—Joder. —Doy un par de zancadas para llegar hasta donde ellos y salvar a Estévez de otra denuncia.

—No tienes ni para una. Suelta a mi hermana y después suéltame a mí, por favor. No quiero montar ningún numerito aquí.

—Ella está buscando un buen polvo. Si te quieres apuntar, perfecto. Si no, apártate que molestas. —Empuja a la chica neón que se tropieza con un par de personas que le recriminan el empujón.

—Mira, gilipollas, o te apartas de mi hermana o te juro que te pego un puñetazo y me da igual que seas más alto o más fuerte. Suelta a mi hermana ya.

Estévez cambia el gesto de su cara, empuja a Zoe y sujeta a su hermana fuertemente, pero antes de llegar para salvarle de que estas mujeres le pongan una denuncia, veo cómo la chica neón le agarra del brazo, se lo gira y hace que Estévez, en dos movimientos, acabe en el suelo con la palma de su mano en la nuca.

—Pero... —Bosco y Juanjo están a mi lado.

—Ni se te ocurra ponerle la mano encima a ninguna mujer y aléjate de mi hermana o te juro que te arranco las pelotas. No es una amenaza, será un hecho.

—Jodidas feministas. —Estévez no está arreglando su situación.

—Esa chica no necesita ayuda.

—Aura, suéltale. No merece la pena. —Zoe trata de separar a su hermana de Estévez.

—Te dije que nunca más iba a volver a pasar lo mismo y no pienso dejar que un imbécil crea que tiene derecho a agarrarte de esta manera.

—Aura, será mejor que le sueltes. Ya tienes una orden de alejamiento.

—Aura, vámonos, sigamos con nuestra noche. No vamos a dejar que un imbécil nos estropee la despedida de Zoe.

Aura no es la que se casa —ya sé su nombre—. Puedo leer en la banda que lleva Zoe atada a la cintura: despedida de casada. ¿Esto es lo que se hace ahora cuando te divorcias?

—Ramírez, quítame a esta loca de encima y llama a la policía.

—Claro, Martínez y Ochoa están aquí. ¿En qué pueden ayudarte?

—Os vais a cagar cuando volvamos a la Academia. No creo que a mi padre le haga demasiada gracia.

—¿Seguimos con los chantajes, Estévez? No creo que estés en posición de nada ahora mismo. Te has sobrepasado con una mujer, has empujado a otra y has consumido alcohol y drogas esta noche. El control de mañana va a ser muy interesante.

No me estoy enterando de nada de lo que está pasando ahora mismo. Sigo con el brazo de este idiota en mi mano y se lo suelto para irnos de aquí. Mi hermana se lleva la mano a la boca y sale corriendo al baño seguida de Eli.

—Porque eres una mujer, si no te daba tu merecido. —El imbécil se levanta del suelo y me mira absolutamente enfadado.

—Estévez, ni se te ocurra a...

—Porque soy una mujer y tengo más pelotas que tú te digo: cuando alguien baila, no está tratando de ponértela dura. Cuando alguien se divierte, su fin no es ponértela dura. Cuando una mujer te sonrío, tal vez solo esté siendo amable. Nosotras, cuando queremos algo, lo decimos.

—Ya salió la *feminazi* que todas lleváis dentro. No eres más que otra caliente pollas.

—Estévez, ya está bien. —Uno de los chicos que están a mi lado le agarra del hombro, aprieta su mano con fuerza y le saca del local.

—Siento lo que ha pasado. Ya te he avisado que era una mala compañía.

—Tiene que haber de todo en este mundo, pero mi hermana tiene un ojo con los tíos... —Niego con la cabeza y me apunto un chupito de tequila en la cabeza.

—Lo siento.

Le sonrío amablemente por pedirme perdón por algo de lo que no tiene la culpa. Le observo con detenimiento, más de cerca, con calma —y regocijo interior—. Tiene el pelo oscuro, unos ojos marrones que parecen esconder algunos secretos, pero me parece que saben mirar, que lo hacen con ternura —o esto es causa del garrafón que me han metido y este también quiere meterla en caliente—. Tiene unos labios perfilados, perfectos para perderme en ellos una noche entera y parte de una mañana. *Aura, olvídate de este último pensamiento.*

—Nunca pidas perdón por algo que no es culpa tuya. Cada uno debe hacerse cargo de sus actos.

Pongo mi mano en su brazo y siento cómo su piel se eriza ante mi tacto. Parece que no está muy acostumbrado a que le toquen, porque siento cómo se aparta unos centímetros de mí.

—Perdón, no quería incomodarte.

—No pidas perdón por algo que no es culpa tuya, chica neón.

Me sonrío y me parece que es la sonrisa más sincera, tierna y dulce que nadie me ha regalado nunca. Retengo el aire en mis pulmones y rezo porque el

suspiro que escondo en mi pecho no salga disparado por mi boca y me deje en evidencia.

—Tú en *Adopta* no estás, ¿verdad?

Bravo, Aura, el suspiro no lo sueltas, pero la estupidez que tu boca no ha sido de frenar, sí. Señor, ¿qué voy a hacer contigo, cerebro, que no sabes parar las palabras que salen de mi boca?

—Voy a buscar a mi hermana.

—Hasta ahora, Aura.

Sonrío y me pierdo entre la gente que sigue mirándonos, pero que poco a poco continúa con su noche. Antes de subir las escaleras que dan al baño, le miro por última vez. No creo que siga allí de pie cuando volvamos ni que quiera conocer a una loca que ha dejado a su compañero en el suelo de rodillas.

Al llegar al baño veo a Raquel pasándole a mi hermana unas toallitas de papel para que se seque las manos.

—¿Cómo puedo ser tan estúpida para elegir siempre a los peores tíos? — Mi hermana se golpea la frente con la palma de la mano.

—No eres estúpida, Zoe. —Raquel le agarra de las manos—. Todas somos capaces de fijarnos en el peor tío. No estás preparada y no te mereces eso. Tú te mereces un gran amor, uno que te de la mano para saltar juntos en un charco, uno que no tenga miedo de amarte, que sea capaz de hacerte superar todos tus temores, que haga que se esfumen y que te quiera por encima de todo. Zoe, te mereces ser feliz.

—Raquel, tú no crees en finales felices. —Zoe nos mira con tanta pena en sus ojos que creo que será mejor irnos a casa.

—Yo no creo en un final feliz para mí, pero sé que tú, Zoe Miguel, tienes al hombre perfecto que te mereces, esperándote ahí fuera. Puede que no sea hoy ni mañana, pero sé que el gran amor de tu vida te está esperando para hacerte recuperar todo lo que has perdido.

Todas las que estamos en el baño —extrañas incluidas— estamos absortas en las palabras de Raquel.

—Crearás de nuevo y el día que eso suceda, me dirás que por fin sabes lo que es el amor de verdad, el bueno, el bonito, el que te mereces. Zoe, amarás de nuevo y será la mejor experiencia de tu vida.

No se escucha nada en el baño, todas estamos en silencio esperando la reacción de mi hermana. Sé que Zoe ha dejado de creer y deseo con toda mi alma que llegue a su vida alguien que resucite esa parte.

—Eso es lo que yo quiero, joder. Quiero una amiga que me agarre el pelo si vomito, que me diga que tengo lechuga entre los dientes y que me asegure que me amarán por encima de todo.

Zoe observa a la chica que lo dice sonriendo y nos mira.

—Yo tengo suerte, tengo a cuatro amigas que darían su vida por mí.

Mi hermana me da la mano mientras se acerca a Raquel y todas nos abrazamos. La vida no es fácil, pero encontrar personas con tus mismos desordenes mentales y que te apoyen en todo, hace que el camino sea más sencillo y mucho más divertido.

—Siento que hayas tenido que rescatarme de nuevo.

—Y mil veces más. Seré tu princesa de brillante armadura, pero sé que un día ya no me necesitarás. Estarás lista de nuevo. —Niego con la cabeza un par de veces—. Ese cabrón hijo de la gran puta no te va a robar nada más.

—¿Me lo prometes? —Zoe me agarra de las manos y sigo viendo miedo en sus ojos.

—Zoe, hablo por todas las que estamos aquí: haremos lo que esté en nuestra mano para que vuelvas a sonreír. —Le agarro de las mejillas—. Haremos un test a todos los tíos que se te acerquen. Si hace falta les hacemos un interrogatorio en profundidad para comprobar que son buena gente.

—No dejaremos que ningún otro polla flácida se acerque a ninguna de nosotras. —Eli niega con rotundidad.

—Vamos a ver si ese chico que se comía a mi hermana con los ojos en todos los bares sigue abajo.

—Sí. —Raquel afirma con los labios fruncidos.

—¿El compañero del imbécil? Será mejor que no esté. Entre que he dejado a su colega en el suelo de rodillas y le he preguntado si estaba en *Adopta*. Será mejor no tener que dar explicaciones sobre eso.

Cuando vuelven Juanjo y Bosco me cuentan que han metido a Estévez en un taxi para que le lleve de vuelta a la Academia. No creo que al Teniente le haga demasiada gracia tener que pagar la carrera y encontrar a su hijo de esta manera. No comprendo cómo puede comportarse así cada vez que sale.

—Menudas pelotas tiene la chica del pelo rosa. Esa llave me ha recordado a la que nos enseñaron el primer año. —Bosco pide unas cervezas.

—Ha saltado como una leona cuando atacan a sus cachorros. —Juanjo

sonríe—. Y menuda leona.

—Sí.

No digo nada más, dos letras y sé que tanto Bosco como Juanjo me están mirando de reajo.

—¿Sí? ¿Nada más que sí? —Bosco se pone delante de mí.

—¿Qué quieres que te diga?

—Pues que llevas mirando a esa chica toda la noche. En cada bar, desde el de las cervezas, nos las hemos cruzado y te he visto mirándola fijamente.

—No es verdad.

—Joder, Ramírez, que para ser de la unidad especial, mientes como el culo. —Bosco me da un golpe en el pecho.

—Después de esta noche no volveré a ver a la chica neón. No necesito complicarme la vida ahora con una mujer de la que solo sé su nombre y que imita bastante bien a un tío corriéndose.

—¿Cómo?

Veo que Aura baja las escaleras y sonríe mientras sujeta fuertemente la mano de su hermana. Parece que no haya ocurrido nada minutos antes, que han reseteado la noche y Estévez no se la ha jodido a ninguna.

—No contesta. Juanjo, ¿recuerdas aquel día en Melilla?

—¿En aquella emboscada en la que nos metimos?

Juanjo y Bosco empiezan a vacilarme, pero no soy capaz de apartar mis ojos de ella. Su sonrisa, su forma de ladear los labios, de agarrar la mano de su hermana y llevársela a la boca para besarla. Veo en sus ojos lo mismo que yo siento por mi hermana mayor.

—Puede que no vuelvas a verla, pero puedes aprovechar la noche para conocerla un poco más. ¿Quién dice que Madrid no puede ser un buen sitio para conocer a una chica con una sonrisa tan especial? —Bosco no está mirando a Aura, sus ojos están fijos en su hermana, en Zoe.

—Ahora vengo.

Juanjo se acerca a las chicas neón y, con la naturalidad y morro que le caracteriza, unido a su gran sonrisa y a unos genes bastantes agradecidos, habla con ellas, sonríe, hace que una de ellas suelte una carcajada, que Aura levante la ceja y me mire afirmando con la cabeza.

—Queremos pedirnos perdón por el imbécil de nuestro compañero. No somos así, nosotros somos amables, educados y no somos tan desagradables

de ver.

—Seguro que ese truco te funciona siempre. —Le miro ocultando mi sonrisa.

—Tú eres la que imita a un tío corriéndose.

—Después de todos los cafres con los que he estado sé de lo que hablo. —No me doy cuenta, pero estamos caminando en dirección a la barra—. Están los de *oh, sí, sí, sss...* También están los *así, así, así* que parece que te están diciendo cómo aparcar el coche. —Cierro los ojos—. Los que van de dioses del sexo y se corren con solo tocarles y te dejan jodida.

Al abrir los ojos veo a todos, incluidos los compañeros del chico, mirándome con los ojos abiertos y sorprendidos.

—Yo no sé con qué tíos te acuestas, pero empezaría a dejar de frecuentar esos sitios. —El chico de los ojos dulces me mira.

—O dejar de hacer estas cosas en público y no quedar como una idiota fingiendo ser un hombre corriéndose. —Levanto los hombros y arrugo la nariz—. Ser normal.

—No seas normal, está sobrevalorado.

Me mira fijamente y hace que sonría. Es una de las frases que siempre digo: aun siendo raras, somos reales.

—Vale, creo que voy a sacar una ronda de chupitos y vamos a hacer las presentaciones en condiciones. Mis colegas no suelen ser así, no son de discotecas, ni de noche ni de ligar. —El chico que se nos ha acercado sonrío—. No tienen ni idea de cómo se hace. Podemos observarlo en Ramírez. Pone ojos de loco, por muy bueno que sea en su trabajo las palabras parece que se amontonan en su cerebro y las escupe sin tener demasiada coherencia. Es un espécimen en extinción. Él prefiere coger una mochila, su cámara de fotos y perderse en el monte, trepar por las rocas y llegar a la cima antes del amanecer para disfrutarlo en toda su plenitud. Es capaz de organizar un ataque en unos segundos, pero las personas reales no son su fuerte.

—Eres una joyita. —Niego al mirar a Ramírez.

—Y es uno de mis mejores amigos. Si le diesen la oportunidad al imbécil de Estévez para que te hablase de mí, acabaría en el suelo con una de esas magnificas llaves.

—Entonces he acertado, eres la mala influencia. —Pongo mi mano sobre la suya en la barra sin darme cuenta.

—Y me lo dice la que ha dejado en el suelo a un tío que le saca una cabeza y más de veinte kilos.

—También soy mala influencia, no te acerques mucho.

Arquea la ceja y sonríe. Tal vez sí se puede conocer a alguien en un garito con poca luz y que no sea un desastre.

6

Hoy voy a sonreír

Juanjo pide una ronda mientras las chicas nos miran entrecerrando sus ojos sin decir nada. Parece que las chicas neón no dejan ni un solo rincón de nuestras caras y cuerpos sin observar con detenimiento. Se miran entre ellas sin decir una palabra y alguna sonríe, otra nos mira con una ceja levantada y no aparta sus ojos de los nuestros.

—Joder, me están poniendo muy nervioso, Leo.

—Creo que será mejor que hagamos las presentaciones formales. —Juanjo nos entrega un chupito a cada uno—. El que mira como si estuvieseis a punto de atacar es Martínez, Bosco para los amigos.

—Hola. —Bosco levanta el chupito en el aire y veo cómo sigue observando a la hermana de Aura—. Encantado.

—El otro que sostiene en su mano el chupito como si fuese una bomba a punto de explotar y ahora me mira como un psicópata, es Ramírez, para vosotras Leo.

—¿Así que ellas ya son mis amigas para dejarnos los formalismos de Ramírez, Leo para los amigos? —Miro a Juanjo que se está divirtiendo.

—Bueno, nunca se sabe lo que puede salir de esta noche. Quién sabe si en un año estamos de boda celebrando el amor que se fraguó en una noche como esta.

Todos miramos a Juanjo negando con la cabeza.

—No me jodas, que no pienso poner otro pie en el altar, eso te lo aseguro.

La chica del pelo amarillo —a la espera de conocer sus nombres seguirá así— niega con la cabeza con un dedo en el aire.

—Raquel no vuelve a casarse, aunque le vaya la vida en ello. —La chica del pelo morado sonríe.

—Ya me dejé media vida en esa relación que estaba predestinada a ser la mayor equivocación de mi vida.

—De las equivocaciones se aprende mucho. —Zoe parece que sonríe, pero se puede ver tristeza en su cara.

—Los errores que cometemos son los que nos hacen ser las personas que somos ahora mismo. —Quiero sonar amable porque no me gusta el gesto de preocupación que se dibuja en la cara de Aura—. No somos los responsables de los errores de los demás y equivocarse nos hace humanos.

—Hay veces que pesan demasiado. —Zoe niega con la cabeza.

—Dos chupitos de tequila. —Aura se lo pide al camarero que aún nos está sirviendo.

—Ya le he cogido el suficiente asco, tata.

—No parece.

No comprendo qué es lo que hacen, pero las dos se beben el chupito de trago y, por unos segundos, creo que Zoe va a matar a su hermana.

—Asco por asociación, la nueva terapia de Aura. —La chica del pelo azul me mira sonriendo.

—Yo soy Juanjo, el que al parecer menos interesa de la noche. Así que me irá a pagar la ronda y a ver si alguna mujer me concede un baile.

De nuevo, todos le miramos y escucho una carcajada de Bosco.

—Tú intenta pedirle a alguna de las mujeres que hay por aquí bailar una agarrado. —Bosco mira su reloj—. A las cinco de la mañana me parece a mí que todo el pescado está vendido, Juanjo.

—El padre de Aura y Zoe, el hombre más sabio de este mundo, siempre nos ha dicho que a partir de las tres de la mañana no queda nada decente en sitios como este.

—Pero mi padre odia las aglomeraciones, estos locales y siempre nos pide que busquemos la salida de emergencia, que la localicemos al entrar y tengamos el plan de escape siempre listo. —Aura suspira.

—Un hombre muy inteligente. Este local no cumple con varias normas básicas de seguridad. —No dejo de mirar a Aura que pone los ojos en blanco.

—Te llevarías muy bien con mi padre. Compartís las mismas preocupaciones sobre la noche madrileña.

—La seguridad es importante.

—Pero no se puede vivir siempre con miedo y en alerta constante. —Aura se acerca un poco más a mí al hablarme.

—La vida es peligrosa.

—E inesperada, lo sé. Pero hay peligros que merece la pena disfrutar. —Se muerde el labio inferior. ¿Esto es un coqueteo?

—La peligrosa es Aura. Ya habéis comprobado cómo se las gasta. —La

chica del pelo amarillo tira de la mano de Aura—. Soltera, treinta y seis años, residente en Madrid y dispuesta a conocer a un hombre que le dé placer cada noche.

—¿Ahora estamos en un mercado? —Aura se ríe.

—En alguna cala de Almería —lo digo entre susurros, pero veo que Aura me mira negando con la cabeza sin dejar de sonreír.

—La mujer más dulce, preciosa y perfecta del planeta es Zoe. La que está como una moto por su refresco sin cafeína, o lo que ella cree que es sin cafeína porque hace dos cubatas que se me ha olvidado pedirlo, es Eli. Su es la más afortunada de nosotras. —Le da la mano a otra de las chicas y sonríe—. Yo soy Raquel, la que no se volverá a vestir de blanco, pero cree que, de alguno de los desastres de esta muchacha, algún día saldrá su gran amor.

Escuchamos un ruido extraño que proviene de Aura. Al mirarla veo que tiene los dedos alrededor de sus labios y está haciendo una pedorreta.

—Yo te paso a todos mis desastres a ver si sacas algo bueno de ellos.

—Deja de buscar amor en redes. —Zoe mira a su hermana con ternura—. Tú ganas en las distancias cortas.

—Mi culo al parecer no. Tendré que hacerle un book para adjuntarlo a mi perfil.

Sin darme cuenta mis ojos están fijos en su culo y parece que estoy afirmando con la cara, cuando veo que Juanjo me mira riéndose.

—Leo da el visto bueno y es un gran fotógrafo. Creo que estará encantado de hacértelo... el 'book'.

No sé cómo ni por qué motivo, pero acabamos todos desayunando en un bar cerca de Gran Vía. Cualquiera que nos vea puede pensar que somos un grupo de amigos que está terminando su noche antes de despedirse. En el local hay dos grupos más y observo la forma en que ha terminado el día. Mi hermana está sentada al lado de Bosco sonriendo. Pero no con una sonrisa de las que suele poner cuando está incómoda cerca de un hombre. Desde su divorcio no ha dejado que ninguno se acerque a más de tres metros de ella. Ahora mismo veo que está feliz, que la noche que no quería celebrar ha terminado siendo divertida, extraña y aparentemente buena.

—A ver si no la he liado. —Leo deja una taza grande y un plato a mi lado—. Largo de café, con leche sin lactosa templada, azúcar moreno y un bollo tostado con aceite, tomate y jamón.

—Buena memoria. —Me hago a un lado para que se siente.

—Yo no me decidía entre tu delicioso bollo a la plancha o esta tortilla. — Se sienta muy cerca de mí y me observa—. ¿Puedo hacerte una proposición muy indecente?

Pego un respingo en el banco en el que estoy sentada. Siento cómo comienza a subirme calor por el pecho y sé que me acaban de salir dos coloretos en la cara que el ya escaso maquillaje no puede ocultar.

—Sé que casi no nos conocemos, que puede que sea demasiado lo que te voy a proponer, pero no puedo más. —Me agarra de la barbilla y me acerca a él.

Bueno, creo que se puede sentir el calor que sale de mi cuerpo. Acabo de ponerme nerviosa, pero nerviosa de no dar pie con bola si tengo que decir ahora mismo algo. Su dedo está demasiado cerca de mi labio inferior y al mover me hace cosquillas. *Sí, hazme la proposición más indecente de mi vida y te aseguro que ahora mismo te diré que sí, Leo.*

—Aura, ¿compartes tu desayuno conmigo?

Me pierdo en su mirada y creo que si me pide uno de mis riñones —o el mejor beso del mundo— le digo que sí. Sus dedos siguen en mi barbilla, tan cerca de mis labios, que tengo que ahogar un suspiro en mi boca. Me da paz, no conozco de nada a este tío, pero su mirada me da paz, me transmite tranquilidad y todo a mi alrededor desaparece.

—Aura, no es complicado. Es un sí o un no. No esconde nada mi proposición. —Tira de mi barbilla y se acerca demasiado a mí.

—Tienes pinta de ser de los complicados, de los que no salen de tu cabeza en semanas, de los que aparecen de repente y desaparecen con la misma rapidez.

—Aura, no te hablo de amor. Solo es compartir un desayuno.

Vuelvo a la realidad y me siento como una idiota.

—Sí, coge lo que quieras. —Sonrío tratando de ocultar mi soberana estupidez.

—Te tomo la palabra. —Aparta su mano de mi barbilla y pone los platos entre los dos—. De amor ya hablaremos otro día.

No sé qué me pasa, pero esto es algo que no haría normalmente. No ligo, por supuesto no coqueteo y mucho menos hago proposiciones indecentes.

¿Que me encantaría besarla?

Obvio.

¿Quién en su sano juicio no querría hacerlo?

Es divertida –lo poco que la conozco–, tiene unos ojos llenos de vida, una sonrisa arrebatadora y unas curvas en las que perdería mis dedos y mis labios.

—Como no le metas mano, no quedará nada. —Aura señala con sus ojos los platos. Creo que me he quedado unos minutos en mi mundo.

No sé a qué hora hemos llegado al local, pero el cielo comienza a teñirse de un color rojizo. Son las siete menos cuarto y está empezando a amanecer.

—Chicos, tenemos que volver. —Juanjo nos mira sonriendo—. Espero tener el placer de volver a veros, chicas neón.

—Si tenéis suerte, tal vez os invitemos un domingo, nuestro día de relax familiar. —Raquel sonríe y recibe la mirada de todas sus amigas—. Venga ya, chicas. Javi no puede ser el único que paseé por la piscina. ¿Os imagináis a estos tres en bañador?

Creo que está tratando de disimular al decirlo, pero en vez de torcer la boca hacia el lado en el que están sentadas sus amigas, lo hace hacia nosotros.

—Raquel, sigues sin saber disimular.

—No, no disimulo. Es para que se animen a quitarse la ropa delante de nosotras.

—Nosotras también nos vamos. Creo que nos vendrá bien dormir algo y luego irnos a comer. —Aura se levanta y va disimuladamente a la barra, pero Bosco la alcanza.

—Está pagado. Invitas a la siguiente. —Bosco se apoya en la barra.

—¿Va a haber siguiente?

—Eso espero. —Bosco observa a Zoe.

—Solo te lo voy a decir una vez, parece que eres inteligente como para entenderlo. —Aura se sitúa delante de él, pero puedo escucharla desde mi posición—. Es mi hermana, no te imaginas por lo que ha pasado, el infierno que está aún tratando de superar. Si quieres un polvo, búscate a otra. Si quieres divertirte, Zoe no es con quién hacerlo.

—Yo...

—No, Bosco. No dudo de que seas un buen tío, pero no voy a permitir que nadie más vuelva a hacerle daño. Si quieres verla, tendrás que currártelo mucho. —Aura niega con la cabeza y sonríe—. Sé que esto puede alejarte y decidir que sería mejor buscarte a otra, pero no encontrarás a

nadie más especial que ella y con más ganas de vivir. Ella aún no las ha recuperado, solo necesita a alguien que le recuerde que vivir merece la pena. —Pone una mano sobre el pecho de mi amigo—. Estamos hechos de limitaciones, busca la forma de saltarte las tuyas.

—Entendido.

—No le hagas daño, nunca.

—Lo he captado a la primera, de verdad.

Bosco se acerca al oído de Aura y le dice algo que hace que los dos sonrían.

La verdad es que no me imaginaba que nuestra noche fuese a terminar así. Paseamos por Gran Vía mientras amanece. Estamos a primeros de mayo y comenzamos a notar ya la verdadera primavera. Ninguna dice nada mientras nos acercamos al cruce en el que se encuentra la calle de mi piso. Puedo observar que Raquel y Juanjo se ríen de algo, Bosco camina al lado de mi hermana y juraría haber visto cómo sus manos se rozan.

—Nos separamos aquí. —Aura ladea su cabeza.

—¿Vives por aquí?

—Eres Nacional o Civil, aún no lo tengo demasiado claro. Seguro que tienes forma de saberlo, pero no voy a ser yo quien te diga nada. —Aura, que se te ve el plumero.

—¿Quieres volver a verme? —Leo se acerca a mí

—Yo no he dicho eso. —Aprieto los labios.

—Entonces no quieres.

—No voy a entrar en este juego, Leo. Buenos días.

Sin pensármelo le doy un beso en la mejilla y me alejo de él, pero antes de separarnos, tira de mi muñeca, me pega a él, con su mano libre me aparta del cuello unos mechones de mi pelo que se han salido de la peluca y se acerca decidido a mí... a mi boca... Joder, ¿va a hacerlo? Siento cómo sus dedos se clavan en mi cintura, mi cuerpo tiembla y mi piel se eriza bajo ellos. Me lamo los labios y... Señor, pero ¿qué clase de tortura es esta, joder? Si me va a besar que lo haga ya, si no lo va a hacer que no lo haga ya. Esquiva mi boca y pega su mejilla a la mía para empezar a susurrarme con esa voz cálida y caliente que tiene.

—Hay una cala de agua cristalina en Almería, treinta metros de arena fina, sin gente, sin ruido, sin ropa...

Sus palabras me obligan a cerrar los ojos y una de mis manos se agarra a

su brazo y aprieto fuertemente mis piernas mientras cierro los ojos.

—Ya hemos compartido una noche y un desayuno delicioso. Lo siguiente será un día entero. —Pega sus labios a mi mejilla, demasiado cerca de mi boca—. Yo sí te daría el placer que te mereces. Buenos días, Aura.

Me cuesta respirar y siento que la cabeza me da vueltas. Abro los ojos y veo cómo Leo —y su más que fantástico culo— camina por Gran Vía en dirección a Plaza España. El sol está iluminando ya el cielo de Madrid y antes de que los tres desaparezcan a la izquierda en una de las calles, Leo se gira, me mira, me guiña un ojo y sonrío.

Aura, estás jodida.

Soñando de nuevo

Ninguna decimos nada mientras caminamos hasta mi piso. No sé si es que hemos hablado tanto esta noche que no tenemos nada más que decirnos —no, esto no es, seguro—, que la resaca ya está haciendo de las tuyas o que los chicos han dejado su huella. Zoe entra en casa sonriendo, saca la jarra del agua de la nevera, sirve seis vasos y levanta el suyo en el aire.

—Muchísimas gracias por esta noche, chicas. Tengo que reconocer que no lo quería, pensaba que ni lo necesitaba ni tenía ya la edad para hacerlo, pero ha sido una noche perfecta. —Se ruboriza—. Sé que me queda mucho camino por recorrer y que aún no debería ni correr ni emocionarme, pero esta noche ha sido genial.

—¿Emocionarte? —Raquel se sienta en la mesa observando a Zoe.

—No me hagáis caso.

No dice nada más y camina por el pasillo hasta el salón para salir a la terraza. Nosotras nos miramos sin comprender nada.

—Joder, me tengo que ir. Voy a ver si aguanto esta hora de trabajo y recojo a Mai. ¿Podemos quedarnos hoy en la Finca? Necesito que la niña corra y se desfogue. —Eli me mira.

—Ya sabes que siempre. No hay nadie este fin de semana, así que la casa es nuestra.

—¿Empezáis ya la temporada de eventos?

—Hasta finales de junio no tenemos la primera boda. Por una parte, me parece lo mejor. Zoe está renovando toda la carta y aún no está al cien por cien.

Escuchamos a mi hermana tarareando desde la terraza y todas nos asomamos por el pasillo para verla.

—Pues me parece que esta noche ha recargado un poco la batería. Bosco puede ponerla al cien por cien. —Raquel sonrío mientras observa a mi hermana—. Parece buen chico.

—Aura ya le ha dejado un mensaje.

—¿Yo?

—Te he visto en el bar. —Raquel me agarra de la mano—. Sé que te preocupas por tu hermana, pero no puedes protegerla de todo.

—Lo sé y sé que es ella la que tiene que decidir dar el paso, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—No lo eres. Pensé que la terapia te había ayudado más. —Raquel me mira negando con la cabeza.

—Lo hizo, Raquel, lo hizo. Pero ya sabes cómo soy y me preocupa que ella quiera estar lista, pero no lo esté.

—Me tengo que ir. Nos vemos para comer en la Finca. No me dejéis sola allí con Mai o tendré que volver a ver *Vaiana*^[8] y creo que ya no lo podré soportar. Ocho veces esta semana, ocho. «*Cada amanecer, cada sensación, cada atardecer, al caer el sol*». —Eleva los brazos en el aire y hace un gesto extraño con la boca mientras canta la banda sonora.

—Prometo que estaremos antes de comer. —La acompaño hasta la puerta—. Trata de dormir algo antes de recoger a tu hija.

—No puedo, mis padres salen de viaje a las once y tengo una hora de trayecto hasta allí. Ya dormiré cuando mi hija acabe la universidad. —Sonríe y me abraza—. Te quiero.

Observo a Eli mientras baja las escaleras frotándose la cara con una toallita para deshacerse de los restos de maquillaje. Eli ha criado a Maider sola, ya que su padre se embarcó en un atunero y no volvió a pisar España. Eli siempre había querido ser madre, pero no se imaginó que lo sería siendo soltera. Recuerdo como si fuese ayer el día que nos lo contó hace casi nueve años.

Quedamos en el Vía Láctea y, como siempre, Zoe y yo somos las últimas en llegar. Las chicas están sentadas al fondo, cerca del billar. Pedimos unas cervezas y nos acercamos a ellas.

—Ya era hora. —Su nos lo recrimina sonriendo.

—Me ha costado mucho que David se quedase en casa con los niños. Ha tenido que buscar a alguien para cubrirle en cocina.

Me imagino que no le ha hecho mucha gracia tener que quedarse en casa con los niños un sábado por la noche, pero Eli nos ha pedido una reunión urgente.

—Estoy embarazada y Ángel ha decidido que no.

Mis ojos se fijan en Eli y espero que suelte una gran carcajada, que nos diga que es una de sus bromas y que la siguiente ronda es suya porque la han ascendido en la empresa. Pero no hay nada de esto, solo su cara desencajada y a punto de llorar.

—¿Estás segura?

—¿De que estoy preñada o de que me han plantado?

Nos deja una postal encima de la pequeña barra que tenemos al lado y Su la coge para leerla.

—Maldito mamón hijo de la gran puta. Pero ¿quién se cree que es para dejarte así? Tiene que dar la cara y apechugar con las consecuencias. Si no quiere hijos, que no te la meta. —Raquel arremete con toda su furia.

—¿Tú cómo estás? —Zoe agarra de la mano a Eli que no ha dejado de negar con la cabeza.

—Acojonada. No puedo criar a este bebé yo sola. Es imposible. ¿Cómo voy a poder salir adelante si tengo un trabajo que me absorbe la vida y en el que no gano ni mil euros al mes, me dejo ochocientos en el alquiler y ahora tengo que pagarlo sola?

—Ven a vivir conmigo. —No me lo pienso dos veces.

Conozco a Eli desde el colegio y, aunque nos separamos en el instituto, no perdimos nunca el contacto. No pienso dejarla sola en un momento como este y sé que ninguna lo hará.

—Aún está de obras el piso de los abuelos y tardaré en irme allí, pero tengo una habitación vacía en mi piso.

—¿Y Joaquín? —Eli me mira con sus ojos muy abiertos.

—Pasa toda la semana en Barcelona y algunos fines de semana también, así que tienes tu habitación en casa.

—No puedo quedarme allí para siempre, Aura. Tienes tu vida.

—Y tú eres parte de ella. —Le agarro de la mano mientras el resto sigue dándole vueltas a la postal—. A casa de Su no puedes irte con los niños y Javi; a la de Zoe tampoco, bastante tiene con su marido y los niños; con Raquel...

—¿Y cuando nazca la niña?

—¿Una niña? —Pongo mi mano en su casi inexistente tripa.

—Eso parece.

—Pues cuando esta preciosidad nazca, le pediremos la cuna a Zoe y la pondremos en tu habitación y haremos que la casa sea segura para ella.

—¿Por qué harías eso por mí?

—Porque eres familia y nunca te vamos a abandonar.
—¿Cómo he tenido tanta suerte?

Al cerrar la puerta veo que Raquel y Su siguen mirando a mi hermana. Ella sigue en la terraza canturreando una canción. Cuando me acerco, compruebo que es *Los Charcos* de Dani Martín. Y esa letra dice mucho.

—«*Que me arranques las entrañas y me mires, más adentro donde solo vivo yo. Que me saques esos miedos y los tires, a los charcos y pisarlos tú y yo*».

—Me da a mí que a tu hermana esta noche le ha parecido que puede ser su puesta a cero en la vida. —Raquel pone sus manos en mis hombros.

—Me encantaría.

Al llegar a la Academia el Teniente nos espera en la entrada. Me parece que nos vamos a llevar una buena por el imbécil de su hijo.

—¿Os parece normal mandarme a mi hijo borracho y con droga encima? Puedo abriros un expediente ahora mismo.

—Sí, porque a tu hijo no lo harás jamás. —Juanjo lo dice entre dientes.

—No he oído bien lo que has dicho, Ochoa. ¿Eres tan amable de repetírmelo?

—Que...

—Que no sabíamos que estaba en posesión de narcóticos, Señor. —Paro a Juanjo antes de que siga hablando y nos pasemos el resto de nuestro fin de semana libre en el calabozo.

—Espero que la semana de confraternización consiga hacer que formemos un equipo o volverá a suceder lo de la última operación y me veré en la obligación de abrir expedientes disciplinarios.

—Sí, Señor. —Los tres nos cuadramos ante él hasta que dejamos de verle.

—Espero que también se lo abra a su hijo de una maldita vez. —Bosco camina hacia la explanada donde solemos correr por la mañana—. Me hierve la sangre la forma en que todos le consienten lo que le da la gana. Un día vamos a tener un problema gordo en una operación y acabará alguien muerto. Joder, que en la última casi me llevo un tiro por su culpa.

—Lo sé. —Sujeto de los hombros a Bosco—. Pero vamos a olvidarnos

de ello estos días. En un par de semanas tenemos esa mierda de confraternización y mes y poco después las vacaciones.

—¿Sigues empeñado en la misión de Siria? —Bosco lleva meses tratando de disuadirme—. A Luna no le gusta la idea de perder a su tío favorito.

—No utilices a tu hija contra mí.

—Eres el único capaz de controlar sus ataques adolescentes. ¿Sabes que quiere ir a un festival a la playa este verano? Solo tiene quince años.

Bosco es padre soltero. La madre de Luna murió de cáncer poco tiempo después de su nacimiento. Se quedó embarazada cuando los dos tenían diecisiete años. Decidieron seguir adelante y tener a la niña, pero tras el embarazo le detectaron un cáncer bastante raro contra el que luchó, pero no fue suficiente. Recuerdo que Luna no tendría más de un año cuando tuvo que enterrar a su madre. Justo el mismo año en que yo enterré a la mía. Me deshago de este pensamiento, sigue doliendo tantos años después mucho más de lo que me gustaría, más de lo que suelo reconocer.

—Buscaremos la forma de explicarle que por ahora es mejor que se quede cerca de casa. Ya llegará el momento en el que tendrás que darle alas.

—Pero es mi hija, Leo. No quiero que ningún imberbe borracho o drogado trate de abusar de ella en un concierto a las cinco de la mañana.

—Bosco, tu hija no es estúpida y te aseguro que tiene mucha más cabeza que cualquiera de nosotros a su edad. Joder, si nosotros nos fuimos haciendo autoestop hasta Gijón. —Juanjo no suele ayudar en estos casos.

—¿Y cómo acabamos? Borrachos a sidra y probando marihuana por primera vez.

Nos miramos los tres y recordamos todo lo que hemos perdido en estos años. Bosco perdió a la madre de su hija, no mantenían ninguna relación amorosa, pero perderla supuso un golpe muy duro. Yo perdí a mi madre de un cáncer silencioso, que se la comió por dentro en un par de meses. Tan solo tenía cuarenta y cinco años. Era la mujer más guapa del mundo, la más dulce y la que siempre tenía la palabra adecuada para cada momento. Mi hermana pasó a ser la que nos cuidó a mi hermano pequeño y a mí. Los chicos fueron un gran apoyo en aquel momento y me uní mucho más a Bosco al compartir el mismo dolor.

No, nuestra adolescencia no fue sencilla, pero aquellos momentos nos han convertido en lo que somos: tres amigos capaces de superar todo lo que se nos ponga por delante. Hemos estado en operaciones peligrosas de las

que no se nos permite hablar, nos hemos salvado la vida en varias ocasiones en misiones fuera de España de las que no se nos permite decir una palabra y hemos esquivado balas en países en los que jamás hemos estado.

Joder, joder, joder. Nos hemos quedado dormidas. No me he dado cuenta y no he puesto la alarma para despertarnos. Pongo música, hago café y me meto a la ducha. Enciendo el grifo y me miro al espejo, ni siquiera me he quitado la peluca y las pestañas postizas forman parte casi de mi cuello. Espero unos segundos a que el agua salga caliente y los ojos de Leo aparecen justo delante de mí. Sus palabras, esas nueve palabras con las que me ha dejado atónita, resuenan en mi cabeza: «*Yo sí te daría el placer que te mereces*». Sonrío por su descaro. Sé que en cualquier otro momento me hubiese sentado fatal, pero su tono de voz, la forma en que me ha mirado toda la noche, cómo se ha erizado su piel al sentirme cerca y la tranquilidad que me da mirarme en sus ojos...

Sí, sin duda alguna, Aura, estás muy jodida.

Me meto en la ducha y por el hilo musical escucho a mi futura yo avisándome a través de [*Trouble is a friend*](#) de Lenka.

«El problema, te va a encontrar no importa a dónde vayas. (...) Pero empiezas a perder el control».

Sí, soy un caos, soy una buscadora estupenda de problemas y la atracción perfecta de los desastres. Sí, suelo perder el control a menudo y acabo de lleno en relaciones bastante desastrosas y caóticas, valga la redundancia. Desde que Joaquín me dejó, me he visto envuelta en tantas citas que han terminado mal, que con ellas podría escribir: «*El manual perfectamente imperfecto de cómo tener citas y no morir en el intento*». Estaría repartido en varios tomos explicando cómo han sido mis citas desastrosas llenos de experiencias bastante paranormales y alguna hasta extrasensorial.

Y todo empezó aquel día qué...

Top desastres: 5

Hechizada

Creo que es el inicio del fin, el momento en que el inframundo abre su puerta. Es una noche como cualquier otra –aparentemente normal y en la que no voy a cometer demasiadas estupideces– que decido entrar para cotillear mi perfil de *Adopta* creado hace muy poco por mi gran amiga Raquel –la muy zorra ha salido corriendo en cuanto me ha dicho que me ha metido en esa base de datos para ~~foliar~~ ~~ligar~~ buscar ~~amante~~ pareja–.

Sé que después de entrar, mi vida ya no volverá a ser igual nunca más. Estoy a punto de descubrir lo que contiene la caja de Pandora y no sé si estoy mentalmente preparada.

No tengo ni idea de cómo funciona ni qué tengo que hacer. Me pongo una copa de vino –dejo la botella al lado porque sé que va a ser algo duro de ver– y reviso la web.

DETALLES

✂ **OJOS**
marrones

✂ **PELO**
largo, moreno, liso

✂ **MEDIDAS**
180 cm, 75 kg, voluptuosa

✂ **ESTILO**
desenfadado

✂ **CARACTERÍSTICAS
DISTINTIVAS**
tatuaje

✂ **ORÍGENES**
europea

✂ **SIGNO DEL ZODIACO**
libra

✂ **HOBBIES**
Vivir

✂ **PROFESIÓN**
Abogada

✂ **UNIVERSIDAD**
Estudio en Universidad
Autónoma de Madrid

✂ **ALCOHOL**
para el aperitivo

✂ **TABACO**
tolero el humo

✂ **ALIMENTACIÓN**
de todo

✂ **ME GUSTA COMER**
chino, indio, italiano,
japonés, oriental

¿Voluptuosa?

Con esto o recibo un aluvión de seguidores de Kim Kardashian y hermanas o me como lo que viene siendo un mojón.

HOBBIES

✂ **DEPORTES**
voleibol, boxeo, pole dance

✂ **ANIMALES**
peces

✂ **INSTRUMENTOS**
palo de lluvia

✂ **CULTURA**
nudismo, enología, lectura, tapear,
fotografía

DESCRIPCIÓN

Si te atreves a conocerme, seré la chica de tus sueños, pero debes ser el hombre que llevo mucho tiempo esperando.
No te dejes guiar por un perfil en el que no he mentado.
Conóceme y encuentra mi punto G, que es sumamente importante para mí: la risa.
No seas malpensado.

¿Punto G?

Coño, Raquel, que de esta me expulsan de la aplicación sin haber catado a ninguno.

LISTA DE LA COMPRA

Vino
Jamón
Cerveza
Cerezas (tengo un truco estupendo con el rabito)
Fresas
Chocolate
Nata

GUSTOS

CINE	TV/SERIES
1. Snatch, cerdos y diamantes	1. Outlander
2. Todas las de Steven Seagal (si)	2. Mindhunter
3. Jurassic Park	3. Cómo defender a un asesino
4. Algo de porno	4. Suits
5. Mucho romance	5. Anatomía de Grey

MÚSICA	LIBROS
1. Marwan	1. El ocho de Katherine Neville
2. Bruno Mars	2. La historiadora de Elisabet Kostova
3. Alejandro Sanz	3. La verdad sobre el caso Harry [...]
4. Zahara	4. Arderás en la tormenta
5. Rock	5. Saga Valeria

¿Truco con el rabo?

Pero ¿qué demonios te fumaste, Raquel?

Me da miedo lo que voy a recibir con estas cosas que Raquel ha puesto sobre mí.

¡Joder!

¿Porno?

¿De verdad ha tenido los santos cojones de poner entre películas *algo de porno*?

Mira que podía haberme puesto aquella saga de películas fantásticas que me obligó a ver hace tantos años y que no entendía.

La madre que la parió.

PERSONALIDAD

LO QUE ME HACE PERDER LA CABEZA
Alguien que sea capaz de hacerme olvidar un mal día con un beso que me haga temblar.

LO QUE ME EXCITA
Que me seduzcan con una mirada y me hagan el amor sin tocarme.

LO QUE NO SOPORTO
A los imbéciles, así que si eres uno, pasa de este perfil.

VICIOS
Descúbrelos si te atreves.

FANTASÍAS
No tengo el sitio suficiente para describirlas. Animate y las hacemos realidad.

MIS PLUS

<p>MIS CUALIDADES Positiva, luchadora, cabezota, dulce, sexy</p>	<p>SOY MÁS BIEN... atrevida, femenina, pícaro, romántica, seductora</p>
---	--

¿Si eres un imbécil pasa de este perfil? Imposible encontrar a alguien que tenga un punto de superficialidad por aquí.

Me queda la parte de confesiones y sé que Raquel no ha dejado nada al azar. Le doy un gran sorbo a la copa de vino hasta vaciarla cuando veo este último apartado.

CONFESIONES

✓ LO QUE HAY DEBAJO

¡es un secreto!

✓ EN LA CAMA, ME GUSTA...

arañar, mordisquear, las caricias, los lugares inesperados, tener los ojos vendados, un beso en el cuello, un intercambio de miradas, un susurro, una ducha para dos.

✓ COSAS QUE ME ESTIMULAN

las caricias, los abrazos, los besos, masajes, un buen desayuno

✓ MIS ACCESORIOS

aceite de masaje, disfraces, juguetes sexuales, música, palito de goma

Agarro la botella y le doy un trago, paso olímpicamente de la copa al ver mi foto de perfil. Raquel ha decidido que una en la que mis pezones casi traspasan la pantalla, es la mejor para encontrar el amor en este sitio. En la parte superior veo una varita mágica en la que aparece un número: 50. Pincho encima y compruebo que son *productos* que me han enviado un *hechizo* y tengo que ir aceptando o rechazando para ver quiénes son. Cojo la botella de vino, la copa y me aparto de la mesa de la cocina. Esto no sé si me parece bien. Les tratan como *productos* y no tengo claro que esté lista para esto, pero mi curiosidad hace que vaya pinchando en cada *producto* que me ha tratado de hechizar y los voy viendo. *Sí, Aura, esta es muy probable que sea una de las peores ideas de tu vida.*

Aceptar o rechazar, esa es la cuestión.

8

Adolescencia

Al llegar a la Finca vemos que mis padres ya han vuelto y están hablando con un hombre al que no reconozco.

—Zoe, arréglate ese pelo que llevas, que papá está hablando con alguien y nos acaba de mirar.

Si nos pudiésemos describir en este momento, sería algo como: piltrafas humanas que no han dormido debido a la sobre excitación —que no van a reconocer ni aunque las torturen—, con el pelo hecho un asco porque han recorrido más de treinta kilómetros con las ventanillas bajadas y cantando a grito pelado una canción *hit* del verano pasado.

—¿No os suena ese tío de nada? —Raquel está a nuestro lado sorbiendo su segundo *Red-Bull* con pajita.

—Será algún amigo de papá.

De repente sentimos los ojos de nuestro padre sobre nosotras y pone su mano en la espalda de ese tío para acercarse.

—Aura, la hemos cagado. ¿Ese tío no te parece que es igual al imbécil que tumbaste anoche? —Mi hermana sonrío enseñando los dientes. Es lo que hace siempre cuando está nerviosa—. Joder, mírale, es militar y viene a detenerte por atacar a otro militar. Vas a acabar en prisión.

—Suerte que soy una abogada cojonuda. —Yo sí que sé dibujar una enorme y falsa sonrisa, pero que no se nota nada.

—Miguel, ellas son mis hijas, Zoe y Aura. Las artífices de que la Finca esté volviendo a ser lo que era. —Mi padre hace el mismo gesto que mi hermana con su cara: ninguno de los dos sabe mentir—. Hijas, él es Miguel Estévez, teniente y antiguo compañero de misión.

Vale, ahora mismo sí que empiezo a pensar en un calabozo frío y oscuro, en el que me darán una bandeja con puré de patata pasado y una señora de setenta años, prostituta y camella, será mi compañera de celda. *Pero ¿cuántas temporadas de Orange Is The New Black^[9] te has tragado, Aura?*

—¿Está disponible?

Este hombre tiene la misma forma asquerosa de mirar que su hijo. Siento

cómo recorre mi cuerpo con su mirada y se queda unos segundos con sus ojos fijos en mis tetas. Un escalofrío recorre mi cuerpo y decido que no va a ser él quien me haga sentir incómoda. Me acerco para estrecharle la mano y le susurro para que mi padre no nos escuche.

—Mis ojos están más arriba.

—No lloves ese escote y los hombres no te mirarán.

Sí, es igual de cerdo que su hijo. No comprendo cómo este tío puede ser amigo de mi padre. Si ni siquiera le conocíamos. Todos sus compañeros han formado parte siempre de nuestra familia, pero este asqueroso no va a entrar jamás.

—Estévez está interesado en alquilar toda la Finca del veintisiete de mayo por la tarde hasta el lunes cuatro de junio.

—Sí, necesito que solo sea para nosotros.

Zoe y yo no contestamos y sé que por la cabeza de mi hermana aparece Bosco, sus preciosos ojos azules, su barba de hípster que al abuelo le haría gruñir, su más que asegurado cuerpo fibrado y... no puedo evitar sonreír.

—¿Está disponible?

La misma pregunta vuelve a salir de la boca de este gilipollas que sigue mirándome las tetas.

—La finca sí, ellas no. —Mi hermana se ha dado cuenta.

—¿Ellas? —Mi padre mira a mi hermana sin entender muy bien la frase.

Necesitamos que la Finca retome su camino y esa semana puede ser una buena inyección de dinero para terminar de arreglar algunas cosas y poner ya a punto todo.

—Raquel y Eli. —Trato de salir airosa de esta conversación.

—Entonces envíame un presupuesto a este *e-mail* esta mañana sin falta y te harán el ingreso íntegro. —Me da una tarjeta y me espero que me lo meta a modo de billete de diez euros en la goma del tanga.

—Gracias, Eduardo. Nos vemos en unas semanas. Espero que mis agentes comprendan lo importante que es formar equipo. En la última operación hirieron a dos de ellos por ser tan estúpidos como para no protegerse. Será la última oportunidad para uno de ellos.

—Recuerdo cómo éramos de jóvenes. —Mi padre trata de bromear, cosa que me parece de lo más extraña.

—No, estos son más estúpidos.

—¿Cómo está tu hijo? —Mi padre le pone una mano sobre el hombro—. ¿Se recuperó de...

—De todo. —Estévez no le deja terminar de hablar—. Es una parte fundamental dentro del equipo de intervención. Nos vemos en unas semanas. —Me señala con la boca abierta y veo cómo se pasa la lengua por los labios—. Aura, espero tu *e-mail*.

Esperamos que esté lo suficientemente lejos como para quitar de nuestras caras las sonrisas.

—Puto salido. —Su lo dice muy bajo, casi en un susurro.

—Sé que puede parecer imbécil y que a veces lo es, pero es dinero, cuca. —Mi padre siempre nos ha llamado por este apelativo cariñoso.

—¿Dónde se supone que trabaja?

—En Valdemoro, en la Academia de Guardias Jóvenes. Es teniente en el Grupo de Intervención Especial.

Caminamos hacia mi madre y tratamos de que no se nos note el nerviosismo por hablar de ellos. Que nuestra madre es muy lista.

—¿Estos son los que trepan por las paredes? —Raquel parece interesarse de repente por los cuerpos del Estado.

—Sí, Raquel, trepan, reptan y hacen más cosas. —Nuestro padre la besa y le agarra por la cintura—. ¿Interesada en algún cuerpo en especial?

—Eso pregúntaselo a tus hijas que parece que tienen un radar para ellos.

Zoe y yo seguimos caminando de espaldas a nuestro padre y aceleramos el paso hasta llegar a la cocina, donde está nuestra madre.

—¿Qué tal fue la noche, niñas? —Mi madre nos va besando una a una.

—Fue la mejor noche de toda mi vida.

Zoe cree que lo dice en bajo, pero hace que todas nos quedemos en silencio observándola con una sonrisa. Mi madre me mira y yo levanto las cejas sonriendo.

—Menos mal que no querías tu despedida.

Raquel sujeta a Zoe de la cara y sonrío.

—¿Lo he dicho en alto?

—Sí, hija, así que ahora mismo nos sentamos en la terraza y me lo contáis todo.

—Lola, que Aura te cuente cómo dejó a un imbécil de rodillas en el suelo, cuyo padre acaba de salir de la Finca. Le ha mirado tan descaradamente las tetas a tu hija, que pensaba que iba a terminar en el suelo también. —Se dibuja una sonrisa maléfica en la cara de Su.

—¿Estévez? Ese imbécil prepotente al que vuestro padre parece deberle un favor tan grande como para tener que seguir hablando con él.

Salimos al jardín con copas, una botella de vino y una quiche que mi madre ha hecho.

—¿Dónde están mis hijos? —Zoe no puede evitar sonreír.

—Nico está en el partido de fútbol y Laura está haciendo los deberes arriba. —Mi madre tira de mi mano y espera a que todas lleguen a la mesa—. ¿Me vas a contar qué coño ha pasado esta noche? —Mi madre es igual que yo—. ¿Por qué tu hermana parece que se ha fumado algo que le ha pasado Koldo? ¿Habéis fumado?

—No.

—¿Entonces? —Mi madre me lanza su mirada inquebrantable.

—Fue una noche increíble, se desquitó de sus recuerdos con... él y conocimos a unos chicos, mi terapia de asco por asociación se me fue de las manos y el hijo de ese gilipollas estuvo a punto de sobrepasarse con Zoe.

—Como le vea, le arranco las pelotas.

—Estuve a punto de hacerlo, pero con una llave le dejé en el suelo y creo que comprendió mi mensaje. —Pongo una mano en el hombro de mi madre—. No te preocupes, Zoe se está recuperando y ha sonreído, no ha dejado de hacerlo en toda la noche. Sé que no está preparada para fijarse en un hombre más allá de una sonrisa o de un tonto coqueteo, pero no la veía así desde hace años. No ha sido nada más que una noche, pero creo que ha recargado las pilas.

—¿No crees que...

—¿Qué estará aterrada? Sí. —Las dos la miramos y está sirviendo vino mientras habla y habla de la noche que hemos pasado.

—Tendremos que dejarla volar de nuevo.

Mi madre también es abogada y entre las dos hemos luchado y peleado durante estos años para que su relación terminase. Mi madre siente el mismo miedo que yo, pero ¿quién dice que Bosco no puede conseguir que esa sonrisa que vemos en la cara de mi hermana, se quede ahí para siempre? *Aura, no corras tanto que ni siquiera le conoces. No eres la persona que mejor detecta imbéciles.*

—Y el que hace que esté así ¿va a venir a esas jornadas de cuerpos especiales?

—Supongo. Dijeron que ellos eran compañeros.

—Pues habrá que verle en vivo y en directo, comprobar cómo es, de qué pie cojea y si es bueno...

—Mamá, no hagas lo de siempre.

—¿Ya lo has hecho tú?

—¿Comemos algo? —Mi padre besa a mi madre y me agarra de la mano —. Tengo que hablar un momento con Aura.

Sonríó, sonríó como si no hubiese cometido ningún error en mi vida, como si mi currículum estuviese tan limpio como una patena y como si jamás me hubiese equivocado.

—Quita esa sonrisa, Aura, sé que ha pasado algo. La policía no es tonta.

—Permíteme que lo dude, papá. En algunos casos son gilipollas redomados.

—¿Ha pasado algo con tu hermana?

—No pasa nada, papá. Ahora explícame cuál es el motivo, a parte del dinerol que nos va a pagar ese imbécil, para que llenemos esto de agentes uniformados tocando la corneta a las cinco de la mañana.

—Son unas jornadas para que los nuevos agentes sepan lo que es formar una familia y...

Mi padre me pilló diciendo *bla bla bla* con los labios.

—Vale, hay que arreglar unas cuantas cosas y pagar facturas. El cabrón de David nos metió hasta el cuello en deudas y esto es una forma de pagarlas.

Aún no sé cómo el banco le dio aquel préstamo de más de cien mil euros o a quién compró en la sucursal para pagar las deudas de sus timbas clandestinas, pero cuando lo descubrimos todos tuvimos que unirnos para sacar adelante lo que nuestros abuelos habían creado. Nos destruyó un poco a cada uno de nosotros, pero no le íbamos a permitir acabar con la familia por completo. Mis padres, mis abuelas y el abuelo, mis tías y mi tío, nos unimos todos a una, en plan Fuenteovejuna. Lo primero que quise hacer fue matarle, pero iba a acabar en la cárcel —o en un psiquiátrico por alegar enajenación mental transitoria, pero no me queda demasiado bien el color blanco y que me aten las manos a la espalda; que si me las atan a una cama, no lo llevo tan mal—. Después pensé contratar a alguien para matarle, pero no tengo demasiados sicarios en mi lista de amistades. A nuestros padres no les dije nada del maltrato hasta que tuve la orden de alejamiento y la denuncia pertinente. Mi padre sí es capaz de pegarle dos tiros por querer matar a su hija.

—¿Podremos tener todo listo? Ya sé que aún hay que montar las habitaciones, pero esos chicos están acostumbrados a dormir en barracones. No creo que necesiten las últimas tendencias de primavera-verano de *El Corte Inglés*. —Mi padre y su adorable ironía.

—Este año será de *Ikea*, no me da el presupuesto para más. Pero sí, esa semana tengo libre desde el jueves, así que me encargo de que todo esté listo para cuando vengan. ¿Sabemos cuántos van a ser? —Entramos en el despacho para coger el portátil y hacer el presupuesto.

—Pues creo que son varios de los instructores y unos diez alumnos.

—¿Estévez viene?

—Sí, estará también por aquí.

—De acuerdo.

Salgo hacia la mesa y por el camino mi sobrina Laura me intercepta antes de llegar.

—Tía, ¿puedes ayudarme con un trabajo más tarde? No me entero demasiado bien de unas cosas de Filosofía.

—Vale, pero no me dejes beber demasiado o joderé a Séneca de la peor de las maneras.

Mi sobrina me mira negando con la cabeza y con los brazos cruzados. Odia que diga tacos y, aunque no los digo constantemente, se me suelen escapar cuando estoy de resaca, de mal humor, tengo hambre, sed o ganas de sexo...

Al mirar a Laura compruebo que ha crecido demasiado en estos años. No me gusta que haya tenido que madurar de esta manera.

—Tía, ¿estás bien?

—Sí, acabo de tener un colapso mental por la noche de ayer.

—¿Vas a presentarme algún día a mi tío?

—Algún día.

—Mario me gustaba. —Me agarra de la cintura y se apoya en mí.

—No puedes acordarte de él. Eras un moco.

—Pues siento decirte que me acuerdo. Esos dientes separados que tenía me gustaban mucho. Además, me cantaba una nana muy bonita. —Siente mi mirada—. Vale, no me acuerdo de ella, pero me gustaba. ¿Por qué dejaste que se fuera?

—Mmm...

No es que no quiera responder a su pregunta, pero decirle que fui una soberana imbécil, que decidí que su trabajo era más importante que nuestra relación, que le obligué a elegir su futuro antes que a mí, no son muy buenos ejemplos. Y ya bastantes cosas no demasiado buenas ha heredado de mí, como para que sea igual de idiota que yo en cuestiones de amor.

—Porque si me dices que le dejaste por el imbécil de Joaquín, te aseguro

que te doy golpes hasta que vengas con alguien decente a casa.

—Bueno, tal vez te alegres el ojo con los que vienen a final de mes. La noche fue muy interesante y creo que más especial de lo que ninguna estamos dispuesta a reconocer.

—¿Sabes que lo has dicho en alto?

—Sí. —*Mentira, mentira, mentira, querida Aura*—. Solo tienes quince años como para contarte las perversiones de la noche.

—¿Eso es lo que ha hecho que mi madre sonría así de nuevo? Porque si esa sonrisa es por una noche de perversión, quiero que la perviertas. —Laura me da un beso y corre hasta la mesa.

Mi padre la estrecha en sus brazos y la besa en la frente. Tanto él como mi madre se han desvivido para que ella y Nico tengan una vida normal dentro de nuestras circunstancias. Laura sigue yendo a terapia dos veces por semana, pero su hermano está en plena estupidez adolescente.

Pasamos por el despacho del Mando para conocer el estado de la última operación. Tras dos horas de reunión con parte del Grupo de apoyo técnico y el Capitán coordinador de los dos Grupos de intervención, decidimos que es hora de marcharnos a casa a descansar algo. Pero a Bosco no le parece la mejor idea y nos pide que le acompañemos al restaurante de María, una amiga, porque Luna le ha dicho que tiene que hablar con él. Vamos, que se acaba de acojonar tanto que necesita el equipo de intervención, el de asalto y el de negociación.

—Yo no sé qué necesita o qué quiere. —Bosco mueve nervioso las manos, las pasa por su pelo y se peina la barba.

—Pues seguro que quiere comerte la cabeza para que pueda ir al festival. —Juanjo juguetea con su móvil y sonríe.

—¿Y si está preñada? ¿Y si algún desgraciado la ha dejado embarazada? No, por Dios, yo no puedo ser abuelo con treinta y dos años.

—Tú fuiste padre con diecisiete.

Juanjo puede ser el mejor del equipo de tiradores de la unidad, pero gracias a Dios que no forma parte de negociación o estaríamos muy jodidos.

—No es eso, Bosco, ya lo verás. —Le pegó una patada a Juanjo en la espinilla—. Y tú, cállate y deja de comportarte como un estúpido adolescente. Parece que estás chateando con alguna tía de...

Juanjo deja el móvil boca abajo en la mesa que nos acabamos de sentar.

—¿Con quién estás hablando?

—Sois de inteligencia, pensad un poquito. —Juanjo levanta la mano para pedir unas cervezas.

—¿Tienes el número de alguna chica neón? —Bosco entrecierra los ojos —. Puedo pedir que te pichen el teléfono, me deben favores.

—No pienso abrir la boca.

El teléfono de Juanjo vibra encima de la mesa y los tres lo miramos. De reojo compruebo que Bosco ha adelantado un poco su mano por debajo de la mesa y con una sola mirada, sé lo que me pide. Los tres nos lanzamos a por el teléfono y terminamos en el suelo. Bosco agarra a Juanjo de los brazos y yo pongo mi rodilla sobre su pecho.

—Vamos a ver quién es. —Pongo el pulgar de Juanjo en el teléfono para desbloquearlo y accedo a los mensajes—. Mmm, una chica neón.

—No seas cabrón, Leo.

—Yo todo esto lo hago por Bosco, que se ha quedado con ganas de pedirle a Zoe su número y no lo ha hecho porque se ha quedado embobado. —Ojeo por encima la conversación—. Así que han conocido a Estévez padre. ¿Su Finca es donde vamos a estar en esa semana? Interesante. —Busco mensajes subidos de tono para vacilarle, pero no hay nada. Parecen dos amigos conversando—. ¿Nada más?

—¿Qué más quieres que haya? Raquel ya me dejó muy claro que no la mirase como una mujer, que pensase en ella como si tuviese un rabo entre las piernas. —Trata de deshacerse de nosotros.

—Venga ya, tú no tienes amigas, Juanjo.

—María es mi amiga.

—Ya, porque te dejó hace unos años y decidiste que era mejor tenerla de amiga que de enemiga.

—Teníamos quince años. Éramos jóvenes y estúpidos.

—Yo sigo siendo joven y vosotros estúpidos.

Al levantar la vista María está delante de nosotros con cuatro cervezas y un plato de patatas. Nos levantamos tratando de simular que somos adultos, pero María nos conoce demasiado bien. La beso y le ayudo con las bebidas.

—¿Se os ha complicado la noche? —Me agarra de la barbilla y me mira el cuello—. Tienes restos de brillantina, Leo.

—Aún somos jóvenes como para hacer de las noches mañanas.

María nos mira a los tres. Nos hemos criado juntos, sabemos cuándo mentimos, cuándo decimos la verdad y cuándo tratamos de ocultar algo.

Ella es chef en su propio restaurante, pero podría haber sido una compañera más: su olfato nunca falla.

—Tengo que empezar con el servicio. Luna sale ahora, que estaba haciendo un trabajo. Espero que no estés de resaca porque si no te va a reventar la cabeza. —María sonríe con mucha malicia, agita su mano en el aire y se va a la cocina tarareando una canción.

—Voy a ser abuelo... —Bosco se sienta en la silla completamente blanco.

—Hola, tíos.

Luna aparece a nuestro lado y es como si viésemos a su madre hace años. Tiene la misma cara, el mismo pelo y la misma impresionante sonrisa. Sí, todos queríamos salir con Paula Sánchez, pero Bosco siempre ha sido el que se ha llevado a todas las mujeres de calle. Es guapo, simpático, muy sincero y es la mejor persona que conozco.

—Luna, dile a tu padre que no estás embarazada para que pueda volver a respirar. El morado no le sienta demasiado bien.

—Pensé que te haría ilusión ser abuelo joven. —Luna se sienta en el brazo de la silla donde está su padre y me mira de reojo sonriendo—. Cuando él tenga dieciocho, tú tendrás cincuenta. Serás un abuelo muy interesante.

—Joder, joder, joder. —Bosco se levanta y comienza a pasear por la terraza—. ¿No sabes lo que es el sexo seguro? Los condones...

—Nunca hemos tenido esta charla, papá. Era hablarte de sexo y te llevabas las manos a la cabeza.

Luna se lo está pasando en grande. Esta es la estrategia para que al pedirle ir al festival le diga que sí. Claro lo lleva esta terrorista emocional.

—Luna... —Bosco abre y cierra la boca tratando de tomar aire.

—No soy tan estúpida como para joderme la vida quedándome embarazada de algún imbécil de mi instituto.

Los tres miramos a Bosco y puedo ver cómo todos los músculos de su cuerpo se relajan, pero sé que por dentro está dolido por el comentario que Luna acaba de hacer.

—Lo siento, papá, no quería que sonase así.

—Te he entendido, tú eres la lista de la familia, la que va a ser una gran cirujana y va a salvar vidas. —Bosco toma la cara de su hija entre sus manos y sé que, por muy duro que parezca por fuera, por dentro está derramando lágrimas recordando a Paula—. Eres mucho más lista que yo,

eso no lo duda nadie. Eres buena estudiante, responsable, paciente con mis viajes y preciosa.

—Papá, ya lo sé.

—La modestia te falla un poco, Luna. —No puedo evitar meterme con ella.

—Tío, porque eres muy guapo y quedas perfecto en tu Camaro cuando vienes a buscarme al instituto, si no...

—Tocado. —Le guiño un ojo.

—¿Qué cojones? —Juanjo, que sigue atento a su móvil, se ríe de mí—. Te acaba de hundir con toda la flota.

—Menos mal que soy guapo.

—Ya sabes que de mis tíos, eres el más guapo.

—¡Oye! —Juanjo nos mira entrecerrando los ojos.

—Esto os pasa por meterle a mi padre ideas estúpidas en la cabeza. Yo solo quería pedirte ir al concierto de Marwan el próximo veinticinco en Madrid.

—Sabes que no me entusiasma que vayas a Madrid a esas salas.

Luna saca unas entradas del bolsillo del pantalón.

—Por eso mismo os he comprado tres entradas para que los súper agentes —lo susurra divertida— podáis venir conmigo. Así comprobaréis que no hay menores bebiendo, que las salidas de seguridad son viables y que ningún chico me deja embarazada. Aunque va a ser algo complicado, la verdad, teniendo en cuenta que me gustan las chicas.

La onda expansiva de la bomba llega hasta Albacete. Juanjo levanta la vista de su móvil, Bosco mira al suelo y yo contengo una carcajada. No por la bomba si no por el tacto de Luna haciéndola explotar.

Solo hay un paso

Al mandar el presupuesto a Estévez, los ojos de Leo vuelven a aparecer en mi cabeza. Su apariencia ruda con esa barba algo larga –no, no me gustan los tíos con barba, pero con él hago una excepción—. *¿Cómo que haces una excepción, Aura? Si ni siquiera le conoces, solo habéis estado ‘juntos’ media noche en una discoteca y habéis compartido un desayuno. ¿Qué cojones es eso de que haces una excepción?*

—¿Lo has mandado ya, Aura? —Mi padre aparece detrás de mí—. Mételes un suplemento en comidas que tenemos que contratar un catering para que nos traiga bandejas, para mantener los alimentos calientes.

Veo cómo niega con la cabeza y se pasa la mano por la barba. Desde hace un par de meses ha decidido dejársela y aunque siempre está guapo, ahora parece mucho más interesante cuando se la acaricia.

—Papá, ese Estévez es un poco gilipollas, ¿verdad?

—Es un capullo, pero bueno. Hay veces que debemos tragar por el bien de los demás.

—Papá, no necesitamos ese dinero. En unas semanas tenemos todos los fines de semana con bodas y eventos. Podemos apañarnos, yo...

—No, no pienso permitir que sigas metiendo tu dinero aquí, hija. Tienes tu vida y necesitas pensar en tu futuro. Has estado tan pendiente de nosotros, que no has vivido.

—Papá, sí que he vivido.

—Pero demasiado deprisa, vas corriendo a todos los sitios, trabajas más horas de las que deberías, estás pendiente de tus sobrinos en el colegio y has dejado de lado tu vida sentimental.

—No, papá, de eso no te preocupes. A veces tengo demasiada vida... sentimental. —Le miro sabiendo que no es buena idea hablar de esto con él.

—¿Demasiada? Dime que no me tengo que preocupar.

—He llegado a mi límite: tres citas por semana.

A mi padre se le abren tanto los ojos que me temo que empiece a negar con la cabeza, a acariciarse la frente, a soltar aire por la nariz y empezar con

su charla de: «Aura, hija mía, te di un cuerpo y un cerebro: ¡úsalos!».

—¿Tres? Tú el tema de... —Abre la boca y la cierra varias veces y sé que está pensando en sexo.

—Papá, tranquilo, no me acuesto con todos. Solo con el que me gusta y conozco los condones. Tu hermana me dio un cargamento enorme cuando supo que estaba en *Adopta*.

—¿*Adopta*?

—Gracias a Dios que estás casado, papá, porque eso es un supermercado en el que no querrías comprar. He llegado a plantearme que mi media naranja se ha podrido. —Termino el presupuesto y lo envío por *e-mail*.

—Seguro que hay un hombre, no un chico, un hombre ahí fuera que tendrá mucha suerte cuando lo encuentres. Le harás tan feliz que no sabrá cómo ha podido vivir sin ti a su lado. Harás que sepa lo que es vivir.

—Papá, no me hace falta que me vendas un *y fueron felices*. —Me levanto y le doy la mano—. Sé que quieres que sea feliz, pero no me has preguntado si ya lo soy.

—Si ya lo eres, ¿por qué tienes citas tres veces por semana con tíos que no te merecen?

No dice nada más, me besa en la frente, me sonrío y vuelve a la mesa.

Sí, mi padre es el hombre más inteligente que conozco y no, la policía no es tonta. Mi padre trabaja en inteligencia en la Policía Nacional, es subinspector y nunca he podido mentirle. Sí, vale, le he mentido alguna vez, pero él siempre ha hecho como que no se daba cuenta. En este caso, como en tantas veces más, tiene la razón: sí, soy feliz, pero me apetece saber si ese hombre está ahí fuera, si cuando vuelva a ver a Leo se me enciende por dentro algo, ese algo que quiero que esté encendido el resto de mi vida. Quiero que me produzca escalofríos, que me haga vibrar, que me haga sentir y que al besarme, sienta que el mundo se para; que cuando hagamos el amor, terminemos siendo una maraña de manos y brazos, de besos cálidos, de pasión sin medida perdiendo el sentido y de caricias con sentido; que seamos lengua, mano, dedos, piel...

Cuando vuelvo de nuevo a la Tierra, compruebo que me he agarrado a una de las columnas de la terraza, me estoy mordiendo los labios y tengo las mejillas sonrojadas —sí, noto el calor que emana todo mi cuerpo, absolutamente todo—.

Bosco sigue sin decir nada. Luna se sienta en mi rodilla y se dispone a

disecionar el cerebro de su padre. A esta niña le encanta llevarnos al límite y ponernos contra las cuerdas. La he visto nacer, crecer y convertirse en una mujer preciosa, sí, aunque solo sea una niña aún.

—¿Crees que el shock le durará mucho tiempo? Porque tengo que decirle que estoy saliendo con una chica. Y es con ella con la que quiero ir al concierto. —Luna me mira directamente a los ojos, sin pestañear y veo en ellos a su madre—. ¿Tú puedes convencerle de que me deje ir? Celebramos nuestro primer mes y a ella le encanta Marwan.

—¿Un mes? —Trato de sonar lo más tranquilo posible, pero esto a mí también me pilla de novato.

—Sí, es una chica del instituto, se llama Margot.

—A ver. —Bosco nos mira y veo cómo le tiemblan las manos. Sé que no quiere decir nada que haga pensar a su hija que no lo aprueba—. ¿Desde... ¿Cuándo... —No es capaz de terminar ninguna frase.

—Pues desde siempre, papá. Lo que pasa que no sabía si me gustan solo las chicas o también algún chico. Ya me he besado con uno de cada y me quedo con las chicas.

—Yo también me quedo con las chicas. —Juanjo levanta una mano en el aire y recibe una mirada de Bosco que acaba de fulminarle.

—No ayudas, Juanjo, no lo haces.

—Vamos a ver, ¿qué malo hay en que le gusten las chicas? Son más listas y más guapas que nosotros. Es normal, Bosco. Tu hija sabe lo que quiere y punto. ¿Qué más da si es un chico o una chica? Mientras no nos diga que se ha enamorado de algún familiar de Estévez, todo está bien.

—De ese imbécil ni los andares valen. —Luna pone cara de asco.

—No quiero decir que esté bien o mal, no es eso. Pero me hubiese gustado saberlo antes, haber tenido contigo la charla que supongo que habrás tenido con María. Sé que conmigo hay cosas que no puedes o crees que no puedes hablar, pero yo he tenido tu edad y he tenido dudas.

Bosco está agobiado, no por la sexualidad de su hija, pero sí por que ella no sienta la confianza suficiente para hablar con él.

—Es que yo no tengo dudas, papá. —Luna se sienta encima de Bosco—. Pero hay veces que es más fácil hablar con María. Vosotros no estáis en casa casi nunca y ella es la única figura femenina más cercana a mi edad.

—No somos tan viejos, Luna. —Juanjo salta cada vez que alguien le toca el tema de la edad.

—Maduritos interesantes como dicen mis amigas.

Otra onda expansiva acaba con nuestros egos. Esta niña nos da mil vueltas. Sí, es mucho más lista que cualquiera de los tres.

—Entonces, papi guapo, ¿vamos al concierto?

Ahí viene, se acerca, está llegando. Luna deja caer sus largas pestañas y le pone ojitos a su padre. Los mismos que consiguieron que hace dos meses la llevásemos a la Academia a que aprendiese a descender de un edificio haciendo rápel .

—Si no tenemos trabajo...

—No, no me vale. Ese día lo tenéis libre. No me vais a timar.

—De acuerdo. —Bosco abraza a su hija y me mira negando con la cabeza.

—Pero prometeme que no vais a parecer locales a punto de hacer una redada. Comportaos como personas normales que van a un concierto, conocen a unas chicas, se beben una cerveza y sonríen sin apretar todos los músculos. Sin pantalones de camuflaje ni botas militares.

—Prometido. —Bosco levanta una mano en el aire.

—Eso también va por vosotros, tíos. Ni camisetas militares tampoco. —Mira a Juanjo de reojo—. Ni de tirantes mega ceñidas. Nunca son buena idea, tío, de verdad.

—Acabas de partirle el corazón a este viejo. —Juanjo es un artista del falso drama.

—Venga ya, tío. Leo es mi tío guapo, pero tú eres el interesante. —Se sienta sobre Juanjo—. Esa cara que pones perdonando vidas... tampoco es buena idea.

—Hundido.

—¿Vais a venir?

Bosco me mira y le digo que sí con la cabeza. Iremos al concierto de ese tal Marwan y trataremos de comportarnos como personas normales. Aunque tampoco prometo nada. Cuando queremos tratar de ser normales, terminamos siendo el centro de atención por comentarios fuera de lugar, por observar todo y por evaluar cada riesgo.

—Ese tal Marwan, ¿qué canta?

—Poesía. —Luna sonríe.

—Joder. —Juanjo niega con la cabeza—. ¿De verdad alguien puede cantar poesía? ¿A dónde va este mundo?

Sé perfectamente que Juanjo está tratando de devolverle a Luna ese apuñalamiento de hace unos minutos.

—Pues más te valdría leerle y escucharle. Así te echarías una novia decente o novio, que no tengo claro si esa forma de poner morritos en las fotografías y de enseñar abdominales en Instagram es para decir: «Estoy to' bueno y busco quien me cubra por las noches».

Ninguno de los tres decimos nada y miramos a Luna mientras se levanta a por algo de beber.

—¿Cubrir? ¿Me acaba de comparar con un animal?

—Alguno en extinción, JJ. —Bosco se une al ataque.

—Os van a dar por culo y vais a ir solos a aguantar ese recital de poesía.

Todo a la primera

*N*o ha sido capaz de cumplir su promesa y Juanjo viene con nosotros al concierto. Son las nueve y media y aquí estamos en una de las plateas de la sala BUT, escuchando a este chico con una guitarra que canta poesía. Bueno, cuando Luna nos lo vendió así, pensé que iba a ser un adolescente atormentado con una guitarra cantando al estilo Camela: ella me ha dejado y mi corazón está tan roto que canto mi pena. Pero me sorprendo con sus canciones y con su forma de expresar tanto en pocas líneas.

—¿Ves a Luna y a Margot?

Bosco está más pendiente de su hija que de otra cosa. Ayer por la noche me hizo pedirle un favor a un amigo que conocía al dueño de esta sala para venir y echar un vistazo a las salidas de emergencia. Le ha dado una charla a Luna sobre cómo actuar en caso de que ocurra algo y cómo mantener la calma.

—Están en el lateral derecho, al lado de aquel tío de seguridad que me has obligado a pedir. ¿No crees que eres demasiado sobreprotector con ella?

—No, Leo, no lo soy. Sabes tan bien como yo que hoy en día cualquier loco puede entrar a un concierto y abrir fuego contra jóvenes que disfrutan de su cantante favorito.

—Lo sé, pero ella tiene que disfrutar sin miedo. Está bien que sepa cómo actuar dado el caso, pero es que Margot se ha quedado extrañada con tu cara. —Al mirar a Luna veo cómo agarra a su chica mientras el cantante recita unas líneas guitarra en mano.

«No hace falta que lo dudes, solo quiero resolver mis cicatrices del mejor modo^[10]».

Observo a las personas que han acudido a la sala. Entre todas ellas mis ojos se fijan en una sonrisa, en alguien que canta esta canción agarrada a otra persona como si la vida le fuese en ello. Se miran, le sujeta de la cara y canta sonriendo.

Supe que regalarle a Zoe las entradas para este concierto iba a ser muy

buena idea. Hace unos meses le regalé su último libro *Los amores imparables* y se ha situado como su cantante-poeta de cabecera. Pero jamás podrá superar a Alejandro Sanz: es su mayor fan desde que puedo recordar.

—«*Y ahora he de decir si quiero o no quiero un poco más...*» —Zoe sonrío con los labios, pero me encanta verla sonreír con los ojos, como está haciendo ahora mismo.

—¿Quieres una cerveza? —Tengo que acompañar mi pregunta con gestos.

—Sí, vamos. —Mi hermana me agarra de la mano para que la siga por unas escaleras hasta la parte de arriba—. ¿Dónde se ha metido Raquel?

—A saber. No sé ni cómo se ha animado a venir. Dice que esta poesía es psicología para vender libros.

Nos acercamos a la barra en la que hay unos chicos bastante jovencitos pidiendo unas cervezas.

—A Raquel le vendría bien conocer a un tío que le hiciese sentir de nuevo.

—¿Solo a ella? —Le sonrío levantando una ceja—. Ahora me dirás que no te has acordado de Bosco ni un solo día en estas dos semanas.

—No, Aura, no tengo tiempo para recordar sus ojos azules ni su boca o su voz. —Trata de ocultar una sonrisa mientras pide tres cervezas, pero no lo puede evitar.

—Claro. Como tampoco te ha venido a la mente ese culo tan fantástico que llevaba enfundado en los vaqueros. No, no te has acordado de él. Como tampoco estás de los nervios por si va a estar una semana en la Finca.

—No es seguro, así que no me pongas nerviosa.

Mi hermana empieza un alegato poderoso para tratar de convencerme —y convencerse a ella misma— que no tiene ganas de encontrarse con él y que, ahora mismo, no necesita que un tío entre en su vida poniéndola patas arriba por completo. No, no lo necesita y no lo quiere, por supuesto. Mi hermana está pagando y la escucho atentamente, mientras busco a Raquel con la mirada y nuestras cervezas en la mano. Hay bastante gente en esta parte de la sala y me asomo a una de las barandillas para tener mejor perspectiva. Nada, en la parte de abajo no hay rastro de ella. ¿Dónde se ha podido meter? Ha recibido un mensaje, me ha dicho que se iba al baño y ha desaparecido. Le doy un trago al tercio de *Mahou*, busco entre las personas que están viendo el concierto en esta planta y al final, justo cuando estoy a punto de desistir, la veo agarrada a la barandilla hablándole al oído a un tío que no reconozco desde aquí. Se aparta de ella, suelta una gran carcajada y compruebo que es Juanjo. Se han

alineado los astros para que se encuentren los dos aquí. Niego y siento unos ojos sobre mí. Ladeo la cabeza y al lado de Raquel aparece Leo con su gran sonrisa. Y una mierda astros, esto ha sido cosa de Raquel porque a su lado también está Bosco, que parece estar pendiente del concierto. Leo levanta su cerveza en el aire brindando conmigo en la distancia y le dice algo a Raquel, que se da la vuelta sonriente y afirma con la cabeza.

—Zoe, que sepas que lo que está a punto de suceder no tiene nada que ver conmigo. Recuerda que soy tu hermana pequeña, que me adoras y que jamás me harías nada malo. Todo esto es culpa de Raquel.

Zoe me mira sin saber a qué me refiero. Abre mucho los ojos y, cuando le doy la vuelta y se encuentra con Leo de frente, siento cómo le empieza a temblar el cuerpo. Sabe que Bosco está cerca.

—¿Cómo...

—No lo sé, Zoe.

[*Del Amor en General y de Ti en Particular*](#) es la canción que pone banda sonora a este momento en el que no sé cómo voy a reaccionar. Mi hermana dirá que no se ha acordado de Bosco, pero Leo ha estado muy presente en mi cabeza estas semanas. No he querido darle mayor importancia, he tratado de deshacerme de la paz que me dieron sus ojos, de todo lo bueno que me transmitió su sonrisa y, lo reconozco sin ninguna duda, del calor que hizo que recorriese mi cuerpo cuando pronunció aquellas palabras tan perfectas como para dejarme gilipollas dos semanas.

Trato de parecer normal, de no ponerme nerviosa, pero sé que, si me muevo, soy capaz de tirarme la cerveza a mí misma por encima. Escucho los latidos de mi corazón, los noto en cada poro y soy capaz de sentir cómo se me eriza la piel mientras se acerca. Su forma de caminar, tan animal como calmada, hace que mi cuerpo se despierte.

Aura, no la cagues, venga.

«Yo, pensando en corrernos abrazados porque es mucho mejor».

Claro, y ahora tengo que actuar normal después de escuchar esta parte de la canción con los ojos de Leo puestos en los míos. Él levanta la ceja y meneala levemente la cabeza, ha estado atento a lo mismo que yo. *No es mala idea que te abrace Leo con ese cuerpo que tiene, después del polvo que esa mirada te promete, Aura.*

Creo que la única neurona que me queda en pie —después de haber caído todas, gracias a Leo y sus andares— está tratando de mandarme toda la información necesaria a mi boca, para no quedar como una absoluta imbécil en

cuanto abra los labios y deje que de mi garganta salga alguna onomatopeya, ya que es lo máximo que ahora mismo soy capaz de decir. Leo se sitúa delante de mí sin decir nada, abre la boca unos milímetros y veo cómo su lengua pasa muy despacio por sus labios, casi a cámara lenta, para después morder el inferior con suavidad. Me parece tan jodidamente sexy en este instante, que no me extrañaría que de mi boca saliesen tres estupideces seguidas antes de lanzarme contra su boca y devorarlo sin importarme quién esté a nuestro lado o quienes nos estén mirando. Sé que mi cuerpo está mandando señales, lo sé porque siento cómo mis pezones chocan contra el sujetador y se marcan en la camiseta.

—Leo. —Bien, mi neurona ha mandado la señal muy clara.

—Hola, Aura.

—Leo. —Mi neurona ha entrado en bucle, me temo que me autodestruiré en tres, dos, uno...

—Bien, recuerdas mi nombre.

¿Qué no voy a recordar, alma de cántaro? No eres un tío que pase desapercibido.

—Dale unos segundos, que creo que está en modo repetición. Creo que está tratando de controlar sus ganas de que hagáis lo que dice la canción.

Zoe recibe nuestras miradas y no puedo evitar sonreír al escuchar que hace una broma así. Puede que para quien no la conozca, sea nada más que una forma de que Leo y yo acabemos en la cama, pero para mí es un gran paso. No ha sido capaz de cruzar más de dos palabras con un hombre sin temblar. Respira profundamente y pone cada una de sus manos en nuestros brazos.

—Puede que este no sea un desastre más que añadir a tu lista. —Observa a Leo con los ojos entrecerrados y se pasa los dedos por la barbilla de forma divertida—. No parece que sea de los que se quejan del tamaño de tu culo, ya que pude ver cómo te lo miraba. Además, ya te dijo que él se encargaría de tu placer.

Vale, Zoe está desatada, y no se ha bebido ni dos cervezas.

—No perdáis tiempo y deja ya esa mierda de citas que tienes tres veces por semana. Que si no lloran cuando se corren, te dicen que tu cerebro es demasiado para ellos.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Anda que podía haber puesto algún otro ejemplo o haberse dado un punto en la boca y no decir nada. Leo suelta una carcajada pensando que Zoe se lo inventa mientras lo dice.

—No, no, que no estoy de broma. Pregúntale a mi hermana por sus

desastres. Voy a buscar a Raquel. —Me quita la cerveza de la mano y me da un beso en la mejilla—. Venga, que estás deseando que sus palabras se hagan realidad. Una cala de Almería os pillará a desmano ahora mismo, pero tu piso está muy cerca de aquí.

Y mi hermana meneaba su culo para alejarse de nosotros como si no acabase de decir lo que ha dicho, como si solo nos hubiese deseado una buena noche — que en cierta manera lo ha hecho—, pero es capaz de hacerme sonreír.

—¿El que llora cuando se corre? Por favor, necesito que me cuentes esa historia a la voz de ya. Pido dos cervezas más y me la explicas, por favor.

—No tenemos la suficiente confianza como para contarte mis más oscuros secretos. —*Neurona no coqueteas ahora, joder.*

—¿Tantos oscuros secretos tienes?

—Algunos. —Le doy un trago a la cerveza.

—¿Me vas a dejar así?

Se acerca a mí, a cámara lenta de nuevo, su perfume se mete en mi nariz, aspiro su aroma, me obliga a cerrar los ojos, ladeo la cabeza, me paso los dedos por el cuello y termino mordéndome el labio inferior. No lo hago aposta, ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo hasta que su boca se encuentra demasiado cerca.

—Si no me vas a dejar conocer tus más oscuros secretos, tendré que besarte para saber si eres tan peligrosa como tu hermana quiere hacerme creer.

Sus labios me hacen cosquillas en el cuello. Aprovecha que hay mucho ruido a nuestro alrededor para situarse cada vez más cerca de mí y termina aprisionando mi cuerpo contra la barra. Siento que por mucho que lo quiera negar, que diga que no me conviene, que un chico como Leo no es lo que necesito, mis labios están reclamando un beso. Uno de esos que me haga perder la poca cordura que me queda, de los que hacen desear más, ansiar el siguiente cuando aún no ha terminado el primero. Un beso con el que mi cuerpo reclame el suyo, con el que nos dejemos llevar y terminemos bajo la luz tenue de mi habitación, dejando las sábanas revueltas tras haber el hecho el amor durante más horas de las que nos conocemos, hasta que seamos uno solo y que mañana ya piense en si es buena idea o no.

No dice nada, pero sus pupilas se dilatan al mirarme. No sé qué se le está pasando por la cabeza, pero en la mía solo están sus labios. Leo, ¿de verdad? Me acerco a su boca y me tiemblan las manos. ¿Cómo puede ser posible? Soy especialista en tranquilizar a todo el mundo. Ninguna mujer ha

sido capaz de conseguir que mis manos —y más partes de mi cuerpo— tiemblen de esta manera. Mi respiración se está descontrolando por momentos, dejo de escuchar la música, dejo de ver a nuestro alrededor y solo la veo a ella: sus ojos, sus labios y la sonrisa que se acaba de dibujar en su cara.

Me agarra de la mano para que la siga. La sujeta con fuerza, como si no quisiera que me escapase. Camina entre la gente sin mirar atrás, pidiendo perdón si empuja a alguien, para salir por una de las puertas laterales. Camina por la calle unos metros y suelta mi mano. Pasea de derecha a izquierda sin dejar de mirarme, como si en su cabeza estuviese pensando que su primera idea no ha sido buena o como si su conciencia le estuviese parando los pies.

—Leo, soy especialista en encontrar a los mayores desastres de esta ciudad. Llevo demasiado tiempo metida en el mundo de las citas por internet y me he cansado de capullos, mentirosos, fantasmas y tíos que piensan que después de un polvo no hay nada más. —Respira profundamente—. La química se nota, es casi palpable, pero si va a ser un polvo, que sea bueno y que quede claro desde el principio. No tengo tiempo que perder, bueno, ni lo tengo ni me apetece seguir besando sapos.

No pierde su sonrisa. Me está pidiendo que, si va a ser solo un beso o una noche, que se lo diga, que lo acepta, pero que no le prometa amor eterno si no va a ser así. Ya le dije que de amor hablaríamos más adelante, pero tengo claro que ella no es un simple polvo de una noche loca de sábado. Tiene tanta vida en los ojos y tanta verdad en sus palabras, que quiero comprobar cómo es antes del primer café.

—A la mierda.

Sus manos sujetan mi cara y sus labios buscan los míos, pero nuestras frentes se chocan con fuerza.

—Joder. —Se aparta unos centímetros, parece que recula, que no va a volver a hacerlo. Su cabeza avanza y retrocede un poco. No, no pienso dejar que se vaya sin besarla.

—A la mierda.

Soy yo quien toma sus mejillas entre las manos y busco sus labios esta vez. Los rozo con los míos, tratando de comprobar que no ha sido causa de una enajenación mental transitoria. Siento su aliento, su respiración comenzando a descontrolarse y su pecho pegándose al mío, al igual que sus caderas. No se acerca más, no continúa con el juego y me temo que no haya

sido nada más que un impulso debido al alcohol o eso quiero creer. Sus ojos se cierran despacio, respira profundamente por la nariz y noto cómo su cabeza se ladea un poco entre mis manos. Arruga la nariz y suelta todo el aire que tiene en los pulmones.

—Volvamos dentro.

—Leo...

Abre los ojos y veo en ellos las ganas, pero no sé si son las mismas que las mías.

—No pasa nada, Aura. Volvamos dentro.

Beso su frente y con solo sentir el roce de su piel bajo mis labios, sé que yo sí quiero besarla y no dejar que solo se quede en eso. Tal vez deba esperar a que ella también sienta esas ganas que nos tenemos o dejar pasar la oportunidad porque no siente lo mismo.

Agarro con fuerza su mano, la estrecho con la otra y la llevo a mis labios. Los dejo pegados a sus nudillos un par de segundos. Su piel hace que la mía baile.

No la suelta cuando entramos ni cuando subimos las escaleras mientras escuchamos estos poemas con música, que este tal Marwan nos está regalando. Reconozco que llegan dentro si escuchas con atención la letra.

Soy gilipollas. Me lanzo contra su boca, pero dejo que un golpe nos separe y no soy capaz de volver a probar. Tengo miedo y esto no es normal en mí. Yo me lanzo y si no hay agua, pues espero a que se cicatricen las heridas. Pero no sé qué me pasa con Leo, no sé qué tiene para que mi cuerpo decida lanzarse, pero mi mente recule. No me suelta la mano, pero no me mira cuando caminamos entre las personas que cantan [*Un Día de Estos*](#). La gente se ha agolpado al lado de las escaleras y Leo tira más fuerte de mi mano para que pase por delante de él. Su otra mano se sitúa en mi espalda, a modo de protección y con este sencillo gesto —y que tan pocas veces he sentido— tiemblo.

«Si quieres yo te cuento las cosas que te pasan, cuando abres al amor dejando la cadena echada. Comprobarás que todas las cosas que no hacemos después son esas mismas cosas que echarás de menos».

Cuando llegamos a la parte de arriba del local sonrío al escuchar la canción. Puede que eche la cadena, que cierre con llave y que me pierda la oportunidad de saber si Leo es ese más que yo quiero o solo es una buena noche de caricias y un buen café por la mañana.

Me doy la vuelta y le miro, observo su cara de sorpresa cuando me encuentra delante de él sin moverme. Recorro su rostro con mis ojos y me fijo en sus labios.

Siento la necesidad de besarle, de comprobar que sí, que él también tiene ganas y que si nos equivocamos, que si me equivoco, será una buena anécdota para contar el próximo domingo cerveza en mano.

Me atrevo, salto al vacío, me acerco decidida a sus labios, pero antes de que alcance los suyos, Leo me agarra de nuevo de las mejillas.

—Aura, no quiero que te precipites. Hace un momento has dudado y no quiero que hagas nada con dudas. Quiero que seas libre para hacer o no hacer lo que quieres.

Cada vez que de su garganta sale mi nombre, con ese tono de voz tan profundo y lleno de sensualidad, siento cómo esas cuatro letras acarician mi cuerpo.

—¿No quieres que te bese?

¿Para qué demonios haces la pregunta, Aura? Te arriesgas a recibir un gran no como respuesta y acabarás con cara de imbécil delante de Leo.

—Más de uno en esta sala desearía besarte.

—Más de uno, pero no tú.

Sonrío, sé que se nota que es sin ganas, que es una de mis sonrisas falsas, pero no quiero que vea el nubarrón de la decepción que está a punto de soltar su ira sobre mí.

—Adiós, Leo. Ya nos veremos.

Al soltarle dejo que mis dedos acaricien la palma de su mano, como si con ese último contacto estuviese diciendo adiós de verdad y convencida. Camino entre las personas que siguen atentas al concierto, ajenas a la gran cagada que acabo de cometer.

Eres imbécil, esas citas te han trastornado, Aura.

Al fondo veo a Raquel hablando con Juanjo y a mi hermana al lado de Bosco pendientes del concierto. Genial. Cojo el móvil del bolsillo de mi vestido y comienzo a escribir mi mensaje de huida.

Aura

Me duele la cabeza.
Nos vemos el fin de semana.
Disfrutad.

—No lo hagas, no te vayas.

La voz de Leo suena cerca detrás de mí, le escucho perfectamente, pero no me muevo, no me doy la vuelta.

—Es de mala educación leer por encima del hombro.

—No te vayas, Aura.

—¿Cómo puedes pedirme que no me vaya, Leo? —Me doy la vuelta sin comprenderle—. Quiero irme a casa, quitarme esta ropa, darme una ducha, poner alguna serie hasta quedarme dormida en el sofá y seguramente pensar en lo gilipollas que he sido al no besarte. —Me muerdo el labio inferior—. O en lo gilipollas que has sido tú al no querer besarme.

—Aura, no te vayas.

—No te preocupes. No eres el primero ni serás el último que me niegue. —Pongo una mano en su mejilla y sonrío, esta vez es la de verdad, la de: «*A lo mejor podría haber funcionado y haber sido una gran aventura*»—. Buenas noches, Leo.

No le dejo seguir hablando, pongo una mano en su pecho y camino hasta alejarme de él, bajo las escaleras y recojo mis cosas que siguen en el ropero. Redacto un par de líneas más en el mensaje.

Aura

Me duele la cabeza.
Nos vemos el fin de semana.
Disfrutad.
Además, hoy he subido un nivel más
en mi gilipollez. Mañana os cuento.

No camino más de veinte o treinta metros cuando suena mi móvil. Es un

número desconocido, pero aún así respondo.

—Te he pedido que no te fueses.

—Ya, pero es lo mejor. No me apetece seguir sintiéndome como una idiota y sonreír. —Me quedo quieta unos segundos sin saber muy bien si decir lo que siento—. Leo, he tenido tantas decepciones que no quiero que seas una más.

—Pues déjame besarte, Aura.

—No voy a volver al concierto.

—Pues déjame compartir un trozo de ese sofá por un rato. No te prometo que esto termine en boda ni que mañana compartiremos un café a medias entre tus sábanas, pero te aseguro que llevo dos semanas queriendo besarte. Tu sonrisa ha sido lo mejor de esta noche.

—Leo, no me digas que me quieres besar mientras sigues en esa sala. Disfruta de la noche.

—No me cuelgues.

—Buenas noches, Leo.

Sí, le cuelgo sin pensármelo.

—¿Siempre eres tan desobediente?

No me creo que haya tenido la poca vergüenza de colgarme. Como tampoco me creo que haya sentido el impulso de salir detrás de ella, como un maldito psicópata del que suelo pedir a Luna que huya.

—¿Crees que es normal asaltar a una chica indefensa por la calle de esta manera?

—Tú de indefensa tienes muy poco, Aura. ¿No recuerdas la llave que le hiciste a Estévez? —Sin darme cuenta me encuentro frente a sus ojos esbozando una sonrisa—. ¿Por qué te vas?

A mí cabeza viene la versión de la [canción](#) con ese nombre que hicieron Perales y La oreja de Van Gogh. Hasta creo que la estoy tarareando y moviendo el cuerpo. Si mi vida fuese una película americana de gran presupuesto, esta parte sería un musical. Saldría gente bailando y yo comenzaría a cantar, para que Leo después me siguiese.

Vale, Aura, deja de hacer estas cosas, que luego te toman por loca.

Aura tiene una sonrisa en la cara como si en su cabeza estuviese visualizando algo muy divertido.

—Perdón, Leo. Siento haberte colgado, pero es que tengo que irme a casa y quiero descansar. Aún me queda mucho que hacer para que vayáis el domingo a la Finca. Anda que no dais trabajo, Ramírez. —Se pasa los dedos por los labios mientras va hablando y cierra levemente un ojo.

—¿Sabes a lo que dedico mi vida y no sales huyendo? —Busco su mirada.

—Sí, lo he hecho. —Se muerde el labio divertida.

Tiene una forma de mirarme sin miedo cuando sus defensas no están activadas, que me hace querer más, conocer más.

—Verdad. Ya no sé si huyes de mí por quién soy o por que no estás lista para que el deseo recorra todo tu cuerpo y no salga de él hasta mañana.

Nos quedamos unos segundos en silencio sin dejar de mirarnos a los ojos. No sé si ella siente lo que quiero transmitirle, pero no pretendo hacerle daño. Como ha dicho Marwan dentro —voy a robarle una frase que me ha parecido brutal—: «Quiero follarte lento mirándote a la cara, leer tu cuerpo en braille con las luces apagadas».

—Leo, no me va el juegucito de pongámonos calientes hasta que no podamos más, pero aguantaremos hasta el próximo día que nos veamos. No tengo tiempo que perder. Esas frases te pueden funcionar con chicas de veinte años que perderían la cabeza por un tío como tú. Sí, estás bueno, lo reconozco. Sí, seguramente con esas caderas empujarás que dé gusto, lo imagino. —Toma una gran bocanada de aire—. Pero no soy una mojigata impresionable por una bonita cara, un cuerpo esculpido y frases llenas de nocturnidad y premeditación. —Se da la vuelta y veo una sonrisa en su boca.

—Parece que no te afecta nada. Ni mis promesas ni...

—Las promesas se las lleva el viento, agente. —Aura continúa caminando y observo cómo se aleja, pero antes de perderla en la calle Fuencarral, dice algo en alto para que lo escuche—. Si tus promesas son de verdad, acompáñame. —Me mira, sonrío y se pierde en la esquina de la calle.

Espero unos segundos mientras niego con la cabeza por su chulería, su descaro y su poca vergüenza. Me paso la mano por la cara y sopeso mis opciones. La primera: volver dentro y esperar al domingo para volver a verla. La segunda: acompañarla a casa para que no le pase nada y despedirme de ella por la mañana con un buen café. Esta última es la opción que más me gusta, pero —sin darme cuenta— estoy perdiendo el tiempo y

puede que a ella entre las calles. Suena un mensaje en mi móvil y lo primero que pienso es que tenemos que volver a la base en este momento y tendré que fastidiarle el concierto a Luna y Margot. Sonríó al leer el mensaje.

Aura

Isabel la Católica 15, 4B.

Por si tus dotes de persecución se han visto afectadas por las cervezas.

P.D: Soy la que te ha colgado antes, la morena a la que no le afecta lo que dices, la que quiere comprobar si en tus palabras hay algo de verdad o solo son órdagos con los que sueles ganar alguna partida...

Sonríó al darle a enviar. Yo sí que estoy jugando y espero ganar. Si no le veo hoy, le veré el domingo y durante una semana entera. Algo se podrá hacer. Mientras camino por Malasaña voy haciendo una lista mental de todo lo que queda por hacer en las habitaciones para el domingo. Mañana tengo que pasarme sin falta por Ikea a recoger lo que he pedido esta tarde. Sí, sé que me he pasado un poco del presupuesto que me había marcado mi hermana, pero quiero que todo esté perfecto. Y no, no es porque Leo, Bosco y Juanjo vayan a estar en la Finca, no es eso. Y no, no estoy pensando en esto para olvidarme de que no veo a Leo a mi lado ni siento cómo sus ojos traspasan mi ropa.

Treinta minutos después y cincuenta mensajes en el grupo de guasap de los divinos desastres —el que tenemos Zoe, Raquel, Su, Eli y yo— llego a mi portal. Al levantar la vista observo a Leo apoyado en la puerta y negando con la cabeza mientras sonrío.

—¿A qué estamos jugando, Aura?

No le contesto y me dispongo a meter la llave en la cerradura. Abro la puerta y escondó una de mis sonrisas de victoria tras mi pelo. Sí, he ganado.

—Tenía que comprobar si no besarte había sido el mejor de los repelentes o el inicio de una gran noche. —Entro en el portal y le miro—. ¿Vas a quedarte ahí?

—¿Me estás invitando a subir a tu casa?

Antes de que la puerta se cierre me meto en el portal. Aura se queda quieta mientras espera al ascensor y sé que está sonriendo, no veo su cara, pero sé que tiene una sonrisa victoriosa en su cara.

—Puedo ser un psicópata peligroso.

—Yo puedo ser una mantis religiosa. —Se da la vuelta apoyando su espalda en la pared de baldosas—. Solo hay que saber si quieres descubrirme o no.

—Joder, Aura. —Pongo una mano a cada lado de su cuerpo pegándolas en la pared—. No sé si lo haces por divertirme, por sacarme de quicio o porque quieres saber dónde está mi límite.

No dice nada, ladea la cabeza, se pasa la lengua por los labios y, sin verlo venir, su jugosa y sensual boca se lanza contra la mía, pero no me besa. Sus manos recorren el interior de mi camiseta, pero apenas me roza. Abre la boca sobre la mía, me hace sentir su cálido aliento, pero no me besa. La maldita chica neón no me besa.

—Encuentra tus límites, Ramírez, y sáltatelos todos.

Pasa por debajo de mi brazo, no sin antes restregar su pecho contra el mío. Dicen que lo que vale la pena tarda en llegar, pero Aura se está haciendo desear.

—¿Subes? —Lanza la pregunta desde el interior del ascensor.

Sé que me la estoy jugando, que estoy llevando a Leo al límite, pero haciéndolo, solo pueden pasar dos cosas: que me mande a la mierda y se vaya; o que entre en el ascensor y ese beso que llevo imaginando varias semanas se haga realidad y sea aún mejor que en mi mente. Tarda un par de segundos de más, sé que se lo está pensando y estoy esperando a oír el tintineo que hace la puerta al cerrarse. Pero no es así. Leo entra en el pequeño cubículo y es capaz de robarme todo el aire. Se pone delante de mí, ya que el ascensor no es demasiado grande. No me saca más de diez centímetros de altura, pero su cuerpo sí que es más grande que el mío —y eso que yo no soy pequeña precisamente—. Su gesto se ha vuelto algo duro y a mí, dentro de la excitación que siento desde que le he visto, me pone que sienta que me escapo a su

comprensión. Que, si ahora mismo está en este ascensor subiendo a mi piso, con esta cara de mosqueo y con su cuerpo a escasos centímetros del mío temblando, creo que es algo.

El ascensor para en la cuarta planta, pero Leo no se aparta de mí. Espero unos segundos sin dejar de mirarle a los ojos.

—Yo si quieres que nos quedemos aquí un rato en silencio, perfecto, pero quiero quitarme esta ropa y darme una ducha. Ha sido un día demasiado largo como para acabarlo en un ascensor. —Pongo mi mano en su pecho y bloqueo la puerta para que no se cierre—. Dentro podemos seguir en silencio mirándonos a ver cuál de los dos es el primero en pestañear. —Salgo del ascensor y abro la puerta de casa.

Compruebo que Aura entra en el piso y deja la puerta abierta, una clara invitación para que pase. Escucho las llaves cayendo encima de una mesa, la madera crujiendo bajo sus pies y un suspiro saliendo de su boca. Escucho el sonido de un disco de vinilo girando y una canción comienza a sonar. Es una voz diferente, creo que es una de las cantantes que le gustan a Luna. Apoyo mi mano en el marco de la puerta y me quedo observando a Aura que se ha deshecho ya de su calzado y de parte del atuendo que llevaba hasta hace unos segundos.

Vuelve a la cocina con una sonrisa en la cara y los ojos cerrados. Necesito otra invitación, ya sea con palabras o con una mirada, pero estoy en su casa, en su rincón de Madrid en el que se aleja de todo. No quiero profanarlo sin que me invite. Puede ser también porque estoy cagado. Joder, soy capaz de manejar una bomba con las manos, de cortar el cable correcto para que no explote, pero Aura se me escapa.

—«Cómo no pude darme cuenta que hay ascensores prohibidos, que hay pecados compartidos y que tú estabas tan cerca^[11]». —Canta como si yo no estuviese aquí, pero cuando nuestras miradas se cruzan, me sonríe, me da la mano y cierra la puerta cuando entro en el piso—. Voy a darme una ducha. Estás en tu casa, coge lo que quieras.

Me besa en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios y no puedo reaccionar. Aura es capaz de dejarme helado y alelado. Si Juanjo estuviese aquí me diría que soy estúpido, que me está mandando claros mensajes para que la bese, que estoy en su piso y no debería ser tan idiota y tan cagón.

—«Que te voy a echar de menos...»

Desaparece meneando su fabuloso culo, que el tío que haya dicho algo malo de él, es que no tiene ni puta idea.

Escucho el agua de la ducha en el baño y paseo decidido por el pasillo hasta la puerta, pero paro unos segundos antes. ¿Y si esto no es nada más que una estupidez y mañana se convierta en un problema para los dos?

Deja de pensar tanto las cosas, Leo, siempre te acabas perdiendo lo bueno de la vida por hacer esas estúpidas listas con los pros y los contras.

La puerta del baño está entreabierta y veo en el espejo a Aura atando su larga melena en una coleta.

—Me gustas más con el pelo suelto.

Me mira a través del espejo y sonrío. Se da la vuelta, se apoya en el lavabo y me mira.

—Aunque siendo sincero —mientras hablo, me acerco lentamente a ella y tomo un mechón de pelo que se le ha soltado entre mis dedos— me gustas de las dos maneras. Aquella noche cuando te vi, con aquella peluca y la falda horrorosa, me imaginé que te casabas. Pensé que sería un tipo muy afortunado el que se despertase cada día con tu sonrisa.

—Leo, ya no tienes que currarte los piropos. Estás en mi baño, yo medio desnuda... —Pasa la lengua por sus labios y espera unos segundos—. No te preocupes, en mi cabeza no sucedía así. Voy a darme una ducha. Si quieres quédate y tómate un café, si no te apetece, puedes marcharte. No habrá ninguna represalia por mi parte.

—No voy a irme. Antes te lo he dicho, no sé si es una buena idea, pero estoy cansado de dejar pasar oportunidades en mi vida por mi trabajo, por lo que no me permite hacer, por las cosas de las que no me permite disfrutar y... ¿Qué quieres que te diga? Aquella noche que te vi me pareció que, por primera vez, podía cometer una locura y besar a una desconocida.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué no lo hiciste tú? —Pongo mi mano sobre su cintura y me pego a ella. Quiero sentir su calor, que su olor se meta dentro de mí y no olvidarlo hasta mañana.

—Porque sabía que nos volveríamos a ver y, que si seguía teniendo esas ganas locas de devorarte la boca, lo haría.

—¿Entonces ya no tienes ganas?

Abre y cierra la boca varias veces. Se acerca a mí lentamente, como si en este pequeño trayecto que nos separa, estuviese pensando la mala idea que es todo esto.

«Muerdo el agua por ti (...) Y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir».

—¿Te quedas?

Estoy pegada a sus labios, pero no le beso, necesito saber si mañana voy a despertar con él. Puede parecer una tontería y, tal vez, fuese mejor que hiciese como con el resto de los tíos: un buen polvo y desaparecer corriendo con la ropa entre los brazos y desechar el condón como quien tira sus sueños a la basura. Pero es que no sé qué es lo que Leo tiene, pero me atrapa, sus ojos me embaucan y quiero ese más.

—¿Esta noche o para siempre?

Su frase me hace sonreír y hace que se esfumen esos pequeños miedos que revoloteaban sobre mi cabeza. Me lanzo contra su boca, que me da la mejor de las bienvenidas. Se abre y su lengua se une con la mía en un baile para dos, un baile que espero que nuestros cuerpos continúen en unos minutos. Mis manos vuelven a perderse bajo su camiseta, paso mis uñas por su espalda y parece que le gusta: un gruñido sale de su boca al sentir las. Besa bien, besa muy bien y sabe cómo hacer que no quiera apartarme de él. Se separa de mi boca, ataca mi cuello con suaves besos, con un reguero que va desde la oreja, bajando por el cuello y para en los tirantes del vestido. Juguetea con ellos entre sus dedos, los mira como si estos tirantes fuesen su peor enemigo y hace un gesto de desaprobación con la boca. Pasa sus grandes manos por mi cintura, baja hasta mi culo y me pega a él. Siento que mi cuerpo tiembla ante su tacto y me da miedo, me aterra perder la cabeza por Leo y que después de esta noche, no seamos nada más que dos desconocidos que se han acostado.

—Olvida tus miedos, Aura. —Se pega a mi boca y no cierra los ojos—. No voy a hacerte daño, no me voy a ir hasta que no me lo pidas —al decirlo, observo cómo levanta una ceja— o hasta que necesitemos bajar a por víveres después de tres días de sexo salvaje y nos quedemos sin provisiones.

Como si la música solo sonase para nosotros dos en este baño, de nuevo Marwan nos pone banda sonora. Un día de estos nos dejaremos llevar, nos tendremos que ver a oscuras y nuestras pieles encontrarán la forma de descubrirse. Sí, ese día es hoy, es ahora. Leo mete su mano entre mi pelo y llega a la coleta, tira levemente de la goma y deja que caiga a ambos lados de mi cara. Pone sus manos en mis mejillas y su tacto me hace querer volar de su mano. Suena raro, suena muy raro hasta para mí, pero después de tantas citas, de tantos primeros momentos, puedo decir —y tengo el derecho a hacerlo— que

él sí consigue hacerme querer más, hacerme oler el salitre de la cala de Almería y querer dejarle hacer y hacerle. Mis manos cogen el bajo de su camiseta y se deshacen de ella. Recorro con mis labios su cuello, sus clavículas y bajo por su pecho hasta el estómago y comienzo a desabrochar sus vaqueros. Gracias, viene muy bien armado. Sus manos se sitúan en mis brazos y tira con suavidad de ellos para que me ponga de pie. Mis ojos se cierran y sonrío. No quiero echar de menos nada esta noche y mucho menos de más. Quiero besarle y que me bese, recorrer su piel con mis dedos y que los suyos se pierdan en mis curvas, que encuentren todos los rincones y que nos dejemos llevar hasta que el sol entre por las rendijas de la persiana de mi habitación.

Leo comienza a desabrochar los botones superiores de mi vestido, que cae sobre mis caderas y con un par de vaivenes perfectamente coreografiados –aprovechando que estoy muy pegada a él– hago que acabe en el suelo. No, no llevo el conjunto de ropa interior más sexy del mundo. Es uno de esos color carne para que no se transparenten los vestidos blancos.

—La próxima vez prometo llevar un conjunto menos horroroso.

—¿Habrá una próxima vez?

Tiro de su mano y salimos del baño. Me da igual que camine detrás de mí y pueda ver mi cuerpo más de cerca, mis cicatrices, mis marcas, mis tatuajes o mis estrías. No le conozco, pero transmite esa paz necesaria para poder desnudarme delante de él y no tratar de esconder mi cuerpo debajo de una sábana o con la luz apagada. He aprendido a quererme y aunque tengo días en los que no me veo yo misma, sé que soy perfecta tal como soy.

Suelto su mano cuando llegamos a la habitación. Nos miro a través del espejo grande que cuelga de la pared, el que está sobre un armario de madera blanco y gris, el que me devuelve un reflejo que me hace sonreír. Leo agarra mi mano, se la lleva a los labios y la besa con dulzura mientras me da la vuelta para verme bien.

—Eres preciosa, Aura. No sé cómo todos esos idiotas con los que dices que has tenido citas te han dejado escapar.

—Porque ellos no ven el mismo reflejo que yo veo.

—Yo veo una mujer preciosa, con una sonrisa por la que pagaría y con los ojos más eternos del planeta.

—¿Ojos eternos? —Me abraza por la espalda y me obliga a mirarnos en el espejo.

—Sí, puede que suene a frase para ligar, pero te aseguro que yo no sé

hacerlo. —Toma una gran bocanada de aire, agacha la mirada nervioso y vuelve a mirarme—. Tus ojos prometen amistad de la que no acaba nunca, conversaciones bajo la luna contando estrellas, cafés a medias en una pequeña terraza con la lluvia de fondo, madrugadas en la cama susurrando sueños, leer libros frente a una hoguera, viajes a ninguna parte y a todas.

—Leo, ¿cómo consigues que baje la guardia así? —Me doy la vuelta entre sus brazos.

Ataca mi boca sin decir nada más. Tiemblo, tiemblo ante su cercanía, por la forma en que me mira y por la manera en que sus labios me besan. Caminamos tropezándonos con el sillón, los cojines y las cosas que suelo tener por el suelo, hasta que Leo me hace caer lentamente sobre la cama, depositándose como si me fuese a romper. Esta ternura, esta forma de tratarme, me hace temblar. Se sube a la cama, por encima de mí y siento el calor que emana su cuerpo. Se deja caer sobre mí, pero sin apoyar todo su peso. Tira de mi brazo, me sienta en la cama y sus manos se deshacen de mi sujetador, pero sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo. Es como si no necesitase más, como si con mirarme le fuese suficiente.

Nuestros cuerpos parecen reconocerse aun no habiéndonos visto nunca. Rodamos desnudos por la cama, nos besamos sin pensar, nos dejamos llevar y nos movemos con el mismo son, buscando el placer con nuestras bocas, nuestros dedos y nuestros cuerpos. Siento que voy a explotar si Leo sigue mirándome así, si sigue tocándome de esta manera y si continúa besándome como hace. Es que es una puñetera tortura la forma en que mi cuerpo le reconoce, le abraza y le da la bienvenida. Sus dedos acarician mi espalda mientras estoy sentada sobre él y nuestros cuerpos se mueven buscando el placer, sus ojos no se apartan de los míos y sus labios siguen buscando mi boca a cada momento. Siento que el placer está a punto de hacerme estallar por dentro, mi columna se arquea, la mano de Leo, estratégicamente situada en mi espalda, no me deja alejarme demasiado de él. La música sigue sonando, la luz encendida nos muestra tal como somos...

No puedo más, no soy capaz de aguantar ni un solo segundo así. Me vuelvo visceral, me pego a él, le beso, empiezo un baile de caderas que sé que hará que nos corramos los dos a la vez en menos de lo que pensamos.

—Aura.

—Leo.

Susurramos entre gemidos.

Nos besamos mientras nuestras gargantas están listas para desgarrarse

entre dos orgasmos que se hacen uno solo.
Todo mientras no dejamos de besarnos.

De Madrid al cielo

La brisa que entra por la ventana y el ruido del motor de un coche que está aparcando, nos devuelven a la realidad. Aura ronronea mientras mis dedos pasean libres por su espalda desnuda. Tiene la cara apoyada en un cojín y me mira casi sin pestañear.

—No sé si preguntártelo, pero bueno, allá vamos. —Se muerde el labio inferior (creo que es un gesto que hace cuando está nerviosa y/o quiere ponerme nervioso) entrecerrando los ojos—. ¿Cómo has conseguido mi número? Dime que no me has pinchado el móvil porque si no te habrás enterado del drama de esta semana, que me he pasado por el forro ir al gimnasio y que me he bebido las dos botellas de vino que compré el lunes.

—Parece que no me hace falta pincharte nada para enterarme. —Me acerco más a ella—. Raquel...

—La mato. —No me deja terminar la frase y levanta la cabeza.

—Raquel me ha dado tu teléfono para... —Me quedo un par de segundos en silencio y sonrío.

—Eres malísimo buscando excusas.

—No sé mentir, no lo hago nunca.

—Ya hablaré con ella mañana. —Suspira profundamente—. Pero me alegra que hayas tenido huevos para llamarme.

—¿Por qué no me has besado antes?

Se sienta en la cama de espaldas a mí y se pone una camiseta de tirantes larga antes de levantarse.

—El primer beso es especial, tiene que ser ese que te haga desear otro, anhelar más y que te deje el recuerdo hasta el siguiente.

Camina por la habitación y enciende un par de velas grandes, apaga la luz y abre la ventana. Fuera está lloviendo y se pueden escuchar las gotas golpeando contra las baldosas del suelo de la pequeña terraza.

—Con el primer beso sabes muchas cosas. —Se apoya en el marco de la ventana y saca un pie fuera. Sonríe al sentir el agua sobre su piel—. Si no funciona, das paso al siguiente.

—*Parece que vivas el amor como en un supermercado. —Me pongo los calzoncillos y me acerco a ella. Aprovecho que las aberturas laterales de su camiseta de tirantes son bastante amplias, para meter mis manos por ellas y aferrar mis dedos a su cintura. Me gusta mucho el tacto de su piel.*

—*De amor mejor no hablemos, que lo gafa todo.*

Son más de las dos de la madrugada y ninguno de los dos parece querer decir hasta mañana. Yo tengo que volver a Valdemoro, no podemos estar a más de doce kilómetros de la base cuando estamos trabajando, así que allí es donde está mi casa, compartida con Bosco, Juanjo y Luna. No quiero que piense que huyo en plena noche, pero sé que puedo ser sincero con ella. No se va a asustar después de todo lo que parece que ha vivido en esta búsqueda del amor.

—*Aura, tengo que marcharme a casa.*

No me doy la vuelta cuando le escucho. Quiero disfrutar unos minutos más de esta calma que me transmite. Sí, me apetece repetir, volver a perderme en su boca y gemir hasta que mi garganta se quede sin palabras, pero en dos días volveremos a vernos y quiero comprobar si es verdad que este beso ha sido de los que me gustan. *Aura, no te hacen falta dos días, quieres más y pocas veces te ocurre esto. Pocas veces tienes tan poca vergüenza de hacer lo que has hecho y que te salga bien.* Agito la cabeza tratando de machacar este pensamiento y enterrarlo en alguna parte de mi cerebro entre los juicios pendientes y la lista interminable de Ikea.

—Perfecto. —Me doy la vuelta y le acaricio la cara—. Nos vemos en un par de días.

—Dos días.

Me da un beso en los labios demasiado rápido para mi gusto y creo que me quedo con la cabeza adelantada y cara de gilipollas, mientras veo cómo camina por la habitación buscando su ropa.

—Deberías ir desnudo siempre. Ese cuerpo hay que enseñarlo. —No me puedo mantener callada y me tapo la boca ocultando mi sonrisa.

—Es delito.

—Hay veces que es divertido saltarse las normas.

—¿Por eso tienes una orden de alejamiento impuesta?

Mi cuerpo se tensa. Sé que Leo se da cuenta y en su cara se dibuja un gesto de preocupación. Sé que en cuanto salga de aquí va a remover cielo y tierra —y tirar de contactos— para comprobar el por qué de esa orden.

—Volvería a hacerlo una y mil veces. Cuando tocan a los míos, no tengo filtro ni medida.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda. —Veo la preocupación en sus ojos.

—No te preocupes. A veces la vida nos dispara y hay balas que son muy difíciles de esquivar. —Camino por el pasillo hasta el baño y recojo su ropa para entregársela.

—¿Me estás echando? —Comienza a vestirse sin dejar de mirarme.

—No, pero si me dices que te tienes que marchar, espero que no sea para que te ruegue que te quedes. No soy de las que ruegan. —Me cruzo de brazos—. Bueno, sí, suelo rogar que no me duela la cabeza los lunes después de los domingos al sol.

—Parece el título de una película.

—Es mejor que una película y muy divertido. Tal vez algún domingo te ganes ser uno de los coprotagonistas.

Sí, de nuevo le estoy vacilando. Yo no sé qué me pasa con él, pero no puedo evitar tratar de sacarle de sus casillas. Es como si supiese que todo en su vida está cuadriculado —o milimetrado, como aquellos cuadernos que usábamos de pequeñas y en los que no entraba una letra decente— y tengo que ponerle a prueba, llevarle al límite y esperar a ver si explota por alguna parte.

Camino hasta la cocina y me siento en la mesa que está justo delante de la puerta y espero a que aparezca. Veo cómo se peina en el pequeño espejo de la pared que me hizo mi sobrina hará cinco años —feo como él solo, pero para mí es muy especial—.

—¿Solo como coprotagonista?

—Sí, lo siento. Tenemos dos protas y solo quedan huecos para secundarios. —Levanto una ceja y le miro—. Paella y cervezas muy frías, charlas en las que no resolvemos los problemas del mundo, pero en los que dejamos listo nuestro día a día. Tal vez si te lo ganas, un día puedas verlo.

—Tal vez un día. —Se sitúa entre mis piernas y se acerca a mí.

—Te lo tendrás que ganar.

Su cuerpo sobre el mío me obliga a echarme un poco hacia atrás. Siento cómo sus dedos comienzan un recorrido por mis muslos en dirección ascendente y ahogo un gemido en la boca.

Me ve.

Lo nota.

Siente cómo se me eriza la piel.

—Me lo ganaré, de eso no te quepa duda, Aura.

Y me besa. Pone su mano en mi nuca y me pega contra su boca. Siento de nuevo el calor que emanan nuestros cuerpos, como si volviésemos a estar de nuevo desnudos y nuestros cuerpos bailasen en busca de placer. Sujeto su cadera con mis piernas y le pego a mí. Sí, le quitaría de nuevo la ropa, le obligaría a meterse en la cama y a no salir hasta el jodido domingo en el que volveré a verle.

—Buenas noches, Aura. Espero que sueñes bonito y que el domingo aún tengas ese gemido en tu garganta para que te lo arranque a besos.

Me besa en los labios, en la nariz, en la garganta, en cada muslo y levanta la camiseta para besarme el ombligo. Siento su sonrisa cuando lo hace.

Espero unos segundos y escucho cómo abre la puerta, supongo que estará mirando cómo estoy apretando los dedos sobre la mesa y cómo mis rodillas se pegan tratando de que el placer no se escape de entre mis piernas.

—Buenas noches, Aura.

La visión que tengo de Aura sobre la mesa completamente excitada antes de cerrar la puerta me encanta. Me quedo un par de segundos observándola y siento una atracción irrefrenable para lanzarme sobre ella de nuevo. Me paso la mano por la boca y la saboreo en la distancia: vuelvo a tener sus labios atrapados con los míos, sus piernas alrededor de mi cintura y, de nuevo, somos uno.

—Leo, deja de mirarme así o no volverás a casa esta noche.

—¿Cómo sabes que sigo aquí si tienes los ojos cerrados? —No me muevo.

—Porque siento cómo mi piel arde y eso lo provoca tu mirada sexy y algo sucia.

—Mmm... Así que soy sexy.

Sus codos se apoyan en la mesa, su pecho se eleva y me regala una sonrisa llena de intenciones. Abre y cierra las piernas ocultándome lo que entre ellas se esconde.

—Eso ha sido un piropo a tus ojos. A ti aún no te conozco lo suficiente como para piropoarte. —Trata de esconder una sonrisa en su boca, pero es incapaz de hacerlo—. Buenas noches, agente Ramírez.

Aquello que me diste

Me habría quedado durmiendo hasta el mediodía, pero son las siete de la mañana y estoy mirando el techo de mi habitación. Observo cómo se balancea la lámpara de bambú que cuelga del centro del techo gracias a la brisa que entra por la ventana que está medio abierta. Siento las manos de Leo sobre mi cuerpo, sus brazos aferrados a mis caderas, la boca de Leo jugando con la mía, sus caderas moviéndose...

Estoy tumbada en la cama y su perfume, ese olor tan característico que le acompaña, se ha impregnado en las sábanas. Huele a deseo y anhelo. Tal vez sea mejor que lo dejemos aquí, que me aleje de él si lo que siento es anhelo. Puede que esto no salga bien y pasemos a ser tan solo un recuerdo de una noche demasiado buena para ser verdad. No sé cuando dejé de ver con claridad mi relación con los hombres, no sé hace cuántos desastres desenchufé el corazón de mis relaciones. *Estás jodida, Aura, si estás pensando ahora mismo en tu corazón.* ¿Cómo puede ser que piense en esto al conocer a un tío que... Bueno, conocer creo que es una palabra demasiado grande para Leo. Sé que besa muy bien, que tiene una sonrisa de infarto, que hace que se me encojan los dedos de los pies cuando me acaricia el cuello con sus labios y... poco más.

Con este pensamiento me paso toda la mañana. Recorro los pasillos de Ikea en busca del millón de cosas que acabo metiendo en el carro y empujando dentro de mi coche para cerrar el maletero. Mi padre va a alucinar en cuanto me vea y se enfadará cuando me pida la cuenta y le diga, como siempre, que la he perdido.

Me monto en el coche con las hojas de una planta acariciándome el cuello, unas hamacas que debo sujetar para que en una de las rotondas no me aplasten en el asiento del copiloto y las cajas de cartón que me ha pedido mi sobrina apiladas detrás de mí. A esto le sumamos todo lo que tenía pedido y he ido añadiendo a la lista, y parece que me voy a montar un mercadillo a la vuelta de la esquina.

Pongo rumbo a la Finca y comienza a sonar el disco del concierto del año

pasado en Madrid de Alejandro Sanz, aquel al que llevé a Zoe para celebrar que estábamos vivas. Porque ella necesitaba recordarlo y yo celebrarlo por ella, por mis sobrinos, por mi familia y por mí misma: tenía que ayudar a cicatrizar aquellas heridas ajenas y la mía propia.

Recuerdo el día a la perfección: estuvimos en el *Thai Room Spa*, comimos en el Mercado de San Ildefonso, nos tatuamos las muñecas con el hilo rojo y disfrutamos un concierto que hizo historia.

Doy pequeños golpecitos en el volante mientras me incorporo a la M50 y canto de nuevo esa canción como si estuviese de nuevo agarrada a la mano de mi hermana.

Comienza a hacer algo de calor, pero las tormentas nos sorprenden día sí y día también. El cielo en el horizonte está muy negro y creo que la orquesta de esta noche no va a poder actuar. Con la consecuencia de que nosotras tendremos que trasladar la fiesta desde la plaza a la Finca o a una de las peñas. Es la Fiesta de las Flores en honor a la Virgen del Amor Hermoso. Anda que no la hemos llamado veces en nuestra vida. Yo mismamente ayer por la noche, mientras Leo hacía de las suyas con sus caderas y su lengua. Vuelvo a sentirla, se me tensan las piernas, se me encogen los dedos de los pies y, de nuevo, me muerdo el labio inferior y suelto un gemido... otro más.

Cuando quiero darme cuenta estoy aparcada en el interior de la Finca con la mirada de mi sobrino fija en mí. Me parece que llevo varios minutos con cara de placer en el coche metida.

—¿Está bien? —Mi sobrina aparece al lado de su hermano.

—La verdad es que nunca sé si está bien o no. Creo que nuestra tía es un ser demasiado extraño.

Se están acercando los dos al coche y sé que mi sobrino está haciendo esto para que reaccione.

—O ha tenido otra de esas citas de las que no nos podemos enterar porque eres demasiado pequeña y ha salido como el culo... —Nico apoya su mano en el techo del coche e introduce su cabeza dentro. Me observa durante unos segundos y niega—. ¿Has pasado una buena noche, tía?

—Nada en lo que un mocoso como tú deba meter sus narices. —Le agarro de las mejillas y le aprieto.

—Pero ese tío debe quererte más que yo y me temo que eso es imposible. —Me guiña un ojo y me besa—. ¿Sabes que el abuelo te va a matar cuando vea el coche?

—Son cosas muy necesarias. —Salgo del coche y Laura se acerca

sonriéndome.

—¿Me has traído mis cajas? —Me abraza por la cintura y se apoya en mi pecho.

—Rosas, blancas, azul celeste y unas cuantas cosas más que encontrarás para tu habitación.

Tanto a Laura como a Nico les ha costado amoldarse a vivir en la Finca. La casa en la que viven mis padres con ellos es grande, es en la que hemos vivido siempre y Laura está en el que era mi cuarto. Está situada en la segunda planta, es una zona abuhardillada y tiene una terraza desde la que se ven unos atardeceres preciosos. Hicimos una reforma para que se sintiesen en casa, que los dos eligiesen todo lo que querían tener en su habitación. Fue un momento muy duro para ellos y ambos necesitaban ese refugio fuera de todo el caos en el que nos vimos sumergidos.

Ayudo a Laura a subir las bolsas con todo lo que le he comprado a la buhardilla, mientras Nico descarga el resto.

—No tenías que comprar tanto, tía. No lo necesito.

—Había pensado que estas guirnaldas de luces las podíamos colgar en la pared a modo de cabecero. —Las saco de la bolsa—. Y con estas pinzas podrías colgar fotos. Pero ya me las llevo a mi piso.

—Me encanta la idea. —Me abraza y mira la caja como si fuese el mayor tesoro del mundo.

La puerta de la terraza está abierta y salgo a respirar ese aire que me recuerda a mi niñez, a la felicidad, a los momentos en que los problemas solo eran de los mayores. Observo la Finca. Parece que los jardineros ya han terminado de cortar y preparar los jardines y están recogiendo la hierba para llevársela. Me saludan con la mano y les contesto con la mía en el aire.

—¿Puedo contarte una cosa? —Laura se apoya a mi lado en la barandilla.

—Siempre.

—No me gustan los nuevos amigos de Nico.

Mi sobrino ha hecho nuevos amigos este año en el instituto. Mi hermana ya me ha avisado de que tenemos que ir a una tutoría la semana que viene. No quiero preocupar a mi sobrina, pero necesito saber por qué no le gustan.

—Son idiotas, se meten con la gente y se ríen de mis amigas.

—¿A ti te han hecho o dicho algo? —Me tenso al pensar que a mi sobrina le esté pasando lo mismo que a mí.

—A mí no, pero a mi amiga Claudia, sí. Le llaman morsa barbuda.

Hijos de la gran puta, malditos imberbes imbéciles y sin rabo suficiente

del que colgarles. Niego con la cabeza y escucho esos mismos insultos que me lanzaron a mí durante años en mi adolescencia.

—Hablaré con Nico.

—No, por favor, tía. —Me agarra de las manos—. No quiero que se enfade conmigo por decírtelo. Hoy nos vamos a la verbena, tenemos la cena de la Peña y espero poder hablar con él. No quiero que sepa que te lo he contado.

—Vale, Lau, pero la semana que viene hablaré con él. No te meteré en problemas, pero no pienso permitir que tu hermano acabe siendo un maltratador como... —Bravo, Aura, di que sí, cágala lo más grande.

—Como David.

Escuchar a mi sobrina llamar a su padre por su nombre es recordar y sentir su dolor. No ha vuelto a decir papá o mi padre, es más, creo que es la primera vez en muchos meses que le oigo decir su nombre. Mi preciosa niña. Tiro de su mano y la abrazo, acaricio su largo pelo moreno y me trago las lágrimas que tengo en los ojos.

—¿Recuerdas la historia que siempre nos contaba el abuelo?

—¿La de los malos recuerdos?

—Sí, esa que nos susurraba al oído cuando sabía que estábamos tristes.

Mi abuelo Luis era experto en hacernos reír. O bien haciéndonos trampas con las cartas o contándonos esos chistes que se inventaba para sacarnos una sonrisa. Él tenía una gran teoría —loca y puede que sin ningún sentido para los demás—: los recuerdos nunca son malos, pero nuestra mente quiere engañar al corazón cada vez que puede. Él decía que todos nuestros recuerdos se almacenan en la parte del cerebro encargado de hacernos sonreír. Que es una gran sala en la que solo tienen cabida las cosas que nos hacen temblar: las tardes de verano en la playa cuando ves el atardecer más bonito del mundo, el olor a café recién hecho, los besos de la abuela, las caricias, *[The Wonder of You](#)* de Elvis sonando en un vinilo y tumbarte en verano a ver las estrellas tintinear en el cielo. «*Es imposible que tu cerebro tenga hueco para recordar lo malo si lo llenas hasta arriba de los mejores momentos que has vivido*». Es como si pudiese escuchar su voz ahora mismo, como si el viento me trajese ese recuerdo de su sonrisa con su frase. Murió hace cuatro años y sigue doliendo, por mucho que recuerde todo lo bueno.

—Mi corazón lucha, pero hay veces que no puede con mi cerebro, tía. — Laura me mira negando con la cabeza.

—Lo sé, pero prometo que llenaremos todo con los mejores recuerdos y sonreirás hasta cuando quieras llorar. —Le beso en la frente—. ¿Bajamos a

por un poco de chocolate de ese que tiene tu madre escondido en la cocina?

—Nos matará si nos pilla.

—No te preocupes por ella. —Pienso en la sonrisa de mi hermana—. Tu madre no va a enfadarse.

Bajamos a la cocina, Laura busca el chocolate, coge un par de onzas sin dejar de mirar la puerta por si entra su madre, me da una a mí, me sonrío, me besa en la mejilla y sale corriendo por la puerta que da al comedor principal. No me quiero ni imaginar todo por lo que mi sobrina ha pasado y contra todo lo que tiene que luchar. Qué jodido es saber que tu padre no es más que un malnacido que ha tratado de destrozarte la vida. Cierro los ojos antes de llevarme la onza de chocolate a la boca y noto cómo me vibra el teléfono varias veces. Lo miro y veo que son mensajes en el grupo de las chicas. Raquel ya ha llegado a la Finca y pregunta dónde me he metido y por qué estoy explotando a mi sobrino; Eli avisa de que llegará sobre las ocho de la tarde y que se encarga de traer el postre para la cena de la peña; y Su ya está en la Peña preparando la mesa. Cuando miro la hora del último mensaje me doy cuenta de que son las seis de la tarde y lo único que he comido es un café a medias que he dejado en la encimera y unas galletas de jengibre que he comprado en Ikea antes de salir.

Escucho ruido en el jardín, en la entrada por la que suelen llegar los huéspedes e invitados. No tenemos ninguna reserva para hoy y las chicas no son. Salgo al pequeño porche de la cocina desde el que se ve la entrada y me pongo la mano en la frente para que el sol no me deslumbre.

Un *Chevrolet Camaro* azul aparca en la entrada. Escucho el ruido inconfundible de su motor. Mi corazón parece que late al ritmo de ese coche. Pero se para en el momento exacto en que veo al conductor del mismo. Me muerdo el labio inferior y termino de saborear el más que inexistente chocolate de mi boca —bueno, también saboreo al conductor—. Leo abre la puerta con las gafas de sol en la mano. Cierra la puerta sin prisa, se las coloca y comienza a caminar a cámara lenta. Todo a mi alrededor —aunque lo único que hay en mi radar de visión ahora mismo es él y sus fabulosas caderas moviéndose al caminar— se ralentiza y todo empieza a transcurrir a cámara lenta. Escucho los latidos de mi corazón bombeando sangre fuertemente. *Virgen del Amor Hermoso*. Escucho las voces de Raquel y de mi hermana acercándose y se quedan en silencio. Sé que están mirando lo mismo que yo. Parece que tiene algo más de barba que ayer —sé que es imposible, pero a mí me lo parece—, el pelo está muy bien peinado —a pesar de llegar con la

ventanilla bajada—, mira hacia un lateral como si estuviese cerciorándose de que todo está controlado y cuando mira al frente... Cuando mira al frente ahogo un gemido en mi garganta. Lo ahogo porque no quiero reconocer delante de ninguna de las dos, que ahora mismo estoy como una maldita adolescente esperando a que el chico que le gusta la bese. En mi caso espero algo más que un beso, que el calentamiento que me provoca con solo verle no es ni medio normal. Junto a Leo aparecen Bosco y Juanjo. ¿De dónde han salido? Claro, del coche que ha parado detrás del *Camaro*, el que no he visto porque he colapsado al ver el coche y a Leo. Los tres entran en escena como si fuesen los hermanos Reyes. Sí, los de Pasión de Gavilanes, aquella telenovela que tantos suspiros arrancó hace unos quince años. Caminan con paso firme, mientras Zoe, Raquel y yo —recién convertidas en las hermanas Elizondo— les observamos sin pestañear. En mi mente suena la cabecera de la telenovela.

Su forma de caminar, cómo se balancean sus caderas —y lo que no son sus caderas— mientras se acercan a nosotras, nos están dejando atontadas. Nuestras hormonas están reunidas en corro pensando cómo secuestrarles sin dejar rastro.

—Virgen del Amor hermoso. —A continuación, sale un suspiro de la boca de Zoe.

En mi cabeza sigue sonando la canción y creo que hasta estoy moviendo las caderas a ritmo de esa cumbia.

—«¿Quién es ese hombre, que me mira y me desnuda? Una fiera inquieta...» —La voz de Raquel suena muy suave y es casi inaudible, pero parece que las tres estamos pensando lo mismo.

—Venga, no me jodas. Parece que están sacados de una maldita revista de ropa interior masculina. Tienen que ser gays... —Mi hermana creo que está tratando de buscar excusas.

—Tú sigue pensando eso, Zoe. Así no te imaginas cómo será que Bosco te agarre con esas manos enormes y te haga sentir tanto placer como para olvidar el mundo. —Raquel pone a prueba a mi hermana.

Se acercan más a nosotras y yo tengo mi mano aferrada a la columna de la terraza, cierro los ojos por un segundo y trato de recuperar mi compostura —y de paso la de mi hermana— antes de que los Gavilanes lleguen a nuestro lado.

—Aura, tu padre me dice que te has pasado mucho con las compras y que quiere la factura que seguramente te has guardado en el bolsillo de tus vaqueros. —La voz de mi madre suena muy lejos—. Aura, Aura.

Me agarra de la barbilla y gira mi cabeza, pero mis ojos siguen fijos en la

cara de Leo.

—¿Se puede saber qué miras?

Agarro la barbilla de mi madre sin mirarla y hago que ella también observe a los tres hombres que se están acercando, bueno, que están a un par de metros de nosotras.

—¡Joder! Menudos hombres hay hoy en día en el mundo.

Zoe, Raquel y yo miramos a mi madre. Está ensimismada observando a los tres con la boca abierta.

—¿Queréis decirme que eso es una fantasía que ha salido de mi cabeza, haciéndose realidad porque tengo algo en el cerebro que me produce alucinaciones?

—No, Lola, no te preocupes por tu cerebro. De las Domínguez, tienes el mejor de los cerebros. Los de tus hijas están ya chamuscados y el de Aura creo que está reviviendo la noche de pasión que ha tenido con uno de los Gavilanes.

Agito la cabeza y miro a Raquel que me observa con una gran sonrisa. ¿Cómo demonios se ha enterado que...

—No me gusta tu relación con Juanjo.

—Pues a mí me parece muy excitante la tuya con Leo. ¿Besa tan bien como parece? —Raquel se acerca a mi oído y comienza a susurrar—. ¿Te ha dado ya ese placer prometido? ¿Vais a pervertir una cala de Almería con vuestros cuerpos sudorosos unidos por esa pasión que rezuma Leo?

—Raquel, no me estás ayudando en nada.

—Lo sé, noto cómo se te tensan las caderas. —Pasa sus manos por ellas—. Nena, a mí no me puedes mentir, ya lo sabes.

Cierro los ojos debido a las palabras de Raquel. Es la única que es capaz de hacer que todo mi cuerpo vibre con su voz. Sí, Raquel es capaz de hacer que cualquier mujer se excite con su tono de voz tan sexy y sugerente.

—Pagaría por veros juntos. —Aprieta sus dedos contra mi piel.

—Raquel, deja de hacer esto...

No sé cómo me he dejado engañar por Juanjo y... ¿A quién quiero mentir? En el momento en que me ha dicho que podíamos pasarnos hoy por la Finca para dejar nuestras cosas y que nos invitaban a unas cervezas, he perdido el culo por meter cuatro cosas en la mochila y arrancar el coche.

Aura no ha apartado sus ojos de mí desde el momento en que la he localizado en esa terraza. Raquel le susurra algo al oído y Aura cierra los

ojos durante unos segundos, se muerde el labio inferior, observo cómo sus caderas comienzan un suave vaivén: es un baile sexy y seductor. En mi cabeza suena una de las canciones del concierto de ayer por la noche. Sé que estoy sonriendo como un imbécil recordando su cuerpo, sus curvas, cada uno de los rincones que recorrí con mis manos. Joder, me gustaría poder hacerlo ahora de nuevo, ahora mismo. Quiero sujetar sus mejillas y besarla de nuevo.

Me gusta cómo besa.

Me encantan sus besos.

Me he quedado con ganas de más, de muchos más. Son dulces, pero salvajes; tiernos, pero llenos de pasión.

—Sí, Leo en algún momento volverá a la Tierra y dejará de estar perdido en su mundo. —La voz de Juanjo me saca de mi trance.

—Perdón.

—Por la cara de mis hijas, ellas también están en alguno de sus mundos. Los de Zoe son inofensivos, pero los de Aura están llenos de cuero y perversión.

Todos miramos a la madre de Zoe y Aura —su comentario nos lo ha dejado claro—, para acto seguido mirarle a ella. Está sonriendo y negando con la cabeza mientras su madre de nuevo habla sobre las cervezas que nos esperan cuando volvamos de alojarnos.

—Vamos, chicos, os enseñaré vuestros aposentos por esta noche. El lunes ya os pasaremos a las otras habitaciones que aún no tenemos listas. Tendréis que quedaros los tres en mi habitación y yo dormiré con Aura esta noche en la habitación de mi hija.

Sin dejar de mirar a Aura que sigue sonriendo y negando con la cabeza por el comentario de cuero y perversión, se me dibuja un gesto de extrañeza en la cara. ¿Zoe tiene una hija?

—Que ella duerma con Nico y listo.

—Como que mi nieto va a dormir hoy aquí. Va a quedarse con los de su peña en casa de Manu.

O tienen otra hermana o Zoe tiene dos hijos. ¿O es Aura la madre de ese nieto? Aura parece leerme el pensamiento y niega con la cabeza.

—No sé qué demonios hacéis aquí tan pronto, porque no me habéis dejado adecentar las habitaciones y tendréis que dormir los tres juntos. — Aura no aparta sus ojos de los míos ni un segundo—. Aunque creo que estaréis acostumbrados a compartir todo. Tal vez demasiado. —Aura mira a

Juanjo y veo cómo a él se le encojen los huevos.

—Yo no soy el culpable. Raquel fue quien le dio tu número a Leo y la que nos ha dicho que nos alojemos desde hoy.

Los seis miramos a Juanjo. Nos ha delatado en dos segundos a Raquel y a mí el muy cabrón.

—Joder, menuda mierda de agente encubierto serías en una misión. Delatarías a toda tu unidad en dos segundos. —Aura niega con la cabeza.

Juanjo se acerca a ella con toda su chulería y la sujeta por la cintura.

—Nena, si el enemigo tiene tus ojos, mi unidad estaría perdida.

—Acércate más y te juro que sabrás lo que es una buena tortura.

La ceja de Aura se levanta, Juanjo aprieta los labios poniendo esos morritos de los que habla Luna y yo no puedo evitar reírme.

—Creo que faltan unas presentaciones más formales con la anfitriona.

—Raquel niega con la cabeza—. Lola, ellos son Bosco, Leo y, el que está tentando su suerte con tu hija, es Juanjo. Son tres de los agentes que esta semana van a alegrarnos las vistas. Aunque espero que sean algo más jóvenes. Estos ya son perros viejos.

Ahora todos dirigimos las miradas a Raquel, que se está partiendo apoyada en una de las columnas de madera. Joder, creo que estos días van a ser muy interesantes.

Juanjo sigue demasiado cerca y mi primera intención es alejarle de mí de alguna manera demasiado sádica seguramente. Pongo mis manos sobre su pecho con disimulo y empujo sin que los demás se den cuenta, pero el tío está duro y es más fuerte que yo. Que yo la fuerza la tengo lo que viene siendo en el culo.

—Nena, me encanta sentir el roce de tu cuerpo. —Lo susurra entre dientes.

—Nene. —Entrecierro los ojos al mirarle tratando de no reírme con sus caras—. A mí no me vas a ganar con frases manidas baja bragas.

—Lo sé, a ti ya te ganó Leo ayer.

Lo siguiente que se oye es un grito saliendo de la boca de Juanjo y mis dedos apretando uno de sus pezones y girándolo.

—¡Joder!

—Sí, eso se te da muy bien, pero no a mí. —Juanjo me lleva al límite, pero tengo que reconocer que me empieza a gustar que lo haga.

—Aura, suelta ese pezón. —Mi madre me mira negando con la cabeza—.

¿Qué confianza es esa? Ven conmigo a la cocina a por las cervezas.

—Que te ayude Zoe, yo tengo un pezón entre manos.

—Aura Miguel Domínguez.

—Señor, sí, señor. —Me cuadro delante de mi madre y entro en la cocina riéndome con ella detrás.

—¿Así que ese tal Juanjo es el que ha hecho que te brille tanto la piel hoy?

—Ni de coña. —Abro la nevera para sacar bebidas.

—Juanjo no ha sido, Bosco no ha dejado de mirar a tu hermana, así que por descarte...

—Te aseguro que no es ningún descarte, mamá. Descartes los que llevo un año conociendo. —Empiezo a colocar cervezas en una bandeja mientras mi madre saca algo de comida de la nevera.

—Entendido, hija, no es un descarte más.

—No me refería a eso. —Sé exactamente por dónde va mi madre.

—Corta un poco de jamón mientras saco las bebidas a nuestros invitados.

Se queda callada y sé que está esperando a que diga algo más, pero no pienso caer en su más que conocida trampa del silencio. Me acerco a la minicadena y pongo algo de música para preparar unos platos para picar.

—Aura.

—Dime, mamá. —Levanto la vista y la tengo justo delante de mí con la cabeza ladeada.

—Yo sé que eres tan bonita por fuera como por dentro, que eres fuerte y luchas por tu familia, que crees que eres feliz en esta búsqueda casi desesperada del amor de tu vida, pero tal vez sea hora de dejar esas citas aparcadas y conocer a un hombre que te mira como si fueses la visión que quiere tener el resto de su vida al despertarse.

Me agarra de las mejillas y me besa. Le devuelvo el beso y sonrío. Mi madre, esa mujer de la que hemos sacado nuestra fuerza, nuestro humor y nuestro sentido de la familia. Sujeta la bandeja y antes de salir de la cocina se da la vuelta para dejarme atónita con sus palabras.

—No me digas que no quieres saber si Leo es la mejor opción para empezar a pensar más en ti y vivir de verdad, que se te ha olvidado hacerlo, pequeña. Déjate querer y disfruta.

Se me antoja

Mi madre sale de la cocina y me deja mirando la puerta como si nunca hubiese visto una. Lleva tantos años casada con un inspector de policía, que sabe calar a la gente a la primera. ¿Tendrá razón con Leo y puede que no sea ni un desastre ni un descarte ni un pasatiempo con el que disfrutar este verano? *Aura, deja de hacerte preguntas y empieza a cortar jamón y trata de no hacer barcos.*

Veinte minutos después, dos platos de jamón cortados y una cerveza que me he metido entre pecho y espalda, observo por la ventana el jardín. Juanjo está sentado al lado de mi madre y le sonríe tratando de ganársela. No sabe que, si yo soy peligrosa, mi madre es una bomba imposible de desactivar. Raquel, Zoe, Bosco y Leo están manteniendo una conversación sobre la orquesta que esta noche actúa y que tienen que venir a la cena de la Peña.

—Ese es el sobrino de Estévez. —Mi padre aparece en la cocina.

—¿Perdona? —Me doy la vuelta mirando a mi padre que está cogiendo jamón del plato.

—Sí, Ramírez, Leovigildo Ramírez.

—¿Perdona?

No sé si estoy más en shock por saber que mi padre conoce a Leo, que Leo viene de Leovigildo o que es el sobrino de Estévez, que es el padre del idiota al que dejé en el suelo hace unas semanas.

—Sí, hija. Ya sabes que al final nos conocemos de misiones. Estuve con él en...

Deja de hablar y cuando le miro, está con su mirada perdida en el horno y se pasa la mano por la barba, cierra la boca y niega con la cabeza.

—No voy a preguntar si fue en Afganistán o en Irak, porque me vas a negar que has estado allí y empezaremos a retornos con la mirada hasta que uno de los dos saque otra cerveza de la nevera. —Abro mucho los ojos—. ¿Conoces a Leo?

—Sí. ¿Tú le conoces?

—Sí, pero no voy a decirte en qué misión ultra *top secret* ha sido.

Le doy un beso sabiéndome vencedora de esta *pelea* y salgo al jardín con los platos de jamón y varios cuencos con picos y *regañas*^[12]. Los dejo en la mesa y mi madre me señala con la cabeza la silla que queda libre al lado de Leo, que él se encarga de apartar haciéndome saber que es para mí. Trato de ocultar una sonrisa, pero me es imposible. Yo no sé qué es lo que Leo consigue provocar en mí cada vez que me mira, pero es capaz de hacerme sentir nervios y deseo a la vez. Me siento y nuestras manos se tocan al ir a coger una cerveza. Siento la electricidad recorriéndome el cuerpo ante su contacto.

—¿Todo bien?

—Sí. —Le doy un trago a la cerveza y siento cómo las burbujas recorren mi lengua.

—¿Ha sido una encerrona que vengamos hoy? —Leo se acerca a mí para hablarme, como si no quisiera compartir esta información con el resto.

—Sí, lo ha sido. —Giro mi cuerpo en la silla y me pongo frente a él con mis manos en el reposabrazos de su silla, al lado de las suyas—. Ha sido una gran encerrona de Juanjo y Raquel, pero me alegra volver a verte. —Oculto con mi pelo la forma en que mis labios se ladean para sonreír.

Siento cómo los dedos de Leo comienzan a recorrer mis manos que, apoyadas en su silla, piden en silencio que no se aparte de mí. No sé realmente qué es lo que ocurre dentro de mí cada vez que él me mira, pero es que tiene una mirada tan limpia, tan sincera, que me apetece lanzarme desde el acantilado y que él sea mi salvavidas. No me refiero a que Leo vaya a salvarme de todos esos pequeños demonios de mi interior ni que vaya a dejar que ponga mi vida patas arriba tan pronto, pero me apetece saber si mi madre tiene razón, si sus palabras son algo más que el deseo de una madre por ver a una de sus hijas feliz. Quiero saber si esta noche será algo más que un buen polvo que recordaré durante unos días o se convertirá en una charla a las tres de la mañana borrachos de besos que no nos hemos dado aún.

—No te veía desde aquella... —Mi padre pone su mano en el hombro de Leo y la aprieta—. En...

—Una misión super secreta de la que nadie puede saber nada. —Zoe niega con la cabeza mientras se lleva una cerveza a la boca y apoya los pies en la silla de Bosco.

Observo a estos dos. No se han dirigido ninguna palabra desde que nos hemos sentado si no ha formado parte de alguna de las conversaciones, pero

sus miradas lo dicen todo. Cuesta, me cuesta mucho dejar que mi hermana tenga ese brillo en los ojos. Quiero que se sienta libre para hacer lo que le gustaría hacer, pero no quiero que el pasado le aparezca de repente si es capaz de dar un paso más. Creo que Bosco necesitaría saber y comprender toda la historia de mi hermana, porque sería una terapia para ella: soltar toda la mierda que sé que aún esconde en algún lugar de su mente. Sé que sigue culpándose de todo y me temo que hasta que eso no salga de su cabeza, no podrá dar ese paso tan necesario para ella. Veo cómo la mano de Bosco se posa sobre la pierna de mi hermana que estira sobre su regazo y la acaricia. Mis ojos buscan los de mi hermana y en ellos veo que no se sobresalta, que no rechaza ese tacto de un hombre. Me mira fijamente, deja caer unos segundos sus párpados, ladea la cabeza para ver cómo Bosco la acaricia y siento cómo su sonrisa empieza a abrirse paso en su pecho para salir por sus labios: grande, muy grande y muy perfecta. Sí, creo que estoy a punto de soltar una lágrima por verlo, pero me llevo la cerveza a la boca y suspiro, soltando al aire un deseo: que Bosco sea tan bueno con mi hermana como yo quiero que ella se merece.

—¿Estás bien, Aura?

Mi padre me da un beso en la mejilla y me lo susurra.

—Sí, solo cansada.

—¿De dejar Ikea sin productos? Pásame la factura, por favor.

—No.

—Hija, no puedes seguir pagándolo todo.

No nos damos cuenta, pero todos se quedan en silencio y nos miran.

—Papá, no quiero entrar en este tema de nuevo. —Tomo aire y trato de controlar mi tono de voz, que cuando le da la gana, se pone un poco altivo—. Tengo un buen trabajo, gano más de lo que necesito, bastante más, no tengo demasiados vicios y quiero ayudar a mi familia. Esta Finca también es mía, así que no, papá, por muchas chapitas que te cuelgues en el uniforme de gala... — Echo la cabeza para atrás, le guiño un ojo y sigo bebiendo cerveza.

—Cuando naciste supe que iba a tener un problema contigo. —Me besa.

—Es que esta cara es irresistible. —Me la señalo con un dedo.

—Irresistible y preciosa. —Vuelve a besarme.

—Sí, sigue siendo su hija favorita. —Zoe pone la misma voz que cuando era pequeña y le robaba algún juguete.

—Tu vida habría sido muy aburrida si no hubiese llegado, Zoe, lo sabes.

—Sí, *muuuuuuuuuuuuuuuuy* aburrida. Aún recuerdo tus llantos

descontrolados cuando querías comer.

Escucho las carcajadas de nuestros invitados y a mi madre atusándola para que siga.

—Aunque eso sigues haciéndolo cada vez que llegas un domingo de resaca de tus citas desastrosas. Lloriqueas, sueles moquearme el hombro, hueles a destilería y te comes todo lo que pillas. —Zoe me deja en muy buen lugar.

—Y ella, aunque no lo parece en este momento, me quiere mucho, pero se hace la dura. —Le saco la lengua a mi hermana que me devuelve una gran sonrisa.

—Dios, necesito saber más de esas citas que ya he oído varias veces que son desastrosas. ¿Problemas para encontrar tíos decentes, Aura? —Juanjo me mira con indulgencia.

—Sí, me suelo encontrar a tíos con cara de perdonar vidas, gafas de sol de espejo, barba demasiado cuidada, camisetas negras excesivamente ajustadas y vaqueros que no les permiten pensar con claridad.

Levanto una ceja y Juanjo abre la boca sabiendo que le he descrito a la perfección.

—Yo no quiero saber más de tus citas, niña. —Mi padre se acerca a mi madre—. Vamos a dejar a estos chicos y voy a colgar en la habitación de Laura todo lo que ha traído.

—Pero...

—Lola, vamos a dejar a los chicos divertirse. Hoy van a la Peña y nosotros nos vamos a pasar la noche a nuestro spa de Almonacid.

—Papá, estás hecho un galán llevándote a mamá de fin de semana romántico. —Zoe se levanta y le da un beso—. Aunque tu hija favorita sea la adoptada, te quiero.

Que mi hermana bromea, se ría sin motivo aparente y se meta conmigo, es una muy buena señal.

Cuando nos queremos dar cuenta estamos dejando las mochilas en una habitación.

—En media hora tenemos que estar en la Peña. Estáis invitados a la cena, pero esta noche nos toca la barra de la orquesta. No sé si os apetecerá meteros en una plaza abarrotada de gente, de borrachos, de... —Zoe acaricia con los dedos nerviosa la puerta.

—Será divertido. —Bosco le guiña un ojo y veo cómo, por una fracción

de segundo, sus dedos se rozan.

—Vale. El baño del piso de arriba estará ya libre. Aura ha salido ya. Por si lo queréis usar.

Esperamos a que Zoe se vaya para ver la reacción de Bosco. La observa, se pasa la mano por la boca y oímos un suspiro saliendo de su boca.

—Te gusta esa chica.

—¿A quién, en su sano juicio, no le gustaría esa sonrisa, su forma de mirar y esos ojos?

—Bosco. Controla esa lengua tan sucia. —Juanjo se empieza a quitar la ropa—. Me estás poniendo cachondo.

Bosco le lanza una mirada a Juanjo, que si tuviese en la mano algo más que el marco de la puerta, se lo lanzaría en medio de la frente.

—Os dejo este baño, voy a buscar el de arriba.

—Tú vas a ver si encuentras a la descarada. Menuda forma de comerte con los ojos.

—Juanjo, necesitas echar un polvo y así nos dejarás de joder a lo demás. Una pena que Raquel sea demasiado mujer para ti. —Sé dónde y cómo tocarle los cojones.

—Tal vez esta noche en la verbena encuentres alguna pobre incauta que se emocione con tus frases para ligar tan viejas. —Bosco pasa por su lado y le roba el puesto en el baño.

Les dejo en la habitación peleándose por entrar el primero en la ducha y subo unas escaleras que supongo que me llevarán al baño que ha dicho Zoe. Escucho las voces de las hermanas y me quedo unos segundos en silencio escuchando.

—Joder, me toca la barra de doce a tres. —Aura sale del baño con el pelo mojado y en ropa interior. No se da cuenta de que estoy en el pasillo.

—Te lo pasas en grande en la barra y eres la que más dinero saca siempre.

—Porque estas tetas no suelen entrar demasiado bien en las camisetas que me dan. O se salen o se marcan o un pezón decide bailar.

No, ninguna de las dos se da cuenta de que su tono de voz está subiendo ni que las puedo escuchar. Mi primera intención es decir algo, pero comienzo a escuchar música del cuarto del fondo en el que las dos parece que se están preparando. Aura pasa cerca de la puerta atándose un nudo en una camisa mientras se mira en el espejo y termina de abrocharse el

vaquero.

«Se me antoja cada vez que tú me miras. (...) besarte un ratito más (...)»^[13]».

El culo de Aura enfundando en esos vaqueros comienza a moverse al son de esta canción que no había oído hasta hoy y creo que sí sabe que la estoy mirando. Lo sé porque está bailando frente al espejo y veo cómo sus ojos se dan cuenta de mi presencia, su sonrisa la delata. Se da la vuelta y me baila, solo a mí, mientras camina hasta la puerta sin dejar de mirarme. Joder, Aura, ¿cómo es posible que seas capaz de hacer sexy todo? Se agarra al marco de la puerta, continúa con su suave vaivén de caderas y su sonrisa, que se vuelve más oscura y peligrosa, que me avisa de que puede que esta noche tenga suerte y me regale uno de sus besos. Con solo un beso me conformo: uno que dure toda la noche. Sus manos comienzan a bajar por su pecho, se ata bien el nudo de la camisa en la cintura y camina descalza, casi de puntillas, haciendo que sus caderas sean tan irresistibles que tengo que controlar mis ganas de agarrarlas para pegarlas a mi cuerpo. Me llega su aroma, huele igual que la primera noche que nos conocimos. No, no es fácil olvidarse de su olor, de sus labios o de su forma de retarme.

Se queda quieta delante de mí, me agarra de las mejillas y se pega a mi boca, pero no me besa. Mueve la cabeza lentamente hacia la derecha y luego hacia la izquierda, rozando sus labios con los míos, pero no termina de besarme.

- ¿Esto es una especie de tortura?
- Quiero saber si tu boca es la talla exacta.
- ¿De qué?
- De la mía.

Nuestros labios se unen para comenzar un beso que no me parece suficiente ni para los minutos que dura. Sí, puede que exagere un poco y no sean nada más que unos segundos, pero –aunque suene a estúpido adolescente– sus besos consiguen que todo desaparezca. No, no quiero solo un beso, necesito más, quiero más y que yo quiera más es peligroso, muy peligroso. Hace mucho que no doy nada a la primera de cambio, que no me dejo llevar, no estoy acostumbrado a hacerlo y me da miedo cagarla, meter la pata tanto como para pillarme por alguien como Aura: especial y llena de vida.

No quiero que mi vida, la que puede cambiar en un minuto, la termine destrozando. No nos conocemos de mucho, pero no quiero ser el desastre

definitivo de esta chica especial, que me besa como si no quedasen más segundos para hacerlo.

Pertenecemos a la luz

Tengo que hacer un pacto conmigo misma para no seguir devorando a Leo aquí mismo. Me separo de él en contra de mi propia voluntad, pero escucho a mi hermana diciendo algo y meto a Leo en el baño y cierro la puerta.

—Creo que estabas buscando esto.

—Tu culo me ha distraído. —Se pega a mí.

—¿Me estabas mirando el culo? —Me echo para atrás y me topo con la puerta.

—Culpable. Totalmente.

—En un juicio lo tendrías muy jodido, agente Ramírez.

—Me parece que contigo ya lo tengo jodido, preciosa.

Creo que no es consciente de que lo ha dicho en alto o no sabe el poder que ejercen sus palabras en mí. No es que pierda las bragas con dos palabras acertadas y bien dichas, pero Leo, como ya he dicho mil veces, tiene ese no sé qué que es capaz de hacerme perder la poca cordura que a día de hoy me queda.

—Tengo que ducharme.

Vale, me he debido perder en su mirada. Levanta una ceja y hace una mueca divertida con la boca.

—Yo tengo que secarme el pelo. —Señalo con la cabeza la cesta en la que se ve el secador.

—De acuerdo.

Leo levanta las manos en el aire y se aparta de mí. Me acerco con toda mi confianza a la encimera, enchufo el secador y comienzo a secarme el pelo mientras observo cómo Leo se deshace de su ropa. Se queda en calzoncillos y enciende el grifo de la ducha mientras pone la mano debajo para regular la temperatura. Si le sale demasiado fría con que la toque yo, ya la caliento. Señor... Desvió la mirada en el momento que siento la suya en el espejo.

—¿Me estabas mirando el culo?

—Culpable —carraspeo—, totalmente.

Una de mis cejas se eleva y sonrío. Si es que consigue con cualquier

comentario o gesto que se me dibuje una sonrisa adolescente en la cara que me delata, que le dice que yo también parece que estoy jodida. Leo niega con la cabeza y se deshace de la única prenda de ropa que le queda sin dejar de mirarme a los ojos. No pienso desviar la mirada, no le voy a dar esa satisfacción, no al menos mientras me esté observando. Aprovecho a disfrutar de su culo cuando se da la vuelta antes de cerrar la mampara de la ducha.

Cuando el agua cae más fuerte y sé que no me va a escuchar, de mi garganta se escapa un jadeo, resoplo y niego con la cabeza. Todo lo que hace Leo lo tiene muy calculado y si no es así, es que es un jodido adonis que alguien ha puesto en mi camino para reírse de mí y de mi forma tonta de actuar. Joder, si es que ninguno de mis anteriores ligues o parejas es como él. No se parecen en nada. Es más, no creo que me hubiese fijado en un tío como él si no tuviese esos ojos que tanto prometen. Espero que sea así y no sea una consecuencia de mis ganas de enamorarme del definitivo.

—Aura, ¿me dejas... Joder, cómo carga Leo, la madre que me parió.

Zoe entra en el baño sin llamar y su grito parece alertar a Raquel que hace lo mismo. Las dos le observan desde la puerta mientras Leo, ajeno a estas dos mironas —o aparentemente ajeno—, sigue jabonándose el cuerpo. Tanto Zoe como Raquel ladean la cabeza y abren la boca hasta casi desencajársela. Leo recorre con su mano sus brazos, su pecho, su espalda se tensa y se le dibujan músculos que...

Vale, somos tres las mironas en este momento.

—De nada, nena. —Raquel me da una suave palmada en la espalda—. ¿Es tan bueno como parece?

—Puede que en unos meses te pueda contestar a eso, Raquel. Por ahora puedo decirte que nunca me habían besado así. —Me llevo los dedos a los labios, los acaricio y rememoro el primer beso como si hubiese pasado hace demasiado tiempo—. No quiero hacerme ilusiones. —Salimos las tres del baño.

—Pero quedan tan bonitas cuando son como las que yo me imagino. — Zoe me agarra de la mano—. Me gusta Leo, cómo no le importa acariciarte la mano, aunque papá le esté escudriñando con su mirada, que te la acaricie por debajo de la mesa como si te estuviese pasando una notita de amor en el colegio. —Zoe añade suspiros a su discurso—. Su mirada esconde muchas historias de desamor, pero le brilla de forma especial cuando te mira, Aura. No quiero que le echés de menos teniendo la oportunidad de conocerle. Déjate llevar. Puede que sea tu mayor miedo el que te haga descubrir que Leo es el

hombre que necesitas.

Uno de mis mayores miedos siempre ha sido ver cómo la vida pasa —o la dejo pasar mientras cuido a los demás— sin conseguir lo que de pequeña tanto perseguía. Bueno, lo he perseguido toda mi vida: mi concepto del amor. Pero ha cambiado demasiado con el tiempo.

Al principio, con dieciocho años, cuando nunca me habían besado, solo quería un chico que me aceptase tal y como era: con mis caderas, mis cicatrices y mis mierdas en la cabeza. Pero no llegó. A los veintidós, cuando llegó Mario, deseé que se quedase conmigo, que fuese el definitivo, pero no fue así. Un trabajo en la otra punta del mundo puso punto final a un posible y *fueron felices*.

Con treinta me empeñé en creer que Joaquín me quería tal y como era, con mis miedos, con los miedos de mi familia, con nuestros problemas, nuestras ilusiones que se escapaban a la comprensión de un hombre que solo veía lo que tenía ante sus ojos. No creía en que la vida puede cambiar en un solo momento y el mundo, nuestro mundo, tenía que evolucionar.

Con treinta y tres años seguía luchando por mantener mi ideal del amor de los catorce, cuando me enamoré perdidamente de un compañero de colegio, que como Joaquín, terminó reventándome la vida y haciéndome caer en una espiral casi de autodestrucción. Llegaron fantasmas del pasado a los que Joaquín junto con David, el exmarido de mi hermana —*Aura, en cuanto llegues a la Peña te bebes un chupito de tequila*— consiguieron reavivar y hacerlos volver. Los golpes de la vida, los cuchillos que se clavaron aquella noche en el piso de mi hermana me hicieron despertar y tener que reconocer que el amor no es tan bonito como yo siempre he defendido.

—Aura, ¿estás bien?

Mi hermana me agarra de la mano para sacarme de este pequeño trance en el que me he metido solita.

—Sí, tranquila. Voy a terminar de prepararme.

Les doy un beso a cada una y, sabiendo que no las he convencido, vuelvo a la habitación de Laura para maquillarme un poco y terminar de peinarme.

No sé por qué me he puesto a pensar en todo esto ahora mismo. Ni me estoy enamorando ni voy a hacerlo en las próximas horas. ¿Que si creo que Leo podría ser un buen candidato para quitarme el mal sabor de boca que tengo sobre el amor? Es posible. ¿Que quiero que sea el definitivo? Pues lamento decir que no lo sé, me encantaría firmar ahora un contrato en el que me prometo a mí misma no romperme más el corazón, pero me conozco. Sé

que me puedo boicotear y torpedear si me veo en una encrucijada como la que tuve con Mario: le pedí que eligiese su futuro y no me dibujé en él. Soy así de kamikaze. Quiero querer, pero no sé si estoy preparada para que me quieran de la forma que quiero que me quieran. Sí, un trabalenguas –y *trabavidas*– en toda regla.

Diez minutos después bajo a la cocina y, tras coger otra cerveza de la nevera, me siento en el muro que está frente a la piscina y la casa.

—Juanjo y Leo tardan demasiado en prepararse.

Bosco se acerca sonriendo con las manos en los bolsillos. El viento me trae su aroma y compruebo que se ha hecho una coleta. No me había fijado con detenimiento en él, sus ojos acaparan toda la atención. Tiene el pelo castaño claro y un poco largo, una barba bastante larga y poblada para ser Guardia Civil –sí, sé con seguridad que esto es un prejuicio sobre agentes de este cuerpo–, una sonrisa preciosa y muy tierna y unos ojos azules espectaculares.

—Si quieres otra cerveza hay más en la cocina.

—No, la noche es larga y no debemos beber más de la cuenta.

—Si venís a la orquesta, me temo que no será tan sencillo. Los de nuestra Peña pueden ser muy pesados. —Levanto los hombros.

—¿Me estás diciendo que no vayamos?

—No, ni mucho menos. Solo os aviso. Ya sabes cómo funcionan los pueblos. —Veo que Bosco no sabe a qué me refiero—. Joder, para ser agentes especiales hay veces que hay que explicaros las cosas un par de veces. —Me bajo del murete y comenzamos a caminar—. Sois los nuevos en el pueblo y aquí, más o menos, todos nos conocemos. Sobre todo, entre peñas. Así que os van a mirar, con toda probabilidad os señalarán, apuntarán con el dedo, susurrarán a vuestro paso...

—Y a mí me importa un bledo.

Suelto una carcajada ante su respuesta.

Añadimos a sus encantos que es divertido y tiene un sentido del humor bastante ágil.

—Pensé que me estabas recitando *A quién le importa* de Fangoria. —Pasa su brazo por mi hombro y, aunque me parezca extraño hasta a mí, no me aparto ni le miro para que lo quite—. Aura, estamos más que acostumbrados a que nos critiquen, a que se ponga en tela de juicio nuestro trabajo, nuestras misiones y todo lo que nos rodea. No creo que sea más duro que uno de nuestros últimos trabajos.

—Uffff, no sé yo qué decirte. —Sin pensármelo paso mi mano por su cintura—. Esta noche te haré un hueco en la barra si decides que es demasiado para ti, rubio.

—Somos agentes de la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil, hemos trabajado en secuestros, en antiterrorismo islámico. Mierda. —Bosco se queda quieto y me mira fijamente—. Creo que tengo que matarte, Aura. No sabes la pena que me da, pero te he desvelado demasiadas cosas sobre nuestro trabajo.

—Pequeño saltamontes, he crecido rodeada de policías de varios cuerpos. —Niego con la cabeza para que no se preocupe.

—¿Pequeño saltamontes? —Me mira muy sorprendido.

—No te preocupes por lo que mi hermana piense de tu trabajo.

—Yo no he dicho nada de...

—Te aseguro que mi hermana se puede asustar de un millón de cosas, pero no de tu trabajo. Por eso no te preocupes. —Le señalo la entrada donde Raquel y Zoe nos esperan con Juanjo y Leo.

—¿Qué es lo que le asusta?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo. Esta noche sácala a bailar y haz que se ría hasta que mañana tenga agujetas en el estómago. Serás mi cuñado favorito si lo consigues.

Le dejo solo mientras me acerco a mi hermana. Leo me observa y le saco la lengua.

Caminamos los tres kilómetros que nos separan de la zona donde se supone que vamos a empezar la fiesta. Son las nueve de la noche y el pueblo huele a brasas. Se oye una charanga de fondo, tambores, murmullo de gente y las risas de los niños mientras corretean por las calles con esos botes para hacer pompas.

—Esto va a ser divertido.

Juanjo, al que le gusta más una fiesta que a Bosco comer con las manos, ya está cogiendo a Aura de la mano para ponerse a bailar una de las canciones que suenan casi a ritmo de batucada. Aura mueve los hombros y las caderas al son de la música.

—Va a ser una noche muy interesante. —Raquel me agarra del brazo—. Sé que no tengo que volver a decir que si haces daño a Aura te arrancaré los huevos o que, si me entero de que llora por tu culpa, te haré picadillo y te echaré a los marranos. Déjate llevar esta noche, vas a verla en su máximo

esplendor y si ves que lleva más de tres ron cola, te aviso que es peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí, no estás acostumbrado a nadie como ella.

—Raquel, nosotros manejamos...

—Que sí, que sois superagentes, que sabéis manejar situaciones de alto riesgo. Pero, machote, siento decirte que las hermanas Miguel son alto voltaje.

Raquel mueve los hombros también al son de la música y se une a Bosco, Juanjo, Zoe y Aura que saltan entre las personas que bailan en la calle. Aura tiene en la mano una carraca con la que sigue la canción y bebe de una bota que un chico le entrega con una gran sonrisa. Se le ilumina la cara cuando comienza a sonar la nueva canción de la charanga que parece que empieza a hacer un círculo alrededor de nosotros.

Beber a bota es algo que me recuerda al pueblo. Sí, puede que parezca una tontería, pero me recuerda a los veranos en los que todo lo que durante el año me atormentaba, se quedaba aparcado en Madrid. [*Lloverá y Yo Veré*](#) de La Pegatina comienza a sonar y da tan buen rollo, huele a fiestas de pueblo, a verano, a noches que se convierten en confesiones tras la barra del bar y a felicidad.

Aura baila, salta, cierra los ojos y da vueltas del brazo de un integrante de la charanga que está animando con un megáfono, tratando de hacernos partícipes a todos de la canción.

—Te toca, preciosa.

Se lo entrega a Aura que lo mira, le pega otro trago a la bota, no derrama ni una sola gota, se la da a su hermana y se lo lleva a centímetros de la boca.

—Se prevén chubascos en media hora. —Zoe me agarra del brazo y me entrega la bota de vino—. Es mejor que empieces a integrarte.

—No me gusta demasiado el vino.

—No, eso sí que no. —Levanta una mano delante de mi cara y la mueve—. Puede que no te guste comer saltamontes fritos, que odies madrugar un domingo, que ni loco te montarías en una caída libre en un parque de atracciones o te dé miedo un vuelo sin motor, pero que no te guste el vino...

Zoe niega con la cabeza, levanta la bota en el aire y se une a Juanjo que está bailando con la charanga.

Esa canción da paso a otra y a otra y a otra más. La charanga termina cenando en la Peña de Aura y Zoe, que se llama «Almas sin pena». No sé si quiero preguntar por este nombre que le han dado a su Peña. Zoe se ha puesto al frente de la pequeña barbacoa que han montado y saca platos con comida para todos los que nos hemos juntado aquí. Ellos van vestidos con polos azules y un dibujo de unas alas sobre una calavera mexicana.

—Vino. —Raquel me entrega una especie de tarro con vino tinto—. Es de unas bodegas de uno de la Peña, del que está hablando con tu chica.

—Te ha dicho Zoe que no soy demasiado de vino y esto es una especie de iniciación, ¿verdad? —Cojo el tarro de cristal y me lo llevo a los labios.

—Lo del vino me queda claro y lo de llamar a Aura tu chica y que no me contradigas... también. —Levanta su tarro en el aire y me guiña un ojo—. Va a ser una noche muy interesante.

Joder, Raquel puede ser igual de tocapelotas que Juanjo. Es más, creo que son la misma persona, pero de diferente sexo. Los dos me miran y se ríen negando con la cabeza mientras se mezclan los demás. Sí, estoy observando a todos y busco comportamientos extraños o que denoten peligro. Debería relajarme, son las fiestas de un pueblo y debería mezclarme con ellos y socializar, pero me cuesta un poco cuando no lo tengo todo controlado.

—Está allí. —Aura aparece a mi lado con un bocadillo que me ofrece.

—¿El qué?

—La salida de emergencia. Que no sé si la buscas como parte de tu obsesión por la seguridad o porque quieres salir huyendo y yo no volveré a ver ese fantástico culo de nuevo. —Le da un trago a su bebida—. Que si es la última opción, avísame para disfrutar de él mientras desapareces.

Dejo caer un poco mi cabeza y niego un par de veces. Parece que me conoce sin conocerme casi de nada. Nos hemos comido a besos, hemos compartido una noche y alguna confidencia bajo las sábanas, pero no nos conocemos de nada.

—¿Cómo puede ser que sepas que lo estoy haciendo? Casi no sabemos nada el uno del otro.

Le pega otro trago a su tarro, lo deja en una mesa junto con el bocadillo, se limpia las manos y extiende una delante de mí.

—Hola, mi nombre es Aura Miguel, llevo dos cubatas de ron del malo con Coca-Cola que he encubierto en un tarro moderno. Tengo treinta y seis

años, soltera, afincada en Madrid y residente en mi mundo. —Toma aire y observo cómo el botón superior de su camisa se desabrocha—. Abogada, soñadora, adicta a las sonrisas, protectora del mayor tesoro del mundo: mi familia; y con algún defecto que oculto con mis virtudes. No cocino mucho porque no tengo tiempo, pero no se me da nada mal. —Toma una bocanada de aire—. Entiendo de vinos, no tengo ni idea de fútbol, puedo montarte un mueble de Ikea sin que me sobren tornillos, me dan pánico las tormentas, no me cuesta reconocer mis errores, me cuesta un poco más confiar en los desconocidos y si me lanzo, no le pongo ningún freno ni a mi boca, cuerpo o corazón. Sé lo que es perder y tengo muchas ganas de saber qué se siente cuando se gana. No dejo que un mal día se interponga en una buena noche y soy libre para vivir la mayor aventura de mi vida, sola o contigo. Creo que puede ser muy divertido conocerte, conocerme y conocernos.

Me quedo en silencio, no soy capaz de articular ni una sola palabra. Aura desprende mucha seguridad y tiene hasta la que a mi a veces me haría falta. Su mano recorre mi brazo en dirección a mi hombro y la baja por mi espalda, se acerca a mi oído y susurra de una forma tan sexy y sugerente, que siento cómo todo mi cuerpo responde a su voz.

—Conocerme puede ser lo más divertido y excitante que te pase en la vida. Déjese llevar, agente Ramírez. No soy tan peligrosa como parezco.

—Sí eres peligrosa, Aura, mucho más de lo que piensas.

Rodeo sus hombros con mi brazo y la cobijo un poco en mi pecho. No quiero que nadie más de los que se encuentran en esta sala sea partícipe de esta conversación.

—Estás muy segura de ti misma y de que caeré rendido a tus pies. ¿No tienes miedo a perder?

—Lo que no tengo es tiempo que perder. —No se separa de mi oído—. He besado a demasiados sapos y aunque no necesite a ningún príncipe, quiero enamorarme de verdad. Sé que puede asustarte que hable de amor la tercera vez que nos vemos, pero somos mayorcitos para afrontar nuestros miedos. ¿No? —Se separa de mí y me mira directamente a los ojos, como si buscara la verdad en ellos. Me pone nervioso su forma de actuar, pero me gusta mucho que sea así de clara.

—Tú me has confesado que tienes miedo a las tormentas.

—Confíesame tus miedos.

Abro la boca, pero la cierro a los segundos. No estoy preparado para abrirme tanto a Aura. No nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro.

Bueno, ella no sabe nada de mí y yo sé que sabe de vinos y que quiere vivir aventuras. Pero yo...

—No te preocupes. Tenemos mucha noche por delante o la eternidad, depende de lo que tú quieras. —Se muerde el labio, niega con la cabeza, me besa en la mejilla y deja su mano sobre la otra.

Camina por la sala y sale a una especie de jardín donde su hermana sigue sacando cosas de la barbacoa y la sigo. Juanjo está al lado de Raquel hablando sobre algo que a él le hace reír y a ella se le dibuja un gesto extraño en la cara. Creo que esos dos se han hecho íntimos en menos de un mes y aunque veo cómo Juanjo mete fichas, Raquel no parece estar demasiado interesada en sus caras de ligón.

Las luces se apagan, nos quedamos a oscuras y se iluminan unas pequeñas guirnaldas que cuelgan del techo. Se oyen unos silbidos y salen dos chicas con una gran tarta en las manos en dirección a una mesa donde otra de las chicas se lleva las manos a la boca.

—Muchas felicidades, Gusanita. Disfruta mucho de esta noche. Como es tradición, tu canción.

Comienza a sonar [We Belong](#) de Pat Benatar. La reconozco porque sale en una película que le flipa a Luna y que hemos visto como un millón de veces en casa.

Desde lejos veo cómo Aura mueve los labios y canta la canción. Sonríe, le agarra la mano a su hermana, la aleja de la barbacoa y entran en la sala donde todos están bailando. Parece ser una tradición para esta jauría de gente tan extraña.

Todos cantan cuando llega el estribillo y siento lo que es para ellos. Aquí parece que hay más que veranos de borracheras y fiestas de pueblos, verbenas y charangas.

Aura deja a Zoe bailando con Bosco y sé que es el momento. Me acerco a ella, le agarro de la cintura por la espalda y la pego a mi pecho mientras nos movemos. Acercó mi cara a su cuello y ella lo ladea para darme mejor acceso. Gira para ponerse frente a mí y sonrío.

—Parece que todo esto ya no te parece tan malo. Has quitado ese rictus de preocupación y han desaparecido esas arruguitas que te salen aquí. —Me acaricia suavemente la frente—. Te dan un punto interesante, pero estás mucho más guapo cuando te relajas y no piensas que vamos a ser atacados por hordas de adolescentes salidos.

—Hay peligros mucho mayores en este mundo.

—Tú no conoces a los adolescentes de este pueblo. En diez minutos entrarán los Quintos del noventa corriendo en calzoncillos.

—¿Cómo eres capaz de hacer que me olvide de quién soy por un instante? —Mis manos juegan en su espalda y su pecho se pega a mí.

—Yo no quiero que te olvides de quién eres, pero es posible que por una noche dejes en casa las preocupaciones que apagan tus ojos y disfrutes como si el mundo fuese un lugar seguro en el que bailar, beber de una bota de vino, saltar en medio de una charanga y besarse con una casi desconocida. —Se acerca a mis labios, pero no los besa, no se mueve—. Todo depende de quién quieras ser esta noche, Leo.

—Haz que pierda mi miedo.

—Y ¿cuál es tu miedo, Leo? —Sus labios se mueven sobre los míos y me producen cosquillas.

—Volver a enamorarme y tener que decir adiós demasiado pronto.

Sin poderlo remediar —ni quererlo en realidad— estas palabras salen de mi boca. Confesarle mi mayor miedo, o uno de ellos a Aura, es abrirme más de la cuenta. Al menos más de lo que me he abierto desde hace años a una mujer. Pero Aura no es cualquier mujer, ella es una de esas personas que te miran como si todo, absolutamente todo lo que le cuentas, le importase de verdad. Tiene un brillo especial en los ojos, aunque creo que guarda mucho detrás de ellos. Tengo ganas de saber su historia, su vida y me temo que al hacerlo, puede que me enamore de ella. Puede parecer demasiado pronto o sonar desesperado, pero como ella misma ha reconocido, ninguno de los dos tenemos tiempo que perder. Si nos equivocamos, que sea cuanto antes; si no somos compatibles, despedirnos cuanto antes; y si estamos hechos el uno para el otro, tenemos la obligación de empezar a disfrutar en este mismo instante. Quiero conocer sus cicatrices y que conozca las mías. Quiero saber lo que realmente esconden esas citas de las que he oído hablar, necesito escuchar su risa cada día y verla sonreír.

Ni por asomo pensaba que aquella noche que se planteaba como un maldito desastre, me iba a encontrar con la chica que tengo ahora mismo delante mirándome con una preciosa sonrisa dibujada en la cara.

—¿Te ríes de mi miedo? —Encubro mi sonrisa con un gesto de enfado.

—Nunca me reiría de ti ni de ninguno de tus sentimientos. —Pone su mano en mi mejilla y siento cómo mi cuerpo recibe casi con aplausos su roce—. Pero me sorprende que un tío como tú, tan grande y fuerte, tenga miedo a algo como el amor.

—Es que puede ser aterrador. Sé lo que es perder y lo que duele; he dicho adiós a tantas cosas y tantas veces, que no quiero que eso me pase contigo, Aura.

—¿No es demasiado pronto para tener miedo?

—Debido a mi trabajo he visto cosas que... —Me quedo en silencio.

—La peor parte del ser humano. Sé de lo que hablas. Pero mira, Leo. — Sujeta mi mano y tira de mí hasta la zona de la barbacoa donde ahora mismo no hay nadie—. Yo tengo muchos defectos. No me callo cuando debería, suelto lo primero que pienso y muchas veces la cago lo más grande; me equivoco a menudo con cosas que una persona normal controla, como la derecha con la izquierda; pero lucho por lo que quiero y quienes quiero.

—¿Podré ganarme un hueco en ese selecto club?

—Bueno, el aforo está casi completo. —Sus manos suben por mis brazos y se aferran a la parte de atrás de mi cuello.

—¿Ni un pequeño huequito? No ocupo mucho.

—Si algún día te ganas ese espacio, te aseguro que no será uno pequeño en un rincón. Quiero enamorarme y que la felicidad me explote por dentro. —Respira hondo—. Oye, añade a todo lo que he dicho de mí misma esta noche, que a veces, me pongo en plan poeta cantautora con guitarra en mano y, a veces, se entienden mejor las cosas en mi cabeza.

—Te he entendido, Aura.

—Si entiendes a Aura tienes mucho camino recorrido.

Escuchamos la voz de Raquel y al girarnos la vemos al lado de Juanjo observándonos mientras comen los dos del mismo plato.

—Me gustas para mi amiga, pero como se te ocurra hacerle el más mínimo daño, te aseguro que me paso las medallas, tus músculos o tus armas por el arco del triunfo. —Raquel me señala con un trozo de costilla que tiene en su mano—. ¿Entendido?

—Señor, eres malísima amenazando. Esto se hace así, Raquel. —Juanjo se aclara la voz y me mira—. Como se te ocurra hacerle daño a Aura, Raquel te cortará las pelotas, se hará un collar con ellas y cuando se canse, se la dará de comer a los perros mientras miras.

Los tres miramos a Juanjo que juguetea con una navaja multiusos que siempre lleva encima. Aura tiene los ojos muy abiertos y empieza a reírse.

—Me gusta cómo piensas, pequeño. —Raquel choca su trozo de costilla con la de Juanjo—. Eso, te las corto.

—No te preocupes por ella, es la menos peligrosa de todas. —Zoe

aparece con una bandeja vacía—. La que más peligro tiene es la dulce chica que tienes a tu lado. Será mejor que no sepas cómo han acabado todas esas citas tan desastrosas que ha tenido o cómo se ha deshecho de muchos de los capullos con los que ha folla... se ha citado.

Ahora todos miramos a Zoe que rellena la bandeja vacía con comida que sigue en la parrilla.

—No me miréis así, que no he acabado la palabra.

—Claro, como que decir folla no da pie a nada.

—Porque tenéis la mente muy sucia. Para que lo sepáis, folla es la mezcla de muchas cosas diversas sin ningún orden, tan solo por diversión.

—Zoe guarda su móvil en el bolsillo.

—Pues entonces esto debe ser una folla o una folla de todos. No me queda muy claro cómo usar ese concepto. —Juanjo es un mamonazo.

—Tú de folla esta noche me temo que no, pequeño.

Raquel le guiña un ojo y me parece que hasta le sonríe, pero su cuerpo no manda ningún tipo de señal. Y eso que Juanjo está desplegando todos sus —supuestos— encantos para tratar de conseguir que Raquel caiga rendida a sus pies. Me temo que, por primera vez en toda su vida, Juanjo va a recibir un buen cubo de agua fría. Y por lo poco que conozco a Raquel, es capaz de vaciárselo en las pelotas.

—Raquel, no me partas mi débil corazón. Necesita que lo cuiden bien.

Juanjo mira a mi amiga con una medio sonrisa dibujada en su cara. No sabe con quién está jugando. Comenzamos a oír las pruebas de sonido de la orquesta y parece que a Juanjo le parece bien bailar alrededor de Raquel.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —No puedo evitar hacer la pregunta al verle moverse de esa manera.

—Mi baile más sexy. —Juanjo mueve sus brazos alrededor de Raquel.

—A mí me parece que está tratando de meterla en el redil y que no se le escape ninguna oveja más. —Niego con la cabeza—. Juanjo, apunta en otra dirección. Raquel juró no volver a enamorarse y siento decírtelo, pero no eres su tipo.

Se da la vuelta, se queda quieto, me mira y hace un mohín con su boca.

—Me parecías buena gente, pero con ese comentario recomendaré a uno de mis mejores amigos que no se enamore de ti, porque tú tampoco eres su tipo y seguro que le partes el corazón antes o después.

Los dos nos miramos y sé que le he hecho daño con mi comentario. Mi

sonrisa trata de ocultar un poco la decepción de que ese último comentario de Juanjo sea verdad y realmente no sea el tipo de Leo. Creo que sería un golpe más de mi destino amoroso, pero hacer que me ponga un tío como Leo en mi camino...

No, mi destino no es tan cabrón.

¿Verdad, destino? Que yo te aprecio y nos solemos llevar muy bien. O al menos nos reímos de tus cagadas. O de las mías, que ¡madre mía!, yo solita las lío pardas.

—Aura, te toca ir a la barra ya. —A nuestro lado aparece Jorge, uno de los chicos de la Peña, con dos vasos llenos en las manos—. Está todo listo. Solo falta que hagas la inauguración. —Me ofrece uno para que me lo beba—. Además, yo seré tu hombre esta noche.

—Me parece un plan perfecto para hoy. —Choco mi copa contra la suya y la bebo de trago.

Observo a Aura y veo que en sus ojos se ha dibujado un gesto de tristeza al escuchar a Juanjo. Es que el muy idiota ha dicho cosas de las que no tiene ni puñetera idea.

—Tercero. —Raquel se acerca a mí señalando a Aura con la cabeza y niega con la cabeza—. La noche puede volverse más peligrosa que cualquiera de vuestras misiones ultrasecretas.

—Sabes que Juanjo...

—Tu amigo es un bocazas y parece que, si le tocan el ego, ataca. Normal que esté soltero y acabará así el resto de su vida. —Raquel parece enfadada—. Sé que su ataque no ha sido intencionado, pero a Aura le rondará por la cabeza toda la noche. La conozco muy bien y su sonrisa ahora mismo es demasiado forzada.

—Ya sabe que sí que es mi tipo. No me acuesto con una mujer si no me gusta.

—Házselo saber. No quiero que sufra.

—Ya me ha quedado claro lo que harás con mis huevos en ese caso. —Trato de quitarle hierro al asunto, de saber que no, que Aura no va a darle vueltas a esa estupidez.

—Bueno...

Raquel se aleja de nosotros, se acerca a Aura, que está apurando hasta la última gota de la copa, mientras Zoe niega con la cabeza mirando a Juanjo. Las tres hablan, Aura levanta los hombros y acaba esbozando una

sonrisa que oculta tras su pelo mientras suspira.

Te lo compro

*T*e lo has ganado por bocazas, Aura. Salgo de la Peña y camino por la calle hasta la plaza del Ayuntamiento donde está la barra ya montada esperando para empezar la noche. Sigo dándole vueltas a las palabras de Juanjo. Que sí, que puede ser que me las haya dicho en forma de *encabronamiento* por las mías, pero y ¿si es la verdad? Si no soy el tipo de mujer de su vida...

—Déjate de gilipolces, Aura. No tienes que ser el tipo de mujer de nadie. —Raquel me agarra del brazo y parece haberse metido en mi mente.

—No pienso en nada. —Nos metemos en la barra.

—Solo debes ser tu tipo de mujer. ¿Qué no sale lo de Leo? Te habrás cepillado a un tío que está muy bueno y que, al parecer, tiene mucha labia.

—¿Por qué ahora mismo pienso que no va a pasar de ser eso: una noche perfecta entre besos y caricias?

—Porque me temo, mi pequeña y dulce Aura, que tienes tantas ganas de enamorarte...

—¿Parezco desesperada?

—No, pero llevas tanto tiempo buscando el amor y teniendo tan mala suerte, que tal vez buscas cualquier excusa para encontrar un fallo y decir adiós demasiado pronto. Date una oportunidad y deja fuera tus miedos, porque pueden hacer que te pierdas una de las mejores aventuras de tu vida.

—No tengo miedo, Raquel.

—Cuéntaselo a otra, Aura. Nos conocemos desde hace demasiados años como para empezar a mentirnos. —Me agarra de las mejillas—. Te quiero mucho y siempre te apoyaré en tus decisiones, pero si te equivocas, te lo diré.

—Y por eso te quiero. ¿Lo de casarnos las dos y adoptar un par de perros abandonados...

—No ha llegado el momento, nena. A los noventa, cuando nuestros maridos nos estén preparando las camas en el Valhala, lo haremos. —Me besa ante la atenta mirada de varios de los chicos del pueblo que están esperando a que abramos la barra para servirles.

—Te lo compro.

Me despido de Raquel y de mis seres queridos en lo que dura mi turno. Puedo parecer exagerada, pero en las dos horas que tengo que estar en la barra puedo beber más de lo que debo, bailar más de lo que puedo y reírme tanto como para que me duela la tripa.

Dos horas después, cuando la orquesta está terminando la hora de pasodobles, sevillanas y música de los sesenta, salgo de la barra con un mini de ron cola en la mano. Creo que he sobrepasado –muy de largo– las copas que tolero en una noche. Lo sé porque estoy agarrada a uno de los amigos de mi padre bailando el último pasodoble, mientras sorbo cubata con la pajita extralarga que me han dado los de otra peña.

—Aura, mi hijo sigue soltero.

—Que se apunte a *Adopta*, ahí seguro que moja. —No quiero darle pie a organizarme una cita con él.

—Seguro que vosotros dos...

—Paco, eres un buen amigo de mi padre, en consecuencia, si te miento sería como mentirle a mi progenitor. —Me separo de él, le miro a los ojos, pero no digo nada más.

—¿Vas a decir algo?

—No, porque así no te miento. Saca a bailar a tu mujer, que se le están acercando demasiados moscones.

Me deshago de Paco con disimulo y camino entre la gente bailando y sonriendo, hasta llegar a un muro que da a la parte de atrás de la plaza, donde no hay casi nadie. Puede que alguno meando o metiéndose mano, pero estaré sola un rato y lo necesito.

No he podido hablar con Aura porque la barra estaba llena a cada momento. Y no es por las bebidas tan baratas que ponen, es por ella. La he observado desde la distancia. Vale, un poco más de la cuenta, la verdad, pero es que no puedo dejar de mirarla. Tengo que hablar con ella. No he visto su sonrisa, la de verdad, desde que Juanjo ha dicho esa mierda.

Me deshago de varios de los componentes de la Peña, que siguen empeñados en que son más fuertes y que con un concurso de pulsos pasaremos una noche mejor.

—Tengo que ir a mear. —Sonrío casi sin ganas.

—A la vuelta te gano. No eres tan fuerte como aparentas.

No digo nada, sonrío, levanto las manos en el aire y me doy la vuelta

buscando a Aura. Veo que se aleja de todo el bullicio y se sienta en un muro en el que no hay nadie, pero antes de que llegue, veo cómo saca el teléfono y responde una llamada. Estoy demasiado cerca y me planteo darme la vuelta para dejarle un poco de intimidad, pero me ve. Ladea la cabeza mientras contesta.

—Hola. Sí, en la verbena.

Balanea las piernas mientras juguetea con los dedos de su mano libre sobre sus rodillas. Cierra los ojos y echa la cabeza para atrás.

—Yo creo que tenemos de todo, pero si traes una tarta un poco más grande, nuestros invitados te lo agradecerán. Sí, Su, sería de muy mal gusto no invitarles a comer. Eso es. A parte. —Niega con la cabeza y suelta una gran carcajada—. Creo que sí, le hará competencia a tu marido. No se la he visto. ¿Tamaño estándar? Pues no lo sé, la verdad. No he visto tantas.

Ahora sí que tiene dibujada en la cara una sonrisa de verdad. Suspira, se muerde el labio inferior, juguetea con sus dedos enroscándolos en un mechón de pelo, vuelve a sonreír.

—No me he acostado con todos mis desastres. Vale, ¿recuerdas cuando me... —cierra los ojos y se tapa la boca— a Batman?

Pone cara de satisfacción y me temo que hablan de cierta parte de mi anatomía. ¿Cómo puede tener tan poca vergüenza de hablar de mi rabo estando yo presente?

—Creo que no le gusta que hable de esto. Sí, le tengo delante. Joder, ya sabes que mi vergüenza se perdió hace tanto que ya no recuerdo si llegó a mi mayoría de edad. Vale. Nos vemos mañana. Te quiero. —Deja el teléfono sobre el muro y niega con la cabeza.

—No pienso preguntar si estabas hablando con alguien sobre mi... —Aprieto los labios sin decir nada más y levanto una ceja.

—Me temo que sí. No tengo secretos con mis amigas, Leo. Es algo que hubieses aprendido si yo fuese tu tipo, pero tú te lo pierdes. —Se muerde de nuevo el labio y se baja del muro de un salto—. Se acabó mi descanso.

—No me rehúyas, Aura, por favor.

—No lo hago, pero tengo que volver a trabajar.

—Me has dicho que no mentías. Ahora lo estás haciendo.

—Leo, ha estado muy bien lo que hemos tenido. Corto, pero muy intenso. Y tal vez hubiese sido algo bonito o no. Pero no soy tu tipo y voy a hacer caso a Raquel cuando me dice que solo tengo que ser mi tipo de mujer.

Parece que coge carrerilla y creo que no está ni respirando.

—Seguro que en esta verbena encuentras a mujeres que sean tu tipo. Tal vez con el culo más pequeño, que no rechisten o que te digan que sí a todo. Que no tengan pensamientos contrapuestos a los tuyos y que se rían de las bromas sin gracia de tus amigos.

—¿Has acabado? —Me cruzo de brazos esperando que deje de hablar.

—Quiero dejarte una cosa clara, Leo: soy lo suficientemente madura como para encajar que lo nuestro haya sido algo de un momento de calentón.

—Cállate, Aura.

Tomo su cara entre mis manos y me pierdo en su boca. Quiero que se calle, que deje de pensar que lo nuestro va a quedarse en una sola noche de pasión —desmedida y que me muero por repetir—, que se deje llevar y que comprenda que es más que mi tipo. Conociéndola lo poco que la conozco, es más de lo que me esperaba encontrar en un bar de La Latina un viernes a altas horas de la madrugada.

—Leo. —Apoya sus manos en mi pecho y me separa de ella—. No quiero perder el tiempo, ya no. No tengo veinte años para seguir jugando.

—Yo no estoy jugando, Aura. ¿Crees que no eres mi tipo? Yo tampoco tengo tiempo para perder. Mi vida es un cambio constante. No sé qué será de mí con treinta y cinco años. —Observo que sus ojos se abren un poco más.

—¿Cuántos años tienes, Leo?

—Treinta y dos en julio.

—La madre que me parió. —Niega con la cabeza mientras se ríe—. ¿En qué momento, cuando yo te he dicho mi edad, ibas a decirme la tuya?

—Me da igual tu edad, Aura. Me interesa mucho más tu sonrisa, tu boca... —Agarro su labio inferior con mis dedos—. Tu cuello y este cuerpo que pretendo recorrer de nuevo esta noche.

—Me temo que tu plan se verá frustrado esta noche. Comparto cama con mi hermana en la habitación de mi sobrina y tú estás en otra habitación con tus otros dos amigos. —Recorre con sus dedos mi pecho—. Tendrás que esperar. —Sus labios se apoyan sobre los míos—. O tal vez te secuestre y cuando nadie mire, meta mis manos en tus pantalones. —Sus manos ahora bajan por mi pecho y se meten dentro de la camiseta.

—Aura, no puedes hablar en serio.

—¿Lo de meter mis manos en tus pantalones o lo de secuestrarte? —Se queda quieta y se aparta de mis labios.

—¿Cómo cojones eres capaz de hacer que todo lo que sale de tu boca

suene sexy?

—Eres tú el que lo oyes así. Si te digo —se aclara la garganta— bocata de calamares con alioli.

Lo hace a propósito. Pone una voz sexy, de teléfono erótico y lo acompaña con movimientos de su cuerpo sobre el mío.

—No, no es normal que se me ponga dura con eso. Odio los bocatas de calamares con alioli.

—No te gusta demasiado el vino, no te gustan los mejores bocatas del mundo. ¿Qué te gusta?

—Tú, Aura, tú me gustas. Me encanta la forma que tienes de retarme, de no apartar tus ojos de los míos, aunque te mueras de miedo por las palabras de Juanjo. Sí, eres el tipo de chica del que enamorarse puede ser muy fácil y de las que olvidarse será una tarea ardua y dolorosa.

—Pues no te olvides de mí.

—Me temo que no podré hacerlo y tampoco me apetece olvidar a la chica de los ojos más bonitos del planeta.

Vale, ha sido capaz de desvanecer esa chorrada de no ser su tipo que rondaba por mi cabeza. Puede que me haya mentido, sí, como también puede que yo le haya mentado a él o le mienta en un futuro próximo sobre... No, no quiero mentirle y no quiero que me mienta. No sé si lo nuestro va a pasar de ser polvos increíbles, besos que me hacen temblar y promesas de amaneceres en calas perdidas, pero sé que me apetece que sea algo más.

—¿Te has tirado a Batman?

Top desastres: 4

Yo soy Batman

Sí, me lo monté con *Batman*. Fue una noche tonta y caliente, como diría Estopa, aunque realmente fue más lo primero que lo segundo: fue muy tonta. Una fiesta de disfraces, mucho alcohol, mis amigas me abandonaron en una casa en la que no conocía a nadie y aquel chico disfrazado de murciélago, al que solo se le veían unos labios jugositos, se dibujó como una buena opción. Tenía una voz grave, como el personaje del que iba disfrazado y la culpable de que acabase con las bragas metidas en la mochila de mi disfraz de Tortuga ninja sexy. O eso es lo que Raquel me vendió cuando me obligó a ponerme todo aquello. Le sumamos a la noche tonta mi mente calenturienta y el resultado es que me imaginé que debajo de aquel traje estaba Val Kilmer, Christian Bale o Ben Affleck^[14].

Error de novata: crearme demasiadas expectativas en mi cabeza.

Mientras él ponía todo su empeño para impresionarme con lo que fuera que estaba haciendo, en mi cabeza sonaba la banda sonora de la serie de los sesenta^[15]: «*Na na na na na na na na na na na na na na na na Batmaaaan*». Aquel hombre –sigo pensando que era un hombre porque en ningún momento se deshizo de aquella máscara– se movía por la habitación emitiendo unos extraños ruidos y agitaba los brazos en el aire. Creo que era algún tipo de rito de apareamiento de alguna tribu africana y yo estaba en pelotas sobre la cama esperando a que aquel murciélago me hiciera vibrar, pero en el momento exacto en que dejó de lado su voz grave –que pasó a ser bastante rara y desagradable–, supe que iba a pasar a encabezar el top de mis desastres. Le pedí que siguiese en su papel de *Batman* y que yo haría de *Catwoman*, Talia Al Ghul o Vicki Vale^[16], la que más rabia le diese. Todos estos datos los sabía gracias a los cómics de nuestro padre que leíamos de pequeñas escondidas debajo de la manta con una linterna. No, acordarme en aquel momento de mi padre no solucionó ni un poquito la noche.

—Sí, nena, tus gritos se oirán en toda la ciudad.

Estaba sobre mí y negué con la cabeza, puse mis manos en su pecho y de mi garganta no salieron los gritos que a él le hubiesen gustado.

—Machote —aproveché para ponerme a horcajadas—. No abras la boca o cojo mi caparazón y me marchó de aquí sin mirar atrás.

En mi defensa he de decir

No puedo dejar de reírme con la cara que pone Leo.

—Tú me has preguntado.

—¿A esto te refieres con tus desastres?

—Es lo que tiene estar en esas páginas de contactos.

—¿Páginas? ¿En cuántas estás?

Me llevo dos dedos al puente de la nariz y respiro profundamente antes de responder. Tengo dos opciones muy válidas. La primera: sonreír, mirarle a los ojos y besarle; la segunda...

—En dos... o tres.

Bien, Aura, te has lanzado a por la segunda, la menos coherente.

—A eso venía lo de *Adopta*.

—Claro, que te lo pregunté. Pero estaba claro que tú, Leo —al hablar levanto los brazos en el aire y le abarco con un gesto—, es imposible que necesites una *app* para ligar o para buscar a quien llevarte a casa cada noche o en qué casa decides no despertar al día siguiente. —Vale, esto último ha sonado a reproche por haberse ido de la mía.

—Aura —lo dice sujetando mi cara y me obliga a mirarle—, yo no uso ese tipo de *app* porque no ligo, no sé lo que es eso o no estoy acostumbrado y tampoco he querido quedar con mujeres desde hace mucho. —Mira al cielo durante unos segundos, niega con la cabeza, aprieta su mandíbula haciendo que se le frunzan los labios y sonrío lentamente—. Tú has conseguido llegar mucho más lejos que ninguna otra en mucho tiempo.

—Joder, Leo. Para no saber lo que es ligar tus palabras son muy precisas y perfectas.

—Soy de todo menos perfecto. Me han dicho que soy bastante toca pelotas por las mañanas porque estoy de mal humor hasta que no me tomo el segundo café. Me han comentado alguna vez que soy demasiado exigente con todo y también he oído quejas sobre la forma que vivo mi vida.

Levanta los hombros y deja caer sus brazos, aprovechando para acariciarme con las yemas de sus dedos, provocándome un gran y perfecto

escalofrío. Siento cómo mi cuerpo responde ante este simple y sencillo gesto, que supongo que él no buscaba provocar o puede que sí. Al mirarle de nuevo, veo cómo sus ojos brillan con más intensidad y sus pupilas están dilatadas por completo.

—Esta semana va a ser complicado verte por las mañanas y no arrancarte la boca a mordiscos, pero prometo que tendrás café recién hecho a las cinco de la mañana.

—¿Cinco?

—Te voy a contar un secreto. —Le invito a acercarse a mí con un dedo—. Como bien sabes, yo vivo en pleno centro de Madrid, trabajo en un bufete jurídico en Serrano y tengo el garaje al lado de mi piso. Tardo unos cuarenta minutos en llegar a casa y luego otra media hora en metro o caminando, depende del tiempo, de los viandantes y de los tacones que tenga que llevar. —Le observo y compruebo que me escucha atentamente con la boca semi abierta, con sus labios llamándome para besarlos, lamerlos, morderlos...

—Ahí llevas tan solo hora y cuarto, como mucho.

—Me tengo que levantar, ducharme, prepararme un café para tomar mientras me preparo y otro para llevarme en el termo, tengo que despertarte con una taza humeante y una sesión de besos y, si se nos da bien la mañana y soy capaz de que no seas un tocapelotas al levantarte, quizás podamos tener una sonrisa en la cara hasta que nos volvamos a ver por la noche. —Me he acercado tanto a él, que creo que puede sentir cómo mi cuerpo tiembla.

—No llegarías a tiempo al trabajo. Si empiezo a besarte, no podré parar y me veré en la obligación de encerrarte en alguna de las cabañas que estén libres y no te dejaré salir en varios días. —Ahora es él quien se ha pegado a mí—. ¿Cuándo tienes vacaciones?

—Todo el mes de agosto. Antes hay mucho trabajo en la Finca.

—Resérvame tres días. —Me aparta un mechón de pelo de la cara y me mira como si fuese la primera vez que me ve de verdad.

—¿Solo tres días?

—Quiero mostrarte el atardecer más bonito y para ello necesito el primer día. El segundo lo dedicaré a disfrutar de tu cuerpo desnudo, a beberme el día en tu ombligo y a saborear la noche entre tus piernas.

Bueno, lo del primer día... bien, no está mal, pero con lo del segundo ya me ha convencido para empezar a hacer la maleta y esperar ansiosa esos tres días de agosto.

—Joder, y ¿qué dejas para el tercero?

—Haré que el tercero te dure todo el verano. Que me recuerdes cuando no esté a tu lado, que cuando no me veas sientas mis besos en tu nuca desnuda, que tus dedos sean los que recorran tu cuerpo recordando los caminos que hicieron los míos y que cuando te metas en la cama, sean mis ojos lo último que recuerdes antes de soñar con nuestros tres días en el paraíso.

—Agente Ramí...rez —sale un pequeño gallo de mi garganta a causa de la excitación que me producen sus palabras, tan precisas como placenteras—, está usted un poco crecido. Espero que luego tus actos no me desilusionen, porque me estás creando unas expectativas...

—Me comeré esas expectativas con patatitas, Aura.

El chico aparentemente tímido y que no liga, acaba de convertirse en un casanova de manual, que sabe qué decir, cómo y cuándo hacerlo. Y esto me genera cierta desconfianza sobre Leo. No quiero que me mienta, no lo quiero por una sencilla razón.

—Sería muy fácil enamorarme de ti, Leo.

Parece que el mundo se ha parado en este momento de un fuerte frenazo. Todo a nuestro alrededor se queda en silencio y Aura parece que ha sido congelada por algún creador de esta historia de amor de verano, que está escribiendo en su mesa mientras se fuma un cigarro satisfecho por esta última frase. Parece que está tejiendo los lazos de nuestros destinos y espero que no termine liándolos como esas luces de navidad que acaban en el fondo de una caja echas una maraña imposible de deshacer. Pero ¿qué te pasa, Leo? Habla, di algo inteligente y con algo de coherencia.

—Sería muy fácil quererte, Aura.

Si el mundo se ha parado con mi frase, con la de Leo ya ha explotado. El *Big Bang* al lado de lo que acaba de salir de nuestras bocas fue una *diminutez*.

—Leo, treinta y dos años, hay veces que no puedo controlar mi lengua, que decir lo que pienso me ha costado amigos, parejas y hasta familia. Me vuelves loco y no me ha pasado nunca antes. Es culpa tuya que de mi boca salgan palabras que hasta hace un mes no pensaba que era capaz de soltar. Joder. —Se pasa la mano por la boca y sonrío con esa puta sonrisa que me hace vibrar—. Aura, has conseguido que te diga que es fácil quererte.

—Has dicho que sería fácil.

—Es, sería. Solo son tiempos del mismo verbo.

Da igual un pasado o un presente, mientras el futuro se trace tan bonito

como se está dibujando esta noche. ¿Reconocer el miedo que me da todo lo que está pasando y la velocidad que está tomando? Decir no, sería mentir. ¿Reconocer que me muero por seguir conociéndole y descubrir la verdad de sus palabras y que es tan real como se vende? Decir no, sería mentir de nuevo.

—Voy a poner las cartas sobre la mesa. Ninguno de los dos queremos perder el tiempo. Sí, te compro tus tres días en el paraíso, pero antes quiero conocerte bien. Quiero saber qué odias y qué adoras; de qué equipo eres; si eres más de noche o de día; cómo te ves dentro de veinte años; quiero despertarme a tu lado y comprobar esos humos que tienes por la mañana; cocinar contigo, aunque no sepamos la receta. —Respiro con fuerza para llenar mis pulmones por completo para seguir—. Quiero saber cómo se te dan los adolescentes y los padres y los abuelos; si tienes hermanos; quién te rompió el corazón y por qué fue tan imbécil de dejarte escapar.

Sin darme cuenta estamos caminando alejándonos del gentío mientras nuestros dedos se rozan, como cogiendo fuerza y asomándose al precipicio del valor, sujetándose fuertemente al otro para saltar. He de reconocer que he perdido bastante la fe en el romanticismo y en las relaciones después de estos años. Sí, mis desastres han conseguido arrancar un poco esa parte de mí. Pero quiero sentir y creer que, si apuesto mi corazón a esta carta, al as de corazones que parece ser Leo, no voy a perder la cabeza, mi algo maltrecho corazón y la poca fe que me queda en esa enfermedad llamada amor.

—Te respondo todas esas preguntas y las mil que se te están pasando por la cabeza esta noche. Qué te parece si volvemos a la Finca, ahora que no hay nadie, nos ponemos cómodos en esa terraza, te cuento todos mis secretos y tú me cuentas los tuyos.

—No tengo secretos. Mi perfil en *Adopta* es lo más claro que hay sobre mí. Deberías leértelo y luego me haces todas las preguntas que te apetezcan. Prometo ser sincera.

Nos hemos alejado tanto de la orquesta, que sus voces resuenan a los lejos haciendo eco. Sacó mi móvil y accedo a la aplicación. Si no se lo enseño yo, seguro que le pica la curiosidad de tanto decírselo. Accedo a mi perfil.

—*Et voilà.* —Le ofrezco mi teléfono—. Lo creó una de mis adorables amigas, pero tuvo más huevos que yo. Aunque no me extraña que luego solo me...

—*Chis.* —Me manda callar mientras me arranca el móvil de la mano—. Me lo estás poniendo tan interesante que no quiero que me estropees la sorpresa. ¿O tendré que salir corriendo sin mirar atrás? —Me mira de una

forma tan intensa, que me hace desear no estar en medio de la nada y en medio de todo.

—Espero que no. No corro detrás de ningún hombre.

Me alejo de él, quiero darle la tranquilidad de no tener mi mirada inquisitoria sobre él a menos de un metro. La tiene, pero me he separado lo reglamentario para que esta farola no me enfoque de lleno la cara y entre las sombras no vea que, solo por unos segundos, me muero de vergüenza.

Ya he visto su perfil por encima. Deformación profesional, supongo. Si le añadimos el interés tan enorme que Aura suscita en mí y que soy muy meticuloso en todo...

—*Confieso que ya lo había buscado, Aura. —Me acerco a ella que se oculta entre las sombras—. Pero tu perfil no te hace justicia, lo siento.*

—*Lo hizo Raquel, ya empiezas a conocer su locura y su forma de actuar.*

—*Creo que es la más cuerda de vosotras.*

—*¿Tú sabes que ningún psicólogo está bien de la cabeza? Algún día te contaré cómo acabamos viendo las hogueras de San Juan en Alcalá y bañándonos en una playa de Gandía esa misma noche. —Se acerca a mí y veo su sonrisa—. No te fíes de su apariencia, podría derrocar un batallón con su sonrisa y mente maquiavélica.*

—*¿Tengo que avisar a Juanjo para que tenga cuidado?*

—*Creo que él ya lo sabe y es lo que le gusta. Pero siento decir que no van a llegar a nada más. No por ahora, no en este momento. Raquel sigue jodida por su divorcio y mucho va a tener que hacer tu amigo para que ella le vea como algo más que un tío con el que irse a tomar cervezas. —Levanta sus hombros y no pierde la sonrisa—. Quiero que ella sea feliz y ojalá Juanjo pueda encontrar dentro de esa Raquel a la chica que yo conozco bien. —Acorta el espacio que nos separa.*

—*Juanjo es muy buena gente, un poco imbécil cuando se lo propone, pero es uno de mis mejores amigos. —Doy un paso más en su dirección y nos encontramos frente a frente.*

—*Entonces si te rodeas de buena gente, eres buena gente. —Pega su boca a la mía.*

—*¿Tú eres buena gente?*

Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos sin movernos, sin decir nada más. Mi sonrisa acompaña a la suya, mi pulso comienza a

acelerarse al igual que el suyo y siento cómo su cuerpo se pega al mío.

—Yo reconozco ese culo, cómo olvidarlo.

La voz de un tío nos saca de este momento tan nuestro.

—La señorita Aura Miguel.

Esa voz sigue provocándome el mismo escalofrío que cuando iba al colegio. Han pasado muchos años, demasiados diría yo, como para seguir haciéndome sentir pequeña y cohibirme por ese tono de voz lleno de malas intenciones y ganas de hacer daño.

—Parece que tu culo ya no es tan grande o que tu cuerpo ha decidido alcanzarlo.

Cierro los ojos durante unos segundos y aprieto fuertemente mis manos que están aferradas a las de Leo. Parece que va a presenciar una regresión a mi adolescencia. Mi mirada se pierde justo detrás de él, en ese camino que la luz no ilumina lo suficiente y escucho en mi cabeza las burlas, los insultos y aquellas palabras que durante años me acompañaron.

La vaca que ríe, la zorra que no la chupa por un poco de popularidad, bollera, a la que nunca besarán, la que no tiene derecho a que la quieran, ballena, horco, gafotas, dientes de lata, machorra, zorra barata...

Resuenan tan atronadoras en mi cabeza, que es como si me las estuviese diciendo todas en este mismo instante. Suelto las manos de Leo, le miro a los ojos y veo que no comprende nada. Siento las mil preguntas en su mirada, pero niego con la cabeza.

—¿No vas a saludar a un antiguo compañero de colegio? Con todas las tardes que pasamos en clase de química.

Me doy la vuelta decidida a no dejarme empequeñecer por este gilipollas.

—Viéndote bien, estás bastante buena, mucho mejor que en el colegio. — Se le dibuja un gesto en la cara que me da asco—. Es que mira que te gustaba comer bollos. ¿Ahora eres más de comer pollas?

Echo la cabeza para atrás, miro al cielo, respiro y me pinto una gran sonrisa en la cara, la más grande que tengo en mi repertorio; me acerco a él lentamente.

—Él si quiere puede mirar. —Se lleva la mano a los pantalones y se suelta el botón.

—Alfonso Martínez de Heredia.

Me quedo delante de él y le observo, tanteo nuestro alrededor y compruebo que está solo. Pongo mis dedos en su pecho, jugueteo con su

camiseta y voy bajándolos por su estómago.

—Sí, nena, sabía que seguía siendo una zorra come pollas.

Me muerdo el labio, me pego a su cara y le agarro de los huevos retorciéndoselos, mientras con la otra mano le tapo la boca.

—Alfonso, solo te lo voy a decir una vez y espero que te quede muy claro. Ya no soy aquella niña atemorizada a la que maltratabais en clase a vuestro antojo. Poco queda de aquella chica a la que dejasteis atada a una farola del parque con las cadenas de las bicis en ropa interior, solo por el gusto de ver cómo lloraba y pedía clemencia. —Aprieto con más fuerza la mano y siento cómo se retuerce—. No queda nada de ella y tengo que daros las gracias. Aquellas vejaciones me han hecho ser como soy. Tú sigues siendo aquel polla corta que no era capaz de aprobar sin copiar, que no tenía amigos si no les pagaba en el recreo todo lo que compraban en la tienda y que se dedicaba a insultar a todas las chicas del colegio que pasaban de su cara. — Le suelto los huevos y le destapo la boca.

—Estás como una puta cabra.

—Sí y soy muy peligrosa. Tengo licencia de armas, hago pleno siempre en el centro de la diana en el campo de tiro y se ha quedado una noche más que perfecta para matar idiotas. —La rabia contenida de mi adolescencia sale a la luz—. No te deseo nada malo, pero ojalá algún día sepas el daño que nos causasteis a todas vuestras víctimas de *bullying*. Ojalá no lo vivas de cerca, que si tienes hijos no sean como tú, pero que tampoco les hagan lo que tú me hiciste. Porque ellos no tienen la culpa de tener un padre tan asquerosamente gilipollas como tú.

—Sigues siendo aquella niñata.

Pretende salir de aquí con todos los dientes y se me está haciendo tarea ardua que sea así.

—Por mucho color de pelo o vaqueros de marca, sigues siendo aquella chica que no tendrá su final feliz ni aunque lo pague. Siempre serás la zorra Miguel. Por cierto, ¿tu hermana cómo está? ¿Sigue llevándose esas palizas tan merecidas?

Lo siguiente que veo es a Alfonso en el suelo con la boca llena de sangre y siento un calambre terrible en la muñeca y en mi brazo. Le he reventado la boca y creo que hasta le he saltado dos dientes.

—Putra loca. —Escupe en el suelo y comprueba que hay sangre y un diente—. Se te va a caer el pelo, pienso denunciarte ahora mismo. Voy a llamar a la policía.

—No tendrás que hacerlo. Agente Ramírez, de la U.E.I. de la Guardia Civil. —Leo da un paso al frente y mira a Alfonso que sigue tendido en el suelo.

—Quiero interponer una denuncia.

—No, no es lo que quieres. Ahora mismo te vas a levantar del suelo, vas a agachar la cabeza y te vas a ir por donde no deberías haber venido.

—Pienso denunciaros ante la Guardia Civil.

—Corre, y saluda a Romero, que está hoy de guardia y pregúntale a ver qué tal lleva su hija el curso en el nuevo instituto, que la tuvieron que cambiar porque la acosaban. Seguro que está encantado de verte.

Alfonso no dice nada más, nos mira a los dos con dolor en sus ojos, el dolor que le he provocado apretándole tanto los huevos que me temo haberle provocado alguna torsión o como se llame. Que vaya a urgencias y explique lo que le ha pasado. Mañana tendremos comidilla en el pueblo a primera hora de la mañana.

—En mi defensa he de decir que...

—No, Aura, no pidas perdón por nada de lo que has hecho. Yo creo que no hubiese podido parar de pegarle. Saber que... —Tengo que respirar profundamente mientras observo cómo ese hijo de puta se aleja de nosotros profiriendo varios insultos—. No lo entiendo. No soy capaz de comprender cómo alguien puede hacerle eso a otro chico o chica y es algo que me aterroriza. Luna, la hija de Bosco, está en una edad muy complicada y en una situación por la que le puede pasar lo mismo. No sé si sabría afrontar que le suceda algo así.

—Todos podemos afrontarlo de una u otra manera, pero es mejor que ella sepa que no está sola si le sucede algo, que si hay un solo insulto, tiene que tener el valor de contarlo. Si va a más, denunciarlo. Yo no lo hice y pude haber acabado mal, muy mal. —Respira y se lleva la mano al pecho, como si le doliese, como si aún aquellos insultos la mataran por dentro—. Yo tengo miedo de que mi sobrino sea el que acose. Tengo que hablar con él. Mi sobrina me ha dicho algo que...

—Seguro que ha exagerado.

—No. —Se da la vuelta y me mira con tanto dolor en sus ojos, que siento una punzada en el corazón—. En estos temas nada es exagerado. Es mejor pecar de precavido, que enterarte de que tu sobrino, al que has criado y cuidado, al que has sacado de una casa llena de mierda...

Levanta una mano en el aire y niega con la cabeza. Parece que no está dispuesta a seguir hablando. Trato de sujetar su mano con las mías para tranquilizarla, pero las aparta.

—Tengo que...

Su voz suena débil y la sonrisa se ha desvanecido. Me duele tanto verla tan debilitada por las palabras de ese malnacido. Palabras y actos, Leo, no lo olvides.

—Aura, sé que no me conoces de nada, pero no pienso dejarte sola ahora mismo, aunque me lo pidas. ¿Quieres chillar? Aquí estoy para escuchar todo lo que tengas que gritar. ¿Quieres pegar? Te dejo mi pecho para que lo golpees hasta la extenuación. —De nuevo me acerco a ella para tomar sus manos entre las mías—. ¿Quieres llorar? Tengo toda la noche para limpiar esas lágrimas que no deberías derramar, pero que a veces son necesarias. Chillame, pégame y déjame ser el que termine esta noche sacándote una sonrisa, por muy dolorosa que sea. —Le agarro de la mano y me la llevo a los labios—. No eres de las que se hunden, pero esta noche, por un rato, seré quien te mantenga a flote, Aura.

—¿Por qué haces esto, Leo? ¿No es más fácil salir huyendo ahora que estás a tiempo? —Levanta su mirada y brilla, brilla demasiado.

—¿Y perderme todo lo que me tienes que enseñar? Ni de coña, Aura. Sería muy estúpido si por un pasado me fuese. Tal vez tú conozcas el mío y seas la que dejes de mirarme con tanta pasión. —Consigo que emita una pequeña carcajada casi inaudible.

—No te miro con pasión.

—Siento decirte que no controlas tu mirada. Cuando me ves, se te iluminan los ojos, tomas una gran bocanada de aire y tu pecho, joder, tu precioso y perfecto pecho, se eleva unos centímetros mostrándome un camino que quiero recorrer con besos.

Ahora sí que lo consigo, emite un gemido que no puede controlar cuando mi mano recorre su brazo, aprovechando para pegarla a mi cuerpo.

—¿Solo te gusto por mis tetas?

Entrecierra los ojos y trata de parecer ofendida, pero sé que sabe leerme muy bien, demasiado bien, me temo. Sabe perfectamente que, al referirme a su pecho, no hablo de las tetas ni de su escote. Quiero recorrerlo a besos, pero quiero saber lo que hay debajo de la piel, quiero saber si siempre va a erizarse de esta manera al besarla y saber si su corazón y el mío latirán en la misma sintonía algún día. Pero ¿te estás escuchando, Leo?

Pareces un poeta cada vez que hablas de Aura, tío moñas.

—Me gustas por tu cerebro, tus tetas son secundarias.

—Idiota. —Pega su frente en mi hombro y escucho un suspiro—. Emborracharme no es la solución, ¿verdad?

—Me temo que no.

—¿Y fumar un poco de marihuana?

—Voy a hacer que no he oído esto último.

—Anda ya. —Se aparta de mí—. Una cosa es que te dijese que soy Aura Emilia Escobar Gaviria —imita a la perfección a Pablo Escobar— y otra cosa es darle un par de caladas a un porro. —Se lleva dos dedos apretados a los labios imitando fumar una chustilla.

—No, sigo sin escuchar nada. —Paso un brazo por su hombro y comenzamos a caminar—. Imitas muy bien. ¿Algún otro talento oculto? —Le doy un trago a la cerveza que había dejado en el suelo.

—No sabes lo que hago con las pelotas de ping-pong.

Escupo todo lo que tengo en la boca y lo primero que se me viene a la mente es un Ping Pong Show tailandés.

Sé que este último apunte sobre mi habilidad con esas pequeñas pelotas blancas acaba de chamuscarle el cerebro. No habla, ha escupido su cerveza y tiene la mandíbula completamente desencajada.

—En serio, sácate esa imagen de tu cabeza. —Le miro de reojo y tiene los ojos muy abiertos—. Leo, no pienses que me meto diez pelotas de *ping-pong* y luego abro las piernas para explotar globos. Solo decía que hago malabares con pelotas en las manos.

—No lo estás arreglando. —Se acerca a mí, me agarra de las manos con una de las suyas y se las lleva a los labios—. Las tendré muy vigiladas. —Las besa y deja unos segundos de más los labios sobre mis nudillos—. Vamos a buscar a Zoe.

No dice nada más y tira de mi mano para volver a la orquesta, pero no hay rastro ni de mi hermana ni de Bosco. Raquel y Juanjo están en la barra sirviendo en el segundo turno. Me acerco a ellos sin soltar la mano de Leo.

—Raquel, ¿has visto a Zoe?

—La he visto hace un rato yendo a la Peña. —Raquel mira su reloj—. Aunque de eso ha pasado más de media hora.

—Se ha ido con Bosco y...

Juanjo se encuentra con mi mirada entre preocupada y dolorida por las

palabras de Alfonso.

—Estará bien, de eso estoy seguro. Bosco no permitiría que le pasase nada malo. —Juanjo sale de la barra y me agarra del brazo para apartarme de la barra—. Siento mucho lo de antes.

—No te preocupes. —Le aparto la mirada.

—Sí me preocupo. Soy de mecha corta, muy corta. Me enciendo si me tocan las pelotas y tú, Aura, sabes cómo tocármelas. Me caes bien, me gusta cómo eres y por supuesto eres el tipo de Leo, eres mi tipo. Si no fuese tan imbécil y si lo vuestro no fuese *Koi no yokan*...

He dejado de mirarle por un segundo y giro la cabeza porque no sé de qué habla.

—Lo siento, pero mi japonés no pasa de *sushi, maki, sake, wakame*...

—Es la sensación de que dos personas son perfectas para el otro. Es una palabra japonesa que no tiene una traducción a nuestro idioma. —Pone su mano en mi hombro y agacha la cabeza buscando mi mirada—. Cuando conoces a alguien y sientes que dos personas se enamorarán el uno del otro, sin remedio y en un futuro próximo.

No puedo evitar sonreír. No por lo que esa palabra significa, pero sí de que Juanjo me la explique. Tras esa pose de chulo se encuentra un tío que cree en los cuentos de hadas y en los finales felices.

—Así que sí, eres su tipo. No me tomes demasiado en serio cuando me pongo nervioso, pero tú ya has aplacado todo lo que me comía por dentro. —Su mirada se desvía unos segundos a Raquel que está sirviendo copas—. Tengo que olvidarme de tu amiga y centrarme en otra cosa.

—Siento haber soltado lo de antes. A veces me paso de graciosa o tratando de serlo. Conocerás a Raquel y sabrás cómo es y la mochila que lleva. —No quiero hablar más de la cuenta.

—Sí, me contó todo lo de su divorcio la semana pasada cuando fuimos a cenar. Sé que no lo ha pasado bien y yo no pienso ser el que le rompa el corazón, se aproveche de ella o la haga llorar, Aura. Somos amigos y creo que podemos ser muy buenos. Ella misma me ha dejado muy claro que no soy su tipo. Me ha llamado bocazas, chulo, cutre salchichero y varios adjetivos algo peyorativos. —Toma una bocanada de aire que se le entrecorta y sonrío—. A veces me los he ganado y otras creo que le pone ser mala conmigo.

—¿Has quedado con ella a solas? ¿Te ha contado todo su divorcio? ¿Todo?

Me extraña tanto que Raquel se haya abierto así a él, a un tío que acaba de

conocer y con el que habla como si fuese... En este momento me doy cuenta: habla con él como si fuese un amigo que no le juzga y que no ha vivido su dolor, con el que puede decir lo que piensa sin miedo a perder una amistad *proporcionada* por su exmarido.

—Sé lo que ella me ha querido contar. No he preguntado, no he querido ahondar en esa parte de su vida que apaga el brillo tan especial que tiene. — Se pasa una mano por la nuca y me sonrío de una forma tan sincera, dejando de lado su pose de tipo duro, que me desarma—. Sé que ella se merece un buen tío y que tal vez yo no sea...

—Juanjo, ¿te estás dando por vencido con Raquel?

—Aura, siento decirte que esto no es una película americana de esas románticas en la que un grupo de amigas conoce a un grupo de amigos y se enamoran todos, se pelean, algunos se casan, otros tienen un bebé y todos son felices con una gran canción positiva sonando al final, mientras aparece el atardecer más bonito de Nueva York fundiendo a negro.

Las manos de Juanjo están a dos centímetros de mi cara y se me está empezando a dibujar una sonrisa en la cara.

—No, Aura, lo mío con Raquel no es posible. Ni esta noche ni en un futuro cercano.

Juanjo me señala algo con la cabeza y cuando miro, veo a lo que se refiere. Raquel está tonteando con su *novio del pueblo*, Marc. Salieron juntos hace más de quince años y cuando ambos empezaron la universidad, cada uno tomó su camino. Marc se separó hace tres años y acaba de volver a vivir a Madrid. Veo cómo Raquel le sonrío, pone la mano sobre su hombro y... ¡Mierda, Raquel! ¿Qué cojones estás haciendo?

—Voy a... —Señala el bar y se aleja.

—Juanjo. —Le grito para que me escuche—. No sé si lo voy a usar bien, pero estoy segura de que acabarás siendo *Nakama*^[17].

Me sonrío, pero su mirada se pierde detrás de mí, dentro de la barra. Giro mi cuerpo para comprobar que Raquel está a punto de cometer una estupidez: Marc está listo para algo que no sea un polvo para olvidar su fracasado matrimonio y Raquel solo quiere sacar la mirada de Juanjo de su cabeza. Sé que si le pregunto por él la voy a lanzar a los brazos de Marc o de cualquier otro tío, así que cuando me mira saludo con la cabeza, hago una pregunta sin palabras con un gesto y ella me responde con una sonrisa, con un tono de pesar o de poco convencimiento. Solo espero que no se arrepienta de lo que está a punto de hacer.

Lo reconozco

Caminamos en silencio hasta la Peña y cuando estamos a punto de entrar, una de las chicas me avisa de que mi hermana no se encontraba demasiado bien y se ha ido a casa acompañada del rubio guapo con el que ha estado hablando toda la noche. Tiene que ser Bosco.

—Quédate tú si quieres, Leo. Ahora se pone interesante la orquesta y empieza la fiesta de verdad. —Le sonrío tratando de invitarle a divertirse y así hacer compañía a su amigo que parece que ha sido atropellado por el camión de la basura.

—Entre escoger una plaza abarrotada de jóvenes y no tan jóvenes, borrachos, brincando y empujándome coreando canciones que no me gustan demasiado, y tú... Te escojo a ti en cualquiera de las opciones que me des en un intento de deshacerte de mí.

No me ha soltado la mano en ningún momento desde que hemos vuelto de la regresión a mi adolescencia. Tomo aire, una gran bocanada que me llena los pulmones por completo y que me da tiempo para pensar que no, que no me quiero deshacer de él. Quiero saber que mi hermana está bien, ir con él a la Finca, tumbarnos en la terraza de mi antigua habitación, ver las estrellas, tal vez tener suerte de ver una fugaz y pedir un deseo mientras nuestras manos siguen buscándose toda la noche. Que me bese, que me de uno de esos besos que me haga temblar y encoger los dedos de los pies. Necesito que sus dedos recorran mi cuerpo y me haga sentir, que me quite esta estúpida idea de la cabeza que el imbécil de Alfonso ha conseguido que se me meta; que sí, que, aunque hayan pasado pocos días desde que nos conocemos, sí podemos ser algo más que dos extraños que se encuentran en un bar.

—No pienso dejarte sola esta noche, Aura. Aunque me lo pidas, no lo voy a hacer.

Tengo ganas de llorar, necesito soltar esta rabia que me empieza a consumir, pero Leo no se merece una escena al más puro estilo *Carrie* en el baile. Eso sería darle el gusto a Alfonso y conseguiría lo que buscaba: volver a hacerme daño. No se lo pienso permitir.

—Vamos a buscar a tu hermana para que te quedes tranquila.

Caminamos de nuevo en silencio, los grillos del campo nos acompañan en el camino y alguna pequeña luciérnaga parece iluminarnos el sendero que nos lleva a casa. De pequeña las observaba y pensaba que eran hadas que me daban la luz que necesitaba en los peores momentos. Sí, puede que fuese algo imaginativa con quince años –tal vez demasiado para esa edad–, pero soñar con hadas que te salvaran, era una forma de creer que el mundo –y las personas– era bueno o lo sería algún día conmigo. Por eso estudié Derecho: quería ser el hada madrina y hacer que alguien recuperase su vida gracias a mí.

—Si no sacas las llaves podemos estar aquí toda la noche.

Leo me saca de mi trance medio paranormal con el que he venido por el camino. Me mira como si estuviese loca o como si...

—¿He hablado sola mientras veníamos?

—Has comentado que las luciérnagas son hadas muy pequeñas que te iluminan el camino y que son mágicas.

—Joder, si no sabías que estoy como una puta cabra, esta noche te lo he dejado bastante claro.

Abro la verja y no hay rastro de mi hermana ni de Bosco. Busco en la cocina, en el salón, en las cabañas y hasta en la habitación de mi sobrina, pero no hay nadie. Saco mi móvil del vaquero y compruebo que tengo un mensaje suyo, al que respondo y recibo respuesta a los segundos.

Zoe

Vuelvo a casa con Bosco, no me apetece ser la comidilla de esta noche.

Vamos por el camino largo.

Aura

¿Estás bien? Me he encontrado con el cabrón de Alfonso, recién bautizado como picha torcida. Si te lo encuentras, pasa de todo lo que te diga. Por favor.

Zoe

¿Qué ha pasado?
Me deshago de Bosco y voy.
¿Dónde estás?
Como me lo cruce...

Aura

No te deshagas de Bosco de ninguna de las maneras, por favor, Zoe. ¿Tú le has visto? Que esos solo están en las series que vemos y tienes uno de carne y hueso a tu lado.
Estoy bien.

Sé que ahora mismo se está riendo y yo estoy haciendo lo mismo. Me he apoyado en el murete de la terraza de mi antigua habitación con la luz apagada. Observo el jardín y la luz tenue de la piscina da una atmosfera de tranquilidad que la Finca no suele tener. O de la que yo no suelo disfrutar. Siempre hay alguien correteando, trabajando, leyendo o caminando por aquí. Pocas veces puedo disfrutar del silencio que hay esta noche en la Finca. Aunque de lejos se oiga la orquesta, parece que estoy a muchos kilómetros de allí.

Aura se ha quedado en la terraza mientras escribía a su hermana. Lo sé porque esa sonrisa es la que pone cuando habla con ella. Ya conozco tres

sonrisas diferentes y las tres me tienen loco. Lo reconozco: Aura me vuelve loco y esto en mí es peligroso. No me dejó llevar por un momento de locura transitoria, pero ella me ha golpeado con fuerza, ha conseguido que vuelva a ilusionarme, a sentir cierto nerviosismo al saber que voy a verla y observarla en la oscuridad. Se pasa la mano por el cuello, agarra su pelo en una coleta que termina atándolo todo en un moño alto. Pone ambas manos en su espalda y se estira, se deshace de sus vaqueros, echa su cuerpo hacia atrás y suelta un pequeño gemido, mezcla de cansancio, dolor y preocupación. Me temo que también comienzo a distinguir sus gemidos.

No quiero asustarla, así que camino despacio, tratando de no hacer ruido, pero parece que me siente.

—Bienvenido a uno de mis rincones de la Finca. —Sigue estirando la espalda y tiene los ojos cerrados.

—¿Es necesario quitarse los pantalones para estar en tu pequeño paraíso?

—Bueno, siempre es mejor tener poca ropa para estar cómodos.

Pongo una de mis manos sobre su espalda y la otra en su estómago para comenzar un masaje que le alivie el dolor. Su cuerpo reacciona de la manera que me gusta. Se encoje unos segundos, su espalda se arquea y su culo, su jodidamente perfecto culo —haya dicho ese imbécil lo que se le ha puesto en la punta de la polla— se pega a mí.

—Señor, que manos. Podría acostumbrarme a uno de estos todas las noches. —Lo dice entre gemidos y me parece lo más excitante que he sentido nunca.

—Yo me podría acostumbrar a ti y a esto.

Aura se da la vuelta entre mis manos y sonríe.

—Qué fácil me lo pones, Leo.

—¿Fácil? Soy de todo menos fácil, Aura. —Tomo aire y veo cómo su cara se relaja.

—Me refiero al hecho de que dices lo que quieres decir sin miedo a que yo me sorprenda.

—Tú haces lo mismo. Creo que estamos los dos en el mismo punto de la vida: tú me has dicho que no tienes tiempo que perder y yo no quiero hacerlo. Me parece que los dos tenemos un bagaje que tal vez esta noche confesemos. —Siento cómo mi cuerpo se balancea al son de una canción de las que escuchamos en el famoso concierto de Marwan que tanto me descubrió. Puede que solo suene en mi cabeza y no forme parte de la

orquesta.

—Creo que mi madre ha dejado tarta de queso con arándanos en la nevera. Yo me encargo de subirla con un tenedor y tú organizas un poco esta terraza para que confesarnos no sea un simple acto de soltar palabras sin sentido.

Me besa en la mejilla y sonrío al salir de la terraza.

¿Qué quiere que haga yo ahora?

¿Qué se supone que tengo que organizar?

Saco la tarta de la nevera, cojo un par de tenedores y dos botellas de agua. Necesito beber algo que no lleve alcohol o acabaré confesándole a Leo mis más oscuros y sucios secretos. Aunque, pensándolo bien, mi secreto más oscuro es que me gusta beberme el café, aunque se quede frío media hora después de ponérmelo, que suelo rebañar con el dedo el bote de *Nutella* cuando ya no hay más y que a final de mes suelo cenar varios días una lata de atún. Vale, son tres secretos, pero no creo que sean tan oscuros.

Al subir a la habitación veo que Leo está extendiendo una manta en el suelo y coloca encima los pequeños colchones de las hamacas; ha encendido las luces que mi padre le ha colgado a Laura en la pared y por el suelo hay unas velas que alumbran un poco la terraza. Me acerco despacio, saboreando el perfil que me deja ver la poca luz que hay: su nariz angulosa y justo debajo esos labios tan perfectos, los que, por cierto, aún no he besado hoy.

¿En qué piensas, Aura? No dejes para mañana los besos que puedas dar esta noche.

Dejo la tarta sobre la pequeña mesa hecha con una caja al lado de Leo y le agarro de la barbilla.

—Si siempre vas a seguir al pie de la letra mis peticiones, vas a tener un problema conmigo. —Me muerdo el labio ocultando una sonrisa mientras me agacho.

—¿Tú me vas a dar problemas?

—Si sigues haciendo cosas así, me temo que sí. —Me acerco a sus labios —. No puedes ser tan bueno, Leo. Venga, comienza a soltar por esa boquita cuáles son tus pecados.

—¿Has pensado que si te los cuento puedo dejar de gustarte tanto?

—Qué creído te lo tienes, Leo. —Niego con la cabeza y voy a ponerme en pie, pero tira de mi mano y acabo sobre la colchoneta con él encima.

—Dime que no te gusto y me iré de aquí ahora mismo, bajaré y me comeré

esta tarta entera llorando porque la chica más guapa que he conocido me ha dado calabazas. —Su boca está muy cerca de la mía, su cuerpo está pegando al mío y mis piernas —qué listas son ellas— se enroscan alrededor de su cintura, pegando más su pelvis a la mía.

—Leo, eres el tío más raro al que he conocido en mi vida.

Pone una cara extraña, como si no le molestase que le llame raro a la cara, pero sí que le sorprende que lo haga. Es una mezcla extraña que me hace sonreír.

Me hace vibrar.

Me hace querer arrancarle a la noche los minutos a besos.

Me hace querer más.

Y más, a veces, es peligroso.

—Sé que no mientes cuando hablas, después de tantos mentirosos en mi vida, los reconozco. También sé que estás herido, no sé cómo ni cuándo fue, pero los que estamos heridos nos reconocemos. —Pongo mis manos en sus mejillas y sonrío—. No tratas de ser especial y eres lo más jodidamente especial que he conocido en toda mi vida. ¿A las doce desapareces?

—No si no quieres que me vaya. —Roza su nariz con la mía y aspiro su aroma. Es un olor muy especial que me encanta.

—Ni loca, Leo. Quiero conocerte y saber que no eres un espejismo que me he creado, que estoy loca y que todo esto no es más que una alucinación por las pastillas del manicomio. —Sonrío sabiendo que estoy hablando de más, malditos ron cola—. Te habrán avisado de que soy peligrosa.

—Soy adicto al peligro, Aura. Estoy muy seguro de que vas a ser mi próxima adicción. —Me da un beso en la punta de la nariz mientras sus brazos siguen tensos a ambos lados de mi cara—. Eres adrenalina pura, Aura.

—¿Te produzco taquicardias o me necesitas para acelerarte el pulso?

Se pasa la lengua por los labios y quiero besarle, quiero pasarme el resto de la noche —o de la vida, ya si eso lo decido mañana con el segundo café y pasando la resaca— haciéndolo y no dejar un rincón de su cuerpo por recorrer con mis manos.

—Haces que me suden las manos cuando te acercas, mis neuronas se atascan, se pelean entre ellas para que no parezca idiota al hablar, pero me fallan. Las malditas han aprendido a dejarme en evidencia.

Suspira y a mí se me escapa una gran carcajada a la que se une Leo a los segundos.

No sé qué tiene o qué es esto que tenemos o no tenemos, pero me gusta.

Me encanta cómo me hace sentir sin decir nada, cómo consigue hacerme reír con su humor sarcástico y lleno de ironía, que muchas veces creo que no controla. Se deja llevar, dice lo que piensa y eso consigue que tenga esas ganas de volver a verle. Sí, que besa muy bien y en la cama somos bastante cojonudos —que, aunque solo hayamos pasado unas horas en mi piso, pienso corroborarlo esta noche—, pero me temo que somos algo más que una noche de pasión.

—Eres adorable, Leo, a veces demasiado.

No dejo que responda a mi frase y me lanzo contra su boca, le tiemblan los brazos y cae sobre mí rodando por la manta hasta dejarme sobre él. Apoyo mis manos en el suelo para evitar dejar caer todo mi peso sobre él. Leo pega su pelvis contra mi entrepierna mientras su lengua se abre paso entre mis labios.

Me retuerzo.

Le beso con más ganas.

Se retuerce.

Me besa superando mis ganas.

A ganas no nos gana nadie.

Nos comenzamos a mover y me sobra toda su ropa y la poca que me queda a mí. Siento sus manos nerviosas tratando de deshacerse de mi camisa, pero no lo consigue. Sonríe contra su boca y me siento a horcajadas sobre él.

Se pasa los dedos por los botones de la camisa y comienza a desabrocharlos con lentitud, permitiéndome saborear cada movimiento. No deja de mirarme a los ojos, es algo que me gusta, que me encanta. Su respiración sigue agitada por nuestro beso con el que casi no somos capaces de parar.

—Leo... —Niega con la cabeza un par de veces, como si le diese miedo seguir hablando—. Siento decírtelo así y me jode en el alma tener que hacerlo, pero no vamos a pasar de cuatro besos y algún que otro rozamiento por encima de la ropa. Es la habitación de mi sobrina y no puedo hacer lo que se me está pasando por la cabeza.

Se muerde el labio, cierra los ojos, su espalda se arquea... me lo está poniendo muy complicado. Sí, hasta si ahora me recita la alineación de la Roja del ochenta y seis, tal y como ha hecho con el bocata de calamares, sin gustarme el fútbol me excitaría.

—No necesito hacerte el amor, Aura.

No sé si me resulta más raro que me diga que no lo necesita o que diga hacer el amor. Creo que la última vez que escuché esta frase estaba saliendo con Joaquín y acto seguido recuerdo que se empezó a reír porque le parecía la forma más cursi y estúpida de decirlo.

—Vale, me explico fatal cuando tengo que hacerlo bien. No es que no lo necesite, que me muero por recorrer de nuevo tu cuerpo. —Aprovecho para subir mis manos por sus piernas—. Comprobar cómo tus ojos brillan cuando te excitas o cómo tu boca se abre y te muerdes el labio inferior cuando estás a punto de correrte. —Mis manos están aferradas a su culo y la pego a mí—. Cielo, no tienes la más mínima idea de lo que tus jadeos provocan en mi cuerpo.

Subo mis manos por su espalda, me incorporo poco a poco, mis pulgares rozan la parte baja de su pecho y siento cómo su cuerpo se estremece con el roce. Se muerde el labio, sus ojos se cierran y sus caderas se presionan contra mi entrepierna que está a punto de explotar. Siendo sincero, le arrancaríamos la camisa, estas bragas de encaje negro que lleva y lo de hacer el amor lo dejaríamos para otro día. En este momento quiero ser visceral con ella, sentir cómo se retuerce si le beso el cuello o ver cómo sus ojos no se cierran cuando, por fin, el deseo nos consume a los dos.

Me gusta lo que me hace sentir.

Me gusta lo que siente cuando acaricio su cuerpo.

Me gusta Aura, lo reconozco.

Me gusta lo que me transmite cuando me mira.

Me gusta lo que sus ojos me prometen.

Me gusta Leo, lo reconozco.

Miedo

Leo sonrío, me lee la mente, lo sé, sé que sabe que me gusta, pero yo también sé que le gusto. Si jugamos, jugamos los dos con la misma mano de cartas.

—¿Qué se te está pasando por la cabeza?

Juguetea con sus pulgares justo debajo de mis tetas y me obliga a encoger los dedos de los pies y a tener la cabeza fría —o al menos más fría que mi sexo—.

—Que me comería ahora mismo un sándwich de jamón y queso y después la tarta. —Me paso la lengua por los labios saboreándolo—. Lo acompañaría de una botella de agua fresquita y luego seguiría toda la noche comiéndote a besos. —Agarro su camiseta y le acerco a mi boca—. Y matándote a polvos. En ese orden exactamente.

—¿Tienes suficiente queso?

Ataca mi boca sin ningún tipo de piedad, no sé si espera encontrar el queso dentro de ella o que le parece una idea estupenda lo de matarle a polvos tras comernos un delicioso sándwich.

Mientras busco un poco de pan de centeno en la enorme despensa que mi hermana acaba de montar en la cocina, observo a Leo de reojo. Revisa las puertas con la mirada y, cuando cree que no le estoy viendo, comprueba que el pestillo está echado, que las bisagras están enteras, que no han marcado la puerta por ninguna parte y hasta creo que comprueba de qué calidad son los cristales. Niego con la cabeza mientras salgo con el pan y el queso en las manos.

—Doble acristalamiento *Climalit plus* con un vidrio de última generación de aislamiento térmico reforzado *Planistar one* y un vidrio de seguridad *Stadip silencie* con *PVB* acústico, separados por una cámara de aire, instalado en marco de ventana de PVC.

Mientras le digo palabra por palabra lo que acabo de leer en la web oficial de la marca de los cristales, Leo se da la vuelta con los ojos muy

abiertos. Sí, tengo una memoria privilegiada y fotográfica. Yo era un genio de pequeña, pero me echaron a perder en el colegio. Leo niega con la cabeza con los labios entreabiertos.

—¿Te gusta provocarme?

—No sabes cuánto, agente Ramírez.

Siento cómo un escalofrío me recorre el cuerpo al imaginármelo de agente, con sus pantalones cargo, las botas, una camiseta verde ajustada...

—Pero no tienes ni puñetera idea de cuánto. —Le agarro como puedo con mi mano libre las mejillas y las estrujo, obligándole a poner morros de pato—. Porque necesito meterme algo en el cuerpo comestible y no... —Levanto una ceja y le miro sin ningún tipo de pudor el paquete—. Que no digo que lo tuyo no sea una excelente opción, pero meterla entre pan y pan y echarla a la sartén como que no.

—Eres un caso.

—Perdido, lo sé, pero acabarás coladito hasta los huesos y no sabrás cómo has vivido tanto tiempo sin mí, no me dejarás escapar y nos mudaremos a Almería; viviremos en una furgó remodelada con pocos objetos, pero muchos recuerdos. —Le doy un fugaz beso en los labios. Sé que es así porque se queda con la cabeza adelanta unos centímetros y reclamándome con un sonido —bastante dulce, todo hay que decirlo— más.

—¿Eres vidente?

—Soy buena viendo lo que le depara la vida a los demás, pero conmigo tengo menos aciertos que en una quiniela checa. —Enciendo el fuego y comienzo a poner un poco de mantequilla en las tostadas.

—Eso es que no has conocido a tu chico.

—Por eso llegaste tú con cara de «¿Qué coño hago en este maldito bar en el que no hay más que niñatos borrachos y mi primo metiendo fichas a menores, cuando podría estar en la sierra disfrutando de una lluvia de estrellas a las dos de la madrugada?». —Me doy la vuelta y le sonrío como si me supiese ganadora de algo.

—¿Sabes la primera impresión que me diste?

Esto te pasa por jugar, Aura, ahora apechuga.

—No puede ser nada peor de lo que me han dicho en alguna de mis citas.

—Cuando nuestras miradas se encontraron sentí que las cosas pasan por una razón. Aquella noche no quería ni por asomo acabar en La Latina, pero tú y la vida de tus ojos, me hicieron comprender que el destino nos tiene preparadas muchas sorpresas. —Se sienta en la encimera al lado de los fuegos

sin dejar de mirarme—. Hay veces que es cabrón, muy cabrón, porque si nos hubiésemos conocido hace varios años, ahora mismo estaríamos viviendo juntos, sabríamos todo el uno del otro y, tal vez, hasta nos hubiésemos casado al atardecer en la Finca.

Dejo el pan en la plancha para que se tueste y le miro mientras niego con la cabeza.

—¿Y si no soy de las que quieren vestirse de princesa y tener una gran fiesta? ¿Y si me obligaron a dejar de creer en el matrimonio, el respeto y un poco en el amor?

Niego con la cabeza al pronunciar estas palabras.

No dice nada más y suelta todo el aire. Parece que no lo había reconocido nunca o no lo había dicho en alto. Agarra el bajo de su camisa, juguetea con él, levanta un hombro, niega con la cabeza y hace un gesto tan tierno y dulce con su cara, que me bajo de la encimera y la abrazo.

—Puede que no quieras una boda por todo lo alto, pero no me digas que has dejado de creer en el amor, porque me partirás el corazón, Aura. — Sujeto firmemente sus mejillas entre mis manos—. No puedo prometerte amor eterno ahora mismo, no es que no vaya a ser, pero no es ahora. Lo que sí te prometo son noches en las que jamás derramarás una lágrima y días con los que volverás a creer que el amor existe y está al alcance de tu mano. Si lo nuestro no llega al fin que ambos deseamos, al menos déjame ser ese chico al que recordarás el día que te vistas de blanco y recorras un pasillo lleno de farolillos hacia un altar improvisado, donde Raquel oficiará una boda preciosa. —Me duele decirle que puede que no sea ese hombre que termine siendo su marido—. Si yo no soy el que te da su alma y un gran «Sí, quiero», al menos seré el hombre que te hizo recordar y creer que el amor es bueno, bonito y de verdad. Pase lo que pase en la vida, el amor sí es para ti, Aura.

—No es que no quiera creer, quiero, con todas mis fuerzas, pero no sé si creo que el matrimonio sea algo válido para mí. Mi her...

Su mirada se pierde en la plancha. Niega con la cabeza, me sonrío y hace un gesto como si no quisiera seguir hablando de ello.

Y no dice nada más hasta que deja un par de platos en la encimera y comienza a comerse el borde del sándwich con los dedos, aunque el queso abraza.

Comenzamos a escuchar la música que hace un rato Aura ha puesto y ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que seguía sonando. Me sorprende al escuchar una canción que llevaba muchos años sin tener en mis listas de reproducción: [This Ain't A Love Song^{\[18\]}](#) de Bon Jovi pone fin a mi promesa de hace unos minutos a Aura. Ella, con demasiada tristeza en sus ojos ahora mismo, sigue tirando de la corteza del pan y llevándose pequeños pellizcos a la boca. Parece que está repasando mentalmente lo que decir o mandándose callar.

—Aura...

—Shhh. —Se lleva un dedo a la boca—. Creo que viene alguien.

Miramos por la ventana y se encienden las pequeñas luces de uno de los caminos: Bosco y Zoe aparecen agarrados de la mano y veo una pequeña, tímida y tierna sonrisa en la boca de Zoe.

—Fue jodido, muy jodido, Bosco. Casi acaba conmigo, con mis hijos, con mi familia y con mi hermana.

—Será mejor que nos vayamos. —Aura me sujeta de la mano impidiéndomelo.

—Salgamos por donde lo hagamos, nos van a ver. Así que aquí hasta que se digan hasta mañana. —Su voz es un susurro ahogado en su garganta. No sé si tiene miedo de lo que pase entre su hermana y Bosco o de lo que se digan.

—Recuerdo aquel día perfectamente. Bueno, recuerdo todos los días, por desgracia.

Aura no quiere mirar por la ventana, pero mis ojos están clavados en la cara de su hermana. Zoe tiene los ojos hinchados y parece haber estado llorando. Bosco le ha puesto su cazadora por los hombros y no le suelta la mano. Se la lleva a la boca, la besa, Zoe responde con un asentimiento con la cabeza y con otra sonrisa. Van tres en diez segundos. ¿Qué ha pasado entre ellos dos?

Aura ha dejado el sándwich.

Se ha perdido en las baldosas amarillas de esta parte de la cocina.

Aura está demasiado lejos ahora mismo.

—Lo siento, siento que hayas tenido que vivir esa pesadilla. —Bosco niega con la cabeza, aprieta una mano escondida en su espalda y sé que quiere matar a quien haya hecho daño a Zoe.

—Lo vi venir, en mi mente se dibujó el peor de los finales, pero no quise crearme a mí misma. Quise pensar que no, que no pasaría de un grito a

deshoras por no tener la comida lista a tiempo o un mal gesto con sus amigos o un comentario machista que trataba de encubrir con un halago posterior. —Zoe niega con la cabeza—. Pero aquel día... Tuve la culpa de todo lo que sucedió.

—Jamás digas eso, Zoe. No tuviste la culpa de nada.

—Sí, Bosco —agarra la barbilla de mi amigo y veo cómo le duele lo que está contando—, hablé con mi hermana aquella mañana diciéndole que algo no iba bien, que David, el hombre con el que me había casado y con el que tenía dos hijos, se había convertido en un monstruo que iba a acabar con toda la familia. —Toma todo el aire que puede y compruebo que está dispuesta a vaciar su mochila—. Aura fue a casa sin pensar en lo que podía pasar. Hizo unas bolsas con ropa para mis hijos, buscó mi pasaporte y unos papeles que tenía guardados a buen recaudo en nuestra habitación y comenzó a preparar mi maleta; necesitábamos salir de allí lo antes posible, pero no fuimos lo suficientemente rápidas. David llegó media hora después que mi hermana, con más alcohol que su cuerpo solía tolerar y droga que acababa de meterse en el ascensor.

Aura tiembla. Siento cómo su cuerpo comienza a temblar, cómo se pega contra la pared y niega con la cabeza.

—David se volvió loco cuando entró en casa y vio a los niños con sus bolsas en el salón. Agarró con mucha fuerza a Laura del brazo y la lanzó al sofá, con tan mala suerte que cayó por encima y se golpeó con la frente en el suelo, de ahí esa cicatriz que trata de ocultar con su flequillo. Mi hijo salió a defender a su hermana y acabó con una bofetada que le hizo caer también, partiéndose el labio contra la encimera de la mesa de centro. David se fue a la cocina, escuchamos cómo abría cajones y rebuscaba, Aura levantó a mis sobrinos y les obligó a salir de casa, fue a la habitación a recoger mi maleta, pero David encaminó el pasillo de casa con un cuchillo Kai Shun de chef de los que usaba en el restaurante en la mano. Tenía... tiene mucha maña con los cuchillos y se lo pasaba de mano en mano tratando de atemorizarnos: conmigo lo consiguió, pero no con Aura.

Busco los ojos de Aura, me sitúo delante de ella, tomo con suavidad su barbilla con dos dedos y la levanto con cuidado. Necesito que me mire, que me niegue con la cabeza lo que por mi mente se está pasando.

—Me paralicé, el miedo me paralizó y no era capaz de mover un solo músculo. Supe que iba a morir, que mi marido, el que me prometió amor eterno en nuestra preciosa boda, el que me dio los mejores regalos de mi

vida, iba a acabar conmigo en aquel pasillo, que luego lo haría con mi hermana y que mis hijos serían testigos de la masacre. David empuñó con fuerza el cuchillo, vi la hoja acercándose y lo siguiente que sentí fue un fuerte golpe contra la pared del salón. Aura me empujó y David le clavó el cuchillo con fuerza en su cintura, justo debajo de las costillas. Recuerdo su grito desgarrador que alertó a mi hijo que apareció a mi lado. Aura gritó que se fuera, que cogiera a su hermana y a mí, y nos fuésemos de casa. Aura, sacó fuerzas de no sé dónde y, en un acto de estupidez supina, se sacó el cuchillo y se lo clavó a David.

Aura abre los ojos, se encuentra con los míos, brillan, tienen lágrimas abriéndose paso en ellos y cayendo por sus mejillas. Niego, niego con la cabeza, no me lo puedo creer, no puedo creer que pasase eso. Aura afirma con la cabeza, agarra mi mano, la mete por debajo de la camisa y mis dedos acarician una cicatriz que no me he dado cuenta de que tenía. Es de unos ocho o nueve centímetros. Niego con la cabeza de nuevo y siento tanta rabia en mi interior, que mi cuerpo lo traduce en lágrimas. A Aura parece que no le llega el suficiente aire o que sus pulmones no son capaces de trabajar a la velocidad que está respirando. Abarco con mi mano su cintura, como si quisiera borrar la cicatriz, como si pudiese eliminar el dolor. Me agacho delante de ella, levanto la camisa y la veo: está oculta bajo un tatuaje, una palabra, tinta que ha tratado de atenuar el dolor: resiliencia. Aura sabe perfectamente cómo adaptarse a situaciones adversas, su hermana acaba de demostrarme que tengo delante a una mujer que lucha con su vida por los que quiere.

No dice nada, me agarra de la mano y aprovechamos que Bosco y Zoe caminan por un lateral de la Finca, para salir de la cocina. No me suelta y subimos las escaleras hacia las habitaciones, pero en vez de parar en la de su sobrina, seguimos subiendo a una pequeña azotea en la que hay un estudio con un sofá y una pequeña terraza.

No ha dicho nada, pero no me mira, no sé si sigue llorando, si sus recuerdos han hecho que se aleje de mí o si... Por supuesto, este es su motivo por el que el matrimonio para ella es la mentira más grande jamás contada.

No me había imaginado que Leo se enterase así de todo. Me mira como si me fuera a romper, lo veo por el espejo del estudio. Este sí es el rincón más especial de toda la casa o al menos mi refugio. Siento sus manos en mi cintura

pidiéndome que me dé la vuelta, que le mire, que le deje mirarme y acariciarme. Sus manos parecen que piden perdón por el dolor del pasado, por el daño que me hicieron otras y tratan de curar ese miedo que sigue en alguna parte de mi cerebro.

Sí, no lo suelo reconocer, pero tengo miedo.

Miedo a que vuelva pasar lo mismo con Zoe.

Miedo a que me suceda a mí con el primero del que me enamore de verdad... y es que Leo tiene demasiadas papeletas para ser ese tío del que me pille.

Quiero borrar todo rastro de dolor de su cuerpo y, si me lo permite, quiero que sienta lo que es la tranquilidad de estar rodeada por unos brazos que jamás le van a hacer daño. Ya sé que jamás es mucho tiempo, pero tengo claro que no quiero que sufra ni ser yo quien le haga derramar lágrimas. Ahora sí, quiero hacerle el amor de verdad, borrar todo lo malo que ha pasado en su vida, los desastres que se acumulan a un lado de su corazón y, que, si no pongo remedio, alguno acabará ocupando el lugar que me lleva esperando demasiado tiempo. Doy dos pasos y me pongo frente a ella, mis manos buscan su cintura por debajo de la camisa y hago una mínima presión pidiéndole que, si quiere, se dé la vuelta. Accede, Aura se gira y me encuentro de nuevo con sus ojos, que brillan y no de la manera que me gusta. Necesito estrecharla entre mis brazos, besar cada rincón de su cuerpo, que nuestra historia sea buena, que sea de las que hacen sonreír, arrojarnos al vacío sin miedo y que se aferre a mi mano y que...

Perdido, Leo, estás perdido.

Comienzo a soltar los botones de su camisa y ella me lo permite, no me niega, no reniega de mis manos y respiro tranquilo. Suelto el último botón, escurro la tela por sus hombros y la dejo caer al suelo. La observo, busco el tatuaje, recorro la cicatriz con mis dedos de nuevo, suavemente, como si tratase en vano de que desaparezca de su piel, que no hubiese tenido que tatuarse la misma palabra que llevo yo en un costado: hasta en esto coincidimos.

—¿Dónde has estado toda mi vida, Aura?

Equivocándome y buscándote en otros brazos, Leo.

Supongo.

No lo sé.

No sé cuál es el motivo para que ahora el destino haya decidido ponerte en mi vida, Leo. No la he controlado nunca y ahora mucho menos.

Está arrodillado delante de mí.

Estoy medio desnuda.

Sus dedos recorren de nuevo la cicatriz. Sé que quiere borrar el dolor, pero es algo que solo el tiempo podrá hacer y creo que, si Leo y Bosco juegan bien sus cartas, nuestro dolor, el de Zoe y el mío, terminarán por esfumarse a la vez.

Se deshace de mi ropa interior, de lo poco que llevo puesto, él hace lo mismo y se queda desnudo ante mí, como si me estuviese mostrando su verdadero yo, sin artificios, sin mentiras, sin posibilidad de esconder nada ninguno de los dos.

—No puedo prometerte que no volverás a llorar ningún día del resto de tu vida, pero yo no seré uno de los motivos ni te daré ninguno, Aura. —Abre sus manos que descansan a ambos lados de su cuerpo—. Me encantaría prometerte tantas cosas... Haré que nuestra historia comience con buenos momentos, que tengas bonitos recuerdos de este verano; en otoño, si me dejas, te llevaré a un hotel muy especial en Las Bardenas Reales en Navarra, donde pondremos nuevos nombres a las estrellas por la noche; en invierno, si aún no me has mandado a paseo, te llevaré a un pequeño pueblo en la montaña en Asturias donde no hay cobertura, no hay internet, solo hay nieve, cabañas con chimenea y muchos besos. La primavera del año que viene, te enseñaré los amaneceres más bonitos de la sierra madrileña; y el verano que viene, celebraré por todo lo alto que un año atrás conocí a la mujer más valiente, fuerte, preciosa y decidida del planeta, daré las gracias a la vida por permitirme seguir a tu lado y te besaré hasta llegar de nuevo a otoño y comprobaremos que, por muy mal que pinte la cosa, somos lo suficientemente fuertes como para superar cualquier adversidad.

Cada palabra la acompaña de un nuevo paso acercándose a mí, agarrando mi mano y llevándosela a un costado con la última frase. Observo dónde la coloca y sonrío.

—¿Dónde has estado toda mi vida, Leo?

Los próximos cien años

Su cuerpo acaricia el mío.

Mi cuerpo se estremece con cada caricia.

Ahora mismo, bajo este techo y con Leo mirándome de esta manera, podría firmar sentirme así los próximos cien años.

¿Que suena a mucho tiempo?

Si me siento de esta manera...

Si Leo me sigue mirando así y tocando de esta forma...

Y si todo fuese tan fácil como parece ahora mismo...

Estaría loca si no firmase por cien más.

—Leo, no sé si ahora mismo haces esto por que te da lástima el retrato que mi hermana ha dibujado de aquella noche. —Cierro unos segundos los ojos y me temo que su respuesta sea un sí—. Pero quiero que seamos sinceros en todo momento. Que me beses porque te apetece, no por pena; que me acaricies porque lo necesitas, no por lástima; y que hagas que de nuevo mi cuerpo vibre con el tuyo porque es lo único que quieres hacer ahora mismo.

—No quiero que tengas ninguna duda —mientras habla me agarra de las mejillas y sus pulgares acarician mis labios—, Aura. Si estoy aquí desnudo delante de ti no es por pena. Quiero besarte hasta que perdamos el sentido, así que... cállate y hazme sentir.

Lo comprendo, comprendo que se sienta extraña tras haberme enterado de lo que ocurrió aquella maldita noche. Pero ahora no quiero que su mente vuelva a aquella casa, bueno, más bien quiero sacarla de aquella noche a base de besos, caricias y momentos únicos que le hagan sentir que estoy por y para ella.

Mis dedos comienzan un camino ascendente por su cintura, siguiendo las curvas de su cuerpo, pasando por su pecho y llegando a su cuello. No deja de mirarme a los ojos y comienzan a brillar de nuevo de la forma que me gusta.

—Eres la mujer más sexy que he conocido en mi vida.

—Eso se lo dirás a todas. —Aprovecha para pegarse a mí y comienza un vaivén de su cuerpo contra el mío.

—No. No tienes ni idea de lo que tu mirada transmite, lo que tu sonrisa me provoca y lo que tus besos consiguen. —Bajo mis manos por su espalda y aprovecho para agarrar con fuerza su culo, obligándola a abrir un poco las piernas.

—Vas a joderte la espalda.

—Tengo en mente joder algo más.

A Aura se le escapa una gran carcajada. No, no ha sonado bien. Ni siquiera pretendía decirlo en alto, pero con ella actúo por impulsos y, por primera vez en mi vida, creo que es lo más adecuado. Ya tendremos vejez para arrepentirnos por decir lo más inapropiado y por hacer lo menos esperado.

—¿Y qué vas a joder, agente Ramírez? —Aura me pide con la mirada que la deje en el suelo.

—No quiero sonar demasiado soez, Aura. No me hagas decir algo de lo que me arrepentiré en cuánto salga de mi boca.

Se muerde el labio, se aferra fuertemente a mi cuello cuando su cuerpo se topa contra el escritorio, enrosca sus piernas en mi cintura, pega su pelvis a la mía, la mueve un par de veces y se acerca a mi oído.

—Jódeme, agente Ramírez.

Se suelta de mi cuello cuando está sentada en el escritorio, apoya las palmas de sus manos encima, levanta los hombros y hace un gesto de: «Vamos, Ramírez, mucho ruido y pocas nueces veo yo aquí».

Y como si nunca antes nos hubiésemos besado ni acariciado ni sentido, los dos estallamos en mil pedazos cada vez que un orgasmo se asoma a nuestros cuerpos. No es solo cuando llega, es el momento anterior en el que sientes que vas a perder la cabeza, que no puedes más, que tu cuerpo quiere explotar y de tu garganta están a punto de salir gemidos que alertarán a la base de Torrejón, pero no quieres que acabe. Necesito sentir, hacer y dejarme hacer; besar y recorrer su cuerpo con mis manos, mi lengua y mi piel. Esto no es solo deseo —que sí, que es bestial—, esto va más allá y justo en el momento en que mi cuerpo se mueve buscando nuestro orgasmo, cuando nuestras bocas están a menos de un centímetro, le miro a los ojos y lo veo. Mi peor error y mayor desastre puedo ser yo misma si no manejo bien lo que Leo provoca en mí. Quiero que salga bien, que no sea yo quien joda esto que tenemos, lo que

nos hacemos sentir –porque sí, él siente, así me lo dicen sus labios y sus gruñidos cada vez que dejo de besarle– y que, en un año, volvamos a estar en este estudio haciendo exactamente lo mismo: prometiéndonos tanto sin decirnos nada entre una oleada de orgasmos que nos dejan destrozados, pero jodidamente extasiados.

Aura me ha demostrado que en este mundo lleno de frivolidad, gilipollas y gente que solo busca su propio beneficio, las personas buenas aparecen sin esperarlas para volver a hacerte creer que sí, que es posible volver a ena...

Pero ¿de qué hablas, Leo? ¿Te has vuelto completamente loco?

No puedes haberte enamorado de esta mujer que está tumbada a tu lado mirando las estrellas, diciéndote sus nombres sin equivocarse en ninguna, la que te sonríe porque sabe que estás lejos de ella ahora mismo, mucho más que estos escasos centímetros que os separan.

—Disfrutar de una Aurora Boreal tiene que ser la polla. —Toma una gran bocanada de aire que hace que su pecho se eleve.

—Sí, así lo venden en las agencias de viaje: «Aurora Boreal, la polla».

—Idiota. —Se pasa la lengua por los labios y sonríe.

—¿Ya hemos traspasado la confianza para los insultos? ¿Sabes que hacerlo a un agente de la autoridad supone un delito?

—Solo es un delito si me hubieses dado tu número de placa y hubiese incurrido en alguna infracción o hubiese alterado de alguna manera el orden público. —Se apoya sobre sus codos—. Si te quisiera insultar de verdad, no te enterarías. —Me guiña un ojo con mucho descaro—. Soy muy buena con los insultos. Este mundo está lleno de gilipollas, hay demasiados por si no lo sabías, y me he topado con un noventa por ciento de ellos más o menos.

—¿Cómo es posible que hayas tenido tan mala suerte?

—La mala suerte llega o la buscas. Me temo que he sido torpe esquivándola y bastante idiota topándome con ella. —Gira su cuerpo y se pega al mío—. La noche en mi casa, cuando me dijiste lo de la orden de alejamiento...

Se pasa la mano por el cuello, no tengo claro a dónde lleva esta conversación, pero no quiero que siga si le pone nerviosa.

—Aura, no necesito...

—Leo, tal vez tú no lo necesites, pero yo sí. Hace un tiempo, cuando ganamos el primer juicio y le impusieron la segunda orden de alejamiento al

ex de Zoe...

Cierra los ojos y siento cómo su cuerpo comienza a temblar. Me paralizó, no sé cómo actuar ahora mismo. Siento la necesidad de abrazarla, protegerla y de que no vuelva a sufrir jamás.

—Una noche apareció aquí. Mi hermana estaba recogiendo la cocina y preparando una prueba para una cena importante. Él saltó la valla por donde sabía que las cámaras no le verían. Sabía todos nuestros puntos débiles. —Se lleva la mano al cuello—. Yo había subido a ver si los niños estaban durmiendo, cuando escuché un silencio diferente en la planta baja. Fue una alarma interna. Bajé corriendo y le encontré ahogando a Zoe con sus propias manos, así que cogí un cuchillo y se lo volví a clavar. Me denunció y su abogado consiguió que me impusieran una orden.

—No lo comprendo.

—La justicia en este país, a veces, demasiadas veces, es una gran mierda. —Se le atraganta el aire al respirar.

—Por eso tú luchas por los derechos de quienes ya no tienen voz, fuerza o ganas.

—Sí. No puedo decir que me sienta orgullosa de atacarle con un cuchillo, pero estaba a punto de matar a mi hermana.

—Aura, siento tanto que hayáis tenido que pasar por todo esto. Ojalá te hubiese conocido en aquel momento. Tengo formas de que ese tipo no vea la luz del sol en una buena temporada.

Vale, sueño peor de lo que debería. La cara de Aura lo dice todo: he sonado a mafioso terrible de serie B.

—Bien, creo que tenemos los mismos contactos en el móvil en caso de emergencia grave. Mi padre estuvo a punto de matarle con su arma no reglamentaria, esa que al parecer todos tenéis escondida para casos de este estilo.

Ahora es ella la que sale en los créditos iniciales de la misma serie.

—Matarle no era la mejor opción. No digo que no se me pasase por la cabeza, pero iba a terminar en la cárcel alegando enajenación mental transitoria y me habrían plantado una camisa blanca, las manos en la espalda y estaría hasta el culo de pastillas de colores que me volverían más loca. —Toma una gran bocanada de aire y se dibuja una sonrisa en la boca que trata de ocultar ese dolor que aún siente al hablar de ello.

—¿Cómo eres capaz de hablar así de esto?

—Porque hay veces que las cosas hay que decirlas, hay que contar lo

que pasa con naturalidad. No por ocultar los sentimientos o ciertos pasajes de nuestras vidas, dejan de existir o de doler. Una forma muy sana de curar las heridas es hablar de quién o de cómo te las has hecho; pican, duelen y a veces vuelven a sangrar, pero hay que soltar esa mierda o se acaban infectando y te matan por dentro.

—Cuando mi madre murió fui incapaz de hablar de ello. A día de hoy, después de tantos años, me cuesta mucho hacerlo al recordar su sonrisa cuando me despedí de ella aquella mañana antes de ir al instituto.

De pronto el brillo de los ojos de Leo desaparece. Se incorpora y se queda sentado observando el precioso cielo estrellado de esta noche. Es lo que más me gusta de la Finca: no hay nada que se interponga para ver el firmamento más bonito de Madrid.

—Ni siquiera fui al instituto aquella mañana. Preferí pasar aquellas horas con lo peor de la clase, con los que me había juntado desde que a mi madre le diagnosticaron cáncer.

Niega con la cabeza y siento cómo sus hombros tiemblan. Apoyo mis manos sobre ellos, pego mi pecho a su espalda y le abrazo. Mis manos están sobre su corazón y siento cómo los dos se lamentan.

—Fallé a todos: a mi padre, a mis hermanos y a la mujer que más he querido en mi vida. Mis últimas palabras fueron burdas mentiras de un adolescente perdido. Prometí que no volvería a ver a aquellos compañeros y acabé borracho a las doce del mediodía de un miércoles porque no era capaz de asumir más dolor. No fui valiente para despedirme de ella, no quería hacerlo y pensé que, si me evadía completamente de aquel momento, jamás tendría que hacer frente a la muerte tan inmediata de mi madre. Lo que no sabía era que mientras yo perdía la conciencia con la segunda botella, mi madre moría en brazos de mi padre.

Se queda en silencio, se pasa una de sus manos por la cara y siento que no es capaz de respirar con normalidad, su pecho ha dejado de moverse.

Un segundo.

Dos segundos.

Cinco segundos.

Su garganta emite un pequeño ruido al tomar de nuevo aire. Le suelto, siento que necesita un poco de espacio para respirar, pero Leo atrapa mi mano antes de que la aleje del todo de su pecho.

—Desde aquel momento juré no volver a perderme en el camino. —Se da

la vuelta arrodillado en el suelo.

—No he tenido la desgracia de vivir una muerte tan de cerca y me imagino que debe de ser devastadora. Es normal perderse en momentos así de la vida, Leo. No debes seguir torturándote por aquello.

—No lo hago demasiado a menudo.

Sus ojos se fijan en los míos y siento su dolor, es como si fuese el mío propio. Yo no sé qué es lo que Leo ha conseguido hacer conmigo, qué astros se alinearon aquella noche en Madrid para que nuestras miradas se cruzasen o qué cartas ha barajado el destino para que esta noche estemos aquí, pero doy las gracias en silencio.

—Sé que no debo hacerlo, Aura, pero es tan difícil olvidar que has fallado a toda tu familia...

—¿Por eso entraste en la Academia?

—Mi padre es Guardia Civil retirado y recuerdo que cuando tenía cuatro o cinco años le dije que quería ser como él. A él también le fallé. Cuando murió mi madre le odié porque ya no podía odiarme más a mí. Fueron unos meses complicados. Me alejé de él, de mi hermana Olga y de mi hermano Víctor, que era tan pequeño que no comprendía lo que pasaba. Su hermano mayor desapareció todo un verano.

Me levanto para respirar. Sí, lo necesito o romperé a llorar de un momento a otro. No es que sea de lágrima fácil, pero ver a Leo tan grande, tan aparentemente fuerte siempre... *Mierda, Aura, esto solo tiene un nombre, lo sabes.*

—Expiar mis pecados me llevó demasiado tiempo alejado de mi familia. Unos meses después de la muerte de mi madre, ingresaron a mi hermano por una peritonitis y por coincidencias del destino en aquel hospital ingresó Paula, la que por entonces era la novia de Bosco. Paula había tenido a Luna unos meses antes y hubo alguna complicación en el parto y estaba ingresada cada dos por tres. Eso es lo que los médicos aseguraron, un año después también moría por un cáncer silencioso y devastador.

Tengo que agarrarme a una de las cómodas porque mis piernas están a punto de fallarme. Es demasiada información y de la jodida, de la que duele, de la que desgarrar y de la que no me gusta oír de la boca de Leo.

—Lo siento mucho. —Abro y cierro la boca sin ser capaz de decir nada más coherente—. Joder, es una puta mierda, Leo. No es justo, joder. Mierda. —Me paso la mano por la boca.

—No te preocupes. —Leo se acerca a mí—. Ha pasado el tiempo, han

pasado muchos años, todos hemos conseguido superar las muertes. Luna es una adolescente que nos vuelve locos y es fuerte, dulce, cariñosa... —Al hablar de ella se le vuelve a iluminar la mirada—. Cuando su madre murió, Bosco apareció en mi habitación y me la dejó en los brazos. Me pidió ayuda y cuando Luna me miró, cuando aquella pequeña niña se acurrucó en mi pecho... —Sonríe y veo cómo se le humedecen los ojos. *Joder, Leo, no me hagas esto*—. Su olor, su piel tan suave y sus ojos, reaccioné. Gracias a aquella pequeña que segundos después se durmió en mis brazos, conseguí reaccionar.

Aquí estaba, su mayor sonrisa y las lágrimas que llevaba minutos aguantando. Niega con la cabeza y me mira a los ojos. No se avergüenza por llorar y parece que se da cuenta de mi sorpresa.

—¿Y esa cara, Aura?

—No quiero que se refleje mi pena en la cara ni que sientas que me das lástima.

—Es de sorpresa, pequeña, no de pena.

—Tengo que hablar con mi cerebro para que le diga a mi cara que juegue mejor al póker. —Jugueteo con mis dedos sobre las piernas—. *Joder, Leo, te abres en canal, pero a lo bestia. Hablas de tu madre, del dolor, de que te perdiste y de que un bebé consiguió volver a ponerte de nuevo en esta vida y lloras. Coño, que no es normal en un tío como tú.* —Le señalo con cara de sorpresa. Lo sé porque se me tensa la frente.

—Que vaya armado hasta los dientes en mis misiones no significa que no me duela la vida. Tú has hablado de tu pasado, yo quería... quiero que conozcas el mío. Los dos tenemos partes duras, heridas cubiertas o que sangran de vez en cuando, pero hemos sobrevivido y nos lo hemos querido recordar. —Pone una de sus manos en mi tatuaje de *Resiliencia* y la otra en el suyo—. Somos lo mejor que nos deparaba la vida, solo hemos tardado más de la cuenta en encontrarnos. Ahora mismo no te puedo jurar que...

—Que serás tú quien me lleve al altar. —Me sorprendo a mí misma pronunciando estas palabras.

—¿Ahora quieres casarte?

—No, no he dicho eso.

Leo apoya su frente sobre la mía y los dos nos tomamos unos segundos para respirar, controlar nuestros sentimientos, mantener a raya el dolor y para no temblar al rozarse nuestras pieles.

—No te puedo jurar amor eterno ahora mismo, hace unos años dejé de creer en ello. Me enamoré una vez y lo perdí todo al pedirle que se casase

conmigo.

No es que estuviese esperando ser lo más especial que se haya topado en la vida de Leo, pero ha estado comprometido; ha querido tanto a una mujer, la ha amado de tal manera, que quería compartir el resto de su vida con ella.

—Me rompió el corazón y me planteé que ella tenía razón en aquel momento. Adoraba a aquella chica, me hacía muy feliz, pero no pasaba el suficiente tiempo en casa como para formar la familia que ella deseaba.

—Tu trabajo es tu vida. Lo sé, sé perfectamente a lo que te refieres. Mi padre ha estado en tantas misiones que perdí la cuenta. —Me aparto de él dándome cuenta de que por mucho que me llegue a querer a mí un día, su trabajo es su vida.

—Entonces sabes lo que es sufrir por no saber lo que ocurre en la otra punta del mundo.

—Sí, me temo que sí. —Me alejo de él, le miro, mi piel se eriza y sé que estoy a punto de hacer una estupidez—. Leo, ha sido estupendo, muy... más...

—¿Estás cortando conmigo?

—No, no estamos saliendo. ¿Qué pregunta de adolescente es esa?

—Vivo con una adolescente. ¿Me estás dejando?

—No, Leo, pero...

—No, no metas un pero después de mi nombre. Eso nunca es una buena señal.

—Joder. —Me alejo de él y salgo a la terraza—. Yo tampoco puedo jurarte amor eterno, pero me gustas, me gustas mucho, joder. No quiero que seas un desastre más, me niego. Así que, si tengo que dejarlo aquí, con todo el dolor de mi corazón, lo haré.

—Aura, no me gustas, me encantas. —No duda, no titubea y me busca, busca mi mirada—. Eres la mujer más fascinante que he conocido en mi vida y no pienso moverme de Madrid a no ser que me vaya contigo a Almería, a ver la Aurora Boreal o a las Bardenas.

—Pero...

—Que no, Aura, que no me voy a ir. Quiero seguir descubriéndote. —Sus dedos recorren mis piernas mientras suben hasta mi cintura.

—¿Por qué me gustas tanto y a la vez me das tanto miedo?

—A mí me pasa lo mismo. Tal vez sea porque ninguno de los dos estaba preparado para esto y vamos a descubrir lo buenos que podemos ser juntos.

Con A de a...

Hemos pasado más de media madrugada hablando y besándonos mucho, muchísimo, tanto que tengo los labios hinchados. Leo sigue durmiendo en el pequeño rincón en el que hemos compartido sus confidencias y mis miedos, mis secretos y sus ganas de vivir mil aventuras.

Estoy apoyada en el marco de la puerta y le observo en silencio. No, no es un tío como los demás, puedo aventurarme a decir que no es un desastre, que no va a arrasar mi mundo de la misma manera que el resto de los hombres con los que he elegido compartir algún minuto de mi vida. Minutos, horas, días o semanas. Que mira que soy terca cuando me empeño en hacer que un zapato encaje, aunque me haga daño. Si ellos buscaban sexo, yo me empeñaba en ver una relación. Si yo quería polvos salvajes, ellos querían comprometerse de por vida.

Pero con Leo es diferente.

Él es diferente.

Soy realmente yo con él.

Los dos estamos dispuestos a correr hacia el precipicio, a agarrarnos de la mano y volar, a saltar y chocar contra las olas, a sumergirnos y salir a flote, a quedarnos mirando el cielo mientras el agua mueve nuestros cuerpos.

—Buenos días, Aura.

Me temo que me he quedado demasiado tiempo mirando ese cielo imaginario y Leo está delante de mí con esa preciosa sonrisa que tiene, con el pelo revuelto y con los secretos de esta noche ocultos en sus labios.

—¿Eres de las que observan mientras su pareja duerme?

—¿Pareja?

—Sí ¿no? Si ayer trataste de dejarme es que somos algo más que dos que comparten catre una noche de tormenta.

—Dios mío. —Me llevo la mano a la cara—. ¿Catre?

—Aura, no soy un tipo de los que sueles conocer en esa aplicación que solo te empareja con lo peor de Madrid.

—Y alrededores, que de Toledo alguno ha caído.

—¿Tienes un mapa con chinchetas para deshacerme de ellos por si se les ocurre pensar en la maravilla que han dejado escapar? —Me agarra de la cintura y se pega a mis labios sin besarme—. Soy muy sigiloso, puedo colarme en sus casas y hacerles pagar sus pecados. —Mientras habla sus manos, ágiles y sigilosas pero certeras, acaban debajo de mi camiseta.

—¿Eres *Frank Castle*^[19] y no me he enterado? Que si es así, pásale mi número a *Billy Russo*. —Hago un gesto de teléfono en mi oreja.

—Pues te dejo con Billy, pero él no te hará lo que yo tenía en mente hacerte. —Entrecierra los ojos y se pasa la mano por la boca.

Aura, cierra la boca, no sueltes lo que estás pensando, porque tal vez este hombre que tienes delante te iba a dar el mejor desayuno de tu vida. No, no lo hagas. Cerebro, pon orden, por favor.

—¿Tiene que ver con comida o con comerme?

—Señor, dame paciencia con esta mujer. —Leo mira al techo como si estuviese hablando con el creador—. Cada vez que abre la boca consigue ponerme nervioso y cuando no la abre... también. Primero que le dé su número a un ruso que no sé qué pinta en esta conversación y ahora que si me la voy a comer.

Cierra los ojos, no sin antes ponerlos en blanco, respira profundamente y vuelve a abrirlos para mirarme.

—Nena, eres lo más peligroso que he tenido entre manos en toda mi vida.

—No soy peligrosa, Leo, pero me parece que no estás acostumbrado a escuchar cosas así. Relajaré el tono cuando esté contigo, no vaya a ser que altere tu vida de niño bueno y te meta en la boca cosas que no quieras. —Me muerdo el labio, sabiendo que lo que acabo de decir va a explotarle en la cabeza—. No pretendo ser la chica que convirtió al perfecto chico bueno en el canalla de la Unidad de Élite. Que tu Dios me libre de eso.

—¿Mi Dios? —Leo me mira torciendo el gesto y ocultando una sonrisa en la cara—. No, me niego a hablar de religión contigo. Me temo que me acabarías arrastrando al *Aurismo*. Ya me estás arrastrando, de hecho.

—¿Me acabas de convertir en una Diosa? —Me muerdo el labio, elevo un hombro y sonrío mientras meneo mis brazos como si estuviese realizando la danza de la Diosa de las mil manos.

Aura está bailando y lo que ella cree que es solo el mero hecho de mover los brazos junto con sus caderas, a mí me parece la manera más sexy de despertar cualquier día del resto de mi vida. No sabe el poder que ejerce

sobre mí y por ahora no dejaré que lo sepa del todo. Tengo que guardarme un as en la manga o sabrá que estoy completamente enamorado de su forma de vivir en este mundo de locos.

—Voy a ir a pegarme una ducha antes de que no te deje salir de aquí en todo el día y tengamos problemas por desaparecer.

Mis dedos se clavan en su espalda cuando la pego a mí y la beso. Lo hago como si se fuera a desvanecer delante de mí, como si esto que hemos vivido no fuese nada más que un jodido sueño.

Se separa de mí pegando su frente a la mía y puedo comprobar cómo su respiración, agitada y excitada al igual que la mía, trata de volver a la normalidad.

—Pu... puedes ducharte en mi baño. Zoe ha salido a correr y no hay nadie en el piso inferior. Yo voy a preparar café. —Niega con la cabeza mientras pasa sus manos por mi pecho—. Te espero abajo, Leo.

Se da la vuelta, dejándome una preciosa vista de su culo enfundado en unos pequeños pantalones negros y baja descalza un par de escaleras, sabiendo que la sigo de cerca.

—Tienes todo lo que necesitas encima de las baldas.

—Pero tú te vas.

—Mira, Leo, aunque ahora mismo lo más apetecible que tengo en mente eres tú desnudo en la ducha, mis padres puede que regresen para desayunar con unos churros o mis sobrinos pueden aparecer y hacerte un interrogatorio de por qué está su tía en bolas contigo encima. —Levanta una ceja y sonrío—. Si te portas bien y resistes a un domingo en familia, puede que te invite a mi casa esta noche.

Diría que sí, que quiero pasar la noche con ella, pero no podemos dormir a más de doce kilómetros de la base y me temo que su piso en Madrid sobrepasa de sobra esa distancia.

—Las familias se me dan muy bien.

—La mía has visto que es especial. Tenemos taras, muchísimas, mis sobrinos son complicados a veces, hoy vienen más amigas, maridos, niños y puede que hasta algún familiar indeseable. —Me mira entrecerrando un poco los ojos—. Me refiero a tu primo y al asqueroso de tu tío.

—Bueno, en todas las familias hay personas que desearías que no compartiesen ADN contigo.

Sube los escalones que nos separan y se despide de mí en la puerta del baño con un beso dulce, suave, impregnado de cariño y demasiado corto.

Observo cómo baja las escaleras y, cuando está a punto de desaparecer de mi vista, me mira, guiña un ojo, me lanza un beso y sonrío.

Leo, ya estás enamorado de ella y de la forma en que vive la vida. No te engañes.

Preparo la cafetera italiana en una casa completamente en silencio. Son las siete y media de la mañana de un domingo cualquiera. No, mentira. Son las siete y media de la mañana del domingo en el que Leo va a formar parte de nuestras tradiciones, de mi familia y de lo que hasta ahora había estado ocultando a los hombres que he conocido después de Joaquín. Bajo el fuego cuando escucho el silbido que me indica que el café comienza a salir. Tengo un rato para salir al jardín y respirar unos minutos más en absoluto silencio. En Madrid hay veces que se me olvida. Y mira que es algo básico del ser humano: o respiras o mueres. Pero yo puedo asegurar que a veces con el ritmo de vida que llevamos, los problemas, las comeduras insanas y estúpidas de cabeza, la mierda que a veces nos echamos encima, nos olvidamos de respirar, pero de verdad. De vez en cuando necesito frenar toda mi vida, ponerla en pausa, abrir los brazos, cerrar los ojos, elevar la cara al cielo y tomar una bocanada de aire, respirar por y para mí y para los próximos días en los que se me olvide hacerlo.

Camino por la terraza cubierta hasta el equipo de música y rebusco en las listas de reproducción. Mis sobrinos han copado todas. Encuentro al final del todo una de mi padre. Lo sé porque últimamente le ha dado por Carla Bruni y su voz sensual que huele a verano en la Riviera francesa. Sí, mi padre es un poeta cuando no está hablando de operativos o asaltos.

Escucho con atención la letra.

Me hace sonreír.

Me hace sonrojarme y alegrarme por si habla de mí.

Por si habla de nosotros.

«Él te ama, es un secreto, no le digas que yo te lo he dicho^[20]».

Guardaré el secreto, Carla.

Pasados unos minutos –varios si he de ser sincera y varias veces que ha sonado la misma canción– me sirvo un café en una de mis tazas favoritas y me apoyo en el quicio de la puerta observando el silencio, las personas que hoy no hay en la cocina como otros días y por un momento echo de menos el bullicio de mis sobrinos, de los chicos de cocina y de las camareras del

restaurante. Seguiremos cerrados unas semanas más antes de la boda que da inicio a la pequeña y corta temporada que hemos decidido tener este año. Cierro los ojos y me dejo llevar por la voz de Carla y creo que acabo de entender a mi padre. Ahora mismo es como si las olas del mar de Saint-Tropez estuviesen rompiendo en mis pies, en una de esas playas que imagino que tiene aún vírgenes. Sí, sé que es imaginar demasiado, pero seguro que alguna cala desierta queda oculta a la ostentación de los que allí se suelen agolpar cada día. Mi maldita imaginación. Cojo el mando y paso la canción. Ahora mismo estoy para que alguien escriba una sobre mí.

Un café.

Una chica que sabe que se ha enamorado.

Un corazón que comienza a latir con tanta fuerza que da miedo.

Al salir de la ducha me doy cuenta de que tengo que ir hasta la habitación a por ropa limpia. Debería haberme dado cuenta antes de pasearme por la casa con una toalla y a la espera de que nadie me pille de esta manera. Los padres de Aura no parece que hayan llegado y no se oye nada en la planta inferior. Paso por delante de la cocina y el olor a café me obliga a hacer una parada. Hay varias tazas en la encimera listas para ser llenadas, así que me hago con una. Aún me gotea algo de agua del pelo por la cara, que me quito para no dejar rastro. Miro por la ventana que tengo delante y veo parte del jardín. Comprendo perfectamente los motivos de Aura para decir que es uno de sus rincones. Se escucha de fondo música en francés y la voz de Aura tarareando la canción. No hice mucho caso a las clases del idioma de nuestros vecinos en el instituto, pero creo que, si no me equivoco mucho, es una canción que mi madre escuchaba cuando éramos pequeños. Apoyo mis manos en la encimera, afinó un poco el oído y me doy cuenta de que es [Je l'aime a mourir](#) de Francis Cabrel, es la misma versión.

No había vuelto a escucharla.

«La quiero a morir. (...) Ella ha construido puentes entre nosotros y el cielo. Y los atravesamos cada vez que no quiere dormir».

Entro en la cocina y veo a Leo de espaldas con una mano apoyada en la encimera y la otra en su cadera. No se mueve y escucho algunas palabras en francés saliendo de su boca. Está repitiendo la letra de la canción, pero su voz no está bien. Es como si sollozase las palabras.

Me acerco despacio, no quiero que se asuste, pero parece que oye mis

pies sobre la madera que cruje. Gira un poco la cabeza, ni siquiera puedo ver su perfil y esboza una sonrisa para que me tranquilice.

—No he podido resistirme al café. —No me deja ver su cara.

—¿Va todo bien, Leo? ¿Es la canción?

—La cantaba mi madre cuando éramos pequeños. Siempre sonaba en el viejo tocadiscos los domingos. Para nosotros también era un día familiar. — Sigue sin darse la vuelta.

—No estás obligado a estar hoy aquí si te duele. No quiero que esto...

—Aura. —Por fin se da la vuelta—. No me voy a mover de aquí. Me ha traído muchos recuerdos, pero ¿cómo no voy a querer quedarme contigo hoy si me ofreces un domingo completo, Aura? Quiero querer sin prisas, con calma y disfrutar de cada momento. —Me agarra de las mejillas.

—No quiero que nada te duela.

—Pero eso es irremediable, pequeña. Nadie puede evitar el dolor. — Aprieta con suavidad mi cara entre sus manos.

—Pues yo te querré mucho y muy fuerte. —Se me atragantan las lágrimas en la garganta—. Y te prestaré mis domingos —mientras hablo subo mis manos por su pecho—, mis momentos en familia y viviremos nuevas experiencias. Sé que nunca sustituirán los recuerdos con ella, con una de las mujeres más importantes de tu vida. —Por mi cabeza pasa la afortunada que se llevó hace unos años el corazón de Leo y se lo partió al no casarse con él.

—A parte de mi madre y mis abuelas, hay seis mujeres imprescindibles e innegablemente por las que daría más de lo que tengo: mi hermana, mis sobrinas Violeta y Virginia, Luna, María y...

Se queda en silencio.

Escucho mi propio corazón bombeando sangre.

Si ese y soy yo, me gana por completo.

Si el y no soy yo, me destroza por dentro.

Es pronto, lo sé. Pero me estoy enamorado perdidamente de Leovigildo Ramírez, sin remedio y sin ganas de parar ni uno de mis malditos sentimientos.

—Y tú, Aura. Para mí ya eres imprescindible. Ninguno de los dos nos esperábamos esto, ¿no?

Niego con la cabeza, no soy capaz de decir ni una sola palabra. Da igual que él esté medio desnudo, que mis padres puedan entrar por la puerta en cualquier momento o que yo esté a punto de ponerme a llorar como una quinceañera a la que acaba de declararse su primer amor, pero...

—Aura, puedes decir algo cuando te parezca bien. Yo no soy de abrirme

en canal y dejar salir todos mis sentimientos. —Comienza a ponerse nervioso.

—Acabas de hacerlo, Leo. Me dijiste que tú no ligabas, que no sabías lo que es tener contacto con una mujer sin cagarla, pero, pequeño... —Le agarro de la barbilla y suspiro negando con la cabeza—. Leo, llevaba años sin hacerlo, pero has conseguido que me enamore de ti en tan poco tiempo que da vértigo. Pero ¿qué es la vida sin algo de riesgo y adrenalina? Puede que esté loca y que esté a punto de inmolarme por un amor que dure el resto de nuestros días o que se quede en una aventura que recordaremos siempre.

—Aura, te dije que no podía jurarte amor eterno y que tal vez no sería quien te llevase al altar... — Mete su mano por dentro de mi camiseta y vuelve a hacer que mi piel baile al rozarme—. No sé si será en una playa, en un acantilado o en una iglesia perdida en un pueblo de Grecia, pero de que me caso contigo...

No continúa con la frase y me besa.

Pero ya no es solo un beso de *me gustas, quiero probar a ver si esto funciona*, no.

Este es un beso de: vamos a querernos mucho y muy fuerte. Es la única manera que yo sé hacer.

Y creo que Leo también.

Espero que así sea.

—Quererte va a ser la locura más insana que cometa en mi vida. Aunque creo que ya he empezado a volverme loco.

Sí, mucho y fuerte, de golpe y sin esperarlo.

Con a de **A**ventura.

De a **M**aneceres.

De autentic **O**.

De aho **R**a.

Y si...

Volvemos a besarnos con las ganas que nos revientan por dentro. Este hombre va a terminar conmigo en cualquier momento. No soy consciente de que le arranco la toalla, hasta que escucho un carraspeo detrás de nosotros.

—Veo que es domingo nudista.

Juanjo, *el oportunísimo*, está detrás de nosotros y observo cómo Leo le mira entrecerrando los ojos y mandándole fuera entre dientes tratando de que yo no lo vea.

—Si él pone los huevos, yo cedo mi...

Oigo un chasquido de lengua y algo acaba sobre mi cabeza. Compruebo que también es una toalla y me imagino a Juanjo en pelotas, que no es que sea algo en lo que suele pensar, pero blanco y en botella... Juanjo y su cipote.

—*Good morning, Vietnam.*

Bosco se une con este grito tan característico de la película del mismo nombre.

—¿Domingos nudistas?

—No, no, no. —Me doy la vuelta con una mano en los ojos—. Ya os estáis vistiendo porque mis padres pueden llegar en cualquier momento, al igual que mis sobrinos, y no me apetece que vuestros rabos sean lo primero que vean al llegar. —Señalo con un brazo el jardín.

—Mmmmm. Buenísimos días.

Raquel se une a este circo. Espero que ella esté vestida. Miro entre mis dedos y descubro que el único en pelotas es Leo.

—Juanjo, será mejor que salgas a quemar todo el alcohol que te metiste anoche. Si la resaca te lo permite.

Raquel comienza su ataque y observo en la cara de Juanjo un pequeño gesto que me desconcierta.

—Y los chorizos, no lo olvides, Raquel, que se comió siete. —Bosco hace piña con mi amiga a la que apenas reconozco este fin de semana.

—Es lo único que se comió anoche. —Raquel se sienta en uno de los taburetes y compruebo que lleva la misma ropa que ayer—. Menos mal que

alguien ha pasado una mejor noche que tú, JJ.

No, Raquel no se está refiriendo a una noche de pasión que ella misma haya podido vivir, nos está mirando a nosotros, pero Juanjo no se da cuenta de esto.

—Voy a entrenar un poco.

Juanjo sale de la cocina. Vuelve a los segundos con las zapatillas en la mano y camina por uno de los senderos hasta que le pierdo de vista. Juanjo esconde mucho tras esa apariencia de canalla perdonavidas. Joder y quiero conocer su verdadero yo.

Pero ¿qué coño te pasa, Aura?

Media hora después estamos sentados en la mesa de madera del porche. Mi hermana ha hecho crepes para un regimiento, Raquel ha preparado zumo, Bosco no le ha quitado los ojos a mi hermana de encima y Leo ha sido capaz de ir a vestirse bajo la atenta mirada de las féminas congregadas en la cocina.

—Me ha escrito María. —Bosco se da la vuelta y mira a mi hermana—. Luna y ella han decidido que hoy es el día perfecto para dar un paseo por Madrid. Antes me corto una mano que irme con las dos por el Rastro.

—Diles que vengan a la Finca. Dos más en la paella no se va a notar. Que traigan más cerveza y listo. —Raquel, tan oportuna como siempre, decide dejar de beber café para invitar a la hija de Bosco y que a mi hermana le dé un micro infarto.

—Quieres que mi hija, menor de edad, muy menor de edad, ¿traiga cervezas? —Bosco mira a Raquel negando con la cabeza y pasándose los dedos por la barba.

—Siempre estará Aura para sacarla de la cárcel.

No me lo pienso y le doy un codazo a Raquel en las costillas que hace que se le derrame el café.

—Joder, qué mala leche nos gastamos por las mañanas.

—Joder, qué mala baba tienes tú hoy. ¿Ayer no salió bien tu plan de comerle el cuello a tu novio del pueblo? —Sí, yo puedo ser tan cabrona como ella.

—Leo, a ver si terminamos esos momentos en pelotas que hoy Aura no parece haber despertado contenta.

—Voy a preparar más café antes de que te meta la cabeza en el culo de nuevo, Raquel.

La pelea de estas dos puede ser muy peligrosa. Aura es encantadora y dulce, pero no me gustaría enfrentarme a ella a malas.

—Raquel, ¿qué cojones te pasa?

—Pues que ayer fui tan imbécil de caer de nuevo con Marc. Cuanto más vieja, más gilipollas.

—Sí que tienes que estar mal para llamarte vieja. —Zoe mira a Raquel sorprendida.

Preparo la cafetera grande y la dejo en el fuego cuando veo que Juanjo vuelve de correr. Se queda en la parte trasera donde ninguno le puede ver o eso es lo que él cree. Pongo dos tazas de café que ha sobrado de la tanda anterior y cojo una botella de agua de la despensa. Tengo que disculparme por el comportamiento de Raquel de hoy, de ayer y por el mío también.

—Zoe —grito a través de la ventana—, controla el café, voy un momento a...

No digo nada más y desaparezco por la puerta trasera de la cocina. Juanjo está tratando de recuperar el aliento, se quita la camiseta y se seca el sudor de su frente. Brilla, brilla mucho, es como el jodido *Edward Cullen* en lo alto de la montaña mostrándole a *Bella* lo que no es ser un vampiro^[21].

—Deja de mirarme, muñeca, o te acabarás enamorando de mí. —Juanjo se pone una mano en la frente para mirarme.

—Señor, dame paciencia con este hombre o te juro que te lo mando para arriba en cualquier momento. —Le ofrezco la botella de agua y dejo su taza de café en una piedra a su lado—. Quiero hablar contigo, Juanjo.

—Joder, suena igual de mal si viene de una novia, de una ex o de una chica que acabas de conocer. —Se seca la cara con la camiseta—. Tú dirás. —Me regala una sonrisa y comprendo que este es su escudo.

—¿Qué ocultas bajo esa coraza, Juanjo?

—No te entiendo. —No deja de sonreír.

—Hagamos un trato aquí y ahora: delante de las demás puedes comportarte como quieras, ser canalla, chulo o lo que más te guste, pero conmigo no. Sé que te refugias en una bonita sonrisa y en frases preparadas para no sufrir. Lo sé porque yo a veces soy así.

Me apoyo en el murete y Juanjo se sitúa delante de mí con gesto serio, sin rastro de la sonrisa que tenía hace unos segundos. Cruza los brazos delante de su pecho y me mira atento.

—¿A qué viene todo esto, Aura?

—Me gusta llevarme bien con los amigos de mi... de... de Leo. —No me gusta titubear delante de Juanjo porque sé que le da pie a una de sus frases ingeniosas.

—¿De tu novio? ¿Del tío que te vuelve loca?

—Sí, Juanjo. Del hombre del que me estoy enamorando. —Es mejor que le pare antes de que me saque de quicio y cese en mi misión—. Vamos a pasar tiempo juntos.

—¿Mucho tiempo? —Pone sus brazos a ambos lados de mi cuerpo apoyados en el muro.

—Juanjo, deja el capullo a un lado por un momento, por favor.

—Pensaba que solo querías pedirme perdón por el comportamiento de Raquel, pero veo que vas en serio con esto.

—La vida se basa en porcentajes, Juanjo. De pequeños nos rigen por percentiles, entramos en la universidad por una nota basada en nuestros últimos años de instituto y la Selectividad o como se llame ahora. —Elevo los hombros—. Un 5 % de los sueños son en blanco y negro. Menos del 5 % de la población es del tipo 0 de sangre.

—¿Vas a soltarme muchas más estadísticas? Que si eso pilla el móvil y...

—Una de cada cinco personas que conocemos puede ser el amor de nuestra vida. Tú, Juanjo, has tenido la mala suerte de caer en este grupo de mujeres. Eli no se va a enamorar de ti, Su está felizmente casada, tal vez en sus sueños sí que le des alguna pequeña alegría. —Sonrío al observar por encima del hombro de Juanjo a Zoe—. Mi hermana está cayendo en picado en los brazos de Bosco.

—¿Me ibas a pedir perdón o a machacarme la vida? —Se frota la cara.

—Raquel, la dura, capulla a veces y escéptica Raquel, sí que puede enamorarse perdidamente de ti. Y por eso actúa de esta manera, Juanjo. Sé que siempre decimos que las mujeres no somos complicadas, pero es mentira. —Pongo los ojos en blanco—. Somos jodidamente difíciles de entender y en eso reside nuestro encanto. —Sonrío y coloco mis manos debajo de la barbilla.

—¿Cómo ha tenido tanta suerte Leo de cruzarse con una complicación como tú?

—No se lo cuentes a nadie, pero el destino nos estaba buscando. —Le invito a acercarse a mí con mi dedo—. Así que tú no te alejes mucho tampoco, tal vez te tenga en su lista de tareas.

—¿Quieres practicar bigamia?

—Bueno —le susurro agarrándole de la barbilla—, JJ, es casi imposible

resistirse a un tío como tú, pero hueles muy mal. —Sonrío y giro su cara para darle un beso en la mejilla—. Deberías ducharte.

—Sí, será lo mejor. O podría abrazarte antes.

—No. —Trato de alejarme de él—. Juanjo, ni se te ocurra.

—Anda ya, si quieres que sea tu marido de repuesto...

—Nadie ha hablado de eso. —Sigo evitando que me roce con cualquier parte de su cuerpo sudada, pero me paraliza al escucharle.

—Tú dices que el destino me tiene en tareas pendientes. A vosotros os ha cambiado de columna: de *personas que se deben conocer a personas que celebrarán sus bodas de oro*.

Observo a Aura hablando con Juanjo. Él le sujeta la barbilla, le dice algo que no soy capaz de escuchar y ella termina sonriendo. Me sorprende que los dos no se estén matando mientras hablan, pero no soy el único. Raquel les observa por encima de sus gafas de sol de marca que se ha plantado en cuanto Aura le ha reubicado su cabeza.

A los minutos aparecen a nuestro lado los padres de Aura. No sé por qué, pero al ver a su padre me levanto de la silla. Me pongo firme a su paso y Bosco se ríe al verme, pero ante la mirada de Eduardo —me temo que llamarle inspector no sería correcto y acortar su nombre tampoco— también se levanta de la silla.

—Hola, papá. —Zoe echa la cabeza para atrás y su padre la besa—. Me temo que hoy tendrás que cortar jamón para más invitados. Los chicos se quedan, en camino viene Su con Javi y los niños y hemos invitado a una amiga de Bosco y a su hija.

Compruebo cómo a Bosco se le encoje el esfínter y a Eduardo se le gira la cabeza. Puedo escucharla, como si fuese una tuerca y no pudiese girar más.

—Papá, quita esa cara que estás poniendo. —Aura se acerca a él y le besa.

—No he puesto ninguna cara. —Carraspea y levanta la cabeza.

—Es la misma que pusiste cuando te dije que quería ser abogada o como el día que entré en tu despacho disfrazada en Halloween.

—Aura, ibas medio en pelotas.

—No tanto, papá, lo que pasa es que necesitaba unas esposas de verdad y aquel compañero tan mono que tenías me prometió la noche anterior

dejarme unas y...

Aura se queda con la boca abierta, entrecierra los ojos y comienza a mover la cabeza.

—Demasiada información.

Su padre y yo lo decimos a la vez, cosa que hace que el resto se empiecen a reír.

—Me parece que os vais a llevar muy bien. —Aura se acerca a mí y me da la mano—. Papá, mamá, os presento a Leo.

—Ya conocemos a Ramírez, hija.

Mi padre no entiende lo que quiero decir.

—Mamá, papá, os presento a Leo. —Hago hincapié mientras le sujeto fuertemente de la mano y pongo la otra encima.

—Edu, cariño, no es el agente Ramírez, es Leo.

—Lola, ya sé cuál es su nombre de pila. —No, mi padre o no lo quiere comprender o no lo acaba de asimilar, hasta que veo su cara—. Aura, no me jodas. Hay cientos de tíos que podrías elegir y decides que es... que él... — Señala a Leo tratando de no sonar muy agresivo, pero no lo consigue—. ¿Él es tu mejor opción?

—Papá, no. —Zoe se levanta y niega con la cabeza.

—Él no puede darte la tranquilidad que te mereces, Aura.

—Papá, no es una opción, es mi elección. Y siento mucho si no te gusta.

—Te mereces algo mucho mejor, cariño.

Mi padre se acerca a nosotros y Leo trata de dar un paso atrás, pero no le dejo hacerlo.

—No sabes de qué hablas. —Me estoy enfadando.

Quiero a mi padre, le adoro, pero somos tan parecidos, nos preocupamos tanto por los nuestros, que a veces, la mayoría de las veces, la cagamos por sobreprotectores.

—¿Cómo no lo voy a saber si tantas veces te he visto llorar cuando me iba a una misión fuera? No quiero que ningún hombre vuelva a hacerte llorar. Ni siquiera yo.

—Señor, sé que puede valerle de poco la palabra de un agente por debajo de su rango y que esto puede parecerle una insubordinación, pero no tiene que preocuparse por que haga llorar a su hija. —Leo me agarra de la mano—. Sé que ha tenido a muchos cafres en su vida, que no ha sabido tomar las decisiones correctas a veces.

—Leo, ¿tú estás de mi lado o no?

—Siempre. —Lo susurra solo para nosotros y me provoca una sonrisa que ni trato ni quiero ocultar—. La vida no se basa en las decisiones erróneas que tomamos, sino en el momento en que sabemos que estamos en el camino correcto. Puede que tenga que acudir a alguna misión. —Traga saliva y parece que le cuesta hablar, pero prosigue—. Siempre volveré para estar al lado de su hija. No permitiré que llore por mí ni que derrame lágrimas a mi lado. Me conoce y hemos compartido momentos en... —No dice nada más, pero parece que los dos se entienden—. Sabe lo que soy capaz de hacer por mi equipo. Imagínese lo que estoy dispuesto a hacer por su hija.

Los dos se quedan en silencio. Mi padre ha dado un pequeño paso al frente ante la... ¿insubordinación? No tengo claro cuál es el verdadero puesto dentro de la Guardia Civil del agente Ramírez ni el protocolo militar en su amplia extensión, pero Leo acaba de pasarse los galones de mi padre por sus santos cojones. Pero me encanta la manera en que ha enfrentado las palabras de mi padre y, de paso, mis miedos. Eran pocos y cobardes después de la noche charlando y compartiendo esa intimidad que tanto pánico me da, pero Leo los ha machacado a todos con sus palabras.

—Voy a preparar unos platos de jamón. Leo, ¿me ayudas? —La invitación de mi padre no es demasiado amistosa.

Observo cómo Leo recoge una de las bandejas en las que Raquel había apilado las sobras de los desayunos y veo cómo mi madre le susurra a mi padre que no se pase, que no sea un cabronazo y que piense en mí antes de sacar su arma. Mi padre me mira, sonrío, me guiña un ojo y besa a mi madre.

Los dos caminan juntos, mi padre sujeta la puerta para que Leo entre en la cocina y los dos desaparecen.

—Voy llamando a *Limpieza de muerte* para que se deshaga de todas las marcas del escenario. —Zoe, divertida y sonriendo, sigue recogiendo la mesa.

—Claro, hermanita. Y les dices si nos hacen un dos por uno para cuando papá sepa que el barbudo sexy te ha besado durante más de media noche. —Me acerco a ella y me pego a su cara—. Y vete a saber qué más. Yo he tenido sexo del sucio esta noche —le susurro al oído—, con palabras malsonantes, besos apasionados, manos, muchas manos y oleadas de placer.

—Marrana. —Se aparta de mí de un golpe de cadera sonriendo—. Algo de eso sí que ha habido.

Lo dice en alto y todos los presentes le miramos.

—¿Qué ha habido, cariño?

Mi madre, conocedora de la noche de Zoe por el sarpullido de su cuello a sabiendas de que solo ha podido ser provocado por la barba de Bosco, se acerca a mi hermana.

—Sonríe y afirma con la cabeza, aléjate de ella.

—¿Así has sobrevivido tú cuando se olía estas cosas?

—Bueno, de mí ya se espera cualquier cotilleo muy turbio de mis noches de citas.

No nos damos cuenta, pero somos el centro de atención. Mi madre no nos quita ojo, Bosco y Juanjo niegan con la cabeza divertidos —bueno, Bosco está entre acojonado y expectante mirándonos a nosotras y buscando a Leo en el interior de la casa—, Raquel creo que ha empezado a beber mientras se toma unas pastillas, Eli juega con la niña en el jardín y nosotras... A nosotras nos salva una bocina de coche que suena en la puerta de la entrada.

—*Leovigildo Ramírez. —El padre de Aura afila el cuchillo jamonero con precisión, como si estuviese calibrando un DAN 338^[22].*

—*Sí, Señor.*

—*Me parece que no tengo que amenazarte como debería haber hecho con alguno de los otros impresentables que se han cruzado en su vida. —Deja el cuchillo en la encimera—. Joder, con lo lista que es y las cagadas que ha cometido en tema de hombres.*

Parece que le duele que su hija no haya encontrado la felicidad aún. Levanta la vista y entrecierra los ojos. Su pelo algo largo y canoso, junto con su barba también poblada con algunas canas, le dan un aspecto duro.

—*Mira, Ramírez, sé lo que eres capaz de hacer por tu equipo o por tus compañeros, pero ella es mi hija, joder. A Zoe no pude salvarla del hijo de puta de su exmarido, pero a Aura sí puedo.*

—*Aura no necesita ser salvada. Ella se vale sola para mandarme a la mierda el día que lo nuestro no le convenza o para deshacerse de mi cuerpo llegado el momento. —Veo cómo Eduardo saca dos Mahou de la nevera y me ofrece una—. Gracias.*

—*Aura es buena gente, no es solo por ser mi hija, pero deberías saber que ha sufrido mucho, que por más grande que se pinte la sonrisa en la cara, tiene el corazón herido. A Mario le dejó marchar porque sabía que su trabajo era su vida y Joaquín... —Pone dos dedos en su tabique nasal—. Ese imbécil la destrozó por completo cuando pensaba que había encontrado el verdadero amor. Tenía que haberle descuartizado cuando me enteré de*

cómo la trató.

—Señor, han criado a dos hijas excepcionales. Las dos han podido sufrir mucho, pero han sabido salir adelante, han luchado y nos han demostrado a los que las acabamos de conocer, que es todo un regalo que hayan aparecido en nuestras vidas.

—Ramírez, puede que a mi hija le hayas regalado tanto el oído como para que caiga rendida a tus pies, pero yo no soy tan fácil.

Se me escapa una carcajada que no trato de disimular ni ocultar.

—¿Te estás riendo de mí? —Deja la cerveza, que golpea contra el mármol de la encimera.

—Ni mucho menos, Señor. Pero su hija es de todo menos fácil. No se deja engañar por unas palabras bonitas dichas en el momento adecuado. Creo que solo ese tal Marwan sería capaz de conseguirlo. —Pongo los ojos en blanco.

—No sé qué tiene ese tío que vuelve locas a mis hijas y a mi nieta.

—Mucha labia y verdades como puños.

«Quiero follarte lento mirándote a la cara (...) Amor es la palabra que resuelve el crucigrama».

Vale, tal vez no sea el mejor ejemplo que poner.

—Señor...

—Puedes llamarme Eduardo, al fin y al cabo, estás durmiendo en mi casa —carraspea—, seguramente con mi hija.

—Prefiero no mentirle, Eduardo. Así que solo puedo decirle que me he enamorado de su hija. Puede sorprenderle el poco tiempo que hace que nos conocemos y que ya sienta algo que pensé que no volvería a sentir, pero es así. Ninguno de los dos tenemos tiempo que perder y quiero recuperar esos momentos que podría haber vivido si nos hubiésemos conocido antes. —No me da miedo desnudar mi alma delante del padre de Aura—. La vida es corta, muy corta y no me quiero arrepentir de no amar a su hija lo suficiente durante el mayor tiempo posible. Puedo no gustarle, puede que nunca me llegue a considerar bueno para ella o el mejor que puede encontrar, pero le aseguro que no hay nadie en este planeta que vaya a tratarla como yo, que vaya a cuidar su corazón de la manera que voy a hacerlo y la amaré hasta mi último aliento. Porque es así, Eduardo, voy a esperar a que ella esté preparada para amar con todas sus fuerzas y seremos tan felices que no nos acordaremos de cómo era vivir antes de conocernos.

No sé qué fuerza se ha apoderado de mí ni de dónde han salido todas

estas promesas. Siempre me he reído cuando conocía a alguien que se enamoraba a la primera de cambio y soy... era tan reacio a creerme esas historias que cuentan de amor a primera vista, que me reía cínico y a salvo de lo que me contaban. Pero con Aura ha sido todo tan sencillo, ha sido a primera vista, a primer contacto y a primer beso. Cuando nos besamos supe que estaba cometiendo una locura: me iba a volver adicto a sus besos, a sus sonrisas y a la forma tan especial de vivir.

—Hijo —al hablar pone su mano sobre mi hombro y niega con la cabeza —, si tienes los huevos tan bien puestos para declararte al padre de la chica con la que sales... —Le pega un trago a su cerveza y no dice nada más. Se aleja de mí y antes de salir al jardín le escucho—. Te cedo por hoy el honor de cortar jamón. Cuidalo bien.

Sé que no habla del jamón, pero no soy capaz de decir una sola palabra más. Le pego un trago a la cerveza que he calentado mientras apretaba la botella en mi mano, la dejo en la encimera, cojo el cuchillo y observo la puerta esperando a que Eduardo vuelva, pero no lo hace.

—Bueno, que se note aquel curso al que Juanjo nos apuntó.

Hace un par de años se le ocurrió regalarnos para nuestros cumpleaños un curso de corte profesional de jamón y cata posterior en una dehesa de Extremadura. La verdad es que aprendimos bastante, pero lo mejor fue comérmolo al atardecer con unas botellas de vino, queso y buena compañía.

Comienzo a cortar y escucho la risa de Aura en el jardín, ese ruidito que hace cuando algo realmente le hace gracia y parece que va a ahogarse. Escucho un gruñido de Juanjo y una de sus carcajadas características. Ruido, mucho ruido, pero del que hace que sonrías. Empiezo a comprender lo que significan los domingos para esta familia.

—¿Te han cedido el honor? —Aura me abraza por la espalda.

—Eso parece. No sé si es una prueba o qué. —Dejo el cuchillo con cuidado en la encimera y me doy la vuelta—. Se llevará una grata sorpresa si es así.

—Si mi padre te pone una prueba sería al más puro estilo academia militar americana, así que date por satisfecho. —Mira el plato en el que hay un par de lonchas cortadas—. ¿Hay algo que hagas mal, Leo?

—Tendrás que descubrirlo, Aura. —Levantó una ceja y aprovecho para limpiarme las manos con un trapo—. No puedo contarte mis debilidades a la primera o no te seguirás enamorando de mí.

*Ya estoy enamorada hasta los huesos de ti, Leo.
Sin remedio, sin esperarlo y sin querer evitarlo.*

No, no lo digo en alto, pero estoy a punto de soltarlo también sin remedio. No estoy segura de que él... de que nosotros... Jodido miedo que te come por dentro poco a poco, como si fuese una herida abierta expuesta a la contaminación. Lo odio, mucho, no puedo soportar que en los momentos en los que soy consciente de que puedo ser feliz, ataque con todo.

—Voy a meter las cosas en el lavavajillas antes de que mi madre se vuelva loca.

—Aura, no dejes que el miedo te quite la sonrisa. —Leo me sujeta de la barbilla—. Le acabo de prometer a tu padre que a mi lado serás la mujer más feliz del planeta, así que empecemos hoy porque mañana será tarde.

—Leo, me estoy... —No, Aura, no sigas, no ahora. Déjalo para cuando estéis los dos solos mejor.

—¿Te estás... —La preocupación se dibuja en su cara, en cada pequeña arruga que se forma alrededor de sus ojos, en su sonrisa y no me gusta.

—Sé que no puedes venirte conmigo luego a casa, abrir una botella de vino y... —Suelto el aire—. Leo, quiero que lleguen esos días que me pediste que te reservase: son tuyos, aprovéchalos al máximo porque tengo ganas de quererte como no he querido a nadie.

Le beso como si no me acabase de abrir en canal y le hubiese declarado mi amor y el de todos mis futuros con él.

Me da un fugaz beso, de los que me saben a poco, de los que me dejan con ganas y se da la vuelta como si no se acabase de declarar. Sujeto su muñeca y tiro de ella hasta alejarnos de todos y tener esa privacidad que no nos va a permitir este día.

—No puedes decirme que quieres querermme como nunca y marcharte dándome un beso tan pequeño. No puedes. —Meto mis manos por dentro de su vestido y la pego a mí—. Aura, esto no funciona así.

—Leo, hay demasiada gente fuera y tengo claro que en cuanto se enteren de que me he enamorado comenzarán con sus interrogatorios, con las preguntas que no querrás responderles y con...

—Aura. —Freno su discurso que es capaz de no parar ni para respirar—. No tengo nada que ocultar. Si quieren preguntarme por mi vida, por mi pasado, no van a encontrar nada que consiga que te separes de mí.

—¿Acaso eres el hombre perfecto y no me había dado cuenta, David de

Miguel Ángel^[23]?

—Ni mucho menos. Además, entre nosotros. —Pongo mi mano en su espalda y la obligo a pegarse a mí, mientras pego mi pelvis a la suya—. David tiene buen pecho, abdominales perfectos, unos brazos fuertes y un culo cuidadosamente cincelado, pero Miguel Ángel se quedo corto de piedra en la entrepierna.

Le miro sorprendida por este descaro innato, el que siempre trata de controlar y mantener a raya, pero que me lo muestra cada vez más y que me encanta.

Comienza a sonar [Comes Love](#) de Jamie Cullum en el jardín, mi madre está obsesionada con él, y de la garganta de Leo sale la letra. Su voz, grave y seductora de por sí, acaba de convertirse en un método infalible baja bragas. Las palabras que salen de su boca recorren mi piel y consigue hacerme temblar en el momento que comienza a bailar conmigo en brazos.

«Viene el amor, nada se puede hacer...».

—Leo, me vas a matar con todo lo que escondes.

No soy capaz de abrir los ojos ni de separarme de él.

—Seguiré sorprendiéndote cada día si así consigo que me regales tus mejores sonrisas.

No soy consciente, pero con Leo casi siempre, seguramente siempre, cierro los ojos y me dejo llevar.

—Es tan sencillo estar a tu lado, Leo.

Sus manos viajan por mis brazos hasta mis mejillas, dejando un rastro de piel erizada y me besa. Sus labios se unen a los míos y nuestras lenguas buscan más, siempre más, siempre mucho más.

Los dedos de Leo recorren los botones delanteros de mi vestido y los desabrocha con tranquilidad sin dejar de besarme. Mis manos, hábiles y rápidas, ya están en la cinturilla de su vaquero soltando los diez mil millones de botones que tiene. Malditos vaqueros de marca.

—Joder...

—Aura, deberíamos parar.

Veo nuestros reflejos en un espejo de la despensa y lo que me devuelve me hace reír. Leo tiene la camiseta arremangada casi en el cuello, *mea culpa*; yo tengo el vestido por encima del pecho y se vislumbra pezón casi por fuera del sujetador.

—¿Tío?

La voz de una adolescente aparece justo en el pasillo de al lado. Leo me mira ladeando la cabeza y yo levanto las manos en el aire preguntándole «¿Quién es?» sin mediar palabra.

—Luna.

Leo se sitúa delante de mí dándome el tiempo justo para bajarme el vestido, antes de que una chica de la misma edad que mi sobrina me mire extrañada.

—Tío, te ha salido una cosita en la espalda.

—Tu padre está...

—Sí, él me ha mandado a buscarte. Bueno, me han mandado a por un plato de jamón, pero te encuentro medio desnudo. —Con sus ojos señala el vaquero de Leo—. Y con una chica muy guapa también medio desnuda. —Tira de su camiseta para avisarme de que mi vestido no está bien colocado.

—Hola.

Una chica de unos treinta años también se une a la fiesta. Mira a Leo sonriendo y pasa su brazo por encima de los hombros de Luna.

—Porque estás muy bueno y quedas muy bien detrás de una barra, pero en mi restaurante cortando jamón durarías un día. Hola. —Estira su mano apartando a Leo—. Soy María. Ya que este tarugo parece que se ha enamorado y ha perdido los pocos modales que tenía. Debes de ser Aura. Chica, Leo no te ha hecho justicia. ¿Cómo se puede ser tan guapa?

—Hola. —Estrecho su mano y sonrío—. María y Luna. Me hubiese encantado conoceros en una situación en la que mi culo o mis pezones no fuesen el centro de atención, pero... ¿Qué se le va a hacer?

—De los peores encuentros salen las mejores historias.

María me sonrío y me parece la chica más dulce que he conocido en toda mi vida. Tiene los ojos oscuros, pelo moreno y largo, es bastante menuda, pero tiene una sonrisa tan sincera y contagiosa, que me obliga a sonreír a mí.

—Será mejor que salgamos o mandarán a más en vuestra búsqueda. Juanjo ha insistido en que entrásemos y...

No dejo a Luna terminar y salgo de la despensa colocándome el vestido. Cuando llego al jardín para mandar a la mierda, veo que Raquel está en una esquina fumándose un cigarro. Hace mucho que lo había dejado y me temo que si ha vuelto es que tiene algo no demasiado bueno en la cabeza.

—¿Podemos hablar un segundo? —Zoe me sujeta de la mano.

—Claro. —Miro a mi hermana, pero de reojo observo que Raquel camina por el jardín y se aleja—. ¿Sabes si le pasa algo a Raquel?

—¿Aparte de follarse a Marc y arrepentirse?

—Le he visto tomarse algo antes.

—Tendrá que matar esa resaca. Ayer estaba desatada en la barra cuando os fuisteis.

Entramos en la cocina de nuevo para preparar los ingredientes de la paella, que en este caso tendremos que llamar al *Libro Guinness de los récords* para que nos la certifique como la paella más grande del mundo, porque mi hermana va a hacer una para los veinte que estamos y los cincuenta que puedan aparecer a media tarde.

—Aura, estoy acojonada. —Me empuja contra la despensa.

—¿Qué ha pasado? —Le agarro de la cara, pero no veo miedo, lo que veo es ilusión.

—Anoche fue una noche complicada, llena de recuerdos, de soltar lastre y de emociones. —Coge aire y abre la boca, pero la cierra al segundo. Piensa bien lo que quiere decir.

—Suéltalo, Zoe, que no tenemos secretos.

—Bosco es especial.

—Sí, especial y está muy bueno, hermanita. —Intento que me rebata esto y no tarda en hacerlo.

—No hablo de eso. Ayer le conté todo lo que sucedió con el padre de los chicos y no me juzgó, no me miró con lástima ni utilizó una de esas frases tan manidas de: «Sé por lo que has pasado, te comprendo». —Sonríe y se sujeta la mano—. Sus palabras sobran, me abrazó de tal manera, transmitiéndome tanta paz y bondad, que no pude evitar lanzarme a sus labios. —Se pasa la yema de los dedos por la boca—. Nuestros cuerpos chocaron y me parece que lo hicieron con tal necesidad y con tanta dureza, que me da pánico pensar que Bosco sienta que le he usado para olvidarme de mi pasado.

—Zoe, no creo que piense eso. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo te mira?

—Como te puede mirar a ti.

Mi hermana sigue teniendo terror a que la historia se repita de nuevo. Pero no tiene ni idea de lo que Bosco transmite cuando la mira. Dentro de la dureza que puede aparentar con su barba larga, su pelo rubio atado en una coleta o esos tatuajes que se ven por sus brazos fuertes... muy fuertes, hay unos ojos azules que no pueden ocultar lo que ven. Sin conocerle mucho y poniendo la mano en el fuego solo por su mirada, creo que no es de los tíos que te hace daño a la primera de cambio ni de los que huyen después de un

polvo.

Sin miedo

¿Quién me iba a decir a mí que mi despedida de casada me iba a traer hasta aquí? No hasta la Finca, que yo vivo aquí de normal, si no a estar contándole a mi hermana que he besado a un tío al que acabo de conocer, del que solo sé que tiene la mirada más limpia que jamás he conocido, que podría competir con la felicidad que me transmite la sonrisa de mi hermana, que es capaz de hacerme olvidar que a nuestro lado hay más personas, que la madre de su hija murió hace algunos años, pero le sigue doliendo haberla perdido; que sus padres viven en una pequeña aldea de Galicia, que no tiene hermanos pero Leo y Juanjo son una parte muy importante de su vida. Que es capaz de arriesgar la vida por personas que no conoce y que besa como nunca me han besado. Que cada vez que me mira es como si lo hiciese por primera vez, que...

—Os habéis besado y... —Mi hermana, la que nunca se queda con preguntas en el tintero, levanta una ceja y sonrío—. Por favor, dime que ha habido más que besos. Dime que te ha acariciado con cariño, pero con el ímpetu que me imagino.

—¿No tienes suficiente con Leo?

—Sí, pero recuerda cómo es mi imaginación. Ahora mismo le imagino sin camiseta abrazándote a la luz de la luna, susurrándote algo al oído y... —No dice nada más y su cuerpo se estremece.

—Aura...

Trato de mentirle a mi hermana y quitarle esa imagen de la cabeza para que no se haga las ilusiones que se están empezando a formar en mi cabeza. Me aterran, me paralizan y no sé si quiero que se hagan realidad o fracasen estrepitosamente. Cada momento que recuerdo de ayer por la noche me hace estremecer. ¿Esto es lo que va a suceder siempre en mi vida? ¿Tengo tanto miedo a volver a sufrir que no seré capaz de amar de nuevo?

¿Ya pensando en amar, Zoe? No quieras correr tanto que siempre acabas cayéndote.

Bosco no deja de mirarme durante toda la noche. Desde momento en el que hice el mayor y más espantoso de los ridículos con aquel imbécil, los ojos de Bosco han estado cerca. No quiero sufrir de nuevo, duele todo mucho todavía, sin embargo, no quiero pensar que no volveré a amar por miedo. Sueno contradictoria, lo asumo.

«Entre la felicidad y la desesperación la carretera es muy corta. Necesitaba salir, romper con todo y vivir, que lo demás ya no importa...».

Estas palabras de Pablo López me hacen quedarme quieta mientras la orquesta canta su canción [*La Mejor Noche De Mi Vida*](#).

—¿Estás bien, Zoe? —Bosco busca mi mano en el muro en el que la tengo apoyada.

—Sí, solo estaba escuchando la canción, repasando mentalmente la letra. —Sonríó ocultando un atisbo de ilusión que se acaba de crear.

—¿Comprobando que la cantan al pie de la letra?

Su sonrisa, su canalla, dulce y atrevida sonrisa, aparece en su cara para iluminarme poco a poco y hacer aflorar sentimientos que pensaba que había desterrado.

—Quiero poder decir un día: «Ha sido la mejor noche de mi vida». — Agacho la cabeza unos segundos y suspiro con fuerza—. He tenido demasiadas peores noches.

—Lo siento.

Ahí está la cara que ponen todos cuando se huelen lo que ha podido suceder en mi vida. No me gusta que lo hagan. No puedo soportar esas miradas condescendientes y que después sueltan el discurso de: «Eres joven, tienes toda la vida por delante» o «Llegará quien te haga ver la vida de otra manera». Tal vez ese sea el problema, que de la boca de Bosco salga esta frase.

—Me voy a casa.

Aprieto su mano, no me molesto ni en sonreír para despedirme y comienzo a caminar por el sendero de detrás de una de las Peñas, para atravesar y llegar lo antes posible a la Finca. Me paso las manos por los brazos, me acaba de recorrer un escalofrío, supongo que de decepción con su cara, con la situación, con mi pasado, conmigo misma...

—No voy a dejar que te vayas sola a casa. Aunque no quieras hablar conmigo, te voy a acompañar.

—Bosco, no. —Trato de deshacerme de él.

No quiero que me vea desalentada en este momento. No le conozco, no he cruzado con él los suficientes sentimientos como para estarlo.

No digo nada mientras camina a mi lado. Las pequeñas piedras del camino resuenan bajo nuestros pies, el aire de esta noche se vuelve frío de repente y Bosco coloca sobre mis hombros su cazadora. No digo que no y cojo las solapas para cerrarla un poco y su aroma se introduce dentro de mí. Me temo que no se va a ir jamás.

Llegamos a casa y en el reflejo de una de las cabañas veo su cara.

—No me mires así, Bosco. Tú no, por favor.

—No sé de qué hablas, Zoe.

—Veo la pena en tus ojos. No puedo con lo que me provoca eso. Ahora sentirás la necesidad de protegerme y sé hacerlo sola. —Lo sé, le estoy alejándome de mí sin darle la oportunidad de acercarse. *Joder, Zoe, eres idiota.*

—Zoe. —Se acerca a mí y me agarra de las mejillas sin un ápice de duda en sus movimientos—. Te miro porque me gustas y te aseguro que no hay nada de pena en mi mirada. Me da igual, entre comillas, todo lo que haya en tu pasado. Yo también tengo mucho por lo que me mirarías de diferente manera y tampoco lo aguantaría.

—¿Qué puedes tener tú en tu pasado para que yo te mire con pena?

—La madre de mi hija murió cuando ella era un bebé y la he criado con la ayuda de Leo y JJ.

Vale, sé la cara que se me está poniendo y lo remedio enseguida.

—Mi exmarido trató de matarnos: a mi hermana, a mis hijos y a mí.

Bueno, bombas soltadas. Mejor dicho, bomba activada y comenzando la cuenta atrás.

No me dejó ni un solo detalle de todo lo que sucedió aquella tarde en el piso. La sangre, el cuchillo, los golpes y los meses, por no decir años, anteriores a su detención.

—Y eso me ha convertido en alguien que se aterra cuando un hombre se acerca a ella, que se bebe una botella de tequila y toma la peor decisión del mundo; una idiota que tiene tanto miedo de que la vida ya no tenga más oportunidades para ella, que deja pasar todas las ocasiones de ser feliz.

Desnudo mis miedos frente a él. Puede que lo haga para asustarle y así

evitarme las ilusiones, los besos, las caricias y el maldito adiós que llegaría en el momento menos deseado.

—Jamás podría mirarte con lástima, Zoe. Eres una mujer que ha sobrevivido a lo que jamás debería haber vivido. —Aprieta sus puños alrededor de sus brazos que tiene cruzados y respira con fuerza—. ¿Sabes qué es lo que siento? Rabia, dolor y ganas de matar a ese hijo de puta. No necesariamente en ese orden. Pero jamás sentiría lástima de ti, Zoe. Me gustas demasiado para que eso...

Adelanta la cabeza unos centímetros y cierra los ojos unos segundos, para después sonreír.

—Vale, soy un bocazas y ahora ya puedes echar a correr asustada.

Me lanzo contra su boca y colisionamos como dos coches a alta velocidad. Ahora mismo no pienso en los miedos, acabo de soltar mi pasado delante de un tío que me produce tantas cosas por dentro, que no pienso permitir que mis temores me paralicen. Al menos esta noche no.

—Zoe. —Se separa unos milímetros de mis labios—. No quiero que hagas algo de lo que mañana te puedas arrepentir.

—En esta vida puedo arrepentirme de muchas cosas, pero no de ti ni de esto.

Mi cuerpo se pega a él.

Necesito que me bese, que me acaricie, que me haga sentir deseada. Saber que sigo siendo una mujer, que tal vez se olvidase hace un par de años de ella misma y que ha vivido a través de los desastres de su hermana pequeña.

Necesito sentir que sigo estando viva.

Que sigo siendo yo.

Agarro su mano con fuerza, temiendo que se aleje de mí y que pase a ser solo un espejismo, pero no es así. Bosco me sigue de cerca, sus dedos me hacen cosquillas en la palma de la mano. Camino tratando de hacer el menor ruido posible y al llegar a mi habitación cierro la puerta y echo el pestillo. Nunca lo hago, pero no quiero que nadie interrumpa mis ganas o a mi valor recién recuperado.

Bosco respira hondo y su pecho se pega a la camiseta, se marcan sus pectorales y se tensa alrededor de sus brazos. Sus ojos azules recorren mi cuerpo y mi piel arde sin tocarme.

¿Qué será de mí en el momento en que ponga un dedo sobre mi piel?

Sus labios se topan con los míos, su cuerpo se roza con el mío y creo que estoy a punto de soltar un gemido como si fuese una adolescente en su primer

encuentro sexual.

¿En serio he pensado en eso?

Espero que sea mucho mejor que mi primera y fracasada vez.

—Zoe, no tenemos que...

—Bosco, he encontrado el valor para lanzarme y no pienso volver a encerrarlo bajo llave. No te estoy pidiendo una vida, solo quiero sentirme viva y que me comas a besos.

Mi hermana está con la boca abierta, una ceja levantada y sé perfectamente que está ahogando una carcajada interior. Parece que su yo más macarra se metió dentro de mí anoche.

—No, no, a mí no me eches la culpa, que te veo. No fui yo quien se metió...—Hace hincapié en la última palabra y hace un gesto con la cadera—. Y dime ¿es tan espectacular como parece?

—¿Leo empuja tan bien como parece?

—Mucho mejor. Esos brazos son capaces de hacer maravillas. —No se corta a la hora de *vender* a su chico—. Si quieres entrar en materia, no es con lo único que sabe hacer maravillas.

¿En qué momento me ha parecido bien confesarle a mi hermana que me he acostado con Bosco y entrar en una guerra de comparaciones?

—Solo te pido una cosa, Zoe.

—No voy a dejar que me haga daño.

—Me temo que eso está fuera de nuestro alcance. —Niega con la cabeza. Esta no es la promesa que busca—. Bosco no tiene pinta de ser un cabrón malnacido, pero sé que con tu miedo, eres capaz de buscar todos sus fallos y querrás dar la vuelta a cualquier situación buena y alejarle de ti antes de que pase algo más. —Aura mira al jardín y sonrío—. Prométeme que vas a controlar el miedo.

—Eso es imposible, Aura, lo sabes. Después de todo, es algo irracional.

—Pues cuando te suceda, llámame y los racionalizamos. No quiero que pierdas más oportunidades y te venzan temores que no te permitan ser feliz. —Sujeta mis manos y las besa—. Sabes que siempre estaré a tu lado para todo lo que necesites.

—He tenido mucha suerte de tener una hermana como tú. —Me abrazo a ella y susurro—. Te prometo que, si llega ese momento, decidiré que ser feliz

puede ser un bonito final para mí.

No sé qué hubiese hecho estos dos años sin mi hermana. Ella, la pequeña y la más fuerte, la aparentemente despreocupada y la más cabal de las dos, la que siempre lucha por nosotros y a la que le veo una gran sonrisa cuando su mirada se cruza con la de Leo. Llegado el momento, también espero que ella decida ser feliz, por y para ella.

Mi familia

*N*o comprendo cómo ha podido pasar tan rápido el domingo. Son las siete de la tarde y seguimos sentados en esta gran mesa de madera del jardín trasero, con botellas de orujo casero de los abuelos de Aura, con una maravillosa tarta de queso de Eduardo, más bien las migajas que hemos dejado. Ahora mismo estoy peleándome por el último trozo que acaba de coger Aura y que mantiene en su plato como si fuese su mayor tesoro.

—Nene, lo comparto contigo si me preparas otro gin-tonic. —Menea una copa de balón entre sus manos y los hielos tintinean contra el cristal. Se pasa la lengua por los labios en un más que claro gesto de provocación, deja caer sus párpados y ladea la cabeza mientras se aparta el pelo de su cuello.

—Vale.

Apoyo mi mano en el respaldo de su silla y cuando recojo la copa de su mano y, nadie nos observa, aprovecho para susurrarle pegado a su cuello.

—Esta noche tendremos que ser muy sigilosos. En una hora esto se va a llenar de compañeros salidos, algo peligrosos y con un olfato excepcional.

—¿Venís con los perros?

Es capaz de hacer que una frase así suene sexy.

—A alguno le gusta mucho menear el rabo.

Niego con la cabeza al segundo de oír la frase que sale de mi boca.

—¿Ves lo que me haces decir?

—Voy a acompañarte a por el hielo, que me preocupa que te cruces con mi madre y sueltes algo tan descaradamente fuera de tono. —Se levanta de la silla y pregunta si alguien quiere algo más.

—Yo me he pasado al agua. En un rato me voy para mi casa. —Raquel ha estado todo el día demasiado rara, hasta a mí me lo parece y eso que no la conozco demasiado. No se ha metido ni una sola vez con Juanjo.

Camino al lado de Aura hasta la cocina y la acompaño hasta un arcón situado en la otra parte del restaurante.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Aura?

—Sujeta. —Me pone una cubitera en la mano.

—Yo no digo esas cosas.

—Pues yo te he oído ya varias veces. —Sonríe y se divierte.

—Aura, te lo digo en serio. —Ahora soy yo quien ladeo la cabeza y es que me da miedo algún día decir algo así delante de quien no corresponde.

—Leo, corazón, me gustas mucho cuando eres correcto y parece que controlas todo. —Me quita la cubitera y la deja en el arcón que acaba de cerrar—. Pero, nene, cuando eres completamente inapropiado sin darte cuenta, me pones como una jodida moto. Así que conmigo puedes ser tú: el apropiado y el descarado que no puedes controlar. —Sus manos están alrededor de mis mejillas, me sonrío y me contagia—. Me gustan todos tus tú.

—Me da miedo que...

—No. —Pone sus labios sobre los míos—. Podemos tener miedo a no poder controlar ciertas cosas que suceden en la vida como las enfermedades o los accidentes. Pero no tengas miedo jamás de dejarte llevar.

—¿Y si la cago?

—Bueno. —Eleva los hombros unos centímetros—. De grandes cagadas está llena la historia y nadie se ha muerto de eso.

—Madre mía, Aura. No sé si me das más miedo cuando hablas con doble sentido o cuando eres tan directa.

—Te encanto de todas formas, canijo. A mí ya no me engaña esa fachada de tipo duro sin sentimientos. Eres un bollito de canela recién hecho. —Me aprieta las mejillas y me besa—. Pero de los buenos, de los que la masa está bien trabajada, pero que muy bien trabajada.

Emite un sonido que sale como un silbido entre sus labios semiabiertos y se aleja de mí sin besarme.

—Perdone, señorita Aura. Me trata de canijo, de bollito de canela y ¿no se digna a darme un beso?

—Tendrás que esperar al próximo día que nos veamos a solas, no con todos tus compañeros que están empezando a llegar. —Señala la ventana y los dos nos acercamos—. Y el baboso de tu primo y el baboso-idiota de tu tío...

—Esperaba que llegasen más tarde. Ahora tendremos que reunirnos.

—Así aprovecho para hablar con Raquel.

Me fastidia bastante tener que dejar que Bosco, Juanjo y Leo se vayan con

el resto de sus compañeros, pero por lo menos estamos en dos zonas separadas. Mi padre parece que ha dejado muy claro las partes de la Finca que son para ellos y cuáles son nuestras. Lo está haciendo cuando Leo y yo salimos al jardín.

—No quiero a ninguno de tus chicos en mi casa. —Mi padre hace especial inciso en *mi*.

—Pues parece que ya se te ha colado uno. —Baboso padre señala a Leo.

—Ramírez ha sido compañero en una misión. A diferencia de ti, él sí que sabe cómo guardarle las espaldas a un colega.

—Eduardo, tú te vales solo para acabar con cualquier pelotón de insurgentes en Bagdad o donde sea.

Mi padre se aparta de Estévez antes de que su mano se apoye en el hombro. Le mira de reajo, se acerca a él, le susurra algo y niega con la cabeza mientras se aleja.

—No va a suceder lo mismo, Eduardo.

—Estás advertido, Estévez. Esta es mi casa y no pienso dejar que actúes como si fuese de tu propiedad.

—Controlaré a mis hombres lo que pueda. Si hay tantas mujeres con tan poca ropa por esta casa, lo tendré muy difícil.

Doy un paso adelante para decirle a este gilipollas cuatro verdades para cerrarle el pico, pero Leo me sujeta de la mano.

—Como vuelvas a hablar de esa manera tan asquerosa de alguna de mis hijas, tu nariz necesitará de nuevo un retoque.

No he visto a mi padre nunca de esta manera. Solo le he visto dos veces enfadado en su vida y da bastante miedo.

—No me toques los cojones, Estévez. Puedo acabar contigo con una llamada.

—Cómo se nota que estáis muertos de hambre. De otra manera no me hubieses dejado pisar tu Finca.

Mi padre tiene los puños apretados y creo que van a acabar estampados en la cara de ese imbécil que le mira con superioridad.

—Hijo de...

—Papá. —Agarro el puño izquierdo de mi padre y le obligo a mirarme—. Tengo que sacar la basura y yo sola no puedo. ¿Me ayudas? Hay mucha mierda y es bastante pesada. —Miro de reajo a Estévez que tiene sus ojos fijos en mí.

—¿Quieres que te ayude yo, pequeña?

—Mi padre te debe respeto por esos galones que deben colgar de alguna

parte de tu traje de gala, pero yo no. Como se te ocurra mirar a mi hermana, a mi sobrina, a mi madre o alguna de las mujeres que hay en esta Finca, acabo contigo y de regalo me llevo al salido de tu hijo. ¿Entendido? —Tengo que controlarme cuando siento la mano de mi padre apretándome fuertemente.

—Aura, te llama tu hermana.

—Perdón, papá.

Me disculpo por lo que mi boca acaba de soltar, pero no por el mensaje. Sé que tener a los dos Estévez en la Finca no va a ser nada bueno estos días. Tengo una sensación extraña que me recorre el cuerpo entero y, cuando esto me ocurre me avisa de que hay un desastre por venir.

Dos horas después, con todo recogido y con un café entre las manos, observo de lejos el alboroto que los compañeros de Leo montan en un par de minutos. Mi hermana ha decidido contratar un catering para sus comidas y cenas, así que una de las salas se ha llenado de bandejas y comida preparada. Algunos hablan a gritos, otros se fuman un cigarro como si fueran soldados a punto de salir corriendo a un ataque enemigo, varios observan todo a su alrededor y a mi hermana que está colocando los manteles, le observan unos ojos que no me gustan. Estévez se acerca a ella cuando cree que nadie le ve. Sin acelerar demasiado el paso, me aproximo a la sala y paso en medio de sus compañeros saludando con una sonrisa ensayada.

—Hola, preciosa. No sabes las ganas que tenía de verte. —Estévez pone una mano sobre la mesa, impidiéndole el paso a mi hermana.

—Hola. —Zoe se pone nerviosa con su presencia. Noto cómo se hace pequeña a su lado.

—Va a ser todo un gusto ver tu culo por aquí todos estos días. ¿Lo volverás a mover delante de mí como aquella noche?

Todo lo que sale de la garganta de ese imbécil suena desagradable. No pienso permitir que mi hermana sienta miedo en su propia casa, no de nuevo.

—Zoe, tienes al teléfono a los novios de la boda del veintiocho. Algo sobre el sabor de la tarta. He dejado el móvil en el hall de la entrada. —Esbozo una sonrisa y señalo la puerta con la cabeza—. Yo termino esto. Tranquila.

Zoe me acaricia el brazo dándome las gracias y acelera el paso para salir.

—¿A ti también voy a...

—Para que te quede muy claro, Estévez.

—Llámame Rubén. —Camina hacia mí.

—Sí, claro, porque vamos a ser muy buenos amigos.

—Más que amigos. —Da dos pasos más en mi dirección.

—Te va a salvar que tus compañeros y tu padre están a punto de entrar para cenar. El mensaje es rápido y hasta tú lo entenderás: no te acerques a mi hermana. —Mi tono de voz se vuelve duro.

—¿Tú me lo vas a impedir? Si ella quiere volver a zorrearne como en aquel bar, no voy a ser quien se lo impida.

—Mira, im... Estévez. —Tengo que respirar profundamente un par de veces o no respondo—. No te acerques a ella. No la mires, no te refieras a ella de ninguna manera, no respire el mismo aire que ella.

—Me encanta que me lo pongan difícil.

—Y si dejas de respirar en general, nos harías un favor a la humanidad al completo. —Me aparto de él, pero me sujeta con mucha fuerza de la muñeca.

—¿Crees que te voy a perdonar por dejarme en el suelo delante de mis amigos en aquella discoteca?

—Te soportan porque eres el hijo del Teniente.

—No tienes ni puta idea, bonita. Tú no sabes lo que esconden esos tres. Por mucho que os estén vendiendo sus perfectas vidas.

—No quiero seguir hablando contigo.

—Claro, que los cuentos se joden cuando aparece el malo de la película. Ellos no son mejores que yo, cariño. Todos somos hombres y en un momento de nuestra vida, las putas nos han acompañado más de una noche fría de invierno. —Se dibuja una sonrisa perversa—. Parece que Leo nos mira preocupado. ¿Ya te lo has follado? Con esas tetas y ese culo debes hacer maravillas. —Me agarra de las mejillas y me empuja contra la pared, alejándome de las ventanas—. Y las mamadas que harás con esta boca... — Me saborea en sus labios.

Mi cuerpo reacciona por instinto y mi rodilla acaba impactando fuertemente contra sus huevos. No pienso arrepentirme por hacerlo, ni por el puñetazo que le doy en el estómago antes de caer de rodillas al suelo. Me agacho y le agarro de la barbilla.

—No te pongas en mi camino de nuevo. Puedo hacerte mucho daño, mucho más que ahora mismo. No dudaré en volver a hacerlo si me hablas así o si te veo acercarte a mi hermana. Estévez, no me pongas a prueba.

Camino tranquila hasta salir del salón, giro la esquina, paso de nuevo por delante de los nuevos invitados, sonrío muy forzada, acelero el paso, atravieso nuestro salón y salgo a la otra parte de la Finca. Mis manos comienzan a

temblar y no las puedo controlar. Las froto, las aprieto, pero ese temblor pasa a ser parte de mi cuerpo. Cierro los ojos, respiro, me quito esa imagen de la cabeza y comienzo a sentir que me falta el aire. No, no pienso permitir que un ataque de ansiedad me arrase. Siento la maldita presión en el pecho, el temblor en mis piernas y me agacho hasta quedarme con las rodillas sobre las piedras.

Aura, respira, por favor.

Volemos

***M**e deshago de uno de mis compañeros cuando veo que Aura acelera el paso en el interior de la casa. No sé qué demonios ha pasado en estos minutos que la he perdido de vista, pero como a Estévez se le haya pasado por la cabeza hacerle algo, juro que lo mato. Me va a dar igual el expediente disciplinario si le ha hecho daño.*

La encuentro arrodillada en el suelo, con una mano en el pecho, contando y pidiéndose a sí misma tranquilidad.

—Aura. —Me arrodillo a su lado—. ¿Qué ha pasado?

—Leo, no, déjame sola, por favor.

—No pienso hacerlo. Si te ha hecho...

—Leo, ¡déjame sola!

Lo dice ahogando un grito en sus palabras. Veo cómo se le humedecen los ojos y parece no respirar bien. Me sitúo delante y con mis brazos la cobijo en mi pecho. Intenta resistirse, pero a los dos segundos suelta todo el aire y comienza a sollozar palabras que no comprendo.

—Leo, te he dicho que me dejes sola.

—Aura, quiero que te quede claro una cosa desde ya, para que luego no te lleses sorpresas. —Aprieto más mis brazos, refugiando su pena en mi pecho—. Por mucho que me pidas que me aleje, si veo que no estás bien, que algo o alguien te ha hecho daño, me quedaré a tu lado. Aunque me echas, me mandes a paseo o digas que no me necesitas. No sé querer de otra manera, Aura. Puede que no sea la mejor manera o la correcta, pero yo quiero así: mucho y muy fuerte.

Aura se separa de mí despacio, como si acabase de escuchar el mayor secreto del universo. Me mira extrañada, ladea la cabeza, la echa unos milímetros hacia atrás y de nuevo parece que no tiene suficiente aire para respirar. Se lleva la mano al cuello, abre la boca un par de veces, pero prefiere callar sus miedos o los que le acabo de provocar.

—No me tomes por un loco, no lo he sido nunca, pero tú has conseguido que vuelva a querer.

—Mucho y muy fuerte. —Repite mis palabras y una lágrima rueda por su mejilla—. No dejes de abrazarme nunca, por favor. —Pega su frente en mi pecho.

—No lo haré jamás, canija. —Repito la palabra por la que hace unas horas me ha llamado y que tanto me ha gustado—. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, porque me he acostumbrado en muy poco tiempo a ti, a tus besos y a tus abrazos, pero sé que me costaría una vida olvidarme de ellos.

—No tendrás que hacerlo. —Pongo mis manos suavemente en sus mejillas y me agacho hasta ver sus preciosos ojos. Es una mujer de la que es imposible no enamorarse.

—Lo siento. —Esboza una sonrisa mientras cae otra maldita lágrima—. Perdón. No he podido controlar ...

—¿Qué ha pasado con Estévez?

—Ha sido un cúmulo de situaciones y sentimientos, que han terminado explotando como no debían o sí. Un fin de semana de demasiados recuerdos. Y es una mierda que todos no sean de los buenos. —Pega su frente de nuevo en mi pecho y niega con la cabeza—. Vas a pensar que estoy loca por actuar así.

—Solo recuerda que necesito que respires para seguir besándote, Aura. Lo demás no importa ahora mismo.

No sé cuánto tiempo estoy cobijada en el pecho de Leo, pero escucho la voz de Bosco en la cocina preguntando por él.

—Creo que debemos entrar.

Nos levantamos y caminamos en silencio mientras Leo sigue pegándose a su cuerpo.

—¿Qué ha pasado con Estévez? —Bosco se acerca a nosotros—. Tenía la cara desencajada y se ha ido a dormir con la mano en los huevos.

Leo me aparta de él y me mira negando con la cabeza.

—Dime que eso no era por él o por lo que te ha hecho.

—No, Leo. Su dolor de huevos viene a que es un asqueroso y le he dejado claro varios detalles que se le suelen pasar por alto. Como que Zoe no es de su propiedad, que a mí no me vuelve a tocar de ninguna manera y que me dan igual vuestros pasados.

—¿Te ha tocado? —Oigo los nudillos de Leo crujendo.

—Es una forma de hablar, Leo, no ha hecho nada que...

Leo da dos zancadas y le agarro del brazo, pero camina decidido y me arrastra un poco.

—Leo, no ha pasado nada. Tranquilo, de verdad. Solo ha sacado a pasear su mierda de lengua y la forma sucia que tiene de mirar es lo que más asco me ha dado. —Me pongo delante y niego con la cabeza—. No merece la pena que te metas en problemas por algo que yo he solucionado con un buen rodillazo en los huevos y un puñetazo en el estómago.

Los dos me miran sorprendidos. No sé de qué se extrañan si me conocieron cuando Estévez estaba en el suelo a causa de una de mis llaves.

—Me he librado de cenar con todos. Zoe nos ha preparado algo en el restaurante donde no nos ven. Así podemos cenar tranquilos.

—Id yendo que voy a lavarme las manos.

Acaricio la cara de Leo y el brazo de Bosco al alejarme de ellos. Doblo la esquina y me meto en el baño de la planta baja. Coloco el teléfono en la encimera y se conecta una de mis listas de música al altavoz que hay en una de las estanterías. *Tonight* de Secret Nation comienza a sonar mientras me miro al espejo.

«Apaga las luces esta noche. (...) Bailamos, cantamos, vivimos, amamos esta noche. Corramos desde el amanecer antes de que sepan que nos hemos ido».

Escucho unos nudillos en la puerta.

—Adelante.

Me paso las manos por la cara y me suelto el pelo. Leo entra con una sonrisa tímida que me descoloca. No me dice nada, cierra la puerta, pone el pestillo y se da la vuelta sin dejar de observarme. Respira hondo, su pecho se eleva y se pasa la mano por la nuca.

—No quiero que... Yo... —Niega con la cabeza y se frota la frente—. Te he dicho que quiero mucho y muy fuerte. No pretendía decirlo así o ahora. O...

—Leo, no te preocupes. Yo también quiero así, no sé hacerlo de otra manera y hasta en eso coincidimos. —Le agarro de las manos y le despego de la puerta—. Esto no es un *te quiero*, solo es tu manera de decirme cómo amas. No es que no sea un buen momento ni voy a pensar que estás loco si me lo dices, pero sé lo que cuesta a veces.

—Aura. —Ladea la cabeza y me sonrío.

—¿Qué coño? Te quiero, Leo. Tal vez sí sea demasiado pronto y me tomes por una loca obsesiva que se enamora y quiere en unos días, pero contigo es todo tan sencillo, que es imposible no dejarse llevar. —No me da miedo hacerlo y esto es increíble—. No sabía que sentía tanto hasta que ayer

escuchaste a mi hermana descubrir su pasado. Contigo es como si volar fuese posible sin tener alas, como si la vida fuese fácil después de todo.

—Estás loca, sí, lo sé. Pero eso también es algo que me hace quererte, Aura. Es una puta locura, lo asumo y sé que nos tomaran por esa clase de parejas extrañas que se complementan nada más conocerse, pero te quiero y quiero volar contigo, sentir el viento en mi cara y besarte hasta que no quede cielo que surcar.

Me quedo unos segundos en silencio observando al hombre que tengo delante, que acaba de desarmarme con sus palabras.

—Leo, me has engañado desde que nos conocimos.

—No te entiendo.

—Me has vendido a un hombre que no sabe lo que es el romanticismo, que no tiene ni idea de cómo conquistar a una mujer, pero... —Abro la boca sorprendida y se me dibuja una sonrisa en la cara que hace que mis ojos se humedezcan—. Joder, no quiero parecer una niñata estúpida, pero es que... Mierda, tampoco pretendo sonar desesperada, pero te he buscado en otras bocas y en cuerpos que no eran el tuyo. Sé que la vida no es tan sencilla, pero aquí y ahora, en este baño, tú haces que las cosas sean tan fáciles, que me das alas. —Me paso la mano por la mejilla eliminando el rastro de estas lágrimas que pretenden salir—. Quererte es lo más sencillo y a la vez lo más complicado que he hecho en toda mi vida, Leo. Y siendo sincera, creo que no podría querer a alguien que no fueses tú, a otra persona que no me mirase como lo haces tú y a ningún otro hombre que quiera quererme como me prometes tú. —Pongo una mano en su pecho—. No rompas esta promesa o no seré capaz de recuperarme de conocerte.

—Canija, no pienso dejar que lo que siento por ti sea una promesa de verano fugaz. La vida me ha puesto muchas pruebas y ahora me manda una recompensa. —Pone sus manos sobre la mía que aún descansa sobre su pecho—. A veces las puertas que se cierran solo son eso, puertas que jamás debieron abrirse. Tú, maravillosa loca, has derribado mis puertas con un bazoca. Gracias por cruzar tu mirada con la mía, por sonreírme, por ponérmelo difícil la noche del concierto; por invitarme a tu casa, por aquella conversación desnudos en la cama mientras la lluvia golpeaba los cristales. —Me empuja con su cuerpo contra la pared—. Muchas gracias por dejarme ser parte de tu día familiar y por ser como eres. —Su mano sube por mi cuello hasta agarrarme por la nuca y acercarme a su boca—. Pero, sobre todo, gracias por permitirme ser yo: el tímido, el que dice lo que piensa sin miedo y

el que te quiere como jamás pensó volver a querer.

Nuestras bocas colisionan. Esto ya no es ese primer beso tímido, que explora y espera. No. Esto es una colisión en primer grado y de las peligrosas. Un baño se convierte en el perfecto escenario para dar rienda suelta a nuestros besos, a manos recorriendo y desvistiendo.

—Aura. ¿Dónde has dejado mis llaves? Quiero irme a mi casa de una puñetera vez. No aguanto más domingo familiar. —La voz de Raquel suena fuera y comienza a aporrear la puerta—. Deja de meterle mano al señor agente de la ley y dame mis llaves.

Me separo de Leo a regañadientes y pienso en meterle un calcetín sudado a Raquel en la boca en cuanto tenga oportunidad.

—No pienso salir y tampoco voy a darte tus llaves. Estás borracha.

—Dame mis malditas llaves, Aura. O tiraré esta puerta abajo para arrancártelas.

Raquel comienza a golpear con sus manos más fuerte la puerta. Leo me mira sin comprender quién es esa loca que no deja de gritar y maldecir.

—Lo siento. Será mejor que... —Señalo la puerta con la cabeza y la abro—. Te llevo a casa.

—Me voy sola. Te dejo para que te comas al bollito entero. Al menos este parece amargar poco. —Trata de mantenerse recta, pero no lo consigue.

—Leo, ve a cenar y diles que me he ido a Madrid a llevar a esta borracha a casa.

—Voy contigo.

—No te preocupes. Raquel vive en Jerónimos. No tardaré más de media hora.

—Aura, es domingo.

—Sí, tú quédate aquí mejor con tu buen amigo Juanjo.

—Raquel, no seas gilipollas. —La sujeto del brazo y me alejo con ella—. Voy a por las llaves de mi coche y nos vamos ahora mismo. Necesitas una ducha y meterte en la cama. Y si un día de estos decides contarme qué te pasa, no estaría de más. —La siento en una silla de la entrada—. No te muevas de aquí.

Subo corriendo a la habitación de mi sobrina a por mi bolso y a por unas zapatillas. Antes de bajar me encuentro con los ojos preocupados de Leo.

—No te preocupes. Te prometí café recién hecho a las cinco de la mañana.

Le beso y no le dejo hablar. Seguro que empieza a insistir en

acompañarme, yo me negaré porque Raquel necesita hablar urgentemente. Si el alcohol no le hace dormir hasta mañana.

—Nunca rompo mis promesas. —Le acaricio la mejilla y de reojo veo a mi padre—. No he bebido nada. En una hora o dos estoy de vuelta. Tengo que preparar la vista de mañana, así que no tardaré. —Me acerco a él y le doy un beso—. Si tardo más de dos horas, no me movilices esta vez a los GEO.

No te reconozco

He metido a Raquel a regañadientes en el coche, me ha bufado seis o siete veces cuando le he pedido que me cuente qué le pasa. Ha tratado de salir corriendo para despistarme cuando he aparcado el coche a dos calles de su ático y me ha empujado al entrar en su portal.

—No te necesito aquí. Déjame en paz. —Sigue empeñada en que me vaya.

—Raquel, tienes dos opciones: dejarme pasar ahora o esperaré a que subas. —Saco del bolso las llaves de su piso—. Entraré dos segundos después.

—Después de esta noche te pediré que me las devuelvas.

Entrar en el piso de Raquel es como ojear las páginas de una revista de moda o de decoración. De la pared cuelgan cuadros con fotografías de primeras ediciones de VOGUE o el famoso *El beso* de Robert Doisneau. No puedo evitar mirar siempre a esos dos estudiantes de arte dramático parisinos. Justo a su lado hay una imagen de Sigmund Freud y su frase lapidaria a la que Raquel parece rendir culto: «El amor es un estado de psicosis temporal».

—Puedes largarte, Aura. Tu amorcito te espera.

Escucho ruido en la habitación, algo ha caído el suelo y ha estallado en mil pedazos.

—Bueno, no me gustaba tanto ese perfume. Todo tiene que terminar destrozado.

Al entrar me encuentro a Raquel descalza, caminando por encima de los pequeños cristales del frasco de *Coco Madeimoselle* de Chanel que ha estallado en el suelo. Hace una mueca con la boca, descorcha una botella de vino, que no sé en qué momento ha cogido y sale trastabillando con sus propios pies a la terraza.

—Cuando nos vayamos no quedará nada que guardar.

Escucho el sonido de una silla arrastrándose por el suelo, un golpe, cristal golpeando la pared y un gran suspiro unido a un extraño ruido, que proviene de la boca de una amiga que me preocupa más a cada segundo que pasa.

—Aura, corazón, ve con Leo, folla, folla como si el mundo se acabase

mañana. Que nunca se sabe.

—¿Qué coño pasa, Raquel? De repente estás eufórica, estás en la cima del mundo, te tiras a tu novio del pueblo, de lo que parece que no has disfrutado demasiado, te pasas todo el día bebiendo y con alguno de tus fármacos para tranquilizarte o revitalizarte. —Me sitúo entre ella y el muro—. ¿A qué viene todo esto?

—A nada que te importe. —Le da un trago a la botella—. De verdad, Aura, vuelve a tu mundo.

—¿A mi mundo? En serio, Raquel. ¿Me vas a contar qué cojones te pasa o prefieres que me ponga a rebuscar en tus cajones la mierda que pretendes esconder?

No me responde, me desafía. Levanta su ceja, alza la botella en el aire dándome paso a que mire debajo de su alfombra, a sabiendas de que no soy capaz de hacerlo.

—Vale.

Entro de nuevo en la habitación y me voy directa al baño. Es el lugar donde suele guardar la medicación. Espero encontrar el motivo de que una de mis mejores amigas se esté comportando de esta manera, pero me da pánico encontrar algo que me preocupe aún más.

—Ibuprofeno, Enantyum, Diclofenaco... Para el dolor siempre has sido la mejor, Raquel. No te falta nunca de nada. —Lo grito para que me escuche bien y recibo un «*Que te den*» en forma de respuesta—. Mmm, me llevo algunas de estas muestras. —Cojo unas ampollas creyendo que son de las que usa para efecto *lifting*, pero el nombre me suena a otra cosa—. ¿Petidina? Raquel, ¿de qué me suena a mí esto?

Salgo a la terraza y se lo muestro. Se queda blanca, pero trata de disimular rápido y sé que está buscando alguna excusa.

—No me intentes engañar. Puedes mentir al mundo entero, Raquel, pero no a mí. —Me acerco a ella—. No eres tú, eres una versión malvada y tóxica. Es como si de nuevo hubieses entrado en una espiral de autodestrucción.

—Es para mi dolor de espalda.

—Raquel.

Espero unos segundos para que recupere el valor que sé que tiene, me mire a los ojos y me cuente qué le está pasando. Pero no lo hace. Sonríe cínica, como si el mundo se tuviese que postrar a sus pies y niega con la cabeza soltando lentamente el aire entre sus labios.

—No tienes ni idea de lo jodida que puede ser la vida, Aura. —Aquí está

su versión más odiosa.

—Lo que tú digas, desconocida. Cuando vuelvas a ser mi amiga y no esta imbécil redomada, me llamas.

Vuelvo al salón y recojo el bolso que he dejado en una de las encimeras, pero tiro unas cartas al suelo. Me agacho para volver a dejarlas en su sitio, cuando veo el logo de MD Anderson. No... no puede... Me levanto del suelo sujetándome a la pared porque me empiezan a fallar las piernas. Respiro tratando de tranquilizarme y repitiéndome mentalmente que no es lo que pienso, que será el expediente de algún paciente al que ella está ayudando a superar este momento.

—Aura, lo siento, yo...

Me encuentro con los ojos de Raquel enrojecidos, con la mano apretada a la botella y se fija en el papel que está en mi mano.

—Te juro que no lo... Se ha caído al suelo y lo he...

—No pasa nada. —Raquel vuelve a ser ella—. Es culpa mía por no decirte nada.

—¿Qué es lo que pasa, Raquel? ¿Estás enferma?

Y el mundo se me cae encima cuando de su boca sale la explicación de esa carta con esas siglas. Es como si el mundo se parase de un frenazo brusco y me obligase a bajarme para ver todo desde fuera. Siento presión en el pecho, la cabeza está a punto de explotarme con la información que Raquel acaba de soltar sin medida y sin remedio. Lleva meses con médicos y pruebas en las que no han sido capaces de detectar de dónde le vienen esos dolores que la han obligado a pasarse a los opiáceos.

—Tenía que habértelo contado, pero...

—Si no lo dices en alto no es real.

Tengo que tragarme mis lágrimas, mi dolor, la pena que me está partiendo por la mitad para sonreír a mi amiga, a la que quiero con toda mi alma y la que ha pasado por esto sola.

—Quería ser valiente y pensar que era un dolor de espalda normal y corriente. Que en uno de los entrenamientos del gimnasio me hice daño al levantar unas pesas y que...

—No tienes que ser valiente sola.

Estamos sentadas en su cama *queen size*, cara a cara y con las manos unidas sobre nuestras rodillas. Raquel está tratando de no desmoronarse y yo siendo valiente por las dos.

—No estás sola. Lo sabes ¿verdad?

—No necesito que la gente me tenga lástima. No quiero dar pena.

—No das pena. Bueno. —Sonríe levantando una ceja—. Cuando te pones ese look de *homeless* con el vestido largo que tanto adoras y tus botas *Ugg* para ir a por café, dan ganas de darte unos euros.

Tiro de su mano y la cobijo en mis brazos. Sé que no le gustan los abrazos, que los odia profundamente, pero ahora mismo necesita saber que estoy aquí, que las chicas estaremos a su lado.

—Siempre me he cuidado, Aura. ¿Por qué me pasa a mí? —Se separa unos centímetros y, por primera vez en esta media hora, veo las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—La vida no es tan fácil como nos gustaría y nos cornea más veces de las que nos merecemos. —Le sujeto de la barbilla y le beso en las mejillas—. Eres fuerte, eres una de las tías más fuertes que he conocido en mi vida. —Sonríe tragándose mis lágrimas—. Hemos salido de muchos marrones que nos ha puesto la vida por medio: sobrevivimos al divorcio de tus padres que casi te destroza, a unos años difíciles en la uni, a aquel acoso al que te sometieron en aquel trabajo de mierda. —Tomo una gran bocanada de aire. No pienso permitir que Raquel crea que está sola en esto.

—No necesito que... —Trata de deshacerse de mis manos.

—No me apartes, Raquel, no ahora. Sé que no te gusta, pero voy a estar a tu lado sujetándote la mano, acompañándote al médico o durmiendo contigo.

—No quiero que dejéis nada por mí, no lo merezco.

—¿Quieres decir que te mereces a ese puto bicho? —Señalo su pecho—. No se te ocurra pensar que es algo *kármico*.

—¿Y si sí es así? El mal que haces se te devuelve multiplicado.

Mi respuesta es un pequeño puñetazo en el hombro de Raquel, junto un gesto de falsa aprobación que se dibuja en mi cara.

—Claro. La señora que está ahí —lo susurro y miro de reojo al techo— haciendo malabares con nuestras vidas en las manos mientras se hace un porro, ha decidido que tú en tu vida anterior fuiste Hitler y debes pagar tus masivos asesinatos.

—Aura...

—No, Raquel. No pienso dejar que te machaques por algo que no es culpa tuya. —Me pongo de rodillas sobre la cama y agarro a Raquel de la cara—. Ahora lo que hay que hacer es esperar todos los resultados, que nos digan cómo hay que actuar y nos vas a permitir estar a tu lado para cuidarte.

Raquel comienza a llorar. Todas esas lágrimas que ha mantenido a raya durante todos estos años, las está derramando sin control. Creo que no la he visto llorar en mucho tiempo. Ni siquiera cuando su padre murió hace un par de años lo hizo. Ella es más de tirar de métodos psicológicos y racionalizar todo. La muerte es parte de la vida y la vida parte de la muerte.

—Somos más que amigas, Raquel. Si tú lo sufres, yo estaré a tu lado. Y las chicas también, aunque aún no lo sepan.

—Debería habérselo contado, pero no quería tener que decirlo en alto.

—¿Por eso te has comportado como una estúpida últimamente?

—Oye, soy una enferma, no me trates así.

—No. Tienes un bicho al que vamos a exterminar. No eres una enferma y no reconozco a la tocapelotas analítica de mi mejor amiga en esa frase. — Sonríe guardando a buen recaudo mis lágrimas—. Sabes que te quiero con el alma, ¿verdad?

Raquel me abraza y nos mantenemos así durante varios minutos. Balbucea palabras que no comprendo, pero no dejo de pasar mi mano por su espalda tratando de reconfortarla.

La cocina de Raquel siempre está impoluta. No le gusta cocinar y la verdad es que no se le da demasiado bien. Sobrevive a base de menús preparados de una página web en la que controlan proteínas, hidratos y demás cosas importantes y necesarias para vivir bien. Abro la nevera y me encuentro caldo gallego de la *Taberna Maceira* de Huertas. También sobrevive a base de lo que ellos preparan en su restaurante. Echo un poco en un cuenco y lo caliente en el microondas. Son más de las doce de la noche y aprovecho que Raquel se está dando una ducha para mandarle un mensaje a Leo. Desbloqueo la pantalla y me tomo unos segundos para pensar lo que escribir. No puedo contarle lo que pasa, pero tampoco quiero mentirle. Opto por lo más fácil, ocultarlo.

Aura

Me temo que la noche se complica y cuando vuelva a la Finca seguramente ya estarás dormido. Prometo compensártelo en otro momento.

Lo envío y espero los dos minutos que le quedan al caldo para estar listo observando el móvil. Leo se habrá cansado de esperar y seguramente esté ya durmiendo. Dejo el móvil en la encimera y saco del microondas el bol, achicharrándome las yemas de los dedos.

—Joder.

Me meto el índice en la boca y escucho el sonido de un mensaje en mi móvil.

Leo

¿Va todo bien? Espero que solo sea que Raquel tiene ganas de hablar y estéis solucionando las cosas.

Aura

Estamos en ello, pero nos va a llevar un tiempo. Voy a ver si cena algo, la meto en la cama y puedo llegar para desayunar mañana contigo.

Leo

Yo que me había hecho ya a la idea de encontrarte desnuda colándote a media noche en mi cama...

Siento cómo me acaloro con las palabras de Leo. Me muerdo el labio, juego con mis dedos por encima del teclado sin pulsar ninguna letra y sonrío.

Leo es capaz de seguirme sorprendiendo con sus mil caras. Es capaz de ser el tío más tímido y correcto del mundo, pero cuando saca su parte algo irreverente, se deja llevar y trata de tener sexo telefónico conmigo... hace que

sonría, que me muerda el labio, que frote mis muslos entre sí y que suelte un suspiro.

Aura

Me has leído la mente. Mi idea era llegar a la Finca, deshacerme de esta ropa interior negra de encaje que tanto me aprieta, colarme en tu cama y...

Leo

¿y...?

¿Sabes que después de conocerte mi pobre corazón ya no está para más sobresaltos?

—Hace mucho que no tienes esa sonrisa tan bonita en la cara.

Raquel aparece en la cocina con una de sus batas y una toalla alrededor del pelo. Se ha quitado todo el maquillaje y, por primera vez en mucho tiempo, vuelvo a ver a aquella chica que conocí hace años.

—Estás preciosa.

—Sí, parece que tener cáncer me hace brillar. —Niega con la cabeza y frunce el ceño—. ¿Qué voy a hacer si esos test arrojan el resultado que más miedo me da en el mundo?

—Lucharemos contra ellos. —Agarro su mano y dejo el móvil en la encimera.

—Me da miedo perderos. —Se sienta al lado de la vitrocerámica y juega nerviosa con sus manos en las rodillas.

—No lo vas a hacer.

—¿Y si me muero? Para eso no hay marcha atrás ni remedios naturales. —Niega con la cabeza y respira hondo.

—Raquel, no sé cómo te sientes ahora mismo, pero comprendo el temor que tienes. —Me sitúo delante de ella—. Decirte que no pasa nada, que esto mejorará como si hablase de un catarro, sería una tremenda estupidez. Habrá

pruebas, visitas a diferentes médicos, resultados y estaré a tu lado.

—Aura, vuelve con el hombre que no deja de mandarte mensajes y olvídate por esta noche de mi bicho.

—Voy a cenar un poco de caldo contigo, nos vamos a meter en la cama, voy a poner *Armas de mujer*^[24] y nos emocionaremos con Tess, esa secretaria idealista y peleona que triunfa en la jungla neoyorkina. —Le doy la mano para bajar de la encimera—. No me voy a ir hasta que sepa que vas a descansar esta noche.

—Me dieron unas pastillas, pero no he querido tomarlas. Unos tranquilizantes. —Raquel cierra los ojos.

—No vas a volverte adicta a ellos. Si te ayudan a descansar, como si te fumas un porro.

Las dos escuchamos otro mensaje en el móvil y Raquel mira de reojo.

—Tu chico ha subido la apuesta. Si eso es su cuerpo, normal que te haya vuelto loca.

—No me jodas, Raquel.

—Carga estupendamente.

—Deja de babosearme la pantalla.

Cojo el teléfono con los ojos abiertos de par en par pensando que me ha mandado una foto *Adopta* en toda regla (vamos, rabo a pantalla completa). Al abrir el mensaje escucho la risa de Raquel.

—Eres una pichona. —Da un salto y coge dos botellas de agua—. Te espero en la cama. El caldo ya me lo calientas con esos mensajitos que os traéis.

Leo

Mi corazón estará bien esta noche.
Espero que soluciones el problema
de Raquel y que disfrutes de un
apacible sueño. Yo pienso soñar
contigo.
Nos vemos mañana.

Leo

No quiero sonar sobreprotector, pero quédate a dormir en Madrid. Y por el desayuno no te preocupes, yo lo prepararé los próximos 50 años. Te quiero.

Los próximos cincuenta años. Eso suena muy bien. Vuelvo a poner el caldo a calentar un minuto más y contesto su mensaje con una sonrisa en la cara.

Aura

Entonces yo me encargo de los cincuenta siguientes. No te pienses que ahora que he encontrado a un tío tan especial como tú, que me voy a conformar con solo cincuenta. Te quiero.

Raquel y yo no volvemos a hablar mientras transcurre la película. Su mano busca la mía por encima de la manta y se sujeta a ella fuertemente. Respondo con mi otra mano encima. Tengo unas ganas terribles de llorar, de maldecir al puto destino y de preguntarle al universo ¿por qué? ¿Por qué ha sido tan cabrón con ella? Pero no voy a hacerlo ahora. Me limito a sujetar fuertemente su mano y a sonreír al escuchar la voz de pito que le han puesto a Melanie.

Hora y media después, con la película finalizando y [Carly Simon](#) sonando, observo a Raquel que se ha quedado dormida gracias a la pastilla que se ha tomado. Aprovecho para salir a la terraza y darme cuenta de que son casi las dos de la mañana. Debería echarme un poco y descansar, pero mañana tengo una reunión muy importante con un nuevo cliente. Necesito terminar de ojear los papeles y están en la Finca.

Compruebo que Raquel sigue durmiendo tranquila y le dejo una nota en la mesilla. Le beso en la frente y la observo durante unos segundos más. No consigo aguantar las lágrimas que comienzan a caer sin control por mis mejillas. Tengo que salir de casa rápidamente o uno de mis sollozos podría despertarla.

El derecho que no tienes

Son las cinco menos cinco de la madrugada y estoy a punto de enchufarme una vía desde la cafetera a mi brazo. He estado las últimas dos horas de mi vida observando una pantalla y he comprendido que soy capaz de dormirme con los ojos abiertos.

—Buenos días.

Me sobresalta la voz de Leo justo detrás de mí. Estoy a punto de tirarme por encima la leche.

—Joder. Qué susto.

—Lo de pedirte que no vinieses... —Frunce los labios y se acerca a mí lentamente.

—¿Tú sabes lo complicado que es para mí pasar un solo día sin verte? — Abro mucho los ojos y le sonrío.

Compruebo que sus ojos están hinchados y demasiado rojos. No es de las pocas horas que ha dormido, parece que la conversación con Raquel no ha ido bien.

—Aura.

—No estás acostumbrado a que desobedezcan tus órdenes. —Juega conmigo para que no me fije en el gesto de tristeza que tiene dibujado en la cara.

—No fue una orden, solo una petición. Jamás te ordenaría nada, Aura. —Sujeto sus mejillas con fuerza—. ¿Todo bien?

—Me encantaría decirte que sí, que Raquel está atravesando una crisis de identidad con nombre largo y tedioso, pero...

Se queda en silencio, ladea su cabeza y apoya la mejilla en mi mano. Tiene los ojos cerrados, los labios fruncidos y respira lentamente, como si con cada respiración soltase un poco de dolor.

—¿Qué ocurre, canija?

—La vida es demasiado jodida a veces... demasiadas veces.

Abre los ojos y me sonrío con uno de sus gestos ya característicos:

levanta un hombro y ladea su cabeza.

No decimos ni una sola palabra mientras termina de prepararse el café. Ella por no soltar lo que le hace llorar y yo por miedo a que preguntar le haga derramar más lágrimas.

—Sea lo que sea quiero que sepas que puedes hablar conmigo.

—No eres la persona más adecuada con quien hacerlo, Leo. —Se levanta para meter en el lavavajillas unos platos—. No me malinterpretes, pero no es el momento y a ti te podría traer demasiados recuerdos.

No me doy cuenta de que esta frase le da una pista demasiado grande a Leo.

—¿Estás enferma? —Pone sus manos sobre mis hombros y siento que tiemblan.

—No. —Me doy la vuelta y niego con la cabeza.

—¿Raquel está enferma?

No asiento, pero tampoco desmiento. No quiero mentir y no soy quien para decir que sí, que un puto cáncer ha decidido poner su diana en Raquel.

—Me dices que me traerá recuerdos. ¿Es cáncer?

Cierro los ojos al escucharlo en boca de Leo. Me abraza fuertemente como si tratase de que mi cuerpo soltase el dolor, como si quisiera quedárselo él. Escucho su respiración, cómo suelta aire por la nariz y su cuerpo tiembla. No sabe qué decir.

—Lo siento mucho.

—No me digas eso. —Me separo enfadada—. No te atrevas.

Sé que solo es una forma de hablar, pero el miedo me invade. Muchas veces soy mi peor enemiga, mi mayor desastre y si no puedo controlar el pánico ahora mismo...

—No te atrevas a decir que lo sientes porque eso se dice cuando alguien muere y Raquel no se va a morir. ¿Lo entiendes? —Levanto una mano en el aire—. No te atrevas, Leo. No la conoces, no tienes ni idea de quién es Raquel. ¿Vale? —Siento cómo mis propias lágrimas, unidas a un pánico absoluto, están a punto de ahogarme.

—Pero...

—Tengo que irme.

Salgo de la cocina, recojo todos mis papeles, el portátil y el termo que me he preparado con café, y camino rápidamente para refugiarme en mi coche.

Necesito llorar y soltarlo todo antes de ponerme en camino al trabajo. Lanzo mis cosas en el asiento del copiloto, dejo el termo en su sitio y cierro la puerta. Meto la llave en el contacto y no soy capaz de hacer nada más que llorar. Me apoyo en el reposacabezas y comienzo a escuchar la radio.

«Todavía tengo el tiempo suficiente para saber cómo perseguir mi tristeza. (...) y cuando la noche cae, la soledad llama. Quiero bailar con alguien».

Una versión en acústico de *[I Wanna Dance With Somebody](#)* sale de los altavoces y escucho unos nudillos golpeando la ventanilla. Giro la cabeza y veo a Leo con un mechón de pelo sobre sus ojos marrones, mirándome con preocupación. Niego con la cabeza, abro la puerta y me sitúo delante de él.

—No lo hagas, Aura. No me apartes de ti en un momento así. —Busca mis manos que juguetean nerviosas con el bajo de mi americana—. Porque siento decírtelo, pero no pienso separarme de ti ni ahora ni nunca. Así que acostúmbrate a tener al lado a alguien que se va a preocupar siempre por ti.

—Tú ya sabes lo que es pasar por esto. Bosco también lo sabe y yo no sé si seré capaz de manejar todo lo que siento para poder estar al lado de Raquel con una sonrisa. —Respiro hondo entre lágrimas—. Quiero asegurarle que saldremos de esta, joder, que somos nosotras, que es ella. Es Raquel, la tía más fuerte de este planeta.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos y Leo me sujeta de las mejillas, acerca sus labios a mi cara y me besa.

—Es una manera de curar el dolor. Mi madre lo hacía conmigo de pequeño. —Su voz se resquebraja un poco.

—¿Y funciona?

—Pienso besar todas las lágrimas que derrames.

Me aprieta fuertemente contra su pecho y comenzamos a movernos al son de la canción que aún sigue sonando.

—Bailar también cura.

—No le hacía de los que bailan canciones de amor, agente Ramírez. — Me separo de él para poder mirarle a los ojos—. Siento lo de antes. No... — Carraspeo un par de segundos—. Esa es la Aura que no me gusta: la que se enfada cuando no puede controlar lo que sucede a su alrededor y que no puede hacer nada por solucionar los problemas.

—Canija, que el mundo no depende solo de ti. Debes aprender a dejar que las personas solucionen sus vidas.

—Lo siento.

—No me pidas perdón por ser tú, Aura. Aunque me vaya a contradecir, es

algo que me gusta mucho de ti: la manera que tienes de querer que el mundo sea un lugar mejor y más bonito. —Agacha la cabeza para ponerse a mi altura—. No cambies nunca por mucho que los idiotas te lo digamos.

Roza sus labios con los míos y me pega contra el coche para empezar un beso que, si no llegamos a estar en medio del punto de mira de sus compañeros, lo acabamos desnudos en la parte trasera de mi coche. Que no es muy grande, pero yo soy muy flexible.

—Sé que esta promesa vale un *cagao*, pero todo saldrá bien. Este fin de semana intentamos salir de la Finca, cenar los dos solos y descargas tu ira sobre mí. —Abre mucho los ojos, pone sus manos en forma de garras y pone cara de terror.

—Tengo la mecha corta. He aprendido en estos años a controlarla, pero a veces la cabrona se acorta más. —Le beso a modo de despedida—. Te quiero.

—Te quiero, mecha corta.

Le observo por el retrovisor quieto en medio del camino mientras me alejo. Se pasa una mano por el pelo, después por la cara y niega con la cabeza. Me temo que todo esto se le va a hacer también muy duro. Espero que el recuerdo y la culpabilidad no le terminen pasando factura.

No me concentro en la primera reunión ni en la segunda y debo tener cara de culo media mañana y hasta mi jefe se da cuenta.

—Esta tarde una de nuestras secretarias os mandará toda la documentación para firmar. Muchas gracias. —Richard, uno de los socios, se despide de los clientes.

Escucho la conversación de fondo y me levanto para mirar por la ventana. Este despacho está en un cuarto piso de un edificio antiguo y recién reformado. Se ve la calle Serrano, compradores con bolsas de *Gucci* o *Chopard* pasean por la acera ajenos a mi dolor. Es lógico: nunca nos ponemos en la piel de otro por gusto, solo lo hacemos cuando de verdad nos toca y esto... Joder, esto me está matando.

—Aura, no sé qué demonios te pasa, pero más vale que vuelvas a estar como siempre en la reunión de mañana. Es importante, es necesario ganar ese juicio o perderemos a una clienta muy importante.

—Sí. —Respondo de forma automática—. Por supuesto.

—Y mañana te pasaré a un nuevo cliente que se dedica a enfrentar a perros contra gatos callejeros.

—Vale, me pondré con ello. —Sigo observando la calle.

—Aura, ¿qué ocurre? —Richard me sujeta del codo para que le mire.

—Perdona, estaba...

—En otro mundo. ¿Va todo bien? Tienes la cara como si hubieses comido sushi en mal estado y te hubieses tirado la noche con el amigo *Roca*.

Richard tiene muy poco tacto cuando tiene confianza.

—El fin de semana no ha terminado como me hubiese gustado.

Me quedo en silencio antes de decir nada más ya que Richard conoce a Raquel.

—Bueno, seguro que tiene solución. —Me mira entrecerrando los ojos, como si su táctica para sacar información fuese a funcionar conmigo—. No, no es nada bueno. Vete a casa y prepara lo de mañana. Aquí no te necesitamos hoy. Date una ducha, ponte un buen café y no dejes ni un solo cabo suelto.

—Tengo una reunión esta tarde con una nueva clienta. Alguien le ha recomendado el bufete.

—Se encargará Mateo de ella.

No, Mateo no. Puede ser el mejor abogado de derecho inmobiliario, pero para tratar de tú a tú con personas reales, lo siento, pero no.

—Claro y que nos ponga una demanda por acoso en otro bufete.

—Ya sabes que eso no fue así, Aura.

—Yo sé lo que vi y sé que no le puedes echar porque es el hijo del socio fundador, pero no quiero que vea a una mujer que viene para divorciarse de un empresario conocido, a la que le han llovido tantos cuernos que ha perdido la cuenta. —Niego con la cabeza—. Quedaré con ella fuera de aquí y trataré de adelantar la cita para irme a casa, pero no pienso darle al imbécil de Mateo a ninguno de mis clientes.

—¿Nunca vais a solucionar lo vuestro?

—Sí, el día que decida dejar de formar parte del bufete para irme a vivir en una furgoneta, leer los millones de libros que tengo acumulándose en mi piso y beber vino. Ver las estrellas, bañarme desnuda en una cala solitaria y volver a vivir. —Niego con la cabeza pensando en mis ganas de abandonar este trabajo.

—Me acabas de vender demasiado bien tu retiro. Si me haces un hueco, nos fugamos juntos.

A ver, Richard para la edad que tiene no está mal. Es un británico al que tengo que levantar bien la cabeza para hablar, que bebe whisky cuando cree que nadie le ve, que tiene una sonrisa bastante bonita; una cara adornada con dos ojos azules que son capaces de hacer que te cagues de miedo si tratas de ocultar algo y al que los trajes hechos a medida le sientan de lujo.

—No creo que a tu mujer le haga mucha gracia.

Su mujer Madeleine es la dueña de una pequeña cadena de hoteles boutique (vamos, hoteles de lujo pequeños y en sitios muy exclusivos, por los que tienes que dejar el sueldo de medio año, tu primogénito y un riñón en perfectas condiciones para pagar una noche), dura, estricta y con muy malas pulgas.

—Será mejor que te dediques a satisfacer a tu mujer mejor o te cambiará por un jovencito de veinte años. —La confianza que tenemos puede llegar a dar asco.

—¿Eso has hecho tú? ¿Buscarte a un jovencito que satisface todos tus placeres ocultos?

Salimos de la oficina para ir a coger dos cafés a una cadena de cafeterías cercana y para que Richard se fume un cigarro.

—Ya sabes que mis vicios no son peligrosos, Rick. Y mucho menos ocultos.

—Aún me acuerdo aquel tío que apareció en la cena de empresa de navidad hace dos años que se le veía el tanga de cuero por debajo del vaquero.

—Madre mía, no me acordaba del *cowboy* ya. —Sonríó recordando aquella cena y la entrada triunfal del desastre de fin de año.

—He conseguido mi misión.

—¿Cuál? ¿Recordarme que no escojo nada bien a los tíos? —Entramos en la cafetería y busco la aplicación en mi móvil para pagar.

—Aún no habías sonreído hoy. —Pone su mano en mi espalda mientras hacemos la cola—. Ya sabes que lo que necesites, solo tienes que pedirlo. Somos amigos.

—Lo sé, Richard. Muchas gracias. Ahora solo nos queda esperar unos resultados y veremos lo que hay que hacer. Es una mierda.

—Vale, me temo que ya sé a qué te refieres. Lo que necesites, pídemelo. Días, horas, vacaciones...

El problema es que Raquel no me va a permitir estar a su lado día y noche. Tengo que hablar con las chicas, organizar algo en la Finca y darle la oportunidad a Raquel de soltar todo, de llorar y de que sepa que vamos a pelear con ella.

Pasamos la mañana con una charla de una de las psicólogas que nos suele visitar y que nos da unas pautas para solventar algunos problemas que

han surgido en los últimos meses en el grupo. Pero en el momento en que me ponen de pareja al imbécil de mi primo, comprendo que esto no va a terminar bien.

—Esto ya sabéis cómo funciona.

Estamos alrededor de la psicóloga formando un círculo perfecto (todos tenemos bastantes TOC como para que no sea perfecto).

—En vuestras misiones tenéis que confiar ciegamente en vuestro compañero. Son vuestros ojos, manos y cuerpo. Ponéis vuestra vida en sus manos. —La psicóloga tiene un tono de voz muy relajado—. Este ejercicio es sencillo, lo hemos hecho mil veces, pero sé que entre algunos de vosotros ha surgido algún problema.

—Si tan solo fuese alguno. —Juanjo, que está a mi lado, me mira de reojo.

—¿Algo que compartir con la clase, agente Ochoa?

—No, señora. —Juanjo se pone firme, pero sin quitar su sonrisa.

—Seguro que es algo que a todos nos gustaría escuchar. ¿O es que está poniendo al día a su compañero de los polvos que no ha echado este fin de semana?

Se escucha una carcajada general que se oculta tras carraspeos cuando la psicóloga nos mira.

—Sí, claro, es divertido, pero si en un ataque cuerpo a cuerpo, estáis más pendientes de ser graciosos que efectivos...

Antes de que Juanjo se dé cuenta, está arrodillado en el suelo con la mano en la nuca y tratando de no gritar.

—Si llevase un arma, la bonita cara del agente Ochoa ya no haría suspirar tanto.

—Yo si quieres una cita, te la doy, pero lo del sado aún no me ha dado por ahí.

Ella le susurra algo, le aprieta más la muñeca, pero Juanjo no se amilana. Sonríe, responde con otro susurro y al final ella termina ocultando una sonrisa tras su pelo rubio.

—Venga, que no me pagan por ver cuerpos quietos. Haced los ejercicios que os he dicho y os esperan para correr. Parece que os han dado muy bien de desayunar.

—Muy bien, Ochoa. Gracias por esos kilómetros extra.

Varios de nuestros compañeros se lo recriminan entre risas.

Somos un grupo bastante bueno, en el que no hay demasiados

problemas ni... Vale. Hay uno: Estévez. Y me temo que me lo voy a comer toda la semana. Menos mal que el viernes tenemos varios días de permiso y le perderé de vista hasta el mes que viene que vuelve de sus vacaciones forzosas.

He conseguido que la señora Benlliure acceda a adelantar la cita y nos reunimos el Jardín de Orfila. Se supone que a estas horas el restaurante del hotel Orfila debería estar lleno, pero no es así. Salgo a la terraza extrañada y, como su mismo nombre indica, es un jardín precioso en el hotel cerca del barrio de Salamanca.

—Buenas tardes, señora Benlliure. —Extiendo mi mano para estrechar la suya con firmeza—. Muchas gracias por aceptar el cambio tan repentino de cita. Espero no haber trastocado demasiado su agenda.

—No, por supuesto que no. Para esto muevo las citas que sean necesarias. —Estrecha mi mano con suavidad—. Mi marido quiere coger lo que no es suyo y no se lo pienso permitir. Sofía Suarez te recomienda. —Hace un gesto extraño con sus labios mientras se pasa un mechón de su melena rubia por la oreja—. He de ser sincera, no erais los primeros en la lista. No tengo nada en contra de tu bufete, pero no sois tan conocidos como otros.

—Lo comprendo. Puede que otros abogados salgan en prensa hablando de sus juicios. Nosotros somos un bufete sin fisuras: nada sale de nuestras reuniones ni de nuestros despachos. Jamás oirán una queja de ningún cliente por falta de profesionalidad o...

—Perdona que te corte, pero no me recomendaron la firma, me recomendaron a Aura Miguel.

Me remuevo en la silla. No suelen lloverme recomendaciones todos los días y me sigue llamando la atención que lo hagan.

—Sofía me ha asegurado que todo lo que descubras o sepas de mí, de mi vida, de mis cuernos... muchos, para llenar plazas de toros de España y Portugal... —La señora Benlliure juega con un enorme diamante que lleva en su dedo anular—. Mi marido quiere lo que no es suyo y no pienso dejar que me deje como una cornuda que no ha sabido separar el amor del dinero.

Saco una libreta de mi bolso, la pluma y comienzo a hablar con ella sobre su caso.

No estoy demasiado puesta en temas de la alta sociedad madrileña, aunque Richard haya tratado de convencerme para asistir a varias fiestas. He sabido desecharlas todas alegando dolores de cabeza, falta de ganas o que

tenía mejores planes. Lo de sentirme observada y señalada no es lo que más me gusta.

Tres horas, dos cafés y una botella de champán francés bastante caro –que la señora Benlliure se ha metido entre pecho y espalda mientras ponía a su marido fino– después, me despido de ella prometiéndole una cita en un par de semanas cuando haya podido trabajar un poco en profundidad en su caso.

Son casi las siete de la tarde y cojo el teléfono para llamar a Raquel, pero no me contesta. Supongo que estará con alguna visita y le mando un audio.

—Anota en tu agenda que el sábado no puedes quedar con nadie ni el domingo. Vamos a cenar las cinco juntas, vamos a hablar y, aunque no te guste y pongas cara de berenjena en vinagre cuando lo oigas, tienes que contárselo a la chicas. Las necesitas.

Le doy a enviar y voy a guardar el móvil en la chaqueta, pero escucho el sonido de un nuevo mensaje.

Rachel

Estoy con una sesión ahora mismo. Te mando a la mierda mientras escucho cómo este niño me cuenta que odia a sus padres porque le han escondido la play. ¿Si le doy dos hostias crees que me denunciarán? Siempre te tendré a ti para sacarme de la cárcel.

Raquel es una de las mejores psicólogas-psicoanalistas-comecocos de Madrid, pero su paciencia tiene un límite cuando se trata de *no problemas*. Así llama ella a estos casos.

—Siempre te sacaré de la cárcel y es probable que se merezca las hostias para que espabile, pero será mejor que le hagas caso y dejes de escuchar los audios que te mando. ¿Y si dijese la palabra pollón gritando y un paciente lo oye?

Vuelvo a enviar un audio nuevo y camino de vuelta a casa. Yo que

pensaba meterme en la cama y dormir a las tres de la tarde cuando trataba de aplazar la cita...

El día ha sido demasiado largo y aún nos queda una reunión por la noche con otro de los superiores para tratar ciertos temas –vamos, problemas– del último operativo. No podemos mantener a Estévez en el equipo: ponemos mucho en cada operación y un día de estos vamos a tener un susto.

—No me jodas, Estévez. Casi me vuelan la cabeza aquellos narcos y todo porque estabas jodido de la noche anterior.

—Venga ya, Bosco. El problema es que ya estás demasiado viejo para hacerte el héroe. A ver si te jubilan ya, que estorbas.

Bosco empuja su silla contra la pared y le obligo a parar con un brazo sobre su pecho.

—Eres mucho más listo que él, no entres en el juego.

—Hazle caso a tu novio. De los dos serás la guapa, pero tonta como rubia que eres. —Estévez le lanza un beso.

—Machista, misógino y descerebrado. Eres toda una joyita, Estévez. —Juanjo se une a la batalla.

—Vete a hacerte las cejas y a peinarte, que se te ha salido un mechón, bonita.

—Si Bosco no le da su merecido se lo daré yo.

Juanjo se levanta y tengo que pararle a él también.

—¿Así os lo montáis? ¿En plan trenecito? ¿Tú eres el soplanucas o el muerdealmohadas?

—Te faltaba homófobo para ser una verdadera joya, Estévez. No sé cómo pasaste los psicotécnicos. —Niego con la cabeza—. Tu padre es quién es y él decidió meterte aquí. El problema es que ahora tienes más y mejor acceso a drogas.

—Somos familia, Ramírez. Algún gen te tocará. Déjame pensar. —Se pasa la mano por la barbilla y sonrío de una forma asquerosa—. Pillarte por tías que no valen ni para follárselas con la luz apagada no es cosa de familia. Tengo mejor gusto como para follarme a esa tía que pulula por aquí. ¿Es a todo lo que aspiras? ¿A una tía con un culo tan grande como su boca? Primo, no eres tan guapo como yo, pero bueno... con esa boca seguro que come pollas de lujo.

No me lo pienso, no, no lo hago. Aprieto mi puño fuertemente y me lanzo

contra Estévez con toda mi ira. La que llevo reprimiendo demasiados años. El golpe va directo a su nariz. Sé dónde dar con toda mi fuerza para hacerle daño, pero antes de que pueda lanzar otro ataque, él se defiende. Me empuja contra la puerta y la atravesamos los dos cayendo al suelo. Su posición sobre mí le da una ventaja que le quito en unos segundos cuando le empujo deshaciéndome de él.

—¿Esto es porque me he metido con la gorda de tu novia? Que si te gustan las ballenas, metete a Greenpeace para salvarlas de una muerte digna.

Sé que lo está haciendo para provocarme y yo, como un imbécil, caigo en sus provocaciones. Pero no voy a permitir que insulte a Aura.

—Reconozco que sus tetas son de las que me gustan: perfectas para meter mi rabo entre ellas y correrme en su boca sin dejarla respirar.

Escucho lejos, muy lejos, las voces de Bosco y Juanjo pidiéndome que no caiga ante sus palabras, pero no puedo. No pienso dejar que nadie hable así de Aura y menos que lo haga en su casa. Sus sobrinos, su hermana o sus padres pueden escuchar a este hijo de puta hablar así de ella.

—Te juro que como no dejes de hablar te voy a dejar sin un solo diente. —Aprieto mis puños fuertemente.

—Nunca has sido bueno eligiendo mujeres. La primera de la que te enamoraste era una ingenua. La segunda a la que pediste que se casase contigo... —Se pasa la lengua por los labios—. ¿Cómo decírtelo, primo? Era un tanto zorra. Follaba como los ángeles, pero también tenía la boca demasiado grande. Siempre te han gustado mujeres intelectualmente superiores a ti. —Niega con la cabeza con condescendencia—. No eres más que un cuerpo lleno de músculos que no sabe satisfacer de ninguna manera a una mujer; ni en el sexo ni en el amor y mucho menos en la vida. — Levanta los hombros creyéndose ganador—. Tu destino es morir solo y seguramente en algún combate de esas misiones estúpidas a las que siempre huyes como un cobarde.

Quiero seguir machacándole hasta desfigurarle la cara, pero me contengo. No me gusta lo que él consigue sacar de mí: soy mi peor versión y prometí nunca más volver a ser así.

—Eres un muerto de hambre, Estévez. Tu padre te ha sacado siempre de todas tus cagadas, incluso yo he tratado de protegerte: somos familia, al fin y al cabo. Pero se acabó. —Respiro profundamente y me acerco a él ante la atenta mirada de todos nuestros compañeros—. La próxima vez que pongas

a mi equipo en peligro, la próxima vez que vayas a unas tácticas drogado, pienso llevarte yo mismo al despacho del Teniente General.

—No tienes cojones, Ramírez. Todos los sabemos.

No le doy opción a decirme nada más a la cara. Me doy la vuelta y camino hacia la cocina para poder entrar en el baño y lavarme la cara.

—Huye, huye como un maldito cobarde, que es lo que eres. —Escucho sus pasos detrás de mí—. Así hiciste cuando tu madre se murió sola en aquella cama de hospital, esperando a que su hijo se dignase a dejar la botella de vodka y los porros.

Todo pasa muy deprisa. Me lanzo sobre él y le golpeo con todas mis fuerzas. Siento un golpe en la boca del estómago, le devuelvo un puñetazo y Estévez acaba cayendo contra una de las mesas de cristal, haciéndola añicos. Veo sangre, mucha sangre sobre su camiseta, demasiada para ser solo de la hemorragia que le he provocado en la nariz y en la boca. Me agacho a su lado y compruebo que uno de los trozos de cristal se ha clavado en su brazo, provocándole una aparatosa herida, pero que no reviste demasiada gravedad.

—Debiste morir tú y no ella.

Antes de levantarme siento que algo me atraviesa la camiseta y se clava en mi pecho. Bajo mi mirada y la sangre comienza a teñir la tela. No me puedo creer que lo haya hecho.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Bosco y Juanjo se apresuran a explicarle a Estévez padre lo que acaba de suceder.

—Me la sopla de quién haya sido la culpa, quién haya empezado o quién se haya follado a quien. Ramírez, puedes recoger las cosas de tu cabaña.

—Señor, si él se va, nos vamos todos. —Uno de mis compañeros me ayuda a levantarme del suelo y apoya su mano en mi pecho.

—No me toques los cojones, Castro.

—Debería controlar más a su hijo, Señor. Y se lo digo con todo el respeto. Si él no sabe separar sus noches de fiesta de los días de trabajo...

—Castro se queda en silencio.

—Mañana hablaremos de todo eso, pero Estévez y Ramírez estáis expulsados de la Academia una semana en cuanto se acaben estos días de mierda que me han obligado a organizar.

Todos se apresuran a desaparecer y Estévez padre se acerca a mí

lentamente sonriendo.

—Pienso acabar contigo. Saldrás expedientado y por la puerta trasera tal y como te mereces. Tal y como tu padre acabó su carrera. —Pone una mano en mi pecho y aprieta sabiendo que me inflige dolor—. Tu familia sufrirá otra deshonra dentro del cuerpo. Los Ramírez no deberíais haberos cruzado con nuestra familia. Tal vez mi hermana seguiría viva.

—No hables de mi madre. —Aprieto mi pecho contra su mano haciéndole saber que ni le tengo miedo ni le voy a permitir hablar así de nadie de mi familia.

—Si tu padre se hubiese preocupado más de ella y menos de sus misiones por el mundo, tal vez seguiría viva. Enfermó por la pena.

Nos enfrentamos solo con la mirada. No quiero seguir con los golpes porque acabaré convirtiéndome en quien ya no soy. No sé si sería capaz de parar de pegarle en algún momento.

—Estévez, levántate y vamos a curarte esas heridas. No comprendo cómo te dejas ganar por tu primo. ¿No te he enseñado a pelear contra los Ramírez?

Le extiende una mano para levantarse y se van susurrando algo. Les pierdo de vista y vuelvo a bajar mi mirada hacia mi camiseta. La tela está completamente pegada a mi pecho, pero no siento dolor. La rabia lo ha cubierto todo por completo.

Salir a estas horas de Madrid es una locura. La gente parece que huye despavorida en cuanto dan las siete de la tarde. Sé que hasta la Finca, un trayecto de cuarenta minutos como máximo, hoy me voy a tirar mínimo una hora, pero quiero ver a Leo e intentar tener cinco minutos a solas con él.

La realidad me hace apagar el motor del coche a la altura de Getafe: accidente múltiple que mantiene completamente paralizado el tráfico en cinco kilómetros.

Conecto una de las listas musicales de mi teléfono y bajo las ventanillas. Aun con el ruido que se genera en un atasco, con el claxon nervioso de un conductor, los gruñidos del que a mi lado está también sin moverse, soy capaz de evadirme. Una buena canción soluciona un día entero de mierda. Y llorar, de vez en cuando se necesita. He tratado de olvidarme de las pruebas de Raquel durante todo el día, pero ahora estoy sola y puedo derrumbarme un poquito, solo un poquito.

«¿Quién va a salvarme a mí de mi cabeza? Me quedo como sin presión y vuelo

en otra dimensión».

No puedo evitar cantar a Leiva y llorar en el estribillo de [Electricidad](#). Es completamente inevitable y lo asumo: soy muy visceral, me dejo llevar fácilmente y lloro cuando menos me lo espero. Y dicen que los ascendentes en Libra somos los más equilibrados... mis cojones.

—«*Toda esa puta electricidad era una mentira más de lo que fuimos*».
—Canto sin preocuparme que los de al lado sigan mirándome por llorar, reír y cantar dándole golpes al volante—. «*Oh oh oh oh, oh oh oh... De lo que fuimos*».

No temas a la vida

Al parar delante de la verja de la Finca me doy cuenta de que ya está anocheciendo. Son casi las diez de la noche y apoyo unos segundos mi cabeza en el volante tratando de recomponerme. No quiero que mi hermana o mis padres se den cuenta de que he estado llorando dos horas.

Tardo un par de minutos en salir del coche cuando lo aparco. Me miro en el retrovisor y escucho unos gritos en el jardín trasero. Me parece que son los Estévez ladrando en su idioma.

—¿Eres imbécil? ¿Te crees que enfrentándote de nuevo a Ramírez voy a poder seguir ocultando tus cagadas, hijo?

—Papá, ha empezado él con su soberbia y chuleando de que esa tía le come la polla como nadie. Que para tener un culo tan grande, lo mueve a la perfección follando. Solo he repetido sus palabras y me ha atacado.

—Me da exactamente igual las provocaciones de Leo, joder. Te he enseñado a ser más listo que esto, hijo. Y ¿atacarle con un cristal roto? ¿Sabes en el lío que te puedes meter si decide denunciarte?

Salgo del coche negando con la cabeza con sus anteriores palabras, pero en el momento que escucho las palabras *atacarle* y *cristal*, me asusto. ¿Qué cojones ha pasado esta tarde? Me deshago de mis zapatos de tacón, los lanzo al suelo y salgo corriendo por el camino hasta llegar al salón. No hay nadie, no escucho ni una sola voz y me preocupa mucho. Esta casa suele ser muy ruidosa y que no haya ni un solo ruido...

—¿Zoe? ¿Chicos?

Nada, no hay respuesta.

Camino descalza hasta llegar a la cocina y encuentro los restos de la pelea. Hay cristales rotos en el suelo, mi madre niega con la cabeza mientras los recoge y mi padre está al teléfono. Al fondo Bosco y Juanjo se quedan en silencio en cuanto me ven.

—¿Por qué nadie... ¿Qué... —Levanto los brazos en el aire.

Todos me miran como si hubiesen visto un fantasma mientras salgo por la puerta. Veo a Leo sentado en la piscina, pero no puedo verle la cara. Está justo

en el único lugar en el que no hay luz. Me acerco a él y veo los restos de la pelea en su cara y en sus nudillos.

—Joder. —Me llevo la mano a la boca.

—Es menos de lo que parece. —Hace una mueca de dolor al tratar de sonreír.

Me agacho lentamente a su lado, se me corta la respiración al ver sus heridas, parece que duelen bastante.

—¿Qué ha pasado, Leo? —Intento pasar mi mano por su mejilla, pero no lo hago, me paraliza unos microsegundos antes. Las palabras de Estévez retumban en mi cabeza.

—No nos hemos puesto de acuerdo en un tema.

—¿En si la chupo bien o en si follo mejor para tener un culo tan grande? —Mi tono de voz ha cambiado, lo noto y otra de mis Aura que no suelo controlar está a punto de salir.

—¿A qué viene eso? —Leo se levanta negando con la cabeza.

—He escuchado a los Estévez hablando cuando he llegado.

—Aura, me temo que esto ha ido demasiado rápido. No podemos querer en un mes, solo nos hemos visto tres veces y nos hemos declarado amor eterno sin preocuparnos por lo que puede pasar. —Sonríe tristemente—. No somos una canción de Marwan y mucho menos uno de sus poemas. —Se pasa una mano por la boca y levanta una ceja al mirarme—. *«Se enamoraron nada más mirarse. Él venía dolido de otro cuerpo. Ella creía saber cómo domarlo. Él resolvió ser distante para gustarle. Ella que él debía ser quien diera el primer paso. Ambos esperaron a que fuera el otro quien hablara».*

—«Y así fue el amor más bonito de la historia que jamás tuvo lugar^[25]».

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos sin dejar de mirarnos a los ojos.

—No comprendo a qué viene ahora todo esto. —Trato de agarrarle de la mano, pero la aparta—. Leo, no lo hagas, por favor.

—Tal vez el nuestro sea el amor más bonito y efímero de la historia que una vez tuvo lugar.

—Pero...

Acaba de decir esas palabras que tanto me aterran, que tanto me hieren y que no esperaba escuchar de su boca.

Por mi mente pasan todas las burlas, los falsos te quiero para llevarme a la cama, las mentiras y los desastres que creí que jamás volverían a mi vida. Esto tiene que ser una broma, una muy pesada y que no me gusta, pero no

puede ser real.

—Aura...

No le dejo continuar, no quiero que siga con sus palabras o me rechace de nuevo si me acerco, así que me doy la vuelta y cruzo el jardín para volver hasta mi coche.

No necesito esto.

No esta noche.

No viniendo de él.

¿Qué cojones se me ha pasado por la cabeza para actuar de esta manera?

¿Cómo puedo ser tan cobarde de alejar a Aura de mi lado para no hacerle daño más adelante?

¿Cómo me he dejado comer la cabeza por las palabras de los Estévez de hace unas horas?

Cruzo la Finca para llegar hasta el coche de Aura que está saliendo por la entrada haciendo que se levante bastante polvo. Corro tras él, no me voy a rendir tan fácilmente: la he cagado y tengo que solucionarlo. Pisa el acelerador con fuerza y el coche se va de la parte de atrás, pero lo endereza para alejarse más de mí. Ha anochecido muy rápido y pierdo de vista las luces del coche de Aura, pero sigo corriendo casi a oscuras. Unos segundos después, tras girar una de las curvas con poca visibilidad, veo el coche parado a unos metros. Freno en seco, mis pies se clavan en la tierra del camino, escucho el ruido del motor, los grillos que dan la bienvenida a la noche y una suave brisa me empujan a ser valiente, a reconocerle a Aura que me he cagado de miedo al no poder controlar mi ira cuando Estévez ha hablado de ella de una forma tan mezquina. «La estupidez es parte del ser humano». Mi padre siempre usa esta frase.

—Vamos, Leo, eres valiente para enfrentarte a terroristas. Ten cojones para pedir perdón por ser un auténtico gilipollas. —Tengo que darme ánimos y ya no me sorprende al hablar solo o pensar en alto.

En unos segundos alcanzo el coche que está con las ventanillas bajadas, la música a tope y se escucha la voz de Aura pidiéndose respirar con tranquilidad y diciendo «No, de nuevo no, por favor» con una mano en el pecho.

—Aura, lo siento. Soy imbécil.

No dice nada.

Se baja del coche.

Se apoya en él.

Mantiene su mano en el pecho.

Su respiración es casi nula.

Escucho de su garganta una especie de gemido.

Trato de acercarme a ella y me separa con una mano sobre mi pecho, dejando un espacio entre los dos, pero cuando voy a alejarme me agarra fuertemente de la camiseta.

«Cuando la noche haya llegado y la tierra esté oscura, y la luna sea la única luz que veamos, no, no tendré miedo (...) mientras tú estés, estés conmigo (...) Quédate conmigo^[26]».

La cabeza me da mil vueltas, el aire no llena mis pulmones, un gran peso me oprime el pecho impidiéndome respirar y siento que me voy a desmayar de un momento a otro. Leo está a mi lado, odio que sea parte de este ataque de ansiedad que está a punto de arrasarme y arrastrarme hasta donde no quiero ir.

Aprieto la camiseta de Leo entre mis dedos, no quiero que se aleje, necesito que esté aquí cerca para decirle cuatro cosas cuando me recupere.

Hago los ejercicios que siempre me recuerda Raquel.

Respiro.

Vuelvo a respirar.

Me cago en la ansiedad.

Respiro.

Vuelvo a cagarme en la ansiedad.

En Estévez.

En el puto bicho.

En lo que no quiero sentir.

En lo jodido que es el miedo siempre.

Comienzo a respirar con normalidad.

—Leo, voy a dejarte una cosa muy clara. Me vale una mierda. —Levanto un dedo en el aire para respirar de nuevo—. Bien. Me vale una soberana mierda que creas que lo nuestro ha sido algo fugaz y efímero. Sí, claro que es una jodida locura haberme enamorado de ti en unos días. —No le suelto la camiseta—. No te conozco lo suficiente para saber si le temes tanto a no saber si amas de verdad como para cortar antes de tiempo una relación; no sé si tu miedo es porque te han hecho mucho daño o por alguna estupidez que ha dicho alguno de los Estévez. Pero ¿sabes una cosa? Me importan una mierda sus

palabras mientras me digas que tú no piensas eso de mí. Si es así... —Suelto mi mano y la acerco a mi cuerpo temblorosa—. Si es así, dímelo ya para que presencias en primera fila un ataque de ansiedad en toda regla. Porque hoy ya no puedo más. He estado con Raquel media noche llorando, he dormido menos de una hora, he tenido un día largo, me he comido un atasco de demasiadas horas para verte y cuando lo hago, compruebo que tienes la cara llena de moratones y he escuchado una conversación que no debería.

Tomo aire y sigo sintiendo la maldita presión en la parte derecha de mi pecho.

Leo no dice nada, pero en su cara se dibuja un gesto de preocupación, de dolor, de pena y ya no sé cómo descifrar ninguno de ellos.

Suelto el aire por la nariz a modo de vencimiento.

Ondeó mi bandera blanca.

Me rindo.

Por esta noche me rindo.

Pero antes de darme la vuelta para meterme en el coche de nuevo, la mano de Leo tira de la mía y me pega a su pecho. Trato de apartarme de él, no sé si en este momento es lo mejor para... ¿A quién trato de engañar? Aquí es donde quiero estar y donde puedo respirar.

—¿En qué momento del día se ha convertido lo nuestro en un problema?

—En el que me he dejado llevar por el miedo que tengo de perderte en el momento en que tenga que irme a la misión de la que me podrían llamar en poco tiempo. —No me suelta, me aprieta contra su pecho y su mano pasea de arriba abajo por mi espalda—. Sé lo que sufría mi madre con mi padre y lo que sufriste tú con tu padre, y me mata saber que puedo provocarte tanto sufrimiento.

—Leo, no podemos prever lo que el futuro nos depara. No quiero temer a nada que no puedo controlar. Es tu vida, tu trabajo y tu pasión. —Me trago mis propias lágrimas—. Por supuesto que me dolerá, Leo, no te digo que no vaya a ser así. Pero volverás a casa, como hacía tu padre y el mío. Volverás a mi lado y me besarás, me sonreirás y, por un tiempo, seremos felices.

—Por un tiempo, hasta una nueva misión. —Leo está obcecado en todo lo malo.

—Y volveremos a estar juntos después. ¿Qué problema hay en eso, Leo? —Me separo de él y busco sus ojos.

—Pues que mi trabajo no es seguro y puede llegar el día en que no vuelva.

—No, no me pienso despedir de ti antes de tiempo. No lo haré jamás. Por supuesto que lloraré cuando te vayas, pero no te pienso abrazar nunca por última vez ni te besaré por última vez. —Le sujeto de las mejillas con suavidad y siento cómo se humedecen con sus lágrimas—. Nosotros siempre tendremos primeras segundas veces, nunca será un último abrazo, solo será la espera del siguiente.

No dice nada, veo cómo caen lágrimas de sus ojos y me sigue pareciendo un gesto brutal, desgarrador podría decir.

—Me han expulsado tras esta semana.

—¿Cómo?

—Estévez ha hablado de ti de una forma tan asquerosa que no he podido evitar pegarle tan fuerte como deseaba desde hace tiempo. —Su respiración se entrecorta—. No, no pienso lo que he dicho, pero en mi cabeza era la forma adecuada de alejarte de ellos dos. Son dañinos, tóxicos y peligrosos. —Traga saliva, miedos y rabia—. Jamás dejaré que hablen así de ti. Sé que te bastas tú sola para defenderte, pero no podía dejar que quedase así.

Ladea la cabeza y apoya su mejilla en mi mano, restregando suavemente su incipiente barba y cerrando los ojos.

—Perdóname, lo siento, no debería haberlo dicho. No, Marwan en sus poemas no habla de nosotros, porque enamorarse en unos días es un record que poca gente creo que ha batido, que muy pocos han sido afortunados de sentir en su piel. —Abre sus grandes ojos y se le escapa una pequeña sonrisa—. Yo he tenido algo de mala suerte en la vida, pero conocerte ha sido como si un enano verde de esos irlandeses se hubiese cagado a mi lado.

Se me escapa una carcajada al escucharle y me llevo una mano a la boca.

—Creo que la leyenda de los *leprechauns* no funciona así.

—Has conseguido sacarme de la famosa zona de confort, me he enamorado de ti casi sin conocerte, pero deseando hacerlo. Tú misma dijiste que no tenemos más tiempo que perder, que hemos pasado demasiados minutos sin conocernos. —No le cuesta demostrar sus sentimientos—. Y si es una locura ¿qué? La historia ha estado llena de locos que nos han hecho avanzar, crecer y creer en cosas inimaginables. Seamos los locos que demuestran que un garito oscuro, un poema de Marwan y un amanecer de Madrid son capaces de crear la historia de amor más bonita jamás contada.

—Joder, Leo. Cuando pienso que dudas por un segundo de que lo nuestro funcione, me sueltas frases como esta que me desarman. ¿Cuántas veces puedes conseguirlo? —Me pongo de puntillas y me acerco a su boca—.

¿Sabes lo fácil que es quererte aun cuando te comportas como un gilipollas?

—¿Gilipollas? —Sus labios se rozan con los míos.

—Mucho, Leo. —Me separo unos centímetros de su boca y busco su mirada, necesito saber qué siente—. No he creído a Estévez cuando ha soltado su discurso de mierda. —Ladeo la cabeza y me muerdo el labio—. Una pequeña parte de mí, una diminuta, ha tenido la duda de saber si podía ser verdad.

—Aura, me gustas por completo, me encantas tal como eres. Me da igual si al mundo le gustas más rubia o con los ojos menos verdes: yo te quiero así, despeinada, loca y cuerda; con vida en la mirada y sonrisas sin sentido. —Sus manos bajan por mi cintura y me agarra del culo—. Me encanta tu cerebro, tu boca ligeramente descarada, la forma en que levantas la ceja cuando me miras el culo y crees que no te veo.

—Yo no hago eso. —Me muerdo los labios para ocultar una sonrisa. Por supuesto que lo hago.

—También agachas la cabeza, tratas de ocultarte con tu preciosa melena morena y te pasas los dedos por los labios al sonreír cuando algo te gusta mucho.

—Joder, Leo, me conoces demasiado en tan poco tiempo.

—Sí, canija, te conozco. Sé cuándo estás a punto de estallar en una carcajada por un comentario inapropiado de Raquel, cuándo vas a apretar tus manos sobre las rodillas cuando algo te pone muy nerviosa. —Sus labios son los que ahora rozan los míos—. Sé que te han hecho tanto daño que desconfías, aunque luches con todas tus fuerzas por no hacerlo. Perdóname por tratar de alejarte de mí, pero sería capaz de perderte solo por que no estés en la vida de mi tío o de mi primo. —Aprieta sus labios y siento su rabia—. Son basura, dañinos y siempre intentan abusar de su poder, de ser hombres y de formar parte de un cuerpo de policía al que desprestigian a cada momento.

—Siento que hables así de una parte de tu familia.

—La familia no te acusa de haber matado a tu madre, no denuncia falsamente a tu padre, no te pone drogas delante de la mesa ni te obliga a limpiar su mierda.

—No, no es familia. —Le sonrío mientras la música sigue sonando en mi coche—. Ahora tienes a la mía. Es algo loca, muy disfuncional, con muchos problemas; a veces sobreprotectora en exceso, habrá momentos en los querrás divorciarte de ellos, pero si necesitas un hombro en el que apoyarte después de un día de mierda, una voz amiga al otro lado del teléfono sea la hora que

sea o sentarte en una mesa con una cerveza en la mano sin decir nada... Es tuya.

—¿Cómo he tenido tanta suerte? —Roza su nariz con la mía.

—Porque un enano con sombrero verde se cagó a tu lado.

Aura me mira tratando de ocultar una sonrisa y me contagia. Es lo que ha estado haciendo cada día desde que nos conocemos. Vale, que solo son unas semanas, pero ¿y qué más da si nos tachan de locos? ¿Qué importa si el mundo no entiende que ya no puedo —ni quiero— vivir sin ella?

Me hubiese gustado conocerla antes.

Haber compartido más tiempo con ella.

No me parece suficiente la vida que nos queda para disfrutar a su lado.

—Leo, estás sangrando. —Aura levanta la mano de mi pecho. Parece que la herida se ha abierto—. ¿Qué ha hecho Estévez?

—Aprovechar la ocasión, como siempre.

Aura se aparta de mí, sujeta mi camiseta por el bajo y comienza a subir lentamente. Solo nos alumbra la poca luz que da una pequeña farola y la luz del interior del coche. Noto cómo su respiración se acelera a medida que la tela deja de cubrir mi cuerpo y cuando llega a mi pecho se escapa un gemido de dolor de su garganta. Se lleva una mano a la boca y niega con la cabeza.

—Pero ¿qué se le ha pasado por la cabeza? ¡Podía haberte matado!

Toma una gran bocanada de aire, niega con la cabeza y observo cómo sus ojos se llenan de lágrimas. Abre la boca y la cierra sin decir nada. Se aleja unos metros por el camino y un desgarrador grito sale por su boca.

—¡Joder!

Echa la cabeza para atrás, niega con ella, susurra algo entre lágrimas y aprieta los puños. Me acerco a ella y mis brazos rodean su cuerpo buscando una forma de tranquilizarla, pero no sé si seré capaz de hacerlo.

—Nena, hace falta más que un imbécil con un pequeño cristal para acabar conmigo.

—Pero yo estoy al borde del abismo hoy, Leo. —No se da la vuelta y siento cómo todo su cuerpo tiembla.

—Aura, nunca dejaré que te caigas.

—¿Y me empujarás al vacío? —Se da la vuelta con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuando tengo miedo reacciono de forma estúpida, muy estúpida. Eso

es lo que has visto antes.

—Tú no pareces de los que tienen miedo, Leo.

—No le tengo miedo a un secuestrador, a enfrentarme a un terrorista o a viajar a un país en guerra, pero cuando mis sentimientos me superan, cuando lo que jamás soñé con tener llega... —Cierro la boca unos segundos, observo el gesto que se ha dibujado en su cara y me duele haberle dicho todo antes—. No sé manejarme en temas de amor, ya te lo he dicho. Si aquella noche que me obligó Juanjo a salir de casa para tomar unas cervezas, me hubiese dicho que iba a conocer a la mujer que me iba a hacer olvidar lo malo del amor...

Me cuesta mucho expresar con palabras lo que quiero decir. Soy un hombre de actos, de mostrar las cosas. Mi madre siempre me decía que era un niño muy cariñoso, pero lo demostraba de forma diferente a los demás. Tomo la cara de Aura entre mis manos y la beso. Acercó mis labios a los suyos y los saboreo como si fuese la primera vez que nos besamos en aquel rincón de Madrid.

—Leo, hay que curarte la herida. —Se aleja de mí con los ojos cerrados. Sé que no lo quiere hacer realmente.

—He estado mucho peor, te lo aseguro. —Vuelvo a acercarme a ella, pero se aparta.

—Vale, me da igual si has estado peor, con un ojo colgando o con un miembro a punto de ser amputado. —Me empuja hasta el coche—. Vamos a casa, te lo miro y si veo que está mal, nos acercamos al médico.

—Aura, es demasiado tarde.

—Leo, no me llesves la contraria hoy. Estoy a nada de perder los nervios, la fe y algo más por el camino. Por favor, vamos a casa.

Resquicios del pasado

Al llegar a casa, mi padre me llama desde su despacho cuando pasamos casi corriendo por delante.

—Dame cinco minutos, papá.

—Necesito hablar contigo ahora mismo. —Su tono de voz es autoritario. Sé de lo que me quiere hablar.

—Ve al salón de la planta de arriba y pídele a mi hermana el botiquín.

—Aura, no hace falta. Tengo algo de sutura en el petate.

—Claro. ¿Piensas que estamos en medio de fuego cruzado o enemigo o como coño se diga?

—Aura. —Mi padre se acerca y escucho sus dedos contra la puerta.

Camino hasta el despacho sin perder de vista a Leo. Mi padre cierra las puertas correderas, me señala una silla y me siento como si me hubiesen pillado copiando en un examen. Que, por supuesto, jamás lo he hecho. Seguro que mi padre está leyendo esto. *Hola, papá, te quiero.*

—Vamos a ver, hija. ¿Tu cerebro dónde está?

—Pues pensaba que dentro de la cabeza, pero puede que me lo haya olvidado en el trabajo o en el coche. Voy a buscarlo ahora mismo. —Hago un amago de levantarme de la silla.

—Lo de ser graciosa puede que te ayude en otros momentos de la vida. No es uno de ellos.

Joder. Se me ponen de punta los pelos de la nuca. Solo hay dos cosas que lo consiguen: escuchar un ruido cuando estoy sola en la Finca y cuando mi padre está a punto de deshacerse de un cadáver. En este caso me temo que el fiambre soy yo.

Feeling Good de Nina Simone suena en el tocadiscos que le regalamos por su cumpleaños hace unos meses. Abre el armario y saca dos vasos y una botella de ron que una de mis tías le trajo de Cuba. Señor, me va a ejecutar y esta es mi última copa.

—Hija, ¿qué voy a hacer contigo? —Deja las dos copas llenas con dos dedos en su escritorio.

—¿Quererme? —Sonríó tratando de quitarle hierro al asunto, pero mi padre no parece tener el más mínimo interés en colaborar.

—Con cada parte de mi cuerpo y durante el resto de mi vida, cariño, lo sabes.

«Es un nuevo amanecer, es un nuevo día, es una nueva vida para mí y me siento bien».

—¿Sabes en lo que te estás metiendo con Ramírez?

—Sí. —No dudo al contestar y esto a mi padre le sorprende.

—Comprendo que el chico es atractivo y puede que por mi culpa tengas tendencia a buscar dentro de los cuerpos del Estado. —Se sienta delante de mí.

—Joder, papá, ni que llevase un pasaporte especial en el que voy anotando: Policía Nacional, *si le*, GEO, *si le*, U.E.I., en ello estoy para *si le*...

—Niego con la cabeza sorprendida por esta conversación—. Papá, ni tengo quince años ni me apetece ahora mismo tener una conversación sobre esto contigo.

—Pues vamos a tenerla, te guste o no. —Aquí está la autoridad de mi padre en forma de ceja alzada y brazos cruzados en el pecho.

—¿Porque tú lo digas? —Aquí está mi altanería de los Miguel.

—Porque soy tu padre y tengo derecho a...

—No, no acabes esa frase. Ya sabes lo que pasó la última vez.

Mi padre nos quiere, nos adora, pero a veces se pasa de sobreprotector con nosotras.

—Que tuviste las narices de desaparecer de casa cinco días porque investigué a Joaquín. Siento decírtelo así, pero no me equivoqué cuando te dije que te estaba engañando.

—Qué cojones tienes, papá, de verdad. Lo tuyo es meter el dedo, medio brazo o entero si te apuras, en la llaga. —Me bebo la copa de trago, me quema la garganta, me da hasta una arcada, pero me levanto para rellenarme de nuevo el vaso—. Eres especialista.

—No quiero que te haga daño y hoy he comprobado que ese chico al que parece que ya quieres, ha actuado como un camorrista en mi casa.

—Si no hubieses permitido que el baboso de Estévez y su hijo estuviesen por aquí... —Me bebo el ron que me acabo de servir y vuelvo a rellenar—. Porque claro: a un compañero se le debe hasta la vida de tus hijas. Como no sabes que su hijo intentó abusar en el bar de Zoe o que el padre me hizo unos comentarios bastante asquerosos cuando llegó. —Vuelvo a beberme la copa. A

este paso le jodo la botella y acabo borracha.

—¿A qué te refieres?

—Pues que no sé qué cojones le debes al padre baboso, pero tanto que nos quieres proteger y metes la basura en casa.

Mi padre me quita el vaso de la mano y niega con la cabeza.

—Será mejor que dejes de beber ya.

—No, no, que lo necesito esta noche. —Le doy un trago a la botella directamente—. Papá, te quiero muchísimo, te adoro, pero sea lo que sea que tengan contra ti o por mucho que te hayan salvado la vida en una misión super secreta, no compensa lo que hacen. Joder, que ha atacado a Leo con un cristal.

—Aura, ¿le quieres?

—Sí.

—¿Hace cuánto que os conocéis?

—No, papá, no vayas por ahí. Será mejor que me vaya antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

—¿Te vas a arrepentir de tu amor?

—No, papá, con él he sentido cosas que pensaba que no estaban destinadas para mí. Joaquín me destrozó, a Mario le obligué a marcharse y David no solo le jodió la vida a Zoe. —Golpeo la botella contra la mesa y elevo el tono de voz—. Si lo nuestro no está destinado a durar, que así sea, papá. Pero no pienso perder la oportunidad de que Leo me quiera porque tú tengas un miedo estúpido a que me enamore de alguien que se puede ir a alguna misión a la otra punta del puñetero mundo. —Me pongo ante él—. Eso es lo que te aterra: que Leo se parece más a ti de lo que te gustaría.

—No quiero que sufras. No quiero que te hagan daño.

—Ahora mismo tú me lo estás haciendo. ¿No quieres que sea feliz? — Niego con la cabeza.

—Cariño, mi misión más importante en la vida es protegeros y conseguir que seáis felices las dos. Preocuparme es algo natural, hija. Soy tu padre y no quiero que más imbéciles te hagan daño.

—Pero Leo...

—Déjame acabar, por favor. —Me pone sus grandes manos en los hombros y me obliga a sentarme de nuevo en la silla—. Sé que nunca hemos hablado de este tipo de cosas, que cuando le contabas a tu madre algo sobre esas citas que has tenido estos años, hacia uso de mi sordera selectiva, pero me siento perdido de nuevo, Aura.

Los ojos negros de mi padre se cierran unos segundos y se pasa una mano

por el pelo.

—No lo hagas, papá. Leo no me va a hacer daño. Y si lo hace, solo será culpa mía. He decidido que volar siempre es una buena opción. No quiero que el miedo al fracaso dirija mi vida.

—Tener miedo es humano.

—Pero no quiero que mi vida gire entorno al miedo a perder. Si lo nuestro no funciona, al menos sabré que lo he intentado con todas mis fuerzas. Le quiero.

La ceja de mi padre se levanta casi hasta salir de su cara y escucho un carraspeo.

—Sí, papá, sé que le conozco desde hace poco, pero ¿me recuerdas cuánto tiempo pasó hasta que te casaste con mamá?

—Eran otros tiempos.

—Papá, no me vengas con que pasaste una guerra, porque no es verdad. Decidiste en la segunda cita que mamá era la mujer de tu vida. —Levanto un hombro y sonrío—. ¿Por qué no es posible que a mí me haya pasado lo mismo? Y si el mundo se acaba mañana, sabré que con él no me equivoqué.

Me levanto ante la atenta mirada —algo inquisidora— de mi padre, relleno las dos copas y le entrego una a mi padre.

—Por ese gen de los Miguel que nos hace querer rápido y fuerte. —Choco mi vaso con el suyo—. Te quiero, papá, pero no te preocupes por mí. Si Leo me hace algo malo sabré qué hacer: no me olvido de las clases de tiro.

Me siento en la mesa a su lado y me cobijo en su pecho. Siento cómo sube y baja por la carcajada que le causa mi última frase.

—Pequeña, asegúrame que la vida me va a dejar disfrutar mucho de tu sonrisa y de la de tu hermana. Que de ella me tendrás que hablar y dar un informe detallado sobre quién se la provoca.

—No. —Me bebo de trago la copa—. Ni de coña. Bastante tengo con que me llames a tu despacho por Leo, como para tener que venir por...

Me muerdo el labio superior, me levanto de la mesa, camino hasta la entrada, abro la puerta y le lanzo un beso.

—Te quiero, papá, pero Leo espera a una enfermera.

—Señor, no quiero saber que bajo mi techo vais a jugar a eso.

Le miro extrañada sin comprender qué me quiere decir.

—Papá, se le ha abierto la herida. Nada más.

—Gracias a Dios. —Respira profundamente.

—Yo soy más de la princesa Leia en su versión esclava.

—Señor.

Acabo de conseguir que a mi padre le dé un mini infarto y yo cierro la puerta lanzándole otro beso.

Al subir al primer piso me encuentro a mi sobrino hablando por el móvil en voz demasiado baja. La conversación llama mi atención.

—Ni de coña, tío. Porque no. No pienso hacerle eso a Claudia. Nos vas a meter en problemas, tío. Me da igual que digas que ha sido idea mía, no te van a creer.

Se mueve nervioso por su habitación y al colgar lanza el teléfono contra la cama.

—¿Todo bien, Nico?

—¿Qué haces escuchando mis conversaciones privadas?

—Si tan privada era, haber cerrado la puerta.

—En esta casa no se cierran nunca, bueno, excepto cuando estás con tu nuevo novio en la despensa.

Toma bordería de mi sobrino adolescente. Pero ¿quién se cree que es este mocoso para contestarme así a mí?

—¿Perdona?

—En esta casa las normas no son iguales para todos.

Me mira con los ojos llorosos y no le reconozco. Este chico que tengo delante se está comportando demasiado extraño desde hace unos meses y me temo que sé por dónde van estos cambios de humor. Y no, no son drogas.

—¿Estás metido en un lío? —Entro en su habitación.

—Pasa de mí. —Me rehúye cuando me acerco.

«Yo sé que me miras, pero no me ves. Yo quería tu parte, no partirme en cien. Tú prefieres aquí quedo a quédate. Yo prefiero antes la herida que la piel».

Observo cómo dice entre labios la letra de *Cóseme* de Beret que suena en bucle desde hace unos días en su habitación.

—Nico, sabes que puedes contarme todo ¿verdad?

—Eso es algo que siempre decís los adultos, pero luego encontráis cualquier excusa para echar por tierra vuestras promesas. —Sus ojos azules, siempre llenos de alegría, están apagados—. Sé muy bien que hay cosas que es mejor callar y más tarde asumir las consecuencias de los actos... míos o de los demás.

—¿Qué pasa con Claudia?

De repente se reproduce en mi cabeza la conversación con mi sobrina de hace un par de días. Sé que me cambia el gesto de la cara al recordar las

palabras que los amigos de Nico, porque espero que mi sobrino no las haya dicho jamás, le dedican a la amiga de Laura.

—¿Qué se supone que tiene que pasar con ella? —Se tumba en la cama con un cómic en las manos.

—¿Tú sabes lo que supone, legalmente, una denuncia por acoso?

—¿A qué viene eso? —Ni siquiera me mira y se tapa la cara con el cómic.

—Solo espero que no seas tan idiota como para entrar en eso, Nico. —Me siento en la cama—. Sé que no eres cruel y despiadado como para meterte de lleno en un delito tan grave. Sé que a veces es complicado encajar en un instituto nuevo, pero no te juntes con personas que vejan a una chica por no ser como las demás. —Siento su mirada extrañada con un verbo que parece que no les han enseñado en clase—. La humillación y el acoso pueden llevar a una situación grave en la que todos podéis salir marcados.

—Nadie se atrevería a humillarme a mí.

Un escalofrío atraviesa mi cuerpo. No me puedo creer que mi sobrino se haya convertido en un clon de su padre y en una de esas personas que a mí me hicieron sufrir tanto en el colegio.

—Nico, por favor, te voy a hacer una pregunta y quiero que me contestes con total sinceridad. Te quiero mucho y solo quiero lo mejor para ti. —Tomo una gran bocanada de aire y siento unas punzadas en el corazón que me destrozan—. ¿Por qué nadie se atrevería a meterse contigo? ¿Eres un acosador?

Se sienta en la cama y ladea su cabeza. Un mechón de pelo rubio cae sobre sus ojos.

—No, pero tampoco soy de los que les paran. Es muy jodido ser el nuevo en el instituto y elegí mal, tía. Elegí como el puto culo.

Se aparta el pelo de la cara y veo cómo unas lágrimas comienzan a caer por su preciosa cara. En este momento y por mi pasado, una pequeña parte de mí le odia por lo que hace, más bien por lo que no hace.

—¿Para qué tienes el cerebro, Nico? —Sueno igual que mi padre.

—No tienes ni idea lo que es estar en el instituto.

—Claro, yo es que estudié entre monos. —Suelto todo el aire y trato de tranquilizarme—. ¿Alguna vez te he contado mi paso por el instituto?

—No es lo mismo ahora, tía. Es que no sabes lo que pasa.

—Sé lo que está sufriendo Claudia. Sé que llegará a casa y llorará, puede que se dé un atracón con lo primero que pille en la nevera, después recuerde

las palabras y vuestras risas, se provoque vómitos y comience un círculo de destrucción que puede terminar en algo mucho más grave.

—No tienes que inventarte esas cosas. Con ver la serie esa de *Por trece razones* sé lo que me estás contando.

—No me hace falta, Nico. ¿Para qué voy a inventarme algo así?

—Para que crea que es algo tan grave como en la serie.

—Deseo que todo pare antes de que acabe como en la ficción. Nico, no quiero que te conviertas en tu padre. Sabes el daño que le hizo a tu madre y el que os trató de infligir a vosotros. —Sigue doliendo tanto hablar de él, que noto cómo se me humedecen los ojos—. Él se convirtió en un monstruo. No sigas sus pasos.

—No soy como él, tía. Jamás te haría daño ni se lo haría a Lau o a mamá. —Me sujeta de la mano—. No sería capaz de atacar a nadie con un cuchillo.

—En estos casos de acoso, es lo mismo el que insulta o humilla que el que calla. —Me trago las lágrimas y me levanto de la cama. Camino hasta la ventana y veo en el jardín a Zoe y Laura—. No quiero tener que defenderte en un juicio frente a una demanda por acoso. No te gustará tener que sentarte delante de personas que van a juzgarte, como tampoco te gustará tener el resto de tu vida sobre ti la sombra de que no hiciste lo suficiente para parar lo que está sucediendo.

—No puedo, tía. Es el hijo del director.

—Con más motivo.

—No puedo defraudar a mamá ni a los abuelos. —Su voz entrecortada se mezcla con las lágrimas—. Tú ya estás enfadada conmigo y me odias.

—No, Nico. —Me doy la vuelta y se me tira al pecho para abrazarme—. No te odio, no podría hacerlo. Eres mi rubio favorito del mundo, el enano que se colaba en mi cama y me miraba mientras dormía; el que se meó en mis brazos cuando nació.

—Pero te he hecho llorar, tía.

Pega su frente contra la mía y se aparta unos centímetros, pasa sus dedos por mis mejillas y me obliga a sonreír, aunque tenga ganas de derramar lágrimas como si aún estuviese en el instituto.

—No comprendo por qué te acosaban en el colegio. —Mueve la cabeza unos segundos y sonrío mientras sigue llorando—. Joder, eres tú, mi tía, la chica más dulce, guapa y perfecta del mundo.

—¿Por qué se meten con Claudia?

—Es diferente a las demás.

—Ahí tienes la respuesta. Las personas a veces le temen tanto a lo diferente, que tratan de anularlo de cualquier manera.

Nico no sabe manejar por lo que está pasando y creo que lo arrastra desde hace mucho tiempo.

—Las inseguridades nos hacen terribles y temibles. Hay que saber manejar cada situación. Eres joven aún y tienes toda la vida por delante para cagarla y enmendar tus errores. —Sujeto con firmeza sus mejillas—. Pero solo los tuyos. Me da igual que sea el hijo del director. Párales los pies antes de que esa pobre chica acabe mal.

—Claudia pasa de lo que le dicen.

—Hoy son insultos o risas malintencionadas. Puede que un día el acoso pase a otro nivel. ¿A tu hermana le dicen algo? ¿O le han hecho algo?

—No, no se les pasa por la cabeza. —Agacha la cabeza, me rehúye la mirada y sé por qué lo hace.

—Así que es por eso: para que no hagan daño a Laura estás de su lado.

Los dos miramos al otro lado del pasillo. Mi sobrina acaba de subir con un ramillete de flores en la mano para colocar en un jarrón que tiene en su escritorio. Nos mira y hace una mueca con su boca.

—Si por ella y por que esté bien tengo que pasar por esto, lo haré esta y mil veces más. Ya sabes cómo es: va a su rollo, cantando por el pasillo y bailando, lee muchos libros, no dice siempre lo más adecuado y es un cerebritito. —Se pasa la mano de nuevo por el pelo—. Me vuelve loco y a veces la mataría, pero es mi hermana pequeña. Por ella todo.

—Esta semana me cuentas todo lo que ha pasado, lo que han dicho, lo que has hecho, vienes a Madrid una tarde y la pasamos solos. —Vuelvo a abrazarle y me quedo unos segundos sintiendo su piel contra la mía.

—Lo siento mucho, tía.

—Lo solucionaremos, te lo prometo.

La herida del pecho ha dejado de sangrar. Juanjo me ha puesto unos puntos de aproximación y aunque parece grave, no lo es tanto. Hace diez minutos que he escuchado la voz de Aura, pero parece que se ha quedado en el piso inferior hablando con su sobrino. Me tumbo en el colchón unos minutos hasta que suba. Trasteo con el móvil en las manos y me encuentro varios audios de mi hermana. Le doy a reproducir.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Olga Ramírez y busco a mi hermano. Es un agente de las fuerzas especiales y parece que Trump se lo ha llevado a

la guerra porque lleva sin ver a su familia una eternidad. En caso de que quede algo de él... Sí, le estoy mandando un audio. Papá quiere que vengas un sábado a Valverde, sí, ese pueblo en el que vivimos. No sé si te acuerdas de él porque hace siglos que no lo pisas. —Se escucha una puerta cerrarse chirriando y unos pasos—. Ahora en serio. Te echo de menos, Leo. Sé que tu trabajo es duro y no tienes tiempo para alejarte de la base, pero recuerda que tienes una familia. Papá anda un poco debilucho de la operación y tiene hijitis. Supongo que quiere contar batallitas contigo. Saca hueco en este mes y trata de venir a vernos. Tus sobrinas están enormes y a tu sobrino pequeño ya no le vas a conocer. Te quiero, capullo.

Me hace sonreír pensar en mis sobrinas Violeta y Virginia, pero, sobre todo en Miguel, que llegó hace medio año para enamorarnos a todos.

—Si en este tiempo te has echado novia o novio, que si me dices que Bosco, Juanjo y tú sois un trío liberal, yo no opondré resistencia a sentarme en sus rodillas en las cenas familiares. Que te quiero y que muevas ese culo tan mono que dicen que tienes.

—¿Trío liberal? —Aura entra en la habitación y comienza a deshacerse de su ropa—. No suena nada mal.

—Es mi hermana. Para recordarme que hace meses que no aparezco por casa.

—¿Dónde viven? —Se pone una camisa larga y se sienta a mi lado.

—En Valverde de los Arroyos, Guadalajara.

—A veces es complicado ver a los tuyos tanto como te gustaría. —Busca en su móvil algo y comienza a sonar música—. Siento haber tardado en subir. He rematado el día con mi sobrino. —Oculta la cara con sus manos—. ¿Cómo está tu herida? Voy a curártela. —Hace un amago de levantarse, pero le sujeto de la cintura.

—Solucionado. Un punto se había soltado.

—¿Y te los has cosido con aguja e hilo?

—No, son puntos de aproximación de pegar. No es tan grave como parece. —Me levanto la camiseta para que vea la herida.

Sus dedos suben por mi abdomen y se acercan a la herida. Comprueba que tengo algún moratón cerca de ella. Con la yema de los dedos dibuja un círculo alrededor de la sutura de Juanjo sin tocarla.

«Yo te guiaré, te daré cada momento que tenga (...) Y cuando la canción termine y todos los demás se vayan, ¿bailarás una más conmigo?^[27]».

Cierra los ojos y se pasa lentamente la lengua por sus labios. Se sienta

a horcajadas sobre mí, me saca la camiseta por la cabeza, la deja caer a nuestro lado y pone sus dos manos en mi pecho. Mi cuerpo reacciona ante su tacto, lo reconoce y vibra con él. Sus dedos pasan por las heridas de la cara y suelta el aire.

—Leo.

—Estoy bien.

Revisa mi cara con su mirada y besa cada herida con suavidad, como si tratase de curarlas mágicamente con sus labios.

Me siento tan jodidamente bien cuando estoy cerca de Leo, que se me olvida el día de mierda que he tenido. Necesito besarle y que me bese, que me estreche entre sus brazos y que, por esta noche, nada malo pueda suceder. Que seamos manos y piel, mucha piel; que seamos caricias y besos, muchos besos.

—Te he echado de menos, canija. No sabes cuánto.

Mis labios se pierden sobre los suyos. Es la medicina que necesitaba para hoy, para dejar atrás esos pequeños miedos que me visitan cuando no les invito. Sus dedos hábiles comienzan a soltar los botones de mi camisa, con suavidad, con paciencia, pero se traba en medio y siento que tira levemente de ellos.

—Tranquilo.

Me deshago yo misma de la camisa y ya estoy desnuda sobre él. Me veo reflejada en un espejo que tenemos detrás. Su cuerpo me tapa y observo su espalda llena de músculos marcados que está en tensión.

—Eres mi fantasía hecha mujer, Aura. Te llevo pidiendo en sueños mucho tiempo y por fin se ha hecho realidad. —Su nariz se roza con la mía antes de volver a besarme.

—Yo no te esperaba, pero me alegro tanto de haberte encontrado, Leo. No sé si hubiese podido aguantar una decepción más. —Joder, mis sentimientos me ahogan—. Estaba a un solo desastre de desistir y dejar de buscar.

—No tendrás que volver a hacerlo.

Siento cómo sus manos bajan por mi espalda y me da la vuelta para ponerse encima de mí sobre el colchón.

—Tu padre nos prohibió entrar en esta casa mientras estuviésemos en la Finca. —Me levanto nervioso porque no tenemos una puerta a la que echar el cerrojo.

—Mi padre será el menor de tus problemas si sales por esa puerta.

Apoya los codos en el colchón y aprieta las rodillas mientras frota sus piernas. Su pecho, perfecto y turgente, espera su turno; sus pezones, dispuestos para mí, esperan a mi lengua y su sexo, joder su sexo...

—Leo, necesito sentirte ahora mismo. Si vas a quedarte mirando, avísame y comienzo sin ti. —Se humedece los labios y comienza a recorrer con la yema de sus dedos su estómago y baja—. Necesito que me quites mis problemas a besos y a orgasmos, Leo.

Atrapo su mano antes de que se introduzca entre sus piernas.

—Si alguien se va a meter aquí dentro no van a ser tus dedos. —Acabo de sonar como un Nacho Vidal muy venido a menos.

—¿A qué esperamos? —Eleva su cadera para toparse con mi erección.

—Nos van a oír.

—Eso dependerá de cuánto me hagas gritar. Cúrratelo y prometo tragarme mis gemidos hasta el momento en que estemos los dos solos.

La mano de Leo atrapa las mías sobre mi estómago, su lengua comienza a trazar círculos por el interior de mis piernas hasta... ¡joder, joder, joder! Arqueo la espalda despegándola del colchón y no puedo dejar de buscarle con mi cadera.

—Dios mío.

—No digas el nombre de Dios en vano, Aura.

—Te... aseguro... que no es.... En *vaaaaaano*.

—Me temo que tendré que dejarlo. No estás cumpliendo tu parte del trato. Le agarro del pelo y tiro de él para atrás. Leo está entre mis piernas y me mira ahogando un grito.

—No me querrás ver a malas por un coito interrumpido.

—¿Coito? Pensaba que lo nuestro era amor, Aura. Qué decepción más grande.

Respiro con fuerza tratando de aguantar el orgasmo y que no se me escape.

—Leo, corazón, lo de hacer el amor lo dejamos para un momento con velitas, una cala en Almería o una buena botella de vino. Ahora fóllame como si el mundo estuviese a punto de reventar

Amigas y hermanas

Si seguimos durmiendo tan poco, en el próximo casting para *Walking Dead* tendrán dos extras perfectos. Pero es que es imposible dejar de besar a Leo o no acurrucarme a su lado y hablar, divagar sobre los lugares que quiero visitar y a los que Leo busca hueco en su agenda.

—¿Londres o Nueva York?

—Esto es como: ¿A quién quieres más a papá o a mamá? No sé. Londres es muy especial, he estado cuatro veces por placer y dos más por trabajo. Hay un pequeño restaurante en el Soho para desayunar tortitas un domingo antes de callejear por Mayfair y llegar a Hyde Park, perfecto. —Sirvo dos cafés recién preparados.

—Gracias. —Leo no deja de mirarme—. Entonces te quedas con Londres.

—Nueva York es un gran parque de atracciones. Mires donde mires hay algo que te impresiona. El Empire o el famoso Chrysler son brutales, pero perderte en Central Park en uno de esos caminos que llevan a ninguna parte y en el que no hay turistas, no tiene precio. Un libro, un café, buena compañía y...

Recuerdo cuando fui con veinticinco años con Raquel. No teníamos más dinero que el de los vuelos, nos alojamos en un hotel muy cutre en la séptima y disponíamos de unos treinta dólares para comer cada día. Estuvimos una semana y aprendimos más de nosotras mismas que de la arquitectura de la Gran Manzana. Aquella semana comprendí que Raquel era alguien que no saldría jamás de mi vida, se convirtió en mi esencial, en la persona a la que nunca ocultaría nada, a la que acudiría en caso de que una mala noche acabase en asesinato.

Se queda en silencio sin terminar de contarme cómo Nueva York parece que fue un gran amor. Remueve el café con una cucharilla imaginaria, lo toma siempre sin azúcar. Oculta su preocupación en un suspiro y continúa hablando.

—*Observar Manhattan al atardecer desde el pequeño barco que te lleva*

hasta la 34, subir andando por esas calles y llegar hasta Times Square en pleno bullicio...

—¿Entonces te quedas con?

—Lo que aprendí en Nueva York, lo que viví en Londres, la pasta para llevar de aquel pequeño local del Trastevere en Roma y los cafés malos de media tarde a orillas del Sena; el descenso del Sella más accidentado del mundo, aquella degustación gratuita de cerveza en Berlín y la gran galleta de Amsterdam. —Levanta la vista y sonríe sabiendo lo que ha dicho—. Me quedo con todos los viajes que he hecho y lo que he aprendido de ellos. ¿Tú con qué te quedas de tu vida?

—Contigo y con todos los viajes que aún nos quedan por hacer, con todas las experiencias que vamos a vivir y con todos los besos que me quedan por robarte. —Mis dedos se pierden entre sus piernas que descansan sobre las mías—. ¿Preocupada por Raquel?

—Bueno. —Me mira haciendo una pequeña mueca con la boca.

—Se dibujan las preocupaciones en tu cara, aunque trates de ocultarlas.

—Se me está acumulando todo en poco tiempo y tengo que dar salida a los problemas en el momento en que vayan apareciendo o voy a terminar reventando por alguna parte. —Cierra los ojos un segundo—. Por un lado está mi sobrino: se ha mezclado con indeseables en el instituto para que dejen en paz a mi sobrina. Tengo asuntos importantes que resolver en el trabajo, esperamos los resultados de Raquel y luego está tu expulsión. ¿En serio van a llevarlo a cabo?

—Hará que me tome mis vacaciones de agosto ahora. Voy a intentar tomarme la vida con más tranquilidad, respirando y esperando a actuar unos segundos. —Escucho un ruido raro saliendo de la garganta de Aura.

—Me temo que no sabes lo que es eso. Te han enseñado a actuar por instinto y en segundos. Eres incapaz de tomarte un descanso o un respiro.

—Antes solía escalar montañas altas o hacía largas caminatas hasta llegar a lo alto de uno de los montes que hay cerca de casa de mis padres. Observaba cómo anochecía y miraba las estrellas.

Estar con Aura me hace sonreír como si estuviese en la cima ahora mismo. Estoy en lo alto de la montaña más grande, respirando a pleno pulmón, con las mejores vistas del mundo, las que no se pueden pagar con nada: una gran sonrisa de Aura.

—Hace mucho que no cojo una mochila, meto comida para un par de

días y duermo a la intemperie.

—¿Ni una tienda de campaña?

—Pesan demasiado para llevarlas a la espalda.

—Vamos, que eres de los que se creen un Bear Grylls^[28], que encuentran comida en la corteza de los árboles y asustas a los lobos rugiendo. —Su mirada escéptica me hace reír—. Y el tío se ríe de mí. Seguro que nunca has oído las pisadas de un oso cerca de tu tienda.

—He oído cosas peores.

—¿Peor que un oso a punto de arrancarte una pierna?

—Sí, el silbido de una bomba estallando cerca.

Su cuerpo se encoje con mis palabras. Niega con la cabeza y siento que no tenía que haber dicho nada.

—Perdón. —Se levanta y mira el reloj de su muñeca que siempre lleva adelantado.

—No debería decir esas cosas. Lo siento.

—¿Por qué ahora me tienes que matar?

—No, porque te hacen daño.

—¿Tienes miedo? — Se da la vuelta apoyándose en la encimera mientras apura el café.

—¿En general o de algo en particular? —Me situó delante de ella.

—No sé exactamente qué es lo que haces en tu trabajo. Puedo imaginármelo y sé que no voy desencaminada, pero si hablamos de misiones en el extranjero... Eso son palabras mayores. —Se lleva a la boca unas tostadas con aguacate que se ha preparado hace unos minutos. Les da pequeños bocados, parece que no tiene demasiado apetito.

—Nuestra Unidad está especializada en terrorismo islámico y todo lo que ello conlleva. Hoy podemos participar de apoyo en un registro en algún local clandestino de Madrid, mañana acudir a un operativo en Melilla o asaltar un avión secuestrado en Barajas. —Siento cómo se estremece su cuerpo con mis palabras.

—¿Y misiones internacionales?

—¿Realmente quieres hablar de ello? —Sé muy bien dónde lleva esta conversación y el motivo.

—Sí. —Deja la tostada, se limpia las manos con un trapo y busca las mías—. Sé que cuando no nos contáis a dónde vais estáis tratando de protegernos, pero por favor, no lo hagáis. Si un día tienes que salir de España para irte a Somalia o Irak, cuéntamelo. —Su cuerpo tiembla—.

Prefiero saber que estás en un lugar peligroso que imaginarte en peores situaciones.

—Hace unos meses me lo plantearon y es posible que me llamen para ir a Siria o puede que no. Nunca se sabe en estos casos.

No dice nada más, me besa y recoge los vasos para meterlos al lavavajillas. Las luces de las cabañas comienzan a encenderse y veo que Juanjo sale de puntillas para venir a la cocina. Abre la puerta tratando de no hacer ruido, pero chirría al bajar la manilla. Aura y yo le miramos sonriendo.

—¿Y es de los buenos?

—Experto en explosivos.

—Menos mal, porque lo de no hacer ruido no lo lleva demasiado bien.

Seguimos observando a Juanjo en su misión más peligrosa del día. Pone caras extrañas cuando vuelve a cerrar la puerta.

—Deja de chirriar, cabrona.

Si lo viese desde fuera diría que es un dibujo animado hecho humano y que está a punto de robarle la miel a algún oso.

—Buenos días, Juanjo.

—Joder. —Suelta un grito y se tapa la boca al segundo—. Joder.

—Subo a prepararme y me voy. Tengo mucho lío en el despacho y tengo que hablar con —al decirlo me mira abriendo los ojos y señalando a Juanjo con la cabeza— para comprobar cómo está. Y tengo que preparar una demanda de divorcio, que, si sigue adelante, saldrá en todas las noticias del programa Alta Sociedad madrileña.

—¿Vas a desplumar a un ricachón? —Juanjo ya se está poniendo café.

—Solo voy a proteger los intereses de mi clienta. Si engañas a una mujer muy poderosa, no esperes que al enterarse solo te eche una bronca, te bese y te diga que no pasa nada. —Chasquea la lengua—. Que no os vean por aquí vuestros compañeros o pensarán que se ha abierto la veda. Mi hermana bajará enseguida a preparar los desayunos. —Aura me da un beso—. Nos vemos el jueves. No creo que me pueda pasar antes por aquí, pero si te puedes escaquear una noche, te espero en mi piso. Pídele a mi hermana una copia de las llaves y espérame con la cena hecha y desnudo en la cama. —Me guiña un ojo mientras se pone más café en un termo—. Sería una manera perfecta de sobrellevar la semana.

—Este te quema unas tostadas. No se le da demasiado bien la cocina si no es de bote. —Juanjo siempre ayudando—. O de sobre. ¿Tienes carne seca

de esa en tiras? La humedeces en agua caliente y listo, Aura.

—Debajo de casa hay un restaurante chino, uno vietnamita y otro italiano. Elige lo que quieras. —Se acerca a mí y me sujeta de la camiseta—. Mientras te tenga desnudo en casa, me vale. —Me besa tirando de mi labio inferior—. Te quiero, canijo.

—Te quiero.

Observo a Aura salir de la cocina y al darme la vuelta para rellenarme de nuevo la taza, me encuentro con la cara de Juanjo medio desencajada.

—Venga, empieza a soltar esas perlas que tienes guardadas para mí, JJ. No te dejes nada. Será la única oportunidad que te dé sin machacarte después.

No dice nada, me mira fijamente durante un par de segundos más, abre la nevera, saca un yogur y actúa como si nada de esto le resultase extraño.

Los dos estamos en silencio unos minutos, se me hacen eternos, es como si estuviese esperando a que una bomba explotase reventando todo.

—Buenos días. —Bosco entra en la cocina—. ¿Reunión de equipo?

—He presenciado algo que te dejaría perplejo, anonadado, asombrado, enajenado...

—Tú sí que estás enajenado, JJ. —Bosco pone los ojos en blanco.

—Leo le ha dicho a Aura «Te quiero». —Juanjo me señala cucharilla en mano.

Ahora tengo a los dos mirándome como si me hubiese salido un tercer ojo.

—¿En menos de un mes?

—No voy a dar explicaciones, Bosco. Asumo que os parezca una locura, algo extraño en mí o lo que queráis pensar, pero ella es la chica que llevo deseando encontrar toda mi vida. —Abro la puerta para salir de la cocina—. No pienso dejar que mis miedos me impidan ser feliz. Deberíais hacer caso a esto. Tú con Zoe y tú con Raquel.

—Pasa de mí. Ya me lo ha dejado claro. —Juanjo cierra los ojos.

—Pero tal vez necesite un amigo y tú, en amores eres un desastre, pero como amigo eres el mejor.

Al llegar al despacho me meto de lleno con el divorcio Benlliure y me dan las cuatro de la tarde sin haber hecho caso ni al teléfono ni a los *e-mails* que no eran de su secretaria. Me ha hecho llegar varias cajas llenas de documentos que tengo encima de mi escritorio.

—Aura, te he quitado todas las reuniones de esta semana y se las he pasado a Carlos. —Richard entra en la oficina con una bolsa.

—Puedo ocuparme.

—Te he liberado la agenda para que te centres en ese caso. No va a ser sencillo y vas a tener que meter tantas horas que te deberé unas buenas vacaciones. ¿Qué tal te suena Año Nuevo en Viena? —Deja la bolsa de papel en mi mesa.

—Que queda mucho y se me pelaría el culo de frío. —Al abrir la bolsa me encuentro una ensalada de quinoa roja y un sándwich cubano.

—No has comido y te necesito fresca para litigar.

—De hecho, ya que me has liberado la agenda, trabajaré en mi despacho y al salir pediré un taxi para llevarme todas estas cajas. Voy a llenar el suelo del salón con los papeles y haré copias de todo.

—No te preocupes. Come tranquila, échale un ojo a los *e-mails* que te he mandado y yo me encargo de que cuando llegues a casa un repartidor te lleve las cajas con todo. —Avisa a nuestra secretaria—. Norma, vamos a hacer copias de todos y cada uno de los papeles de estas cajas. Tienen que estar antes de las siete en el piso de Aura.

—A esa hora no he salido de aquí.

—Hoy sí. Te acabo de pedir un coche a las cinco. Sé que te vas a quedar hasta tarde trabajando en casa y lo menos que puedo hacer es cuidar bien a mi mejor socia.

Richard me guiña un ojo antes de salir de mi despacho. Llevo muchos años trabajando con él y me conoce a la perfección.

—¿Cómo está tu hermana?

Hace menos de un mes sufrió un aborto y hace varios días que no la veo por la oficina.

—Bien, bueno, ya sabes cómo es esto. A veces compra compulsivamente bolsos de firma y otras llora mientras mira la ropa que le había comprado.

—Raquel puede ayudarla. Sabes que cuando esté lista le hará un hueco.

—Lo sé. ¿Cómo está ella?

Me tenso al imaginarme que Richard sabe algo.

—La última vez tenía un virus que la había dejado machacada.

—Recuperándose.

—A las cinco te espera tu coche abajo. Ahora te paso el código.

Martes, seis y cuarto de la tarde, y estoy saliendo de la ducha. No me lo puedo

creer.

Suena el timbre.

A los diez minutos tengo el salón lleno de cajas marcadas de la A a la Z. Nuestro equipo de secretarías es el mejor, la verdad.

Saco la botella de verdejo *Ramón Bilbao* que siempre tengo en la nevera y me siento en el suelo mientras me sirvo una copa. Me acerco una de las cajas y saco la primera carpeta: «Acuerdo de confidencialidad». Esto empieza muy fuerte. Pongo algo de música para tener de fondo, a la que no haré caso en toda la tarde, cojo un bolígrafo rojo y un bloc de pegatinas para marcar.

Tres horas después sigo sacando carpetas y clasificándolas por importancia para el caso. Escucho el sonido de una llamada de *Skype* entrando en el portátil.

Lo primero que veo en la pantalla es a Aura vestida solamente con una camisa amplia de cuadros y con los botones desabrochados. La sombra de su pecho se mueve mientras ella se agacha para alcanzar algo.

—Nunca he sido de camisas de cuadros, pero están empezando a ser de mis favoritas.

Saboreo a Aura desde la pantalla de mi teléfono. Estoy rodeado de compañeros, así que camino por uno de los senderos y me voy a la parte trasera de la casa.

—Hola, Leo. —Sigue moviéndose por el suelo marcando algo en unas carpetas marrones.

—No hace falta ni que me hables. Puedo deleitarme con las vistas en silencio.

Durante unos segundos sonrío esperando escuchar su voz, pero parece que realmente me voy a tener que conformar con observarla. Se mueve entre carpetas que están cubriendo parte del suelo de su salón y el sofá. Dice palabras que no comprendo y a los dos o tres minutos mira la pantalla sorprendiéndose al verme.

—¿Cuánto tiempo llevo en trance?

—Son las nueve de la noche.

—Se me ha ido la tarde entera organizando y aún no he hecho ni el 25 % de todo. —Estiro las piernas—. ¿Cómo ha ido el día?

—Pues una mierda. La psicóloga ha decidido que debo dar unas clases de

autocontrol con ella. Lo que vienen siendo diez horas de charlas sobre mi pasado, mi presente y mis problemas de ira. —Pone los ojos en blanco y se pasa la mano por el pelo.

—Yo sé cómo acabar con esa ira. —Sonrío pensando en una tortura para los Estévez.

—Matar es delito.

—Pero torturar no.

—También lo es.

—Mi forma de tortura no. —Respiro hondo y recuesto la cabeza en el sofá—. Hola.

—Tienes mala cara.

—Estoy un poco cansada. Tengo que usar las gafas antes de que me entre más dolor de cabeza. —Me froto los ojos—. ¿Te he preguntado cómo ha ido el día?

—Deberías descansar.

—Mi jornada maratoniana no ha hecho más que empezar. Para mañana quiero tener todo ya separado y organizado para poder trabajar. En el *e-mail* tengo más cosas que revisar.

—Decías en serio lo de no vernos hasta el jueves.

—También decía en serio lo de encontrarte desnudo en mi cama. —Escucho el timbre del portero—. Será la vecina que se ha olvidado las llaves de nuevo.

Al levantarse, la camisa se le engancha en la cintura y tengo la mejor vista de la noche: sus caderas meneándose mientras camina.

—¿Qué haces aquí?

—Ábreme, petarda, mira lo que traigo. Que me he pasado por el despacho y Richard me ha dicho que te ha mandado a casa. ¿Estás enferma?

—Sube.

Deja la puerta entreabierta y vuelve a arrodillarse delante del ordenador.

—Raquel viene con cena y vino.

—¿Ya tiene los resultados?

—En principio no. —Revisa algo en el suelo—. No, el viernes tiene la cita médica.

—¿En esa agenda hay hueco el fin de semana que viene para un pequeño viaje conmigo?

—Por ahora no tengo ningún plan. ¿A dónde me llevas? —Se pasa los dedos por los labios y sonríe nerviosa.

—Tú me has presentado a tu familia, quiero hacer lo propio con la mía. He hablado con mi hermana y el fin de semana que viene mi padre organiza una de esas barbacoas con algunos compañeros y la familia. —Respiro antes de ahogarme por culpa de los nervios—. Por la mañana vamos a pasear por el monte que está detrás de nuestra casa y después de comer jugamos al póker. Apostamos y bebemos orujo casero.

Sé que nota que estoy nervioso. Mi familia es esa parte de mi vida que siempre he dejado fuera de mi trabajo y de mis escasas parejas. Sonríe, mueve las manos sobre sus rodillas, pero no dice nada.

—Si no te apetece, lo comprendo. Es una locura que...

—Sí, quiero, Leo. Por supuesto.

—¿No me jodas?

Las piernas de Raquel enfundadas en unos altísimos tacones aparecen en pantalla.

—¿Así le pides matrimonio? —Ahora es su cabeza la que veo.

—Hola, Raquel. Estás preciosa.

—No me jodas, Leo. ¿Y tú le dices que sí?

—Raquel, es para ir el fin de semana que viene a casa de sus padres.

—El día que le pida que se case conmigo te aseguro que no será a través de una pantalla. Si hace falta, pinto en el cielo su nombre.

No escucho nada más tras este comentario, tampoco veo a Aura, pero sí a Raquel. En su cara se dibuja una sonrisa muy lentamente y termina guiñándome un ojo.

—Lo estás haciendo bien, Ramírez, muy bien. Haz feliz siempre a mi amiga, prométemelo.

—Las promesas son...

—No me jodas ahora, Leo. Sabes que tengo...

—No tenemos resultados. —La voz de Aura suena al lado de su amiga.

—Lo prometo, Raquel. Y como dice Aura, vamos a esperar a los resultados para ver qué hacemos.

—Gracias, Leo. Aura necesitará un buen hombre donde apoyarse. —Me sonríe, deja el portátil en la mesa y se sienta con Aura en el sofá—. Pero ahora, mi querido nuevo cuñado al que he dado el visto bueno, voy a beberme con tu novia el vino que tenemos, comernos las pizzas y si me deja, dormiré con ella esta noche.

—*Disfrutad mucho.*

—*Te llamo mañana y me cuentas cómo van tus clases de autocontrol.*

—*Te quiero.*

Cierro la pantalla del portátil y siento la mirada de Raquel.

—Uys, que veo tu nombre pintado en el cielo de Madrid en un par de días.

—¿Qué haces aquí, Raquel? No es que no me alegre, pero...

—No quiero estar sola en casa. Se me viene todo encima. ¿Puedo quedarme contigo?

—Ya sabes que mi casa es la tuya.

—Gracias, *liebe*.

A Raquel le suele dar la temporada de rememorar aquel año que estuvo en Alemania con su especialización en psicología forense y emplea ciertas palabras en alemán.

Una hora después estamos sentadas en el suelo de la pequeña –por no decir minúscula– terraza con las puertas abiertas, escuchando el barullo de Madrid, con una lista de los *Indispensables* en *Spotify*, nuestras copas llenas por la segunda botella y con las manos unidas sobre las piernas de Raquel. No decimos nada porque hay momentos en los que no se necesitan las palabras. Comienza a sonar la canción que hemos cantado tantas veces por los bares de Madrid que íbamos cerrando hace unos años.

«Que hable sin pensar las consecuencias, que digas tu verdad, aunque lluevan piedras. Que no pierdas esa fe que hoy es eterna. Esa forma de no ser consciente de ella».

Raquel aprieta fuertemente mi mano, escucho su respiración acelerándose, siento cómo se queda sin aire.

—«*Bienvenida a casa, pequeña gran revolución*^[29]».

Veó cómo comienzan a rodar lágrimas por sus mejillas y apura la copa de vino que estaba casi llena.

—Gracias por aparecer aquel año en mi vida, Aura. No sé qué hubiese hecho sin ti todos estos años. Por los viajes, las noches en vela, tus amores y mis fracasos, mis novios y tus desastres. —Ladea la cabeza y se pasa la mano por su pelo negro—. Si no te hubiese conocido, habría estado toda mi vida sintiéndome incompleta.

—No te habrías divertido tanto con mis cagadas monumentales.

Levanto la copa en el aire y pretendo restarle intensidad a este momento. Quiero que deje de pensar tanto en los resultados y se despeje hasta caer rendida en la cama.

—En ningún momento he llegado a sentir apuntarte a *Adopta*. Al final, todo ello te ha llevado hasta Leo.

—¡Qué morro tienes, tía! —Le doy con el hombro.

—Si no hubieses tenido tan mala suerte, Leo no habría aparecido en tu vida.

—Todo esto fue una maldita casualidad llena de intenciones del destino. Nada más. —Le doy un sorbo a la copa de vino.

—No lo habría dicho mejor. —Respira profundamente, cierra los ojos y menea la cabeza unos segundos—. ¿Sabes de cuál me acuerdo? Del cuarto y mitad de lomo de marmolejo.

Top desastres: 3

Cuarto y mitad

¿Sabéis ese momento en el que estás esperando en un bar y tu cita llega media hora tarde, pero lo arregla cuando aparece con una sonrisa enorme y unos ojos azules de infarto?

Por primera vez en todas mis citas llegó el chico que aparecía en las fotos, exactamente el mismo. No era un primo ni un vecino que no se parecía en nada, era él.

Tengo que admitir que me dejé llevar por aquel *hechizo* enviado a altas horas de la noche. Lo recibí mientras trabajaba en casa en un caso de acoso laboral muy importante y apareció en la pantalla de mi ordenador sobre las tres de la madrugada. Él había salido de una cita terrible, yo llevaba unas semanas sin quedar con nadie, charlamos, me reí con sus comentarios ácidos y decidimos quedar en el Mercado Antón Martín de Lavapiés.

Creo que fue la *relación* más real que he mantenido con un chico salido de un *hechizo* de madrugada.

¿Que qué pasó?

Señor, lo de aquella noche no lo olvidaré jamás, de verdad. Yo lo intenté a lo largo de varias semanas, pero aquello no tenía nombre. Era el chico perfecto: sincero, divertido, guapo; pero lo que tenía entre las piernas era una jodida arma de destrucción masiva.

No me levanto del taburete en el que me estoy tomando una cerveza. Seguro que detrás de ese chico que viene directamente hacia mí sonriendo, aparece uno mucho peor. Pero no es así. Se pasa una mano por la barba y respira profundamente, parece aliviado.

—Eres mucho más guapa que en foto. —Carraspea—. No quiero decir que en tu perfil no salgas bien, pero no te haces justicia. —Se frota las manos y se acerca más a mí—. Soy Diego. No soy un acosador y estoy muy nervioso. ¿Se me nota? ¿Algún día seré capaz de no cagarla tanto en una primera cita?

Se me da mucho mejor a través de una pantalla.

—Hola, Diego, soy Aura. —Me levanto sonriendo y me acerco para darle dos besos—. Yo también soy de cagarla mucho en las citas. O mi culo, no tengo claro cuál de los dos tiene la culpa. —Me doy la vuelta para sentarme en el taburete de nuevo.

—Permíteme decir que tienes un culo fantástico, Aura.

Se lleva la mano a la cara y se desploma sobre el otro taburete que está frente al mío. Escucho cómo suelta una mezcla de risa y quejido.

—Joder, soy lo peor de este mundo. Eres libre de irte a casa, Aura. Seguro que hay tíos mucho más inteligentes y que la cagan mucho menos cuando te ven.

Se aparta la mano de la cara y le observo mejor.

Tiene el pelo rubio muy oscuro, unos ojos azules que quitan el sentido, una sonrisa enorme y unos labios que se muerde al ponerse nervioso. Y qué decir de esas manos, madre mía. Son enormes y fuertes y...

¿Será verdad la relación entre tamaños?

—¿Quieres? —Le ofrezco mi cerveza con una gran sonrisa.

—¿Qué es?

—Una IPA^[30] de la casa.

—¿Tienes algún as más bajo la manga o ya has usado todos tus trucos conmigo?

—Tendrás que conocerme un poco y saber si soy todo lo que mi perfil dice de mí o si soy más interesante.

—Si eres más interesante que tu perfil... —Un silbido sale de sus labios—. Aura, dices que ves porno, lees a Jöel Dicker y ves películas de Guy Ritchie. Eres preciosa y tienes una sonrisa increíble. Es imposible mejorar.

Cervezas, nachos con pico de gallo, cigarros a medias, un cubata cerca de su casa y dos besos en su portal antes de despedirnos.

—Buenas noches, Aura. Gracias por acompañarme a casa. —Achina los ojos mientras su cabeza se mueve lentamente hacia atrás.

—La próxima vez me acompañas tú.

—Trato hecho.

Tira de mi cintura para pegarme a él y siento cómo su cuerpo —cierta parte— se alegra mucho de nuestra cercanía. No me ha pedido que suba. Yo no he hecho ninguna insinuación para subir.

—¿Qué tal te suenan unas tapas por Malasaña y unas cervezas en el Vía

Láctea?

—A gloria bendita, Diego. —Ronroneo. No me doy cuenta, pero lo hago. Carraspeo para ocultarlo.

—No lo hagas. —Se pega a mi cuello y susurra—. No ocultes jamás ese sonido.

Una semana después, tras varias cervezas y una noche perfecta, subo al piso de Diego. No hacen falta los preliminares ni hablar del tiempo. Nos tenemos ganas, muchas. Estoy tumbada en su cama con la boca abierta. No, no, no. Esto debe ser algún efecto de alguna droga ilegal que me han metido en la bebida. Seguro que el LSD tiene este efecto secundario. Es que eso es una barra de pan de pueblo bien cargada con cuarto y mitad de longaniza.

—¡Joder! —Abro la boca y niego con la cabeza—. Madre de Dios.

—No es tan grande. —Diego, el pobre Diego, me mira creo que hasta con lágrimas en los ojos.

—Joder, eso es mi brazo. Pero ¿cómo puedes andar con eso entre las piernas?

—No es para tanto. —Se mira la entrepierna.

—Si hablamos de caballos o de ballenas blancas, claro que no. —Me alejo de él negando con la cabeza—. Pero eso, para un hombre, no es normal, Diego. —No puedo cerrar la boca en ningún momento y creo que el dolor comienza sin acercarse.

Y lo intenté, lo intentamos de muchas, muchísimas formas, pero aquello no estaba hecho para mí.

Diego y yo seguimos siendo amigos. De vez en cuando tomamos una cerveza en algún mercado y fantaseamos... fantaseábamos con fugarnos a Ibiza y vivir la vida loca con unos daiquiris en la mano.

No es el hombre de tu vida

No paro ni un solo segundo durante la semana. Raquel se ha hecho fuerte en el sofá y no deja de ver películas románticas en *Netflix*. A las diez de la noche del jueves se ha visto todas las basadas en los libros de Nicholas Sparks.

—Yo quiero vivir un amor así, no como la mierda a la que me he acostumbrado.

Sigue bebiendo vino. Yo no sé si es bueno o no esperando los resultados, pero no voy a ser yo quien diga nada, porque soy la que le acompaña vaciando las botellas.

—¿Qué es lo que buscas? —Dejo dos platos con *cao l'âu*^[31] que he cogido en el vietnamita—. ¿Qué te apetece tener a tu lado?

—Alguien al que no le dé miedo el presente y que no tenga todo tan milimetrado como yo. Que sea visceral e irracional.

—Tu polo opuesto.

Me siento a su lado y la observo. Lleva sin maquillarse los mismos días que lleva en casa, las ojeras me dicen que hoy tampoco ha descansado y se le han marcado los huesos de la clavícula. Raquel siempre ha perdido peso rápidamente cuando los problemas han aparecido.

—Quiero a alguien que no tenga que soportar a una enferma porque eso significaría que todo esto se ha quedado en un susto. —Abre la boca y la cierra. Se dibuja una sonrisa amarga que me hace temblar—. Que me queda mucha vida por delante, que veré cómo Leo dibuja tu nombre en algún edificio de Madrid; seré testigo en la boda de Zoe con Bosco, porque esos acaban en boda, una íntima y ella con un vestido con detalles plateados y pedrería en el pecho. —Sus dedos bailan en el aire trazando pequeños dibujos imaginarios—. Lo demás es un misterio, pero quiero ser testigo de eso.

—Y yo quiero ser la que te bese justo antes de que te vayas a dar la vuelta al mundo con el hombre de tu vida, *liebe*. —Sujeto fuertemente su mano—. Le has conocido y te ha dado tanto miedo que le has metido más caña que a ningún otro.

—JJ no es el hombre de mi vida, te lo aseguro. ¿Tú le has visto? Con esa

cara de perdonarte la vida cuando te mira —al hablar se dibujan pequeñas sonrisas que trata de ocultar—, la manera que tiene de pasarse la mano por los labios y adelantar la cabeza para decir algunas cosas fuera de tono. No piensa, actúa y pretende que el mundo le aplauda.

Cojo la copa de vino, me apoyo en el sofá y observo a mi amiga, la que niega que Juanjo le gusta, la que está intentando auto convencerse, pero que a mí no me engaña.

—¿Has escuchado ese ruido que hace cuando come? Es una especie de gemido de satisfacción y lo hace con todo: con el café, con la cerveza y hasta cuando cierra los ojos respirando profundamente.

—Pero no es el hombre de tu vida.

—No.

—Claro. —Le doy un trago a la copa y alzo las dos cejas.

—No. —Raquel lo repite con su cara de pocos amigos que a mí me hace reír—. Aura, no me jodas.

—Es lo último que quiero. Prefiero que sea Juanjo quien...

No me deja terminar la frase. Se me lanza al cuello como una leona protegiendo a su cachorro. A mí me da un ataque de risa, a Raquel se le marcan las venas del cuello, cosa que hace que aumenten mis carcajadas.

—Aura, no me toques los ovarios. —Se separa de mí y se pasa la mano por la cara agobiada—. No puede ser que me guste un niño que...

—Que no le teme a la vida, que es irracional y divertido; que sabe que eres tan especial como yo y que, si pudiese, encendería las estrellas una a una para ti.

Siento la mirada de Raquel a través de su melena. No sé si me va a decir que soy una tía muy moñas, que me paso de corazones o que deje de beber ya.

—¿Y si no tenemos tiempo para eso? Aura, estoy acojonada por lo que me digan mañana. No estoy preparada para que me digan palabras como mastectomía radical, quimioterapia, carcinoma o irremediable.

—Por eso estaré a tu lado y lidiaremos con todo lo que nos echen. Tienes todo el tiempo del mundo para vivir, para amar y besar. —Sujeto su barbilla para que me mire—. Ahora lo primero eres tú, pero te aseguro que si quieres intentar algo con ese cavernícola de Ochoa, será una aventura de la que jamás te arrepentirás. Te lo prometo, *liebe*.

Nos metemos en la cama y siento la mano de Raquel buscando la mía por encima de la colcha. No hemos vuelto a hablar desde que hemos acabado de

ver el último capítulo de *Suits*.

—Aura.

—Dime. —Me giro para poder ver su cara.

—Te quiero.

—Te quiero. —Aprieto fuertemente su mano.

Me trago las lágrimas hasta que Raquel se hace la dormida, sé que no lo está. Siento los dedos de sus pies moviendo la sábana. Ahogo todas las lágrimas en mi garganta y no las permito salir.

Ninguna de las dos somos capaces de desayunar. Pongo un par de cafés en vasos para llevar y dejo el de Raquel en la repisa del baño mientras se maquilla. Observo a través del espejo todo el ritual para los malos días: *eyeliner* y labial rojo, *Russian Red* de *Mac* para ser más exactos.

Tampoco decimos ni una sola palabra en el trayecto en taxi hasta la clínica.

—El doctor os atenderá en diez minutos. Ha tenido una urgencia a primera hora y está terminando unas pruebas.

Una mujer de unos cincuenta años con mirada dulce y voz suave nos hace pasar a una sala de espera.

—Voy a contestar o van a empezar a pensar que nos han secuestrado.

—¿Mañana podemos quedarnos solas en la Finca?

—Sí, la semana de confraternización acaba esta tarde.

Raquel escribe un mensaje en el grupo.

—Lo haremos a mi manera. —Respira hondo.

Levántate y lucha

Las palabras suenan devastadoras, no albergan ninguna esperanza en mi cabeza y dejo de escuchar en el momento en que *carcinoma medular de la mama* aparece en la boca de mi doctor. Parece que mi vida, el reloj que marca cada segundo, acaba de paralizarse. Siento que he salido de mi cuerpo y soy una mera espectadora de la historia de una chica que siempre se ha cuidado, que siempre ha pasado las revisiones, pero que un día se encontró un sarpullido raro, acudió al médico pensando que era una alergia común y está sentada en una silla recibiendo su pena de muerte.

—Raquel, ¿comprendes lo que te estoy diciendo?

Vuelvo a la realidad con la voz de mi médico y sus pequeños golpes sobre la mesa. No, por supuesto que no comprendo cómo yo he acabado con una enfermedad como esta. Supongo que es la misma pregunta que se hacen todos los que reciben esta noticia.

—Raquel.

A mi lado está Aura con una sonrisa tranquilizadora en la cara y sostiene mi mano entre las suyas. Sin ella creo que no sería capaz de estar aquí sin desmoronarme y gritar.

—Todo ello conlleva una mastectomía —me cuesta decirlo—... ¿radical?

—Dependerá de si el carcinoma medular se ha propagado a los ganglios linfáticos. Podemos programar la operación para dentro de dos semanas y la semana que viene haremos todas las pruebas necesarias, Raquel.

—¿La quimioterapia no puede ser una opción antes de operar? —Parece que no soy la única que ha estado investigando. Aura se retuerce los dedos.

—Tras extirpar es la opción más viable y segura.

—Genial. Me quedo sin una teta y sin pelo. Voy a ser todo un partidazo. —Me recuesto en la silla.

—Raquel. —Aura me reprocha el comentario y mira al doctor que no ha cambiado su cara en ningún momento.

—No, pienso ser incorrecta con esta mierda de enfermedad. Tal vez si lo trato mal, se aleja de mí para siempre.

—Estas son las citas de la semana que viene. —El doctor me da una hoja con demasiados días y pruebas para realizarme.

Dos horas y media después estamos sentadas en una de las mesas de la terraza interior de La Tita Rivera en Chueca. Aura sabe que es uno de mis restaurantes favoritos de Madrid y siempre venimos para sacarnos las cosas de la cabeza.

—Me temo que lo tendré que dejar en dos semanas por una larga temporada. — Levanta la copa de vino en el aire.

—¿Cómo te sientes?

¿Muerta de miedo? ¿Pensando que me voy a morir y voy a dejar de disfrutar de una vida a la que apenas he comenzado a exprimir?

—Tenía que haber vivido más y trabajado menos. Me he tomado demasiado en serio la vida, Aura, pero no se puede vivir así. —Sonrío al recordar las noches que me pasé estudiando—. Aura, quiero que me prometas que después de la operación vamos a vivir.

—Madre mía. —Pega un pequeño grito que alerta a media terraza—. ¿Somos robots y no me he dado cuenta?

—Ya sabes a lo que me refiero. Quiero que volvamos a hacer uno de esos viajes. Vayámonos a Cuba a beber ron y fumar *Habanos* de verdad. Que el calor se nos meta en el cuerpo y pasemos la noche bailando con algún cubano guapo. —Cierro los ojos tratando de que no se me escapen las lágrimas—. Joder, quiero vivir, no quiero morir en una mesa de un frío quirófano.

De nuevo me parece que salgo de mi cuerpo y soy espectadora de la escena desde otra mesa. Veo a una chica aterrada y a otra que no deja de darle ánimo y consuelo.

Aura se sienta a mi lado, sus manos agarran las mías, las besa y me hace una promesa.

—Cuando el médico nos permita volar y puedas beber, te prometo que nos iremos a Cuba a bailar en *La Bodeguita del Medio*, nos bañaremos en Tulum al anochecer y desayunaremos en la terraza de una casa en un árbol en Costa Rica.

—No puedes dejar tu vida de lado por acompañarme a vivir.

—Raquel, tú eres parte de mi vida. En un año estaremos brindando en Cuba porque ese puto bicho solo será un mal recuerdo. —Sus ojos comienzan a brillar, pero se contiene—. Puedes romperte, Raquel, está permitido llorar, maldecir y gritar.

—Si lo hago esta gente pensará que estoy loca.

Aura eleva una ceja y suelta un grito que hace que todas las personas de la terraza, del bar y hasta de la cocina nos miren sorprendidos.

Una camarera se acerca corriendo.

—¿Qué ocurre? —Nos mira con la cara desencajada.

—A veces soltar un grito nos ayuda a ver todo de otra forma.

—Vale, pero si sigues haciéndolo me temo que os tendré que echar.

—Mira, tengo cáncer, me voy a quedar sin una teta y no voy a poder tomarme ni una sola copa en mucho tiempo para enfrentarme a todo lo que va a suceder. —Me levanto de la mesa y dejo un billete para pagar la cuenta—. Voy a pegar un grito peor que el de ella. Si quieres echarnos, perfecto, pero nada me va a impedir que lo haga.

Salimos del bar riéndonos por la cara de los comensales. Mi grito ha superado los decibelios permitidos por la normativa local.

—Voy a pasarme por el despacho para pedirle a Natalie que despeje mi agenda para las próximas semanas. Quiero ver si puedo derivar a mis pacientes a algún colega competente. Hay pocos en esta ciudad. —Mi humor está intacto. Al menos el bicho no ha tocado nada de eso—. Mañana te recojo y nos vamos a la Finca. Vamos a decorar un poco uno de los salones.

—Voy a aprovechar para ir a recoger unas carpetas que me ha dicho Richard que han llegado hoy.

—¿Lo conseguiremos?

—¿Alguna vez he roto alguna de mis promesas? —Me mira sonriendo.

—Nunca.

He mentado a Aura. Necesito hablar con alguien y no puedo recurrir a mi madre. Nuestra relación no es la más perfecta del mundo. Ella vive en Lanzarote con su séptimo novio desde que mi padre murió y soy hija única. No tengo demasiado contacto con el resto de mi familia.

Ya he reconocido que no he vivido, es el momento de empezar a hacerlo.

Una hora después estoy saliendo de un *Uber* en la Finca. Es el refugio al que siempre acudiré. La madre de Aura está colocando unas flores nuevas y me saluda con la mano desde lejos. Camino hasta la cocina donde Zoe parece preparar platos nuevos. Escucho cómo canta y sonrío. Hace mucho que no veía ese gesto en su cara. Me acerco despacio y me dibujo una sonrisa en la cara.

—¿Dónde demonios habrá metido mi hermana la botella de Mistela?

—Seguro que nos la terminamos el domingo. —Dejo mi bolso en la mesa.

—Raquel, qué sorpresa. ¿Cómo tú por aquí? —Parece que Zoe no ha leído mi mensaje.

—Necesitaba despejarme y he hecho caso al consejo de tu madre.

—La Finca siempre está abierta para que sea vuestra zona de confort, de la que jamás nadie os podrá sacar. —Lo repetimos las dos con el mismo tono de voz que Lola.

—¿Va todo bien? Parece que no has descansado mucho esta noche. —Me mira, pero sigue buscando en los armarios.

—¿Los agentes de la autoridad ya se han marchado?

—Sí. Han ido a hacer unas prácticas de tiro a primera hora y hace un rato se han ido todos, por fin.

Zoe me mira queriendo saber si estoy bien, así que no le doy más opciones de indagar.

—Voy a dar un paseo.

—¿Me vas a contar el motivo de la fiesta? —Pues sí lo ha leído.

—En tu despedida conseguimos a dos chicos muy buenos para las hermanas Miguel. Tal vez el destino me traiga uno decente para mí esta vez. —Sonrío mientras me pongo las gafas de sol ocultando mis más que notables ojeras—. Dejo el móvil aquí. Si suena... —Tomo una gran bocanada de aire que me quema—. Deja que suene. Nadie importante va a llamar.

Salgo de la cocina por la puerta que da al camino de piedras que pasa por detrás de las cabañas, el que lleva hasta el árbol donde el padre de Aura se sienta a fumarse un cigarro cuando cree que nadie le está observando.

Para estar aún en primavera comienza a hacer calor. Me deshago de la chaqueta y dejo que el sol acaricie mi piel. Paso las yemas de los dedos por el lugar donde apareció el sarpullido, el que dio la voz de alarma. Tengo que agradecer que haya sido así. Mi cuerpo sabía que algo estaba pasando y su única forma de avisar fue una pequeña inflamación en la parte interior del brazo. Camino sin darme cuenta de que llego a la parte trasera de la Finca que está abierta. Me parece algo raro ya que desde el ataque de David esta puerta se

mantiene siempre cerrada. A lo lejos veo la sombra de alguien que está descansando apoyado en un árbol y se oye su respiración acelerada. Me doy rápidamente la vuelta. Es Juanjo.

No puedo encontrarme...

No puedo enfrentarme...

No puedo.

—¿Raquel?

Escucho su voz y vuelvo a la Finca. Mejor dicho, en cuanto entro en la Finca corro para esconderme dentro de uno de los salones.

—¿Qué cojones haces, Raquel? ¿Desde cuándo huyes de un tío que no te gusta y no te cae bien?

—Permíteme dudar de eso.

Una voz de hombre suena detrás de mí. Al darme la vuelta compruebo que es Leo. Está sentado en una silla con el portátil y un cuaderno al lado en el que parece que ha anotado unas rutas.

—Espiar a las personas es un hábito preocupante.

—Has entrado corriendo en la misma habitación en la que yo llevo un par de horas trabajando. Además, el hábito de hablar sola también es preocupante.

—No, mi querido amigo, hablar solo es un signo de las personas sumamente inteligentes. —Sonrió satisfecha y me apoyo de espaldas en la puerta.

—¿Auto engaño? Buen método de supervivencia, aunque no es demasiado sano. Es mejor reconocer las cosas a la primera, tal y como nos suceden, para buscar soluciones.

—A veces no hay soluciones fáciles. —No sé si los dos seguimos hablando de mi locura o hemos saltado a otro tema del que no quiero hablar.

—La vida nunca es fácil, por mucho que nos la hayan querido vender así. Existen las personas malas que hacen daño a quienes queremos, existe hombres y mujeres capaces de matar, la muerte es parte de la vida. —Baja la tapa de su portátil y me observa, espera una reacción.

—¿Tú tienes miedo a la muerte?

—Tengo miedo a perderme cosas de la vida que me hacen sonreír. No quiero que mis sobrinas crezcan y no lo pueda disfrutar. Espero ver a mi sobrino pequeño jugando al fútbol conmigo algún domingo. —Sonríe y se le dibujan unas arrugas en la comisura de los labios —. La vida es eso que sucede mientras hacemos planes, ¿no? Comprendí el sentido de esa frase hace muchos años en Irak. Quiero vivir el día a día sin miedo a nada.

—La tanatofobia es algo con lo que vivimos todos.

—¿No sería muy doloroso vivir con miedo a morir cada día?

—¿Y si te imponen una fecha límite?

Leo se levanta de la silla y se acerca a mí lentamente. Me sorprende al no tratar de huir de aquí. Leo es capaz de transmitirme la misma paz que Aura.

—No tenemos fecha límite, Raquel. —Sé que quiere decir algo más, pero se contiene por no descubrir que Aura ya le ha contado todo.

—Sé que has hablado ya con ella de este bicho. No hace falta que andes con pies de plomo conmigo. No me voy a asustar ni enfadar porque te lo haya contado. —Abro la boca

para tomar una gran bocanada de aire—. Va a necesitarte, Leo, no te imaginas cuánto. Toda la vida se ha hecho la fuerte por nosotras, ha luchado contra sus miedos en silencio y siempre tiene una sonrisa o palabras de apoyo en los malos momentos. —Me tiembla hasta el alma al pensar en el dolor que va a sentir mi mejor amiga—. Va a necesitarte como jamás ha necesitado a nadie en esta vida para superar esto. No desaparezcas, por favor.

—No lo haré, Raquel. Te lo prometo.

—No me mientas. —Trato de ver miedo o un signo de debilidad en sus ojos, pero no lo encuentro. Este chico es especial.

—Nunca lo hago. Aunque me traiga malas consecuencias. —Alarga sus manos para sujetar las mías—. Tú también vas a necesitar a personas a tu lado. No puedo ponerme en tu piel, jamás te diría la frase de: «*Sé exactamente lo que sientes*», porque sería mentira. Sí sé el dolor y la incertidumbre que las personas que te quieren van a sentir, la impotencia y la incompreensión ante todo esto. —Aprieta mis manos—. No alejes a nadie de tu lado, por muy mal que pinten las cosas. Necesitas a tus amigas, a nuevos amigos y eso te dará mucha más fuerza para acabar con ese puto cáncer.

—¿Cáncer?

La cara de Juanjo está completamente desencajada. Mira a Leo sin creérselo y pasados unos segundos, sus ojos se clavan en mí.

Tira de mi mano y me pega a su pecho.

Sus manos casi traspasan mi piel.

No dice nada, no hace falta.

Rompo a llorar.

Derramo todas las lágrimas que no me había permitido dejar caer. Él ha sido capaz de obligarme a hacerlo con solo una mirada. No pensaba que sería él quien hiciese que mi cuerpo reaccionase de la manera más natural. Ahora mismo, en este mismo instante, siento miedo a perder algo que ni siquiera tengo.

¡Corrómpeme!

Me he liado en el despacho. He venido a por dos cosas y he terminado solucionándole uno de los casos a Mateo. Lleva varios juicios perdidos y como siga así, nos hunde a todos.

—No sé cómo te lo voy a pagar.

—Aún, no lo sabes aún, pero te aseguro que lo sabrás muy pronto.

—Puedo ayudarte y quitarte carga del caso Benlliure.

—Ni lo sueñes, Mateo. No vas a tocar ni uno de los folios. No es un caso del despacho, es mi caso. —Hago especial hincapié en el *mi*.

—Los casos son de todos. —Se levanta y me mira de reojo. Tiene que alzar la barbilla, le saco media cabeza, una si me pongo tacones.

—Como metas las narices en mi caso, te juro que te vas a arrepentir. Y ya sabes cómo me pongo cuando me tocan los ovarios, Mario. —Alzo la ceja derecha y suelto el aire por la nariz.

—Aura, ¿qué demonios haces aún aquí? Son las nueve de la noche y te he visto entrar a las tres de la tarde. —Richard pone sus manos en mis hombros —. Recoge tus cosas y no quiero verte hasta la semana que viene.

—Pero...

—Si me sigues rechistando te doy vacaciones.

Levanto una mano en el aire, señalo mi bolso y las cosas que me quiero llevar. Richard me acompaña hasta la calle donde al parecer me espera un coche.

—No va a tocar ni un solo papel de tu caso. No te preocupes, de verdad. Relájate el fin de semana, tómate unas copa, fúmate un cigarro, disfruta de tus amigas y de tu familia.

—Este caso...

—Aura, nos va a llevar meses. No tendremos la primera reunión con los abogados contrarios hasta dentro de un mes. —Vuelve a sujetarme por los hombros—. Relájate un poco, por favor.

Pillamos un atasco monumental a la altura del Círculo de Bellas Artes. Ha

empezado a llover de forma terrible y los madrileños nos atascamos con el agua. Si no llevase tanto peso, me bajaría para ir andando, pero me toca esperar aquí dentro.

—Lo siento, señorita, pero me temo que tardaremos mínimo media hora. ¿Qué música quiere escuchar?

—Cualquier cosa.

Apoyo todo el cuerpo en el asiento y observo por la ventanilla. Cierro los ojos y trato de relajarme entre los pitidos nerviosos de los coches que tenemos alrededor. Escucho que entra un mensaje en el móvil, pero decido emplear estos minutos para tener la mente en blanco.

Only You de Joshua Radin suena en el coche y cierro los ojos. Me transporto a un lugar muy lejano, una montaña alta y lloro. Lloro en ese mundo al que acabo de viajar.

«Esto va a llevar un largo tiempo. (...) No lo soporto más».

Creo que me he quedado dormida cuando escucho la voz del conductor avisándome de que ya hemos llegado al destino. Espero no haberme babeado la cara y medio hombro. Abro los ojos una gran sonrisa me da las buenas noches.

—Siento si he roncado, dicho algo inapropiado o llorado.

—No se preocupe. No ha hecho nada de eso. —Sale del coche para abrir un paraguas y ayudarme a sacar todo lo que llevo a mi lado.

Me acompaña con el paraguas hasta el portal. Empiezo a hacer malabares para encontrar las llaves en el bolso y abrir la puerta, antes de que todo acabe en el suelo.

—Feliz fin de semana.

—Igualmente. Muchas gracias.

Me deshago de los zapatos antes de entrar en casa. Abro la puerta e intento dejar las cosas sobre la mesa de la cocina. Hay unas velas encendidas y una nota.

Ponte cómoda.
Sirvete una copa.
Camina descalza.
Pon algo de música y desconecta de
esta semana.
Esta noche cocino yo.

Jugueteo con ella entre mis dedos y sonrío. Llamo a Leo, pero no me contesta. Supongo que habrá ido a por la cena. Me sirvo una copa, meto la botella en la nevera y voy a la habitación para desvestirme. Aprovecho para pegarme una ducha y despejarme un poco más. No ha sido suficiente ese viaje a otro mundo en el taxi.

Encontrar un sitio donde comprar algo en este barrio es imposible. Y tratar de hacer algo decente para cenar con el limón pocho que he encontrado en una bandeja de la nevera y algo en papel de aluminio que me ha dado hasta miedo abrir, era imposible. Eso sí, vino, cervezas y mascarillas tiene para surtir a toda la comunidad.

Al entrar en casa escucho la música en el baño. Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar su voz entonando una canción. Dejo las bolsas encima de la mesa y me deshago de las zapatillas. Me he dado cuenta de que Aura siempre va descalza.

Camino hasta el baño y la observo mientras sale de la ducha. Tiene

enrollada una toalla alrededor del cuerpo y comienza a secarse el pelo. Tiene los labios apretados y sonríe al sentir que estoy detrás.

—Hola, Leo.

Deja el secador en la encimera del baño, se da la vuelta y acercándose a mí.

—Eres lo que necesitaba.

No dice nada más y me besa. Siento cómo se relaja entre mis brazos y termina el beso apoyando su frente contra la mía, soltando un suspiro.

—Eres justamente lo que necesitaba —al decirlo esboza una gran sonrisa— y no solo hoy.

—¿Mal día? —Sé perfectamente que no ha sido la mejor semana de su vida, pero prefiero que sea ella quien me cuente cómo está.

—Día de mierda, semana de mierda. Eres una buena medicina para mí, Leo. —Me acaricia los brazos—. Aunque me he llevado un chasco al no encontrarte desnudo en la cama.

—La noche no ha hecho más que empezar. Voy a preparar la cena, nos vamos a tomar una copa de vino, vamos a abrir las ventanas, escucharemos la lluvia caer y hablaremos.

—Leo, hablar está completamente sobrevalorado. Prefiero besarte y desnudarte poco a poco. —Sus manos bajan por mi pecho y se meten dentro de la camiseta—. Muy poco a poco. Saborear cada parte de ti y sentirte.

Su cuerpo se restriega contra el mío y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no arrancarle la toalla. Cierro los ojos y no me muevo.

—Comprendido. —Suelta aire por la nariz resignada—. Primero hay que cenar para coger fuerza porque vamos a tener una noche de sexo salvaje, peligrosa y non-stop.

Se da la vuelta, se abre la toalla y se la ajusta de nuevo al pecho.

—Señor, dame fuerza para no caer en la tentación.

—Y líbranos del mal. —Lo dice con una gran sonrisa que veo en el espejo.

Sigue secándose el pelo y la observo embobado. Ha conseguido que me abra, que sueñe y que le pida a mi hermana su receta mejor guardada: el pesto rosso de mi madre. Me ha costado que me dijese todo lo que emplea, que según ella son cinco ingredientes más o menos, pero me temo que se ha guardado algún as en la manga.

Aura pasa por mi lado, se quita la toalla y la cuelga tras la puerta. Camina desnuda por el pasillo y se mete en la habitación. Sale con una

camiseta amplia de los Knicks bastante descolorida, así que asumo que es de su viaje con Raquel a Nueva York.

—Bueno, yo voy a beber vino mientras tú me preparas la cena.

Recoge la copa vacía que está en la encimera del baño y la sigo de cerca hasta la cocina. Pone algo de música en la televisión y se sienta en la mesa de la cocina. Veo cómo rebusca tratando de averiguar qué vamos a cenar.

—No. —Le quito la bolsa, pero busco en el interior algo para darle—. Me queda una duda sobre tu perfil de Adopta.

Le entrego una cereza y suelta una gran carcajada.

—Ay, canijo, ¿aún no sabes lo que soy capaz de hacer con esta lengua?

Se baja de la mesa y se sirve otra copa de vino tan tranquila, como si no acabase de soltar por la boca semejante frase. Vuelve a sentarse y sé que está sonriendo.

—¿Y con qué me vas a deleitar esta noche?

—He encontrado un local aquí cerca de pasta fresca.

—No hay nada de pasta fresca por aquí.

—Sí, en la Glorieta de Quevedo.

—Eso no está aquí al lado, Leo. Hay media hora para ir y otra media para volver. ¿Has ido hasta allí para buscar la cena?

—Solo una parte. —Me doy la vuelta y está sentada con las piernas entreabiertas—. He escogido unos capelli y los prepararé con pesto rosso.

Aura comienza a esbozar una sonrisa acompañada de gestos de sorpresa.

—Mi hermana me ha pasado la receta. Me ha asegurado que hasta un tarugo como yo sería capaz de hacerla, pero por si acaso, he cogido una salsa ya preparada por si la pifio. —Me acerco a ella y le robo un poco de vino.

—Creo que controlas bastante, aunque quieras aparentar esa especie de fragilidad. —Se pasa la lengua por el labio inferior y lo muerde—. Leo, eres de todo menos un desastre.

Me atrapa con sus piernas y mete las manos por dentro de mi camiseta. Recorre mi piel con las yemas de sus dedos y hace que todo mi cuerpo se endurezca.

—Gracias por aparecer esta noche en casa.

—Tus deseos son órdenes para mí, Aura.

—Por cierto. —Saca la lengua y en la punta veo el rabo de la cereza

con un nudo en el medio— Acabas de descubrir otro de mis talentos.

Leo niega con la cabeza mientras me mira. Respira profundamente, se le hincha el pecho y me regala una de sus sonrisas sinceras, una de esas con las que quiero despertarme cada día.

—Una caja de sorpresas. —Me quita el rabo de la lengua.

—Ahora dime qué tal estás.

—Prefiero besarte. —Me acerco a su boca, pero me rehúye sin quererlo.

—Aura, no he podido hablar contigo después de los resultados de Raquel. ¿Cómo estás?

Resoplo y me aparto de él a regañadientes. Vuelvo a coger la copa y le doy un trago. A veces es mucho más fácil no decir nada y seguir adelante como si esto solo fuese una pesadilla de la que nos despertaremos tarde o temprano.

—¿La verdad o el papel que me toca jugar?

—Siempre la verdad, por favor.

—Pues es una mierda todo lo que he oído, cómo me he sentido y cómo sé que se está sintiendo Raquel. Tengo que ser fuerte por y para ella.

—Y tú me tendrás a mí en todo este proceso, no lo olvides. —Me besa en la nariz, me rellena la copa de vino y se da la vuelta para seguir cocinando—. Será complicado y hasta que llegue la operación pasará por mil estados de ánimo.

Observo cómo se mueve por la cocina rebuscando en los cajones y comienza a picar unos tomates secos en aceite, almendras y albahaca, mete todo en un mortero que no sé de dónde ha sacado. Se mueve como si no fuese un desconocido en esta casa y a mí me encanta comprobar que está cocinando para mí aun no siendo uno de sus fuertes. Sigo todos sus pasos desde la mesa. Escucho el sonido de un mensaje en el móvil de Leo, pero no le hace caso.

—Prueba. —Mete el dedo en la salsa y me lo acerca a la boca.

De mi garganta sale un sonido de aprobación total. Tiene un sabor intenso pero suave. No sabría describirlo. Me recuerda a esas callejuelas de Roma que llevan a la *Fontana de Trevi*.

—Sabe a hogar. Es como esa salsa que lees en una hoja de papel amarillento por los años.

—Es la receta de mi madre y a ella se la entregó mi abuela, que se casó con un hombre de la región de Liguria en Italia. A ella se la dio la madre de mi abuelo. —Sonríe al hablar de su familia.

—Tienes unos genes muy interesantes.

—El fin de semana que viene conocerás todo de primera mano. Si no sales corriendo con todo lo que mi hermana te va a contar.

—No trates de asustarme, Leo. —Tiro de su camiseta y vuelvo a atraparlo con mis piernas—. Aunque seas un coleccionista de ositos de peluche.

—¿Cómo has descubierto mi más oscuro secreto? —Su boca está pegada a la mía.

—Pequeño, tú ya no tienes secretos para mí.

—Estás muy segura de ti misma.

Estamos entrando en un juego que sé cómo va a terminar y mi cuerpo lo está empezando a celebrar.

—Sé que te excitas cuando paso las uñas por tu espalda y acabo apretando fuertemente tu culo, mientras pego mi pelvis a la tuya. Sé que te pone muy nervioso cuando acabo desnuda delante de ti. —Me deshago de mi camiseta sin pensármelo—. Que te gusta que no lleve nada debajo de estas camisetas que te parecen horrorosas.

—Estoy empezando a cogerle el gusto tanto a las camisas de cuadros como a estas camisetas de baloncesto tan grandes. —Se lame los labios.

—Y también sé que cuando me miras como lo estás haciendo ahora mismo, estás pensando a ver si me callo, te beso y nos dejamos llevar encima de esta jodida mesa.

—Me temo que me conoces demasiado bien, canija.

Beyoncé y su [*Drunk In Love*](#) pone banda sonora a estos segundos en los que no dejamos de mirarnos a los ojos y Leo se deshace de su ropa.

Mantener mis manos lejos de él es muy complicado. Después de esta semana de mierda solo quiero perderme en sus besos y que me abrace, que me haga el amor hasta que mi cuerpo pida clemencia y que no me suelte el resto de mi vida. Sus labios se pierden en mi pecho, en mi estómago, en el interior de mis piernas y mi cuerpo tiembla, se estremece y pide más.

Aura se retuerce con cada beso y tengo que centrarme en no convertir esto en un polvo rápido antes de cenar. Quiero que sea...

—Leo, sácate eso de la cabeza. —Aura se ha sentado en el borde de la mesa, aprieta sus piernas para atraparme y baja sus manos por mi abdomen—. Va a ser rápido, sucio y con muchas palabrotas.

—No quiero que pienses...

—Leo, cariño, ahora mismo no pienso, quiero que me quites todo lo que tengo en la cabeza de un pollazo bien dado. Ponme los ojos en la nuca, usa

palabras malsonantes, di que vamos a follar. —Se muerde el labio y me agarra de las mejillas—. No seas tan correcto ahora mismo, joder.

Suelta el aire de sus pulmones y acaricio su cara, bajo mi mano por su espalda y sin que lo vea venir, la empujo contra mi erección.

—Joder.

Abre los ojos y un gemido sale de su garganta.

Leo toma al pie de la letra cada una de mis palabras durante unos escasos veinte minutos, a mí me parecen escasos porque siempre quiero más.

Más besos.

Más caricias.

Más orgasmos que me parten en dos.

Pero, pensándolo bien y comparándolo con amantes anteriores... Veinte minutos para un polvo rápido y salvaje es mucho más que satisfactorio.

—Para haber estudiado en un colegio de monjas, tienes la lengua muy sucia. —Me pongo la ropa para preparar la pasta.

—No te equivoques. Yo con las monjas solo estuve hasta los doce. No pudieron hacer nada conmigo. —Aura está de pie sin intención de vestirse tras volver del baño. Me reta con la mirada

—De ahí te viene lo de tomar el nombre de Dios en vano. —Me doy la vuelta y busco una cazuela en uno de los armarios.

—Yo nunca tomo nada en vano. —Pasa por delante de mí, pega su culo desnudo a mi paquete y se agacha para sacar una cazuela—. Jamás de los jamases.

Se da la vuelta, me la entrega y levanta los hombros poniendo una cara de niña buena que no se la cree ni ella.

—De buena solo tienes el nombre, Aura. —No me lo pienso y le doy un azote en el culo para apartarla y ella responde pegando su pecho desnudo a mi cuerpo.

—Como vuelvas a hacerlo me veré obligada a pasar de esta cena y a molerte a polvos hasta que no puedas andar.

Me sorprendo a mí misma hablando así. Sí, que todas tenemos ese punto de *salidorrismo* puro y duro, pero es que no sé si es la semana que llevo, no verle en un par de días, haberme acostumbrado a todo él o tener a un tío como Leo delante... No me puedo controlar.

—Voy a vestirme, no vaya a ser que te distraiga y no cenemos. Sería una pena morir de inanición a causa de perder la noción del tiempo siendo una maraña de besos, manos y piel. —Le beso en la nariz.

Agacha la cabeza y pasa por mi lado sin apenas rozarme esta vez. Observo cómo meneas las caderas caminando descalza y sobre la punta de sus pies. Respiro profundamente, lleno la cazuela con agua, me quito la idea de ir detrás, la dejo en el fuego, se me vuelve a pasar por la cabeza, paso el dedo por encima de la vitro, pero no pulso el encendido.

Camino por el pasillo.

Doblo la esquina.

Aura está tarareando algo a oscuras.

Entro en la habitación.

Su cuerpo se dibuja entre la luz que entra por la ventana y se mueve al ritmo de la canción que suena.

—Eres una malísima influencia.

Se coloca algo de ropa encima, aunque preferiría verla desnuda siempre. No es el hecho de disfrutar de su cuerpo, que también, es que no necesita nada encima para brillar o ser más. Su nombre le va perfecto: tiene un aura espectacular, no necesita artificios.

—Es tan fácil estar así contigo. —Me acerco a ella y le aparto el pelo que le ha caído sobre la cara.

—¿Desnudos?

—También. —Me hace sonreír.

—La vida es complicada, pero tenemos que desenredarla poco a poco, Leo. Tu trabajo es... —Ladea la cabeza y parece que busca las palabras adecuadas—. En tu trabajo ves la peor parte del ser humano y sería normal que dejases de creer.

—Tú tampoco es que trabajes con hermanitas de la caridad. —Salimos de la habitación para, al fin, preparar la cena.

—Bueno, hay días en los que puedo llegar a final de una jornada sin perder la fe en la humanidad. —Se vuelve a sentar en la mesa.

—Espero que te hayas puesto bragas.

—De vez en cuando es liberador no hacerlo. —Se muerde el labio inferior y sé que está pensando en algo que le divierte—. ¿Sabes lo bien que sienta trasgredir las normas de vez en cuándo?

—¿Recuerdas que estás saliendo con un policía?

—Joder, Leo, relájate. Que ni corto crac en la bañera ni trafico con órganos de la Barbie.

Le da un trago a la copa de vino y puedo ver su sonrisa pícara que tanto me gusta. ¿Hay algo de ella que no me guste? Si hasta cuando me vacila me hace sonreír.

—¿Tú sabes lo liberador que es irte a una reunión importante en la oficina sin llevar bragas sabiéndolo solo tú? Se siente una complicidad interior que te hace sentir poderosa.

Se baja de la mesa de un salto, separa los pies un poco, coloca sus manos en las caderas, saca pecho y eleva unos centímetros la barbilla.

—Exactamente lo mismo que hacer esto al levantarte cada día.

La observo en silencio. Entrecierra un poco los ojos y toma aire por la nariz.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Hacer esto cada día te hace empezar mucho mejor. Posición superheroína para sentir que puedes con absolutamente todo. —Me guiña un ojo.

—¿Y cuál es tu superpoder?

—¿Aparte de ser una monada que te ha vuelto loco?

Deja su postura para sujetarme de la barbilla y besarme.

—Déjame adivinar. —Me devuelve el beso y sigue con la cena—. La resiliencia, pero esa la llevamos tatuada, así que es el comodín.

—Voy a ser buena y te voy a dar tres oportunidades.

—Ser sexy y cautivadora no es un superpoder, es tu forma de ser —al decirlo me mira con toda su seguridad que me hace temblar—. Tener un corazón amable y que recibe a los desconocidos con las puertas abiertas, es una gran cualidad. —Parece que me conoce bien—. La dulzura de tus actos con tus amigos y familiares, la forma en que te preocupas de todos, aunque a veces me parece egoísta por parte de los demás, es tu forma de querer.

—No necesitas tanto halago para llevarme a la cama, Leo. —Suele ponerme nerviosa que me piropeen y trato de salir con una broma.

—Que te sonrojes cuando alguien dice algo bueno de ti, te hace más adorable. Tu mecha corta me encanta.

Leo enciende la placa y comienza a calentarse el agua. Se da la vuelta y se apoya en la encimera con los brazos cruzados.

—Tu autenticidad es tu superpoder. No te da miedo mostrarte tal como

eres.

—Ya sabes la época de mi vida que... —no soy capaz de terminar de decirlo. Sigue doliendo un poco.

—Trataron de apagar tu luz por miedo. —Se acerca a mí y sus gestos, su forma de mirarme, consiguen que toda mi piel responda erizándose—. Eres intimidante, Aura.

—¿Intimidante?

—Sí, Aura. Eres preciosa, sexy, inteligente, escondes mucho tras esa sonrisa tan bonita que se te dibuja cada día en la cara. Has pasado por mucho, por demasiado diría yo. —Sujeta con fuerza mis manos que están apoyadas sobre mis muslos—. Has sabido recomponer tus piezas y las de los demás. Sé que no hace demasiado que nos conocemos, pero es como si hubiese disfrutado ya de una vida contigo.

—Leo, es imposible que a ti te haya intimidado.

—Claro que sí. Esa fuerza que tienes al hablar, la forma en que protegiste a tu hermana y la manera que tienes de amar, es absolutamente intimidante. —Respira hondo—. No estar a la altura puede que sea lo que más miedo me da.

Se me escapa una carcajada y Leo pone cara de no entender a qué viene, y suelta mis manos.

Me cuesta, me cuesta tanto recibir halagos que suelo cagarla de manera terrible, como estoy haciendo ahora mismo. Leo se da la vuelta negando con la cabeza y continúa con la cena.

—No, no, Leo, no me estoy riendo de ti. —Salto de la mesa y le agarro de la mano para meterme entre él y la encimera—. Joder, ¿realmente piensas que no estás a la altura?

—No he mantenido una relación desde hace mucho tiempo y sé que en un momento dado te fallaré.

—Y yo también la cagaré soberanamente en algún momento, pero no nos haremos daño a posta. —Subo mis manos por su pecho—. Nos queremos, es algo que hace tiempo que ninguno de los dos experimentamos. Por supuesto que la fastidiaremos, es algo natural. Pero sé que no me fallarás, Leo.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

—Porque te lo mereces. —Esbozo una sonrisa—. Eres buena gente, créetelo.

Dos horas después de empezar a hacer la cena, nos sentamos con los dos platos de pasta delante. Sirvo dos copas de vino, levanto la mía en el aire y

Leo se adelanta a mi brindis.

—Por nuestras más que probables cagadas.

—Por nuestras posteriores reconciliaciones.

Choco mi copa contra la suya y le beso mientras sonrío sorprendido.

—Gracias por esta cena tan apetitosa y que huele de muerte. Eres el primer tío que me cocina.

—Me alegro ser el primero en algo.

—Eres el primero en mucho.

Le guiño un ojo mientras me meto en la boca un poco de pasta. Creo que me da un pequeño vuelco al paladar... ¿Puede dar un vuelco el paladar? Bueno, a mí me lo da. Siento como todo el sabor llena mi boca, el dulzor de la calabaza pasa por el centro de la lengua y baja por mi garganta. El tomate seco y ese sabor tan especial, mezclado con la pasta y el queso rallado, hace que ponga los ojos en blanco y suelte un gemido de satisfacción.

—No me hagas esto demasiado a menudo o me acostumbraré a ti y ya no tendrás escapatoria.

No solo puedo acostumbrarme a encontrarme una nota en la mesa que me invite a relajarme o a una cena tan deliciosa como esta. Puedo habituarme a sentirle a mi lado en el sofá mientras nos contamos secretos, a que mi almohada huelga a él, a las sábanas revueltas y a mis labios hinchados por sus besos.

—Leo. —Estamos tumbados sobre la cama, desnudos y con las manos entrelazadas—. Me gusta tenerte en casa y que no tengas que desaparecer a media noche.

—Aquel día me hubiese quedado, te lo aseguro. —Tira de mi cintura para pegarme a él—. Nada me hubiese gustado más que seguir disfrutando de ti.

—Pero las reglas están para cumplirlas. —Aprovecho para tumbarme sobre él.

—Eso me temo, pequeña, eso me temo. —Su pelvis se mueve bajo la mía.

—Entonces no quiero corromperte de ninguna manera. —Ahora soy yo la que inicia un pequeño, pero certero baile sobre él.

—Que me corrompas puede ser el placer más puro de este mundo.

Y trata de corromperme hasta que el sol entra por la ventana y se desliza por las curvas del cuerpo de Aura que duerme a mi lado.

Ciclón

Me despierto con olor a café y la voz de Leo.

—No pienso caer en la trampa. Sé que esto va a formar parte de mi expediente, ya que debería constar en el de Estévez y eso ya es expulsión del cuerpo. No se van a arriesgar a ello.

Leo está apoyado en el marco de la ventana y la tiene abierta. Tan solo lleva los pantalones y la camiseta de ayer, está descalzo, despeinado y niega mientras se pasa los dedos por el pelo.

Este es el punto sin retorno, el momento en el que sabes que apuestas todo por una persona que te hace vibrar, que comprende esos miedos que a veces te paralizan, que te besa como si quisiera borrar los malos momentos; el que a pesar de sus miedos, te invita a saltar de su mano sobre los charcos, a lanzarte desde las rocas, hundirte en el agua y a darte todo el aire que necesitas para respirar.

«Seremos naves, en plena colisión. Caeremos lento, qué inercia tan feroz».

Un ciclón, como dice Vestusta Morla en [*Punto Sin Retorno*](#).

Escucho atentamente la letra de la canción. Un huracán, un ciclón con todas las consecuencias. Leo me ha arrasado en parte por dentro, ha derrumbado las barreras que me impuse hace años, ha hecho añicos esos estúpidos y terribles temores que a días me solían asolar. Leo ha sido el soplo de aire fresco que necesitaba. Estaba llegando a tal punto en mi vida que pensaba que iba a morirme teniendo citas en el geriátrico. Sonrío al recordar la primera vez que nuestros ojos se cruzaron. Su mirada es tan magnética, que poco tenía que hacer al abrir la boca. Hubiese sido una pena que hubiese soltado un *haiga* para quitarme todas las esperanzas. Me hubiese bebido el bar entero y media Latina si llega a pasar. No soy una tiquismiquis total de la ortografía, pero un *haiga* hace que mi libido se desplome.

Sigue hablando por teléfono ajeno a mis pensamientos y me pongo un café. Quiero darle un poco de intimidad en este salón sin paredes y de espacios completamente abiertos.

Me lleno la taza, le echo un poco de leche y remuevo unos segundos. Me

siento en el sofá y cierro los ojos mientras la canción sigue sonando.

Observo a Aura con los ojos cerrados y el café en la mano. De su boca sale la letra de la canción que suena y me hace sonreír mientras Bosco sigue tratando de convencerme para pedir perdón públicamente.

—¿Nos vemos luego?

—¿Luego?

—Raquel nos ha invitado esta tarde a algo en la Finca. Esta mañana se ha encerrado en uno de los salones y no deja entrar a nadie.

—¿Seguro que quiere que estemos ahí nosotros? —Me sorprende ya que sé de lo que va a hablar con sus amigas.

—Raquel ha dicho que tú lo entenderías y que se lo has prometido.

No dejo de mirar a Aura y veo cómo se lleva los dedos a los ojos y se seca unas lágrimas. Sé que está pensando en Raquel y comprendo totalmente ese sentimiento que la invade cuando menos se lo espera. Puede que quiera despejar su mente, que no piense en esa maldita enfermedad, pero llega algo, un sonido, un recuerdo o la fotografía de ellas dos que está sobre la mesa que sostiene la tele, la que hace que vuelva a una amarga realidad para Raquel.

—¿Va todo bien? Juanjo ha estado hablando con ella media madrugada y ha llegado a la cabaña destrozado.

—¿Estáis durmiendo en la Finca?

—¿Tú has dormido en casa de Aura?

Los dos nos quedamos en silencio y sé que ambos sonreímos.

Al abrir de nuevo los ojos vuelvo la vista a la foto. Estamos las dos sentadas en una terraza de una fiesta en Múnich disfrutando de una cerveza, con la ropa que nos quedaba en la maleta tras decidir alargar nuestra estancia dos días más por unos alemanes muy rubios y muy guapos. Raquel me acababa de contar un chiste de psicólogos de esos que nunca comprendo bien. Las dos nos reímos: yo porque no soy capaz de entender ese humor después de tantos años y Raquel porque se contagia de mi risa extraña. Quiero volver a aquella terraza, a aquel momento en que nuestra mayor preocupación residía en que en un par de días se nos acababan las vacaciones y volvíamos a pisar Madrid.

—Cuando la vida decide ponerse difícil...

—Puede arrasarte como un ciclón. —Leo se sienta a mi lado en el sofá y me observa.

—No hace falta que digas nada. —Agacho la cabeza.

—No me ocultes nunca tus lágrimas, Aura. Sé que no puedo decirte que no llores, porque este es el mejor lugar para hacerlo. Sé que esta tarde va a ser uno de los momentos más complicados de vuestras vidas. —Me quita el café de las manos y lo deja en la mesa que está a su lado—. Os vais a enfrentar al mayor temor de la humanidad: la posible muerte de un ser querido. Sé de lo que hablo, pero en vosotras he visto algo que pensaba que era imposible. Al menos entre Zoe, Raquel y tú. Sois de esas personas que son capaces de dejar su vida de lado por ayudar a alguien que quieren. Os adoráis, se puede ver en vuestros mensajes, en las fotos o en cómo os miráis. —Sujeta mis manos y veo que le cuesta hablar—. ¿Tú sabes lo complicado que es hoy en día encontrar algo así? Las personas nos centramos en nuestras vidas y buscamos nuestro propio beneficio. Nos hemos convertido en una sociedad que solo piensa en su propio bienestar. —Respira profundamente y sonrío—. La noche que os conocimos, ¿sabes en lo que me fijé cuando estábamos desayunando? Estabais pendientes las unas de las otras, de que todas estuviéseris bien, que ninguna se sintiese incómoda. Os sujetabais la mano por encima de la mesa sin importar si a alguien le parecía bien o mal.

—Al que le intimide que dos mujeres se agarren de la mano o se besen, que se aleje de nosotras.

—Dios me libre de quejarme de muestras de afecto entre vosotras. Me parece algo precioso. —Abre la boca y la cierra sin decir nada más.

—¿Tú vas a estar bien esta tarde? Para ti tampoco es algo agradable. No quiero que los recuerdos te duelan. —Me giro en el sofá y me pongo cara a cara con Leo.

—Los recuerdos, especialmente esos, siempre van a doler por el mero hecho de la pérdida. Trato de transformarlos y recordar los domingos o las navidades alrededor del gran árbol que colocamos cada año en el centro de la casa. —Levanta un poco el hombro, cierra los ojos y frunce los labios—. Ella decía una frase, que siempre la digo mal y mi hermana me corrige: «*Las personas tenemos dos opciones en los malos momentos: luchar o morir. Yo no seré de las que mueren sin luchar*».

Trata de esbozar una sonrisa que se transforma en un par de lágrimas que trata de limpiar rápidamente, pero que yo intercepto antes con mis pulgares.

—Parece que tu madre fue una gran mujer.

—Una de las mejores que he conocido. Aunque mi estúpido yo adolescente no la disfrutase como haría ahora.

Se recuesta en el sofá y me siento egoísta. Me acabo de dar cuenta por todo lo que ha tenido que pasar Leo en estos días, desde que le conté la enfermedad de Raquel. Aquí he estado yo con mi pena, pero no me he parado a pensar en todos los recuerdos que le traerían a él. O los que le traerán a Bosco en cuanto Raquel lo cuente.

—No sé si es buena idea que vosotros estéis allí esta tarde. —Me levanto del sofá y vuelvo a la cocina.

—¿De qué estás hablando?

—Pues que no me he dado cuenta hasta ahora mismo de que esto a vosotros os va a traer demasiados recuerdos. No quiero que lo volváis a pasar mal. —Me siento como una idiota por no haber pensado en ellos—. Soy egoísta, Leo. Lo siento.

—Aura, por favor. —Se sitúa a mi lado—. Es lógico que pienses primero en Raquel, en Zoe, en tu familia. Nosotros, al fin y al cabo, hace poco que formamos parte de tu vida. No te preocupes.

Me sonrío, acaricia mi cara y desaparece por el pasillo para meterse en el baño. Escucho la ducha mientras recojo el desayuno que ni ha tocado.

No dice nada cuando bajamos al garaje a por mi coche. Se monta en el asiento del copiloto y se pone las gafas de sol al salir a Gran Vía. Parece que está lejos, demasiado lejos.

—¿Música?

—Siempre.

Pongo una emisora al azar, una de las que ponen clásicos en español, rock de los ochenta y alguna canción que siempre tarareo.

Comienza a hacer calor y bajo las ventanillas, ocasión que Aura aprovecha para sacar su mano y dejar que el aire se cuele entre sus dedos.

Conduzco por una secundaria para no comernos el atasco monumental de la entrada a la M-30 y la observo de reojo. Su cabeza está apoyada, sus ojos cerrados y ocultos bajo las gafas de sol, sus dedos juegan con un par de anillos y comienzo a escuchar de su garganta la letra de esta canción que me siempre me ha hecho vibrar.

—«Aunque tú no lo sepas, me he acostado a tu espalda. Y mi cama se queja, fría cuando te marchas^[32]».

Me doy cuenta de lo que dice y acerco mi mano para cambiar de emisora, la de Aura la intercepta.

—No.

El camino hasta la Finca ha sido demasiado silencioso.

—*¿Va todo bien, Aura? —No salimos del coche.*

—*Sí, pero no quiero sentirme como una maldita egoísta contigo. Solo te pido que, si alguna vez te sientes así, si antepongo mis necesidades o sentimientos a los tuyos —al decirlo sus ojos se entrecierran—, dímelo, por favor, Leo. No quiero que haya secretos o temores a decirnos las cosas. Si hago algo mal, dímelo.*

—*De hecho, tengo una queja. —Siento su mirada preocupada, como si estuviese a punto de caerse el cielo sobre nosotros—. Hoy me has dado pocos besos. —Niego con la cabeza con el semblante más serio que puedo poner al ver su gesto—. Lo siento, pero necesito más.*

Suelta el aire que tenía retenido en sus pulmones, niega con la cabeza, sonrío, dice algo casi en silencio y se lanza contra mi boca.

—*Nunca habrá suficientes besos, Aura.*

—*Eres un vicioso.*

Sus labios rozan los míos, su lengua pide paso y le doy acceso. Mis manos se sitúan en su espalda y las suyas se pierden entre mi cuello y el pelo. Tira levemente de él, pega su pecho contra el mío. Siento su respiración agitada y comenzando a descontrolarse. ¿O es la mía? Su mano baja por mi pecho, se acerca a mi estómago y sigue bajando.

—*Será mejor que paremos antes de que tu padre me pegue un tiro en la rodilla. —Separo mis labios de los suyos—. ¿Tu sobrino qué tal anda de puntería?*

—*Pues según mi abuelo es algo que va en los genes Miguel, así que yo no jugaría con él.*

—*Nos está mirando con cara de horror.*

Aura se apoya sobre mí y saca medio cuerpo por mi ventanilla.

—*Buenos días, enano. ¿Todo bien?*

—*Yo estoy estupendamente, pero tú, tía, cada vez estás peor de la cabeza. Tienes un tío que no sabe si ponerte las manos en el culo o en el cuello.*

—*Nico, este es Leo. —Sin mirar busca mi cara con su mano y me la planta encima—. Leo, este es Nico.*

Saco una mano por la ventanilla y saludo.

—*Voy a ayudar al abuelo que está recibiendo la comida que ha pedido*

la tía Raquel. *¿Se puede saber qué está organizando? Nos ha comprado entradas a todos para ir a Madrid a un musical y nos ha pillado habitaciones en un hotel. —Se escucha un gruñido saliendo de su boca y respondiendo con un grito a algo—. No, Laura, yo no te he quitado el móvil. Si vas pegada a él todo el día. ¿Seguro que no se te ha metido por el culo al dormirte hoy?*

—Nico. —Aura le reprocha el comentario a su sobrino y se remueve sobre mí. Parece que quiere salir por la ventanilla—. No le digas eso a tu hermana.

Por fin Aura decide abrir la puerta y es como si estuviese viendo un gag^[33] de una película.

—¿Qué estás haciendo, Aura?

Zoe sale de la cocina con una taza de café y detrás le siguen Juanjo y Bosco.

—El imbécil, hermanita, el imbécil. Que es lo que mejor se me da.

Juanjo y Bosco parecen dos más de la familia. Llevan tazas de las que solo usamos nosotros, no de las que tenemos para los clientes.

—¿Se puede saber qué pasa con Raquel? Se ha deshecho de todos, quiere que ellos estén aquí, Eli y Su están de camino tras dejar a los niños con Javi. Ha llegado comida para una boda y bebida para una despedida. —Mi hermana, cuando no controla todo lo que sucede a su alrededor, se pone nerviosa. Y compruebo en sus uñas esos nervios: ya casi no le queda esmalte.

—¿Dónde está?

—No ha dejado entrar a nadie. —Veo las ojeras en la cara de Juanjo y su sonrisa a medias.

—Yo soy alguien. —Le guiño un ojo divertida y sonrío.

Camino por la Finca hasta llegar a un anexo que se preparó temporalmente para una boda, pero que al final mi padre decidió construir para celebraciones. Toco con los nudillos en el cristal mientras escucho música dentro. La cara de Raquel aparece entre los estores y escucho cómo quita el pestillo. Tira de mi mano y me mete dentro.

—Bienvenida a —al decirlo hace una gran pausa mostrando todo con sus brazos—: *‘El baile de las luciérnagas’*.

Todo está decorado con pequeños tarros transparentes, que cuelgan con cordeles de un pequeño árbol blanco de madera que mi padre construyó. Dentro de ellos hay pequeñas luces blancas y tiras de *leds* que iluminan toda

la estancia. Aunque es de día, Raquel se ha encargado de colocar telas que cubren los ventanales.

—Va a ser la noche más larga del año y quiero que sea la más bonita. — Raquel sujeta firmemente mi mano y siento cómo tiembla.

Estoy a punto de decirle que no nos hace falta esta fiesta, pero veo que ha vuelto a pintarse los labios de rojo. Llevaba días que no veía a mi mejor amiga en ella, pero en este momento parece que ha vuelto. Así que si Raquel decide que a las dos de la tarde ya es de noche, que así sea.

—Comemos con tus padres y tus sobrinos. Luego un *Uber* se los llevará a Madrid. Nosotros nos prepararemos, nos pondremos los disfraces y disfrutaremos de una fiesta solo para los amigos que harán este camino más...

Se queda en silencio. No se quiere mentir y decir que esto va a ser fácil, así que prefiere sonreír, tragarse las lágrimas, mandarse callar mentalmente y terminar de colocar luces y guirnaldas blancas.

Mis padres no se quedan demasiado conformes teniendo que marcharse así de la Finca. Mi madre lo deja muy claro levantando su ceja y gimoteando mientras termina de preparar su maleta. Mi padre es mucho menos dramático.

—¿Va a haber drogas? —Está recogiendo en su despacho su libro electrónico y los cargadores.

—Sí, Edu, por supuesto. Va a haber alcohol, drogas duras y hombres desnudos. —Raquel se acerca a mi padre y le da un beso en la mejilla—. Prometo no dejar que tus hijas caigan en las tentaciones de la carne.

—Raquel, sigo sin saber cuándo eres sarcástica y cuándo hablas en serio. —Niega con la cabeza.

—Mi inteligencia suele dejar noqueado a todo el mundo, Edu. —Raquel desaparece por la puerta

—Hija. —Mi padre me mira preocupado.

—Prometo que mañana cenamos juntos y Raquel os lo contará. Primero necesita... —no quiero hablar más de la cuenta—. Disfrutad de lo que os ha preparado en Madrid.

Raquel nos entrega una invitación a cada uno después de comer.

—Tenéis dos horas para poneros más guapos que nunca.



INVITACIÓN

El baile de las luciérnagas

*<Estar preparado es importante,
saber esperar lo es aún más, pero
aprovechar el momento adecuado es
la clave de la vida>.*

Arthur Schnitzler

El baile de las luciérnagas

Asumo que es algo difícil de entender que para dar una mala noticia, organice una fiesta. Que es lo que Aura está pensando. Puede ser cobarde y no sea una de las normas a seguir en estos casos. Es posible que yo se lo aconsejase a alguno de mis pacientes, pero sé que no es lo habitual. Pero ni yo soy normal ni seguir siempre las normas es lo correcto. Transgredir de vez en cuando es divertido. Yo con todo lo que tengo encima ahora mismo, necesito a mis amigas, a estos nuevos amigos y la posibilidad de vivir nuevas aventuras, de imaginarlas y trazarlas en mi mapa mental. Si no lo hago así, caeré en un bucle de autodestrucción del que no saldría nunca. Me conozco demasiado bien.

—Como no os mováis vais a llegar tarde a la fiesta y no es de buen gusto. Chicas, arriba a prepararos. Chicos, vosotros seguro que apañáis algo con lo que tenéis en la cabaña. La fiesta es del cine.

—No tenemos nada preparado. —Bosco, al que parece que le he sacado de la zona de confort para meterle en un barracón lleno de purpurina, me mira con los ojos muy abiertos.

—Búsquese la vida, agente.

Recojo lo que queda en la mesa y observo cómo Su y Eli hablan entre susurros. Han llegado justo para comer y han estado las dos muy distraídas y algo raras.

—¿Qué pasa?

Las dos me miran negando con la cabeza y sopesando cómo decirme algo.

—No sabemos qué ha pasado en estas dos horas que nos hemos separado de nuestros hijos, pero están todos en mi casa vomitando. —Su niega con la cabeza.

Respiro profundamente y trato de no parecer decepcionada, porque a ellas también las necesito ahora mismo a mi lado. Pero sus hijos y marido les reclaman, qué le vamos a hacer.

—No pasa nada. La semana que viene, cuando estéis más tranquilas hablamos. —Me despido de ellas intentando no poner una de mis caras de desesperación.

—Raquel, ¿va todo bien? —Eli me sujeta de la mano.

—La semana que viene quedamos un día para comer y hablamos.

Les acompaño hasta el coche para cerrar la verja y encender el sistema de seguridad de esta parte. Mientras camino por el jardín, observo la Finca. Recuerdo la primera vez que vine, fue hace ya muchos años. Aquí he vivido tantas cosas, hemos celebrado, reído, llorado, nos hemos preparado para los viajes y hemos diseñado parte de nuestras vidas. No somos las mejores diseñadoras, porque no se nos han cumplido ni la mitad de nuestros planes. Aunque, pensándolo bien, se cumplió aquel que pedimos a la estrella fugaz en el verano del 2008: seguir siendo amigas pasados los treinta, aunque tuviésemos hijos y que una vez al mes, como mínimo, saldríamos a *vermutear* por Madrid.

—¿Estás bien? —Juanjo aparece a mi lado.

Le observo durante unos segundos y me pregunto internamente cómo he dejado que un tipo como él entre en mi vida. No quiero decir que sea un horco o que sea el ser más repugnante como persona del planeta, pero no es un hombre del que sería amiga en otras circunstancias. Juanjo es guapo, muy guapo, a decir verdad, pero no lo reconoceré ninguna vez más. Es el típico hombre del que te enamoras con veinte años: moreno, ojos oscuros, cuerpo grande y fibrado, manos enormes, sonrisa bonita y gestos calculados. Al menos eso es lo que pensaba hasta hace unas horas.

Ha estado conmigo toda la noche hablando de mi vida, de sus veranos en La Manga, de sus hermanas pequeñas, de la casa que compró hace unos años cerca de donde viven y que está reformando cuando tiene tiempo; del miedo que siente cada vez que alguno de sus mejores amigos sale a una misión en el extranjero. De las noches que ha pasado en lugares de los que no me puede hablar, del sonido de las bombas, de la sonrisa de los niños refugiados en Turquía cuando jugaban un partido de fútbol... La sonrisa de Juanjo es especial y él también lo es, aunque se esconda tras esa fachada de chulo tocapelotas.

—Sé que va a sonar muy mal, pero ahora mismo estoy con quien quiero estar. No necesito a nadie más.

Juanjo pone su mano sobre mi espalda sin dejar de mirarme a los ojos y siento que mi cuerpo tiembla con esta caricia.

No, no puede ser.

Me mira, cierro los ojos, siento que no aparta la vista, su mano se mueve por mi espalda y me pega a él.

—Ellas no se van a mover de tu lado nunca, lo sabes. Sé que no nos conocemos como para poner la mano en el fuego los unos por los otros. Yo salto sobre una bomba por mis amigos y ellas saltarían encima de una por ti.

Aspiro su aroma y tiemblo de nuevo. No soy capaz de explicar qué coño me está pasando en este mismo instante.

Si fuese otro.

Si no fuera él.

Si no fuese yo ahora mismo.

Cuando entro en la habitación de Zoe las veo preparándose. Aura cruza su mirada con la mía a través del espejo y suspira regalándome una de sus sonrisas reconfortantes.

—¿Ya habéis elegido personaje?

—Claro. Sobre todo, porque en cada funda venía pegado nuestro nombre.

Zoe ya va vestida como Kelly LeBroc en *La mujer explosiva*. Lleva unas medias azules muy claritas, un bañador escotado, una camiseta recortada gris, calentadores y unas zapatillas.

Aura se está colocando la peluca negra corta con flequillo. A ella le he dejado el disfraz de Mia Wallace de *Pulp Fiction*: sujetador de encaje, camisa blanca, pantalones de cuero y sin zapatos.

—¿A ellos también les has elegido los disfraces? —Aura se pinta los labios de rojo.

—No. Quiero comprobar que no son tan buenos como parecen y que no saben hacer la

o con un canuto en cuestión de disfraces. —Pongo los ojos en blanco—. Que me están empezando a dar tirria de tan perfectitos que son.

—Tirria, claro. —Zoe termina de cardarse el pelo—. ¿Y tu disfraz?

—Lo tengo en el salón. Os veo en media hora.

Las dos están dándose los últimos retoques delante del espejo y las observo con detenimiento. Quiero quedarme con sus gestos, grabar esas sonrisas. Recordar cómo Aura le termina de cardar el pelo a su hermana, cómo Zoe suelta el botón de la camisa de Aura y le guiña un ojo invitándola a disfrutar.

Todo está listo, enciendo las velas que se han apagado, recoloco alguna de las luces, salgo a la parte trasera y respiro satisfecha. Todo esto será para cuando se haga de noche.

Me pongo mi disfraz de *Bad Sandy*, ese que todas nos hemos querido poner desde que nos enamoramos en *Grease* de la Sandy que decide ir a por el chico. Tiro de los rizos de la peluca rubia para colocarla bien, me retoco un poco el maquillaje, me subo a los taconazos rojos, ajusto la camiseta a mi pecho...

Me paralizó al pasar las manos por encima.

No sé qué será de ellas en una semana.

Tengo miedo.

Esta noche va a ser complicada.

Pero ellas son ellas.

Mis mejores amigas.

Cerrando una puerta.

Abriendo una pequeña ventana.

Bajamos las escaleras nerviosas. Zoe no ha parado de preguntarme si yo sé de qué va todo esto, pero he preferido sonreír y asentir. Una táctica muy Miguel que siempre me saca de problemas con otros idiomas, con imbéciles y con familiares preguntones.

Al salir al jardín seguimos el sonido de la música y de la luz que sale por la puerta entreabierta.

«Yo quiero ser la que camina bajo el sol. (...) Eso es todo lo que realmente quieren, un poco de diversión^[34]».

—Aura, si tú supieses lo que sucede me lo habrías contado, ¿verdad?

—Zoe, déjate llevar.

—¿Listos?

Nos damos la vuelta al escuchar a Juanjo. Parece nervioso, eso es lo que dicen sus ojos. No reconozco de qué va disfrazado. Lleva un jersey negro en pico, unos pantalones de vestir grises como de cuadros, se ha peinado hacia un lado y lleva unas gafas de sol oscuras.

—Mia Wallace. —Leo me agarra de la cintura y me besa—. Espero que

luego me reserves un baile.

Leo va con unos pantalones negros, una camiseta blanca ajustada y una cazadora de cuero, con el pelo engominado y tupé.

—Danny Zuko, te reservo todos mis bailes.

Respiro al pegarme contra su boca.

Es como si él me ayudase a coger aire cuando se me olvida cómo hacerlo. Esta fiesta va a ser muy dura.

—¿Entramos?

Bosco agarra la mano de mi hermana y se la lleva a los labios para besarla. Va vestido con unos vaqueros y una camisa de cuadros. También engominado y unas gafas de pasta que son bastante inconfundibles.

—Esta noche tenemos a un superhéroe en caso de que las cosas se pongan feas. —Juanjo sujeta los hombros de su amigo.

—No me descubras aún, que la tengo preparada para hacer una entrada espectacular. —Nos muestra una camiseta de Superman.

Entramos en la sala y la magia nos envuelve. No sé cómo explicar el sentimiento que me inunda al poner el primer pie en el salón. Es como si tuviese quince años y entrase en ese baile perfecto de instituto que ninguna de las tres tuvimos en su momento. Las luces, el aire caliente que entra por las puertas semi abiertas, la música suave... Todo me hace sonreír. Hasta en un momento de mierda, Raquel sabe sacarme una sonrisa.

Siento que me quedo sin aire y me suelto de la mano de Leo para caminar otra vez fuera mientras escucho la voz de Raquel dando paso a la noche mágica de las luciérnagas.

—Sé que va a ser complicado, pero tenemos que apoyar su decisión. — Juanjo está a mi lado.

—Si yo la apoyo en todo lo que decida hacer, pero no quita que me parezca una mierda lo que está ocurriendo. —Cierro los ojos tratando de tranquilizarme—. Puto cáncer.

—Vamos a hacer un trato. Tú y yo podemos hablar del tratamiento, de las consecuencias, de la operación y de las pruebas que tienen que hacerle. Puedes llorar en mi hombro y odiarme si necesitas descargar contra alguien — sujeta mis manos al decirlo—, pero con ella no perderemos la sonrisa.

—No te lo va a poner fácil, Juanjo.

—Ya me ha dicho que no me quiere a su lado, que no le gusto, que no somos amigos. —Sonríe al decirlo.

—Te trata mal y estás aquí. ¿Te va el tema cuero y sado?

—Sé que me pide que me aleje de ella, pero realmente no es lo que quiere. —Aprieta la mandíbula, se baja las gafas de sol y ladea la cabeza para hablar—. En esta vida hay que saber leer entre líneas. No me puede pedir que me aleje de ella, cuando su mano no se ha soltado de la mía en toda la noche.

—Se pondrá mucho peor y te pido perdón por todo lo que salga de su boca. —Le acaricio la mejilla—. No sé si estás preparado para su versión dura.

—Aura, me ha mandado a la mierda, me ha dicho que no tengo ni idea de lo que es vivir de verdad, que mi cerebro no da para nada más que peinarme...

Reconozco a la Raquel más cabrona en esas palabras.

—¿Y aun así estás aquí? Juanjo, cualquier mujer estaría loca por estar contigo.

—Pero cualquier mujer no es Raquel.

Veo cómo le brillan los ojos antes de que se suba las gafas para que no los pueda ver. Juanjo puede aparentar una frialdad o seguridad brutal, pero conociéndole un poco descubres que, tras esa fachada de chulo, hay un tío que se está enamorando de una mujer que va a atravesar el peor momento de su vida.

—Juanjo, solo te pido que, si de verdad apuestas por algo entre vosotros, ya sea en un futuro lejano, no te separes de ella, aunque te lo grite. —Cierro los ojos—. Nos va a necesitar mucho a todos, aunque se esté haciendo la fuerte y la mujer sin miedo.

—Estaré disponible para las dos. —Juanjo abre la boca para decir algo más, pero la cierra a sabiendas de que no debe hacerlo—. Vamos dentro o empezarán a pensar que tú y yo tenemos un idilio.

—Eres el tipo de Raquel, pero no el mío, cariño. —Pongo mi mano sobre su pecho—. Por mucho que te vistas como el personaje de una de mis películas favoritas... —Niego con la cabeza mirándole descaradamente de arriba abajo—. Te queda mucho para perfeccionar el papel de Jacob. —He caído en su disfraz: es Jacob Palmer, Ryan Gosling en *Crazy, Stupid, Love*.

Los dos caminamos hasta la puerta, pero antes de entrar Juanjo pasa su mano por mi hombro.

—Esta noche me acabarás suplicando que te haga mi escena con Hannah de *Dirty Dancing*.

No lo controlo, pero de mi boca sale una carcajada que hace que todos se den la vuelta mientras recogen una copa en el bar que Raquel ha montado.

—Ramírez, esa relación que tienen me da mucho miedo. Ella es explosiva y él, aunque me cueste reconocerlo, es especial. Espero que hayas enamorado bien a mi amiga, porque es capaz de quitártela en un chasquido de dedos.

Todos escuchamos perfectamente a Raquel mientras descorcha una botella de vino.

—Tal vez tenga que tenerte miedo a ti, Sandy. Los dos habéis coincidido en disfraces. —Raquel va enfundada en un mono negro con los hombros al aire, una peluca rizada rubia y sus labios rojos. Está preciosa—. Por esta noche, Sandy, te presto a mi chico.

Aura me besa y me empuja amablemente al lado de Raquel.

—Esta noche sois los reyes del baile. A mí me toca quedarme con el friki. —Aura señala con la cabeza a Juanjo.

—Suerte. —Leo me guiña un ojo.

—Te vas a cagar cuando te haga lo del baile. —Él le pasa un brazo por los hombros divertido.

—Sí, cuando lleve varias copas encima y comas dos kilos de espinacas. No puedes levantarme por encima de tu cabeza sin causarte una hernia.

—No tienes ni idea de mi capacidad. Te lo demostraré más tarde.

Juanjo pilla desprevenida a Aura y la besa. Aprovecho para observar la reacción de Raquel. Está nerviosa. No por este beso casto en la mejilla. No por estar a punto de poner la vida de sus amigas patas arriba, esta nerviosa ante la cercanía de mi amigo.

La observo durante el resto de la fiesta. Si él se acerca, ella se recoloca la peluca, balancea la cadera en dirección a Juanjo si él se pega a ella para hablar y pasar por encima de la música. Raquel es una mujer fuerte, dura, fiel a sus principios de no enamorarse, pero me temo que acabará dejándolos de lado.

—¿Una cerveza? —Bosco deja una a mi lado.

—Gracias.

—¿Qué pasa aquí, Leo?

—No sé a qué te refieres. —Le doy un trago al botellín.

—Esta fiesta: sus mejores amigas y tres casi desconocidos. Es como si fuese una especie de intervención, pero a nadie se le ha ido la olla ni está enfermo ni... —Bosco se queda en silencio mientras se acerca lentamente la cerveza a la boca—. ¿Está...

—Tengo cáncer y es jodido, muy jodido. No sé a lo que me enfrento y parece que alguien os ha hecho aparecer en nuestra vida en el momento justo. —Raquel camina hasta nosotros—. No va a ser fácil, ni para Aura ni para... —no puede seguir hablando—. Zoe ha sufrido mucho en su vida y no se merece esto. Sé que vosotros dos sabéis lo que esta mierda de enfermedad provoca a los que la sufren y a los que la padecen. Yo soy la que la padecerá, pero mis amigas, mis mejores amigas son las que van a sufrir sin saber qué esperar cuando esté en el quirófano. —Trata de sonreír, pero ruedan las lágrimas por sus mejillas.

«Quiero esconder la verdad, quiero protegerte, pero con la bestia dentro, no hay ningún lugar en el que podamos escondernos^[35]».

—Morirse es una putada, pero te vas, desapareces... Para quien se va es fácil.

Las voces de la sala comienzan a callarse, pero parece que Raquel no se da cuenta.

—Pero ellas se van a quedar aquí. Con su dolor, con la pérdida. Me odiarán si me voy, por el mero hecho de no estar ya a su lado. De no disfrutar de un cumpleaños más, de un viaje de fin de semana o de un tatuaje loco a las cinco de la mañana en Berlín. —Las lágrimas se entremezclan con las sonrisas de Raquel.

—¿Estás enferma? —La voz entrecortada de Zoe suena por encima de la música.

—Mierda.

Raquel se lleva una mano a la cara ocultando su rostro, las lágrimas y seguramente tratando de borrar la forma de hacer partícipe a Zoe de lo que ya sabemos todos.

—Raquel, ¿tienes cáncer?

Zoe tiene una mano en el pecho y con la otra trata de acercarse a Raquel, pero le tiembla demasiado. Niega con la cabeza, no quiere creérselo, no es capaz de hacerlo. Aura llora detrás de ella sin que su hermana la vea, también oculta su dolor.

—Esta no era la forma... —Raquel se da la vuelta para ponerse cara a cara con Zoe.

—¿Por eso has organizado esta fiesta? ¿Para hacernos la muerte más dulce? —Zoe está enfadada. Se le ha marcado una vena en el cuello y tiene los puños apretados—. No tienes derecho a hacerlo así. Nos das de beber, de comer, creas un cuento de hadas para convertirte en el dragón que lo arrasa

todo.

—Zoe, no seas injusta. —Aura se pone al lado de su hermana—. Es su forma de contártelo.

—¿Contármelo? —Ahora Zoe se enfrenta a su hermana—. Así que tú ya lo sabías. ¿Sigo siendo la tonta a la que no se le pueden decir las cosas por miedo a que no las pueda superar? La última vez que no me quisisteis contar lo que pasaba con mi exmarido, acabé en urgencias con una paliza que casi me mata.

Las tres se quedan en absoluto silencio. Se puede sentir la tensión que se acaba de generar en los cuerpos de las tres amigas. Creo que Zoe no ha querido salir con ese tema de verdad, pero el dolor se manifiesta de formas que no podemos controlar.

—Zoe, no creo que... —Bosco trata de mediar, pero no se da cuenta de que ahora lo mejor es alejarse y esperar a que ellas solucionen esto a solas.

—No tienes ni idea, Bosco. Estas dos, tan buenas amigas, siempre me han ocultado cosas para que no sufra como si fuese una niña desvalida. ¿Qué han conseguido con ello?

—¿Podéis dejarnos solas un segundo? —Aura nos lo pide con una sonrisa tan forzada que me duele a mí su gesto.

—Pero...

—Salid ya.

Aura nos empuja hasta el jardín y cierra la puerta. Dos segundos después nos saca un pequeño cubo con cervezas. Vuelve a cerrar la puerta y pone el pestillo.

—¿Van a estar bien?

Comenzamos a escuchar algún que otro grito y la música sube.

—¿Crees que es normal todo esto, Raquel? Ya no es ese puto cáncer, es la forma en la que me he enterado. ¿Lo sabían todos antes que yo? —Nos mira a las dos—. ¿Ellos también? —Señala la puerta.

—Zoe, lo siento, no era mi idea hacerlo así. No de esta manera de mierda ni diciendo que me voy a morir. No soy así... o sí. —Raquel se sirve una copa.

—¿Puedes beber?

—Entro en quirófano en dos semanas. Hasta que mi médico me lo prohíba, beberé y me fumaré lo que me ha dado Koldo.

—Eres egoísta, Raquel. Joder. —Zoe aprieta los puños.

—No estás siendo justa, Zoe.

—¿Y vosotras sí? ¿Desde cuándo lo sabes, hermanita querida? —Me agarra de la muñeca.

—El domingo pasado me enteré al ver unos análisis en su casa. La acompañé al médico esta semana. —Mentir no es una opción.

—Como siempre, soy la última en enterarse.

—No, no saques lo de David, no te atrevas. No tengas los santos ovarios de echarnos en cara que nosotras no te avisamos. —Raquel eleva el tono de voz—. ¡No querías verlo, joder! Aura casi se deja la vida por sacarte de allí, tiene una puta orden de alejamiento.

—¿Crees que no lo sé? ¿Creéis, de verdad, que soy tan imbécil o tan débil que no puedo superar estos golpes de la vida?

Se nos está yendo de las manos. Somos viscerales, reales y nos duele lo que nos sucede. Nos queremos, nos adoramos, pero nos decimos las verdades, lo que no nos gusta y nos gritamos cuando no sabemos cómo manejar sentimientos que nos revientan por dentro.

—Zoe, eres más fuerte de lo que piensas. Nosotras lo sabemos. —Raquel se arrodilla al lado de la silla en la que mi hermana se acaba de sentar—. Has sobrevivido a un infierno, a algo que jamás debiste vivir y estás aquí, en una Finca que has reflatado, con unos hijos que te adoran y unos padres que se sienten orgullosos de todo lo que has conseguido. —Raquel acerca sus manos temblorosas a las de Zoe—. Esto no es nada más que un bache y quería que el entorno fuese bonito.

—Para que no doliese tanto ¿no?

—Me equivoco a veces... Muchas veces. —Raquel respira profundamente y se seca las lágrimas—. Puede que me haya equivocado tantas veces en mi vida que ni un psicoanalista de Estados Unidos tendría vida para plasmar en papel mis cagadas. Ojalá no tuviera que haceros pasar por esto, pero la vida no es fácil y a veces nos pone al límite. —Se le dibuja una sonrisa escéptica en la cara.

—Pero lo que no puedes es decir que te vas a morir, joder. ¿Tan avanzado está? —Veo cómo le caen lágrimas a Zoe.

—Esta próxima semana me van a hacer más pruebas y cuando abran descubriremos el alcance exacto. El médico no ha querido hacer una valoración más allá de *carcinoma medular de la mama*.

Y comienza de nuevo a suceder todo a cámara lenta como en la consulta del

médico. Raquel saca su fuerza, la que siempre la ha caracterizado y deja a un lado la Raquel de hace unos minutos. Le explica a mi hermana la enfermedad, las pruebas y los posibles procedimientos. Lo que va a sentir ella y lo que vamos a sufrir nosotras. Se ha puesto en modo psicóloga y nosotras somos sus pacientes: los familiares de una persona que va a luchar con uñas y dientes contra ese puto cáncer.

—Sois mi amor verdadero y no quiero tener que deciros adiós por ahora. Aún tengo que ver cómo una se casa en un baile de luciérnagas como este y disfrutar de una cabaña en un árbol con la otra. Lucharé con todas mi fuerzas contra este puto bicho. No va a ser fácil, lo sé, y habrá días de mierda, días mejores y días en los que piense que no me volveré a despertar. Pero quiero vivir, quiero seguir sintiendo y enamorarme.

Me cuesta contener las lágrimas mientras veo cómo Raquel sujeta las manos de mi hermana. Escuchar que quiere enamorarse es algo tan grande, que maldigo más fuerte a la enfermedad.

—¿Enamorarte? —Zoe le sujeta la barbilla.

—Puede ser. Si alguien me manda un cáncer podría mandarme un buenorro de esos que hacen que tus bragas se evaporen con una mirada, que tenga las piernas como dos putas columnas griegas y que me empotre como nunca han hecho antes.

Y suspira como si no acabase de soltar todo esto. A nosotras nos provoca una carcajada que nos alivia un poco por dentro.

—Zoe, lo siento, no pretendía que fuese así. Aura se enteró al ver los papeles, Leo por la necesidad de tu hermana de compartir sábanas con él y Juanjo por ser el hombre más sigiloso del planeta. —Esboza una sonrisa que trata de ocultarnos—. Maldito metiche.

Raquel se pone de pie tras besar a mi hermana, después lo hace conmigo y va hasta la barra para sacar algo en una caja.

—Esto me ha dicho el médico que calmará los efectos de todo. —Saca una caja negra—. ¿Has echado el pestillo? Que como los agentes de la autoridad me pillen son capaces de detenerme. —Saca un porro ya liado y un mechero.

—Creo que eso será para después de la operación.

—¿Quién sabe ahora mismo más de cáncer, Aura? —Se señala con el porro ya en los labios.

Lo enciende, le da una calada honda y se pone a toser.

—Coño, se me había olvidado su sabor a cartón. —Saca la lengua.

Una hora después de que Aura nos haya echado, se abre la puerta y de dentro sale algo de humo y olor a marihuana. Zoe niega con la cabeza y levanta las manos en alto.

—Yo ni lo he tocado. Que me sienta fatal.

Al entrar dentro vemos a Raquel bailando con Aura y esta lleva en la mano lo que queda del porro. Ella me dijo que no era Aura Emilia Escobar Gaviria, pero ahora mismo podría ser la cabeza del mayor cártel de Colombia.

—Prohibido juzgar esta noche.

Los tres levantamos las manos en el aire y negamos con la cabeza.

—Que comience el baile, chicos.

Tres horas después ya ha anochecido. Estoy sentado al lado de Raquel en el suelo observando cómo Zoe y JJ bailan como si el mundo estuviese a punto de terminarse. Ella hace honor a su disfraz y comienza a hacer ejercicios aeróbicos, mi amigo trata de seguirla, pero es un espectáculo algo extraño.

—Esto parece el circo de los horrores. —Raquel le da una calada a lo que le queda de otro porro.

—¿Tú sabes que nos podrías meter en graves problemas si nos pillan aquí con droga? —Tengo apoyada la cabeza en la pared y la miro de reojo.

—Tu novia nos sacaría de cualquier problema.

—Tu novio nos metería en más —al decirlo sonrío y espero su reacción, pero no llega—. Ya, se acabó fumar esto. —Le quito lo que le queda de porro en los dedos y lo dejo en el cenicero improvisado que ha hecho con papel de aluminio.

—No. —Reacciona tarde.

—Raquel, acabo de decir que Juanjo es tu novio y no has dicho nada. Te has quedado observando cómo intenta seguirle el ritmo a Zoe.

—¿Sabes que ese idiota sabe escuchar y no te interrumpe cuando hablas y hablas sin parar? —Raquel juguetea con los rizos de la peluca que se ha quitado—. No pienso reconocer de nuevo esto en alto, pero ese tío es bastante especial. Aunque me siga pareciendo un ser insufrible cada vez que abre la boca.

—Tú. —Juanjo señala a Aura que está dando vueltas con Bosco mientras bailan a su ritmo—. Te voy a demostrar que no tengo nada que envidiarle a Ryan Gosling en la película.

Se escucha una carcajada de Aura, Juanjo pone mala cara, Aura levanta una mano en el aire como pidiendo perdón y vuelve a soltar otra carcajada.

—Claro. —Raquel se levanta del suelo—. Pretendes ser Jacob. —Niega con la cabeza—. No.

—Sí. —Juanjo da un paso en dirección a Raquel.

—No. —Raquel da un paso también en su dirección.

—No me conoces, pequeña. No sabes de lo que soy capaz. Tal vez algún día te dé la oportunidad de que descubras que soy mejor que ese vende humos.

Juanjo se ha quedado delante de Raquel y, por primera vez desde que conocemos a las chicas, observo su gesto de debilidad: su sonrisa se tuerce levemente hacia la izquierda y aparece un tic casi imperceptible en su ojo derecho.

—Aura —al decir su nombre Juanjo da una sonora palmada—, salta.

—Coño, espera que primero tengo que soltarme la correa para poder correr y moverte la colita. —Aura se da la vuelta y menea el culo.

—Aura, ya sabes a lo que me refiero. —Juanjo le hace un gesto con las manos.

—No eres capaz. Además, para esa escena te sobra ropa.

No termino casi la frase y JJ se quita la parte de arriba, dejándonos a las tres en silencio y provocando unos carraspeos entre los chicos.

—Señor. —Bosco se lleva la mano a la barba y niega con la cabeza.

Sin saber muy bien cómo —sí lo sé, Raquel es la artífice—la banda sonora de [Dirty Dancing](#) comienza a sonar.

—Vamos. —Juanjo me llama con las manos.

—Esto no es buena idea. —Niego con la cabeza, pero me atrae mucho la idea de que sea capaz de levantarme.

—Vamos, salta.

—No es la mejor idea de mi vida.

Y como si yo fuese la protagonista de esa escena en la película, doy unos saltitos y me digo a mí misma que es una pésima idea, que vamos a acabar los dos en el suelo y que les tengo mucho cariño a unos dientes que van a terminar clavados en la tarima.

—No pienso dejarte caer. —Juanjo me lo promete.

Y sin realmente pensármelo corro hacia JJ y doy un salto. He cerrado los ojos antes de hacerlo y he esperado que mis pies tocasen de nuevo el suelo,

pero no es así. Siento cómo levanta mi cuerpo y mis piernas caen, pero soy capaz de subirlas y ponerlas rectas. Abro los ojos y me encuentro con los de JJ. En su cara no se refleja el esfuerzo que está haciendo. Bajo con suavidad las piernas y él me pega a su cuerpo, pone sus manos en mi culo, me desliza por su pecho y nuestras caras se quedan muy pegadas.

—No pienso dejarte caer nunca, Aura. —Me da un beso en la nariz y me hace sonreír.

—Acabas de hacer realidad una fantasía, pero no se lo digas a Leo.

—Y yo contigo una de las mías, pero no se lo digas a Raquel.

—Será nuestro secreto.

Estamos susurrando, como si estuviésemos solos los dos y no hacemos caso a lo que sucede a nuestro alrededor. Al separarnos vemos a nuestros amigos sorprendidos. Leo tiene un gesto raro en la cara, Bosco afirma con la cabeza, Zoe sonríe mucho y a Raquel le están empezando a salir unos corazones extraños en la cabeza, pero se encarga de atraparlos para que no los veamos.

Ver la complicidad entre Juanjo y Aura me sorprende. Juanjo no tiene amigas, bueno, solo tiene a María como amiga. El motivo es muy sencillo: siempre la caga con los mujeres de forma estrepitosa. Se pone nervioso y acaba pareciendo un gilipollas redomado. Pero con Aura es completamente diferente. Bueno, han tenido sus charlas y hubo una en la que parece que llegaron a algún tipo de acuerdo, porque la complicidad entre ellos es más que evidente.

—No te preocupes, Aura solo tiene ojos para ti. —Raquel carraspea al pasar por mi lado

—No te preocupes, Juanjo solo tiene ojos para ti. —La miro de reojo y me pega un pellizco en el brazo que hace que me retuerza.

—No me duras ni dos segundos en un interrogatorio, Ramírez.

—Soy mucho más duro de lo que aparento, Raquel.

—¿Esa será tu excusa cuando tengas que marcharte a Siria y dejar a Aura aquí?

Raquel se ha preparado una pequeña jarra con refresco y agita en hielo con una pajita. Me acerco a ella sin dejar de mirar a Aura que sigue riéndose con Juanjo.

—No me mires así, que una tiene también sus confidentes. No es ningún yonqui de extrarradio ni puta de burdel, pero se le saca información

fácilmente.

No dice nada más mientras juguetea con la pajita. Se la lleva a la boca y me mira.

—Si llega el momento, cuéntaselo antes de que tengas que largarte para montarte en un carguero.

—No soy un pescador que se va a por pulpo a Marruecos. —Trato de quitarle hierro al asunto, porque sé que Raquel ahora mismo no necesita tener en mente mis preocupaciones y las de Aura.

—Sabes de lo que hablo.

—Raquel —mientras hablo con ella la he ido alejando del resto hasta salir al jardín—, es tu noche. Has preparado todo esto para tus amigas, nos has permitido formar parte de este círculo tan íntimo que tenéis las tres y no quiero ser un quebradero de cabeza para ti.

—Lo acabarás siendo tarde o temprano. Lo siento dentro. —Su gesto se vuelve triste.

—Raquel, tengo una semana por delante para disfrutar de verdad de ella. —Los dos observamos a Aura que está golpeando unos vasos contra la barra y llevándoselos a la boca—. Quiero ver cómo se le iluminan los ojos al ver uno de los amaneceres más bonitos del mundo, quiero comprobar si es tan valiente como para volar de mi mano y lanzarse desde un acantilado. —Tomo aire y me niego a decir en alto el siguiente pensamiento. Raquel pensaría que estoy completamente loco.

—Quieres saber si es la mujer de tu vida. —Escucho cómo suelta aire por la nariz y se ríe—. Ya lo sabes, pero no quieres reconocerlo en alto aún porque estás cagado. Tan valientes para empuñar un fusil y tan cobardes para amar.

—No, no te equivoques Raquel, no tengo miedo a amar, tengo miedo a perderla.

—Hasta hace unos meses podías vivir sin ella. ¿Qué ha cambiado?

—Que esa loca que ahora mismo da saltitos descalza ahí dentro me ha descubierto, ha sacado a mi verdadero yo. Me había refugiado en el trabajo y había decidido que el amor ya no era para mí.

—No me jodas, Leo, que no tienes cincuenta años.

—Sé que hablo como si fuese demasiado viejo, pero pensaba que no merecía enamorarme. No sé, es algo que me resulta muy complicado de explicar. —Me apoyo en el árbol del que también cuelgan botes con luces.

—Te habías resignado a no amar de nuevo. Habías creído que no eras

bueno para encontrar una pareja. Que ibas a vivir el amor a través de tus amigas.

Los dos nos quedamos en silencio y nos miramos. Paso mi brazo por los hombros de Raquel y la pego a mi pecho.

—Hay veces que la vida te sorprende y te enseña que nunca es algo que no se debe decir.

—Me prometiste que cuidarías de ella cuando me operen.

—Y de ti, te añado a la promesa. Saldremos de esta, Raquel, ya lo verás. Y en un año estaremos celebrándolo en una playa paradisiaca. —La beso en la cabeza.

—¿Todos?

—Todos los que tú quieras.

—Para entonces ya te habrás casado con mi amiga.

Salimos a reunirnos con Raquel y Leo que llevan hablando media hora sentados fuera. Las luces iluminan el jardín y parecen pequeñas libélulas que revolotean a nuestro alrededor. Raquel ha creado un momento mágico.

—Aura, ¿te acuerdas del de la aplicación de comer chuminos? —Raquel jode la magia del momento.

—Vagamente. —Cierro los ojos y trato de no reírme.

—¿Disculpa? —Bosco, Leo y JJ lo dicen al unísono y sé que me están mirando.

—Por favor, yo tengo que saber esa historia al completo. —Juanjo gatea hasta ponerse delante de mí—. He oído hablar de la aplicación, pero pensé que era una broma de foros.

—La madre que me parió. —Leo se lleva la mano a la cara y pone un gesto de resignación—. Pero ¿qué clase de tarados se apuntan a esas páginas? Tú te has encontrado con lo peor de Madrid.

—Este no salió de *Adopta*. Fue cosecha propia. —Todos me observan mientras busco mi móvil.

—Hablemos de comer conejo.

Dejo el móvil en el suelo y todos se asoman como si tuviesen delante una bomba nuclear y solo una oportunidad para salvar a la humanidad.

Top desastres: 2

Lamer aquí

Y con este llegó el escándalo. A día de hoy sigo pensando que fue una broma del destino, que había una cámara oculta y que en China me siguen viendo y se ríen de mi reacción. O puede que fuese la testadora cero de esa aplicación de la que yo no conocía su existencia hasta que *P.L.D* de treinta años me la mostró. Voy a dejar solo sus iniciales –en plan noticia de periódico– para salvaguardar su intimidad.

Conocí a Pab... *P.L.D.* de treinta años, en la post fiesta de la boda de una amiga de la universidad. Sí, no todos los tíos raros han salido de la web de contactos. Como he dicho, esto fue cosecha propia y culpa de la del 2004 del *Rioja* que regó aquella boda.

Se casaron dos amigos en Guadalajara y como siempre llegué la última a la boda. Y encima era la única soltera. Ya sabéis el significado de esto: diana fácil para los amigos de los novios. Y yo que iba muy receptiva, asqueada del último mes de citas, con ganas de beber, de disfrutar del amor de mis amigos y de sentir, me encontré en una de las habitaciones de aquella casa rural, con un tío entre las piernas diciéndome que iba a rozar el cielo.

Señor, si me diesen un euro cada vez que he escuchado esta frase tan manida y venida a menos...

—Nena, no tienes ni idea. Esto os va a hacer la vida mucho más fácil.

El señor *P.L.D.* me enseña la pantalla y veo que es un dibujo de una vagina y unas flechas que van pasando como si fuesen una canción de *Guitar Hero*.

—Esto no puede ser normal. —Me llevo la mano a los ojos y me aprieto el puente de la nariz.

Me he pasado tanto con los chupitos de Anís que uno de los amigos ha traído de su pueblo, que decido hacer la estrellita de mar y rezar porque la

broma acabe antes de que me ponga a babearle la almohada tras caer en coma.

Lametón, giro a la izquierda, derecha ras, lametón, lametón, arriba, abajo, palabras que no entiendo, izquierda ras, lengua subiendo y bajando, remolino...

—Esa aplicación es un mojón. —Bajo mis manos entre mis piernas tratando de acabar con esta locura.

—Nena, dame un minuto. Esto tiene que funcionar.

Me mira con esos ojos verdes chispeantes entre el flequillo que tiene casi pegado en la frente por el sudor, está poniendo tanto empeño y tiene tantas ganas de que esa aplicación le funcione, que decido premiar su esfuerzo esperando a ver si rozo el cielo con mis dedos.

La famosa aplicación no era más que una broma de un grupo de *youtubers* y *P.L.D.* cayó en el timo de cabeza, queriendo ser el Master de los *cunnilingus*.

Te descubro

Todos me miran sorprendidos al contarles mi desastre.

—Pero ¿eso existe? —Mi hermana no había escuchado esta historia.

—Sí, existe como timo. —Juanjo enseña la pantalla de su móvil.

—¿Necesitas eso para complacer a una mujer? —Raquel no es capaz de mantener la boca cerrada, pero está coqueteando. Se pasa un dedo por el cuello mientras mira a Juanjo.

—No, Raquel, no necesito ninguna aplicación para saber lo que le hace temblar a mi pareja. Sé exactamente qué quieren. —Juanjo, que está sentado en el suelo al lado de Raquel, apoya su mano en la hierba, cerca de la de ella y se acerca poco a poco a mi amiga—. Sé leer el cuerpo de una mujer. Él me dice cuándo necesita una caricia suave y lenta, y en qué momento comienza a ansiar más y más.

—Te lo tienes demasiado creído. —Raquel se acerca a él y sin darse cuenta, comprobamos como se muerde lentamente el labio inferior.

—Nunca lo sabrás porque no soy ni nunca seré tu tipo, Raquel. Te comerá la curiosidad el resto de la vida. —Es casi un susurro saliendo de la boca de Juanjo, pero todos lo escuchamos perfectamente—. Has decidido que sea así. ¿Podrás aguantar el resto de tu vida sin saber si soy el mejor amante que podrías tener?

—No seas tan fantasma, Juanjito, que conozco a muchos tíos como tú. Prometen y prometen, pero nunca cumplen. —Raquel levanta una ceja y observo cómo se escuda en su sarcasmo—. No siempre necesitamos a un hombre al lado para sentir placer.

—Claro que no, Raquel. Ninguna mujer necesita a un hombre para el placer, pero yo sí necesito una mujer que quiera sentirme, que me deje besar cada rincón de su piel, que me permita acariciarla hasta que se duerma y que me regale una sonrisa antes de irme a trabajar. —Juanjo agacha la cabeza—. Mi trabajo no es fácil, por eso necesito que quien esté a mi lado sienta que el mundo es mucho mejor entre mis brazos y a mi lado. Yo sí necesito querer y que me quieran un poco.

Se escucha un carraspeo saliendo de la garganta de Raquel, seguido de un suspiro y otro carraspeo ocultándolo.

—Voy a poner más música y a por un poco de comida.

Raquel se levanta sin decir nada más y observó cómo coloca comida en un carrito y algo de bebida.

—¿Estás bien? —Zoe y yo entramos con la excusa de echarle una mano.

—Perfecta.

—Ya, como que no estás pensando en lo que acaba de decirte JJ. —Zoe se pone delante de ella.

—Ni mucho menos. No es más que un vendehúmos *bajabragas* acostumbrado a niñas de veinte años que caen rendidas a sus pies con dos palabritas bien controladas —al soltarlo todo ni siquiera respira y se pelea con el corcho de una botella que decide no salir, para agravar el enfado de nuestra amiga.

—Pues yo debo de ser una niña, porque te aseguro que a mí me ha convencido con esas palabras. —Levanto una ceja y sonrío.

—A veces eres un poco niña. —Raquel, que se ha enfadado con ella misma, lo paga conmigo.

—Y tú muy zorra otras.

Raquel me observa de reojo y veo su perfecto *eyeliner* intacto y sus labios rojos fruncidos. Si pudiese, me estampaba el corcho de la botella de *Moët* en un ojo.

—Habló la santa. —Raquel me señala con la botella.

—Aura tiene razón. Tú le has desterrado de tus sábanas, pero a mí me dice un tío eso... Y te aseguro que no hubiese estado tan fría y distante como tú.

—Y cabrona —apostillo con un dedo en el aire.

—Te vas a comer este tapón y Leo tendrá que hacerte una RCP urgente.

—Bueno, mientras se ponga encima al hacérmela, no tengo ningún problema. —Le arranco la botella de la mano.

—Hija mía, con tanto polvo salvaje vas a terminar dependiendo de un rabo más que de tu vibrador. —Raquel lo está diciendo enfadada.

—Señor, ¿estoy escuchando envidia en el tono de voz de doña Raquel Aráoz? —Zoe no ayuda con sus salidas de tono tan poco habituales. Parece que Bosco ha conseguido recuperar a mi hermana.

—Otra que quiere darme por culo con su relación. ¿Tan bien folla Bosco para sacar de ti la versión más *Aurista*?

—Te está llamando cabrona. —Yo ya no me puedo quedar callada. Esto le saca de quicio a Raquel y divierte a mi hermana. ¿Qué más puedo pedir a este momento?

—Pues, ¿qué quieres que te diga? No tengo mucho donde comparar, pero Bosco ha conseguido hacerme sentir bien, que no me dé miedo desnudarme delante de él y ser libre para gemir y gritar su nombre. —A mi hermana se le atragantan los sentimientos en la garganta y veo cómo se le humedecen los ojos—. Hace que me sienta bien, que no tenga que pedir perdón por ser como soy.

Raquel y yo la observamos y sonreímos. Zoe brilla ahora mismo, tiene una luz que hace muchos años que se la habían apagado. Me alegro tanto por ella que ahora es a mí a la que se le humedecen un poco los ojos.

—No dejes que nadie apague esta luz, Zoe. —Raquel abraza a mi hermana y besa su frente—. Ni siquiera una cabrona que te oculta las cosas porque se muere de miedo y no quiere que sus amigas sufran.

—Solo prométeme que no te vas a dar por vencida. Que por muy mal que se ponga todo, sacarás la fuerza que tienes. —Zoe agarra a Raquel de las mejillas.

—Por mucho que la temática de esta noche se base en mi libro favorito y aunque sea un poco Tully a veces, sacaré la fuerza de Kate. —Raquel niega con la cabeza con gesto triste—. También me gustaría encontrar a un Johnny.

Sé que se refiere Johnny Ryan, uno de los protagonistas de la novela^[36], pero su subconsciente —muy consciente en ciertas partes de esta noche— también se está refiriendo al personaje que ha encarnado Juanjo por unos segundos cuando me ha levantado en el aire. Quiere que le enseñe a bailar una canción lenta bien pegados en una cabaña solitaria y que le diga eso de: «*Nobody puts Baby in a corner*»^[37].

—Deja de poner esa cara, Aura, no he dicho nada para que leas entre líneas.

—Tú no, ha sido tu subconsciente que sabe lo que realmente quieres de verdad. —Recojo una bandeja con comida y la dejo en el suelo al lado de los chicos cuando salimos.

—No trates de psicoanalizarme. —Raquel me sigue—. Soy bastante mayorcita para saber lo que me conviene.

—Envejecer no nos hace más sabios.

Tomo impulso para salir corriendo de Raquel por mi comentario.

Aura sale disparada y Raquel la sigue de cerca, hasta que esta salta

encima de Aura y caen rodando al suelo del jardín.

—Que sepas, Juanjo, que eso —al decirlo, Zoe señala a las chicas— es por ti.

—En sus más sucios sueños tal vez. —Bosco abre unas cervezas—. Pero no creo que esas dos en la vida real se peleasen por él.

—Bueno, tal vez una de las dos sepa que la ha cagado lo más grande por abrir su boca. —Zoe sirve dos copas de Moët.

—Y no es Aura. —Yo sigo con la conversación sabiendo que esto le incomoda a Juanjo.

—Mi hermanita es bocazas, pero siempre dice cosas coherentes. Raquel en cambio la caga de sobremana cuando deja que su cerebro hable más alto que su corazón. Si dejase que algún Johnny apareciese en su vida...

—Joder, joder. —Juanjo se levanta de un bote del suelo y comienza a tocarse el cuerpo—. Siempre he querido ser el hombre invisible, pero preferiría haberlo sabido antes de ser transparente. Entonces, si me quito la ropa... —Se lleva las manos a los pantalones y comienza a desabrocharlos.

—No queremos gusanito de postre. —Raquel se sacude las manos al levantarse del suelo.

—Joder, Raquel, me partes el corazón. No quieres nada conmigo, dices que no sé dar placer y ahora la llamas gusanito. —Juanjo niega con la cabeza y pone una cara muy cómica—. No te pediré ayuda para encontrar pareja. Puede que me apunte al Adopta ese de Aura para conocer a una buena mujer.

—Yo si quieres te hago el perfil. —Raquel coge una copa de vino y una cerveza—. No se me da tan mal. Al final Aura conoció a Leo.

—No fue por el perfil que me creaste. —Aura coge una cerveza y se sienta a mi lado.

—Todo tiene que ver. Yo te creé el perfil, hicimos la despedida y acabamos aquí bebiendo a la luz de las estrellas. —Raquel se sienta al lado de Juanjo.

—Claro. Y el polvo que echaron mis tatarabuelos fue gracias a ti. —Niego con la cabeza.

—Seguramente gracias a alguna de mis tatarabuelas guapa y llena de amor.

Raquel no se da cuenta y se recuesta hacia el lado de Juanjo y este, a su vez, le permite que se apoye un poco en su pecho. Ellos no parecen percatarse

de ello, pero nosotros sí. Compruebo las miradas cómplices de mi hermana, Bosco y Leo.

—Hay amistades que sobreviven a las décadas, a los cambios de vida, a las estupideces que cometemos, a las familias, a los amigos que dejan de serlo cuando vienen mal dadas. —Raquel levanta la copa en el aire y se reincorpora hacia el centro del semi círculo que hemos formado—. Sé que me enfrento a una enfermedad que hará que tenga cambios de humor, que habrá días que esté eufórica y otros en los que pensaré en la muerte. Quiero que todas nos mantengamos unidas —sonríe al decirlo—: perdón. Quiero que todos nos mantengamos unidos. Bosco, gracias por hacer que Zoe brille de nuevo. No permitas que caiga. —Le guiña un ojo.

—Prometido. —Bosco le devuelve el gesto con la cabeza.

—Leo, tú has conseguido que la joya de la corona se enamore de ti. No dejes que nada os separe, ni siquiera yo.

—Prometido. —Leo, que está a su lado, aprieta su mano.

—Juanjo, a ti te toca cuidar de tus amigos para que cuiden de las mías. —Raquel le mira reprimiendo decir lo que de verdad está sintiendo.

—Y a ti. No pienso dejarte sola, te guste o no.

Juanjo sujeta la barbilla de Raquel y se acerca lentamente a ella. Se queda a escasos centímetros de su boca. A mí se me paraliza el corazón y soy yo la que avanza esos centímetros que los separan. Hasta se me escapa un pequeño suspiro del que solo se percata mi hermana que me mira con los ojos muy abiertos.

—Juanjo, no seré buena compañía.

—Me da igual, Raquel. No vas a hacer nada que me obligue a irme. —Niega con la cabeza—. Sé que no pasaremos de ser amigos, pero seremos los mejores. Tú me contarás cómo te ha ido el día y yo te contaré cómo me dan calabazas las mujeres que me gustan.

Entre caricias en la espalda de Juanjo a Raquel que creen que ninguno vemos, besos entre Bosco y Zoe debajo del árbol cuando se apartan, y un paseo agarrada a la mano de Leo cuando la noche se cierra por completo, damos por finalizado «*El baile de las luciérnagas*» de Raquel.

Sí, quiero

Daría todo lo que tengo ahora mismo para recordar durante mucho tiempo cómo me siento en este momento. Me he despertado en la cabaña donde los chicos han dormido esta última semana. Leo duerme aún a mi lado, con su brazo por encima de mi cadera y sus dedos en mi estómago.

Anoche fue una de las noches más duras, divertidas y felices que puedo recordar. Y el final loco que le dimos, fue perfecto.

—Las luciérnagas son escarabajos. —Juanjo está mirando los farolillos.

—Fuera de mi zona de amistad. —Raquel le empuja en el pecho y caen los dos al suelo.

—No he dicho que los escarabajos sean malos o feos. Solo es un dato científico. —Juanjo le guiña un ojo.

—No te metas con las luciérnagas. Zoe lleva una tatuada. —Bosco sonrío y parece acariciarla mentalmente.

—Aura también la tiene. —Leo baja su mano por mi espalda y la localiza.

—Así que me imagino que tú también llevas una, Raquel. —Juanjo no ha dejado que se levante y ella tampoco lo ha intentado.

—Si juegas bien tus cartas, algún día te lo enseño. —La cara de Raquel está de nuevo peligrosamente cerca de la de Juanjo.

—Vamos por el buen camino. He pasado de jamás a algún día. —Juanjo besa a Raquel en la mejilla y todos comprobamos cómo su cuerpo responde.

—Son efectos del alcohol.

—Casi no has bebido esta noche. Todas las copas que te has servido han acabado calientes entre tus manos. El miedo te paraliza y no te permite disfrutar del todo. ¿Qué te apetece hacer ahora mismo?

Raquel mira fijamente a Juanjo mientras apoya sus manos a ambos lados de la cabeza de él y se despega un poco.

—Desnudarme y meterme en la piscina. —Se lo dice al oído, pero para

nada susurra. Quiere que lo oigamos todos.

—¿Qué te lo impide?

—No quiero que descubras si tengo o no un tatuaje.

—Vale. —Juanjo se cubre los ojos con la mano—. Prometo no mirar.

—Mi padre la llenó el otro día y ya le ha hecho las pruebas pertinentes.

Raquel le susurra algo a Juanjo. Esta vez no nos permite escucharlo. Se levanta de un salto y comienza a deshacerse de su ropa.

Nunca se ha sentido intimidada por quedarse desnuda delante de nadie. Está orgullosa de un cuerpo que la genética de su madre le ha dado y que trabaja por mantener en forma. Lleva un conjunto de ropa interior que realza cada una de sus curvas.

Leo y Bosco han apartado la vista de ella, pero Juanjo no lo ha hecho. Recorre su cuerpo en busca de una libélula oculta por la poca tela que se ve. Ahora Juanjo aparta la vista, Raquel acaba de deshacerse del sujetador.

—Bien. —Afirmo con la cabeza.

—Puede que las pierda, tendrán que ver mundo por última vez.

Raquel sale corriendo y se lanza a la piscina.

Tres.

Dos.

Uno.

—Joder. La madre que me parió. Está helada.

«Cuánto quisiera poder hablar (...) Expandirme dentro de ti. Es lo poco que puede hacerme revivir. No quiero nada más».

[ATARAXIA](#) de La Casa Azul ha comenzado a sonar cuando a Raquel le ha dado por cometer una locura. Zoe me mira, le devuelvo la mirada con una sonrisa. Ella frunce divertida los labios y yo levanto una ceja.

¿Lo hacemos?

Cometamos esta locura con ella.

Por ella.

Para ella.

No pensamos.

Nos desnudamos.

Salimos corriendo hasta saltar en la piscina.

Siento el agua helada cubriéndome, me hundo, toco el suelo con los pies, un calambre recorre mi cuerpo, abro los ojos bajo el agua y veo a mi hermana tocando fondo y cogiendo impulso para salir.

Escucho distorsionada la risa de Raquel, me quedo unos segundos

conteniendo la respiración y disfrutando de este momento. Aunque mi cuerpo pida clemencia y me exige que saque ya la cabeza, necesito unos segundos más.

Uno.

Dos.

La mano de Raquel tira de la mía para sacarme a flote antes de contar tres.

Bosco y Zoe aún duermen abrazados en una de las literas. Aparto el brazo de Leo que tengo encima y me siento. Observo la habitación y me sorprendo con lo que veo. Juanjo está justo frente a nosotros y Raquel está apoyada en su pecho. Él está despierto y acaricia la espalda de mi amiga que duerme tranquila, ajena a mi mirada. Juanjo se da cuenta, gira lentamente su cara y me guiña un ojo para pedirme silencio, mientras aprovecha para besar la frente de Raquel. Se levanta permitiendo que Raquel se acomode en la litera y me hace un gesto con la cabeza para que salgamos fuera. Los dos caminamos de puntillas y salimos al jardín para llegar en silencio hasta la cocina.

—¿Vas a estar bien, Juanjo? —Me quedo quieta mirándole mientras sus ojos tratan de esquivar los míos.

—Aura, voy a estar bien. Ya me han dado calabazas.

—¿Y esas calabazas también han dormido sobre tu pecho toda la noche? —Busco café en el armario para empezar a preparar el desayuno.

—Solo hemos dormido.

—Vale. —Abro la lata de café sin dejar de mirarle—. Espero que sepas muy bien dónde te metes, Juanjo.

—No me preocupo por mí, no soy importante en este momento. Dentro de un año tendremos otra vez esta conversación.

Por supuesto que no tengo ni idea de dónde me estoy metiendo con Raquel.

Ayer, mientras todos se metían en la cabaña a escuchar los chistes de Bosco, que cuando se suelta, oye, tiene hasta gracia, yo me quedé un momento solo en el jardín.

—¿No duermes? —Me acerco a Raquel que está apoyada en el árbol con una taza en la mano.

—Necesito algo para relajarme y poder dormir.

—Ha sido una noche muy intensa.

—Demasiado. —Da un sorbo y cierra los ojos—. Siento si he sido demasiado dura contigo desde que nos conocemos.

—¿Lo has sido? No me he dado cuenta. —Me apoyo en el árbol a su lado y nuestros brazos se tocan.

—Gracias por no mandarme a la mierda tal y como me he merecido. —Raquel levanta un hombro y cierra los ojos.

—Ahora mismo te besaría, Raquel, lo haría sin pensármelo. Pero te he prometido que seríamos amigos y no rompo mis promesas, por mucho que mis sentimientos se pongan por medio.

Debería haber cerrado la boca hace exactamente diez segundos. ¿Cómo soy tan imbécil?

—No soy buena como pareja, Juanjo. —Niega con la cabeza—. Destruyo cada relación.

—Eso es que no has conocido al hombre que se merece estar a tu lado.

—¿Eres tú?

Ya no hay rastro de su sarcasmo o de la ironía que suele emplear conmigo. Por fin veo a la Raquel que se escondía tras sus perfectos labios rojos, color que ha desaparecido de ellos hace un par de horas. Sus ojos negros me miran con una dulzura que me hace temblar. No quiero que lo note, no quiero que se asuste.

—No lo sé, Raquel. Me gustaría decirte que sí, pero no lo sé. Tal vez llegue el día que decidas arriesgarte por un nosotros.

Mis dedos acarician su brazo y ella no se aparta, es más, acorta la distancia que nos separa. No deja de mirarme a los ojos y me hace sentir tan jodidamente bien, que pienso de nuevo en besarla.

—Ahora mismo sería muy egoísta empezar algo con este puto bicho dentro de mí. —Sus labios tiemblan cuando trata de sonreír—. Solo prométeme que estarás al otro lado del teléfono si necesito hablar contigo.

—Estaré más cerca si me lo permites, Raquel. Si quieres hablar, si

quieres gritar o si prefieres no decir nada, estaré cerca. —Agarro su mano y se aferra a la mía con ganas.

Me besa en la mejilla y camina dentro de la cocina hasta desaparecer de mi vista. Niego con la cabeza y suelto el aire que tenía contenido.

—Juanjo, vas a acabar mal de la cabeza con esta chica.

Sonríó pensando en ella mientras entro en la cabaña y me encuentro a los cuatro ya dormidos. Me quito la ropa y me meto en mi cama. Todo está en silencio. Pongo mi brazo tras la cabeza, me acomodo la almohada y pierdo la vista en la litera superior.

No pasan más de cinco o diez minutos cuando escucho unos pasos en la habitación. Giro la cabeza y Raquel está a mi lado vestida solamente con una camiseta que le llega hasta casi las rodillas.

—No quiero dormir sola.

Levanto la manta y le hago un hueco en mi cama. Raquel se acuesta mirándome a los ojos. Nos quedamos cara a cara durante unos minutos sin decir nada.

—No va a haber sexo. —Está muy seria.

—Tampoco lo quiero.

—¿Me estás rechazando? —Achina los ojos y hace una mueca divertida mientras susurra.

—Debo ser el primer hombre que lo hace.

—Ha habido otros antes de ti.

—Son gilipollas por haberte dejado escapar, pero yo doy gracias por ello.

Se acerca a mí y yo bajo mi brazo para colocarlo sobre la almohada. No quiero que se sienta incómoda y... No, no lo hace. Se acurruca sobre mi pecho. Siento su respiración cerca de mi cuello.

—Algún día.

Lo dice entre susurros y siento cómo su respiración por fin se relaja.

En la cocina me encuentro con Juanjo y Aura tomándose un café sentados en la mesa. Ella sonríe, él hace lo mismo. Están compartiendo una tostada quemada entre sonrisas.

—No, sabe demasiado a quemado. —Aura escupe en una servilleta.

—Si tuvieses que ir a una guerra, te comerías hasta la arena.

Juanjo le da otro bocado a lo que hasta hace un rato era un trozo de pan blanco.

—No te dejes engañar por él, Aura. —Leo aparece a nuestro lado y me besa—. Buenos días, cariño.

—Hola, guapo. —Le devuelvo el beso.

—Raquel está en tu cama. ¿Ayer perdió alguna apuesta?

—No hablo de mi vida privada. —Juanjo se levanta y saca platos para poner la mesa en el jardín.

—Dejas de hacerlo cuando llevas más de dos meses sin sexo. Llevas sin hablar de tu vida privada ¿cuánto? ¿Seis meses? —Leo se pone un café y veo que se divierte puteando a su amigo.

—¿Seis meses sin sexo? Joder, tienes que estar fatal.

—Estoy esperando a la chica adecuada.

—Y un huevo. —Me pongo a su lado—. Que te tiene que doler hasta el alma. —Veo que Juanjo abre la boca—. No, no me hables de trabajos manuales. Que sí, que eso también es genial, pero el roce de un cuerpo, la piel, el olor, las caricias y el sabor. —Me muerdo el labio inferior y suelto un gemido.

—Mierda, Aura. No me hagas esto. —Juanjo sale de la cocina negando con la cabeza.

—Eres cruel. —Leo sonrío observando a su amigo.

—Él es cruel consigo mismo. Raquel ha dormido en su cama y eso no es bueno para ninguno de los dos. Van a terminar jodidos. —Niego con la cabeza mientras coloco tazas en una bandeja.

—Parecías contenta anoche con su cercanía.

—Te puede parecer raro, pero Juanjo me cae bien. No me gustaría que sufriese.

—Ya son lo suficientemente mayorcitos. —Leo me sujeta de la mano.

—Aunque sepamos dónde nos podemos meter, a veces no tenemos ni idea de cómo la vamos a cagar. —Sé que estoy frunciendo el ceño y preocupándome por algo que aún no ha pasado.

—Deja que las cosas sucedan, no te angusties por algo que no sabes. ¿O tienes algo más que te preocupe? —Me acaricia el cuello y me sujeta por la barbilla—. Aura, ¿qué más hay?

—Pues que me jode mucho que Eli y Su no hayan preguntado desde ayer.
—Niego con la cabeza y me separo de Leo.

—Aún no saben lo que sucede, no las culpes por ello.

Vale, sé que Leo está tratando de tranquilizarme, pero si hubiese sido al revés, si yo no hubiese podido estar en la fiesta organizada por Raquel sin motivo aparente, habría llamado, escrito o mandado una paloma para saber qué ocurre.

—En los malos momentos es cuando sabes quienes siempre y quienes nunca. —Raquel entra en la cocina y me sujeta de las mejillas—. Tú eres siempre. —Me besa—. No quieras justificar a personas que ni son ni tal vez debieron ser.

—¿Qué ha pasado? —Me extraña su respuesta.

—Ayer a la noche, antes de meterme en la cama, envié un mensaje al grupo.

—No me mirado el móvil. —Lo cojo de la encimera donde está cargando.

Rachel

Buenas noches, preciosas.

¿Cómo van esos enfermos?

¿Noche a lo peli del exorcista o ha sido algo más gore?

Ya que ayer no pudisteis quedaros a la pedazo de fiesta que organicé, he pensado que lo lógico es daros una explicación.

Hace más de cinco horas que Raquel envió el mensaje. No hay ninguna respuesta de ninguna de las dos. Supongo que ninguna de las dos sabe qué decir.

—Raquel, ellas...

—Deja de poner excusas, Aura.

—Pero...

—Sigue leyendo, por favor.

Rachel

Sé que esta no es la manera de daros a conocer el motivo de la fiesta de ayer. No es la forma en que quería hacerlo, pero en vista de los acontecimientos, creo que es mejor quitar la tirita de golpe.

Rachel

Me han detectado un carcinoma en el pecho. Es cáncer, un puto bicho del que la semana que viene me dirán el apellido con más pruebas y del que me operan en dos semanas. No quería hacerlo así, pero las circunstancias me ha "obligado" a hacer esto de una manera tan impersonal. Seguimos en la Finca y si los enfermos lo permiten, me gustaría que vinieseis a pasar el domingo. Hoy es Zoe la que hace la paella. Me gustaría poder explicaros más en persona.

Cierro los ojos durante un par de segundos, sé exactamente lo que le ha costado a Raquel soltarlo así, pero hay demasiadas horas de diferencia entre ambos mensajes.

—Sigue, Aura, que ahora llega el premio a las mejores amigas del mundo. —Raquel está enfadada, se lo noto en el tono de voz y en la cara—. Comprendo que no tendría que decirlo por mensaje, pero ellas tampoco han hecho ningún... Da igual. —Se sirve una taza de café—. Salgo a pasear,

necesito que me dé un poco el aire.

Desaparece por la puerta mientras farfulla algo que no comprendo. Espero a que se aleje unos metros porque me temo que voy a lanzar insultos si me encuentro lo que me imagino.

Vuelvo al móvil para ver el motivo del enfado de Raquel. Espero unos segundos rezando por no encontrarme un mensaje de mierda de alguna de las dos.

Su

Los niños se han pasado toda la noche vomitando, mi marido es el peor enfermo del mundo. Parece que se está muriendo. No sabéis la mierda de noche que he pasado y lo que me queda de día. Este es el peor domingo de mi vida. Ya me gustaría estar en la Finca.

—Ole tus ovarios, Su. —Niego con la cabeza enfadada.

Su

Qué harta estoy de esta vida, de verdad. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte con estas cosas?
Siempre que tengo algún plan que no incluye a Javi, "casualmente" se ponen todos malos.
Espero que las pruebas salgan bien.
Nos vemos.

—¿De qué cojones va? —No me doy tiempo a tranquilizarme cuando la

voz de Su está al otro lado del teléfono—. ¿Me puedes explicar que es eso de «Nos vemos»? —lo digo con una entonación de niña repelente.

—¿Qué quieres, Aura? —Por su tono de voz comprendo que pasa de todo.

—No, nada. Solo te llamaba para decirte que tu amiga se enfrenta a un cáncer, pero que tú a tu ritmo. No vaya a ser que te jodamos mejores planes.

—Aura, no vengas ahora de amiga preocupada. Yo también tengo problemas. Mi vida no es perfecta. —Va elevando su tono de voz a cada frase y va a explotar contra mí—. No todas tenemos la suerte de llevar una vida de serie americana, Aura.

—Ninguna vida es perfecta, Susana. —Paso a llamar a esta extraña por su nombre completo. Sé que esto le va a dar un toque de atención.

—Que lo de Raquel no será nada más que una de sus formas de llamar la atención, como siempre. No es más que una egoísta que no se preocupa jamás por los demás.

Salgo de la cocina y busco a Raquel. La localizo en la entrada sentada sobre el murete de medio metro que separa el camino del jardín. No quiero que escuche nada de esto.

—Siempre hace lo mismo: cuando su vida no es la más interesante, se crea fantasías, distopías o como quiera llamarlo ella. Que todos los psicólogos están mal de la cabeza.

—Susana, para el carro. Te estás comportando como una auténtica zorra. Raquel está enferma, es de verdad. Tiene cáncer de mamá, la semana que viene le hacen pruebas y la siguiente la operan.

—Venga, Aura. ¿No lo ves? —Tarda unos segundos en seguir hablando—. Zoe está con Bosco, tú con Leo y ella sola. ¿No ves que solo quiere ser el centro de atención? Coño, que es una egocéntrica y encima tira de cáncer. ¿Qué es lo siguiente?

—Susana, por favor, piensa un poco en lo que estás diciendo. ¿No te estás escuchando?

—Aura, no te haces ningún favor siendo su amiga.

No comprendo lo que está pasando. Vale que pueda estar enfadada por recibir la noticia por mensaje, pero de eso a lo que me está diciendo, hay un abismo.

—Eli piensa lo mismo. Lo hemos hablado esta última semana que se ha quedado en casa. ¿Sabes que su casero decidió echarla del piso?

—Su casero es tu padre, Susana. —No comprendo lo que está pasando—. Todo esto, ¿desde cuándo lo pensáis? Si es así, ahora llamo a Eli para hablar

con ella.

—Está muy ocupada cuidando de nuestros niños. Ni se te ocurra jugar tu perfecto papel de desvalida, que se te da de lujo.

—Pero ¿qué cojones te pasa? —Se me está agotando la paciencia—. Mira, me da igual lo que me digas a mí, pero no le hagas esto a Raquel. Bastante tiene encima como para preocuparse de que una de sus mejores amigas, se esté comportando como una auténtica zorra.

—Para zorra ya estás tú, querida Aura. Tú y tus famosos desastres, tus aventuras y tus nuevos amigos. Piensa más en las personas que han dado todo por ti y has dejado de lado desde hace semanas. Que te jodan, Aura.

Tiene los santos ovarios de colgarme.

Veo a Aura apretando el teléfono en su mano. Niega con la cabeza, apoya una mano en su frente y cierra los ojos.

—Aura, ¿va todo bien?

—No, tengo una amiga que es para darle dos hostias con la mano abierta por zorra. —No respira y veo cómo se le hinchan las venas del cuello.

—Aura, a veces las personas no saben cómo gestionar la enfermedad.

—El problema con ella es que su vida es más importante ahora mismo que la de Raquel. Le ha dicho que ya nos vemos y que espera que las pruebas vayan bien. Que su vida ya es demasiado complicada y que Raquel solo está tratando de llamar la atención.

—No quiero justificar a Susana por su comportamiento.

—No lo hagas. —Está enfadada—. No puedo creer que de nuevo vuelva a hacer lo mismo.

—¿De nuevo? —Caminamos por el jardín.

—Hace unos años tuvimos un encontronazo con ella. Cuando empezó el juicio de Zoe, ella alegó que no podía apoyar a mi hermana porque tenía un problema muy grave en su familia. —Se dibuja una sonrisa escéptica—. ¿Sabes cuál era su gran problema? Tenía un viaje con Eli a Ibiza y no lo quería anular porque había encasquetado los niños a sus padres y Javi estaba fuera.

—¿Se fueron de viaje?

—Susana no le dijo a Elisa que el mismo día que volaban a Ibiza empezaba el juicio. —Raquel se acerca a nosotros—. Me acuerdo del momento en que Zoe cruzó aquella puerta y ellas colgaron una foto en

Ushuaia brindando. Zoe rememoraba su infierno, mientras ellas bailaban techno en una piscina. —Raquel cierra los ojos—. Aura, no las necesito, no son familia.

—Sí lo son.

—No, Aura, no lo son. Llevamos ya un tiempo pasando por una mala racha. Tú solo ves el lado bueno de las personas. —Raquel sujeta la mano de Aura—. Eres devota de la Virgen de las segundas oportunidades, pero hay veces que la gente demuestra que no se las merecen.

—Pero me duele tanto por ti, Raquel. —Aura cierra los ojos y sé que las lágrimas amenazan con salir.

—Aura, cariño, os tengo a las hermanas Miguel a mi lado para siempre. No necesito a nadie más.

Se funden en un abrazo que dice tanto sin palabras que me hace temblar por dentro.

—¿Esto es de verdad? —Zoe aparece a nuestro lado con el teléfono en la mano—. ¿Tiene la poca vergüenza de hacer esto? Porque de Susana me lo podía esperar, pero no de Eli.

Dejo que hablen a solas. Se les escucha desde la cocina. Tanto Bosco como Juanjo me miran cuando llego. No decimos nada, terminamos de colocar todo en la mesa para el desayuno y comenzamos a prepararlo.

Juanjo prepara más café, yo empiezo a hacer zumo de naranja y Bosco decide preparar tostadas, huevos revueltos, beicon, tortitas...

—¿Esperamos al batallón de reconocimiento? —Robo un trozo de beicon.

—Yo no me quejo. Tengo un hambre terrible —Juanjo rellena un par de jarras con zumo.

—Yo no sé cómo van a gestionar todo y si en la mesa hay comida recién hecha, tal vez... —Bosco niega con la cabeza—. No tengo ni idea de cómo actuar.

—Sí que lo sabes, Bosco. —Le agarro de los hombros—. Sé tú mismo. A Zoe le gustas con esa barba de vikingo, no tienes que hacer nada más.

—Leo, sabes que no me quedan amigos del instituto. Cuando Paula se quedó embarazada me dieron la espalda. Cuando murió ninguno se quedó a mi lado. Hasta me llegaron a acusar de que yo era el causante de todo por dejarla embarazada.

Bosco no suele hablar demasiado de Paula, solo lo hace con nosotros y con Luna cuando pregunta algo. Sé que le cuesta mucho.

—Bosco, es algo que aprendemos a base de hostias: cuando tienes un problema en tu vida, uno de verdad, descubres quiénes estarán siempre a tu lado y quiénes solo estuvieron durante unos días, meses o años. —Le doy una palmada en la espalda.

—Como en la guerra. No todos son capaces de poner su vida por delante de la de otro. ¿Has tenido noticias?

Las chicas entran en la cocina y parece que han puesto punto final ya a esa conversación con la que las he dejado.

—Qué hambre tengo. —Raquel, pensando que nadie está pendiente de sus gestos, pone su mano en la espalda de Juanjo y la mueve suavemente.

—¿Os apetece comer con nosotros en casa? —Bosco lo suelta sin pensar—. Luna llega a las dos de su viaje de París y quiero ir a recogerla. Luego podemos pedir algo. Nuestra casa no es tan bonita como la Finca, pero...

—Sí, quiero. —Zoe pone la mano en el pecho de Bosco

—Ves, boda de aquí a un año. Voy reservando el vestido de Pronovias rojo que tengo en mente desde hace unas semanas. Corte sirena, con pronunciado escote pico y tirantes. Espalda de gasa transparente y una línea central de botones. —Los dedos de Raquel vuelan por el aire dibujando algo con sus dedos. Se escucha un suspiro que sale de la boca de Zoe.

—Si te veo sonreír así, el año que viene monto un fiestón para que te pongas ese vestido.

Dibujando el futuro

Luna llega a casa justo cuando nosotros estamos aparcando. Se despide de una compañera y al vernos se simula colocarse una cuerda alrededor del cuello y tira, hasta sacar la lengua y echar la cabeza para atrás.

—Señor, este viaje ha sido una pesadilla. Que si París es tan feo como los franceses, que qué asco de comida, que si gabachos... Menudas lindezas sueltan los idiotas de mis compañeros. —Luna se abraza a su padre—. Te he echado de menos.

—Te dije que no tenías la obligación de ir.

—¿Y perderme comer macarons de Ladurée? ¿O pasear por Montmartre? Père, j'adore Paris.

—Vale, sé que lo adoras, pero podíamos haber ido el verano pasado y decidiste marcharte dos meses a hacer de au-pair en un pueblo perdido de Francia.

—Papá, me encanta viajar contigo, pero Margot vive en ese pueblo. Era pasar el verano con la chica que me gusta o con mi padre y mis tíos por Francia metida en un coche. —Nos abraza a JJ y a mí—. Que os adoro, pero o mejoráis vuestro francés o me vais a dejar en feo cuando los padres de Margot vengan a casa.

Escucho cómo el cerebro de Bosco se reinicia con las palabras de su hija.

—¿Algo importante que decirme? —Luna nos señala a todos—. ¿O solo quieres que conozca más a la chica de la que no dejas de hablarme por mensajes, en casa y hasta cuando me llamas?

—Gracias por avergonzar a tu padre.

—No te preocupes, Bosco, comiendo con ella nos avergonzará a nosotros también. —Juanjo coge las maletas.

—No tengas ninguna duda, querido tío.

Y no está bromeando. Luna es capaz de sonrojar a los tres. A mí me parece que es una chica que sabe lo que quiere, que tiene muy claras sus prioridades y

que no se deja amedrentar por nada ni por nadie. Antes de pedir la comida es capaz de hacer que su padre ponga los ojos en blanco tres veces, que Juanjo diga que no va a volver a dirigirle una sola palabra y Leo se parte hasta que empieza su ataque.

—Al menos hoy no os pillo medio en pelotas. Soy muy impresionable, tío.

—Luna, pide la comida mientras hacemos un tour por la casa. —Leo pone su enorme mano en la cara de Luna—. Te odio. —Le da un beso en la cabeza.

—Chicas, que no os engañen. Por mucho que digan tour, esto es un adosado de tres plantas con algo de desorden, muchos de mis dibujos colgados por las paredes y un jardín bonito. Ni punto de comparación con vuestra Finca.

Luna vuelve a fijar su vista en el ordenador mientras hace un pedido de comida. Se le dibuja una gran sonrisa en la cara.

—Este verano te vas a un internado. —Bosco lo dice antes de desaparecer por una puerta.

—No se lo cree ni él. No es capaz de dejarme sola. Aún me ve como a una niña de diez años. —Luna resopla mientras se ata una coleta.

—Siempre serás su niña, aunque tengas cuarenta. Y no olvides estos momentos. El día que faltan se echa mucho de menos. —Raquel pone una mano en el hombro de Luna.

—Lo sé, pero me gusta ponerle a prueba. Esto le viene bien para estar alerta en el trabajo. —Luna sonrío y le contagia a Raquel—. ¿Tú eres la novia de JJ?

A Raquel se le atraganta su propia risa. Intenta negarlo con gestos primero, después le da un ataque de tos y casi se ahoga.

—No es mi novia, Luna. —Juanjo aparece con unas cervezas y nos las entrega—. No te metas en conversaciones que no te incumben.

—Me matas, JJ. —Luna se muestra muy cómica—. Siempre me has contado lo de tus ligues, pero cuando aparece una mujer de verdad, te cagas. Qué se le va a hacer. —Continúa haciendo el pedido—. Ya vendrás cuando llegue vuestra boda con un «*Luna, por favor, quiero que me acompañes al altar*».

—Si sigues vacilándome, perderás ese honor.

—Bueno, al menos me has confirmado que te vas a casar y yo sé que será con ella. —Luna no lo ha dicho en bajo a modo de confesión. Lo ha hecho para que todos podamos escucharlo—. ¿Te ha hablado de la casa que se ha comprado y que cuando puede reforma?

—Sí.

A Raquel le va a dar dolor de cuello de tanto movimiento nervioso de cabeza. Juanjo se la lleva antes de que mi amiga comprenda que matar a una adolescente con la mirada no es posible.

—¿Qué tal París? ¿Sigue siendo la ciudad de la luz? —Zoe trata de entablar una conversación con Luna, pero no sabe cómo empezar.

—Sí, todo estaba encendido. —Luna no ayuda—. Sigue siendo la ciudad más maravillosa si te gusta el arte.

—A nosotras nos gusta pasear por la *place du Tertre*. Todo lo que se respira allí es arte. Zoe estuvo viviendo su último año de universidad cerca de ese barrio. Conoce París muy bien. —Trato de echarle una mano.

—¿Estuviste viviendo en París?

La cara de Luna ya ha cambiado. Mira a mi hermana como si le fuese a descubrir un nuevo mundo. Le pide que le cuente cómo es vivir allí, por qué lo hizo, cuánto tiempo estuvo y le ruega que le ayude a convencer a su padre de que hacer un curso en la universidad en París, no es tan mala idea.

Camino por el salón y observo las fotos. Una de ellas es de los tres vestidos con camisas de camuflaje, pañuelos tipo palestinos al cuello y gafas de sol. Supongo que será de alguna misión en Oriente Medio. Los tres tienen barba poblada y sonríen. Se me encoge el corazón recordando esos largos meses en los que mi padre también estaba destinado fuera de casa. Cierro los ojos rezando porque este rumor que corre en silencio entre Leo y yo no alcance la voz.

Me deshago de este pensamiento.

El resto de las fotografías son de los chicos con Luna de pequeña, con María, con quienes supongo que serán los padres de Bosco y con el resto de su familia. Escucho las voces de los chicos en la parte de arriba y salgo al jardín. Está muy cuidado. Hay una pequeña huerta en un lateral, una terraza cubierta al otro lado y un jardín con una palmera cerca de una valla que da a un pasillo común por el que pasa gente.

—Tenemos que cambiar el camino de piedra. La última vez que estuvo Scully aquí lo reventó. —Leo aparece a mi lado—. Espero que te gusten los perros.

—¿Tienes perro? —Me sorprende por no saberlo. Aunque no conozco la mitad de su vida.

—Dos. Viven en casa de mi padre. Allí hay hectáreas para correr y son libres. Aunque ahora están en un curso de entrenamiento.

Leo me enseña las fotos de sus perros y yo creo que se me ha caído la

baba al ver a Scully y a Mulder. Comprendo que Leo es un poco friki con el tema de extraterrestres y la serie Expediente X. Scully es una Dóberman negra y Mulder un precioso Border Collie negro y blanco.

—¿En un curso de entrenamiento?

—Sí, los ha llevado mi padre. No son muy mayores y aún se dedican a robar cosas y enterrarlas en el jardín.

El día se pasa entre comida china, cafés, música, las vivencias de Luna en París y sus preguntas a Zoe.

Los ojos de Bosco brillando por ese inicio de relación entre su hija y su novia.

Raquel está relajada sin perder de vista a Juanjo.

Yo disfruto de este momento de paz entre tantos problemas.

Cuando nos queremos dar cuenta, es hora de que cada uno vuele de nuevo a su casa para enfrentar una semana complicada.

—Gracias por un fin de semana tan... tan... ¿cómo decirlo? —Juanjo frunce los labios divertido.

—Intenso como ningún otro que hayas vivido. —Raquel le da un beso en la mejilla—. Gracias por todo.

—El miércoles comemos en *La negra Tomasa* en Huertas. Vas a probar la mejor comida cubana de Madrid.

Todos estamos atentos a su conversación hasta que Leo saca una bolsa de casa y me quita las llaves de la mano para meterla en mi coche.

—No me mires así. Lo de andar desnudo por casa no me supone ningún problema, pero necesito ropa para cambiarme mañana.

—¿Te quedas en mi casa?

—Y en tu vida hasta que decidas echarme. —Me sujeta de la cintura y me pega a él como si estuviésemos en el final de una comedia romántica americana.

—Estáis más buenos que comer con los dedos. —Raquel nos mira—. Al menos me dejaréis en casa antes de pasar a meteros mano, ¿no?

—Puedo llevarte yo.

—Juanjo, tú estás en casa. No te preocupes. —Le acaricia el brazo—. Nos vemos el miércoles.

Dejamos a mi hermana en casa y salimos escopeteados antes de que mis padres y mis sobrinos nos intercepten. Casi tiramos a Zoe en la entrada sin

parar el coche.

Segunda parada, Jerónimos.

Paro en doble fila frente al portal de Raquel. Observo cómo las dos hablan durante unos minutos mientras apuntan algo en el móvil. Se despiden con un beso y Aura espera a que su amiga desaparezca por las escaleras que suben a su portal. No dice nada cuando vuelve al coche y media hora después está dejando las llaves en el cuenco de la pequeña barra que hay en la entrada.

—Voy a pegarme una ducha.

Camina pensativa por el pasillo acariciándose la nuca.

Desaparece en el baño y escucho cómo comienza a sonar música. Reconozco los primeros acordes: [Next To Me](#) de Imagine Dragons. Recuerdo también lo que dice esa letra y es como si presagiase algo que no me gusta. Camino lentamente por el pasillo, la puerta del baño está entreabierta. Aura se está atando una coleta, sus ojos están fijos en el suelo, sus labios se mueven entonando unas frases que pueden representar nuestra relación.

«Hay algo en la manera en que siempre ves el lado bueno, pasas por alto todo el caos».

Cierra los ojos y se deshace de su ropa. Sigue cantando esta canción que empieza a hacerme temblar. No puedo dejar de mirar cómo poco a poco se queda desnuda. No abre los ojos, camina por inercia y enciende el agua, pone su mano debajo y espera a que esté caliente para introducirse dentro. Debería darle espacio para relajarse un poco, han sido demasiados días juntos, pero antes de darme la vuelta para irme, escucho de su boca la frase más demoledora de la canción y al fijarme, veo cómo le caen unas lágrimas por las mejillas que el agua no puede ocultar.

«Así que, gracias por arriesgarte conmigo, sé que no es fácil, pero espero que merezca la pena».

No me lo pienso.

Me deshago de mi ropa.

Camino decidido a no dejar que derrame más lágrimas.

Tiro de la mampara y por primera vez me mira.

No dice nada.

Respira hondo.

Me abraza.

—Preguntarte si estás bien es una gilipollez.

—Solo necesito sentirte cerca ahora mismo.

Acto seguido sus labios atacan mi boca con ferocidad. Siento su desesperación y me mata.

Dos segundos después se aparta, niega con la cabeza, se da la vuelta y da dos pasos para meterse debajo del agua que sigue cayendo.

—Lo siento. No es mi intención usarte para paliar lo que siento. — Resopla mientras niega con la cabeza.

—Aura, puedes apoyarte en mí siempre. —Busco sus hombros con mis manos—. Sé lo que sientes en este mismo instante. Tus amigas, las que pensabas que estaban a vuestro lado para todo, acaban de daros la puñalada más grande de vuestra vida. Sé lo que es el dolor de la decepción.

—Pero... —no es capaz de continuar hablando.

—Pequeña, la vida es jodida, mucho. Cuando menos te lo esperas te da la espalda, te obliga a enfrentarte a tus temores y no te explica cómo hacerlo. Te deja solo ante ese peligro que va a impedirte dormir, que te hará llorar cuando menos te lo esperes y del que no podrás huir, aunque corras.

—Bajo mis manos por su clavícula y las junto encima de su pecho abrazándola—. Yo solo te puedo decir que se sobrevive a esto.

—No quiero tener que sobrevivir a unas amigas que no sé ni cómo las sigo llamando así. —Se da la vuelta y sus ojos no han dejado de derramar lágrimas. Se pasa la mano por la cara enfadada, tratando de deshacerse de ellas—. No me entra en la cabeza que se traicione así a la familia. Joder, ellas son... eran familia.

—Ves siempre el lado bueno de la gente, Aura, y eso te honra. Pero las personas no somos buenas.

—¿Tú tampoco?

Me mira a los ojos y creo que es la pregunta más complicada a la que me he tenido que enfrentar en toda mi vida.

—Las personas a veces cometemos errores sin saber cómo o porqué. No soy mala gente, pero tampoco me considero un santo. —Menuda mierda de respuesta.

—No quiero tener que sobrevivirte, Leo. No creo que fuese capaz de hacerlo.

El nudo que tengo en la garganta desde esta mañana al leer los mensajes de Susana se aprieta un poco más cuando me doy cuenta de que tal vez sí que tenga que sobrevivirle.

No digo nada, vuelvo a darme la vuelta y me meto debajo del grifo

tratando de camuflar mis lágrimas. Siento cómo Leo me da un beso en la cabeza y sale de la ducha para darme un poco de privacidad. No es lo que quiero, necesito sentirle cerca, pero algo me dice que él también se acaba de dar cuenta de lo mismo: ninguno de los dos estamos preparados para sobrevivirnos.

Supervivencia

Me he levantado muy temprano. Ayer no dijimos nada más ninguno de los dos. Yo por miedo a romper a llorar de nuevo y los motivos de Leo, ahora mismo, prefiero no saberlos. No conocer la verdad a veces nos destroza menos. Dejo una nota en la encimera y salgo de casa a las siete de la mañana. Caminar por Gran Vía a estas horas es lo mejor de madrugar. Hago la parada de rigor en *Starbucks* para coger un café muy grande, muy cargado y con la esperanza de que me ayude a sobrellevar de la mejor manera las dos horas que he dormido esta noche.

A las dos de la tarde, cuando bajo a por algo de comer, me encuentro con Eli de pie delante del portal del despacho.

—¿Qué quieres? —No le doy tiempo a reaccionar. Acelero el paso para dirigirme a *Fuku*, un restaurante japonés que está muy cerca.

—Lo siento, no tenía el teléfono encima y cuando quise hablar con vosotras, Su me dijo que no queríais saber nada de nosotras. Que Zoe y tú sois las únicas que Raquel quiere a su lado.

—Eli, tengo mucha prisa y si lo que necesitas es una palmadita en la espalda y un «*No te preocupes, no pasa nada*», no lo vas a escuchar de mis labios. —Ni siquiera paro ante el semáforo en rojo y cruzo corriendo la carretera.

—Aura, por favor, escúchame. —Corre detrás de mí—. Yo no he sabido nada hasta que habéis hablado. Mi móvil se quedó ayer sin batería y me he pasado la noche con la niña mala.

—Eli, no soy a quien tienes que pedir perdón. Bueno, si eso es lo que estás haciendo o pretendes hacer. —Entro en el restaurante y hago un pedido para llevar.

—Aura, por favor. Es que no comprendes lo que le debo a Susana ahora mismo. —Me agarra del brazo y me saca a la calle—. Me han despedido de tres de mis cuatro trabajos. Me queda el de limpieza una hora a la semana en esa oficina. Ella me ha dejado dinero para...

—Claro, ella te presta dinero y tú le debes tu vida y tu lealtad. Todo ello conlleva dar la espalda a una de tus mejores amigas que tiene cáncer y se va a someter a una operación en unas semanas. —Mi mecha corta acaba de explotar y me da igual a quien pille ahora mismo la onda expansiva.

—No seas así, Aura. —Eli cierra la boca antes de decir algo más.

—¿Qué no sea cómo, Eli? ¿Realista o demasiado clara?

—Cuando lo intentas con ganas puedes ser muy cruel.

—Eli, cuando comprendas que dejarte llevar por alguien que te presta dinero es... —Levanto una mano en el aire y me obligo a callar—. Será mejor que no acabe la frase.

—Susana ha estado a mi lado cuando nadie más ha estado. Me ha acogido en su casa y me ha consolado cuando vosotras estabais liándoos con esos tíos que acaban de aparecer en vuestras vidas y parece que les debéis veneración eterna.

Eli no es la que está hablando.

Susana se ha encargado de meterle mierda en la cabeza. Siempre ha sido demasiado blanda para reconocer cuando alguien la ningunea, pero no voy a ser yo quien empiece una guerra que en este momento no me interesa.

—Eli, cuando comprendas lo que está pasando, que lo que dices no lo sientes, espero que no sea demasiado tarde. —Respiro profundamente tratando de controlar las mil palabras que se amontonan en la punta de mi lengua y que quieren salir con espadas a pelear—. Solo te pido que pelees solo tus batallas y que seas responsable de tus actos, no de los de nadie más.

—¿Y aquí se acaba todo? —Sus ojos brillan mucho y sé que va a empezar a llorar—. ¿Ves lo que estás consiguiendo, Aura?

—No me hagas responsable de esas lágrimas, de lo que has decidido hacer ni de la mano a la que te aferras. No escucharás ni un solo reproche hacia Susana o hacia ti ahora mismo. Prefiero callarme antes de decir algo de lo que me arrepienta más adelante. —Me doy la vuelta para entrar de nuevo en el restaurante—. Porque te aseguro que todo lo que te diría ahora mismo, es algo de lo que no me iba a arrepentir.

—Si te golpeas siempre el pecho por ser valiente, hazlo. No te tengo miedo. —De nuevo parece ser Susana la que habla.

—A mí no me tienes que tener miedo. A mí me asustaría perder a unas buenas amigas por una que ha decidido que le chupes el culo a cambio de dinero.

Mierda, se me ha escapado una de mis ideas con la espada en alto en una

mano y la metralleta cargada en la otra.

Eli saca su genio y me da una bofetada que me pica como si hubiesen sido veinte.

—Eres una zorra, Aura. Tu reputación te precede.

Eli acelera el paso para doblar la esquina y desaparecer. Sé que no es ella, que quien habla no... Vale, puede ser que trate de seguir salvando a una amiga que ha dejado de serlo y que realmente es como no me la quiero imaginar.

No se me va de la cabeza nuestra conversación hasta que llego a casa a las ocho de la tarde. No encuentro a Leo en el piso. Busco el teléfono para llamarle y me doy cuenta de que lo he tenido en *modo avión* desde esta mañana. Al conectarlo comienzan a entrar llamadas y mensajes. Dos llamadas de Leo, siete de Raquel, un mensaje de mi padre y el grupo de *WhatsApp* saca humo. Demasiados mensajes para leerlos ahora mismo, así que conecto el portátil y llamo a Raquel mientras ojeo el grupo.

—¿Tú has visto? —Raquel niega con la cabeza nada más descolgar.

—Hola. He tenido el móvil apagado todo el día. Ya veo que mi conversación con Eli ha traído consecuencias.

—Que las follen a las dos. —Zoe aparece detrás de Raquel.

—Hola, Zoe. —Levanto la vista y veo que están muy enfadadas.

—Se están comportando como unas niñas egoístas y encima es que Eli se ha dejado comer la cabeza por Su. ¿Qué coño ha pasado entre ellas?

—Que han echado de los trabajos a Eli y Su le ha prestado pasta y viven con ellos.

Las dos se quedan en silencio. Creo que están pensando lo mismo que yo. ¿Por qué Eli no nos ha comentado nada de todos sus problemas y entre todas hubiésemos buscado una solución?

—¿Y te ha pegado?

—Sí, me ha soltado una santa bofetada delante de *Fuku*. He quedado como la malísima de las telenovelas venezolanas.

—¿Y qué has hecho? —Mi hermana me mira con la mano en la cara.

—Pues me he colocado las gafas de sol que casi salen volando y he entrado dignamente en el restaurante. Menos mal que no había nada más que cincuenta personas por allí paseando. —Me llevo una mano a la cara y noto el pequeño corte que me ha hecho uno de los anillos de Eli.

—He hablado ya con tus padres. Si te llaman, no tienes que andar con

verdades a medias.

Al volver a mirar el móvil veo que los últimos mensajes son de Susana soltando sapos y culebras, de Eli diciendo que me tenía que haber dado más fuerte y que tenga cuidado si me ve por Gran Vía, para después ver dos mensajes de: «*Su salió del grupo*» y «*Eli salió del grupo*».

—No volveremos a hablar de esto jamás. —Raquel da por finalizado este drama—. ¿Has hablado con Leo?

—No. Ahora iba a llamarle. —Me callo los miedos que aún no se han ido.

—Ha tenido que ir a la Academia esta mañana y creo que sigue reunido. —Zoe juguetea con algo en sus manos—. Bosco me ha dicho que no es nada grave, pero que está con varios de los Comisarios o Tenientes, no sé lo que me ha dicho.

—Ok. Ahora le llamaré para ver qué pasa. ¿Mañana a qué hora tienes las pruebas?

—Me va a acompañar Zoe a la de mañana y a la del jueves, así que no te preocupes.

—Vale. Voy a llamar a Leo. Hablamos luego, chicas.

Bajo la tapa del portátil y comienzo a deshacerme de la ropa mientras llamo a Leo. Descuelga al quinto tono.

—No puedo hablar ahora, Aura. Luego nos vemos en casa.

No me da tiempo a contestar cuando escucho el pitido que me confirma que me ha colgado.

Me he pasado todo el día entre entrevistas con superiores y tratando de explicar, por décima vez, lo que sucedió con Estévez. Pero parece que lo de dejar mi expediente limpio no va a ser tan fácil. Esta expulsión la voy a pagar cara.

Cuando llego a casa Aura ya está dormida. El reloj de su mesilla marca las 01:15. Me acuesto y ella rueda hasta mi lado apoyándose en mi pecho.

—¿Todo bien? —Está casi dormida.

—Sí, peque, descansa. Todo se acaba solucionando.

Pero lo que digo no es lo que realmente pasa. El martes tengo que volver a pelear, así como el miércoles y el jueves hasta media mañana que vuelvo a casa para encontrarla vacía de nuevo. En estos días no he pasado con Aura

más de media hora seguida. Ella se ha ido muy pronto a trabajar y yo he llegado demasiado tarde.

Me estoy duchando y escucho el teléfono fijo. Cojo una toalla y salgo corriendo.

—¿Sí?

—Hola, buenos días. ¿Podría hablar con Aura Miguel, por favor?

—No está ahora mismo. ¿Has probado en el móvil?

—Sí, pero no me coge. Llamo del colegio de Nico y necesito que venga ahora mismo.

—¿Has probado con su madre o en la Finca?

—Sí, he probado en todos los sitios y nadie contesta. Mira, no sé si eres familiar o no, pero necesito que alguien venga a por Nico. Acabamos de expulsarle del colegio y tienen que venir a recogerle.

—De acuerdo.

Cuelgo el teléfono y busco mi móvil para llamar a Aura, pero no me coge. Busco en Google el teléfono de su bufete y les llamo.

—Buenos días. Bufete jurídico...

—Hola. Necesito hablar con Aura urgentemente. —No dejo que termine.

—Está en una reunión muy importante.

—Dígale que soy Leo y que es de vital importancia que conteste a esta llamada.

Espero unos segundos cruzando los dedos para que me haga caso. Escucho una canción al otro lado del teléfono y de nuevo la voz de la persona que me ha cogido.

—Como bien le he dicho está en una reunión muy importante y me han negado pasar el mensaje. Si quiere le puedo dejar una nota en su despacho para que cuando salga de la reunión, le llame. —Parece un maldito robot.

—Dígale que Leo ha llamado y que es...

—De vital importancia que le llame. ¿Clase de delito cometido?

Me aparto un momento del móvil sin comprender a qué viene esta pregunta.

—Solo Leo. Buenos días.

Dejo el teléfono sobre la encimera de la cocina y medito un par de segundos lo que tengo que hacer. Marco el número de Bosco y tampoco me contesta. Me visto, bajo a por el coche y trato de recordar el nombre del instituto de Parla. Es algo de un astrónomo... Galileo Galilei.

Tres cuartos de hora después estoy entrando en el instituto sin saber muy bien si voy a poder hacer algo. Durante el trayecto he vuelto a llamar a Aura, pero no me ha contestado.

—Hola, buenos días. Vengo por Nico Miguel. —Asumo que Zoe cambió su apellido en el momento del juicio.

—¿Usted es?

Vale, llega el momento de usar la placa o de apelar a los sentimientos de esta mujer que no me conoce.

—Leo Ramírez, el novio de su tía Aura. Zoe ahora mismo está en el hospital con unas pruebas importantes. Sé que no estaré en la lista como persona de contacto, pero soy quien ha venido.

Apelación a los sentimientos lista.

No parece que a esta mujer le haga gracia la presencia de un completo desconocido preguntando por un menor.

—Soy agente de la U.E.I. de la Guardia Civil. Comprendo la protección que tenéis que tener en el colegio sobre estos menores, pero puedo enseñarle mi documentación, puede llamar a la comisaría y preguntar por mis credenciales o lo que usted estime oportuno.

—Suba las escaleras del fondo y espere en la sala que está a la derecha según cruce la vitrina de los trofeos. Le llamarán.

Desaparece de mi vista y hago lo que me ha dicho. Encuentro la sala tras recorrer medio pasillo. Antes de sentarme se abre la puerta.

—Buenos días, señor Ramírez. Pase, por favor.

Un hombre me da paso a su despacho. Se llama Félix Sánchez, es lo único que me ha dado tiempo a encontrar en la web del instituto según subía las escaleras.

—Esto no entra dentro de nuestro protocolo de actuación, pero Nicolás ha confirmado que usted es el novio de su tía Aura. —Emite un carraspeo al decir el nombre de Aura y trato de no marcar mi territorio—. Me temo que Nicolás ha sido expulsado definitivamente del instituto Galileo Galilei por ser el principal culpable de un ataque grave de bullying contra una de sus compañeras.

El director, que ni siquiera se ha presentado, comienza un alegato contra Nico que me deja sin palabras. Sabía que tenía algún problema en el instituto por una charla que tuve con Aura, pero no que era culpable de esto.

—¿Comprende la gravedad del asunto?

—Me gustaría ver todas las pruebas que tengan contra él.

—Ahora mismo está en la enfermería. Ha propiciado una pelea en la hora del recreo cuando un compañero le ha intentado parar los pies. —No me gusta nada el cariz que está tomando esta conversación y hay algo que no me huele bien.

—Repito, quiero ver las pruebas.

—Lamento decirle que no podrá ser. Solo los padres de Nicolás o Aura podrán verlas. Pero, vamos, que es la palabra de Nicolás contra un grupo de seis alumnos que han denunciado sus actos. Claudia Quintales lleva siendo acosada desde hace más de un año. —El director apoya sus manos en la mesa y se levanta enfrentándose a mí—. Usted conoce a Nicolás desde hace, ¿cuánto? Porque no me suena haberle visto en ningún partido o por las reuniones del AMPA.

—Puedo hacer una llamada y que la policía se encargue de la investigación sin ningún problema. Me gustaría llegar al fondo de la cuestión y, si es verdad que Nico es el instigador de todo, que caiga todo el peso de la ley sobre él.

Me levanto de la silla y también pongo mis manos sobre la mesa. Mi instinto nunca me falla y me está diciendo que aquí pasa algo que no me quiere decir.

—Comprendo la agravación específica de Nico por su edad en la comisión de delitos que se caracterizan por violencia, intimidación o peligro para sus compañeros.

La cara del director cambia mientras voy citándole el artículo de la «Ley reguladora de la responsabilidad penal de los menores». Mi padre se encargó de que me quedasen claros varios de los puntos de esta Ley del 2000, cuando fui un adolescente bastante estúpido.

—Además, Aura es abogada. Querrá que se solucione todo el problema con la Ley en la mano. Así que o me entregan a mí las pruebas como agente autorizado o esperan a que ella pida una orden judicial.

Acabo de tirarme un farol más grande que en las timbas de póker de mi padre. No muevo ni un músculo de mi cara, no aparto mis ojos de este imbécil que pronuncia el nombre de Aura con descaro y de una forma que no me termina de gustar.

—Puede ir en busca de Nicolás para llevarle a casa. Nos podremos en contacto con...

—No voy a salir de este despacho hasta que no me entregue todos los informes. Si le expulsan, tendrán que darnos formalmente por escrito los

expedientes.

Tarda más de media hora en darme todos los papeles y voy hasta la enfermería. Me encuentro a Nico sentado en una silla con la cabeza agachada. No puedo verle bien por su pelo.

—Nico, podemos irnos a casa.

—¿Por qué estás tú aquí? —No me mira al hablarme.

—Estoy aquí, eso debería ser suficiente.

—Sí, por supuesto, vas de salvador por el mundo con mi tía y te he puesto la oportunidad en bandeja para lucirte.

Comienza a caminar rápidamente tratando de alejarse de mí, pero le alcanzo en la entrada del instituto.

—Mira, Nico, sé que te hubiese gustado que fuese tu tía la que estuviese aquí, pero, tío, te ha tocado el madero que ha conseguido todo tu expediente. No voy a abrirlo, se lo voy a entregar a tu madre y a tu tía. —Le señalo mi coche—. Ahora te voy a llevar a casa de Aura y esperaremos a que salga de su reunión. Después os dejaré a solas.

—Por supuesto que no me gusta que precisamente tú estés aquí. Al menos no eres el barbudo que está con mi madre.

Me veo reflejado en este niño asustado que tengo delante. No quiero creer que Zoe haya educado a un maltratador, pero hay veces que los hijos de padres que abusan de ellos o de sus parejas, terminan siendo demasiado parecidos a ellos. Pero creo que Nico está bastante perdido ahora mismo y esta paliza que se ha llevado es para tapar algo más grande.

No hablamos durante el trayecto, Nico solo se remueve en el asiento y observa el coche. Me parece ver una sonrisa de satisfacción y de aprobación por el Camaro. Nos encontramos con un atasco en la entrada de Gran Vía.

—¿Te importa si pongo algo de música?

Obtengo un gruñido que tomo como una afirmación. Comienza a sonar una canción en el primer dial que encuentro con música.

«En mi cabeza (...) palabras de mis padres sin la noche en que al rozarte me cambió la vida... [38]».

—Marwan parece que está por todas partes. Mi hermana y mi madre están enamoradas de este tío. —Al menos la canción hace que hable.

—Ya sabes lo que son las casualidades.

—No existen. —Me mira de reojo—. Todo lo que hacemos tiene un

motivo.

—Pero hay momentos en la vida que se propician por algo que desconocemos y no podemos controlar.

—Todos nuestros actos tienen consecuencias. Ser imbécil y dejarte llevar por los abusos del instituto se acaba volviendo en tu contra, cuando decides plantarles cara de una vez por todas. —Golpea con sus dedos sus rodillas y me mira directamente a los ojos—. Aunque no creo que tú entiendas de lo que estoy hablando. Seguro que no te has saltado jamás un semáforo en ámbar.

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre, soy un adolescente.

Meto el coche en el parking que está cerca de casa de Aura y nos acercamos hasta el Luna Rossa, un napolitano en la calle San Bernardo. Conozco a uno de los camareros desde hace varios años y nos acomoda en una de las mesas más tranquilas.

No me creo que haya estado metida más de tres horas en esta reunión de un caso que no es mío, pero que necesitaban que hablase con la clienta para tener otro punto de vista.

—Aura, tienes un par de notas en tu despacho de llamadas.

—¿Algo urgente?

—Te ha llamado Leo, pero Marco me ha dicho que no te pasase ninguna llamada.

Voy a mi despacho a por el móvil y compruebo que tengo tres llamadas perdidas del instituto de Nico, cuatro de Leo y dos de Bosco. Cierro la puerta y siento cómo mi corazón da un pequeño vuelco: algo grave ha pasado.

Me presiono el puente de la nariz mientras el teléfono de Leo da tono, pero no me contesta.

—Joder, Leo, coge el teléfono.

—Hola, Aura.

—Leo, ¿qué ha pasado?

Solo escucho Nico y expulsión. Todo lo demás desaparece de la conversación. Dejo el teléfono con el manos libres encima de la mesa y me llevo la mano a la cara. Lo vi venir y no fui capaz de hacer nada.

—Estamos en Luna Rossa.

—¿El napolitano? —Antes de que me conteste estoy recogiendo todo lo que necesito para trabajar en casa.

—Sí. No te preocupes, estamos comiendo y aún no me ha clavado un tenedor en la mano.

—No eres tú quien debería estar ahí. Yo soy su tía y tú... —al decirlo me doy cuenta de cómo suena—. En breve estoy ahí.

Me tomo unos segundos antes de levantar la mano en la calle para pedir un taxi. ¿Cómo hemos estado todos tan ciegos? ¿Cómo ha llegado este momento en que mi sobrino, el que me mira siempre con una sonrisa, ha sido expulsado por *bullying*?

Pedimos un par de pizzas y esperamos pacientemente —y en un silencio bastante atronador— que Aura entre como un torbellino por la puerta.

—A mí también me han expulsado esta semana de la Academia. —No sé si así podré comenzar una conversación. Hablar de fútbol no me parece mejor idea.

—No hace falta que te inventes problemas.

—Ojalá me lo estuviese inventando, pero no soy de los que mienten. —Le doy un trago a mi cerveza—. ¿Recuerdas aquella mesa rota de la Finca?

—Sí, te pegaste con ese gilipollas que miraba a mi tía como si fuese un premio.

—Ahí tienes el motivo. —Trato de entablar un lazo con Nico, si me lo permite. Sé que, hablando de su tía, puedo conseguirlo.

—Tú no tendrías que haber sido expulsado. Ese imbécil se merecía más que un puñetazo. Escuché lo que dijo de mi tía y... —Suelta el aire por la nariz—. Nuestros actos nos acarrearán problemas aun cuando no es culpa nuestra.

—Pero tenemos que afrontarlos según nos vengan, asumir las consecuencias y ser fuertes para no atacar...

No soy capaz de acabar la frase. Me siento como un auténtico farsante tratando de decirle a Nico que hay que controlar los impulsos, poner la otra mejilla y sonreír a los enemigos.

—Mira, sé lo que debería decirte como adulto y como agente, pero sé lo complicado que es quedarse a un lado cuando las cosas te tocan de verdad. ¿Tú eres el responsable de todo lo que se dice en este expediente? —Golpeo la carpeta que está encima de la mesa.

—Pizza Lunna Rossa y la Lanzillota.

El camarero nos deja las pizzas en la mesa y pido una nueva ronda de bebidas. Necesito otra cerveza para seguir actuando como se supone que

actúa el novio de Aura con su sobrino.

Trato de llegar lo antes posible al restaurante, pero caminar con estos *stiletos* de zara y la falda de tubo, me impide ir todo lo rápido que quiero. Al frenar en un garaje de donde sale un coche, aprovecho a soltar un par de botones de la falda para tener un poco más de movimiento. Esta mañana al vestirme no me he dado cuenta de que con esta ropa parezco una azafata de *Emirates*.

Diez minutos después estoy a punto de caerme de bruces delante del napolitano, porque mi tacón se ha enganchado en una alcantarilla.

En la cristalera, justo delante de nuestra mesa, vemos a Aura saltando sobre una sola pierna tratando de sacar su zapato de suelo. Es como un pequeño baile que hipnotiza a un par de chicos que pasan a su lado. Uno de ellos le da la mano para que no se caigan y Aura sonríe agradecida mientras recoge su zapato de la mano del otro chico. No es su sonrisa de verdad. Esconde tanto detrás de ese movimiento de labios, que duele.

Observo cómo camina decidida hacia la puerta tras ponerse el zapato y respira profundamente al tomar entre sus dedos la barra para abrir la puerta. Cierra los ojos, mueve los labios, parece que trata de respirar, se traga un par de lágrimas que sé que está deseando soltar por la rabia, no por su debilidad. Está sosteniendo tanto peso sobre sus hombros estas semanas, que de un momento a otro creo que va a caer derrotada.

Sus tacones golpean el suelo nerviosa mientras uno de los camareros se acerca a ella, parece que no nos ha visto. Sus ojos se cruzan con los míos, esboza una pequeña sonrisa y suelta el aire retenido en sus pulmones. Nos señala y el camarero se acerca con ella hasta la mesa.

—Hola. —Al mirar a su sobrino se queda con la boca abierta y enseguida se arrodilla a su lado—. ¿Qué coñ... ¿Qué ha pasado, Nico? — Está intentando controlar su tono de voz.

—Pues que quise poner punto final a toda la mierda del colegio y la he cagado por completo, tía. —Nico se tira a los brazos de su tía y por primera vez llora soltando la rabia retenida.

Aura no dice nada más, cierra los ojos y abraza fuertemente a su sobrino. Las personas que nos rodean susurran mientras les observan. Escucho algún murmuro que no me gusta, pero no es ni el momento ni la

situación para ponerme en plan salvador del mundo.

—Nico, ¿qué ha pasado?

—No podía seguir así. Claudia lleva sin venir a clase toda la semana. Dicen que es porque está mala, pero sé que no es así. —Nico se separa de Aura y se sienta sobre sus pies en el suelo—. La semana pasada la sujetaron entre unas cuantas chicas, entre ellas la hija del director, con ayuda de los otros chicos y después del colegio la llevaron obligada hasta un parque. — Se le atragantan las palabras y sé el sentimiento de culpa que tiene ahora mismo—. La insultaron y le dieron patadas cuando una de ellas la tiró al suelo de un empujón. Les pedí que parasen, pero ni siquiera me escucharon. No me quedé, fui un maldito cobarde y me fui. Me quedé escondido hasta que se fueron. —Se tapa la cara avergonzado—. Me acerqué a Claudia, estaba sangrando, le di la mano para levantarse, pero la golpeó. Traté de ayudarla, pero era demasiado tarde. Yo fui uno de los que reían las gracias solo porque dejasen en paz a Laura.

Sé que nos están mirando y me da igual, no me importan ni sus opiniones ni sus prejuicios por estar arrodillados los dos en el suelo llorando.

—Hoy estaban hablando de ella. Diciendo que esperan que se suicide y así no tendrán que ver de nuevo su cara de rata en el colegio. —Tuerce los labios, se instala una mueca de dolor en su cara—. He intentado pararles, pero es muy tarde. Lo siento, tía, lo siento.

—Has sido un imbécil por no pedir ayuda antes o por no pararles los pies a tiempo. —Sujeto la cara de Nico entre mis manos—. Sé que querías proteger a tu hermana, pero no se puede permitir que acosen y ataquen a alguien sin denunciarlo. Me da igual si la hija del director del Instituto o el hijo del Presidente están metidos en esa mierda.

—No quería decepcionar a mamá y mucho menos a ti. —Nico no puede reprimir el llanto—. Desde que me contaste lo que te hicieron, intenté poner remedio, pero no ha sido suficiente. Me han echado por tratar de hacer algo bien.

Vuelve a abrazarme y no sé ni qué decir ni cómo actuar ahora mismo. Miro a Leo que nos observa preocupado. Menudo marrón se acaba de comer con Nico.

—Disculpe. —Aura llama al camarero—. ¿Puede prepararnos la comida para llevar?

—Sin problema, señorita. Ahora mismo.

—Nico, vamos a casa, comemos sin las miradas de curiosos, nos deshacemos de los tacones y de faldas mal elegidas demasiado pronto esta mañana.

—Yo me encargo de todo. Esperadme fuera. —Leo se hace cargo de la situación.

Aura y Nico salen a la calle abrazados. No sé de qué están hablando, pero cuando estoy recogiendo las cajas de las pizzas, ambos me están mirando. Nico afirma con la cabeza, Aura me mira y sonrío. No sé si es que Nico acaba de darme el visto bueno como novio de su tía o que me voy a quedar sin comer porque se han agenciado mi comida.

Cuando llegamos a casa meto las pizzas al horno mientras Aura se cambia de ropa y Nico se sienta jugueteando con el móvil. Escucho cómo algo se conecta a la barra de sonido y comienza a sonar la misma canción que se escuchaba en el hilo musical del restaurante.

—Me ha gustado lo que decía. —Nico deja el móvil en la mesa de madera de la cocina.

«Así partí hacia un largo viaje, lejos de los errores y las equivocaciones que cometí^[39]».

Carraspeo antes de decir nada.

Nico se da la vuelta y me mira.

—¿Crees que he decepcionado a mi tía para siempre?

—No, Nico. Has demostrado que eres valiente para frenar a unos abusones, aunque hayan ido a por ti. Tu tía te quiere y cree en ti. —Aura aparece en la cocina y nos observa en silencio—. Aunque pienses que es tarde y que el daño ya está hecho, ni tu tía ni tu madre te van a reprochar nada. Ellas te quieren sin condiciones, Nico.

—No saben hacerlo tampoco de otra manera. —Nico respira profundamente—. Me acuerdo hace cinco o seis años que destrocé esta mesa con un cúter. —Busca la hendidura que hay en el centro—. Pensé que mi tía iba a matarme. Es la mesa que hizo el abuelo cuando ella era pequeña y le encanta. Pero ¿sabes lo que me dijo? Que era una herida de guerra de la mesa, como la que tengo yo por culpa de mi padre. Dice que nos hacen especiales, cuentan una historia y demuestran que somos más fuertes de lo que podemos aparentar.

Aura se acerca a Nico y le abraza. Él la sujeta por la cintura sin

levantarse. Aura cierra los ojos, traga todo lo que le quema por dentro y toma una gran bocanada de aire para seguir aparentando su fuerza con su sobrino.

—Ahora vamos a comer un poco, que me voy a morir de inanición. Después pensamos cómo hablar con tu madre.

—Me va a matar. —Nico echa la cabeza para atrás.

—Claro que no. No te preocupes. —Le acaricia la cabeza y le besa.

Nico zapea hasta que encuentra una película de Transformers que deja de fondo mientras comemos. Ninguno dice nada. Nico devora parte de su pizza y de la mía, Aura juguetea con el borde y el queso sin comérselo, y yo solo puedo pensar en cómo se siente ahora mismo Aura.

Nico recoge los platos y los vasos cuando terminamos de comer. Nos prepara un par de cafés y nos los deja con cuidado en la mesa.

—Tía, ¿te importa si me echo en tu cama? Me duele un poco la cabeza.

—Claro, descansa antes de que venga tu madre en un par de horas.

—Te quiero. —Nico se agacha para besar a su tía.

—Yyo a ti, peque.

Nico no rechista ante este apelativo cariñoso, es más, se le dibuja una sonrisa. Se da la vuelta para ir al cuarto, pero antes de desaparecer en el pasillo se gira.

—Leo, muchas gracias por todo. Otro seguramente habría pasado de comerse el marrón del sobrino de su novia. —Levanta una ceja escéptico—. No eres como los otros imbéciles que han pasado por la vida de mi tía. Eres buena gente y me gusta cómo la miras. Gracias por lo que has hecho por mí y —al hablar mira a Aura— por lo que haces por ella. —Golpea la pared con la palma de su mano con suavidad, sonrío y se aleja nosotros.

Aura parece retener todo el aire hasta que escucha cómo su sobrino cierra la puerta y se desploma sobre su cama.

Apoya sus codos en las piernas, se mantiene en silencio. Sus manos se entrelazan en su nuca, no dice una sola palabra. Solo puedo escuchar su respiración que se va ralentizando segundo a segundo.

—Si estimas oportuno este momento para echar a correr y no mirar atrás, no te lo podría reprochar jamás. —Aura no me mira—. No creo que puedas resistir mucho más drama en tan poco tiempo. Yo estoy a punto de colapsar de un ataque o de un infarto. —Deja caer todo su cuerpo contra el

respaldo del sofá llevándose una mano al pecho.

—Sí, me acabo el café, paso el resto de mi vida contigo y si eso, ya me voy. —Paso mi mano por sus hombros y me pego a ella—. No me voy a mover de tu lado.

—¿De verdad que puedes superar una cuñada con un ex hijo de puta, una novia con orden de alejamiento que está como una cabra, una amiga con cáncer y un sobrino expulsado por bullying? Soy un puto cliché de película lacrimógena. —Esconde su cara en mi cuello—. Tu olor me tranquiliza.

—Necesitas esa cala de Almería con extrema urgencia.

—Mañana me he cogido fiesta ya hasta el lunes de la semana siguiente. Tengo trabajo que hacer, pero puedo tomarme unos días mientras me investigan ciertos asuntos turbios del ex.

—Entonces mañana yo prepararé un buen café con unas tortitas y tú te desperezas desnuda entre las sábanas. Mientras la masa reposa, volveré a besarte hasta que la cafetera pite o se desborde, en eso ya nos pondremos de acuerdo.

Siento cómo se curvan los labios de Leo y es una sensación tan jodidamente perfecta, que me empieza a dar miedo que se acabe. Sé que me lo promete y que me acaba de decir que, hasta el fin de los días, pero con tantas cosas sobrevolando nuestras cabezas, espero el golpe certero que dé con todo al traste.

—¿Tomo tu silencio como un no?

Mierda, me he ido con mis miedos de viaje.

—He reseteado el cerebro. —Me aparto suavemente de él para poder mirarle—. No, mentira. Estaba pensando en otra cosa. —Mentir no es una opción, pero ocultar la mierda que se me ha venido a la cabeza sí.

—Tengo el expediente de Nico y me temo que hay un conflicto de intereses demasiado grande en este tema. Yo si quieres puedo pasárselo a unos colegas Nacionales.

—Yo no soy su madre. Zoe será la que hable con él y decidirá qué hacer.

Nos quedamos en silencio unos minutos sin saber muy bien qué decir, mientras nos terminamos el café.

Me levanto para meter las tazas en el lavavajillas y Leo camina por el salón. Le veo cómo observa la estantería donde tengo libros y revistas de hace demasiados meses. Siempre las compro cuando salen, pero suele pasar mucho

tiempo hasta que me pongo al día con ellas.

—¿Algún día me mirarás como le miras a él?

Veo que tiene una copia de la versión inglesa de «*Chocolat*» de Joanne Harris en una mano, y en la otra sostiene la fotografía en la que salimos Mario y yo en el mercado de Camden, allá por 2008. Recuerdo perfectamente aquel día y lo enamorada que estaba de él. Le hice elegir un futuro en el que yo no tenía cabida.

—Te miro de otra manera, Leo. Ni mejor ni peor, solo diferente. No se puede amar a dos personas igual en esta vida. Lo que tuve con él fue bueno, lo que tengo contigo ha traspasado todo lo que pensaba que no serías capaz. —Le quito la fotografía de la mano y la vuelvo a meter en el libro para dejarlo en su sitio—. Solo quédate con un detalle, Leo. Él fue, tú eres.

—¿Y seré? —Sus dedos recorren mi cuello y este simple e inocente gesto me hace temblar.

—Eres, eso es lo importante ahora mismo. Dejemos de hacer planes y disfrutemos de estas minivacaciones. En dos semanas todo se complicará con la operación de Raquel. Entonces haré los planes pertinentes. Seamos salvajemente irracionales durante unos días.

En otra vida

Estoy desnuda. Me retuerzo. Recorro mi cuerpo recordando cada una de sus caricias. Aprieto las piernas y me muerdo el labio inferior. Sigo sintiendo sus manos calientes deslizándose por mi cuerpo. Sus labios recorriendo cada uno de los huecos de mi piel. Leo no ha dejado ni un rincón por lamer y/o besar esta noche.

El olor a café hace que mi cuerpo se desperece.

Busco a Leo a mi lado con las manos, pero no está.

Aura, ese olor no viene de la nada.

Al acostarnos me preguntó sobre la foto, quería saber dónde era, cómo era él entonces y cómo sentía yo en aquel momento.

—¿Cómo es Mario?

—Pues era un chico muy guapo. —Recuerdo su forma de mirarme y me hace sonreír—. Se metían con él por tener un diastema. Tener los dientes separados no estaba de moda como ahora. Vino de Barcelona a Madrid y nos conocimos en la biblioteca.

Me quedo unos segundos en silencio porque no tengo demasiado claro si esto a Leo le va a doler o no.

—Puedes seguir hablando. No voy a tener celos de un chico que decidió poner un Océano entre los dos y perderte. ¿Eráis felices?

—Mucho. —No tardo ni un microsegundo en darle mi respuesta—. Fue una época que recuerdo con mucho cariño. En esa foto todo fue un maldito desastre. Nos perdieron la maleta, el alojamiento era terrible, no pudimos dormir, nos robaron en Hyde Park, no paró de llover en los tres días y Mario estaba con fiebre. —Levanto los hombros y recuerdo el sonido de su sonrisa—. Los dos tenéis mucho en común.

—Mis dientes no están separados. —Leo tira de sarcasmo sin casi

percatarse.

—Los dos habéis conseguido hacerme sonreír en los peores momentos, me habéis hecho creer y me he enamorado perdidamente de vosotros. —Busco sus manos que juguetean nerviosas con la sábana—. Sí, éramos felices, pero supongo que, si era algo para siempre, él habría pedido que no le trasladasen o yo habría seguido sus pasos hasta Canadá.

Durante unos segundos no se escucha casi nuestra respiración.

—¿Cómo era ella?

—¿Ella? —Me mira extrañado.

—La imbécil que no quiso casarse contigo.

Vale, puede que lo de imbécil podría haberlo cambiado por estúpida, gilipollas o mujer, pero tampoco sé los motivos ni cómo era su relación.

—Perdón. La mujer que no quiso casarse contigo. ¿Eráis felices?

—Yo sí. —La sonrisa que tiene se desdibuja poco a poco—. Ella no. Teníamos planes de futuro, hijos, una casa adosada en Boadilla con piscina, barbacoas los domingos... —Carraspea y parece que se da cuenta de algo después de tantos años. Arquea las cejas y niega con la cabeza—. Barbacoas lejos de mi familia, vacaciones recorriendo el mundo: Bali, Maldivas, Dubai... Sin perros, era alérgica.

—No parece una chica para ti. —Me arrodillo delante de él y le sujeto por la barbilla—. Me alegro de que haya sido tan imbécil de dejarte escapar por sus delirios de grandeza. Yo no necesito un adosado, me encanta mi piso; las barbacoas de los sábados de tu padre encajan a la perfección con nuestros domingos de paella. —Ladeo la cabeza y busco sus ojos—. No soy alérgica a nada y tengo ganas de dibujar mi mapa contigo, Leo. Muchas ganas.

No se lo he reconocido, no quiero que se lo tenga demasiado creído, pero le miro a él de una forma muy distinta que a Mario en la foto. Entonces solo necesitaba que me quisiesen tal como era. Con Leo todo es muy diferente: él se ha enamorado incluso de mis problemas y de ciertos *desastres* que siguen persiguiéndome.

—*Buongiorno, principessa*. —Leo aparece vestido solo con un pantalón de pijama y una bandeja—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, la verdad. Ha sido la primera noche de esta semana que no me he despertado ni una sola vez.

—Me alegro, porque este fin de semana me temo que no podrás descansar mucho. Las niñas no te lo van a permitir. Te van a hacer mil millones de preguntas. —Deja la bandeja en la cama y se sienta—. Van a querer saber todo sobre ti. Mi padre también te va a volver loca y su novia también. —Se pasa nervioso la mano por la boca—. Si te pregunta por tu vida sexual, no te preocupes en exceso. Es sexóloga. Olga, mi hermana, te pido perdón por lo que sea que diga. Mi hermano pequeño Víctor, se supone que está Pamplona estudiando, pero mi hermana le habrá comunicado que llevo a mi novia y perderá el culo por estar en casa.

Suelta todo casi sin respirar, sus ojos están muy abiertos y yo no puedo evitar reírme de esta situación. Se levanta de la cama y camina hecho un manojo de nervios.

—¿Y si te caen mal?

—Leo. —Me levanto de la cama con cuidado de no tirar la bandeja—. No me caerán mal. Sois familia y si tú... —Lo pienso mejor—. Por la relación que me has contado que tienes con ellos, me vale. Y esas barbacoas familiares dicen mucho. Así que no te preocupes. Trataré de ser lo más políticamente correcta. Quiero gustarle a tu familia.

—Aura, quiero que siempre seas tú. No me cabe ninguna duda de que te van a adorar. —Sus manos se sitúan a ambos lados de mi cadera y me pega a él—. Vamos a tener que hablar de esto de andar desnuda este fin de semana. Mis sobrinas entran sin llamar y les da igual cómo estés.

—Me pondré ropa, lo prometo.

—No traigo nada más que café en esa bandeja y podemos calentarlo después.

Acepto su invitación indecorosa quitándole el pantalón. Él es lo mejor que puedo meterme a estas horas entre pecho y rodillas. No, entre pecho y espalda es el dicho. ¿No?

Me despierta mucho más que el primer café. Y eso que soy adicta a la cafeína, pero es que Leo, sus manos, sus piernas, su todo, consigue hacerme bizquear los ojos de placer.

Sí, bizqueo ~~cuando me corre~~ cuando tengo un orgasmo.

Otra familia

Zoe llama a las once y media de la mañana. Aura sale corriendo al salón tropezándose con las sábanas, cayendo al suelo y reptando como si estuviese en el ejército en una prueba. Ayer cuando recogió a Nico parecía estar tranquila, algo decepcionada y con la preocupación lógica por la expulsión y las posibles consecuencias.

—¿No prefieres que vayamos? No, la barbacoa es... Zoe, pero... Vale, de acuerdo. Llámame en cuanto... No, joder, no soy pesada. Que sí, coño, que voy a desconectar, pero el móvil no pienso ponerlo en modo avión. No. —Aura camina por el salón desnuda peleándose con su hermana—. Sí, vale. Ahora llamo a Raquel. No creo, Zoe. JJ no estará con... ¿Cómo?

Aura me mira con la boca abierta, levanta una mano en el aire y niega con la cabeza. Comienza a hablar en clave con su hermana y no me entero de nada. Eso no lo enseñan en la Academia. Se sienta en el sofá y sigue con las claves. Decido poner dos cafés y meterme a la ducha.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No lo sé. Ayer Juanjo llamó después de las pruebas y se fueron a comer mientras yo recogía a Nico. Y hoy se ha despertado en su casa. —Zoe habla bajo, parece que mis padres están cerca.

—Ahora hablo con ella.

—No, Juanjo se la ha llevado al *The Organic Spa*. Que se van a hacer un tratamiento los dos.

—Me imagino a JJ con dos pepinos en los ojos y a Raquel asqueada comiéndoselos.

Las dos nos quedamos en silencio imaginándonoslo y sé que ambas sonreímos porque le va a venir de lujo a Raquel.

—¿Y Nico cómo...

—No vamos a hablar de nada de eso hasta que vuelvas la semana que viene, Aura. Empiezan hoy esas pequeñas vacaciones tan merecidas. Desconecta, no te lles trabajo y no metas demasiada ropa en la maleta. —

Susurra divertida—. No vas a necesitarla, vas a estar los cuatro días desnuda con Leo entre las piernas y disfrutado de esa promesa que te hizo aquel día llegando a casa.

—No es mal plan.

—Qué envidia me das, petarda.

Termino la llamada de mi hermana anotando en la agenda lo que tenemos pendiente para la primera boda del año a finales de mes.

—Acábate el café, prepárate y haz la maleta. Tengo que ir a recoger unas cosas aquí cerca que me acaba de pedir mi hermana. Nos vemos en el portal en dos horas. —Leo me besa y minutos después sale por la puerta casi corriendo.

Me quedo delante de la maleta abierta llena a reventar. No sé en qué estoy pensando para meter unas botas de monte. Si es que aún tienen la etiqueta desde las rebajas de invierno del año pasado.

La vacío.

La vuelvo a llenar hasta los topes.

Vuelvo a vaciarla.

Bikinis, un par de vestidos, un vaquero, tres camisetas, un par de sandalias y unas deportivas. No sé qué tiempo hace en Almería en esta época.

Observo la maleta.

Hay demasiado hueco.

Metó un par de *porsiacasos*.

Me voy corriendo a la ducha y a la vuelta meto el neceser. No entra. Saco uno de los *porsiacasos*: un chubasquero. ¿Dónde me creo que voy? Me descoloca no controlarlo todo en un viaje.

Leo

Llego en diez minutos.

Te espero en carga y descarga.

Creo que me he dejado el cargador en el baño. ¿Me lo bajas?

Gracias, preciosa.

Termino de recoger todo. En una bolsa de deporte meto el portátil, un libro, los cargadores, el Kindle, unos informes y la cámara. Creo que no me dejo nada.

Aura, en Almería hay supermercados y tiendas. No entra nada más en la maleta.

Cuando llego a la calle del piso, veo a Aura con las gafas de sol apoyada en la pared del portal. Aparco justo delante y observo los bultos que tiene al lado.

—No, no me juzgues. He vaciado la maleta dos veces y seguro que no he metido algo importante. Lo de la furgoneta era algo así como bucólico tipo foto de Pinterest, ¿verdad?

—¿Cómo? —No sé a qué se refiere.

—Que lo de la furgo es verdad. —Frunce los labios—. Vale, como posturoo instagramil me parece cojonudo, pero no tengo yo muy claro que mi espalda aguante eso.

—Te va a encantar mi furgo. La compré con mi primer sueldo y la he ido arreglando con mis manitas. —Meto las maletas en la parte de atrás del coche.

—Mmm, lleno de aceite y sudoroso. ¿De dónde te has escapado, Leo? Si es que eres una jodida fantasía sexual, joder. —Eleva un poco el tono de voz y unos turistas japoneses nos miran sorprendidos—. Entre esa cara que tienes, ese cuerpo que te has currado, esa boca... —Me sujeta de los labios apretándolos—. Asaltas blindados, proteges perretes y seguro que hasta sabes decir palabras en bosnio.

—Volim te.

—¿Qué?

—Es te quiero en bosnio.

—¿Ves? Que si algún ente o ser divino ha decidido poner a semejante tío en mi vida —al decirlo Aura me agarra de la mano—, que no se le pase por la cabeza hacerle desaparecer. ¿Entendido? —Mira al cielo y veo a los japoneses acelerando el paso para huir de Aura.

—Estás loca, pequeña.

Me hace sonreír la forma que tiene de demostrarme lo mucho que le gusto. Le da igual que estemos en medio de la calle, que nos miren algunos viandantes o vecinos cotillas detrás de las cortinas, es demasiado especial.

Me monto en el coche tras comerme casi a Leo con uno de esos besos de manual *d'amore*: caricia en la espalda por debajo de la camiseta, labio contra labio, suave, lento, como si fuese el primer beso, roce en la nariz, sentir el aliento fresco de Leo...

Sus ganas.

Y las mías.

—Será mejor que te metas en el coche —Leo habla cerca de mis labios y me hace cosquillas—. No respondo de mis actos si me sigues besando así.

—Pues tendrás que controlarte el resto de tu vida, porque no pienso dejar de besarte así nunca, Leo. —Vuelvo a sus labios y tiro del inferior antes de separarme de él—. Nunca.

Doy la vuelta al coche y de reojo le veo sonriendo. Él me deja sin aliento muchas veces, pero yo consigo hacer que sonría de esa forma tan auténtica que tiene.

El trayecto hasta Valverde de los Arroyos son casi dos horas. Dos perfectas y largas horas para ponerme nerviosa, para que mi estómago se encoja, gire, dé vueltas y se apriete tanto como para tener que pedirle a Leo que pare en una estación de servicio una hora después de salir.

Él aprovecha para echar gasolina mientras yo entro en la tienda. A los minutos veo cómo me observa mientras busco algo que meterme al cuerpo en la estantería de dulces.

—Tus polvos no me han dejado desayunar. No me juzgues, Leo. —Entre las manos llevo un par de paquetes de regalices y chocolate—. Tendremos que encargarnos más tarde de que esto no se me vaya al culo. —Me doy un azote que resuena por la tienda y hace que las tres personas que están en la cola para pagar me miren—. Vale, tengo que empezar a dejar de hacer estas cosas. Un día te voy a meter en problemas.

—Aura, me metí en problemas en La Latina cuando tus ojos se cruzaron con los míos.

Vale, Leo gana con el tema de las frasecitas *bajabragas*, sube calores y apaga cerebros. Me voy a la cola para pagar y Leo se pega a mí, me aparta el pelo y comienza a susurrarme al oído.

—Que si tengo que hacer que te corras seis veces esta noche para que no quede rastro de ese chocolate en tu cuerpo, yo no opongo ningún tipo de resistencia. —Mete su mano por dentro de mi camiseta—. Me gusta cómo tu cuerpo responde a mi tacto, cómo se eriza tu piel si beso tu estómago —todo

lo que me está susurrando, lo está haciendo con sus dedos—, cómo cierras las piernas si mi mano baja por tu ombligo. —Sus dedos rozan por dentro mi ropa interior.

—Me voy a ver en la obligación de mandar a la mierda la poca cordura que me queda y nos detendrán por escándalo público, porque me va a dar igual quién nos mire, Leo. —Se lo susurro o al menos lo intento.

—Eres demasiado peligrosa para mí, Aura. Me haces cometer locuras. — Leo le muestra al cajero los paquetes—. Esto y el surtidor tres. Lo que sobre, para el bote. —Deja un billete de cincuenta en el mostrador para una cuenta de no más de treinta euros—. Tenemos que irnos. Es algo de vida o muerte.

Leo tira de mi mano y yo afirmo con el gesto más serio de mi repertorio tratando de no poner los ojos en blanco.

Nos montamos en el coche entre sonrisas. Leo sale de la gasolinera acelerando y buscando algo en la carretera, una señal o el radar que nos va a multar.

Cinco minutos después está parando el coche en una zona lo bastante alejada de la carretera y cubierta por una gran arboleda.

—¿Una fantasía?

—Tú eres mi jodida fantasía, Aura.

No me hubiese imaginado nunca hacer esto: montármelo con una mujer como Aura en mi coche y con Metallica y su [Whiskey in the Jar](#) de fondo. No es fácil, sé que no va a ser dulce y con cuidado. Lo que estamos haciendo es un acto carnal. Necesitamos sentirnos, tocarnos, lamernos y mordernos. Aura se deshace de sus vaqueros, de su ropa interior y se sienta a horcajadas sobre mí. Ya me he deshecho de la misma ropa que ella. Echo el asiento hasta atrás y reconozco que no es sencillo, no somos la típica pareja que sabe lo que hace y que tiene todo coreografiado. Aura prieta el claxon con su culo, yo me agarro al freno de mano tratando de moverme, el coche se mueve; Aura se ríe nerviosa, me excita. Me besa, me introduzco en ella, se mueve, no deja de besarme, con mi mano busco su pecho oculto bajo la camiseta, lo acaricio, tiro de uno de sus pezones, gime, le respondo con otro gemido...

Empañamos los cristales del coche, mi mano termina deslizándose por la ventanilla, mientras mis dedos se clavan en el culo de Aura cuando mi pelvis se pega por completo a la suya. El sonido de sus gemidos hace que

siga excitándome y comience a perder de vista llegar a casa de mi padre.

Tres horas y media después de salir del piso de Aura, llegamos a Valverde. Hace demasiado que no vengo, pero todo está como siempre. En la plaza de María Cristina un camión recoge lo que supongo que habrán sido escenarios de las últimas fiestas. Mi plan hace unos meses era venir a las fiestas de la Octava del Corpus, pero coincidían con el fin de semana en el que le hice la cena a Aura. Prefería estar con ella a venir a unas fiestas de las que ya no me siento parte. Aparco mi coche delante de la casa. Aura aprieta sus dedos sobre las rodillas y se muerde los labios.

—¿Nerviosa?

Escuchamos a varias personas que suben las escaleras con comida. Son los compañeros de mi padre y una de sus mujeres.

—Sé que va a haber mucha gente, pero es un fin de semana especial, es una barbacoa especial.

—¿Especial? —Se muerde el labio por dentro y ladea la cabeza.

—Mañana es el aniversario de la muerte de mi madre.

Joder. ¿Leo no tenía otro fin de semana para venir con su nueva novia, que no fuese el del aniversario de la muerte de su madre?

—Mira quién se digna a aparecer por casa. ¿Has olido el asado de papá o es que te has perdido?

Una chica aparece a nuestro lado. Leo y yo salimos del coche, él murmura algo que no puedo entender y se funde en un abrazo largo que me hace sonreír.

—¿Esta es la preciosidad que ha conseguido que el tarugo de mi hermano por fin quiera sentar cabeza? —Olga aprieta la boca de Leo.

—Bueno, tal vez después de este fin de semana me abandone por tu boca. ¿Vas a enseñarle mis fotos de reno en la obra de Navidad o la que salgo en pelotas corriendo por la nieve?

—A mí me interesa mucho la de reno.

Un chico exactamente igual a Leo baja las escaleras de tres en tres y se lanza contra la espalda de su hermano. Sí, son idénticos. Lo que es la genética. ¡Sí, señor!

—Preséntame a tu novia, ¿no?

—Víctor, ella es Aura. Todo lo que digas puede ser usado contra ti en un tribunal, así que mantén tu boca bien cerrada este fin de semana.

Víctor se acerca a mí. Camina decidido, con un punto de chulería y

desborda seguridad. Su sonrisa es como la de Leo y al mirar a Olga compruebo que es algo de los Ramírez: las tres son amplias y sinceras. Se estira las mangas de la camisa, me mira como si fuese una vaca sagrada en la India esperando a que, no sé, me saquen en procesión. Ladea la cabeza para ver a sus hermanos, se apoya a mi lado en el coche y aprieta los labios afirmando con la cabeza.

—¿Qué has visto tú en un tarado como ese? —lo susurra muy cerca de mí.

—Es tu hermano, sabrás cuáles son sus virtudes.

—Y también sus defectos, por eso realizo de nuevo mi pregunta. —Me da suavemente en el brazo con su codo—. No me mientas. Estudio Criminología y Derecho. Tengo bien calados a los mentirosos.

—Una pena. —Le miro tratando de controlar la sonrisa que se me dibuja—. Soy abogada y ya sabes cómo somos: jugamos con la verdad para amoldarla a nuestro antojo.

—Hermanito, guapa, con una sonrisa impresionante y abogada. ¿Qué has hecho para merecértela?

—Aún me lo sigo preguntando, Víctor.

—Vamos dentro, que papá tiene muchas ganas de ver a su hijo pródigo, el único que quiso seguir sus pasos salvando al mundo fusil en mano. —Olga me hace un gesto con las manos—. Vamos, Aura, que te enseñe vuestra habitación y aprovecho para buscar la foto del reno.

Mi hermana agarra a Aura de la mano mientras me pide con su fabulosa amabilidad que saque las bolsas del coche. Aura me mira antes de cruzar el umbral creo que con ganas de disfrutar mucho de estos días en casa. Espero que se sienta así, de la misma forma que yo me sentí en la Finca.

—Así que esta es la chica que ha conseguido que mi hermano deje atrás todos sus prejuicios sobre encontrar pareja en un bar de noche. —Víctor coge las bolsas.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes exámenes o alguna fiesta a la que ir o avión que coger?

—¿Y perderme a la única chica que has traído a casa desde Irene? Ni de coña me lo pierdo. —Pasa su mano libre por mi hombro—. Echaba de menos todo. Entre una cosa y otra, llevo meses sin venir. Es el aniversario de mamá.

Subir las escaleras de la parte delantera de la casa me trae muchos

recuerdos. Aquí he sido muy feliz, mi padre se ha encargado siempre de ello. Esta puerta, hasta hace unos años, siempre ha estado abierta para amigos, familia y personas que han necesitado un hogar para descansar y refugiarse de su dolor. Poner un pie dentro de la casa, ver las fotos, los cuadros que pintaba mi madre, el olor a bizcocho de nueces de mi hermana y el sonido de las risas de mis sobrinas nos hace quedarnos en silencio unos segundos.

—Chicas, ahí están vuestros tíos. —Nuestro cuñado Rodrigo aparece con las niñas.

—Tíos.

Las dos salen corriendo y se van tropezando por el pasillo entre ellas por ser la primera en llegar. Creo que hasta Violeta le hace un pequeño placaje a Virginia para llegar la primera. Las dos saltan en brazos de Víctor, como siempre.

—Tío, no puedes tardar tanto en volver. Se nos va a olvidar tu cara, como la del tío Leo, que ya no nos acordamos de cómo es.

Vale, esto es cosa de mi hermana. Las dos me miran de reojo y se ríen.

—Bueno, pues como no me conocéis, me voy a subir a mi cuarto a dormir hasta que me vaya el domingo.

Hago un amago de irme, pero Violeta se lanza a mis brazos y Virginia hace lo mismo unos segundos después. Ya tienen siete años y no es tan fácil cogerlas como cuando nacieron, que era dos monitos que cabían entre mis brazos.

—¿Dónde está? —Violeta me acaricia la barba.

—¿Quién? —Miedo me dan las preguntas.

—Mira, tiene que ser ella. —Virginia señala detrás de mí y a las dos se les abren mucho los ojos.

Al girarme veo a Aura bajando las escaleras con mi hermana. Está sonriendo y es como si esta imagen no me descuadrara. Me explico. Hay veces que ves a personas en tus sitios y no encajan, pero eso no pasa con Aura. Es como si toda la vida hubiese bajado esas escaleras con mi hermana susurrándose confidencias.

—¿Es una princesa? —Violeta tira de mi barba.

—Claro que lo es. ¿No te has fijado? Se parece a Bella.

Las dos miran a Aura, se miran entre ellas y fijan su vista en mí de nuevo.

—Entonces el tío es la Bestia.

—¿Cómo? —Estas niñas me sorprenden.

—Pero cuando se convierte en príncipe por el beso de amor verdadero. La peli mola mucho: es ella la que le salva a él. Las niñas somos fuertes y salvamos a príncipes en apuros. —Virginia saca bola con el brazo y su hermana afirma con la cabeza.

—Somos listas, somos buenas, somos fuertes, somos importantes y somos libres. —Las dos se ayudan a terminar la frase.

—¿Cómo podéis ser tan listas siendo tan pequeñas?

—Pequeñas no. Somos unas jovencitas que vamos a reventar el mundo con nuestras ideas. —Las dos miran a su madre que está quieta al lado de Aura en las escaleras.

Ver a Leo con sus sobrinas en brazos es algo así como un orgasmo mental que sacude todo mi cuerpo. Un tío con bebés o cachorros en los brazos es algo que me ha atraído siempre. Si encima ese tío es Leo, pues apaga y vámonos.

—Chicas, ella es Aura, mi novia.

Las niñas le susurran algo al oído y Leo las deja en el suelo. Se acercan lentamente a mí mientras bajo las cuatro escaleras que me separan de ellas.

—¿Podemos hablar contigo un momento?

—Niñas. —Olga reprueba un poco la actuación de sus hijas, pero sé que se está divirtiendo. Tiene la misma sonrisa perversa pero encantadora de su hermano.

—Solo queremos hablar con ella a solas un momento.

—Por supuesto.

Camino detrás de las niñas mientras miro a Leo escondiendo una sonrisa. Las dos son rubias con los ojos azules y llevan un moño alto despeinado. Van vestidas completamente diferentes: una lleva un vestido de rayas marineras con unas *Converse* blancas; la otra unos vaqueros con una camiseta de Los Ramones.

—Por aquí, por favor.

Abren una puerta que da a una pequeña sala en la que hay un tipi abierto, una alfombra de pelo marrón, dos sofás, un montón de libros infantiles y una cuna, con una gran cristalera que da al jardín.

—¿Podemos hacerte unas preguntas? —Una de las niñas se sienta en la alfombra y me señala el suelo a su lado.

—Claro. —Me acomodo y observo sus reacciones.

—¿Te gustan los niños?

—Sí.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor.

—¿Dónde vives?

—En un piso en el centro de Madrid.

—Hala. —Las dos abren la boca y suspiran—. Nos gusta mucho Madrid, pero a papá le parece una ciudad demasiado grande y sucia.

—¿Cuántos novios has tenido?

La entrevista para entrar en la familia se está poniendo interesante.

—No muchos.

—Define *no muchos*.

—Dos.

—¿Qué llevas siempre en tu bolso?

—Cacao, mi móvil y un paquete de caramelos.

—¿Qué harías si nos quedásemos un sábado contigo?

—Sesión de belleza con mascarilla en la cara, nos haríamos las uñas, un baño en la piscina, un cóctel de fruta y pizza casera para comer. A la tarde una sesión de películas *Disney* y chuches.

Las dos me miran con la boca abierta y salen corriendo a la puerta. Les oigo gritar buscando a sus padres.

—Papá, mamá, el fin de semana que viene nos vamos con los tíos a casa de Aura, que tiene piscina y vamos a hacer sesión de belleza.

Me tumbo en el suelo. He caído en una emboscada de dos mocosas sin verlo venir.

—¿Te estás intentando ganar a mis sobrinas con tácticas que yo no puedo usar? —La cara de Leo aparece sobre mí.

—Ha sido una encerrona, lo juro. ¿Solo tienen siete años? Porque a estas las pongo delante de un empresario corrupto y canta en menos de diez minutos.

—Vamos, el resto de la familia se mueren por conocerte. —Hace un gesto con la cabeza señalando el exterior.

Al levantarme veo a cuatro hombres alrededor de una barbacoa que saludan con una cerveza en la mano, un chico joven con un bebé en brazos y un par de mujeres que no dejan de mirarnos.

—Sonríe y camina, es sencillo. Te van a atosigar con muchísimas preguntas, defecto de profesión.

—¿Son todos del cuerpo?

—Sí, menos mi cuñado que es ingeniero de caminos y mi hermana que es diseñadora gráfica.

Tomo una gran bocanada de aire y me dejo llevar de la mano de Leo. La aprieta y la pega a su cuerpo, parece que está igual de nervioso que yo. Me fijo en el chico que está con el bebé que nos sonrío y se acerca a nosotros.

—Ese es mi cuñado. Y el niño que trae en brazos es Miguel, mi sobrino pequeño.

—Joder tu hermana, menudo maridazo tiene.

Este es el típico cuñado que sí, con el que sí quieres compartir una comida familiar, una charla, un viaje de fin de semana, un domingo al sol en la Finca sin camiseta, sin ropa, sin... *Aura, no cortocircuites tan rápido delante de toda la familia.*

—¿Tú eres la que se va a llevar a mis hijas a un día de fantasía? —El cuñado se acerca como si fuese una estrella de Hollywood y hasta parece que tiene flashes alrededor. Ladeo la cabeza y trago saliva. Se me ha quedado la boca seca.

—Tus hijas me han engañado.

—Ahora no te puedes echar atrás, esas pequeñas terremotos no olvidan nada y seguro que lo han marcado ya en el calendario de la cocina. Soy Rodrigo. —Me da un par de besos.

—Yo creo que no necesito presentación. Me parece que ya me habéis investigado.

Me quedo en silencio y Rodrigo está buscando una excusa, Leo está reprimiendo una sonrisa y las pequeñas manos de Miguel rompen el momento.

—Sí, esto son tetas, pero no te van a dar de comer, pequeño. —Cojo al niño que está intentando trepar por mi cuello.

—Tienes un imán. No suele atacar a desconocidas.

—Hola, Leo.

Una voz profunda suena detrás de nosotros. Leo se funde en un abrazo con un hombre de mediana edad, atractivo y con una sonrisa que... Vale, Ramírez padre.

—Se te ve bien, hijo.

—A ti también, papá. Por lo que veo has acabado de montar la barbacoa.

Se quedan unos segundos en silencio y el padre le aprieta el hombro. Leo responde con una sonrisa.

—Papá, esta es Aura. Aura, este es mi padre, Isaac.

—Encantado, Aura. —Estira su mano y yo le planto dos besos.

—Perdón. Todo el tema de protocolo de besos no lo llevo demasiado bien. Si alguien me da la mano, yo doy besos o al revés. He tocado más

paquetes así que los de Correos.

Y lo suelto todo con un bebé en brazos y una sonrisa tratando de ocultar mi boca. Soy imbécil bajo presión.

Aura pone los ojos en blanco y mi padre se aleja de nosotros para volver a los segundos con una cerveza en la mano.

—Por tu naturalidad. —Le entrega un botellín—. No la pierdas nunca, pequeña. —Brinda con ella y sonrío—. Lo has hecho bien, hijo, ahora no la cagues como siempre.

Mi padre se aleja y se lleva a Rodrigo con él. Aura juguetea con Miguel en brazos y sé que está conteniéndose.

—Leo, cariño, ¿cómo estás?

Ana, la novia de mi padre aparece con unos cuencos de lo que parece hummus verde en las manos. Los deja en una mesa y se acerca para abrazarme. Lleva en la familia más de diez años. Conoció a mi padre en terapia emocional, una mierda —así lo llamó él— a la que le apuntó mi hermana después de dos años encerrado en su trabajo. Ana había perdido a uno de sus hijos de cáncer y los dos empezaron a charlar más allá de sus penas, para quedar a cenar de vez en cuando, hacer un par de viajes y conseguir que mi padre volviese a ser él. Esperaron mucho a ser oficialmente pareja porque mi padre, a día de hoy, sigue enamorado de mi madre. Cosa que Ana comprende totalmente.

—Cariño, qué guapo estás.

Ana siempre nos ha tratado con mucho amor y mucho respeto. Nos dio nuestro espacio y esperó a que nosotros estuviésemos listos para darle la bienvenida a la familia. Reconozco que al principio fue extraño, me jodía verla, pero no por ella, era por no ver a nuestra madre.

—Ana, tú estás preciosa, como siempre.

—El buen sexo, Leo. Un sexo perfecto y sanador.

Ana entra fuerte y veo cómo a Aura se le escapa la carcajada que lleva conteniendo un buen rato.

—Tú debes de ser Aura. —La mira fijamente a los ojos, sonrío y confirma con la cabeza—. Tú también brillas por el buen sexo. Bien hecho, cariño.

Ana me da una palmadita en la espalda.

Y yo pensaba que mi familia estaba fatal, que mi madre era una tarada

cuando se lo proponía y que mi padre era especial; pero la familia de Leo se lleva la palma en todo. Me encanta, por una vez, no soy la única con la familia extraña. Sé que en mi cara hay una sonrisa de plena satisfacción.

—Te diviertes mientras me avergüenzan.

—Absolutamente.

—Qué bonito, Aura. —Trata de parecer enfadado.

—Leo, las familias son especialistas en avergonzarnos, pero me alegro mucho de que me hayas invitado. Si ya me había enamorado de ti, este fin de semana ya me volveré loca por completo. —Me pongo delante de él con el niño en los brazos—. Créeme, me gusta cuando pones los ojos en blanco por algo inapropiado que alguien dice, me encanta como se te tensa la nariz porque tus sobrinas te vacilan y —susurro cerca de sus labios— me dan muchas ganas de seguir descubriéndote, Leo.

—Prepárate para conocer todos mis momentos más vergonzosos. Si sobrevivimos a este fin de semana, no habrá nada que nos separe en la vida.

Pero Leo no me avisa de cada historia que su padre se apresura a contarme, ni de las historias algo rocambolescas que alguno de los compañeros de Isaac cuenta sobre ciertos delitos cometidos por los Ramírez.

Tras la barbacoa y los cafés, Isaac, Leo, Rodrigo y Víctor, junto con los compañeros de Isaac, recogen todo y colocan una mesa redonda en la terraza cubierta. Parece que va a llover.

—Comienza la tarde de póker. Yo me retiro para llevar a estas mocas a dormir. —Olga tiene a una de las niñas dormida encima y mira a su marido, que está con la otra niña y con el pequeño.

—Sí, vamos a ver si duermen un poco, que a las seis y media ya estaban encima de la cama dando por saco.

—La maternidad es preciosa, pero demoledora. No te cuentan mucho más allá de grietas en los pezones y pañales sucios. —Olga suspira y sonríe—. Yo era de las que no me veía con hijos. Ahora no sé qué haríamos sin ellos. ¿Te gustan los niños?

—¡Olga! —Su marido le recrimina la pregunta.

—A ver, que no se malinterprete nada. Es que ver a Miguel en sus brazos me ha hecho sonreír y sé que la entrepierna de mi hermano se ha puesto contenta.

—¡Olga! —Ahora se unen a la recriminación Isaac y Leo.

—En esta casa ya no se puede decir nada. —Se levanta actuando muy trágicamente—. Haces una pregunta...

—Muy desafortunada. —Leo estruja entre sus manos un trozo de papel.

—Sí, me encantan los niños. Tengo dos sobrinos a los que adoro y con los que tengo mis mejores recuerdos. Puede que tenga hijos o puede que no, no lo sé. Solo el tiempo dirá si compartimos el amor con uno más en la familia o seremos solo nosotros.

Leo me mira sonriendo y dándome las gracias por zanjar la conversación de esta forma.

—Yo os dejo un momento, que tengo que ir a casa de Toñi, que me han llegado unos productos que quiere. —Ana le guiña un ojo a Isaac y este se acerca para besarla.

—Nos vemos a la hora de la cena. Te quiero, peque.

Se me hincha el corazón al escuchar al padre de Leo tratando de una forma tan cariñosa a su novia. Es un hombre aparentemente rudo, fuerte y con una mirada que intimida, pero es muy parecido a mi padre: solo dejan ver su verdadero yo a sus personas más cercanas.

—Así que eres la hija de Eduardo. —Uno de los compañeros de Isaac se acerca a mí—. Coincidí con él en una base de Irak hace algunos años. El cabrón era muy bueno en su trabajo. ¿Seguís con la Finca?

—Sí, en ello estamos.

Este tío me da un poco de miedo. Tiene una gran cicatriz que le cruza la mejilla, mide casi dos metros, es muy ancho de hombros, pelo canoso y muy corto, y tiene un tono de voz que se ve agravado por el puro que está fumando.

—¿Juegas al póker? —Isaac aparta una silla ofreciéndomela.

—Claro. No soy demasiado buena, pero lo importante es disfrutar. —Sonrío levantando un hombro.

Tres copas de orujo casero de café, un *full*, una *escalera real* y otra *de color* después, todos me miran extrañados mientras sigo fumándome un *Habano* que Isaac me ha dado.

—Has tenido la cara de decirnos que no eras demasiado buena. —Leo abre mucho los ojos.

—Bueno, se trata de engañar a los demás jugadores. Esa es la base del póker, ¿no?

Realizo la pregunta en tono jocoso y todos me miran como si me quisieran matar.

—Es abogada y parece que encubrir la verdad con una gran sonrisa es su mejor táctica. —Víctor niega con la cabeza.

—Te lo enseñarán en la carrera: Cómo sobrevivir en casa de los padres de tu novio jugando al póker. —Le guiño un ojo y me levanto de la mesa—. Con vuestro permiso, voy a retocarme la nariz. Me llevo mis beneficios. —Recojo los doscientos euros de la mesa—. Gracias, chicos.

Se mete los billetes en el bolsillo trasero de su vaquero y me susurra que se va a dar una ducha.

Todos me observan cuando ella desaparece dentro de casa.

—Venga, empezad. —Me sirvo otra copa de orujo.

—Leo, espero que no la cagues con ella.

—Gracias, me encanta todo vuestro apoyo y confianza en mí. —Reparto una nueva mano.

—Hijo, no es que hayas llevado bien tus —a mi padre le cuesta decir las palabras—... Tus otras parejas. Que me parece estupendo lo de probar, soltar miedos y embarcarte en un trío, una orgía...

—No, no me creo que esto esté ocurriendo. —Me llevo la mano a la cara.

—Hijo, ni nací ayer ni soy imbécil. Todo lo que hayas hecho, lo he probado yo antes. Y más.

—Vale. —Levanto una mano en el aire—. No tengo ninguna intención de conocer todas las experiencias sexuales de mi padre. No me apetece.

Todos nos quedamos en silencio durante un par de minutos mientras comprobamos nuestras cartas y comenzamos a apostar.

Media hora después mi padre nos ha ganado a todos. Le cedo mi puesto en la mesa a Rodrigo que acaba de salir a la terraza cubierta.

Paso por el salón y mi hermana está dormida mientras las niñas ven una película por décima vez al parecer. Están diciendo los diálogos y bailando.

Subo las escaleras y escucho una voz que susurra algo.

—«Vengo a decirte lo mismo, que tantas veces te he dicho. Eso que poco me cuesta y que tú nunca has oído. Pequeña de las dudas infinitas. Aquí estaré esperando mientras viva^[40]».

Aura está cantando, es casi inaudible y al subir los últimos escalones, la veo sentada en el sofá que hay justo al lado de una de las estanterías con

los miles de libros de mi madre. Tiene a Miguel en los brazos, está descalza, solo lleva un vestido y tiene los pies debajo de su cuerpo. Miguel la observa, juega con el pelo de Aura que está mojado, parece que el pequeño la ha pillado saliendo de la ducha.

—Hola. —Me arrodillo delante de los dos.

—He salido de la ducha y le he oído llorar. Cuando he llegado a la cuna me ha levantado los brazos y no me he podido resistir. Hace mucho que no sentía el tacto de un bebé. —Juega con la mano de Miguel—. Huelen tan bien.

Mientras suena la canción que Aura le sigue cantando a mi sobrino, la observo. Le brillan los ojos cuando le mira. Todo esto es demasiado bueno como para ser real. No puede ser posible que haya tenido tanta suerte de encontrarme con una mujer como ella: llena de vida, de amor, dulce, que nos da palizas al póker y que trata con tanto cariño a mi sobrino.

Aquí hay algo que está por llegar y ninguno nos esperamos. Lo huelo. Es como cuando la nieve hace aparición los primeros días de diciembre: se huele. Esto es lo mismo. Una tormenta se está generando sobre nosotros, lo sé, pero no quiero que nos arrase.

Tal vez solo sean mis miedos.

Tal vez no se repitan nuestras historias pasadas.

Tal vez este es el momento y sí lo consigamos.

—¿Me haces un hueco? —Señalo con la cabeza el sofá.

—Siempre.

Se mueve un poco y me siento a su lado. Se refugia entre mis brazos. De su móvil sigue saliendo música que hace que Miguel se duerma acurrucado al pecho de Aura.

—Tienes muy buena mano con los niños.

—Me encantaba dormir a mis sobrinos y a Mai, la hija de Eli, cuando eran bebés. —Aprieta los labios.

—¿Has vuelto a hablar con ellas?

—No, parece que desterrarnos de su mundo es la opción más sencilla. —Se gira lentamente para no despertar al niño—. Hay veces que es más sencillo desaparecer que pedir perdón. Yo no soy perfecta, ni mucho menos. Ya conoces muchas de mis cagadas. Tengo la mecha corta, muy corta y explota. He explotado tantas veces por gilipolleces, que me he quemado. —Su voz es casi un susurro—. No me cuesta pedir perdón cuando la culpa es mía, pero no doy mi brazo a torcer si han jodido una relación de hermanas.

Joder, que hemos pasado muchas cosas. Y en el momento que no son el centro de atención...

Respira hondo, se traga la rabia que la arrasa lentamente por dentro, sonrío con tristeza y eleva los hombros.

—Si me lo hubiesen hecho a mí por, no sé... no estar pendiente de sus vidas...

—Aura, tú no tienes que solucionarle la papeleta al resto de la humanidad. Todos somos lo suficientemente mayores como para asumir que la vida es nuestra y que no debemos esperar que una amiga asuma que debe solucionarlo todo. —Sujeto sus mejillas—. No te lo tomes a mal, Aura, pero te preocupas demasiado por personas que no se lo merecen.

—Quizás he dado tanto que no puse el límite en ningún momento.

—Se han aprovechado de tu bondad. Lo que han hecho con Raquel no tiene perdón. Ella necesita a sus amigas de verdad, a las que saltarían sobre el fuego por ella y os tiene a su lado. No necesita a dos —pienso un poco en cómo decirlo, pero no voy a andar con medias tintas—... A dos petardas que nos os merecen.

—Yo usaría algún que otro descalificativo más feo, pero petardas con un bebé en brazos me sirve.

Nos quedamos en silencio unos segundos y observo el libro que hay debajo del móvil de Aura. Es Matar a un ruiseñor, uno de los libros favorito de mi madre. Me tiembla la mano al ir a cogerlo.

—Espero que no os moleste. Cuando tu hermana me ha enseñado tu habitación he visto los libros y no me he podido resistir a este. Es uno de los mejores libros del mundo.

—En alguna de esas páginas tiene que estar una flor de lavanda seca. Era su olor favorito. —Alargo la mano para abrir el libro—. Por eso tú hueles a hogar. Recuerdo la primera vez que saliste de la ducha y olías así. Cerré los ojos y sentí que mi cuerpo te reconocía de alguna manera.

Aquí esta, ha dejado una marca morada sobre una de las páginas. Mi madre tenía la costumbre de coger una flor del jardín y secarla para posteriormente usarla como marca páginas. Paso los dedos por encima de la marca, no recordaba que era capaz de sacarme una sonrisa cuando las lágrimas amenazan con salir.

—No debería haberlo cogido, lo siento. Pensaba leer un poco esta noche. Perdón. —Aura parece que se descoloca con mi cara.

—No. —Creo que pongo la misma cara de mierda que mi hermano

cuando nos emocionamos—. Le habrías gustado mucho y ella te habría encantado. Ahora seguramente estaría desplumando a mi padre y sus amigos, igual que has hecho tú. Después habría subido a despejarse de todos y estaría leyendo uno de sus libros. —Me falta el aire al hablar—. Bajaría a preparar pizza casera y terminaríamos dando un paseo por el pueblo por la noche.

Aura se queda en silencio. No sé si esta confesión es demasiado o no sabe qué decir, pero se acurruca entre mi cuello y mi pecho. Solo escucho nuestras respiraciones.

—Tiene que estar muy orgullosa de ti, Leo.

—Eso espero.

Yo me trago mis lágrimas.

Ella se traga las suyas.

No decimos nada más hasta que mis sobrinas nos sacan de nuestros pensamientos.

—Sois muy monos. Entonces, ¿el fin de semana que viene vamos a tu casa? —Se acercan sigilosas.

—Chicas, no me la saturéis que luego se asusta.

—Ella nos ha invitado. ¿A que sí, Aura?

—Más o menos.

—Bueno, puedes hacer las pizzas que va a hacer mamá ahora para ver qué tal te salen. Puedes dejar a Miguel con el tío, hay que bañarle. — Violeta me mira sonriendo.

—Chicas, no agobiéis a Aura. —Mi hermana sube con un montón de ropa en las manos—. Hoy las pizzas las hace vuestro padre, si es que no acaba cogorza con el orujo o esos desgraciados le despluman. Niñas, no vais a poder ir a la universidad. Os tendréis que conformar cuidando marranos.

—No te lo crees ni tú. Que yo quiero curar a la gente.

—¡Papá! —Las dos bajan gritando y corriendo las escaleras.

—Cuidado, no os matéis. —Olga lo dice mientras se ríe.

Cenamos pizzas caseras y bebemos cerveza preparada por Rodrigo. Las niñas cuentan una historia de las hadas del jardín. Me siento una más de la familia en pocas horas.

—Vamos a dar un paseo hasta Casa Juan. ¿Te animas, Aura? —El padre de Leo me hace un gesto con la cabeza.

—Claro, voy a por una chaqueta. —No tardo más de un minuto en subir y bajar con la cazadora y las zapatillas.

—Ahora os alcanzamos.

Todos nos miran sonriendo mientras salimos por la puerta. Caminamos en silencio unos segundos.

—Esto es una encerrona en toda regla.

—Sí, hija, lo es. —Isaac sonríe tratando de tranquilizarme—. Leo es demasiado hermético en cuestión de amor y no había traído a nadie a casa en el aniversario de la muerte de Rosa.

—Te aseguro que de eso me he enterado en la puerta de casa. No es que no me alegre de estar aquí, pero tal vez hubieseis agradecido que no apareciese una extraña justo hoy.

—No eres una extraña, cariño. Si mi hijo te ha traído a casa, eres importante para él, por consiguiente, lo eres para todos nosotros. —Carraspea—. Solo quiero que sepas que puede que este fin de semana se comporte un poco raro, no se lo tomes en cuenta. Aún no se ha perdonado no haberse despedido de ella. No quiero que pienses que es por ti.

—Me ha contado todo lo que pasó.

Isaac pone su mano en mi hombro y nos quedamos quietos en medio de la plaza.

—¿Te ha contado todo lo que ocurrió? —Hace hincapié en la palabra *todo*.

—Sí, esa es la cara que me gusta ver.

—Solo os conocéis desde hace un mes y medio. ¿Cómo es posible que mi hijo, que no se abrió ni en terapia, te haya contado todo?

—Porque nos conocimos en el momento adecuado.

Camino con Isaac hablando de todo lo que he hablado con Leo, de sus miedos, de los míos, de lo que me atormenta y no me puedo creer que me haya abierto en canal de esta manera, tan rápido y en tan poco tiempo.

Cuando llegamos a Casa Juan, el resto de la familia está en la terraza sentada con los cafés. Parece que hemos dado una vuelta más larga para llegar.

—¿Todo bien? —Leo aparta la silla que está a su lado.

—Perfectamente. —Me siento y le beso—. Gracias por invitarme a venir.

—¿Café solo? —Isaac pone una mano sobre mi hombro y otra sobre el de Leo.

—Ya voy yo. —Trato de levantarme, pero Isaac no me lo permite.

—Tranquila, tengo que entrar a saludar. Leo, ¿me echas una mano?

Leo mira a su padre de reojo y resopla.

—Ahora vengo, mi padre quiere hablar conmigo o echarme la bronca por algo que no he recordado.

Beso a Aura y camino al lado de mi padre dentro del bar. Mi padre saluda a Juan, hablan de sus batallitas y yo espero pacientemente a que me diga qué quiere.

—Dos cafés solos y dos gin-tonic de Brockmans. Hijo, ¿tú quieres algo?

—Uno de esos dos. —Señalo sorprendido a la mujer de Juan que está preparando las copas de balón.

—Son para Aura y para mí. Mariví, ponnos otro gin-tonic más.

—Vale, papá, ¿qué he hecho mal?

—Nada. —Juguetea con su mechero Zippo—. Bueno sí, has sido bastante imbécil con lo de tu primo. ¿No pensaste un poco en todo lo que podría pasar? ¿Cómo se te ocurre enfrentarte a él y pegarle una paliza? Espero que no llegue a más con esta estupidez.

—Papá, lo siento, siento haberte defraudado, pero no voy a consentir que nadie hable así de Aura y mucho menos que trate de acosarla de alguna manera. —Aprieto el puño sobre la barra recordando sus palabras—. Y me controlé mucho. La noche que las conocimos se sobrepasó con Zoe, la hermana de Aura. Ella podría haberle denunciado por lo que ni siquiera recuerda que sucedió.

—No sé cómo pueden llevar la misma sangre que tu madre. —Suelta el aire y se pasa la mano por el anillo que sigue llevando—. Sigue doliendo que llegue el día.

—No me puedo creer que haya pasado otro año más.

—Este año estás aquí. Me alegro mucho, hijo. —Mi padre me aprieta en el hombro.

—El año pasado me fue imposible, ya lo sabes.

—No, hijo, no te lo estoy echando en cara. Me sorprendió saber que venías con tu nueva novia a la que solo hace un mes y algo que conoces, pero al hablar con ella y ver cómo ha tratado a las niñas, a tu hermana, a Miguel, cómo se ha relacionado y nos ha desplumado... —Sonríe ampliamente.

Escuchamos una gran carcajada en la terraza y los dos nos acercamos a

la puerta. Aura está con Violeta que se ríe haciendo el cochinito.

—Victor, eres malísimo contando chistes. —Aura niega con la cabeza sin dejar de reírse.

—Pues te estás riendo.

—También pongo buena cara cuando estoy con alguien que no me gusta y no por ello estoy encantada.

—Comprendo tus motivos, hijo. Me recuerda mucho a ella. —Mi padre me da una palmada en la espalda.

—Sí, lo sé: que no la cague.

Un par de horas después estamos a punto de meternos en la cama. Lo que pensábamos que iba a ser una noche tranquila de caricias y besos, se convierte en una cama redonda cuando las niñas entran corriendo en la habitación.

—¿Podemos dormir con vosotros? Es que no te vemos casi nunca y te echamos de menos, tío.

—Vaya par de terroristas emocionales.

—Venga, tío. Luego te tiras meses sin venir a vernos por tu trabajo.

—Vale. —Abro la manta para que puedan entrar y se colocan una a cada lado de Aura—. Bien.

—No eres tú, soy yo. —Me guiña un ojo—. Mira que he usado esta muletilla muchas veces, pero no pensé usarla contigo.

—Connmigo no uses las frases que empleabas para deshacerte de tus desastres, pequeña. —Me acerco a sus labios—. Estás en mi cama, con mis sobrinas y en mi casa. Ya no tienes escapatoria. Lamento serte tan claro: has entrado en la familia Ramírez y no creo que ninguno de ellos te quiera dejar escapar.

Miro para abajo y las niñas están susurrando y jugando con las pulseras que le han dado esta tarde a Aura y que ella aún no se ha quitado.

—No, no tienes escapatoria. Eres nuestra tía favorita. —Violeta mira a Aura y Virginia me agarra de la mano—. Nos gustaría que vinieses más a menudo.

—Y me traigo a vuestro tío y así le veis.

Las dos niñas se miran y me miran de reojo.

—Puedes venir sola, no hace falta que te lo traigas.

Entre risas que ensanchan el alma, cuentos que Aura se inventa, caricias de

una de mis sobrinas y las estrellas que brillan sobre la claraboya del cuarto, acaba una noche que no me imaginaba tan perfecta.

Aura duerme a mi lado con una de mis sobrinas a cada lado de su cuerpo, aprisionándola entre ellas y las observo un segundo antes de caer rendido.

El viaje de nuestras vidas

A manezco tras dos patadas de Violeta. Son las siete de la mañana y la casa comienza a oler a café, a pan casero y a confitura. Me levanto de la cama tratando de no hacer ruido y busco algo que ponerme, a estas horas hace frío. Antes de salir de la habitación, veo que Virginia está en el lado de la cama que acabo de dejar mirándome.

—Sigue durmiendo, princesa, es demasiado temprano.

—¿Tú dónde vas?

—A preparar la furgoneta. Tengo que revisar unas cosas para el viaje.

—Me agacho a su lado.

—Me gusta mucho.

—¿Que me vaya de viaje?

—No. —Pone los ojos en blanco y me recuerda a su madre cuando tenía su edad—. Ella. Es divertida, lista, guapa y nos trata como si fuésemos sus amigas. Eso mola.

—A mí también me gusta mucho. —Le acaricio la cara y beso su frente—. Duerme un poco más.

—Te quiero. —Bosteza y comienza a emitir pequeños ronquidos.

En la cocina me encuentro a mi hermana con Miguel en brazos cantándole mientras le da el pecho.

—¿Te han echado de la cama?

—Sí, a patadas. —La beso—. Las niñas son especiales.

—Sí, siento si han dicho algo fuera de lugar o han asustado a Aura. Voy a subir a sacarlas de la cama para que pueda descansar.

—No te preocupes, no las he visto mal. —Me sirvo un café y observo el jardín. Las flores que cuidaba mi madre están espectaculares—. Has seguido con ellas.

—¿Recuerdas cuando los domingos se colocaba ese delantal hecho de retales y cantaba a las flores mientras cortaba minuciosamente las hojas muertas? —Me entrega a Miguel.

—Sí.

Olga desaparece de la cocina y vuelve diez segundos después con el delantal en las manos.

—Lo encontré hace unos meses en una caja que estaba en el garaje. Ni siquiera sabía que estaba ahí. Lloré al tenerlo de nuevo en las manos.

—¿Cómo estás? —Abrazo a mi hermana.

—Sigo echándola mucho de menos. No creo que me acostumbre. Es una mierda que no haya conocido a sus nietas, a Miguel, a Rodri y a Aura. Habrían sido muy buenas amigas.

—Lo sé.

Nos sentamos en la mesa alrededor de una bandeja de lazos de hojaldre que Ana debió hacer ayer por la tarde. Nos ponemos al día. Nos abrazamos por estos meses que no nos hemos visto, sonreímos por todo lo que nos está pasando. Ella me cuenta que ha empezado a diseñar la web para una gran multinacional, yo que me he enamorado de una chica en un mes; ella sonríe, yo sujeto su mano, nos prometemos hablar más a menudo.

—¿Ya estáis? —Víctor aparece en la cocina con ropa de deporte empapada—. Habéis esperado a que me vaya a correr para hacer cosas de hermanos mayores. Sois lo puto peor.

—¿A qué jovencita incauta quieres impresionar, Víctor?

—A tu novia. —Me sonrío cínicamente mientras bebe un poco de zumo—. Los dos somos abogados, guapos y yo soy tu versión 3.0. ¿No ves que eres lo que sobra en la ecuación?

—Espero que no se te hayan soltado los cordones, hermanito. —Me acabo el café, le guiño un ojo a mi hermana y me levanto de la silla—. Te doy ventaja, que esas shishas que te fumas han bajado tu rendimiento.

Me despierto de un manotazo en la cara de una de las gemelas. Señor, se me había olvidado lo que era dormir con niños. Me asomo a la ventana del baño que da a la calle y veo a Víctor corriendo hacia la plaza y gritando algo. Detrás le sigue muy de cerca Leo diciéndole que más vale que llegue corriendo hasta la Chorrera de no sé qué. Habla raro, ha sido llegar aquí y decir cosas que no entiendo. Dan la vuelta a una casa y suben de nuevo corriendo.

—Buenos días, Aura. Estás preciosa.

Víctor lo grita y las personas que están delante de la casa miran hacia arriba.

—Pasa de este idiota, solo quiere tocarme los huevos.

Cierro la ventana, me lavo los dientes, me olvido de este momento bizarro, me limpio la cara, me ato un moño *hygge*^[41], vamos, peinado sin peinar. Salgo del baño y me encuentro a las niñas despiertas ya de pie en la puerta.

—Vamos a desayunar. Papá habrá traído ya los churros y mamá habrá puesto la mesa grande en la terraza con flores. Vamos. —Las dos me agarran de las manos y bajamos corriendo las escaleras.

—Buenos días.

Ana aparece con un *bouquet* de flores en la mano y las niñas se lo llevan a la mesa.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, teniendo en cuenta que había dos niñas muy movidas en la cama. —Cojo un vaso de agua.

—Le echan de menos. Entre los partidos de fútbol de las chicas y el trabajo de Leo, pasa poco tiempo aquí.

—¿Puedo preguntarte algo, Ana?

—Por supuesto.

—¿Qué ocurre hoy? Me refiero a que hoy es el aniversario y no tengo ni idea de lo que va a pasar. No sé si debería haberme traído ropa negra o irme con mi portátil a un bar y esperar. —Golpeo mis uñas nerviosa contra el vaso que tengo en las manos.

—No, hija, nada de eso. Ellos deciden qué hacer cada año. Nos pondremos ropa de paseo, las zapatillas y subiremos hasta las Chorreras a leer unas páginas de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen. Les contarán a las niñas alguna cosa que no saben de su abuela y volveremos a comer a Casa Juan.

Me quedo un poco sin aire. No sé si estoy preparada para conocer a la madre de Leo de esta manera. Creo que es más el miedo que siento por hablar de este tema, cuando operan a Raquel del mismo puto bicho.

—Puede ser complicado al principio, pero te harán sentir parte de todo. —Me hace un gesto para que la siga—. Si Leo pensase que no deberías ser parte de todo este día mágico, no estarías aquí, Aura. Te lo aseguro.

—¿No es complicado para ti, Ana?

—Ellos me han enseñado a llevar el luto de otra manera. —Sonríe mirando al cielo—. Sé que mi hijo y ella están sentados en una de las nubes vigilando todo.

—Pero Isaac sigue llevando el anillo. —Compruebo que Ana no hace

ningún gesto—. Perdón, no debería preguntar por estas cosas. Defecto profesional.

—No me pidas perdón. Yo le dije que no se lo quitase. Rosa es una parte muy importante de la vida de Isaac, de Leo, Olga y Víctor. Jamás me interpondría entre su recuerdo y ellos. Yo no he venido a borrar momentos.

Ana da mucha serenidad y te acaricia con su tono de voz pausado y tranquilizador.

Las niñas están tratando de alcanzar el jarrón de hojalata que está situado en medio de la mesa, pero no llegan. Se lo acerco para que no lo tiren todo.

—¿Te gustan las lavandas?

—El sabor no mucho, pero su olor me encanta. Es uno de mis olores favoritos. —Me siento en una silla y las dos se me suben en las piernas.

—¿Y los demás?

—Me gusta el olor a jabón de las sábanas limpias, el césped recién cortado y húmedo, el de vuestro tío...

—Sí —al decirlo una de ellas afirma con la cabeza—, la verdad es que el tío huele muy bien.

—¿Y qué más? —La otra juega con las pulseras que aún no me he quitado.

—A ver. —Me paso la mano por la barbilla pensando—. El olor a salitre, a bizcocho recién hecho, a chocolate caliente, a mi hermana, a mis sobrinos, a mis padres, al momento anterior a que empiece a nevar... Me gustan muchos olores.

—Tú hueles muy bien. ¿Qué colonia usas?

—*Nomade de Chloe.*

—Chicas, ¿podéis dejar de agobiar a Aura? —Rodrigo aparece con una gran sonrisa y Miguel en sus brazos.

—No me —carraspeo ocultando este tonto estúpido que aparece cuando veo a un hombre con un bebé—... No me agobian.

—Pueden ser muy cansinas estas dos. Te lo aseguro. Llevo aguantándolas siete años.

—Papá. —Las dos lo dicen a la vez.

—Qué ganas tengo de que Miguel crezca. Seguiremos en minoría, pero podremos con vosotras. *Grr gr grrrrrrr.*

Se acerca a las niñas usando a Miguel de arma, que se ríe sin parar al ver a sus hermanas dando vueltas por el jardín. Mueve sus pies en el aire como si corriese tras ellas. A esta familia le gusta mucho correr. Yo no corro porque

mi padre me dijo de pequeña que eso era de cobardes.

Ves, papá, a veces te hago caso.

Cuando me quiero dar cuenta hay un gran bufé sobre la mesa. No falta ningún detalle. Es como si estuviese en la Finca. Esto es hogar, el lugar donde me gustaría despertarme cualquier fin de semana. Olga me hace una seña para que me acerque y veo a Víctor y Leo bajando por las escaleras. Los dos parece que han terminado de ejercitarse.

—Gracias, hija, por el desayuno. —Isaac aparece con unas flores en las manos para Ana—. Cariño, te quiero. Gracias por estar a mi lado ayer, hoy y siempre.

Se besan ante la atenta mirada de todos y a mí me dan ganas hasta de aplaudir. Son tan tiernos y monos y todo lo bonito del mundo. Leo se sienta a mi lado, me da un beso en la mejilla y me susurra.

—Llegaremos a su edad y seremos igual de felices.

—¿Me lo prometes?

—Y cada sábado pondré flores frescas en la mesa para ti.

—¿Y bailaremos?

—Hasta sin música.

Aprovecha para besarme y veo a sus sobrinas muy atentas.

—Eres buena, Aura. Me gustas. —Una de ellas extiende su brazo con el puño cerrado para que se lo choque.

—¿Gracias? —Pongo mi puño en medio de la mesa y sonrío cuando las dos me lo chocan.

—Nena, como abogada debes de ser la leche. Te has ganado a mis sobrinas en una sola noche. ¿Traficas con chuches?

—Sí, mi alijo está a buen recaudo.

Víctor le da un mordisco a un churro y se le queda algo de azúcar en los labios. Pasa su lengua lentamente y sé que se me está dibujando un gesto extraño en la cara.

—Espero que no ligués así o aparecerás en unos años en saldos de *Adopta*. —Me sirvo café sin mirarle.

—¿Hay mujeres como tú en *Adopta*? Porque las que he conocido en *Tinder* solo quiere fol...

Toda la mesa se queda en silencio y le miramos.

—Foliar.

—Solo quieren ¿qué? —Una de sus sobrinas le mira atentamente. No pierden hilo de ninguna conversación.

—Eso, hermanito. ¿Qué es lo único que quieres hacer las mujeres contigo? —Olga, que es igual de bicho que sus hijas, le pica.

—Foliar, solo quieren foliar.

—¿Solo quieren numerar folios contigo? —Leo intenta no soltar una carcajada.

—Sí, quieren numerar folios la primera noche. Oye, llámame antiguo, pero yo no pongo la tinta de mi pluma en folios que acabo de conocer.

—¿No te gusta pintar? —Una de sus sobrinas le mira pensando que está loco.

—No, cariño, a tu tío le encanta pintar, pero a veces lo hace solo. Foliar con alguien no es tan sencillo como parece. Tienes que encontrar a la persona que te pase los folios con delicadeza y cariño. Si no, manchas de tinta todo. —Olga está empezando a mezclar conceptos—. Porque unir tu pintura con la de otra persona es un acto de compartir. Vuestras pinturas son especiales. Foliar es algo íntimo.

—Yo mezclo mis pinturas con Javi y me gusta. Él tiene cosas que yo no tengo.

El resto somos meros espectadores de una conversación que creo que se nos ha ido de las manos. La dulzura e ingenuidad de las niñas es muy tierna, ellas quieren compartir sus pinturas y a sus padres les está dando un ataque.

—Yo folio con Clara en clase. —La otra sobrina, la que había estado callada hasta ahora, lo suelta mientras engulle un churro—. Me gusta cuando lo hacemos despacio y luego rápido, de nuevo despacio y tratamos de no acabar porque nos gusta cómo pintamos.

Leo deja lentamente la taza del café en la mesa, me mira de reojo y yo levanto las manos. Por una vez en mi vida no he tenido nada que ver con la que se acaba de liar.

—Vale, vamos a dejar de pintar, foliar y decir cosas sin sentido. —Isaac se lleva la taza de café a los labios ocultando su sonrisa—. Aura, ¿lista para un rato de caminata?

—Sí, si puedo ir con unas *Vans* y un vaquero roto... No entraba en mis planes esto. No es que haya metido mucha ropa en la maleta.

—Has traído más trabajo que ropa. —Olga se fija en todo—. ¿Algún caso importante?

—Un divorcio que va a ser muy mediático. Un viejo rico que folia con una chica muy muy joven y con múltiples retoques de chapa, que a parte de engañar a su mujer, tiene una larga lista de delitos como corrupción

inmobiliaria o evasión fiscal, entre otros.

—¿Eliges tus propios casos o es tu bufete el que te los da? ¿Has defendido a algún culpable?

—No, Víctor, tengo la suerte de llevar muchos años ejerciendo y elijo cada uno de mis casos. —Alargo la mano para coger un trozo de bizcocho.

—Aura defiende casos de maltrato. —Leo lo dice orgulloso.

—¿Solo a mujeres? —Rodrigo frunce el ceño al preguntarlo.

—En casos de maltrato ha sido un 95 % mujeres y un 5 % a hombres. Defiendo al débil, al maltratado, al que tratan de quitar la voz. Me da igual que sean hombres, mujeres o niños: todos necesitan que luche por ellos. — Siento que estoy apretando mi mano contra la mesa y se ha recogido el mantel alrededor de mis dedos.

—Leo, ya no vas a ser mi contacto de emergencia. —Rodrigo saca su móvil—. Aura, quiero tu número.

—Cuando quieras.

—¿Estás coqueteando con mi cuñada? —Olga pone su mano sobre la de su marido.

—De ninguna manera. Olga, llevo enamorado de ti desde que tengo cinco años y no dejaré de estarlo nunca jamás, te lo aseguro. —Rodrigo besa a Olga y las niñas aplauden el gesto de sus padres.

El resto del desayuno continúa sin ningún drama o malentendido de palabras y aprovecho para observarles. Son una de esas típicas familias que salen en un anuncio o en una novela, en la que todos los fines de semana desayunan, los que se pelean para terminar abrazados y los que siguen celebrando un día tan duro como este con sonrisas y abrazos reconfortantes. Pongo mi mano encima de la de Leo y él da la vuelta a la suya para poder entrelazar nuestros dedos.

El camino hasta las famosas Chorreras transcurre sin ningún tipo de problema. Es un camino estrecho pero perfecto para caminar por él. No son más de seis kilómetros los que nos separan de algo que me deja sin palabras. Son un conjunto de cascadas escalonadas con una caída impresionante.

—Más de ochenta metros. —Isaac se sitúa a mi lado—. Se llaman Chorreras de Despeñalagua porque el agua se despeña por esa pared vertical en el cauce del nacimiento del arroyo de la Chorrera.

—Me parece lo más bonito que he visto en mi vida. ¿A Rosa le gustaba venir aquí?

—Mucho. Se sentaba en una de aquellas piedras —mientras me lo cuenta caminamos hacia las rocas— con un libro y nos leía unas líneas cada domingo. Tardábamos bastante en acabar las novelas.

Observo a mi padre y a Aura a unos metros de nosotros. Parece que se están contando confidencias y me sorprende que mi padre tenga tanta afinidad con ella.

Olga nos lee unas páginas del libro que ha traído, las niñas se tumban sobre las piernas de mi hermano y mías, Miguel está en brazos de Ana y Aura escucha atentamente

(...)

—No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que pusieron los cimientos de mi amor. Hace bastante tiempo. Estaba ya medio enamorado de ti antes de saber que te quería.

—Pues mi belleza bien poco te conmovió. Y en lo que se refiere a mis modales contigo, lindaban con la grosería. Nunca te hablaba más que para molestarte. Sé franco: ¿me admiraste por mi impertinencia?

—Por tu vigor y por tu inteligencia.

—Puedes llamarlo impertinencia, pues era poco menos que eso. Lo cierto es que estabas harto de cortesías, de deferencias, de atenciones. Te fastidiaban las mujeres que hablaban sólo para atraerte. Yo te irrité y te interesé porque no me parecía a ellas. Por eso, si no hubieses sido en realidad tan afable, me habrías odiado; pero a pesar del trabajo que te tomabas en disimular, tus sentimientos eran nobles y justos, y desde el fondo de tu corazón despreciabas por completo a las personas que tan asiduamente te cortejaban. Mira cómo te he ahorrado la molestia de explicármelo. Y, la verdad, al fin y al cabo, empiezo a creer que es perfectamente razonable. Estoy segura de que ahora no me encuentras ningún mérito, pero nadie repara en eso cuando se enamora^[42].

(...)

Naturaleza, buena lectura, familia, amor, buena comida en Casa Juan. ¿Puedo pedir algo más para este fin de semana?

—Bueno, cuando todo va tan bien, siempre hay algo que llega para joderlo, Aura, no lo olvides.

—Muchas gracias, conciencia, tan oportuna como jodida.

¿Por qué siempre hacemos lo mismo?

Cuando las cosas van bien tendemos a buscar algo a lo que agarrarnos en caso de que todo termine. La verdad es que nunca he sido de pensar en lo malo que puede ocurrirme en la vida. Prefiero vivir el momento y darme el batacazo

sin esperarlo, pero después de todos mis desastres... Soy un poco escéptica. Lo normal es que le hubiese caído mal a alguien de su familia o él a alguien de la mía, o a mis amigas o a mí sus amigos. Todo ha ido rodando y me temo que no es normal. No, no vivo dentro de una comedia romántica y que la vida, a veces, se asemeja a un thriller psicotrópico bastante chungo de M. Night Shayamalan^[43]. El director de esas películas raras de terror y suspense con giros que te dejan con la boca abierta y un ojo cerrado.

Estoy sentada en el jardín con una cerveza mientras Leo está encerrado con su hermano en el garaje, preparando la furgoneta de la que tanto han alardeado los dos y espero la gran bofetada de esta historia.

Subo a la habitación a buscar mi móvil para llamar a Raquel y escucho el teléfono de Leo sonando. Subo las escaleras corriendo y me lanzo sobre la cama para cogerlo.

—¿Sí?

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con el Teniente Ramírez, por favor? Es importante.

Una voz grave y con acento extranjero suena al otro lado del teléfono. Me levanto de un brinco de la cama.

—Sí, un segundo por favor, que voy a buscarle. ¿Quién le digo que pregunta por él?

—Françoise Faure-Dumont de la ONU.

Zis.

Plaf.

Plas.

Buum.

Pum.

Zas.

No sé muy bien cuál es el sonido real de una bofetada ni su onomatopeya, pero para mí desde hoy siempre sonará así: Françoise Faure-Dumont de la ONU.

—Un segundo por favor.

Cada escalera que bajo es un latido de mi corazón. Sé lo que significa esta llamada, hace muchos años que mi padre recibió una y se fue; volvió, recibió otra y se fue de nuevo. Mi respiración descontrolada asusta a Isaac y a Ana que están en la cocina picando patatas.

—Aura, ¿estás bien?

—Es una llamada para Leo. —Levanto el teléfono con la mano temblorosa—. Es de la ONU.

No hace falta que le pida a Isaac que le lleve el teléfono a su hijo. Me lo quita de la mano y me aprieta el hombro. Él sale de la cocina y yo me dirijo a la terraza cubierta.

La cristalera está cerrada y ahora mismo no hay nadie, ni siquiera hay una luz encendida. El cielo comienza a teñirse por el sol que está desapareciendo poco a poco, en el salón suena música de piano y yo escucho cómo una pequeña esquina de mi corazón se resquebraja al son de esa música. Sí, tal vez yo misma tenga la culpa por haber llamado este momento a gritos. Reconozco la canción, es el vals de la película *Amélie*... Después de tantos años no sé si la película es alegre por que te enseña a buscar y perseguir tus sueños; o es la realidad aplastante de que no se pueden idealizar todo porque en un momento la vida te pone los pies en el suelo.

Leo sale al jardín, camina desconcertado, lo veo en su cara. No escucho lo que dice, no sé ni si quiero saberlo. No estoy preparada para tener que decirle adiós en un aeropuerto y esperar a que vuelva de una misión en un país en el que han muerto más de 300.000 personas, en el que la vida no se respeta y cada semana se escuchan noticias como «*Ataque químico*», «*Bomba estalla*», «*Dos docenas de muertos*» ... Y no escuchamos la mitad de todo lo que allí acontece a diario: las personas desplazadas de sus casas, los niños muertos mientras tratan de huir, las mujeres violadas y mutiladas, los jóvenes a los que les dan un fusil para morir matando.

Siento una presión en el pecho, la garganta me quema y apoyo una mano en la cristalera. Me estiro el cuello de la camiseta que me impide respirar. Levanto la vista y los ojos de Leo están fijos en los míos.

Su boca se mueve.

No puedo escuchar lo que dice.

No soy capaz de leer sus labios.

Se acerca y yo me alejo.

Doy un paso para atrás y me golpeo contra la mesa.

No puede ser que lo nuestro termine aquí.

No me lo puedo creer.

No quiero tener que hacerlo.

Así no

No me esperaba recibir esta llamada. No voy a mentir diciendo que no lo he pensado y que no se me ha pasado por la cabeza, la posibilidad de que el destino viniese a joderme, pero así no. No me imaginé que sería justo en el momento en el que he conocido a la mujer de mi vida.

Así no.

—Sí, Señor. Lo he entendido.

—En la Academia han apremiado el transcurso de todo y por ello lo hemos llevado a cabo de una forma tan repentina. Mañana a las 19 horas un avión le espera en la base Aérea de Cuatro-Vientos.

Las siguientes frases las conozco, las he oído más veces y no dejo de mirar a Aura. Tiene una mano sobre su cuello y está apoyada contra la mesa a oscuras. Sabe lo que significa esta llamada. Lo sabe demasiado bien.

—¿Ha comprendido todo?

—Sí, Señor.

—Nos vemos en dos días en la base de Al-Tanf.

Niego con la cabeza al mismo tiempo que me guardo el móvil en el pantalón. Mi padre y mi hermano me están mirando desde el garaje preocupados, Ana hace lo mismo desde la ventana de la cocina, Aura creo que lleva sin respirar desde que ha cogido la llamada. Mis sobrinas juegan en el salón ajenas a la preocupación, Rodrigo y mi hermana descansan con Miguel en el sofá. ¿Cómo voy a despedirme de esto que acabo de recuperar?

Doy vueltas durante un par de minutos por el jardín y observo cómo mi padre camina en mi dirección preocupado.

—¿Dónde te mandan?

—A Siria.

—Joder. —Se pasa una mano por la nuca preocupado y se enciende un cigarro—. ¿Cuándo?

—Mañana a las siete.

—Sabes que esto tiene algo que ver con Estévez, ¿verdad?

—Lo sé. No pensé que llegaría a ser tan hijo de puta. Pedí ir a la misión

hace seis meses, el Capitán se negó diciendo que era demasiado valioso como para volver allí.

—Déjame hacer un par de llamadas y vemos a lo que nos enfrentamos, hijo. Aún me deben mucho favores. —Mi padre coge el teléfono.

—No, papá, no puedo decir que no.

—Parece que este día nos marcó hace muchos años y vuelve para recordarnos que no somos los dueños de nuestro destino. —Mi padre cierra los ojos y da una larga calada a su cigarro.

—¿Qué voy a hacer con ella?

Los dos miramos a Aura que está sentada en una silla negando con la cabeza metida entre sus piernas.

—Ella ya sabe lo que significa la llamada. Ha pasado varias veces lo mismo con su padre.

—¿Has hablado con ella de su padre?

—Pensé que ya habíais hablado de esto.

—¿Hablado de qué?

—Conocemos a la familia Miguel desde hace años. ¿Recuerdas aquel verano que fuiste a un campamento en San Rafael?

—Sí, el mejor verano de mi vida. —Cuando estoy bajo presión parece que también tiro de ironía.

Mi padre desaparece en el garaje y sale a los minutos con algo en las manos.

—En esta carta nos contaste que te habías enamorado de una chica más mayor. —Me entrega un papel amarillento.

Recuerdo aquel campamento de inglés en Segovia, pero parece que mi mente quiso borrar ciertas partes. Observo a Aura y cuando ella levanta la cabeza viene una imagen a mi mente: ella con once años sentada bajo el árbol con un libro en las manos.

—Solo habéis tardado unos años en volver a encontraros.

Mamá, papá.

Esto sigue siendo un infierno. ¿No me podéis venir a buscar? Todo lo hablamos en inglés y esto no me va a servir para nada. Además, hecho echo de menos las croquetas de la abuela.

El otro día intenté hablar con ella, pero solo lee y no habla con nadie. Siempre está triste.

Ayer le llevé un trozo de tarta, pero me dijo que la dejase tranquila. Creo que no sabe lo guapa que es, pero es más mayor y soy un niño.

Esta mañana he jugado al fútbol, pero unos niños se han metido con ella diciendo que las chicas como ella no valían. He salido a defenderla porque me gusta, pero ella no me mira.

¿Esto es lo que se siente cuando te enamoras? Porque es una mierda caca. Es la chica más guapa del campamento y no la volveré a ver nunca. Ni siquiera me ha dicho su nombre.

Mañana se va a casa con su hermana.

No volveré a ver al amor de mi vida.

Leo

Sigo tratando de controlar los nervios por saber cuándo se va a ir Leo. El sentimiento que he tenido hace un rato era una premonición.

—Aura, ¿podemos hablar? —Leo abre la puerta y me mira con un papel en la mano.

—Sí, claro.

—Vamos a dar un paseo.

Los dos cogemos una cazadora, nuestros móviles y salimos de casa sin despedirnos. Bajo las escaleras nerviosa, me tiemblan las manos, las lágrimas se me acumulan en la parte alta de la garganta, siento un sabor amargo en la boca y creo que estoy a punto de vomitar. Ataque de pánico en toda regla.

—Dame un momento, voy a por las llaves del coche. Vamos a ir a un sitio. Leo no tarda más de cinco minutos en volver con un par de bolsas.

Llegamos a una casa a las afueras del pueblo. Leo se encarga de hablar con un chico que juega con un perro y yo salgo del coche para observar todo. Son un conjunto de cabañas que parecen vacías.

—Sin problema, tío. La siete es la vuestra.

El chico desaparece en una bicicleta y su perro corre detrás. Me saluda con una sonrisa al pasar por mi lado.

—Leo, sé que esa llamada no es nada bueno. No hace falta que me hagas un baile de luciérnagas para parapetar la hostia que me voy a llevar. —Estoy apoyada en el coche.

—Quiero estar a solas, tranquilos y hablar, contarte todo y enseñarte esto. —Saca una hoja amarillenta de su vaquero.

—Si no entro en la cabaña, no me contarás que te vas a Siria, Yemen, Camerún o Nigeria. No, Leo, no quiero entrar en esa maldita cabaña y que la puta burbuja en la que nos hemos metido estas últimas semanas me reviente en la cara. —He elevado el tono de voz y siento de nuevo una arcada.

—Aura, ven conmigo, por favor. —Leo saca las bolsas del maletero y trata de sujetar mi mano, pero me comporto como una estúpida y se la niego—. Cuando estés lista estaré dentro.

Leo se aleja de mí cabizbajo y entra en la cabaña de madera que tengo delante.

Mierda, Aura, mierda.

El sabor amargo de una despedida es lo que siento en mi boca. Y me jode tener que decir adiós tan pronto. ¿Exagerada? No lo creo. Quien haya recibido

alguna vez una llamada así y haya tenido que ponerse delante de su padre, hermana, novio o amiga, y decir adiós por un viaje a un país en guerra, sabrá perfectamente a lo que me refiero: miedo a perder, a lo desconocido, a no poder volver a decir te quiero o acariciar de nuevo.

—Mierda. —Me froto los ojos durante unos segundos.

Observo la cabaña, Leo está dentro. Veo cómo saca algo de una de las bolsas y lo mete a la nevera. Camina por el salón, pone su móvil en lo que parece una barra de sonido y lo enciende. Se escucha algo a lo lejos. Todo puedo verlo porque una gran cristalera cubre la parte delantera de la cabaña. Se pasa la mano por el pelo, se sienta en una silla, apoya los codos en sus rodillas y entrelaza sus dedos en la nuca. Veo cómo sus labios se mueven, está diciendo algo o tal vez maldiciendo al destino. Se levanta rápido de la silla, se acerca al móvil y lo coge. Niega con la cabeza, levanta la mano en el aire, deja caer el brazo vencido, se frota la cara, parece desesperado. Ambos compartimos la misma desesperación. Vuelve a colocar el teléfono en la barra y se sujeta a una estantería que tiene delante, pone la otra mano en la pared, aprieta el puño y vuelve a negar.

—Allá vamos.

Emprendo mi camino a la despedida. No, no estoy siendo dramática. Y si lo estoy siendo, ¿qué? Joder, que para mí esto es un drama real. ¿Y si nos separamos más tiempo del que hemos estado juntos?

Cada paso que doy duele, me acerca a la despedida y tengo que atar en corto a mis lágrimas o no me permitirán hablar con Leo, decirle que le quiero, despedirme de él, besarle, hacer el amor durante toda la noche, recordar su olor, su tacto...

—No, hoy no. —Me limpio de la mejilla una lágrima que se ha escapado nerviosa.

Pongo la mano en el pomo, respiro profundamente, intento tranquilizarme, abro la puerta despacio, dejo que la música salga de la cabaña y se lleve durante un rato mis miedos.

«La vida transcurre tranquila en mí la mayor parte del tiempo. Y así es, la historia más corta sin amor, sin gloria, sin héroe en su cielo».

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo al descubrir la canción. La primera vez que escuche [*The Blower's Daughter*](#) de Damien Rice fue en 2002, en un bar de Edimburgo, cuando uno de los chicos con los que fui a pasar el fin de semana, prefirió plantarme en aquel bar de *The Royal Mile*. Parece que es la canción de un adiós precipitado, de una despedida que no quieres que llegue.

Aquella noche al menos tenía pintas de cerveza para paliar la decepción.

—Lo de un final feliz para esta historia imaginaria de amor tendremos que posponerlo, ¿no? Tal vez en otra vida yo no sea una chica que se ha enamorado de demasiados desastres y tú no seas un chico que se tiene que marchar para intentar salvar el mundo.

Leo se da la vuelta, tiene los ojos rojos, los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y respira muy lentamente. Cierra los ojos, los abre despacio y niega con la cabeza.

—No quiero otra vida, Aura. Porque tal vez en esa otra vida tú y yo nos encontraríamos por Gran Vía, tú pasearías con Mario de la mano y yo me habría casado con Irene. —Se acerca a mí mientras habla—. Nuestras miradas se cruzarían por unas décimas de segundo y nos reconoceríamos, sabríamos que la chica con los ojos más bonitos del universo y el chico que nunca supo decir que no, jamás serían completamente felices en esa vida. Y se buscarían en todas las demás.

Sus dedos acarician mis mejillas, atrapan las lágrimas que ya no puedo retener mientras la canción sigue sonando ajena a nuestro dolor. Pongo mis manos sobre las suyas, las bajamos a la altura de nuestros corazones, se les oye gritar.

Apoyo mi cabeza en su hombro.

Entierro mi cara en su pecho.

Comenzamos a movernos al son de la canción.

—Qué pena que la primera canción que bailemos sea la de nuestra despedida. —Parece que mi filtro hoy ha reventado y no quiere dejarse nada dentro.

—Bailaremos siempre, peque.

—Pero separados.

Sus lágrimas caen sobre mi piel y queman. Yo trato de controlar las mías, no quiero que sepa que realmente estoy preocupado por el destino y por cómo está allí la situación. Es imposible ser ajeno a la tensión o a los atentados que sufre Siria.

—¿Sabes que llevo enamorado de ti desde la primera vez que te vi?

—No creo que te enamoras de la tía que llevaba una peluca mal colocada, agitaba una boa de plumas como si fuese un látigo y bebía cerveza como una alemana en el Oktoberfest. —Separa la cabeza de mi hombro para mirarme—. Es imposible que te enamoras de aquella

descerebrada.

—Me enamoré de ti mucho antes. ¿Recuerdas un campamento en Segovia?

—Sí, fui durante un verano a uno a aprender inglés con Zoe.

—Pues yo era el chico pequeño, delgado y con aparato que se enamoró de una chica que leía debajo del árbol, que sonreía aun cuando estaba triste y la que pasó de él por ser demasiado pequeño. —Busco la carta en mi bolsillo y se la entrego.

—Yo no me acuerdo de eso. Te enamorarías de otra niña.

—Te alejabas de todos y siempre estabas leyendo un libro azul y amarillo. Leías algo y mirabas al infinito. Yo pensaba que hacías como mi hermana cuando se quería hacer la interesante, pero pasados unos segundos volvías a leer, decías algo y sonreías.

Aura echa su cabeza para atrás unos centímetros, entrecierra los ojos, abre la boca y la cierra sin decir nada.

—Recuerdo que aquel verano me refugié en El mundo de Sofía^[44]. —Se queda unos segundos en silencio—. «Más sabia es la que sabe lo que no sabe. Quien sabe lo que es correcto también hará lo correcto».

Entonces parece que recuerda algo, vuelve a mirarme, de nuevo sus ojos se cierran hasta ser casi dos líneas y sonríe.

—¿Tú eras aquel niño que corría siempre detrás de la pelota cuando la tiraban al bosque?

—Es lo que tiene ser el más pequeño del equipo.

—Eras bueno conmigo. Un día me trajiste un trozo de tarta y creo que te mandé a la mierda. Puede que tú no lo recuerdes, pero lo hice. —Al menos está sonriendo y eso me consuela—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Mi padre lo sabía y pensaba que nosotros también. Por eso no se ha sorprendido de que te lleve a casa, que te haya dicho que estoy loco por ti y que te pida que te cases conmigo esta noche.

—¿Cómo?

Pone las manos sobre mi pecho y se separa de mí. Niega con la cabeza, hace un gesto extraño con los ojos y deja de parpadear.

—Si mañana me voy quiero irme sabiendo que a mi vuelta seguirás queriéndome.

—No necesitas que nos casemos para eso. Es el peor motivo para pedirme que lo hagamos. ¿Pretendes que diga que sí? ¿Para qué? ¿Para ser la viuda de un caído en la guerra a la que le darán la bandera en un

triángulo?

Mierda. Me separo de él y me maldigo por reaccionar así.

—Lo siento. No... —ni siquiera sé qué cojones decir.

—No quiero casarme contigo por eso, no me perdonaría convertirte en una viuda de guerra. —Siento su calor detrás de mí—. Quiero compartir el resto de mi vida contigo, Aura. Soy muy egoísta en este momento, pero estoy aterrado. No estoy preparado para perderte, cariño. Me has creado tal dependencia de ti, que estoy perdido.

—Joder, Leo. ¿Por qué tienes que irte a Siria?

—¿Cómo sabes el destino? —Se sorprende.

—Acabas de confirmármelo. Tenía varias opciones y la peor era esa.

—Ha sido cosa de mi tío. Hace seis meses estuve en la sede de Naciones Unidas y hablé con un par de compañeros americanos, les dije que estaba libre para cualquier misión. Pero entonces apareciste tú y agradecí que no me hubiesen llamado nunca.

—Hasta que me metí en la ecuación Estévez-Ramírez. Todo esto es culpa mía. Joder. —Me apoyo en una cómoda que tengo detrás.

—No, Aura. Yo acepté el año pasado, el conflicto se ha intensificado y siempre van compañeros de la Academia. Me ha tocado a mí.

—No, Leo, yo te he mandado a ese puto país.

—Es mi trabajo. Es ahora, como podía haber sido hace dos años. Así que no quiero que te sientas culpable. —Tira de mi mano para que me acerque a él—. No lo hagas, por favor.

—Te enamoraste de mí hace años, nos conocimos hace menos de dos meses, nos hemos enamorado y querido en cuestión de días, no sé si esta relación meteórica estaba predestinada a acabar con los dos en el momento del impacto.

—No lo hagas, Aura. No nos des por dos ex que se encontrarán en Madrid en unos meses. Por favor.

—Dijiste que pintarías el cielo de Madrid con mi nombre. —Sujeto su cara—. Me casaría contigo por cualquier otro motivo, pero no por el temor a perdernos.

—¿Me seguirás amando mañana?

Hace suya la letra de la canción [*Will You Still Love Me Tomorrow?*](#) de Amy Winehouse que suena ahora mismo.

—Si tú me prometes que esto no te cambiará, que el Leo que vuelva será

el que está conmigo aquí esta noche. —Doy un paso en su dirección—. El que me mira como si fuese la única mujer del mundo, que me besa como si no fuese a tener más días y al que diré que sí cuando viajemos a esa cala de Almería. Te seguiré queriendo siempre, Leo.

—No va a cambiar nada, Aura.

—Sí que lo hará. Mi padre cada vez que volvía era diferente. Ver la muerte de cerca, el peligro, no saber qué es lo siguiente que va a pasar... No soy capaz de comprender cómo sois capaces de ello.

Recuerdo las semanas posteriores de mi padre cuando volvía de las misiones. Tardaba un tiempo en volver a ser el mismo. Aunque creo que nunca se recuperará del todo.

—Volverá el mismo Leo, el que te hará volar y, si hace falta, pintará estrellas por ti. El que se aprenderá de memoria esas frases de tus libros marcadas, el que hará que todo tenga sentido y que hasta los planetas se alineen para mostrarte su inmensidad una noche. —Mientras habla sus dedos recorren mis brazos, la clavícula, el cuello y baja por la espalda—. Veremos una Aurora Boreal, celebraremos que Raquel está completamente recuperada y nos iremos de boda con tu hermana y Bosco.

—Prométemelo. Dime «*Te lo prometo, Aura*». Sé que jamás rompes una promesa. —Tengo tanto miedo, que me aferro a las palabras que salgan de su boca.

—Te lo prometo, Aura.

En este instante me vale, me creo su promesa, esas cuatro palabras a las que me sujetaré como si fuesen mi único salvavidas. Porque sé que en el momento en que Leo desaparezca de mi lado, me autoboicotearé, imaginaré miles de situaciones en las que lo nuestro no salga bien.

—Quiero saber qué misión es, dónde está y qué pasa allí.

—Aura.

—Por favor.

Después de una hora sé más de Al-Tanf de lo que me gustaría. Estamos sentados en la escalera del porche terminando la segunda cerveza de las que ha traído Leo.

Sé perfectamente porqué lo hace, a mí me pasa lo mismo. Tengo que tener todos los datos y posible variables para hacerme una idea específica de las cosas.

—Voy un momento al baño. —Se levanta y termina lo que queda de cerveza.

—No te escapes por la ventana.

—No pienso irme a ningún sitio esta noche, Leo. Es nuestra última noche, quiero recordarla. —Pone su mano sobre mi hombro y aprieta levemente.

Observo cómo camina dentro de la cabaña y desaparece en el pequeño pasillo del fondo. Antes de hacerlo, me mira de reojo y me sonríe. Voy a echar de menos eso, el gesto que hace al llevarse sus dedos a los labios cuando le gusta algo, la forma que tiene de reírse, su olor, sus ojos... Voy a echar de menos cada centímetro de ella y todos los minutos que hemos pasado juntos.

Vuelvo a la cabaña, corro las cortinas para tener más intimidad, apago la luz y dejo solo la pequeña lámpara de la entrada.

—Voy a darme una ducha. —Lo grita desde el baño.

—De acuerdo.

Me da la oportunidad de sacar de la otra bolsa las velas que le he robado a mi hermana y dibujo un camino desde la puerta del baño hasta el amplio salón. Enciendo la chimenea eléctrica que simula fuego, abro el techo corredero que deja ver un cielo estrellado perfecto. Dejo unos cojines en el suelo, una manta y respiro mientras trato de no tener miedo. Jamás he hecho esto por una mujer y no sé qué me pasa, pero no quiero que esta noche acabe.

Me deshago de mi ropa, camino hasta el baño y escucho el agua desde fuera. Llamo con los nudillos y recibo la respuesta de Aura casi inmediata.

—Pasa.

Sale de la ducha y comienza a secarse el pelo mientras yo le tomo el relevo. No tardo ni cinco minutos en ducharme, mientras ella tiene la mirada perdida en algún punto del espejo. Cierro el grifo, me quito el agua de la cara y me ato una toalla alrededor de la cintura. Me pongo a su lado y no me mira, no está aquí.

A los minutos deja el secador en su sitio y se pasa los dedos por el pelo, aprovecha para lavarse los dientes con los amenities que nos ha dejado Roberto. Yo hago lo mismo. Este gesto, tan sencillo, tan habitual, me hace empezar a echar de menos a quien tengo aún a mi lado. Sé el miedo que tiene Aura, lo sé, lo comparto. Es muy egoísta pedir que me quiera mientras estoy lejos, que espere sentada en su casa a que le haga un día una llamada

y no reciba más noticias hasta una semana después. No me lo perdonaría jamás si no volviese. Yo, al fin y al cabo, estaría muerto, pero ella tendría que sobrevivir a mi recuerdo y no pienso hacerle pasar por eso. No.

—¿Listo? —Me sonrío con ternura.

—No me sueltes nunca.

—Nunca. —Sujeta mi mano firmemente y se la lleva a los labios para besarla—. Te lo prometo.

Somos eternos

Salimos del baño con las manos entrelazadas y observo en el suelo unas velas encendidas que parece que marcan el camino hasta el salón. Leo está detrás de mí y me empuja con suavidad para que descubra la sorpresa. Ha hecho magia en diez minutos con este sitio.

—Si es la última noche en una temporada, hagamos que sea inolvidable.

—Leo. —Me doy la vuelta y recorro su cara con mis ojos. Quiero grabar en mi mente cada gesto, cada pequeña arruga, esas casi imperceptibles pecas que tiene sobre el puente de la nariz—. No sé si podré esperar.

—Cuando nos volvamos a encontrar rememoraremos esta noche. —Comienza a caminar y yo le sigo de espaldas al salón—. Volveré a hacer el recorrido que hagan mis dedos esta noche, besaré de nuevo cada rincón por donde mis labios paseen y haremos el amor por cada noche que estemos separados. —Sin darme cuenta, la toalla cae sobre mis pies y las yemas de los dedos de Leo están recorriendo lugares que no son accesibles aparentemente.

—No, no voy a poder esperar tanto tiempo, Leo. —Mi respiración se acelera a cada caricia—. No voy a ser capaz de hacerlo.

—No pensemos en mañana. Estamos aquí, tú y yo, los únicos en el mundo que saben lo que el amor es capaz de conseguir. —Sus labios hacen un recorrido por mi cuello hasta los labios, que me obliga a echar la cabeza para atrás y veo el cielo sobre nosotros.

—Consigues que las estrellas brillen en lo que ha sido un día oscuro.

—Esas estrellas serán testigos de una noche que ni el firmamento será capaz de olvidar.

Yo no caía ante estas frases de *bajabragas* profesionales, pero es que Leo es capaz de decirlas sin que me salga un sarpullido. Es más, cuando las dice, me derrito un poco más por él.

Maldito Ramírez, me tienes en el bote.

La música suena suave, hay una chimenea que simula fuego, un montón de estrellas brillan sobre nosotros y tengo a Leo encima dándome tanto amor, que tengo que controlar mis ganas de llorar. Se me escapa alguna lágrima cuando

nuestras bocas se juntan ansiosas de besos. Trato de ocultarlas en la oscuridad cuando me retuerzo con sus caricias.

Lo que jamás pensé que me pasaría con Leo está sucediendo. No me creo que sea esta canción^[45] la que pone banda sonora a este momento. Él dice que promete volvernó eternos y yo solo quiero que sea verdad, que tengamos la jodida eternidad para hacer esto, para no hacer nada, para besarnos y mirar las estrellas sin hablar. Para hacer el amor, follar o como sea que lo llamemos cualquier día en mi piso.

—Te quiero, Aura, te quiero como no he querido nunca. Gracias por aparecer en mi vida.

Su aliento golpea contra mis labios mientras sus caderas se mueven introduciéndose en mí, obligándome a arquear la espalda.

—Gracias por permitirme poner tu vida patas arriba.

No puedo controlar algunos los que salen de mi garganta.

—Te quiero.

Aura se sienta sobre mí y observo cómo su pelo cae sobre sus hombros, tapando su pecho. La luz de la luna entra por el techo e ilumina su cara. Se mueve sobre mí buscando nuestro placer. Sus manos recorren mi pecho, se echa para atrás, gime, gime alto y me excita. Me excita cada gesto, cada cara, cuando sus dedos bajan por su pecho y se introducen entre sus piernas. Sonríe, deja de moverse, se acerca a mis labios, me besa, tira de mi labio inferior, susurra que me quiere y yo me vuelvo loco.

Vuelvo a tomar las riendas y Aura vuelve a estar debajo. Antes de terminar tan rápido, la observo. Mueve sus caderas, abre las piernas, su cabeza se ladea, se muerde el labio.

Leo tiene una mirada animal. Me observa como si fuese una presa a la que está a punto de devorar. Sus ojos parecen mucho más oscuros, su sonrisa es jodidamente perfecta y su cuerpo... su cuerpo cae sobre el mío lentamente mientras se introduce en mí despacio, sin prisa, pero con ganas. Llega hasta el fondo y me retuerzo. Sale de nuevo y comienza el baile, el juego para ver quien pierde los papeles antes, quien se desgarrá por dentro de placer.

No tardamos.

Tenemos demasiado como para aguantar todo lo que nos revienta por dentro. Con los gemidos que avisan que un orgasmo está recorriendo nuestros cuerpos, unas lágrimas traicioneras y cobardes salen humedeciendo mis

mejillas. Ladeo la cabeza para que Leo no se preocupe, pero lo sabe, las ha visto. Las besa, las recoge con sus dedos y las deja a un lado, como si con este gesto lograra apartar la pena.

Es una noche llena de confianzas y polvos salvajes, con caricias a conciencia y amor que tratamos de desgastar, de marcar como nuestro, como único, como lo que es: eterno; bueno, eso es lo que los dos queremos, pero solo el futuro será el juez que emita un veredicto sobre nuestra relación.

Mis dedos recorren la cicatriz de Aura donde ahora se lee resiliencia. Son las ocho de la mañana y no hemos dormido más de dos horas seguidas.

—Tienes que hablar con tu familia. —Me mira con ojos tristes.

—Lo sé. —Respiro hondo y retengo el aire un par de segundos—. Lo sé.

—No podemos encerrarnos aquí para siempre y vivir del aire.

—Y de nuestro amor. —Abrazo fuertemente su cuerpo. Necesito sentir piel con piel, su calor, su suavidad. Tardaré demasiado en volver a tenerla a mi lado de esta manera.

—Podemos quedarnos aquí. Ponemos un huerto ecológico, pillamos un par de gallinas, un gallo, una cabra y te dedicas a cazar por aquí cerca. — Se da la vuelta y se pone cara a cara conmigo.

—Por aquí como mucho cazaría gamusinos. —Rozo mi nariz con la suya y cierra los ojos—. No podemos quedarnos aquí eternamente. Tengo que estar a las siete en el aeropuerto, debo recoger algunas cosas de casa y tenemos mínimo dos horas de viaje hasta allí.

—Lo sé, pero necesito un poco más para hacerme a la idea. Lo siento.

—No lo sientas, pequeña. —Tiro de su brazo y la cobijo en mi pecho, apretando un poco—. No sientas nunca querer de la forma que haces.

El trayecto a casa lo hacemos en silencio. Yo voy pensando en el poco tiempo que me queda y Aura supongo que añadiendo otro problema más a su interminable lista. Sus amigas, la operación de Raquel, la expulsión de su sobrino y me añado yo. No me extrañaría que un día explotase y dijese que no puede más. Pero está entera, se recompone según vamos llegando a casa.

Contárselo a toda mi familia no se hace mucho más fácil. Mi hermano no lo entiende, mi hermana insulta a la ONU, a nuestro tío, al imbécil de nuestro primo, a mí y a todo lo que se le pasa por la cabeza. Y mis

sobrinas... Ellas no comprenden lo que les digo.

—Pero ¿por qué te tienes que marchar? Diles que no puedes, que tienes que vernos y cuidarnos. ¿Quieres que les llame yo, tío? —Violeta coge el hijo y me mira pidiéndome el número con lágrimas en los ojos.

—No, mi amor, tengo que irme. Voy a proteger a niños como vosotras que no tienen a nadie.

—Pero nosotras te necesitamos más, eres nuestro tío. —Virginia saca el genio de su madre y me da la espalda llorando—. No es justo.

—Sé que no es justo, cariño, pero volveré antes de lo que os imagináis.

Ana abraza a mi padre que se está conteniendo. Rodrigo acuna en sus brazos a Miguel mientras mi hermana se traga sus lágrimas. Aura mira al techo y toma una gran bocanada de aire.

—Chicas, sé que no es justo, que es una mierda que el tío se tenga que marchar, pero es su trabajo. Es un superhéroe que va a cuidar a otros, a rescatar a personas en graves problemas y a no dejar que los malos se salgan con la suya. —Aura se arrodilla delante de las niñas.

—Es que no lo entiendo. —Violeta me mira de reojo.

—Lo sé, cariño, pero su trabajo es muy importante. En ese país hay gente que quiere hacer cosas que son muy malas. El tío y sus compañeros tienen que intentar que no las hagan.

—Pero allí hay balas y niños que se mueren. —Virginia parece que ha oído algo que no debería.

—Por eso va allí, a salvar a esos niños y a no permitir que maten a ninguno más. Y esquivará todas las balas por vosotras, me lo ha prometido. —Les acaricia la cara y consigue tranquilizarlas un poco—. Ya sabéis que nunca rompe sus promesas.

—Le vamos a echar mucho de menos. —Violeta sujeta una mano de Aura—. Si él no está, ¿a ti no te vamos a ver?

—Vendré a veros y podéis venir un domingo a la Finca. Hacemos paella, conocéis a mis sobrinos, a mi hermana, seguro que están por allí Bosco y Juanjo. —Se le dibuja una gran sonrisa que sé que oculta el dolor—. Además, el tío no va a tardar en volver.

Les doy un poco de intimidad para que se despidan de él y aprovecho para llorar un poco sin tener demasiados ojos sobre mí. Recojo las pocas cosas que tengo en la habitación y bajo en silencio al coche. Dejo todo en el suelo y me apoyo en la pared de piedra de la casa.

—¿Cómo estás, pequeña? —Isaac aparece a mi lado con un paquete de tabaco en la mano y me ofrece uno.

—Decirte que bien sería mentir, así que mejor no respondo. —Llevo sin fumar años, pero acepto uno. Al encenderlo siento cómo el humo entra en mis pulmones y recuerdo por qué lo dejé.

—Así es este trabajo.

Los dos nos quedamos en silencio con el cigarro en la mano. Veo cómo el papel se va consumiendo y el aire hace que la ceniza enrojezca.

—Ayer tu hijo casi comete una locura. —Sonrío sin realmente saber por qué no le dije que sí.

—No es una locura, Aura, te lo aseguro. —Parece que sabe de lo que hablo—. Sé que pedirte matrimonio así no es lo lógico o habitual o como le hubiese gustado, pero es un aliciente extra para sobrevivir a aquello. No es egoísta, Aura, te lo aseguro. Y sé de lo que hablo.

Isaac me entrega dos anillos.

Me doy cuenta de que uno es el suyo y el otro supongo que es el de Rosa.

—No puedo, Isaac.

—Es algo simbólico. No me cabe duda del amor que os profesáis los dos, pero que mi hijo lleve este anillo con él le recordará a ti, a su familia y a que tiene que volver a casa sano y salvo. —Isaac pone los anillos en la palma de mi mano y la prieta—. Perdí al amor de mi vida y no estoy dispuesto a perder a uno de mis hijos. Yo sí soy egoísta en este momento, pequeña, sí lo soy y asumo la culpa, pero necesito que al menos lo hagas por mí. Que sea solo algo entre vosotros, pero que vaya a Siria con la promesa firme de volver vivo.

Leo sale de casa con los ojos rojos y varias cosas en las manos que deja en el asiento trasero del coche. Se abraza a su padre y se mantienen así un par de minutos. Isaac le está susurrando cosas que no puedo escuchar y me alejo porque no puedo verlo. Me doy la vuelta, me pongo las gafas de sol y les oculto mis ojos.

—Te esperamos pronto en casa. Te quiero, hijo. Cuida tus espaldas.

—Siempre. Te quiero, papá. —En un último abrazo se ve lo que sienten el uno por el otro—. Nos vemos pronto.

—Aura, esta es tu casa.

—Gracias por todo Isaac. —Le abrazo entre lágrimas.

—Hablamos la semana que viene.

Al dar la vuelta con el coche para irnos, toda la familia de Leo sale a la entrada para despedirse. Por el retrovisor veo cómo la niñas se abrazan a

Olga y cómo el resto se despiden de nosotros con las manos.

Las dos horas más largas de mi vida transcurren metida en el coche con Leo. Solo nos acompaña la música que un dial cualquiera decide emitir a estas horas.

Al llegar a casa de Leo no salgo del coche, no puedo enfrentarme a otra despedida más, sería la tercera y me destrozaría por completo. Dentro están María y Luna, Bosco y Juanjo están en un dispositivo de algo que ni siquiera recuerdo. No he avisado a nadie, no se lo he contado ni a Zoe ni a Raquel. No sé cómo gestionar esto y me temo que en el momento en que llegue a casa y esté sola, reventaré de la peor forma que tengo. Me conozco y soy autodestructiva.

Aura sigue esperando en el coche, no se mueve. La veo desde la habitación del piso superior. Estoy metiendo unas cosas en la mochila, total, allí voy con el uniforme que nos entregan, no necesito demasiado.

Me despido en la puerta de las chicas que miran a Aura con tristeza. Sé que eso también la está matando. No soporta que la miren con pena.

—¿Tienes media hora?

—Sí, iba a invitarte a comer algo, tengo dos horas antes de salir para el aeropuerto.

—Ve a esta dirección.

Deja su móvil en el lugar del mío y un mapa me guía a una calle de Valdemoro. Al llegar miro extrañado el local y el móvil.

—Sí, Leo.

—¿Sí? —No sé a qué se refiere.

—Tu padre me ha dado esto. —Abre su mano y veo las alianzas de mis padres—. No he comprendido tu extraña petición hasta que he hablado con él. Sí, Leo, me caso contigo si eso te obliga a volver a casa. Pero sé que no puedes llevar encima objetos que te identifiquen. Así que he pensado que un tatuaje, que puedes ocultar más fácilmente, será nuestra alianza.

Coge su teléfono del soporte y busca en notas. En otra pantalla busca una imagen que me enseña. Son cuatro triángulos, alguno invertido y con rayas.

—Son los cuatro elementos tal y como se representan en la alquimia.

—Sí, los recuerdo. —Observo cómo Aura pasa a la otra pantalla.

—Tienen un significado para nosotros. Cuatro de mayo, el día que nos

conocimos, según el horóscopo, es Tauro.

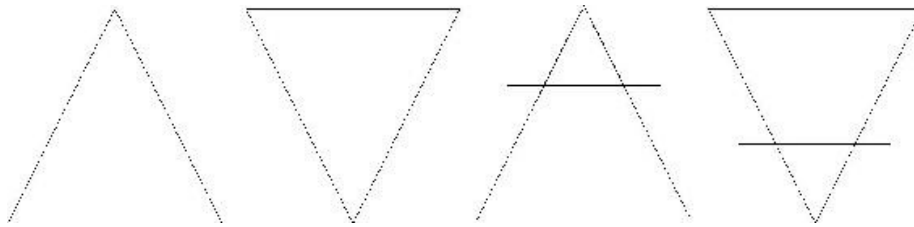
—Tierra. —De pequeño me aprendí cada horóscopo gracias a mi hermana.

—Eso es. —Carraspea y sonríe—. Hoy, diez de junio, es Géminis.

—Aire. —A cada explicación más sentido da a todo.

—Tú eres Fuego y yo Agua. Así que este tatuaje es el que nos representa perfectamente.

Aura gira la pantalla y me enseña de nuevo el tatuaje.



—¿Seguro que quieres llevarme siempre contigo?

—Leo, te llevo en la piel desde la primera noche que nos conocimos. ¿Te casas conmigo?

Es la forma más original que jamás habría imaginado, pero ella es Aura, la mujer que me ha sorprendido cada día.

No nos los pensamos, nos tumbamos en las camillas y parece que ya tenían las plantillas preparadas. Aura ha tenido una hora para organizar todo y creo que sabía perfectamente que no me iba a poder negar a cometer una última locura a su lado.

El ruido de la máquina.

La tinta comienza a entrar en la piel.

La mano de Aura sujeta la mía.

No aparto mis ojos de los suyos.

No tardamos más de media hora en salir con nuestros votos tatuados en la piel. Aura ha aprovechado para tatuarse algo más que no me ha querido enseñar. Algo pequeño que dice que le recuerda a mí.

—¿Qué es?

Levanta la muñeca y veo unas pequeñas golondrinas que se asemejan a las que yo llevo tatuadas en la espalda.

Parece que a Leo le sorprende que haya hecho esto. Soy de las personas que piensan que las cosas que no quieres olvidar o recordar siempre, es mejor llevarlas en la piel. Todos los grandes momentos de mi vida y los malos de los que he salido, están en alguna parte de mi cuerpo. No solo son cicatrices las que quiero recordar. No creo que jamás pueda olvidar a Leo y todo lo que he sentido con él, pero es una forma de tenerle más cerca.

—Me dejas sin palabras, cariño.

Nos quedamos en silencio unos segundos más jugando con los dedos antes de entrelazar nuestras manos.

—Vamos a coger algo para comer y salimos de aquí.

Leo conduce hasta un bar para coger unos bocadillos y le pido que elija por mí, que tengo que hacer una cosa. Salgo corriendo y entro en una tienda que hay justo delante del bar.

No sé qué está haciendo ahora. No sé si son los nervios o qué, pero cuando salgo del bar con la comida y unas bebidas, aparece corriendo por la carretera con una gran sonrisa y algo en las manos.

—¿Qué es eso?

—Hace muchas preguntas, Teniente Ramírez. Hasta ayer no sabía cuál era tu escala exacta. Algo más que he descubierto. —Se monta en el coche y esconde lo que tiene en la mano.

Conduzco hasta salir de Valdemoro y a varios kilómetros, me meto en un camino que lleva a un pequeño descampado en el que no suele haber nadie.

Son las cuatro de la tarde.

Nos queda una hora.

Salimos del coche y nos apoyamos en el capó. Leo deja la bolsa de la comida en el suelo, pero ninguno tenemos apetito. En la radio comienza a sonar una canción que hace que esta estampa sea al más puro estilo Almodóvar en medio de La Mancha. Sí, si esto fuese una película, él nos dirigiría, nos diría que nos dejemos consumir por la pena y de fondo sonaría esta canción^[46]. Somos una pareja que no habla y que se van a separar en cuanto esta cantante termine con la última nota.

Leo recibe una llamada, se aparta unos metros y le observo. Me gusta hacerlo. Sus gestos le delatan, siempre lo hacen y me encanta que sea así. Es una forma de saber que no me miente. Cierro los ojos y pienso cómo hubiese sido todo si aquella noche en vez de quedarnos en aquel bar, nuestros caminos

se hubiesen separado. Bueno, ahora mismo se separan. *Aura, no, no empieces, por favor.*

—Tengo que ir a la Academia. Han adelantado media hora la salida. — Me sujeta de la cara y me besa con necesidad. Me obliga a sentarme en el capo y se mete entre mis piernas—. No quiero tener que decirte adiós tan pronto.

—No lo hagas. Esto es un «*Nos vemos pronto*», pero de los de verdad. No la mierda de excusa que solemos usar cuando nos encontramos con alguien que sabemos que no volveremos a ver. Ese amigo cansino que ni nos cae bien ni queremos saber nada de él. —Tiro de sarcasmo para cubrir un poco el dolor que siento.

Vuelve a besarme, a recorrer con su lengua mis labios, empapándose de mí y yo de él. Meto mis manos por debajo de su camiseta y aprieto las yemas de mis dedos en su espalda. No queda espacio entre nosotros.

Tras este beso que acaba de desgarrarnos, nuestras frentes se quedan pegadas durante unos segundos. Nuestras respiraciones se acompañan pasados unos minutos y comprendo que ha llegado el momento real de la despedida.

Nos montamos de nuevo en el coche y Aura saca de la guantera un sobre.

—*Sé muy bien que no se pueden llevar fotos para que en caso de que haya una emboscada —mientras habla abre el sobre y me entrega lo que parece una fotografía dada la vuelta—, no sepan a quién atacar aquí, así que solo se nos ve sonriendo. —Respira hondo y veo cómo se le empiezan a humedecer los ojos—. Quiero que esto sea lo que te haga querer volver a casa. Sí, soy muy egoísta diciéndote que soy yo la que te va a hacer sobrevivir allí, pero quiero creer que puedo conseguirlo.*

Es una foto de los dos sonriendo y con las manos entrelazadas cerca del pecho. Es de la primera noche que me quedé en su casa a dormir, cuando estábamos tumbados en el suelo, delante de la ventana que estaba abierta, mientras escuchábamos música y la lluvia golpeaba los azulejos de la pequeña terraza.

—*Eres mi mujer, volveré a tu lado, te lo he prometido.*

Me cuesta despegarme de sus labios, no quiero hacerlo, pero vuelvo a recibir otra llamada que no contesto. Sé que tengo que poner rumbo a la Academia para enfrentarme a mi nuevo destino.

No tardamos ni cinco minutos en quedarnos delante de la Academia observando esa verja verde que me está esperando. Los dos salimos del coche y caminamos unos metros hasta llegar a la garita donde un compañero está haciendo guardia.

—Llévate mi coche.

—Prefiero llamar a uno para irme a casa.

Juguetea con sus dedos en uno de los agujeros que tiene su pantalón. Me mira y sonrío, pero sé que lo que quiere hacer es parar el tiempo.

Saco del bolsillo de mi pantalón los anillos que le ha dado mi padre a Aura y que había dejado en el coche.

—Guárdalos hasta que vuelva.

Esta es mi forma egoísta de que ella me espere. Los dos necesitamos creer que esto va a pasar rápido, sin peligro y que en menos de lo que imaginamos, estaremos en la furgoneta camino a la cala de Almería. Aura afirma con la cabeza sin decir una palabra.

—Volveré. —La estrecho entre mis brazos unos segundos antes de separarnos. No quiero derrumbarme delante de ella y que sepa el miedo que tengo a esta misión—. Te quiero.

Beso su frente, su nariz, sus labios y me pierdo en sus ojos. No hacen falta más palabras para no seguir sufriendo. Sonrío y me doy la vuelta para entrar en la Academia. Mi compañero abre la verja y espero pacientemente para poder entrar. Miro al suelo, no quiero que vean mis ojos.

—Te volvería a elegir a ti, Leo. Te quiero.

Me lanzo contra su pecho, no quiero tener que separarme así que evito decir adiós, suena a despedida real y no me lo pienso permitir. No va a ser la última vez que nos veamos.

—Te quiero, pequeña. Nos vemos muy pronto, te lo prometo.

Cruzo las puertas de la Academia y me doy la vuelta para verla por última vez. Las puertas se cierran lentamente y Aura sonrío ladeando la cabeza. Leo un «Te quiero» en sus labios justo antes de que la verja se cierre por completo y me aleje de ella.

Domingo.

Diez de junio.

1700^[47].

Día que cambia el rumbo de nuestras vidas.

Top desastres: 1

Aura Miguel

Yo soy el mayor desastre. Antes o después tendría que asumirlo y dejar de echarle la culpa al destino, a las páginas de contactos o al ambiente en el que me muevo. Yo soy la que se ha puesto siempre trabas en el amor: por miedo a sentir demasiado o por no llegar a sentir jamás.

Aunque esta vez hay que reconocer que he puesto todo de mi parte para enamorarme, decir te quiero y perder en un tiempo record.

Ver a Leo quieto delante de la verja antes de cerrarse me ha roto lo poco que quedaba en pie de mi corazón. Sí, puede que no comprendas cómo me he enamorado tan rápidamente de un tío en tan poco tiempo, pero en la vida hay que arriesgarse y yo lo hice con él. Le he querido y le he perdido en menos de dos meses.

Y aquí empieza el mayor de los desastres, al que debería haber echado la culpa antes que a mis ligues o a la mierda que me ha rodeado.

Ya ha empezado.

Mi forma de autodestrucción.

He tardado más de diez minutos en reaccionar cuando Leo ha desaparecido dentro de la Academia, he tenido que esperar media hora a que un coche pasase a buscarme y una hora más hasta llegar a casa.

Al llegar he dejado mis cosas en el suelo, he lanzado las llaves sobre la mesa de la cocina, que han impactado contra una fuente que había encima y esta ha caído al suelo haciéndose añicos. No la he recogido. Las llaves también han acabado en el suelo. He abierto la nevera, cogido una botella de vino, una taza, he encendido la tele y me he sentado en el sofá.

Aquí llevo dos horas mirando al infinito y recordando las últimas semanas. Mi mente es traicionera y sé que en un momento dado aparecerá una bomba, un ataque yihadista o un asesinato en masa y veré el cuerpo de Leo bañado en sangre.

Me termino el vino y veo que son casi las nueve de la noche. Me mareo levemente. No he comido nada y me he bebido lo que quedaba en la botella. *Buena mezcla, Aura.*

Abro la nevera, no hay nada para comer. No pensaba estar en casa en un par de semanas, así que la dejé solamente con vino y mascarillas. ¿La de pepino podría valerme como cena? Le doy la vuelta y en los ingredientes no veo nada con valor nutricional. Recojo las llaves del suelo tratando de no cortarme y cojo el móvil para buscar algo de cenar cerca. Al agacharme siento un pequeño mareo y me sujeto a la encimera unos segundos.

Bajo las escaleras y agradezco no encontrarme con ningún vecino. No tengo ganas de dar explicaciones por mis pintas. Llevo la misma ropa desde ayer y ni siquiera me he peinado.

Al abrir la puerta del portal me quedo observando el suelo, está lloviendo. Decido esperar un poco a ver si disminuye un poco la forma de caer agua. Me froto la cara y aprovecho para rehacerme la coleta.

Levanto la vista y le veo cobijado bajo el portal que está frente al mío. Creo que es una visión debido a mi ingesta de vino. Tiene que ser eso. Es imposible que sea él.

No hay nadie más en la calle y la persona que está frente a mí no deja de mirarme. Tengo las llaves metidas entre los dedos. Será mejor que no me cruce hoy con nadie que trate de hacerme daño, porque acabará tan mal parado como yo.

—Aura.

Pero escucho mi nombre.

Y es su voz.

Cruza la calle.

Yo hago lo mismo.

Estamos uno frente al otro.

Tiene el pelo sobre la cara y esboza una pequeña sonrisa.

—¿Mario?

Gracias

Tras tantas páginas y, como siempre, llega el peor de los momentos. Siempre tengo la sensación de que no tengo palabras suficientes para agradecer todo el cariño que recibo.

Empezaré con ellos.

Aura, Leo, no tengo el tiempo ni las líneas suficientes para agradeceros por tanto. Llegasteis sin esperaros y me habéis contado una de las historias más bonitas que he podido escribir. Habéis tenido tiempo de silencios y días en los que no habéis callado. Os he dejado hacer y habéis conseguido que cierre esta parte con lágrimas en los ojos. Bienvenidos a la familia tarada, vuestros hermanos os van a tratar muy bien.

A mis más bonitas casualidades. Tanto en tan poco tiempo es debido al destino. Os adoro. Ojalá siempre nosotras.

A mis lectoras 0, Eva, María, Marta, Pat, Say y Yas. Gracias por ser mis conejillos de indias y, sobre todo, quienes han calmado mis nervios cuando esta novela se ha descontrolado por completo. Solo vosotras sabéis lo que he dejado en estas páginas, lo que ha costado y las veces que todo se ha puesto en contra.

A mi chico, el que pacientemente ha sabido gestionar mis momentos de nubarrones y lluvia. Gracias por ser quien apoya todas mis locuras, aunque te vuelva un poco loco. Te quiero.

A Lorena. No he tenido una musa más cariñosa, divertida y atenta. Espero que cumpla tus expectativas y te enamores de tu álgter ego y de nuestro Leo. Porque es muy nuestro.

A mi correctora Marta. Joder, lo que nos ha costado sacar este trabajo adelante. Gracias por tu paciencia, tus consejos y las veces que me los paso por alto.

A Edi y Nerea. Gracias a su boda, uno de los capítulos de *Top desastres* se fraguó aquella noche sobre las tres de la madrugada en la casa donde nos alojábamos todos. Fue el momento más surrealista que he vivido en una boda, pero avise que lo iba a usar y así ha sido. Nacho, Mire, ese capítulo es todo vuestro. Gracias.

A todas las lectoras fieles, las que llevan conmigo desde el primer capítulo que escribí en el blog y siguen al pie del cañón. Gracias, taradas, por seguir siendo la fuerza que necesita una autora que a veces tiene dudas.

Gracias por seis maravillosos años.

A quienes siempre y a quienes nunca.

A ti que llegas sin saber muy bien si esta loca te gustará o no, si sus historias merecen la pena o no. Espero que disfrutes de este viaje y formes parte de la familia.

-
- [1] Coctel de Martini extra seco, ginebra, piel de limón, aceituna y hielo.
 - [2] Aura se compara con Carrie Bradshaw, protagonista de la serie americana *Sexo en Nueva York*. En un capítulo uno de sus novios le deja a través de un *post-it*.
 - [3] Cóctel de zumo de naranja y champán.
 - [4] En espera.
 - [5] Tarta terciopelo rojo.
 - [6] Personajes de la serie americana Dinastía.
 - [7] Marca de tequila.
 - [8] Película de Disney.
 - [9] Serie estadounidense sobre una prisión de mujeres.
 - [10] [15 minutos](#) de Marwan.
 - [11] [Con Las Ganas](#) de Zahara.
 - [12] Especie de torta dura y muy fina de pan, típica de Sevilla.
 - [13] [Caprichosa](#) de Beatriz Luego y Mala Rodríguez.
 - [14] Actores que han interpretado a *Batman* en el cine.
 - [15] Serie americana de *Batman* protagonizada por Adam West.
 - [16] Parejas de *Batman*.
 - [17] Palabra japonesa. Amigo tan cercano que lo consideras familia.
 - [18] Esta no es una canción de amor.
 - [19] Protagonista y personaje de la serie *The Punisher*.
 - [20] [Quelqu'un m'a dit](#) de Carla Bruni.
 - [21] Aura hace alusión a la escena de la película *Crepúsculo*.
 - [22] Rifle de francotirador israelí fabricado por *Israel Weapons Industries*.
 - [23] Aura hace referencia a la escultura del hombre perfecto.
 - [24] Película de 1988 protagonizada por Melanie Griffith, Harrison Ford y Sigourney Weaver.
 - [25] Poema *Orgullo* de Marwan.
 - [26] Versión de [Stand By Me](#) de Bootstraps.
 - [27] [Dance With Me](#) de Phillip Phillips.
 - [28] Aventurero experto en supervivencia del programa televisivo *El último superviviente*.
 - [29] [Pequeña Gran Revolución](#) de Izal.
 - [30] *Indian Pale Ale*. Estilo de cerveza de tradición inglesa.

- [31] Plato hecho de fideos, cerdo y verdura.
- [32] [*Aunque Tú No Lo Sepas*](#) de Enrique Urquijo y Los Problemas.
- [33] Efecto cómico rápido e inesperado.
- [34] [*Girls Just Want to Have Fun*](#) de Cindy Lauper versionada por Russian Red.
- [35] Versión a piano de [*Demons*](#) de Imagine Dragons por Gavin Mikhail.
- [36] Hablan de *El baile de las luciérnagas* de Kristin Hannah.
- [37] «*No permitiré que nadie te arrincone, Baby*».
- [38] [*En Mi Cabeza*](#) de Rayden con Diego Ojeda y Marwan.
- [39] Canción [*Ti ho voluto bene veramente*](#) de Marco Mengoni.
- [40] [*De las Dudas Infinitas*](#) de Supersubmarina.
- [41] *Hygge*: filosofía danesa; la felicidad está en las pequeñas cosas.
- [42] Extracto de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen.
- [43] Director de películas como *El sexto sentido*, *Señales*, *El incidente...*
- [44] Libro de Jostein Gaarder.
- [45] [*Prometo*](#) de Pablo Alborán. Versión piano y cuerda.
- [46] [*Me Quedo Contigo*](#) de María Rodés.
- [47] Cinco de la tarde en jerga militar.